Parte I

源氏物語

EL RELATO DE GENJI

紫式部

Murasaki Shikibu

Versión castellana de

Hiroko Izumi Shimono e Iván A. Pinto Román



El relato de Genji

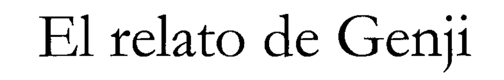
Monumental narración psicológica escrita en el siglo XI. Sus primeros veintisiete capítulos refieren el ascenso, caída y recobro de un esplendente personaje ficticio, ideal del caballero cortesano, hijo del emperador en la más amada de sus concubinas, y por ello no destinado a heredar el trono. La historia de sus aventuras e insaciable sed de amor no muestra su vida con frivolidad sino que ausculta sus desventuras, iniciadas con la prematura muerte de su madre, haciendo hincapié en las vicisitudes humanas, surgidas de una circunstancia semejante al posteriormente definido como Complejo de Edipo.

El lector del *Genji Monogatari* entabla un singular diálogo con la autora que, como sagaz observadora, retrata con perspicacia y sin ambages las diversas facetas de la vida humana. Revela el mundo oculto que nadie debía mencionar en la cerrada sociedad cortesana Heian del siglo X en que transcurre la trama. Murasaki Shikibu se vale de una estética refinada, elegante, al describir múltiples romances y decepciones, manteniendo constante una mirada con *mono no aware*, la compasión por todo lo perecedero. Frente a la dolorosa, menguada situación de las mujeres de entonces, la autora intenta hallar el camino de la salvación del espíritu y del alma femenina que carente de otro recurso solía aferrarse al amor de un hombre.

あくさむ屋ところへきこえたまはく
おゐまへとなすらへりおほせらるゝ
こたへけとかくつかせなとしたまはく
のたまひけよおかしきやぬるみせん
帝の御のこくや姫ハくらすれ御ゆへか
すこしくおかしきさまをきこえよにすく
かうつかまつりてあそへみこさへ給な
いしみすけハ見てゐみけのへえかたき
よそにきこしまゐらするをわれそいはむ
あまくおりまゐらせしよりまたまゐり

あしこなしいのくゝらくたさしな
すゝもさきあやものさきにほりけしこ
くてあんよはいとおくらしけれ
ともこゝもおもりあやのへけしせれら
あらかおかはぬへしみしあやのへし
すえそいりことらいんよんえへ
こゝはれりしおるのしさゆにやせしらん
しよるしあくまのかくおもりし
あはれてきりをありよそへてこゝろを
とこあいはしこゝをおもひしたすゝるゝおりなり

Foto del manuscrito del capítulo I «Kiritsubo», del *Genjimonogatari*, por Sanjyounishi Saneki (colección del archivo Kuyou, 早稲田大学 Waseda Daigaku).


El relato de Genji

Murasaki Shikibu

El relato de Genji

源氏物語

Genji Monogatari

Versión castellana integral de
Hiroko Izumi Shimono e Iván Augusto Pinto Román



FONDO EDITORIAL

El relato de Genji
de Murasaki Shikibu
Parte I

Primera edición, Lima, 2013

Av. Gregorio Escobedo 803, Jesús María, Lima-Perú
www.apj.org.pe

Dirección editorial: Juan Miguel Marthans B.
Coordinación editorial: Jorge Yamashiro Y., Abel Fukumoto S., Roberto Higa M., Harumi Nako F.
Producción general: Sandra López
Corrección: Luis Miguel Espejo
Diseño y diagramación: Adriana Z. Angulo

Cubierta: Ilustración del capítulo XXIII, «Hatsune», del *Genjimonogatari Kuga-ke Yomeiribon* (Kokugakuin Daigaku).
Papel japonés «Tsugi shikishi» hecho de adelfilla, en tono marrón antiguo, dejando algo vago en las dos esquinas especiales diseños con láminas finas de oro y plata.
Taller de Hakubi Koubou Okayama-shi, Higashi-ku, Saidaiji. Kami 2chome 8-31. Japón.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-11819
ISBN: 978-9972-9205-9-2

Tiraje: 1100 ejemplares

Impreso en Perú por Corporación KADTE S.A.C.
Calle Las Guindas 178, Urb. Las Violetas - Independencia
Telf.: 266-0951

Índice

Un libro para celebrar

La Asociación Peruano Japonesa tiene el gran honor de presentar el libro *El relato de Genji* (parte I), de la autora Murasaki Shikibu, traducido al español por Hiroko Izumi Shimono e Iván Pinto Román.

Esta publicación tiene para nuestra institución suma relevancia, ya que se edita en el marco de las celebraciones por el 140° aniversario del establecimiento de las relaciones diplomáticas entre Perú y Japón.

Al suscribir el 21 de agosto de 1873 el Tratado de Paz, Amistad, Comercio y Navegación, ambos países dieron inicio a un sólido vínculo, que se ha manifestado en diversos ámbitos, como el intercambio económico y comercial, el diálogo cultural, el apoyo científico y académico, entre otros.

Desde sus inicios, este vínculo se vio además fortalecido por la llegada de los inmigrantes japoneses quienes, desde 1899, arribaron al Perú para trabajar en las haciendas de la costa y, con el transcurrir de los años, conformaron la comunidad nikkei, la cual contribuye decididamente a estrechar los lazos entre el Perú y Japón.

Es por ello que para la Asociación Peruano Japonesa es un compromiso aportar con su labor a que esta larga amistad entre dos pueblos hermanos se siga consolidando a través de aspectos como el entendimiento cultural.

Qué mejor manera de acercarnos a la cultura japonesa que a través del más importante y entrañable de los libros de su literatura clásica, el *Genji Monogatari*, escrito en la época Heian (siglo XI) y considerada una de las novelas —sino la más— antiguas de la historia, escrita por Murasaki Shikibu, que nos ofrece un relato de inmensa calidad literaria.

Si bien el *Genji Monogatari* cuenta con traducciones al español, esta es la primera versión en castellano traducida directamente del japonés gracias al excelente trabajo de la doctora Hiroko Izumi Shimono y el doctor Iván A. Pinto Román, cuya minuciosa labor de varios años nos pone hoy entre manos la primera de las dos partes de *El relato de Genji*.

Hace unos años tuvimos ya el placer de acoger otra de sus iniciativas, la traducción de *Apuntes de una efímera* (*Kagerô Nikki*), de la autora conocida como Michitsuna no Haha, que fue la primera traducción al español de este libro en el mundo, otro de los grandes clásicos de la literatura nipona.

En esta nueva oportunidad, es de una inmensa satisfacción que ambos autores nos presenten una traducción tan impecable y que, sin duda, contribuye a que conozcamos no solo el magnífico relato de Murasaki Shikibu, sino también a través de las múltiples referencias, el contexto de la historia y el espíritu que trasciende el texto.

Va por ello nuestro sincero agradecimiento a los autores de esta magnífica traducción, Hiroko Izumi Shimono e Iván Pinto Román, y nuestro compromiso de editar la segunda parte de este libro que, estamos seguros, todos esperaremos con ansias.

Decíamos al inicio que este libro es de suma relevancia para nuestra institución. Lo es también porque con *El relato de Genji* (parte I) inauguramos además el Fondo Editorial de la Asociación Peruano Japonesa, una iniciativa con la que deseamos incentivar aún más la producción de diversas publicaciones.

La promoción y difusión cultural es uno de nuestros objetivos prioritarios, que venimos cumpliendo con diversas actividades que ahora, con la creación del Fondo Editorial, esperamos darle mayor impulso.

Reiteramos nuestro agradecimiento a los autores de la traducción y a todas las personas e instituciones que han hecho posible la publicación de este libro.

Jorge Yamashiro Yamashiro
Presidente de la Asociación Peruano Japonesa

Notas liminares

Los textos e ilustraciones del *Genji Monogatari*

Podría tratarse de cualquiera de las escenas del *Genji Monogatari.* Allí podemos observar las siguientes peculiaridades: las paredes y los techos han sido retirados, los personajes y los paisajes son descritos desde el aire. Tanto los personajes que se encuentran cerca, como los que están más distantes, son dibujados del mismo tamaño. Además, el resto de los objetos de menor interés para el pintor han sido escondidos bajo una franja de bruma dorada. La óptica del pintor se aproxima a su gusto por el objeto que desea dibujar, sin usar la «técnica de la perspectiva», generalmente empleada en la pintura occidental.

Esta característica técnica de la pintura tradicional del Japón coincide también con una de las particularidades estilísticas del texto del *Genji Monogatari.* Veamos la parte inicial del capítulo «Kiritsubo» que dice:

> *(ella)… acabó pasando más tiempo en casa de su familia, de lo cual (el emperador) se mostró pesaroso y conmovido en extremo, sin prestar cuidado de las maledicencias, prodigándole deferencias que pudieron crear un precedente infortunado.*

Sucede que en el texto original en japonés no se ha colocado el sujeto de la oración. Los antiguos japoneses lograron desarrollar extraordinariamente las expresiones honoríficas y de respeto, al punto que pudieron diferenciar a los personajes sin distinguir expresamente al sujeto. Esta característica se extiende a todo *El relato de Genji.*

Se dice que esta obra es la más representativa de la novela larga japonesa. Sin embargo, si la comparamos con las de la literatura europea, da la impresión de que la obra es un «conjunto de novelas cortas», en realidad. Tal vez el frecuente cambio del objeto de la descripción, que muestra con claridad la característica de la literatura antigua japonesa, haya impedido que la obra sea catalogada como una «novela larga» desde el punto de vista occidental.

En tiempos remotos en el Japón, los antiguos vivieron en un mundo politeísta. Los dioses no tenían jerarquías superiores o inferiores y los hombres se esforzaban por encontrar la manera de llegar a los diversos dioses. Aún después de iniciada la categorización de los dioses por la penetración de la foránea ideología del budismo, la gente no perdió su creencia primordial, la de «dar la misma importancia a todos los dioses». Ello ha influido de diversas formas en la cultura, lo cual se aprecia notoriamente tanto en las ilustraciones como en los textos del *Genji Monogatari*.

Haruo Suwa

El amor descrito en el *Genji Monogatari*

¿Habrá otra obra que haya sido tan malinterpretada como ésta? Entre las personas que conocen esta obra por su título, pero en realidad no la han leído y sólo saben de su contenido a grandes rasgos, hay muchos que creen que su protagonista, Hikaru Genji, es un hombre lascivo que busca vivir en libertinaje.

El *Genji Monogatari* es una historia escrita a inicios del siglo XI, por una dama de la corte llamada Murasaki Shikibu. Ella vivió en una etapa en la cual la antigua nobleza cortesana del Japón se iba desmoronando y numerosas familias aristocráticas caían en ruinas.

Muchas de las mujeres a las que amara el protagonista de esta novela, Hikaru Genji, pertenecían precisamente a aquellas familias que se iban hundiendo inexorablemente. Entonces, Hikaru Genji fue, por decirlo así, la fuente de luz que iluminaba la tristeza de la vida de las diferentes mujeres con las que se involucrara.

En estas líneas quisiera citar las bellas y significativas palabras que aparecen en el prólogo de una de mis obras predilectas de Octavio Paz, titulada *La llama doble: Amor y erotismo*:

> *El fuego original y primordial, la sexualidad, levanta la llama roja del erotismo, y ésta, a su vez, sostiene y alza otra llama, azul y trémula: la del amor. Erotismo y amor: la llama doble de la vida.*

En el capítulo «Eros y Psiquis» de esa misma obra, Paz hace una comparación entre el amor descrito en el *Genji Monogatari* y el amor occidental. Califica al primero como «ligeramente carente de personalidad», opinión que yo refuto.

En el amor relatado en esta novela, existe también la profundidad y la belleza que nacen de la llama roja y de la llama azul. Por ejemplo, Hikaru Genji, a pesar de tener una esposa a quien ama más que a nadie en el mundo, llamada Murasaki no ue, es atraído profundamente por una mujer llamada Tamakazura. Sin embargo, hasta al final no intenta convertirla en una de sus concubinas. ¿Por qué? Porque pensó: «Conocía bien que aunque mucho la deseara, ella nunca sería la rival de Murasaki. ¿Qué tipo de vida tendría entonces como una de las damas menores?» ¡Qué lastimoso habría sido! Genji se convenció de que ella merecía ser esposa de un hombre que la amase sólo a ella. (Capítulo «Tokonatsu: Claveles silvestres»).

Esta primera parte de la traducción de la novela llega hasta el capítulo «Kagaribi: Las antorchas». Recomiendo en particular la lectura de este capítulo. En él, Hikaru Genji enseña a tocar el *koto* —instrumento musical de cuerdas— a Tamakazura, muy próximo a ella. Mas él procuraba contener sus emociones a pesar de que eran cada vez más intensas. Percatándose de ello, poco a poco los sentimientos de Tamakazura también se inclinan hacia él. En aquella noche de fines de verano, cuando la brisa soplaba con algo de frescura, ambos yacían uno al lado de otro «manteniendo un amor platónico», con sus cabezas reposando sobre el *koto*. La sombra del suave *fulgor de la antorcha oscilaba sobre las frías aguas del arroyo en el huerto*, alusión que parece simbolizar *la llama doble* del amor de los dos.

Katsumi Fujiwara

Prólogo

Por primera vez en el mundo:
«Un texto filosófico escrito por una mujer,
sobre la mujer y para las mujeres».

El relato de Genji o *Genji Monogatari*, escrito en la época Heian (794 a 1192), por una dama de la corte llamada Murasaki Shikibu, es la cumbre máxima de la literatura japonesa, y a la vez el escrito largo más antiguo del mundo.

En la historia japonesa, el período Heian ocupa el segundo lugar como la más larga etapa histórica de una paz continua, después de la época Edo. A diferencia de esta última, en la que el poder de la casta militar, con el *shôgun* en la cima, fuera lo más importante, en la época Heian la nobleza cortesana, de aristocrático linaje, con el emperador a la cabeza, fue el componente socio-cultural más trascendente.

El éxito de una familia de la nobleza dependía de la esposa, el rango cortesano de su linaje y el poderío económico de su familia. El objetivo último de los padres de un niño recién nacido era que éste se convirtiera en ministro, o en el caso de ser una niña, en una de las concubinas del emperador, o mejor aún, en la consorte mayor.

A pesar de que la corte era un lugar lleno de elegancia y esplendor, el papel de la mujer en realidad no pasaba de ser una pieza en las negociaciones políticas, y el «puro amor» era considerado como un elemento perturbador del orden no sólo de una familia sino de toda la corte.

Además, el budismo de la época negaba el amor y consideraba el amor de la mujer como la causa de los deseos mundanos. Así, el budismo arrinconaba espiritualmente aún más a las mujeres.

Aun desde el punto de vista religioso, las mujeres eran vistas potencialmente como fuente del pecado. Por esta razón, los personajes femeninos del *Genji Monogatari*, que estaban a merced de las vicisitudes del amor, para poder librarse del sufrimiento, sucumbían en muchos casos trágicamente, optando por la muerte o abandonando sus hogares

Frente a tan dolorosa situación de las mujeres de aquella época, que para vivir en el mundo real carecían de otro recurso que el de aferrarse al amor de un hombre, aparece Murasaki Shikibu, una mujer de un talento literario sin precedentes, y un conocimiento vasto que no se limitaba al Japón sino que incluía la historia y el pensamiento chinos. Murasaki Shikibu trabajó frontalmente el tema del pecado religioso relacionado con el amor de la mujer y el sexo; y buscó siempre el camino de la salvación del espíritu y del alma de las mujeres.

Efectivamente, la primera composición de ficción literaria del mundo de contenido filosófico, el *Genji Monogatari*, es un texto escrito «por una mujer, sobre las mujeres y para las mujeres». A inicios de siglo XI, el hecho que ella fuese hija de una familia aristocrática de rango medio, que hubiese plasmado un tan elevado trabajo, que ni los hombres de la corte lograran materializar como ella lo hiciera, es desde la perspectiva de la historia mundial, verdaderamente impresionante.

En la sociedad «criolla» japonesa del siglo XI nació una literatura que marcará un tiempo nuevo

En el Japón, desde fines del siglo X hasta inicios del XI, aparecieron en el escenario literario mujeres escritoras, siendo la más encumbrada Murasaki Shikibu.

Aquella fue una época en que todavía quienes escribían eran mayoritariamente hombres, y a la mujer correspondía simplemente una existencia secundaria, dependiente. ¿Existió acaso, otro lugar del mundo en el que las mujeres presidieran

el medio literario de una época, como lo fuera en el Japón de entonces? Ciertamente, no. Sucedió solamente en el Japón de la época Heian, cuyas peculiares circunstancias permitieron que las mujeres pudiesen escribir obras maravillosas.

Una de ellas fue que desde antes de la era cristiana la composición de la población insular se vio enriquecida con la paulatina inmigración de gente del continente asiático, que llegará al Japón, se aclimatará allí y, a partir del siglo III aproximadamente, formará una sociedad híbrida que luego habría de constituirse en la versión japonesa de una sociedad criolla, que daría origen a una nueva cultura.

La segunda peculiar condición fue que las mujeres y «no los hombres» asumieron la tarea de anotar los sentimientos delicados y el quehacer diario de la corte Heian haciendo para ello exclusivo uso del silabario propiamente japonés, *kana*, derivado de una selección de la importada escritura ideográfica china.

La tercera condición fue la persistencia dentro de la poesía japonesa del período Heian, de la fe en el «poder mágico de las palabras», creencia que venía desde la antigüedad.

Cabe señalar que Murasaki Shikibu aprovechó las ventajas de todas estas condiciones en su literatura, digiriendo la cultura híbrida resultante de la mixtura de elementos foráneos y locales —incluida la música y todos los actos celebrados en el Palacio Imperial—, niponizándola con un ánimo de «armonía», alcanzando además a sublimar el problema espiritual del ser humano universal, nuestra transitoriedad.

Ciertamente, considero que su obra constituye la primera «literatura de crítica social» nacida en la sociedad «criolla» japonesa, y una «literatura que busca la verdad de los débiles».

Han transcurrido mil años y *El relato de Genji* continúa emocionando y provocando empatía en sus lectores. En el fondo, el tema de la obra no se basa en la conquista o la exclusión que surgen de los valores monoteístas, sino que se aprecia el tema de la convivencia y la armonía, basadas en los valores politeístas respetuosos de las peculiaridades de las diversas culturas que circularan y dejaran disfrutar de sus buenos efectos.

Si a través de la presente traducción de *El relato de Genji*, pudiera transmitir este mensaje de Murasaki Shikibu al mundo de hoy que sufre por el caos reinante, no encontraría una alegría mayor.

Finalmente, han transcurrido trece años desde que comencé a colaborar con las traducciones de mi gran amigo Iván Pinto Román. Durante tres años en la Universidad Católica del Perú y diez en el Japón, hemos venido encontrándonos frente a la literatura clásica japonesa y reflexionando desde distintos ángulos sobre las épocas y la condición humana.

Luego de traducir *El libro de la almohada*, *Diario de Tosa* y *Apuntes de una efímera*, finalmente el haber traducido *El relato de Genji*, el hito mayor de la literatura japonesa, en versión que se atiene a la edición de la Nihon Koten Bungaku Zenshu, en contraste con versiones en japonés moderno y en comparación con traducciones a otras lenguas occidentales, me produce una gran emoción.

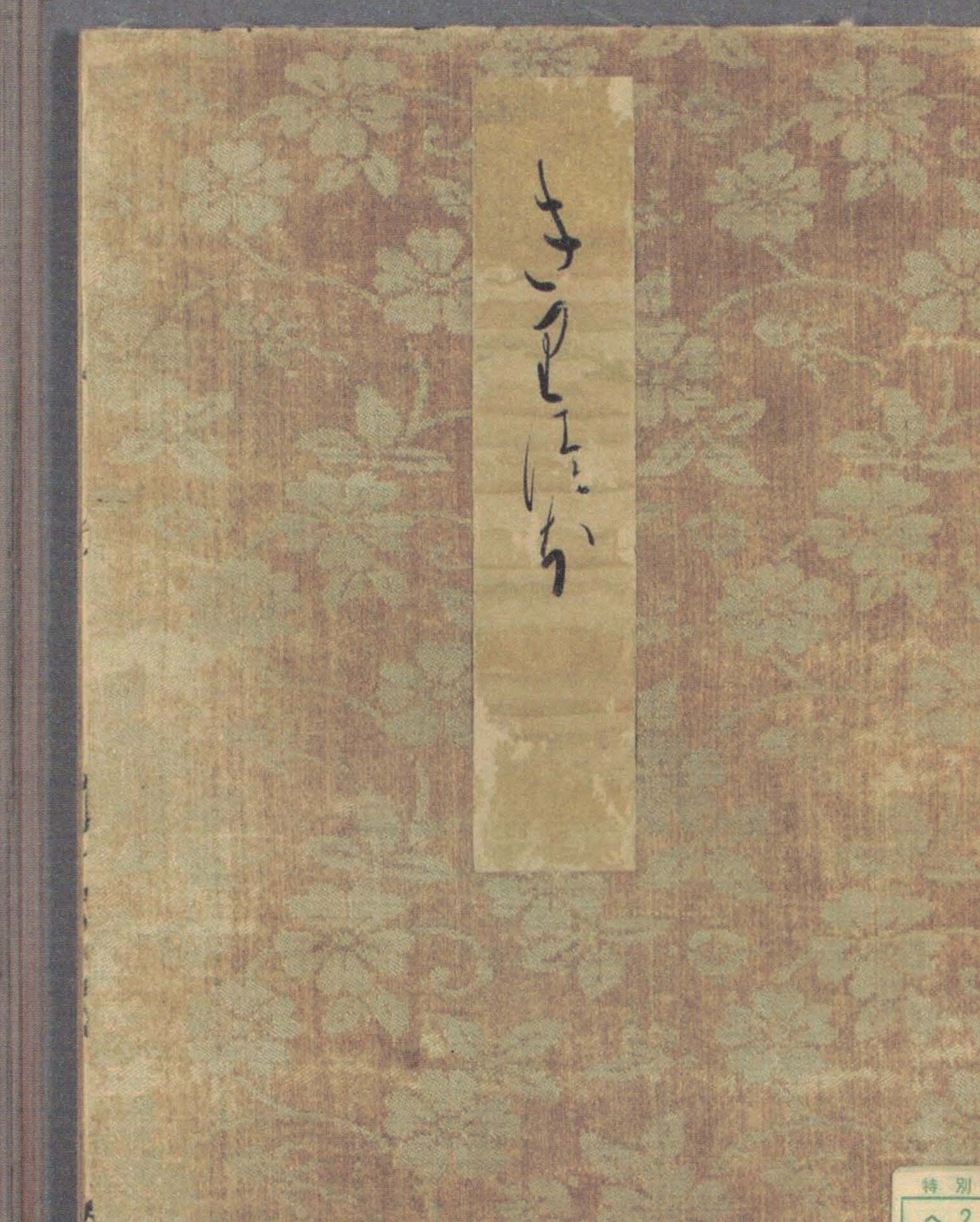
Siento una profunda alegría porque la primera parte de *El relato de Genji* pueda publicarse dentro del marco de las celebraciones de los 140 años del establecimiento de las relaciones diplomáticas entre el Perú y el Japón. Quiero aprovechar esta oportunidad para agradecer de corazón a todas las personas que nos brindaron su apoyo.

Durante la época en que mi esposo estuvo destacado en la Embajada del Japón en el Perú, recibimos el valioso apoyo de muchas personas. Quisiera agradecer por el gran interés que mostró por nuestro trabajo y el apoyo en las diferentes conferencias realizadas, al entonces embajador del Japón en el Perú, señor Takashi Kiya; a mi amigo el expresidente de la Asociación Peruano Japonesa, señor Abel Fukumoto, quien trabaja por el intercambio cultural entre el Perú y el Japón, y siempre nos brinda su apoyo sin limitaciones.

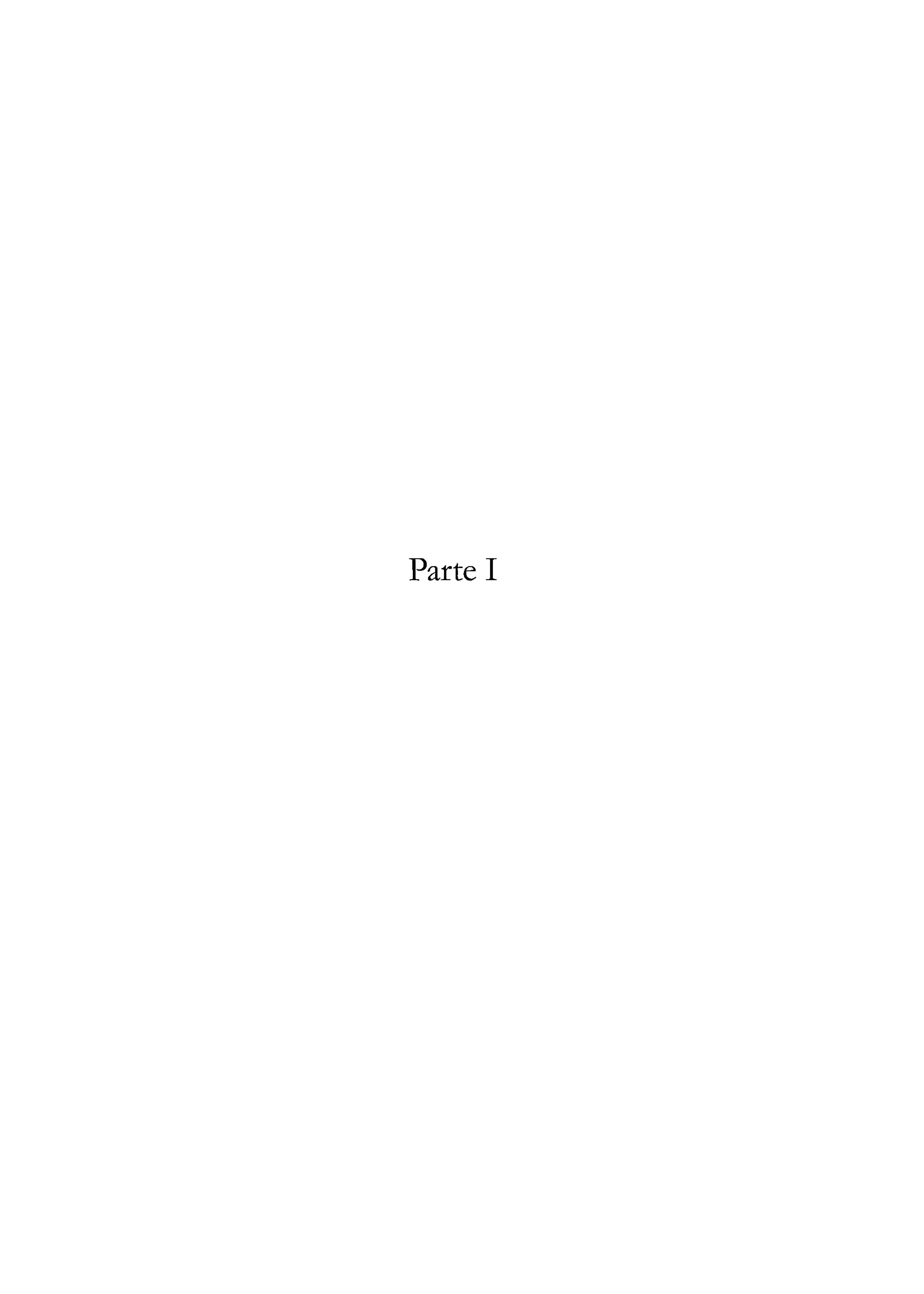
Así mismo, quiero agradecer al Dr. Haruo Suwa, profesor emérito de la Universidad Gakushuin quien ha seguido instruyéndome por más de 25 años como perdurable asesor y al Dr. Katsumi Fujiwara de la Universidad de Tokio, por su estupendas notas liminares. Al Dr. Koichi Nakano, profesor emérito de la Universidad de Waseda, quien tuvo la gentileza de darnos reiteradas autorizaciones para usar las ilustraciones del rollo ilustrado del *Genji Monogatari*, como previamente lo hiciera con la obra *Diario de Tosa* (copias de cuyas ilustraciones nos concediera la biblioteca de la misma universidad). Y al Dr. Kazuo Ueyama, jefe de la biblioteca de la Universidad Kokugakuin, quien gentilmente autorizó el uso de la imagen del *Libro de Genji Monogatari*, ajuar del ilustre

linaje Koga, que orna la tapa de nuestro libro. Al Dr. Yoshio Onuki, profesor emérito de la Universidad de Tokio, quien me brindó la oportunidad de dictar conferencias sobre el tema de las obras escritas por las damas desde el punto de vista del hibridismo cultural, durante tres años, en la entidad Nihon Shogakukan. Y por último, y particularmente, al excelentísimo embajador del Perú en el Japón, Sr. Elard Escala, por sus palabras de plácemes con ocasión de la publicación de esta obra. A todos ellos nuevamente les reitero mi más profundo agradecimiento.

Hiroko Izumi Shimono



Tapa de capítulo I «Kiritsubo» del *Genjimonogatari*,
por Sanjyounishi Saneki (colección del archivo Kuyou,
早稲田大学 Waseda Daigaku).



Parte I

CAPÍTULO I

桐壺

Kiritsubo

La cámara de la paulonia

En qué reino —no lo sé—, entre las esposas imperiales y damas del entorno que numerosas servían al emperador, había una que si bien no de muy encumbrada alcurnia recibía su valimiento notoriamente más que ninguna.[1] Aquellas que por principio habrían podido ufanarse de acaparar al soberano envidiaban e infamaban a ésta, tildándola de intolerable. En cuanto a las damas de su círculo, de igual o de menor prosapia, con mayor razón se mostraban ofuscadas. Que ella fuera, mañana y tarde, convocada al servicio del soberano no hacía sino crispar a sus rivales. Y fue sin duda a fuerza de atraer tantos enconos que su salud se trastornó gravemente, y acabó pasando más tiempo en casa de su familia, de lo cual el emperador se mostró pesaroso y conmovido en extremo, sin prestar cuidado de la maledicencia, prodigándole deferencias que pudieran crear un precedente infortunado.

Dignatarios y gentes de la corte, inflamados, decían con oblicuas miradas[2] que aquello era una pasión que irritaba la vista, que ya en Morokoshi,[3] en circunstancias semejantes, se habían generado perturbaciones de funestas consecuencias; entre tanto, en todo el imperio se expandía tal consternación que se solía evocar el ejemplo de Yô Kihi,[4] y aunque adverso todo apareciera, ella permanecía en la vida palaciega, confiada en la privanza sin par que le confería el soberano.

1. El capítulo se inicia desde poco antes del nacimiento de Genji hasta que cumple 12 años.
2. Esta frase, *con oblicuas miradas*, cita un verso del conocido «Canto del pesar eterno» de Po Chü-i (Bai Juyi), el poeta chino de tiempos de la dinastía Tang más admirado en el Japón de la época Heian.
3. Uno de los nombres antiguamente dado a la China en japonés.
4. Yang Kuei-fei, notoria y fatídica concubina del emperador Hsüan Tsung (Ming Huang, de la dinastía Tang) que viviera entre 685 y 762 d.C.

El padre de ésta, el Gran Consejero, no vivía más; su madre, esposa principal, persona de conservadora persuasión y buen linaje, había ciertamente provisto su carrera en la corte, para que no fuera distinta de la de quienes, con el respaldo paterno, gozaban de la más halagüeña nombradía; aun así, como su hija no habría de disfrutar del apoyo de ningún personaje influyente, se angustiaba con la idea de que, cuando fuera menester, no contaría con el mínimo recurso. Por eso persistía en ella la incertidumbre.

Profundos habrían debido ser, en una vida anterior, los lazos que a Su Majestad la ligaban, pues le pudo dar un hijo hermoso, una joya singular que en el mundo no tenía igual. El emperador, que no contenía su impaciencia,[5] muy pronto lo hizo llevar al palacio y pudo constatar con sus ojos que los rasgos del pequeño eran de una rara belleza. En verdad, el Primer Príncipe,[6] nacido de la Consorte Imperial, hija del Ministro de la Derecha, y poderosamente amparado, estaba rodeado de los más solícitos cuidados para que nadie dudase de que habría de ser el heredero presunto, mas no podía en cuanto a hermosura medirse con aquel príncipe menor, quien ya ocupaba en la mente del soberano un preferente lugar y al cual, en privado, prodigaba infinito afecto. La madre de éste no era de tan bajo rango como para haberse ocupado del servicio personal de Su Majestad. Más bien ella se ganaba el respeto de la gente y exhalaba dignidad como si se proviniera de alta cuna. Sin embargo, dado que le dispensaba su soberana afición, sin motivo ni razón alguna el emperador demandaba su presencia, y cada velada festiva que el uso ordenaba, o cualquier otra oportunidad, era para él un pretexto para convocarla a su presencia; ocasionalmente la retenía en su alcoba para recogerla a su lado hasta el día siguiente, continuamente, y tratándola de esta guisa la obligaba a no dejarlo. Por la insensata exigencia del soberano ella era culpada de haber caído en hábitos desenfrenados, y por ello la trataban como de rango inferior. Cuando se manifestó, luego del nacimiento del príncipe menor, que Su Majestad la tenía por favorita, tratándola señaladamente con minuciosas atenciones,

---

5. Un vástago del *Tennô* (emperador), por motivos religiosos, no le podía ser mostrado sino varias semanas después del parto, una vez transcurrido el plazo para limpiar la impureza.
6. El Primer Príncipe sería después el emperador Suzaku, hermano de padre del protagonista Genji no Kimi, quien era tres años menor.

adecuadas a quien era madre de un príncipe, la Consorte Imperial, madre del Primer Príncipe, fue presa de los celos: podría muy bien ocurrir, en el peor de los casos, que aquel nuevo príncipe llegase a ocupar un día los aposentos destinados al heredero del trono. Y, dado que ella había advenido al palacio antes que ninguna otra, que el emperador le había otorgado distinguidísima gracia, no común, y que había tenido de ella varias hijas, las recriminaciones sin fin de esta dama inspiraban al soberano mayor contrariedad y hastío. Mas el emperador cavilaba que era ésta una dama a la que no podía ignorar, por muy importuna que fuese y por penoso que fuera para él tal asunto.

En cuanto a la madre del nuevo príncipe, no obstante que confiaba en la augusta protección, numerosas eran sus detractoras, las que la menospreciaban y buscaban recalcar sus faltas. Siendo tan frágil su complexión y tan precaria su salud, se consumía ya por la extrema inquietud. Sus aposentos se hallaban en el ala del palacio llamada Kiritsubo,[7] y por sus incesantes idas y venidas, que la hacían pasar delante de las alcobas de todas las otras damas, llevó al colmo del enardecimiento a éstas. Incluso cuando se presentaba ante el emperador, si dichas ocasiones —brindadas solamente a ella— se juzgaban demasiado frecuentes, las otras damas se concertaban de antemano derramando excrementos en el camino, aquí o allá, por las galerías y pasajes cubiertos, con lo que se manchaban las largas colas de aquellas que la acompañaban o llegaban a su encuentro, produciéndose desagradables percances, ya inaguantables. E incluso ocurría que a veces echaban el pestillo a los dos cabos de las puertas de un pasadizo que ella no podía evitar, en connivencia de unas y otras, haciéndola caer en confusión y vergüenza. Como innumerables y adrede eran los penosos incidentes que se multiplicaban, ella se afligía enormemente, de lo que Su Majestad sentía gran compasión; también le plugo a él transferir a otro lugar los aposentos de servicio de una dama de honor, que desde siempre se había alojado en el Kôrôden,[8] para otorgárselos a aquélla a guisa de alcoba superior, de lo cual surgió en la otra un rencor que nada pudo disipar.

---

7. «Kiritsubo» es el nombre común del Shigeisa, uno de los cinco edificios en donde vivían las consortes imperiales y las damas de su entorno. El Kiritsubo, ubicado en el rincón noreste del Palacio Imperial (Dairi) en Heiankyô (hoy Kioto), estaba caracterizado por una paulonia que hermosa se erguía en su patio.
8. Recinto del palacio anejo al edificio llamado Seiryôden, morada del *Tennô*.

El año en que el nuevo príncipe cumpliera tres, para la ceremonia de imposición de los faldones, el soberano —no menos que cuando lo hiciera el Primer Príncipe— ordenó un gran ceremonial que agotó los recursos del tesoro, al efectuarse con sumo boato. A este respecto, el reproche contra ella se extendió más; no obstante, al príncipe pequeño, cuyo cuerpo y espíritu —con la edad— parecían que habrían de alcanzar una rara gracia, nadie osó malquererlo completamente ni denigrarlo. Y entre aquellos más razonables había algunos que se maravillaban que arquetipo tal hubiese nacido en este mundo y, sobrecogidos, lo vigilaban.

El verano de dicho año, la dama de la Cámara de la Paulonia, que se sentía extrañamente enferma, expresó el deseo de retirarse donde su familia, lo cual el emperador una vez más no quiso permitir. Como en los previos años siempre la notara endeble, sus ojos se habían habituado a ello.

—¡Intentad, por consiguiente, continuar por algún tiempo más! —él le decía.

Mas, tras algunas jornadas, su estado empeoró y tanto que solamente en el espacio de cinco o seis días, ella se halló grandemente extenuada; entonces, la dama madre suya, sollozando sin cesar, se dirigió a Su Majestad y obtuvo la gracia de que partiera a su casa. Y hasta en semejante circunstancia, ella temió sufrir alguna inconcebible afrenta; dejando atrás al niño, así sigilosamente habría de abandonar la corte. Como hay un término para toda cosa, el emperador, que no la podía retener más, sintió una indecible impotencia al no ser dable conducirla, ni siquiera despedirse de ella. Aquella dama de gran encanto y hermosura, deplorablemente se consumía. Transida de melancólicas disquisiciones era incapaz de traducirlas en palabras, yaciendo, casi inconsciente. Al verla así, desgarrado el espíritu, él lloraba sin cesar, le hacía mil juramentos, mas ella no se hallaba ya en estado de poderle responder. Su misma mirada, en extremo lánguida, revelaba un completo abatimiento, y como ella seguía tendida así, la faz ausente, él se quedaba con aire perplejo. E incluso cuando queriendo ayudarla finalmente ordenara que la portasen en palanquín, sin pausa, hasta su casa, de retorno en su alcoba él no pudo resolverse a acordarle el cese.

—Juntos el voto hicimos de acompañarnos por la vía que todos han de recorrer. ¡No debéis desertarme!

Y, a su turno, la dama, con una mirada teñida de una profunda tristeza musitó:

Nuestras rutas ahora
para siempre se apartan,
cuando en mi angustia
hubiese bien deseado
seguir la de la vida.

»¡Ay, si yo hubiera sabido que acabaría así…!

Y luego, con desfalleciente aliento, pareció querer decirle muchas más cosas, pero se hallaba a tal punto decaída que habría sido fútil intentarlo.

El emperador cavilaba si acaso no podría tenerla consigo hasta el final. Pero, llegó un mensaje de la madre de ella, suplicando que se apresurara:

—Hemos conseguido la venia de bonzos eminentes que habrán de conducir los ritos necesarios, y me temo que habrán de darles comienzo al anochecer.

De modo que, desolado, él consintió que partiese. Una noche de insomnio para él fue la que siguió. Su corazón, penetrado de congoja.

Él envió un mensajero. Aún antes de que hubiera habido tiempo como para que llegase a casa de la dama y volviese de regreso, estuvo pronto al lado del soberano, que aprensivo e impaciente lo aguardaba. Cuando arribó, una persona llegada desde la tierra natal de la dama clamaba y lloraba mucho diciendo que la dama había fallecido a poco de la medianoche, entonces el mensajero retornó al palacio del emperador, quien atribulado lo escuchara. Luego de saber del tránsito de la dama, el emperador cayó en estado de aflicción, sin discreción trastornado. El augusto se enclaustró en sus aposentos privados de la planta alta. Habría querido, al menos, quedarse con el niño, mas precedente no había para alejarlo de la casa materna durante el luto. Se decidió que partiese. El niño nada comprendía de lo que había acontecido, mas al ver deshacerse en lamentaciones a quienes lo servían, y al propio soberano verter sin tregua torrentes de lágrimas, se preguntaba incesantemente el porqué. La muerte de los padres en cualquier circunstancia aflige, y ésta era una indeciblemente triste. Empero, el llanto había de tener un término, y se emitieron órdenes para el funeral.

—Si al menos ella pudiera ascender a los cielos con el humo de la pira —dijo su madre entre sollozos.

Ella fue conducida en el catafalco seguida de gran cortejo. Y, ¿cómo habrían sido sus sentimientos cuando todos llegaron al monte Otagi?[9] Fue allí donde se efectuaron los ritos con la mayor solemnidad y dignidad.

Ella miró el cadáver:

—¡Teniéndola ante mí, no puedo persuadirme de que esté muerta! ¡A la vista de sus cenizas quizá pueda aceptar lo que ha pasado!

Sus palabras eran lo suficientemente racionales, pero se hallaba tan fuera de sí, que pareció caerse del carruaje. Las mujeres habían presentido que así sería, mas no supieron cómo tratarla.

Arribó un mensajero del palacio con la nueva de que la finada dama había sido elevada al Tercer Rango, y poco después se presentó un heraldo para leer el edicto oficial. El emperador mucho se dolía de no haber resuelto designarla consorte imperial, y quería enmendarse por lo menos promoviéndola a un rango superior. Hubo muchos que abrigaron rencor hasta por esta dádiva. En cambio, algunas, dotadas de razón y sentimientos, pudieron advertir la presencia excepcional y a la vez cuán amada había sido aquella dama, simple, gentil e intachable. También evocaron por primera vez que no podían odiarla aun si se lo propusieran. Como ella había sido favorecida en exceso por el emperador fue transmutada en víctima de la maledicencia. Las damas de alta alcurnia recordaban ahora cuán fascinante había sido y cuán hondo el tierno afecto del que fuese dotada. Fue justo para una ocasión así, hicieron hincapié unas a otras, que la frase «cuando no existe...».[10]

Los días pasaron sin sentido. El emperador velaba por la celebración de las ceremonias semanales por la salud del alma de la difunta. Su desconsuelo proseguía interminable, dolorido había renunciado a requerir la compañía nocturna de las damas;

---

9. Situado al este de Heiankyô, la capital.
10. Una posible explicación a esta frase aparece en la posterior obra *Genjishaku*, escrita por Koreyuki Sesonji en los primeros años de la época Kamakura: *Cuando una persona existe, de la corriente del ambiente se nutre el odio contra ella. En cambio, si no existe ya, se echa de menos a la persona perdida.*

y como, bañado siempre en lágrimas, pasaba así días y noches, incluso para aquellos que lo veían en tal trance, aquel fue un otoño de copiosos rocíos.

Empero, había una dama que se rehusaba a aplacar su inquina.

—¡Cuán ridículo que aquella afectación haya de continuar hasta ahora! —dijo implacablemente la dama del pabellón del Kokiden, madre del vástago mayor del soberano.

Cuando el propio emperador se dignaba poner los ojos sobre el Primer Príncipe, su pensamiento giraba sin cesar en torno a su deseo de volver a ver al príncipe menor, y despachaba a casa de la abuela del niño alguna servidora de confianza o alguna nodriza, para inquirir cómo se hallaba aquél.

Se desataron los vientos otoñales, que los campos arrasan. La hora del crepúsculo tornóse repentinamente fría. Más que nunca antes, las remembranzas afluyeron a su alma, y él confió un mensaje a una dama de rango medio llamada Yûgei no Myôbu, cuyo padre era oficial de la guardia. A la mágica hora de la luna del anochecer, la envió a aquel lugar. Y tornó a sus remembranzas. En noches semejantes, la difunta y él habían tañido el *koto* una para el otro. El *koto* que ella tocara poseía ciertos tonos ausentes en otros instrumentos y cuando ella hablaba en un tono natural, sus palabras portaban igualmente ecos singulares. Su rostro, sus gestos, parecían aferrarse a él, pero muy lejos de la realidad, como decía: «sin más sustancia que el luciente ensueño».[11]

Myôbu llegó a casa de la abuela. Su carruaje fue halado a través del portal. Mas, ¡qué solitario lugar era aquél! La anciana dama había vivido hasta entonces una viudez retirada. No deseosa de importunar a su hija única, había cuidado siempre del jardín de la casa para que no ofreciera una vista deshonrosa. Para entonces, todo se hallaba sumido en tinieblas. En el huerto, las malas hierbas crecían sin segar y el viento otoñal batía ceñudamente. Sólo los rayos de luna lograban abrirse paso entre la maleza sin pasmar su luz.[12]

---

11. Alusión poética a una *tanka* anónima del *Kokinshû*, N° 647: *La realidad, en lo profundo de la noche, más sustancia no tiene que el luciente sueño.*

12. La autora cita un poema del *Kokin Rokujô*, en el segundo tomo, compuesto por Ki no Tsurayuki: *Lugar este es que nadie visita, hasta la primavera jamás toca a mi puerta, el huerto donde vivo cubierto está por la maleza.*

El carruaje fue alzado y Myôbu pudo apearse en la puerta del mediodía.[13]

La abuela, al principio, fue incapaz de pronunciar palabra.

—Ha sido un tormento para mí seguir viviendo, y ahora tener a alguien como vos que llega a esta casa de silvestres artemisas cubiertas de rocío.[14] Deciros no puedo cuánto me abochorno.

Exponiendo tal, no pudo reprimir las lágrimas.

—Una dama que visitara vuestra casa el otro día nos dio a conocer lo que ella tuvo que ver con sus propios ojos, antes de que pudiera comprender vuestra desolación y pesadumbre. Le expresó al emperador que tras escuchar la especie sobre la madre de la dama del Kiritsubo, había sentido honda pena y le pareció que exhalaba el alma. Yo, que no soy sino insignificante, también me conduelo profundamente, al punto de no resistirlo más.

Luego de una pausa, transmitió el mensaje del emperador:

—Él ha manifestado que por un tiempo todo le pareció como que anduviera sin rumbo en medio de una alucinación, y cuando su agitación se abrevió llegó a percatarse de que la congoja no tenía fin. Si al menos tuviese compañía en su dolor, pensaba, e imaginó que vos, señora, podríais ser persuadida de reubicaros discretamente en la corte. El augusto turbado se hallaba porque el niño languidece en esta morada de lágrimas, y anhelaba os trasladaseis prestamente al palacio. Mas, entonces sus sollozos interrumpieron su razonamiento y fue palmario para todos que temía que pensásemos que era absurdamente frágil. Sentí mucha congoja y salí hacia acá sin escucharlo hasta el final.

Y entregó a ella la misiva del augusto.

—A mis oscurecidos ojos, ¡tales afables palabras traen la luz! —dijo la madre de la finada, y leyó—: «He vivido a la espera de ver, con el tiempo, atenuarse un tanto mi dolor, mas los días se han añadido a los meses, y la tristeza en mí se acrece, lo que tanto me acongoja hasta ya no soportarlo. Y ese niño tan pequeño, por quien no ceso

13. El modo de construcción de las casas en aquella época, disponía la sala de visitas orientada hacia el sur. Myôbu fue tratada como una visita formal, al llegar en representación del emperador.

14. *Kakekotoba* o retruécano: el rocío sobre las hojas de artemisa alude a las lágrimas de la madre de la dama del Kiritsubo.

de inquietarme, ¡qué adversidad que yo no pueda concertar con vos, para velar por él! Considerad que en adelante él es para mí la viva remembranza de los días de antaño, ¡traedlo a mí!»

He aquí aproximadamente lo que en su instancia él se dignara escribir, adicionando además:

Oyendo el rumor del viento,
que el vasto Miyagino
de rocío reviste,
de mi pequeño brote
de aulaga me conduelo.[15]

Mas no pudo leerlo hasta el final.

—He tenido la cruel experiencia de una larga vida, al punto de sentirme confusa ante la idea de «lo que el pinar de Takasago pudiera pensar».[16] Tener acceso al palacio no haría sino aumentar mi turbación. Por eso aún sabiendo que palabras dignas pronunciabais, no oso en lo que me concierne resolverme a partir. En cuanto al príncipe menor atañe, yo no sé en qué medida ha comprendido, pero al parecer arde en deseos de retornar prestamente a la augusta presencia, a lo que tiene razón, y por ello con aflicción lo contemplo. Esto es todo lo que de mi parte querría que vos informarais a Su Majestad. En la funesta condición mía, que el niño permanezca cerca de mí sería adverso y lastimero.

Fueron de tal modo sus palabras. Mientras tanto, el príncipe pequeño reposaba en su aposento.

—Yo hubiese querido verlo y hacer de su situación un reporte prolijo, pero Su Majestad me aguarda, no me es posible tardarme hasta entrada la noche —dijo así la mensajera ansiosa de retornar.

---

15. Hay *kakekotoba* o retruécano: Miyagino alude tanto al Palacio Imperial como al llano oriental de la ciudad de Sendai, hoy en la prefectura de Miyagi.

16. Del quinto tomo de *Kokin Rokujô*, verso anónimo que, por lo pinos milenarios del bosque referido, alude a la vida longeva: *Frente al pinar de Takasago, azorado / sabido no habría que aún con vida estaba.*

—Las tinieblas que mi alma desesperada oscureciesen no se disipan aún y me atribulan.[17] Sin embargo, desearía describíroslo; hacedme el honor de volver a venir, a título privado y a gusto vuestro. A vos que, todos estos años, en varias ocasiones felices y halagüeñas me hicierais el regalo de vuestra presencia, veros ahora portadora de un lúgubre mensaje: ¡Ah, he aquí los efectos de un cruel destino! Desde el primer instante en que la ausente llegara al mundo, nuestras esperanzas en ella se cifraron, y el finado Gran Consejero, hasta su último aliento, de repetir no cesaba: «Mi ambición, que es que ella sirviera en el palacio, ¡por gracia, satisfacedla por difícil que fuere! ¡Guardaos, so pretexto de no hallarme más en este mundo, de dejaros malamente abatir!», y no obstante que varias veces él me advirtiera de esta suerte, vivir en la corte desprovista de todo protector influyente parecíame algo colmado de peligros y sólo por no faltar a su última voluntad, la coloqué al servicio de Su Majestad. Ahora bien, en razón de los favores que el soberano, hasta la saciedad, se dignara concederle y honrarla, sin duda ella disimulaba la vergüenza de no ser tratada como las otras damas, que el palacio frecuentaban como si nada extraordinario fuera;[18] mientras que ella atraía acentuados rencores se multiplicaban incidentes insoportables, que sus días ponían bajo constante amenaza, hasta tal punto que aconteció lo que bien sabéis. Y, de tal suerte que vengo a tener por crueldad el generoso favor de Su Majestad. Pero, ¡éstas son sólo divagaciones en las tinieblas de un pesaroso corazón…! —dijo la madre de la finada, sin poder terminar sus palabras, ahogadas por sus sollozos, mientras la noche se tornaba insondable.

Su Majestad juzgaba del mismo modo:

—Yo, que siguiendo las inclinaciones de mi corazón había dado libre curso a mi pasión, al punto de ofuscar a otra, actualmente me percato de que aquello no podía durar, y de que fue ¡uno de esos combates fatales para el hombre! Cuando estuve persuadido de no haber infligido la menor afrenta a nadie, pues por el amor de esta mujer no había sino atraído malquerencias que bien podría haber evitado, y al final de cuentas heme

17. *Tanka* de Fujiwara no Kanesuke, en el *Gosenshû,* N° 1103: *El corazón de un padre no es oscuridad, empero, perdido deambula cavilando por el hijo ausente.*

18. La vergüenza que sintiera porque las demás la habían tratado como inapropiada para vivir en la corte.

aquí abandonado, incapaz de reaccionar y dando el indecente espectáculo de mi propia necedad. ¡Ah, si yo supiera cuáles fueron mis previas existencias...! —he aquí lo que Su Majestad no cesa de cavilar sin fin, derramando torrentes a amargas lágrimas.

Discurriendo así, inagotablemente, la mensajera acotó, sollozando y llorando:

—La noche ha avanzado ya, y antes de que haya transcurrido, ¡debo referir vuestra respuesta! —dijo, y con toda prisa se dispuso a partir.

La luna, a punto de ocultarse, resplandecía en el cielo con claridad pura y límpida, y el soplo del viento refrescaba. Entre las briznas de hierba, los chillidos de los grillos parecían incitar al llanto, con lo que ella se dolió de dejar esta morada, invadida por las hierbas:

Si afanarme yo debiera,
igual que el grillo-campana,
con mi más fuerte quejido,
noche otoñal no bastara
para terminar mi lloro.[19]

Exclamó ella, aún no pudiendo resolverse a subir a su carruaje.

Sobre los carrizos de la morada,
donde de los insectos
el chillar angustiado sube,
triste el rocío vierte
la noble dama de sobre las nubes.[20]

«No os haría yo reproches», la madre encargó a su doncella lo dijera a Myôbu.

---

19. El grillo era llamado *suzumushi* (grillo-sonaja). La palabra vinculada, *engo furu,* significa «derramar lágrimas como lluvia», y también «agitar la campanilla el grillo (*suzumushi*)».
20. La portadora de un triste mensaje de la corte acrecienta la tristura que reina ya en la casa. La madre de Kiritsubo se expresó así: «la noble dama de sobre las nubes» (*kumo no uebito*) aludiendo a la dama Yûgei no Myôbu, pues aquélla también residía en el Palacio Imperial. Hay dos poemas con los que se vinculan estos versos: *Waga gotoya kumono nakanimo omouran amemo namidamo furinikosohure* (que aparece en el *Iseshû* o Colección de Ise, la dama), y *Samidareni narenishi sodewo itodoshiku tsuyuokisofuru akinosabishisa* (por Ômi no Koui, en el tomo segundo del Otoño, del *Gosenshû*).

Como los obsequios habrían estado fuera de lugar, ella le envió cual pequeño recuerdo de su hija un conjunto de prendas, dispuesto para una ocasión así, y también un surtido de alfileres y peinetas.

Las doncellas más jóvenes que de la corte vinieran con el príncipe pequeño aún se afligían por su ama; pero aquellas que habían adquirido el gusto de la vida en la corte, se sentían desoladas por vivir en tal morada. Y la memoria del soberano las hacía unir sus peticiones a las del augusto. Por eso le aconsejaron que al Palacio Imperial retornase el príncipe.

La abuela se inquietaba pues el público rumor acerca de la infausta condición suya se expandiría si decidía acompañar a la criatura, mas si de otra parte tuviera —aun por poco tiempo— que ser privada de la vista del niño, ella moriría de inquietud, de modo que no podía resolver con corazón gozoso reenviarlo al palacio.[21]

La dama Myôbu descubrió con emoción que el emperador, aguardándola, no se había retirado aún a sus aposentos. Con el pretexto de admirar la espléndida exuberancia de las plantas del jardín interior, discretamente, él había requerido los servicios de cuatro o cinco damas que pudieran atenderlo con mejor solicitud, y conversaba con ellas.

Una pintura inspirada en el *Canto del pesar eterno*,[22] que en los últimos tiempos él contemplaba del alba al crepúsculo, y que había sido hecha ejecutar por el retirado emperador Teiji, y poemas tanto en lengua de Yamato, que aquél había hecho componer a Ise o a Tsurayuki,[23] como poemas de Morokoshi sobre el mismo tema. Tal era el único objeto de sus pláticas.

---

21. En este capítulo, *Kiritsubo*, la escena en «la casa de la madre de la dama del Kiritsubo» alcanza un clímax. El avance del relato se detiene en aquella morada para desarrollar a continuación el mundo del recuerdo, a través de la conversación entre la madre y Yûgei no Myôbu. Mediante este diálogo la autora enfatiza la relación extraordinaria habida entre el emperador y la dama del Kiritsubo, pero también la inevitabilidad del destino aciago de aquélla.
22. Po Chü-i (Bo juyi, en japonés *Haku Kyoi,* 772-846), el más popular poeta chino de la fase final de la dinastía Tang en la corte Heian, describe en esta balada la congoja del emperador Hsüan Tsung por la ejecución —por él consentida— de su tempestuosa y bella concubina, Yang Kuei-fei. El emperador la amó tan apasionadamente que dejó de lado la administración del Estado. Ello lo obligó más tarde a permitir la inmolación de su hermosa amante, imputándole la responsabilidad de haber causado la rebelión de An Lu-shan. Luego de reprimida, el emperador ordenó a un ermitaño nigromante buscar el alma de Yang Kuei-fei. Por todo el mundo éste la buscó y al fin la halló en un palacio más allá del mar.
23. El emperador nipón Uda (Teiji-in tras su abdicación, en 897) reinó a fines del siglo IX y falleció entrado el siglo X, en 931. La dama Ise (que fuera concubina de Uda Tennô) y el caballero Ki no Tsurayuki fueron ambos destacados poetas en la primera mitad del siglo X.

Él se dignó inquirir muy detalladamente por el estado de las cosas allá, en el campo. Y ella, en confidencia, le hizo un recuento de los hechos que la habían conmovido. Él puso sus ojos en la respuesta escrita:

—Estoy infinitamente afectada por el honor que Su Majestad me concede, y sin embargo, ¡no sé qué pensar! Pues, a pesar de su gentil solicitud, mis sentidos permanecen oscurecidos y turbados:

Desde que el follaje
que de los vientos lo guardaba
le faltara,
la suerte del brote de aulaga
no ha dejado en paz mi alma.

Extraño modo de tratar el caso, pensó el emperador, pero la dama se hallaba aún con el corazón quebrantado, y sin duda por ello él se dignó considerar con mirada indulgente la indiscreta duda de aquélla.

Resuelto a no mostrar el espectáculo de una insólita turbación, se esforzó por parecer impasible, pero no conseguía dominarse mucho más. Retornaron hasta las remembranzas del tiempo en que por vez primera él la viera; millares y millares de veces las repasaba en su espíritu; entonces su ausencia lo hundía en la inquietud, no obstante que días y meses se habían deslizado de esta guisa, no podía aceptar la realidad.

—Tenía siempre presente el deseo de enaltecer sin falta la firme devoción de la abuela por su marido, el Gran Consejero, mas tal esperanza podría desvanecerse —dijo el augusto. Y sintió gran pena por el estado de la dama—. Pues bien, si el príncipe pequeño creciera, ¡se presentaría la ocasión propicia! Por eso deseable sería que ella sobreviviese aguardando, alentada, hasta ese día. ¡Cómo ver día aquel! —dijo.

La dama Myôbu ofreció entonces a la vista del soberano los presentes de la dama abuela. Imaginaba que un hechicero le hubiese traído, como a aquel emperador chino, un peine desde el mundo en que su perdido amor moraba ahora,[24] y musitó:

24. Alude a la búsqueda del emperador Hsüang Tsung. El nigromante que él enviara, al hallar al fin el alma de Yang Kuei-fei en tan remoto palacio, le presentó un mensaje del soberano y ella, a cambio, le entregó la mitad de una cajita incrustada de nácar y su peineta de oro, como recuerdo para su amado.

Para tornarla a buscar,
si nigromante fuera
lo menos que podría
saber la morada sería
do su sombra vaga.

Figurados sobre la tela los rasgos de Yô Kihi, aunque fuese la obra de un pintor de gran talento, estaban desprovistos de fulgor, pues el pincel límites tiene. A los lotos de Taieki, a los sauces de Biyô,[25] efectivamente, se habían semejado. Su indumentaria plasmada al gusto chino era muy bella. Mas, para él que se acordaba de la gracia y las seducciones de otra, no había allí nada que pudiera, flores, pájaros, evocar los colores ni el canto de aquélla. Mañana y tarde, casi como un estribillo, él había añorado a su amada con los versos de aquel dolido cantar: «En el cielo, como las aves que las alas comparten, en la tierra, como los árboles de entrelazadas ramas». Había sido un voto reencontrarse, mas la brevedad de su vida lo había convertido en vano ensueño.

Todo, el quejido del viento, el chillido otoñal de los insectos, aumentaba su aflicción. Empero, en los aposentos de la dama del Kokiden, eran muy distintas las cosas. Largo tiempo había pasado desde que ella dejara de presentarse al emperador. Siendo tan hermosa la claridad lunar, no halló motivo alguno para no divertirse con música hasta tarde por la noche. El emperador musitó algo acerca de la insolencia de hacerlo a tales horas. Y aquellos que fueran testigos de su padecimiento concordaron en que aquello era una innecesaria injuria. La dama del Kokiden era arrogante y de intratable carácter, y su conducta sugería que el pesar del soberano carecía de importancia.

La luna al fin se ocultó.

25. Alusión al gran lago (*Taieki*) del jardín imperial del palacio de Wei-yang, en la China.

No veo la luna de otoño
ni siquiera aquí sobre las nubes .
¡Cómo podrán verla claramente
aquellos que habitan
en un entorno de juncos![26]

El emperador tarde se acostó. Reventaban ya las mechas de las lámparas que fueron extinguiéndose hasta la última gota de aceite. Entretanto cavilaba sobre el niño y la anciana dama que quedaban morando en aquel valle.

Se escuchó el llamado a la ceremonia del Tonoimôshi, de la Guardia Imperial de la Derecha que procedía al relevo: era a eso de la ronda del Buey.[27] Temiendo las miradas indiscretas, él se retiró a sus aposentos, pero ya en ellos no pudo conciliar el sueño. Y, por la mañana, todavía, apenas levantado, le revino a la memoria el verso aquel: *no saber si las persianas se abrirían.*[28] Incapaz fue de interesarse por los asuntos de Estado, ni siquiera de comer. Apenas tocó la refacción matinal, no fue más sino un ademán y el almuerzo pareció tan remoto de sus inclinaciones que sus servidores intercambiaron miradas y murmullos de angustia.

Quizá todo había sido prescrito de antemano, pero muchos de ellos no medían sus palabras por el rencor y el resentimiento hacia la dama del Kiritsubo. Y también murmuraban, lo que permitió que el asunto traspusiera los linderos de lo razonable, pues, desde luego, desatender sus deberes era por entero excesivo. Algunos cuchicheaban y se lamentaban mencionando incluso el ejemplo del emperador chino que acarreara la propia ruina y la de su pueblo.[29]

---

26. Hay retruécano: *Engosumu* implica «habitar» y «clara». Alusión al poema compuesto por Yoshishige no Tamemasa, en el *Shûiwakashû*: «Acá sobre las nubes la luna luce, mas, en el huerto, rodeado de solitarios juncos, pienso» *(Kokonoeno uchidani akaki tsukikageni aretaru yadowo omoikosoyare).*
27. *Ushinotoki*, entre la una y las tres de la mañana. La ceremonia del *Tonoimôshi* se efectuaba en el Takiguchi no jin dentro del palacio, donde se presentaba y voceaba su nombre el encargado de la guardia nocturna.
28. La dama Ise, acerca del *Canto del pesar eterno*, escribió: *Sin saber que descorrerían las enjoyadas persianas, durmiendo me quedé. ¡Quién imaginara que ni lo soñaría!* Hay *kakekotoba*: *aku* se vincula con «amanecer» y con «descorrer la persiana».
29. El cuestionado caso de Yang Kuei-fei fue la causa inmediata o pretexto de la funesta rebelión de An Lu-shan en 752, cuyas consecuencias marcaron el inicio del ocaso de la dinastía Tang.

Los meses transcurrieron y el príncipe menor volvió al palacio. Se había convertido en un noble mozo, de apostura tal que casi no parecía de este mundo. Por aquella razón el emperador se intranquilizó por el futuro de su hijo.

Cuando, a la primavera siguiente, llegó el tiempo de designar Príncipe Heredero, el emperador deseó vehementemente pasar por encima de su primogénito a favor del menor, quien, empero, carecía de parientes maternos influyentes. No se mostraba factible que la designación fuese a ser aceptada sin contestación. El muchacho, al igual que su madre, bien podría verse frustrado por los inmoderados favores del soberano. El emperador no reveló a nadie ni siquiera sus deseos. La gente murmuraba que aunque el emperador mimara tanto al príncipe menor habría un límite para sus afectos. Y la dama del Kokiden recobró la calma.

La abuela del mozo se hallaba abatida sin saberse el medio para consolarla. Hasta que, finalmente, porque sus plegarias para estar junto a su hija quizá fueran oídas, exhaló su último aliento. Una vez más, el soberano padeció desolación. El mozuelo, ya de seis años, estaba suficientemente crecido como para conocer por sí mismo la aflicción. Su abuela, que por años tan buena fuese con él, muchas veces le había recalcado qué gran dolor le causaría tener que dejarlo solo.

Él vivía ahora en la corte. Al cumplir los siete rindió la prueba de la ceremonial lectura de textos clásicos chinos. Nunca previamente se había realizado una ejecución tan inteligente y perspicaz. Por eso, el emperador se horrorizó cavilando sobre él:

—Nadie deberá enojarse con él, despojado ya de su madre.

El emperador tomó al muchacho consigo y juntos se dirigieron al pabellón del Kokiden, y fue así admitido el mozuelo en los aposentos privados. Dado que su rostro era tan galano ni el más severo de los guerreros ni el más inflexible de los enemigos podría haber contenido una sonrisa. La dama del Kokiden se mostró nada deseosa de dejarlo ir. Ella tenía dos hijas, pero ninguna podía compararse con él en gallardía.[30] Las damas y las muchachas menores se arremolinaron, sin ruborizarse en

30. Con este frase se alude al criterio estético de aquel entonces, que aún tratando de la apostura del príncipe, se la comparaba con la de la princesa, resultando en una apreciación de la hermosura humana de patrón más femenino.

absoluto de dejarle ver sus rostros,[31] afanosas todas por entretenerlo, embelesadas por su lozana elegancia.

No requiero hablar de los logros del príncipe menor en las materias de estudio obligatorio, si de música se trataba, sus tonos de flauta y *koto* hacían eco en los cielos,[32] suscitando el asombro de todo el palacio, mas si todo el recuento hiciera parecería exagerado.

Una embajada llegó, procedente del reino de Koma.[33] Al saberse que entre los emisarios había un diestro fisonomista, el emperador quiso convocarlo a su presencia para consultarlo. No obstante, decidió que debía respetarse la decisión del finado Teiji-in[34] de no recibir foráneos, y en lugar de ello, envió con gran sigilo a su favorecido vástago menor a la mansión Kôro,[35] donde se hallaba alojada la delegación. El muchacho marchó allí, disfrazado de hijo del Gran Refrendario de la Derecha, su ayo en la corte. El sabio coreano, estupefacto, varias veces inclinó la cabeza, quedando perplejo:

—Por su fisonomía parece destinado a convertirse en un padre para el país, y si este hado tuviere no se detendría hasta escalar al grado supremo del imperio; mas, si observo nuevamente este punto, preveo que quizá ocurrirían desórdenes y calamidades. Pero, si él llegase a ser un gran funcionario del Estado y Consejero del Imperio, tendría otro cariz, y no terminaría como otro Consejero Imperial más —acotó.

El Gran Refrendario, que era hombre sagaz y talentoso, empezó una conversación con el adivino, del más alto interés. Intercambiaron poemas en lengua china, y luego el extranjero pronunció un breve discurso:

—Ha sido un enorme placer, en la víspera del retorno a mi país, haber conocido a alguien de tan raras cualidades, y aunque lamento mi partida, habré de llevar conmigo la más grata impresión de mi visita.

---

31. Cuando las damas recibían la visita de un caballero, incluso de uno menor de edad, solían hacerlo tras un biombo o cubriendo su rostros con un abanico. Pero en este caso se entretuvieron indiscretamente.
32. Aquí se alude tanto al Palacio Imperial como, simultáneamente, al lugar de los dioses.
33. *Koma* es un antiguo nombre japonés para Corea, originalmente identificaba a Koguryô, uno de los tres antiguos reinos de la península. *Koma* o *Kôrai* fue la designación del reino coreano, unificado en el siglo VII, hasta que en 1392 la vecina península asumiera en japonés la denominación de *Chôsen*.
34. Reinante como emperador Uda, entre 889 y 897, emitió un edicto así en 894.
35. La Kôrokan, residencia erigida desde tiempos de la fundación de Heiankyô, destinada a la recepción de delegaciones foráneas. Se hallaba en la parte sur de la urbe.

A su vez, éste obsequió al príncipe menor bellos versos y regalos. El funcionario imperial también retribuyó al diestro fisonomista con numerosas dádivas. Aquel acontecimiento se difundió por todo el palacio, si bien se mantuvo en reserva los detalles. Entre otros, el Ministro de la Derecha,[36] abuelo del Príncipe Heredero, suspicaz se preguntaba qué podía significar todo aquello.

El emperador, prudentemente, ordenó una nueva prueba, a cargo de los adivinos de Yamato, examen que precisamente llegó a las mismas conclusiones. Hasta entonces se había abstenido de conferir al tierno señor el título de Shinnô.[37] Con su edicto estuvieron de acuerdo: que no convenía dejar en el mundo al niño príncipe sin rango definido, desprovisto del sostén de una parentela externa. Pues pensaba: «Mi propio poder es precario. Lo mejor será destinarlo a que vigile, en mi nombre, a los grandes funcionarios del Estado fuera de la aristocracia». Pensando que así había dispuesto de modo plácido el futuro del mozo, se empeñó seriamente en supervisar su educación, preocupándose porque se perfeccionara en cada una de las disciplinas de las artes y el saber. El muchacho mostró diligencia tal que pareció un desperdicio reducirlo al rango mínimo de un común. Y, sin embargo, como príncipe podría generar la hostilidad de aquellos que tenían motivos para temer que llegase a ser emperador. Convocó entonces a un augur conocedor del rumbo de los astros y las fases de la luna,[38] y éste resaltó lo mismo que aquel diestro fisonomista foráneo. Entonces el augusto adjudicó a su muchacho el clan Minamoto o Genji.[39]

Meses y años transcurrieron, mas el emperador no podía olvidar a la dama del Kiritsubo. Hizo llamar a palacio a varias damas que pudiesen brindarle solaz, pero manifiestamente todo lo agobiaba hasta el punto de querer hacerse bonzo pues le desesperaba que en este mundo no hubiese otra que se le asemejara. Por entonces, se empezó a enaltecer las prendas de la Cuarta Princesa, hija del anterior soberano, dama

---

36. El Ministro de la Derecha era el padre de la Consorte Imperial, la dama del Kokiden.
37. Príncipe Imperial, título otorgado a todos los demás vástagos del *Tennô* no destinados al trono.
38. Manera de adivinar la ventura de la gente. Se originó en la China, y se llamaba *sukuyô* en japonés.
39. Históricamente, el clan Minamoto o Genji fue uno de los cuatro grandes (junto con los clanes Taira, Tachibana y Fujiwara) vinculados o descendientes secundarios del linaje imperial, que ejercieran un papel hegemónico en la política cortesana de la época Heian. El emperador Saga instituyó el régimen del clan colateral al concederle el nombre de *Genji*. La autora, al otorgar este vínculo familiar a su ficticio protagonista, le brinda visos de realidad, confiriéndole también un papel prominente tanto en aspecto como en destino.

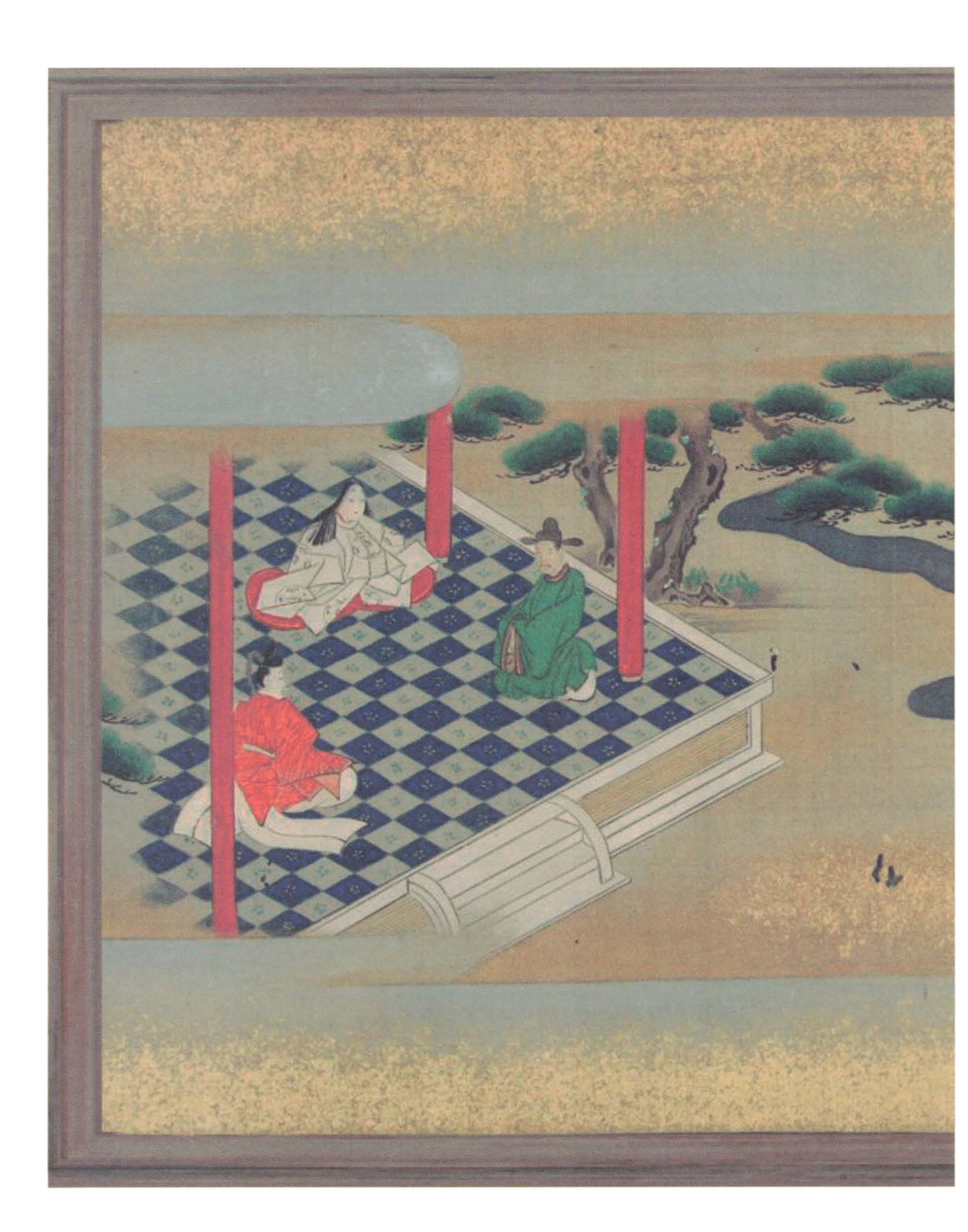




Ilustración del capítulo I «Kiritsubo», en el *Genjimonogatariemaki,*
por Kanou Yusei (colección del archivo Kuyou,
早稲田大学 Waseda Daigaku).

famosa por su hermosura, criada con sumo esmero por su madre, la emperatriz viuda. A la sazón, una mujer al servicio del augusto, segunda regente del servicio interior, que en tiempos del predecesor tuviese familiaridad con aquella princesa, desde cuando era aún niña, y que incluso ahora la veía de tiempo en tiempo, manifestó:

—He servido en la corte durante tres reinados hasta hoy, y nunca había visto a nadie que genuinamente se pareciera a la difunta dama del Kiritsubo. Mas ahora que ha crecido la hija de la emperatriz viuda, su semejanza es de lo más pasmosa. Tendría mucha dificultad en hallar otra igual.

Deseoso de que ella estuviera en lo cierto, el soberano cortésmente pidió que aquella princesa fuese enviada a la corte, a su presencia. Empero, su madre se mostraba nada conforme e incluso temerosa. Se debe recordar, decía, que la madre del Príncipe Heredero es una dama obstinada en extremo, que sometió a la dama del Kiritsubo a abiertas ofensas y posteriormente causara su fatal declive. Pero, antes de que tomase una decisión, ella siguió los pasos del difunto, y su hija quedó sola. El emperador renovó su petición, expresando que trataría a la afligida muchacha como a una de sus propias hijas.[40]

Las servidoras de la doncella, sus parientes maternos y su hermano mayor, el príncipe Hyôbu, director de los asuntos guerreros, consultaron entre sí y concluyeron que en lugar de languidecer en su hogar, ella podría buscar consuelo en la corte; y así fue enviada allí. Y fue conocida en adelante como la dama del Fujitsubo.[41] La semejanza de sus delicadas facciones con las de la ausente era en verdad prodigiosa. Mas, siendo de tan alta cuna (quizá la gente lo imaginara) parecía más grácil y delicada que la fallecida. Nadie podía menospreciarla por ser de rango inferior, y el soberano no tenía por qué sentir timidez de mostrar su amor por ella. A la finada nadie la había reconocido ni consentido y había sido víctima de un amor intenso en demasía; pero ahora, aunque el augusto no disimulaba su pena, sin que la hubiera olvidado por completo, halló

---

40. Aquí el emperador dijo que la trataría como una de sus propias hijas, pero ello no significó que la exceptuara de ser luego concubina suya.
41. Fujitsubo: «Cámara de las Glicinas», sector del recinto palaciego y sobrenombre de la nueva consorte favorita del padre de Genji, éste se apasionará por ella, haciéndola madre de Reizei, el cual ascenderá más tarde al trono, como presunto vástago heredero del difunto emperador. Ella haría definitivo el destino del protagonista, Hikaru Genji.

que sus afectos se transferían a la nueva señora, que era para él fuente de inmensa complacencia. Pues son así los sentimientos humanos naturales e insondables.[42]

Dado que Genji nunca se apartara del lado de su padre, no fue fácil para esta nueva dama, que tantas visitas recibía, ocultarse de él. Las otras damas se hallaban poco dispuestas a considerarse inferior a ella, y en verdad cada cual poseía sus propios méritos. Ellas habían pasado ya, casi todas, su primavera, y la hermosura de Fujitsubo era de una más juvenil y fresca especie. Aunque en su casi infantil timidez ella se esforzaba especialmente por no ser vista. Genji, por acaso, tuvo un atisbo de su faz. Él no podía recordar a su propia madre; sin embargo, por la dama que diera primera cuenta al soberano acerca de Fujitsubo, supo que el parecido entre ambas era pasmoso. Por ello, surgía una añoranza en su pequeño corazón y anhelaba siempre estar cerca de ella.

El soberano, para quien los dos eran los seres más queridos, dijo a Fujitsubo:

—No seáis arisca. Incluso a mí, a veces, me parece que sois su madre. No penséis que él es un atrevido, sed amable con él. Vuestros ojos, vuestra expresión: sois de veras tan insólitamente semejante a aquélla, que bien podríais pasar por su madre.

El afecto de Genji por la nueva dama se acrecentó, y la flor más ordinaria o una hoja descolorida se tornaron ocasión para expresarlo. La dama del Kokiden estaba descontenta. No se hallaba en buenos términos con Fujitsubo, y todo su viejo resentimiento por Genji reafloró, perpetuándolo la para ella desapacible presencia de él. Él era mucho más airoso que el Príncipe Heredero, su mayor tesoro en el mundo, y así lo pensaba la corte toda. La gente empezó a llamar *Hikaru*, «el esplendente», a Genji. Fujitsubo, ubicada junto a él en los afectos del soberano, fue llamada en adelante «la dama del radiante sol».

Sin embargo, el emperador advertía con vivo desaliento que el ropaje infantil del muchacho hubiese de mudar; y no era para menos, ya en su duodécimo año, había de tomar el atuendo viril. Sentado, de pie, procurando ordenarlo todo, él pasaba los límites que la usanza asignaba a tales cosas. Él no quería en absoluto que la ceremonia tuviera un eco menor que aquella habida el año anterior en el Pabellón del Sur en honor del Príncipe Heredero, y para los diversos banquetes, ya que temía que en las bodegas, en los graneros

42. La autora percibió profundamente la realidad de la mudable afectividad humana, que varía con el paso del tiempo sin siquiera proponérselo. Ella expresó este tipo de sentimiento como *aware*.

y en otros sitios[43] no se pusiera diligencia en el cumplimiento de sus deberes, él emitió órdenes expresas para que se proveyera al propósito el máximo lustre.

En la antecámara oriental del edificio donde residía Su Majestad, se había erigido el trono con frente al este, ante el cual se hallaban el sitio del recipiendario y el asiento del Ministro de la Izquierda que debía conferirle el tocado viril.

Hacia la ronda del Mono,[44] Genji ingresó. Sus rasgos, enmarcados por la cabellera anudada en anillos, el fulgor de su rostro ¡qué lástima que todo ello debiese cambiar de talante! El Secretario del Tesoro se encargó de atusarle los cabellos. Y cuando comenzó a recortar, como si se le hiciese difícil, los mechones del más puro azabache, el soberano, de improviso, se puso a lamentar que la dama del Kiritsubo no lo pudiese contemplar, mas con firme corazón se esforzó por dominar su insuperable emoción.

Terminada la ceremonia en que se colocara el tocado, Genji se retiró a la Sala de Reposo, donde se le mudó el atavío, luego descendió al patio, y al momento en que él ejecutaba los pasos de reverencia, todos los circunstantes dejaron escapar las lágrimas. El emperador, esta vez, aún menos que el resto, no pudo disimular su agitación. Las remembranzas del pasado, con las que por instantes lograba distraer su alma, retornaron en torrentes, colmándolo de tristeza. Él había titubeado al pensar que recortarle los cabellos en edad tan tierna lo desluciría, y he aquí que su gallardía se veía acrecida de modo pasmoso.

El Ministro de la Izquierda, que le confiriera el tocado, experimentaba cierto malestar por lo que presentía de parte del Príncipe Heredero hacia su única hija, nacida de una Princesa Imperial, que él criaba con gran esmero, pues él había abrigado el deseo de entregarla a Genji. Y del propio palacio se le había dejado saber que tal era el criterio del emperador.

—Ahora bien, para la circunstancia de darle una compañera de lecho, él está desprovisto de protector.

---

43. Al respecto se indicaba los palacios Giyô y Shunkô.

44. *Sarunotoki*, alrededor de las 4 p.m. Según el calendario chino, vigente en el Japón hasta 1872, el día se dividía en doce «rondas» o intervalos (*toki*) de dos horas occidentales cada uno, que recibían el nombre de las doce ramas (*jûni-shi*) del ciclo duodecimal, identificadas con los doce animales zodiacales: rata (*ne*), buey (*ushi*), tigre (*tora*), liebre (*u*), dragón (*tatsu*), serpiente (*mi*), caballo (*uma*), oveja (*hitsuji*), mono (*saru*), gallo (*tori*), perro (*inu*) y jabalí (*i*).

Su resolución había sido tomada y llegó a animar al ministro.[45]

Se trasladaron a la Sala del Servicio, y al tiempo en que todos se dirigían a beber el divino licor, Genji tomó su lugar bajo los príncipes imperiales. El ministro se permitió algunas veladas alusiones, mas el muchacho, que aún tenía la edad en que se es pudibundo, no supo qué responderle. Llegó entonces un chambelán portando un mensaje que indicaba que el ministro era requerido en la cámara imperial y allí se presentó. Una dama de honor le entregó los presentes habituales en premio a su mayoridad, a saber, una amplia túnica blanca femenina, así como un traje de ceremonia. Mientras brindaba por su ministro, al momento en que extendió la copa, el emperador profirió:

Mientras vos segabais
del mozo los mechones,
para su vida de adulto,
hacíamos juramento
por un lazo duradero.

Hubo en ello una intención que halagara al ministro:

Bien ceñir el nudo
era mi honesto intento,
quiera el color morado
duradero ser
en tal cabello.

Dijo él, respetuosamente, descendiendo luego por las largas gradas para ejecutar los pasos de reverencia.[46]

Le fueron otorgados además de los Establos de la Izquierda un caballo, y del Despacho Privado un halcón en su percha. Al pie de las gradas, príncipes imperiales y altos dignatarios alineados recibieron sus prebendas, cada cual según su rango. Cabe

45. En la primera noche tras la ceremonia de imposición del tocado de mayoridad había la costumbre de ofrecerles una compañera de lecho, escogida entre las hijas de las familias nobles.
46. En este caso también tales pasos de reverencia fueron ejecutados como muestra de gratitud y pleitesía.

las cajas y cestillos dispuestos aquel día ante Su Majestad, estaba el Gran Refrendario de la Derecha que recibiera la orden de disponer los obsequios. Los cofrecillos chinos contenían arroz y regalos, aún más que en el día en que el Príncipe Heredero alcanzara la mayoridad, y eran tan numerosos que atestaban el lugar. En verdad, la pompa había sido mayor que la habida en el caso del Príncipe Heredero.

Aquella noche, Genji fue presentado en la residencia del ministro, acogido con gran ceremonia y tratado como miramientos muy particulares. Él se condujo en las observancias prenupciales con plena gracia juvenil, y su galanura llenó al ministro de un inquieto estupor. La doncella, en cambio, que lo encontrara mucho menor que ella, pues lo sobrepasaba notoriamente en edad, se hallaba confusa, pensando que tal unión fuera incongruente y afrentosa.

Este ministro merecía el insigne favor del emperador, y además, su consorte principal, la princesa, madre de la damisela, había nacido de la misma emperatriz que Su Majestad, de suerte que de una y otra parte, su posición era de las más ilustres, y ahora a ello se añadía aún Genji como yerno, el prestigio del Ministro de la Derecha, que en su calidad de abuelo del Príncipe Heredero estaba destinado a conocer un día los asuntos del imperio, se hallaba en comparación reducido a nada. El Ministro de la Izquierda tenía numerosa prole en muchas mujeres, y entre otros un hijo nacido de la princesa, que era ya comandante de la guardia en el Despacho Privado, muy joven y agradable. Ahora bien, las relaciones entre ambos ministros distaban de hallarse en buenos términos, pero el de la Derecha no podía ignorar a tan talentoso joven, a quien había ofrecido la mano de su cuarta hija, a la que había sabido criar con sumo esmero; su aprecio por su nuevo yerno rivalizaba con la estima del otro ministro por Genji. Ambas casas lograban así ciertamente las mejores alianzas que pudieran encontrar.

Genji, de quien el soberano requería constantemente la presencia, no podía por tal efecto morar fuera del palacio, en la mansión de su prometida. Y en su corazón llevaba sólo grabada la imagen de la dama del Fujitsubo a la que consideraba sin par. Él habría amado tener bajo sus ojos una mujer que fuese igual, mas, he aquí que no había ninguna que se le asemejara en cuanto a la hija del Ministro, si bien le parecía que era atractiva y perfectamente educada, sentía que no le había tocado el corazón, en absoluto, y por la pasión propia de sus pocos años, se atormentaba discurriendo hasta sufrir.

Como había alcanzado la mayoría de edad, el emperador no consentía ya que pasara detrás de los cortinajes. Por las noches, cuando se hacía música, él tocaba la flauta a los acordes del *koto* que lejos ella tañía, comunicándole así algo de sus anhelos. El eco apagado de la voz de la princesa le era un consuelo. Morar en el palacio le era preferible a la vida en la mansión de la Tercera Avenida. Por los cinco o seis días que él consagraba a su servicio palatino, sólo pasaba dos o tres días en la residencia del ministro, que no obstante le perdonaba tal desatención porque era aún demasiado joven, y lejos de ponerle reparos, lo acogía siempre obsequiosamente.

Para el servicio de la pareja, él había buscado y elegido a las más agraciadas y diligentes de las azafatas que pudiese hallar. Él planeó diversiones destinadas a satisfacer a Genji.

En el palacio, el emperador asignó a Genji los aposentos del Shigeisa, que en el pasado fueran de la dama del Kokiden, madre del príncipe; y se ocupó de que las antiguas servidoras siguiesen allí. En cuanto a la residencia familiar de la difunta, por orden impartida al Despacho de Edificaciones y al de Carpintería, fue restaurada de modo singular. Las arboledas de antaño, las pendientes, todo aquello que dotaba de encanto a tal morada, el estanque también, habían sido extendidos, ornándolos agradablemente, tornados un joyel; empero, un solo pensamiento ocupaba el alma del joven caballero, que se decía, lamentablemente, que habría deseado vivir en un lugar así ¡en compañía de una mujer que respondiera a sus anhelos!

El sobrenombre de «esplendente», *Hikaru*, se lo había dispensado, en su admiración por él, el adivino de Koma, si se quiere creer al menos lo que la tradición señala.

CAPÍTULO II

帚木

Hahakigi

El árbol-escoba

«Genji el Esplendente» ciertamente era un sobrenombre grandioso, mas habían sido ya numerosos los lances cuyo eco empañaba su fulgor;[47] si bien que, temiendo sobre todo que el relato de sus indiscretos amoríos le dejara fama de tornadizo, buscaba encubrirlos. Pero sus más recónditos secretos habrían de ser divulgados, pues es propenso el hombre a difamar a otros. Mas si recelase en extremo de los juicios del mundo, afectando un aire solemne, llegaría a tal punto, que nada le acontecería, grato o frívolo, que no fuese objeto de mofa por los émulos del teniente de Katano.[48]

En tiempos en que era aún capitán de la guardia, siempre en el palacio, Genji se ajustaba cabalmente a su servicio y no asomaba por la mansión de su suegro en la Sanjô[49] sino esporádicamente. Se había conjeturado que pudiera «haber sido manchado por la lavanda de Kasugano».[50] No obstante que las frívolas aventuras no conjugaban con su natural aversión por la promiscuidad que veía en torno, se comportaba a veces de modo opuesto a sus mejores inclinaciones, provocando desdichas.

---

47. El capítulo cubre acontecimientos durante el verano de los 17 años de Genji.
48. Katano no Shôshô, personaje de un relato en boga entonces señalado por su conducta lúbrica, cuyo texto está hoy perdido y es mencionado también por la dama Sei Shônagon en la anotación 172 de su *Makurano Sôshi* (Libro de la Almohada).
49. Tercera Avenida, importante vía de Heiankyô, allí la autora ubica la casa del suegro de Genji, donde aún residía su primera esposa, Aoi no Ue (la dama de las malvas).
50. Alusión al «desorden de sentimientos» de todo amador, revelada en la *tanka* inicial del primer episodio de los *Ise Monogatari*: *Del malva de los helechos / de la landa de Kasuga / pintada es mi veste de caza / sus tallos se entrelazan al extremo / tal los sentimientos que me turban.* (Versión castellana de Jorge Solomonoff). El llano de Kasuga se ubica en las afueras de Nara, el color malva sugiere amorío.

Durante la estación de largas e interminables lluvias estivales, la corte debía observar una secuencia de abstinencias, de suerte que, por su estancia en exceso prolongada en el palacio, en casa del Ministro de la Izquierda, su suegro, se inquietaban e impacientaban, ingeniándose por hacer que se supiera siempre bienvenido.

Los hijos del ministro eran más atentos con él que con el propio soberano. De entre ellos, Tô no Chûjô,[51] era el más cercano, y más que cualquiera otro compartía familiarmente su placer por la música y los juegos. Tô no Chûjô era de temperamento fogoso, lascivo e infiel, y no se hallaba enteramente a gusto en la morada de su esposa, la que su suegro, el Ministro de la Derecha, le concediera a sus expensas. En la residencia paterna, en la Sanjô, por lo demás, se preocupaba por alhajar magníficamente sus aposentos, y cuando Genji llegaba a ellos, aquél se apegaba a éste, tomando noche y día parte en sus estudios y pasatiempos, sin dejarse en nada distanciar de él. Como en todo fuesen inseparables, proscrita toda ceremonia, habían alcanzado tal grado de intimidad que no intentaban ocultarse ni sus más escondidos pensamientos.

Monótona, a lo largo de todo el día había caído la lluvia, y en la tranquila noche el palacio estaba casi desierto; en los aposentos de Genji igualmente reinaba un silencio desusado. Cerca de un candil, él leía diversos escritos, y cuando, de una caja al alcance de su mano hubo extraído cartas en papeles de distintos colores, Tô no Chûjô se mostró muy intrigado:

—Bien —dijo Genji—, os mostraré algunas que valen la pena. Desde luego, las hay también inoportunas que es mejor no ostentar.

—Erráis. Aquellas que quiero ver son precisamente las que deseáis ocultar por sus faltas a la formal afectación. De las corrientes, si bien aún torpe en el juego, conozco el común dar y tomar. Mas las escritas por damas que imaginan que no procedéis justamente con ellas, escritas al atardecer, mostrando su impaciente ilusión de no pasar solitarias cada noche en espera de vuestra llegada, aquellas son las que deseo ver.

No era probable que misivas delicadas se hallasen desperdigadas en un estante, y podía asumirse que papeles tratados tan al desgaire fuesen carentes de importancia. Tô no Chûjô recorrió algunos pasajes de cada una de ellas:

51. Hermano de Aoi no Ue, y posteriormente patriarca del clan Fujiwara; durante toda la novela Tô no Chûjô será el mejor amigo de su cuñado, Genji, y su competidor en todos los lances amorosos y artísticos.

—¡Qué diversidad, de veras! —exclamó.

Él buscaba adivinar, inquiriéndole si era de una u otra dama. A veces lo lograba. E incluso cuando sus deducciones resultaban falsas, se mostraba escéptico, con lo que Genji se divertía, y tras unas pocas palabras para desencaminarlo, seguía impenetrable.

—Vos mismo habréis recogido buen número. Me gustaría ver algunas de ellas. A cambio, gustosamente os abriría esta caja —acotó.

—¡Nada tengo que valiese la pena que vierais! —replicóle Tô no Chûjô, y prosiguió—: No es que no haya mujeres de las que pudiese decirse que están por encima de toda crítica: he aquí lo que acabo de descubrir. Desde luego, he constatado que eran numerosas las dotadas de una elegancia superficial, de una buena mano cursiva y del don de la agudeza, de lo cual se han dado maña diestramente; pero, en verdad, sería en extremo difícil hallar una sola que resistiera sin disputa una elección más severa en estos campos. Mayormente, es penoso verlas, prendada cada una de sus propios talentos, medirse con las otras. Tanto que, flanqueadas de parientes que les son devotos, ellas se mantienen tras las cerradas ventanas[52] que preservan su porvenir, y sólo es conocido el rumor de sus cualidades, que quizá turben ya otros corazones. Puede ocurrir que, bonitas y dadivosas, su juventud las tenga aisladas del mundo, y se apliquen sólo a imitar a las otras en sus juegos frívolos, y a veces consigan tener la habilidad de distinguirse unas de otras. Cuando su entorno pasa por alto sus defectos, para destacar sus cualidades indudables y aderezarlas a su manera, ¿cómo podría uno, sin haberlas visto, suponer que son en verdad de otra guisa, y así poder despreciarlas? Mas si fuereis a ver de qué se trata en verdad, ¡no hallaréis una que no os defraude!

Frente a su desencantado talante, Genji pareció incómodo; quizás él hubiese llegado —si no a todas— al menos a algunas de estas conclusiones; y sonriendo acotó:

—¿Podría ser que hubiera personas que no tuviesen cualidad alguna?

—Puede que sí, mas por aquellas que así fueran, ¿quién podría dejarse engañar, seducir o atraer? Aquellas de quienes se pudiese decir que su caso es desesperado sin

---

52. Los aposentos de las casas de Heiankyô estaban dispuestos de manera muy peculiar, por lo que muchos de los términos que los mencionan en la obra (como *kicho*, *sudare*, *sunoko*, etc.) carecen de un equivalente exacto en castellano.

remisión, deben ser muchas más que otras de las que se dijese que en ellas todo es perfecto.En la clase superior, las que son de noble cuna se hallan rodeadas de tantos halagos que sus defectos las más de las veces permanecen mucho más disimulados que lo que naturalmente su apariencia revelara. En la clase mediana, las tendencias propias de cada una se disciernen mejor, y encontraréis muchos elementos naturales, distintivos, que permitirán juzgarlas. En cuanto a las de bajo estrato, ¡inútil es ocuparnos!

Como se diera aires de saberlo todo, Genji, curioso, le preguntó:

—A propósito de estas clases, decidme, ¿cómo saber a quién colocar en cada una de las tres? Pues hay gentes que, siendo de noble cuna, han decaído y se hallan reducidas a un ínfimo rango, apenas humano; y también las hay de aquellas que del común se han elevado hasta la corte, que se pavonean adornando sus casas y no estimándose inferiores a quien fuere. ¿Cómo juzgarlas, y según qué criterios?

En aquel momento, dos jóvenes cortesanos, Uma no Kami y Shikibu,[53] se presentaron para permanecer en el palacio, atendiendo al emperador durante las abstinencias, y dado que eran grandes conocedores de la vía del amor y muy elocuentes, Tô no Chûjô los acogió de buen grado, y pronto se inició una controversia en torno a tales clases disímiles, contienda en la que se oyeron asertos poco convincentes.

—Aquellos que acaban de acceder a una alta posición —manifestó Uma no Kami—, no atraen la atención de igual guisa que quienes nacieran en ella. Y aquellos cuya cuna fuera en el más alto rango, pero de algún modo están faltos del respaldo pertinente, puede que anímicamente sean orgullosos y nobles como siempre, mas no pueden ocultar sus carencias. De manera que sostengo que ambos deberían ser ubicados en el rango medio que aludierais.

—También hay de aquellos cuyas familias no son exactamente del más alto rango llamado *Zuryô*, pero que parten a servir esforzadamente en provincias.[54] Logran su lugar en el mundo, si bien hay toda suerte de menudas diferencias entre ellos. Algunos de ellos serían pertinentes en la lista de cualquier cortesano. Así es en estos días. Alguien que

---

53. Un oficial de la guardia y un funcionario del Despacho de los Ritos.
54. La propia familia de la autora era de esta clase. Su padre fue gobernador en provincias.

poseyera una reputación asaz honorable y proviniera de una familia suficientemente decente y pudiera vivir con cierto lujo, gente así resulta bastante atrayente. No hay nada que falte en sus casas, y de veras crían a sus hijas costosamente, y a veces las entregan en brillante condición. Puedo pensar en varias mujeres así, en las que sería difícil hallar menoscabo alguno. Cuando entran al servicio de la corte, son ellas las que resultan inesperadamente favorecidas. Bastante de ello he visto yo, puedo aseverarlo.

Genji sonrió:

—Y un candidato con tales pretensiones, decidme, ¿sería ideal que escogiera una hija de ricos?

—Eso no suena a vuestro —se lamentó Tô no Chûjô.

—Ni qué decir del caso de la mujer que posee el más alto rango y goza de una intachable reputación —continuó el otro—, pero que algo errado ocurrió en su crianza; aquella se equivoca si se ubica en primer plano. Uno se pregunta cómo se hizo posible que se permitiera tal cosa. Mas, si todas las condiciones se cumplen correctamente, y la doncella misma es convenientemente hermosa, se la da por descontada. No hay razón para la mínima sorpresa. Damas así están más allá de personas como yo, de modo que las dejo donde están, en lo más excelso de la altura. Asombrosamente, hay damas agraciadas que se encierran en una herbosa maraña y apenas si alguno conoce de su existencia. La primera sorpresa difícil es de olvidar. Allí aflora ella, una muchacha con un padre gordo, viejo y achacoso, hermanos malignos, y una casa que a lo sumo puede ser tildada de ordinaria. Mas en la estancia femenil es una dama que ostenta arrogancia, porque ha adquirido trozos y astillas de esto y aquello; uno lo percibe y, no obstante lo insignificante que fuere el logro, aparece en la historia de uno, a pesar de carecer de gran dote. ¿Cómo no sentir un imprevisto interés por ella? Claro que no es la equivalente de aquella dama que todo lo posee, y tiene además su propio encanto. Empero, no es fácil pasarla por alto.

Él miró a su compañero, el joven Shikibu, que estaba callado, preguntándose si acaso la alusión podría ser a sus hermanas menores, que gozaban de buena fama. Genji, al parecer, pensaba que en las más altas esferas había apenas unas pocas damas que inspiraran demasiadas cavilaciones. Él vestía sólo ligeras vestes blancas con un traje de corte informal

puesto sueltamente sobre ellas. Mientras se mantenía sentado, a la luz del candil, inclinado sobre un reposabrazos, lucía tan atractivo que sus compañeros casi desearon que fuese mujer. Para él, incluso «la de la más alta esfera» semejaba pareja inadecuada.

Continuaron conversando sobre la variedad de las mujeres.

—El hombre anhela a la mujer, en toda su diversidad, y que parezca hallarse más allá de todo reproche —dijo Uma no Kami—, pero cuando llega el caso de escoger una propia, que deba serlo todo, las cosas no son tan simples. Conformemente, el emperador no pocas dificultades enfrenta para hallar un ministro que posea todas las calificaciones para ser un pilar del mundo. Un hombre puede ser muy ilustrado, pero nadie puede gobernar por sí solo. El superior es auxiliado por el subordinado, el subordinado muestra conformarse a su superior, y de esta guisa todos los asuntos implican acuerdos y concesiones. Mas, cuando se trata de escoger la mujer que habrá de estar a cargo del propio hogar, las exigencias son a todas luces demasiadas. Un mérito es mermado por un defecto, hay este aspecto bueno y éste malo, e incluso aquellas mujeres que aunque no perfectas pudieran acercarse a ello, no son fáciles de hallar. No querría que pensarais que soy un voluptuoso, que ha de probarlas todas. Pero es el tema de la mujer que debe serlo todo, pues parece lo mejor, siendo las demás cosas semejantes, que se halle a alguien que no requiera reforma ni adiestramiento, alguien que posea la mayoría de las calificaciones desde el comienzo. El hombre que empieza su busca con todo esto en mente deberá entregarse a una muy larga pesquisa.

—Aquél halla una mujer no acabada ni afín a su gusto en cada aspecto, mas hace ciertas promesas y encuentra muy difícil renunciar a ella pues su palabra ha empeñado. El mundo lo alaba por su honestidad de corazón y a la vez, ella incluso llega a gozar de igual estimación. No obstante, he visto ya a todas, y dudo que haya algún espécimen genuinamente superior entre ellas. ¿Cómo es en vuestro caso, elevados caballeros? ¿Cómo hacéis cuando os disponéis a elegir a vuestras damas?

—Hay de aquellas que son asaz jóvenes y suficientemente bonitas y que cuidan de sí mismas como para que ninguna partícula de polvo caiga sobre ellas. Cuando escriben cartas, escogen las palabras más inofensivas, y la tinta es tan tenue que apenas un hombre puede leerlas. Uno va de visita, aguardando una respuesta hasta que se

torna insoportable, pues ella lo mantiene a la espera. Mas, prosigue cortejándola hasta que ella le permite intercambiar una o dos palabras en un casi inaudible susurro. Son sagaces, os lo digo, para ocultar sus defectos.

»Hay de aquellas suaves, de veras femeninas, que a la pasión se aferran. Entonces, el hombre que persiste en deleitarlas las torna más lascivas. Esa es la dificultad primordial en una mujer así.

»En la cuestión más importante, la de conducir el hogar que él anhela, opino innecesario que la mujer se esfuerce en desplegar encantos y dar excesiva atención a los modos elegantes y los medios apropiados. Pero, ¿qué hay de aquellas desmedidamente domésticas, las que se pasan en trajines por la casa todo el día, con la cabellera recogida tras las orejas, sin prestar atención a su apariencia, sólo ocupadas de que todo se halle en orden? El hombre tiene en mente ciertas cosas, que ha visto y oído en sus idas y venidas, que atañen a la conducta privada y pública de sus colegas, cosas felices y aciagas. ¿Habrá de comentarlas con algún extraño? Por cierto que no. Él ha de preferir a alguien a la mano, alguien que ha de comprenderlo todo de inmediato. Una sonrisa se dibuja en el rostro de él, o unas lágrimas se le escapan. Mas si no ha de comprenderlo en nada, ¿de qué le ha de servir confiar todo ello a una mujer así? Él le dará la espalda, sonreirá y suspirará, y musitará algo para sí mismo. Ella dirá: "¿Cómo? ¿Qué ocurre?", elevando la mirada hacia su rostro. Será lo último que él pudiere buscar.

»Cuando un hombre escoge a una gentil mujer, casi una niña, él tendrá ciertamente que adiestrarla y prepararse para sus deficiencias. Por eso, si a veces ella aparentare estar un tanto vacilante, él sentirá que sus esfuerzos no habrán sido en vano. Cuando ella estuviere allí, junto a él, su amable encanto le hará olvidar sus defectos. Pero si él se hallase lejos y enviara a alguien para que le indicara realizar varias faenas, se habría de tornar claro, no obstante lo nimio del servicio requerido o gustado, que ella no piensa por sí misma. Las tales son muy desesperantes, y además su inutilidad puede tornarse penosa.

»Encuentro que quizás una mujer un tanto fría e insensible normalmente resultaría mejor en público, en todo caso.

Él, polemista como era, ante aquel que había conocido a todas pero no pudo establecer conclusión alguna, suspiró seguidamente.

—No, dejémonos de inquietarnos de la alcurnia y menos de la hermosura. Sintámonos satisfechos si una mujer no es demasiado enrevesada ni excéntrica. Lo mejor es optar por una muchacha pura, sincera y equilibrada. Si demuestra poseer un raro talento y también buen natural, pues bien ¡tengámosla como un premio inesperado! Pero, por otro lado, si acaso no los tiene, no la forcemos a adquirirlos. Si muestra claramente un carácter confiable y tranquilo, entonces sus encantos emergerán espontáneamente.

»Las hay de aquellas que se muestran tímidas pero provocativas y todo lo toleran, como que no hubieran sabido de lamentaciones. Parecen calmas engañosamente. Mas cuando sus pensamientos les son insoportables, escriben las más horrendas palabras, los poemas más chillones, el tipo de recuerdos que sólo despiertan amargas remembranzas, y se ocultan luego en las montañas o en alguna remota playa. Cuando era niño oía a las mujeres leer relatos amorosos, y me unía a ellas en sus sollozos y me imaginaba todo muy triste, muy profundo y conmovedor. Ahora recelo que todo ello fue mera futilidad y sólo patrañas antojadizamente inventadas.

»Es muy necio, en verdad, que la mujer huya y deserte de un hombre cariñoso y atractivo. Pudiera ser que él fuese culpable de alguna falta menor, pero abandonarlo así perplejo, desdeñando los veraces sentimientos de él, al final le ha de dejar una reminiscencia tan humillante, que padecerá evocándola.

»Y si admiran su firmeza, ella se sentirá confortada en sus sentimientos, y sin tardanza se hará monja. En el instante en que ella tomare tal resolución, creerá haberlo hecho en purificación de su alma, sin sensación alguna de pesar por renunciar al mundo. Sus conocidas vendrán a verla y se lamentarán: "¡Ay, cuán triste cosa! ¡Era entonces esto lo que firmemente tenías en mente!" Y si aquel hombre todavía no pudiera ser borrado de su alma, se percatará del hecho y se deshará en lágrimas. Alguna criada y las ancianas llegarán a decirle: "¡Si el señor os tenía tanto afecto! Ay, señora mía, ¿qué habéis hecho?", en aquel momento, sus manos instintivamente se pondrán sobre su frente, palpando sus ralos cabellos y, agobiada, oprimido el corazón, tratando de refrenarse, habrá de romper en llanto, pareciéndole difícil contenerse, le brotarán irrefrenables lágrimas y se arrepentirá de lo hecho y sentirá intenso despecho. En consecuencia, el propio Buda la mirará como más despreciable que nunca. La gente normal considerará certeramente

que, al tiempo en que ella se encontrare hundida en la más profunda fosa por su insincera renunciación, ella habrá de ser condenada a padecer las cinco maldiciones.[55] Si los lazos del destino fueren tan fuertes, y su esposo la reencontrare antes de que ella monja se hiciere, el recuerdo de su fuga, ¿no suscitará acaso rencor en él?[56]

»Sólo una pareja decidida a llevar una vida en común para lo mejor o lo peor, en la que cada cual se mostrase indulgente en toda circunstancia, podría vivir en duradera unión, consolidándose como un solo cuerpo por su mutuo amor. Pues, razonando sobre dicha perdurable confusión, ¿uno y otra acaso no guardarán entre sí inquietud y amargura?

Por lo demás, la mujer, a la vista del hombre que afecto pasajero diera a otra, movida por el encono, se tornará insufrible. Si ella consintiera examinar, voluble como fuese, un ápice de aquella unión que los sentimientos de él le manifestaran al inicio de su relación, todo podría arreglarse, mientras que aquel alborotar sin fin no podría sino desembocar en la ruptura.

»En cambio, si en toda ocurrencia ella actuase con tacto, dejándole entender que ella se había percatado de aquello que podría ofuscarlo, haciendo alusión, sin herirlo, a lo que justificaría sus reproches, de tal guisa, ella lograría efectivamente afianzarlo a sí mucho más. Porque, corrientemente, el hombre resolverá según la actitud que la mujer asumiere. Una indulgencia excesiva de parte de ella, por lo demás, no obstante que ella pudiera parecerle agradable y llena de encantos, lo habría de llevar a que la creyese ligera: *Barca sin amarras que al capricho de las olas flota*, de lo que habla el poeta, no ofrece interés alguno, ¿no es verdad? —concluyó, y Tô no Chûjô asintió:

—Que una persona, a la que hubierais complacido por vuestra prestancia o la delicadeza de vuestros sentimientos, llegase a alimentar suspicacias respecto de vos, podría revelarse peligrosa. Aquella se dirá que si ella no tiene nada que reprocharse, y que

55. Las cinco maldiciones significan los infortunios, los cuales la gente no puede evitar en la vida: *gô* (la calamidad, el terremoto, incluso), *ken* (el pensamiento maligno), *mei* (la vida corta), *bonnô* (los pecados incesantes), *shujô* (la disminución de la fortuna).

56. Aquí la autora alude a la escritora del *Kagerô Nikki* (Apuntes de una Efímera), la madre de Fujiwara no Michitsuna, quien partió a Narutaki para hacerse monja; sin embargo, su marido —Kaneie— la llevó de regreso a su morada, para luego mofarse de ella con ironías como *amagaeru* (la rana que vuelve a casa), pues *ama* significa «monja» y *k(g)aeru* es «rana» y a la vez el verbo «volver».

si cierra los ojos a vuestras deserciones, puede que vos os enmendéis; pero, en efecto, las cosas absolutamente no suceden de este modo. Tomando todo en cuenta, sería lo mejor que ella soportase con calma y paciencia lo que pudiese suscitar su descontento.

Al decir esto, él pensaba en la princesa Aoi,[57] su hermana, que correspondía exactamente a esta descripción, y tan frustrado y ofendido quedó, que Genji, casi adormilado, no se dignó, en absoluto, mezclarse en la conversación.

Tô no Chûjô, maestro en la materia, estaba aún presto a disertar. Uma no Kami, deseoso de oír su argumentación hasta el final, repuso aplicadamente:

—Ved, en comparación, aquello que acontece en otros dominios. Quien cincela madera confecciona toda suerte de objetos conforme a su inspiración, y tales fruslerías que os entretienen por un tiempo, por el hecho mismo de que no obedecen a regla alguna, os procuran un placer superficial, muy ufano de lo que es capaz de fabricar, él muda su estilo según el gusto del día, y entre tales objetos que atraen la mirada por su novedad, puede que se encuentren varios presentables. El verdadero maestro, en cambio, se distingue porque él toma su labor en serio, y porque produce sin esfuerzo objetos adecuados a ciertas reglas, utensilios magníficamente adaptados para su uso y, por añadidura, notorios por su originalidad.

»En el oficio pictórico igualmente, numerosos son los hábiles, pero si uno debiera elegir entre ellos según sus bocetos a la tinta, sería difícil determinar de primera intención aquellos de mayor o menor talento. Y, sin embargo, el Monte Horai que nadie ha visto jamás, los peces que enfrentan procelosos océanos, los feroces animales del país de Kara,[58] los rostros de demonios que se escapan de la vista, todas aquellas imágenes inventadas y violentamente coloreadas que ellos pintan siguiendo su inspiración y que impresionan a los ojos, no se asemejan ciertamente a realidad alguna; mas allí se detiene indubitablemente su destreza. En cambio, si se trata de representar sin énfasis montañas corrientes, cursos de agua, moradas humanas familiares a los ojos, y hacer una composición que parezca veraz, con dulces líneas que sedujeran el corazón de la

57. Aoi no Kimi, o Aoi no Ue, hermana de Tô no Chûjô y esposa de Hikaru Genji desde los 17 años de éste.
58. La China: el país «al otro lado del mar».

gente, un maestro pintará con vigor planos alejados del mundo vulgar, montañas nada abruptas, árboles frondosos y, en el primer plano, el interior de un recinto dispuesto según las reglas que presiden su propia armonía, y es precisamente esta excelencia lo que un mediocre no sabría alcanzar.

»En la manera de escribir, al cabo, aquel que, sin profunda cultura, al dilatar con letra apresurada las cursivas un punto aquí y otro allá, puede, mirado con ojo distraído, mostrar habilidad y adiestramiento del talento; no obstante, una escritura cuidada de auténtico estilo, incluso si el esfuerzo del pincel no es en absoluto tan visible como en otros, la simple comparación bastará para revelar que sigue más de cerca la esencia del arte.

»Ocurre igualmente en asuntos baladíes, entonces resulta mucho menos posible fiarse de los sentimientos surgidos a simple vista, placenteramente ajustados según los menesteres del momento. Os contaré mi primera aventura, aunque os pudiere parecer frívola.

Diciendo esto, se acercó a Genji, que acababa de despabilarse. Uma no Kami, vuelto hacia él, le prestaba atención suma, con el rostro apoyado sobre una mano. Él mismo se sentía cual bonzo de elevado rango que diera un sermón sobre las razones del mundo, y si en ello encontraba algún aspecto sugestivo, no era menos ocasión para que nada pudiese impedir la revelación de los más íntimos secretos.

—En tiempos ya lejanos, cuando aún tenía sólo un ínfimo rango, había una persona por la que yo me sentía atraído. Y así, os diré que ella no era cabalmente una beldad, por eso en plena frivolidad de mi juventud no resolví convertirla en compañera de mi vida, aun juzgándola digna de ser una de mis mujeres. Pero, lejos de contentarme con ello, mantuve devaneos aquí o allá a escondidas de ella, por los que ella mucho se ofuscara. Aquello no me satisfizo en absoluto y habría deseado que ella hubiese sido más conciliadora, pues su intolerancia y suspicacia me hastiaban en demasía; mas, a veces yo me preguntaba cómo podía ella sin fatigarse amar a un personaje insignificante como yo, y ello me enternecía, de suerte que naturalmente concluí arreglándome.

»Dicha mujer, por su parte, hacía lo imposible por satisfacerme aun en los aspectos que hasta entonces le habían sido ignorados, desplegando inusitados esfuerzos para superar las insuficiencias de su debilidad y también para corregir sus defectos, de modo que yo no tuviese motivo alguno para arrepentirme, y en todo asunto se mostraba

totalmente honesta frente a mí. En su cuita por evitarme el mínimo disgusto, llegué a encontrar incluso que ella poseía un carácter ardoroso, pero, en todo caso, ella se revelaba más y más devota y prendada de mí. A fin de salvar las imperfecciones de su belleza, pues recelaba que pudiera serme repugnante, ansiaba ataviarse para mí, poniendo grandísimo cuidado en su persona, y vigilaba sus gestos de temor para que yo no perdiese la faz si ella daba lugar al desdén de terceros, de modo que con auxilio de la costumbre, empecé a juzgar que su espíritu no era nada vulgar; sólo su detestable propensión a los celos me impedía fiarme de ella completamente.

»He aquí como entonces pensaba yo: «Parece bien que ella se atenga a mí y que me tema. Si entonces, sólo para darle una lección, yo la asustara, eso podría corregirla un poco en este campo, y dejaría de darme disgustos.» Aunque ello me costó realmente, yo me decía que si ponía cara de querer romper con ella, ella se atendría a lo dicho, si se hallaba de veras dispuesta a retornar a mí. Asimismo, solía manifestarle una extrema frialdad; y una vez, cuando me hiciera sus habituales recriminaciones y arrebatos, le manifesté algo así como esto: «¡Intransigencia tal acabará por romper los lazos que nos unen, no obstante lo fuertes que ellos sean, y no os veré más! Si estimáis que ha llegado el tiempo de terminar, queda a vuestro albedrío mantener tales absurdas sospechas. Si pensáis que juntos tenemos un largo camino por recorrer, mas a veces os pareciese cruel, razonad, tomad las cosas como ellas vienen, y por poco que disminuyerais tal estado de espíritu, no me seríais sino más amada. Puede que ocurriere que conforme el paso del tiempo me hubiere de elevar un tanto más alto en el mundo y entonces también deberéis ser una con quien nadie pudiere rivalizar...»

»Pensé que había manejado el asunto muy diestramente, y que al calor del momento pudiera haber hablado en demasía. Ella sonrió vagamente y respondió: «Sobre el punto de seguir esperando al día en que ascendiereis, como la mayoría de vuestros compañeros, soportando por largo plazo que no tuviereis buen porte ni sobresalierais marcadamente, no me impacientaría ni me molestaría en absoluto. Pero es un duro intento», añadió, «el continuar, año tras año, tolerando vuestra frialdad y esperando el momento en que, finalmente, aprendáis a comportaros conmigo con cierta decencia; y por ello, concuerdo con vos en que el tiempo ha llegado en que sería mejor que

cada cual siguiera su propio rumbo». Entonces renegué de ella enojado, y ella en un arranque de fiereza e incontrolables celos empezó a echarme en cara un torrente de amargos reproches, y con saña femenina, de improviso tomó mi mano y con furor me mordió un dedo. El inesperado dolor era difícil de aguantar, mas recomponiéndome, exageradamente le increpé: «Ahora que habéis puesto en mí esta marca, no habré de salir a la sociedad elegante; en cuanto a mi promoción, con el ultraje que acabáis de inferir, seré considerado una desgracia para el más vil de los oficios públicos e incapaz de encarnar una figura gentil en ningún menester, por lo que me veré obligado a abandonarlo todo y hacerme monje. Vos y yo, desde este día, no habremos de reencontrarnos por ningún motivo,» y cubriéndome el dedo herido mientras giraba, para marcharme, recité este poema:

Con la mano lacerada
los lazos entre nos enumero,
mas, he aquí que un dedo
no alcanza a tanto
como vuestras repugnancias.

»Y ella, súbitamente, rompiendo en llanto replicó:

Vuestras repugnancias soportaba
contándolas dentro de mi corazón,
llegado es ahora el momento
en que hasta vuestro dedo
incluso de mí apartéis.[59]

»Luego de unas pocas palabras más la dejé, sin pensar ni un instante que todo había terminado.

»Pasaron los días, y ninguna nueva mía le di. Una noche, en que retornaba del palacio tras el ensayo de la música de la festividad cercana, caía aguanieve fuertemente y, llegado al sitio en que todos los que de allí provenían se dispersaron, solo me quedé; sin ningún rumbo, nada tenía yo que pudiera llamar propiamente hogar salvo donde

59. El poema juega con los significados de palabras tales como «repugnancia», «único», «contar», «esto», entreverando sus alcances.

ella. Por cierto, podría haber tomado una alcoba en el recinto palaciego, pero me estremecía al pensar en la infeliz pompa que allí me rodearía y que si visitaba a otra mujer altanera me tendría yerto mientras me quedare donde ella. De repente, empecé a preguntarme qué pensaría ella en aquel momento, cómo se vería y limpiando de nieve mis hombros, me dirigí a su casa. Admito que me sentí incómodo, pero pensé que si iba donde ella, esa noche, su resentimiento guardado por tantos días quizás habría menguado de algún modo.

»Dentro de la habitación un candil oscilaba, vuelto hacia la pared. Algunas prendas interiores amplias y muy gruesas se hallaban colgadas sobre una cesta puesta boca abajo, además los cortinajes del lecho estaban recogidos y quedé convencido con toda razón... Me impresionó que ella me esperase imaginando que fuera a visitarla aquella noche precisamente. Engreído de mí mismo, pensaba muy seguro que ella se daría cuenta de su falta.

»Pero no se hallaba en casa. Al preguntar a la criada me enteré de que aquella misma noche había salido a casa de sus padres, dejando sólo a unos pocos criados a cargo.

»El hecho de que hasta entonces no hubiese escrito un solo poema ni una nota conciliatoria parecía revelar un endurecimiento de su alma, y ello me descorazonó. Entonces, comencé a temer que sus crecidas sospechas y dilatados celos habían sido sólo una estratagema para que me apartara de ella y aunque no podía recordar ninguna otra prueba de esto, pensé así en un arrebato de cólera: a pesar de mi conjetura, ella me hizo llegar un atuendo del que debería vestirme, escogiendo la más deleitosa e inusual tonalidad de color y la hechura que sabría me daría contento tener. Ella atendía mis gustos y necesidades incluso cuando aparentemente me había descartado.

»Y así, no obstante lo extraño de las circunstancias, quedé convencido: ella no podría borrarme de su mente por completo, y reanudé el envío de mis mensajes, que ella no rehusó recibir ni hizo intento alguno de esconderse de mí, y en sus respuestas fue siempre cuidadosa de no herirme ni irritarme. Sin embargo, me expresó que si yo había de comportarme como antes, nunca me perdonaría, pero si le prometía vivir más apaciblemente, me habría de recibir de nuevo. Viendo que ella aún suspiraba por mí, tomé la determinación de aleccionarla un tanto más, y le dije que no podría condicionarme

y que yo habría de vivir como yo eligiese. Así se reanudó la puja, pero al parecer esto la hirió más de lo que pude saber, pues al poco tiempo su salud declinó falleciendo a continuación, dejándome consternado ante el desenlace de mi desmesurado juego. Y razono ahora que, cualesquiera fuesen las carencias suyas, habría bastado su calidad para ser la mujer en la que pudiese confiar. Recordaba cómo tanto en charlas triviales como en la consideración de cuestiones importantes nunca se mostró perdida; como también en el teñido de brocados rivalizaba con la princesa Tatsuta que enrojece las hojas del otoño, y como en el coser y faenas afines ella no era menos habilidosa que Tanabata, la tejedora del cielo.[60]

Aquí se detuvo, grandemente apesadumbrado al rememorar los muchos talentos y virtudes de aquella dama.

—Aparte de su habilidad de tejedora —acotó Tô no Chûjô—, podría imaginar que buscabais alguna mujer tan fiel como la princesa Tanabata. Y si podía bordar como la princesa Tatsuta, pues no parece probable que encontréis dama igual nuevamente. Cuando los colores de una prenda no casan con las estaciones, las flores de la primavera y las hojas rojas del otoño, insignificantes, si no armonizan con el tono de la circunstancia, y se muestran vagos e imprecisos, entonces todo esfuerzo es tan fútil como la evanescente belleza del rocío.[61] Así es con las mujeres, no es fácil en este mundo hallar a la mujer perfecta. Todos perseguimos el ideal pero fracasamos en el intento.

—Escuchad —intervino Uma no Kami—, hacia aquel tiempo hubo otra dama, de más alta cuna, a quien yo solía visitar, la cual poseía un carácter de lo más distinguido pues, a juzgar por lo que yo viera y oyera, no era en absoluto inepta para componer poemas, ni para manejar el pincel, ni para tañer el laúd. Como era además de muy buen ver, a fin de reponerme de los fastidios de la otra, me encontraba con ella de tiempo en

---

60. Refiere la leyenda que dos montañas —vigías de la primera capital, Nara— eran las deidades *Sasebo* y *Tatsuta*, separadas entre sí por la vieja ciudad. Ellas indicaban el rumbo respectivo este y oeste y, a la vez, el inicio de las estaciones de primavera y otoño. De la princesa Tatsuta se decía que era la deidad del tinte, pues solía teñir de rojo el follaje otoñal. De la princesa Tanabata (la Tejedora) y su amado, el pastor (las estrellas Altaír y Vega), se creía que se reunían anualmente el séptimo día de la séptima luna, cruzando un puente de aves sobre el «Río del Cielo» (la Vía Láctea).

61. Aquí hay retruécano: el teñido de brocados por la deidad Tatsuta se vincula con «las hojas rojas» y «las flores»; las palabras «rocío» y «efímera» se relacionan entre sí.

tiempo con enorme sigilo, de modo que prestamente quedé prendado de ella. Tras la desaparición de aquella otra, me sentí acongojado. Mas, como toda mi pena no servía para cambiar lo acontecido, iba a ver a la última con mayor frecuencia; sin embargo, al conocerla mejor, la hallé frívola en demasía, lo cual tanto me disgustó que juzgándola no merecedora de confianza alguna, comencé a espaciar mis visitas, y al poco tiempo afloró que otro le hacía la corte.

»Fue durante la luna sin dioses,[62] bajo un espléndido claro luminar: al momento en que dejaba el palacio, me topé con cierto joven cortesano a quien invité a mi carruaje: yo había decidido pasar la noche en casa del Gran Consejero, y el hombre aquel me dijo: "¡Hay por allí una morada donde alguien ha de esperarme esta noche, y no querría decepcionarla!" Y como mi camino pasaba justamente delante de la casa de aquella mujer…

»Por los resquicios de la desmantelada tapia se veían los reflejos del estanque; bien entendido, me apeé a mi vez: ¿puede acaso alguien pasar sin detenerse ante una morada donde aún la luna en el agua se mira? Sin duda, habían intercambiado ya intimidades desde antes, pues dicho hombre, con paso decidido se fue a sentar en una especie de veredilla cabe el segundo portal y quedó allí un instante, contemplando la luna. Los crisantemos florecían espléndidos, con sus tonos avivados por la escarcha, la rojiza hojarasca tremolaba en el viento como persiguiéndose una tras otra; el espectáculo era de veras cautivante. Él sacó una flauta del reverso de su atuendo y se puso a tañer, y cuando llegó a cantar: *Amena allí es la sombra…*[63], un *koto* nativo,[64] de perfecta sonoridad, afinado como se debía, se puso a acompañarlo pasmosamente. Era, en el placentero modo menor,[65] el tañer delicado de mano de mujer, y esta música acorde con el momento, que tras las persianas de bambú brotara bajo una límpida luna, armonizaba inmejorablemente con la estación. El hombre, alelado, avanzó hasta las persianas de bambú: «Secas hojas del jardín... ni pisadas huellan»,[66] inquieto dijo para sí, y luego, recogiendo un crisantemo:

---

62. *Kannazuki*, la décima luna o mes sin dioses.
63. De la *saibara* (balada popular asumida por la nobleza Heian) «El Manantial de Asuka»: *Amena allí es la sombra, frescas las cantarinas aguas, buena la hierba para nuestros corceles. Cabe la fuente de Asuka, ¡dejadnos estar!*
64. El *wagon*, o arpa horizontal japonesa, de seis cuerdas, que se tañe con un plectro.
65. Modo *ritsu*, escala pentatónica semejante al tono menor occidental pero sin semitonos.

Ni de la cítara el son,
ni de la luna el claro
de inusitado fulgor,
a tal morada atrajeron
al inconstante amador.

»«Mas, pudiera ser que yo fuese impertinente...», añadió aquél.

»¡Una melodía más! ¡Cuando un oyente tenéis que capaz es de apreciar, no quitéis vuestras manos de las cuerdas!

»Luego de varios cumplidos de igual vena, la mujer a su turno declamó con bien dispuesta voz:

El arpa no tengo, prodigiosa,
que de la flauta el son acompañara,
del viento al acordado soplo.
La palabra no conozco
que retenerlo pudiera.[67]

»Así, de tan voluptuosa forma, se comunicaba ella sin saber cuánto me enfadaba. Cambió su arpa nativa por una china[68] con un elegante tono *banjiki*,[69] y el modo en que pulsara las cuerdas al gusto del momento no dejó ciertamente de hacerme sentir su talento, y en cuanto a mí, perdí toda ilusión. ¡Una dama de la corte así!, con quien nos solazamos, puede tener su encanto, si pasamos con ella sólo el momento, pero cuando pensaba que por un acaso la podría haber hecho compañera de mi vida, aun si la visitara de vez en cuando... Esta vez, quedé resuelto, ella había ido demasiado lejos como para seguir brindándole confianza; tomé el pretexto de lo acontecido dicha noche para romper. No dejé de reflexionar sobre estos dos asuntos, e incluso entonces, cuando era aún tan joven, tamaña ausencia de discreción me pareció que no presagiaba nada bueno. Desde aquel momento, no pude sino confortarme con esta opinión. Sin duda

---

66. La autora cita el poema: *Ha llegado el otoño, las hojas rojas cubren un suelo que nadie visita, ni pisadas huellan.* (Anónimo, en el tomo del otoño del *Kokinwakashû*).
67. Hay retruécano: *arpa* se vincula con *palabras*.
68. *Sô*, arpa horizontal de 13 cuerdas, igualmente tañida con un plectro.
69. *Banjiki* o *banshiki* modo de afinación en Si mayor.

hallaréis placenteras las provocativas coqueterías del *rocío sobre la aulaga*[70] *que dispuesto está a caer si se quebrara su rama,* o del *granizo en el bambú enano que parecerá fundirse en la mano que lo empuñare.* Fuese como fuere, he aquí que tenéis unos siete años por delante antes de alcanzar mi edad —dijo dirigiéndose a Genji—: ¡Creed en mi humilde experiencia y no os fiéis de las mujeres demasiado fáciles de seducir! ¡Os han de generar obcecaciones! ¡Aquel tipo de mujer suele hacer correr el rumor de que uno es torpe!

Tô no Chûjô asintió, como de costumbre, tras oír estos consejos. Genji, empero, sólo sonrió, pareciendo convenir.

—Ninguno de los relatos que nos habéis confiado ha sido muy grato que digamos —acotó, riendo.

A lo que Tô no Chûjô adicionó:

—Os contaré una historia acerca de mí mismo. Había una dama con la que tuve que entrar en intimidad con extrema cautela. Seguíamos la relación y no me había presionado para hacerla esposa mía, me parecía que podría dejar el trato como estaba. Pues no imaginaba que durase tanto tiempo con ella. Mas, a medida que convivía con ella, aumentaba mi cariño, lo que, no obstante pensar que habría de ser una inolvidable ligazón, no hizo que aumentaran mis visitas. Tuve tal certeza, pues percibí que ella mostraba plena confianza en mí. A veces imaginaba que ella debía guardarme rencor por mi vacilante comportamiento. Pero ella parecía no advertir que algo reprobable había en mi conducta, incluso cuando por varias semanas la desairé, ella no varió su talante, al contrario, siempre se aplicó sólo a consentirme, como que estuviera casada conmigo. Era conmovedor verla reprimir todos sus sentimientos. Al final, resolví que en el futuro merecería su rara confianza.

»Sus padres habían fallecido y quizá fue esto lo que la hiciera pensar que yo era único en el mundo, pues con amorosa ternura me sobrellevaba, a pesar de los muchos agravios que le infligía. Debo confesar que mi resolución no duró mucho, y pronto la descuidé peor que antes. Durante este tiempo (no lo supe hasta bastante después) alguien de mi casa, por mediación de otra persona, empezó a enviarle velados mensajes

70. *Hagi*: aulaga merina. La autora cita un poema anónimo del *Kokinwakashû*: *Si su rama se quebrara, caer en verdad debería, pues tal rocío en la aulaga, con su peso la ha curvado.*

que cruelmente la atemorizaron e inquietaron.[71] Ignorante de la turbación en que se hallaba, pese a que pensaba a menudo en ella, dejé de visitarla y de escribirle por una temporada. Justo cuando se encontraba en la peor pesadumbre alumbró una criatura, y finalmente, en su aflicción desgajó una flor de clavelina silvestre...

Aquí los ojos de Tô no Chûjô se llenaron de lágrimas.

—Bien —dijo Genji—, ¿y os escribió con ello algún mensaje?

—¡Oh!, nada fuera de lo corriente —respondió Tô no Chûjô—, ella escribió:

Aunque pedazos hecha está
del monte la rústica valla,
echad caer por bondad
rocío alguna vez
sobre esta clavelina.[72]

»Así, llamado al orden, me presenté prestamente donde ella, que me acogió sin reticencia, como de costumbre; mas el aire sombrío con que contemplaba el huerto de la destartalada casa, cubierto de rocío, y el estridente chillar de los insectos, me hizo pensar en un relato de otrora:

De las flores que en el huerto
se entremezclan, no lo sé,
cuál la primera será;
mas, ninguna para mí hay
en perenne verano como la clavelina.[73]

»En claro dejé que su clavelina de segunda importancia era, pues la mía era la propia dama. Señalé que la visitaría frecuentemente para que no cayera polvo sobre el lecho[74] siguiendo así la agudeza que ella ostentara.

---

71. La frase «alguien de mi casa» sugiere la cuarta hija del Ministro del Derecha. Consultar el capítulo I.
72. La palabra «clavelina» alude a la niña. Hay retruécano pues *echar* se indica con la palabra *rocío.*
73. La frase «eterno verano», *tokoyo*, indica a la dama (la madre de la niña) y se vincula con el lecho (*toko*).
74. Alude a la *tanka* N° 167 del *Kokinshû*, compuesta por Oshikôchi no Mitsune: *Polvo alguno caiga sobre el silvestre clavel, ni sobre el lecho donde yacemos mi amor y yo.* La autora se refiere a la clavelina silvestre, que llama *nadeshiko*, término que a la vez alude a un niño pequeño. Luego utiliza el sinónimo *tokonatsu*, cuyas dos primeras sílabas significan «lecho».

»Ella respondió:

Rocío humedece la manga
que la silvestre clavelina roza.
Arremete la borrasca
y al soplo del viento fiero
llega también el otoño.

»Todo el tiempo habló ella quedamente y no pareció enojada. Derramó una lágrima de rato en rato, pero aparentaba sentir vergüenza de sí misma, y ansiosa de evitar instantes espinosos. Era manifiesto que no deseaba mostrar signo alguno de ira ante mi desapego. Por eso me sentí asaz apaciguado. De modo que, una vez más, me mantuve alejado por un lapso bastante largo. Y cuando la intenté visitar nuevamente, ella había desaparecido.

»Si aún vive, debe hacerlo en infelices circunstancias. No habría tenido necesidad de padecer tanto si se hubiese afirmado su confianza hasta que me sintiera abochornado. No debió agitarse así por mis ausencias, y habría velado por ella todos estos años. La criatura era una muy linda niña, por la que sentí entrañable cariño, mas no logré encontrar rastro alguno de ella.

—Ella habrá de ser registrada en vuestra lista de esquivas, ¿no es así?

—Ningún rasgo de celos me dejó entrever. Inconsciente de lo que sentía en el fondo de su corazón, fingió no sentir nada, y no quise renunciar a ella. Mas el resultado fue un anhelo sin esperanzas, casi como que me hubiera dado por vencido. Empiezo recién a olvidarla. Mas, ¿qué pasará con ella? Quizá se acuerde de mí a veces. Pienso, con dolor, que de noche ella habrá de añorarme con ardiente corazón. Ella no era, lo temo, del tipo de mujer que uno encuentra posible de conservar por largo tiempo.

—Esto revela que, una fascinadora como la vuestra, que un dedo os mordiera, deja por cierto recuerdos inolvidables, mas si vos la hubierais tomado efectivamente por mujer, ¡cuán gravosa! En cuanto a la talentosa al *koto* que describierais, su mera ausencia de celos podría haber alimentado alguna sospecha de que existían otros hombres en su vida. Para acabar, tendría bastante pena de decidir entre las tres, ¡si necesitara elegir mujer! Así es el mundo, difícil es conceder aprobación no ponderada a ninguna de ellas. ¿Dónde hallar la mujer que reuniese las precisas virtudes de aquellas tres, sin que

se entremezclasen sus propios defectos? Pondríais todo vuestro ahínco en la celestial Kichijô,[75] si la hallareis. ¡Seguro! ¡Conservado en devoción, mas destilando hartazgo, os sería igualmente mortificante estar casado con una inefable santidad! —concluyó Tô no Chûjô, mientras los otros reían.

Tô no Chûjô, volviéndose hacia Shikibu, demandó:

—También vos debéis tener historias interesantes. ¡Declarad poco a poco!

—¡Oh, por gracia! ¿Cómo el más indigno de los villanos podría querer cautivar vuestra atención?

—No debéis haceros esperar —exigió Tô no Chûjô, avivándolo.

Entonces aquel hombre pareció que ordenaba sus recuerdos cavilando qué valdría la pena mencionar...

—Cuando aún era un mero aprendiz, como mencionara Uma no Kami, conocí a una mujer señaladamente sagaz. Ella era del tipo de las que son consultadas acerca de asuntos públicos, y tenía también excelente entendimiento de los pequeños embrollos con que se tropieza en la vida privada. Su erudición habría puesto en apuros a cualquier ilustrado. En una palabra, quedé pasmado y silente ante ella.

»Estudiaba entonces bajo un cierto erudito. Había oído que él tenía muchas hijas, y en una ocasión y otra tuve oportunidad de conocer a la mencionada. El padre se enteró del hecho. Sacando copas de connubio, él aludió, entre otras cosas, a un poema chino acerca de los méritos de la esposa empobrecida.[76] No podía exponerme cabalmente enamorado de la mujer, por deferencia a su padre. Sin embargo, ella era de lo más atenta conmigo. Muchas cosas estimables aprendí de ella, aun cuando pronunciaba palabras amorosas al despertar, que añadieron a mi acopio de conocimientos y me ayudaron en mi desempeño en mi despacho. Sus cartas eran pura lucidez, en el más pulcro y laudable chino. Nada de insensatez nipona de su parte. Pensé que sería arduo

75. *Kichijôten* o *Srimadhevi*, deidad femenina budista de la belleza, una de las *tenbu* o *deva*, divinidades del cuarto rango celeste; de origen hinduista, adoptada por el budismo; en la tradición nipona es una de las siete deidades de la fortuna.

76. Cita a Po Chü-i (Bai Juyi, 772-846) —en japonés Hakukyoi— en su colección de escritos II: «Sobre el Matrimonio», el primero de los «Diez Poemas Compuestos en Chang-an», que subraya las ventajas de casarse con mujer pobre.

dejarla, y bajo su tutela logré también poner algunas fruslerías en pasable chino. Y sin embargo, aunque no querría parecer ingrato, es innegable que un hombre sin erudición de algún modo se siente cohibido al pensar que podría ser siempre inferior a su mujer y más en caso de proceder de modo destemplado para ella. Y tal es el caso con un ignorante como yo. ¿Qué posible uso podríais vosotros caballeros dar a una esposa así?[77] Una necedad, un asunto sin sentido, se diría uno a sí mismo, y no obstante, se ve arrastrado contra su voluntad, como que hubiera existido algún nexo en una humilde existencia previa.

—¡Al parecer, un mujer sumamente atractiva! —Genji y Tô no Chûjô lo incitaron a hablar más.

Muy consciente de que los grandes caballeros se entretenían a sus expensas, él con burlona expresión y frunciendo la nariz, habló:

—Un día, luego de dejar de verla por largo tiempo, la visité de paso. No se hallaba en el aposento donde habitualmente me recibiera. Insistió en hablar conmigo a través de un biombo, que era en verdad un estorbo. Pensé que podría hallarse enfurruñada, y todo me pareció muy insulso. Y sin embargo, si ella había de ser tan mezquina, yo tendría buena excusa para dejarla. Pero no. Ella no era persona que dejase entrever sus celos. Demasiado sabía de la razón del mundo y jamás se quejaba de mí. Su explicación de lo que pasaba, con inquietante voz, la expresó elogiosa y muy razonadamente: «Me he hallado indispuesta, por la enfermedad que llaman coriza. Incómoda hasta un extremo inusual. He bebido continuamente una poción casera hecha de unos bulbos silvestres. A causa de su hediondo olor, no encontré apropiado admitir mayor propincuidad. Si al azar algún asunto tuvierais para mi atención, podría escucharos sin veros directamente».

»No logré pensar en nada más que añadir. Me incorporé para retirarme. Quizá sintiéndose un tanto solitaria, me llamó de modo estridente: "Cuando me desembarace de este hedor, nos podremos encontrar de nuevo".

»Al escucharla me pareció penoso apresurar mi partida ignorándola, pero no era la hora adecuada para una visita detenida. De hecho, insoportable era su tufo, asaz fétido.

77. En aquella época, el hombre que pertenecía a los rangos medios no requería de la ayuda de su mujer para su ascenso.

Así que reemprendí la partida, deteniéndome un tanto sólo para componer un poema, con huidiza mirada:

¿Acaso os confió la araña[78]
que al ocaso de venir habría?
Pues, ¿por qué me pedís
que de ajos compañía guarde
si viniera transpuesta la tarde?

»«¡Qué tal excusa!» Salí corriendo antes de terminar la última palabra. Empero, me dio el alcance con una respuesta:

Si juntos pasamos
noche tras noche,
sintiéndolas deslumbrantes,
¿qué mal hay que de día[79]
el ajo nos haga compañía?

Solemnemente se dirigió a los dos caballeros, diciendo:

—Ella lo compuso al instante.

Entonces ellos rieron con el comentario:

—¡Qué historia fingida! ¿Dónde podríais encontrar mujer así? Mejor pasar una calma noche con un demonio. Ese es un cuento horrible.

Y pulsando sus dedos índices con los pulgares indicaron la exclusión de aquel cuento, como crítica y regaño, inquiriéndole si no podía narrar algo más verosímil.

—Con certeza, no querréis un tipo de historia mucho más inusitada todavía — diciendo así se sentó inmóvil.

Uma no Kami tomó la palabra nuevamente.

---

78. Alusión a un poema antiguo (*Que mi amado esta noche vendrá, bien lo sé, la araña laboriosa claramente lo dice*): una superstición, de origen chino, decía que la presencia de una diligente araña predecía la visita de la persona amada

79. La palabra «de día», *hiru*, es homófona de *hiru,* que alude a bulbos, como el ajo, de muy fuerte olor. Asimismo, la palabra *ayame* se vincula tanto a los lirios como al juego verbal llamado *aya.*

—Entre las mujeres, como entre los hombres, no hay nadie peor que aquella persona que trata de desplegar su escaso saber. Es uno de los rasgos menos atractivos en una mujer el haber escudriñado en las *Tres Historias* y en los *Cinco Clásicos*; y ¿quién, de otro lado, puede ir por la vida sin absorber algo de los asuntos públicos y privados? Una mujer razonablemente alerta no requiere ser una erudita para ver y oír gran variedad de cosas. Las peores son aquellas que cuando dirigen mensajes entre mujeres, borronean caracteres chinos en tal cantidad que mal ubican más de la mitad de ellos. «¡Qué tediosa!», decís, «si al menos se hubiese adiestrado en unas pocas cosas más femeninas». Por cierto, ella no intenta hacerlo así, pero leídas sus palabras en voz alta, semejan severas e implacables, y al final desesperadamente amaneradas. Me temo que incluso nuestras más encumbradas damas a menudo son culpables de estas faltas. Y hay otras que, deseosas de dominar el arte de la versificación, al final dejan que éste las domine y, esclavas de la poesía, cualquiera fuese el quehacer que las ocupara o la hora inoportuna, no pueden resistir la tentación de hacer uso de la dichosa alusión que las encandilara, corriendo presurosas a sus mesas de escribir para transformarla en un poema. Y la que no pudiese duplicar airosamente una réplica, se azora de vergüenza. En tiempo de festividades, una mujer así resulta desconcertante. Por ejemplo, la mañana de la festividad de los lirios, cuando todos se hallan ocupados en alistarse para ir al palacio, aquélla turbará a los demás ensartando juntas todas las viejas notas sobre la «raíz sin par»,[80] o en el noveno día de la novena luna, cuando todos se hallan ocupados en recordar algún difícil poema chino que concuerde con el tema señalado, aquélla empieza elaborando metáforas acerca del «rocío sobre los crisantemos», distrayendo así nuestra atención del más importante quehacer entre manos.[81] En otro momento podríamos haber hallado tales composiciones harto deleitosas, pero arrojándonoslas de improviso en un instante inadecuado, cuando no podemos darles la atención pertinente, nos parecen peores de lo que en verdad son. Pues en todo asunto haremos

80. Los lirios de la festividad llamada *Tango*, que se celebraba el quinto día de la quinta luna, debían tener nueve flores nacidas de una misma raíz.
81. El noveno día de la novena luna corresponde a la festividad cortesana para lograr afianzar fe y salud por el aroma de los crisantemos impregnados de rocío, tradición originaria de la China. Actualmente esta celebración sólo tiene lugar aún en el Palacio Imperial.

mejor en proponernos distinguir los rostros de la gente, para en ellos leer el «¿Por qué?» o el «¡Como queráis!», y no en cambio, sin tener en cuenta la hora y la circunstancia, exigir de otros un interés y simpatía que no han de complacerse en dar. ¡A veces, de veras, la mujer debería incluso fingir que sabe menos de lo que bien conoce, o decir sólo una parte de lo que le gustaría expresar...!

Todo esto mientras Genji había estado pensando, en lo hondo de su corazón, sólo en una persona, y conforme más cavilaba sobre ella, menos podía encontrar una mínima traza de los defectos o excesos, sobre los que sus amigos opinaran que eran comunes a todas las mujeres. «No hay ninguna como ella», dijo para sí, mientras se le henchía el corazón. El coloquio no los había llevado a una conclusión definitiva, pero sí los condujo a muchas curiosas anécdotas y reflexiones. Así pasaron la lluviosa noche, y al final, como para asombrarse, el clima había mejorado.

Tras su larga residencia en la mansión de la Sanjô, Genji temía que su suegro se resintiera si él permanecía recluido en el palacio, así que sabiendo que sería esperado en la sala mayor, partió sin dilación.

La propia mansión y su esposa, la princesa Aoi, mostraban admirable y digno decoro, mas había en la actitud y el atuendo de ella algo de tiesura; el mero hecho de ponderar que ella, por encima de todas las mujeres, era del tipo de esposa devota y de fiel corazón para quien (como los amigos de él le dijeran la noche previa) los demás hombres se contaban como prescindibles, y en quien con certidumbre también él confiaba. Sin embargo, ella lo hacía sentirse oprimido por la perfección de su belleza y su apariencia rebuscada lo cohibía.

Él se volvió hacia la dama Chûnagon, que con Nakatsukasa y otras azafatas del común se hallaban de pie muy cerca, y comenzó a bromear con ellas. El día era ya demasiado caluroso, y ellas observaron su apostura cuando él se disponía a reposar cómodamente. Llegó el ministro, padre de Aoi, y de pie tras el cortinaje, comenzó a dialogar. Genji, que juzgaba inmoderadamente tórrido el clima como para hacer visitas, arrugó el ceño, a lo que las damas de compañía se echaron a reír. Haciéndoles furiosas señas para que se callaran, Genji se tendió sobre un alto cojín. En efecto, su comportamiento estaba lejos del apropiado.

Empezaba a oscurecer. Alguien señaló que la posición del Señor del Centro[82] haría nefasto el retorno del príncipe esa noche al palacio. Y otro acotó:

—¡Estáis en lo cierto! ¡Para salir, la dirección desde aquí es nefasta!

—¡Tenéis razón! Pero, ¡mi propio palacio está en la misma dirección! —exclamó Genji— ¿A dónde habré de ir? Me hallo indispuesto.

Y prestamente se durmió. Las damas de compañía concordaron en que el asunto era cosa muy seria, y empezaron a discutir lo que habría que hacer.

—Está la casa de Ki no Kami[83] —dijo una—. El río pasa por en medio de ella— prosiguió—, es deliciosamente fresca y sombreada, pues últimamente represaron el río y lo han hecho fluir directamente por el centro del huerto.

—Aquello suena muy placentero —acotó Genji, despertando—, además quiero ir adonde la gente no se inmute porque llegue e ingrese directamente con el carruaje por el portal mayor, pues me siento mal.[84]

Él tenía muchos amigos cuyas casas se ubicaban fuera de la dirección infausta, pero temía que si iba donde uno de ellos, Aoi pensaría que, tras su larga ausencia, ahora meramente se valía del Señor del Centro como excusa para volver a una compañía con la que congeniaba más. Por ello, él resolvió el asunto con Ki no Kami, quien aceptó la propuesta, pero poniéndose a un lado susurró a sus compañeros que su padre Iyo no Kami, que se hallaba ausente, de servicio, le había pedido que cuidara de su joven esposa.[85]

—Los rituales de purificación —dijo— determinaron que todas las mujeres salieran de casa de mi padre, e infortunadamente se hallan hacinadas en la mía, una pequeña morada en verdad. Me temo que no tengamos espacio suficiente en casa para atenderlo como es de desear.

Genji oyó lo dicho e intervino para convencerlo:

—Será un placer para mí tener damas en torno. Una visita es mucho más agradable cuando hay una anfitriona que nos acoja. ¡Halladme un rincón detrás de la persiana en sus aposentos...!

---

82. El Señor del Centro, deidad que cambiaba su morada periódicamente y no consentía transgresiones.
83. Ki no Kami o «el gobernador de Kii», servidor de Genji.
84. Gente simpática y nada formal, pues era usual desenganchar al buey del carruaje, ante el portal.
85. La madrastra de Ki no Kami.

Al escucharlo, la gente también se acordó de que no era un sitio tan malo. Y, ordenó que un mensajero corriera a aquella casa, con el propósito de que prepararan un lugar para él allí. Siendo una visita apresurada, emprendió la marcha de inmediato, sin siquiera informar al ministro, su suegro, y llevando consigo sólo unos pocos criados. El gobernador de Ki se afligía porque todo ocurriese tan de prisa, mas nadie lo escuchó.

Las estancias al este de la sala mayor habían sido limpiadas y tornadas presentables. Las aguas, como las describieran, discurrían en el más grato ambiente. Una cerca de rústica apariencia rodeaba el huerto, donde con gran cuidado habían plantado diversas especies. Fresco era el viento, zumbaban los insectos, pero apenas se podía saber dónde; luciérnagas trazaban en el aire un sinnúmero de líneas de luz, y en su conjunto, hora y lugar no habrían podido ser más de su gusto. Sus hombres se hallaban libando ya, allí afuera, donde podían contemplar un arroyo que fluía bajo una galería. El gobernador parecía que se había «apresurado en pos de viandas».[86] Genji observaba tranquilamente todo aquello, diciéndose que era sin duda un ejemplo de esta clase de gente de nivel intermedio sobre la que se arguyera la víspera.

Como la dama era una persona joven, de la cual oyera loas a su distinción, picado de curiosidad, aguzó el oído y, en efecto, en las estancias del oeste, parecía haber mucha gente. Se oía un crujir de sedas, voces juveniles nada ingratas. Y, evidentemente, risas, adrede ahogadas. Alguien abrió la ventana enrejada, pero cuando el gobernador masculló, gruñendo: «¡Qué imprudente!» mientras la cerraba, un rayo de luz, de una lámpara que acababan de encender, se filtró por encima del tabique; Genji se apropincuó a paso veloz, con la esperanza de lograr vislumbrar a las mujeres, mas como no había el mínimo intersticio, se quedó un instante escuchando; ellas debían hallarse reunidas muy cerca de allí, en la estancia principal, por lo que pudo percibir sus cuchicheos, y concluyó que hablaban de él:

—¡Él parece muy serio! ¡Habráse visto cosa tan poco satisfactoria, imponer a alguien, tan joven aún, una alianza insigne, mas, por él no escogida!

---

86. «El frasco enjoyado» (*Tamadare*), canto del pueblo bajo (*fûzokuuta*): *Está aquí el frasquito enjoyado, mas el anfitrión no, ¿qué será de él? Se ha apresurado en pos de viandas, y hasta la playa ha marchado, a Koyurugi en pos de algas.* Kuyurugi, en la comarca de Sagami, lugar abundante en algas que llevan colgando al hombro, vacilantes, los pescadores.

—Entiendo que el matrimonio no pesa demasiado para él —comentó otra.

Probablemente esto no significaba nada en particular, pero Genji, que imaginaba que ellas comentaban acerca de lo que era para él lo más importante, quedó estupefacto ante la idea de que sus relaciones con la dama del Fujitsubo fuesen a ser discutidas. ¿Cómo podrían haberlas descubierto? Pero la conversación que siguió entre las damas pronto reveló que nada sabían de aquel asunto y Genji dejó de prestar atención. De pronto escuchó que ellas intentaban repetir el poema que él enviara acompañado de un ramito de campanillas a la princesa Asagao, hija del príncipe Momozono.[87] Pero, ellas trastocaron el orden de los versos, y Genji empezó a cavilar si acaso la apariencia de la dama armonizaría con el conocimiento insuficiente que ella tenía de la prosodia y su pauta ligera al recitar, lo que habría de defraudarlo.

En este momento entró Ki no Kami con una lámpara que colgó en la pared, aumentando el número de candiles y extendiendo sus mechas para mejor alumbrar. Luego, ofreció a Genji una bandeja de frutas. Todo esto le pareció un tanto absurdo y Genji, citando una vieja canción, dejó entrever que habría deseado conocer a los otros huéspedes de Ki no Kami. La sugerencia no fue oída. Genji empezó a dormitar en un sitio inmediato al corredor que daba al exterior de la casa, y sus servidores se sentaron, silenciosos e inmóviles.

En el aposento había varios simpáticos mocitos, hijos de Ki no Kami, a algunos de los cuales conocía ya Genji como pajes en el palacio. También se encontraban allí numerosos hijos de Iyo no Kami, con ellos se hallaba un mozalbete destacado, de doce o trece, que particularmente llamó la atención de Genji. Empezó a preguntar de quiénes eran hijos dichos mozos, y cuando llegó a inquirir por éste, Ki no Kami respondió:

—Él es el hijo menor del finado Chûnagon, quien mucho lo amaba, pero que falleciera cuando él aún era muy pequeño. La hermana del muchacho se casó con mi

87. Más adelante se refiere que Genji cortejaba en vano a esta dama desde que él cumpliera 17 años. Aunque la dama no había sido mencionada antes, la autora habla de ella como que el lector la conociese perfectamente. Este recurso habría de ser empleado, coincidentemente siglos después, en Francia, por Marcel Proust, en su «novelarío», *En busca del tiempo perdido.*

padre y por eso vive aquí. Es rápido con los libros y esperamos poderlo enviar un día a la corte, pero temo por su falta de influencia.

—¡Pobre chico! —dijo Genji—. Entonces, su hermana es vuestra madrastra, ¿no es verdad? ¡Qué extraño que tengáis tal vínculo con una damisela tan joven! Y ahora me viene a la mente si alguna vez se habló de presentarla a la corte, recuerdo que una vez el emperador preguntó qué habría sido de ella. ¡Cuán mudable es la fortuna en el mundo!

Intentaba dialogar en el modo de la gente adulta.

—En verdad, señor —replicó Ki no Kami—, la circunstancia siguiente que ella padeciera fue mucho más humillante que lo que podría haberse imaginado. Mas, así es nuestra vida mortal. Sí, sí, siempre ha ocurrido de este modo. Ascensos y caídas tenemos, y las mujeres incluso más que los hombres.

Genji dijo:

—¡Mas, sin duda, vuestro padre, se ocupa mucho de ella!

Ki no Kami:

—Pues, de veras que sí. No podríais decir cosa distinta. Supongo que ella pensase que él es el único amo de su corazón, pues la dota y regala con tan extravagante voluptuosidad que todos nosotros (y yo en primerísimo lugar) hemos tenido ocasión de llamarlo al orden, pero él no suele escuchar.

Genji:

—¿Cómo entonces la ha dejado en casa de un joven cortesano a la moda? Pues parece ser hombre seductor y antagonista. Pero, os ruego, decidme ¿dónde está ella ahora?

Ki no Kami:

—Se ordenó que las damas se retirasen al aposento común, mas no han concluido sus preparativos aún.

Los del séquito de Genji, que habían bebido profusamente, estaban todos casi dormidos, yaciendo en la galería.

Él se hallaba solo en su habitación, pero no lograba conciliar el sueño. Habiendo dormitado al fin unos instantes, se despertó sobresaltado y notó que alguien se movía detrás de la mampara de papel del divisor norte. «Aquel lugar debe ser donde ella se

oculta», pensó Genji y vagamente curioso y con sigilo, se dirigió hacia aquel punto y se quedó en pie, afinó el oído y oyó la voz de aquel mozuelo:

—¡Por gracia! ¿Dónde estáis? ¿Dónde? —la voz era ronca pero agradable.

—Estoy acostada aquí. ¿Nuestro huésped se ha dormido? Me inquietaba el saberlo tan próximo, mas, en efecto, ¡él bien lejos está de nuestras preocupaciones! —fue la respuesta.

Era una voz adormilada que carecía de firmeza, mas se asemejaba tanto a la previa que podía concluirse que debía ser la de la hermana mayor.

—Él se ha retirado a la galería. Tuve el honor de ver a aquel de quien tanto se habla: es cierto que es amable —añadió el muchacho en confianza.

—Cuando sea de día, intentaré mirarlo —dijo ella con voz embrollada por el sueño y como ahogada por un cobertor.

Le hubiera complacido que ella se mostrase más curiosa respecto a él, se dijo a sí mismo, desairado.

—¡Yo aquí voy a dormir! ¡Ah, qué negro está todo! —comentó el mozo, que sin duda alzaba la mecha de la lámpara. La dama debía yacer justo en el sitio opuesto al de la abertura de la mampara móvil.

—¿Dónde, entonces, está la dama Chûjô? ¡Me siento lejos de todo el mundo, y tengo miedo! —exclamó ella.

Le respondieron de más allá del umbral, donde sus servidoras yacían:

—¡Ella ha ido a tomar su baño, dijo que retornaría sin tardanza!

Cuando le pareció que todas dormían ya, Genji intentó apartar el cerrojo de la mampara, que no había sido echado del otro lado. Habían corrido el cortinaje sobre la abertura de la mampara; al resplandor vago de la lámpara, distinguió un bulto que parecía un cofre chino. Abriéndose camino entre el desorden, se dirigió al sitio de donde escuchara ruido y la halló yaciendo sola, diminuta. Él no se sentía muy confortable, mas hasta que le quitó el ropaje que la recubría, ella creyó que se trataba de aquella cuya presencia demandara.

—Vos llamasteis a Chûjô,[88] y en ello veo que mis plegarias de tantas lunas han sido recompensadas —dijo él, lo cual ella no comprendió en absoluto.

---

88. *Chûjô* significa «capitán», el grado que ostentaba Genji.

Ella creyó que era asaltada por algún demonio y emitió un grito de espanto, mas como tenía cubierto el rostro, apenas si se oyó.

—Sin duda pensáis, y es posible concebirlo, que se trata para mí de una trivial aventura, pero en efecto estaba a la espera de ocasión semejante para abriros el fondo de un corazón que desde años habéis ganado; en ello reconocéis que mi sentimiento ¡no es en absoluto insustancial! —dijo él muy dulcemente, tan bien que incluso un demonio no habría hallado en ello pretexto de escándalo; menos aún podía ella denunciar su presencia con gran ruido.

Empero, nada a gusto, pues ella se percataba de lo sórdido e inexcusable del asunto, pronunció acezante y lastimeramente:

—¡Vos erráis la persona!

Ella parecía a punto de desvanecerse, pero tan encantadoramente que a la vez le inspiró compasión, hallándola así muy a su placer.

—¿Cómo podría cometer error, cuando me dejo guiar por el corazón? ¡Sería deplorable que dudaseis de mí! ¡No querría, a ningún precio, que vos me tomaseis por un libertino! Tendría que confiaros una flaqueza surgida de lo que siento —afirmó él, y como ella era tan pequeña, la tomó en sus brazos y se encaminó hacia el tabique divisor, en tanto una mujer, que debía ser aquella Chûjô que ella solicitara, llegó a su encuentro.

Al grito que él dejó escapar, Chûjô se dirigió hacia él, extendidas las manos, entonces un denso perfume proveniente del atuendo de Genji llenó el aposento, le llegó al rostro y la previno. Plenamente percibió que era Genji quien allí estaba, empezó a preguntarse qué pasaba, y en su turbación, no supo qué decir. Con algún intruso ordinario, Chûjô se habría enfrentado, incluso ferozmente, para arrancar a su ama de aquellas manos. Chûjô perdió la calma, mas no halló forma alguna de dar voces. Si aquel hombre fuese un común, a la fuerza separaría a los dos. No obstante, aun si fuera un plebeyo, ¿qué pasaría si muchos lo supieran? Entonces Chûjô sólo fue tras ellos, con corazón palpitante, mas sin aturdirse. Él ingresó a una pieza del fondo y luego, cerrando las puertas corredizas, le dijo:

—¡Vendréis a buscarla al despuntar el día!

La dama, afligida por el pensamiento reprobatorio de Chûjô hacia ellos, sudando frío, cayó en mortal confusión. Su aire doliente lo afectaba ciertamente, no sabía de dónde surgía y, como de costumbre en él, le dirigió un ternísimo discurso, propio para conmoverla, mas sin cejar en el propósito que habitualmente mantenía. Empero, para ella lo que acaecía era tan lastimero que en su desconcierto musitó:

—¡No puedo creer que todo esto sea real! Es cierto, no soy más que una humilde mujer. El sentimiento que os hace bajar vuestra mirada sobre mi insignificante persona, ¿cómo dejar de pensar que fuese algo somero? Se dice que alguien de mi condición debe ajustarse sólo a sus iguales.

Que él la presionase de tan forzada guisa parecía hundirla en una profunda angustia que la inundaba de pena y cohibición, y ante esta actitud que revelaba su real perplejidad, él acotó:

—¡Soy novel en materia así y no sé aún lo que la circunstancia podría acarrear! No obstante, me es más penoso que vos pudierais juzgarme de manera igualmente ligera. ¡Qué lástima me da lo que podáis haber escuchado sobre mí! Pero una indiscreción semejante no se halla entre lo que acostumbro, y ¡he tenido la sensación de que me comportaba así, sin duda, debido a la predestinación! ¡Que me despreciarais por ello sería en verdad razonable, y la agonía que ha hecho presa de mi espíritu me sorprende a mí mismo, en primer lugar!

Él hacía gala de pronunciar tal discurso con aire de lo más serio, sin embargo, ella no quería rendirse a sus seducciones sintiéndose enormemente desdichada, y, tenaz, se negó a Genji como mujer inflexible en el camino del amor, aun si él la juzgara en extremo obstinada y mostrase su descontento. Dócil por naturaleza, ella asumió una firmeza de espíritu que hacía que, bajo la apariencia de un grácil bambú, pareciese imposible de romper.

De veras contrariada, ella juzgaba incalificables los avances de él, y las lágrimas que derramaba le daban un aire enternecedor. Él se compadeció de ella, no obstante, le habría pesado el no haberla comprometido a un encuentro así. Dado que ella seguía hundida en una inconsolable tristeza, él se lamentó:

—¿Por qué entonces os soy a tal punto odioso? Un inopinado encuentro como éste es un signo del destino. ¡Vuestra consternada faz, como si nada del mundo del amor supierais, me hiere muy cruelmente!

A estas palabras cargadas de rencor:

—Si en mi condición anterior, antes de que fuese reducida a la bajeza de mi presente estado, vos me hubierais brindado atenciones de esta clase, yo habría (en un impulso de amor propio irrazonado) forjado la ilusión de que un día vos me veríais con otros ojos. Mas cuando mido la vanidad de esta aventura sin mañana, una turbación sin igual se adueña de mí. ¡Al punto al que hemos llegado, guardaos de decir a nadie que mi morada habéis visto![89]

Que ella estuviese ofuscada era concebible, en verdad. Y, sin duda, él prodigó juramentos y atenuantes. El gallo cantó. Los servidores de él se levantaron y salieron:

—¡Me quedé dormido anoche! ¡Eh, haced avanzar el carruaje del señor! —exclamaban.

El gobernador salió también, a su turno.

Algunas de las mujeres que allí estaban dijeron:

—Para cambiar el rumbo debéis partir antes del amanecer.

Genji imaginaba que sería muy poco probable que una ocasión similar pudiese acontecer de nuevo y con todo, ¿cómo podría visitarla ostentosamente? Mucho menos podría intercambiar correspondencia, se decía él, y esta idea le apretujaba el corazón. Al momento en que Chûjô salía de una pieza del fondo, quedó turbada al percatarse de la angustia de él. Genji estuvo a punto de dejar ir a su ama, mas la retuvo todavía.

—¿Cómo habré de daros noticias mías? ¡De vuestra crueldad que no tiene igual en el mundo, y también de mi sentimiento, la remembranza quedará hondamente grabada, pues ni lo uno ni lo otro han de tener precedente! —expresó él derramando lágrimas, haciéndose así más seductor que nunca.

El gallo había cantado ya varias veces, y no pudiéndose retrasar más:

Vuestra indiferencia
asaz la he maldecido,
al resplandor del alba
esta ave impaciente
¿me ha de apresurar?

---

89. Cita de un poema anónimo del *Kokinshû*, N° 811: *Cual mínima señal de vuestro amor, si tal hubiera, guardaos de a nadie decir que mi morada visteis.*

La mujer, a quien situación tal, poco conforme a su condición, le provocara vértigo, no podía siquiera comprender los conceptos que el elevado caballero vertía; la imagen de su marido, el anciano de Iyo, de quien ella desdeñaba habitualmente la bastedad y ausencia de finezas, ocupaba sola su alma, y ella se preguntaba, vagamente temerosa y avergonzada, si acaso podría haber presentido aquel amorío en sus sueños.

Mi infortunio abundante
asaz aún no gimo.
Y la noche, que
ya se aclara, redobla
mis lágrimas y sollozos.

Dado que clareaba ya, él la acompañó hasta el tabique divisor, a la entrada. Dentro y fuera reinaba gran sobresalto, también lo admitió él, pesante el corazón, cuando llegó el momento de la despedida; al cerrar la puerta corrediza del recinto, se sintió solitario y pensó que ésta era la muy conocida «barrera que se interponía».[90] Él se ajustó la túnica de corte; luego permaneció un instante inclinado sobre la balaustrada del sur, con la mirada perdida en la lejanía. En eso, levantaron vivamente los visillos de la galería del oeste, sin duda, mujeres lo espiaban desde allí. Lo que podían percibir de él, por encima de la pequeña mampara colocada hacia la mitad del pasadizo expuesto a la lluvia, debió tocar directamente el corazón de aquellas frívolas curiosas. La luna, en su último cuarto, duraba nítidamente dibujada, mas sin brillo, en el cielo de una aurora espléndida; un cielo indiferente que según el humor de quien lo mirase, tomaba un talante armonioso o amenazante. Con doliente corazón, sin saberlo nadie, ansioso de mandar un mensaje a ella, Genji partió, mirando sin cesar atrás.

De regreso en la residencia de la Sanjô, no pudo conciliar el sueño: «Ya no tenía remedio sino volverla a ver; y ella debía sufrir más que yo». Genji cavilaba sobre ella, inquieto por la idea de lo que ella pudiese pensar en su fuero interno. Ella no se distinguía, ciertamente, por su belleza, pero era de aquella clase «mediana» de mujeres,

90. La frase «barrera que se interponía» es símil muy frecuentado en el género *waka*. Así: *Lo amo más que la estrella de Hiko / que encontrar puede a su amor sólo una vez en el año / Que la barrera de su corazón quitase / como sortea aquél la Vía Láctea* (*Ise Monogatari*: 95).

atrayentes y atildadas, ¡tan bien descritas, en efecto, por aquel oficial de la guardia que tuviera de ellas una honda experiencia!

Él permaneció la mayor parte del tiempo en la residencia del Ministro de la Izquierda, su suegro. Se inquietaba, sin embargo, de lo que la dama pudiese discurrir sobre su prolongado silencio, y tanto padecía que hizo llamar al hijastro de aquélla, el gobernador de Ki:

—¿Podríais acaso confiarme al hijo del difunto Consejero Medio? Pues lo encuentro gentil. Lo tomaré entre mis servidores más cercanos. Podría también presentarlo a Su Majestad —le dijo.

—¡Donosa es vuestra oferta, en verdad! Si me lo permitís, hablaré con su hermana mayor.

A estas palabras, Genji, sintiendo que su corazón se estremecía:

—Esta hermana mayor, ¿os ha dado hermanos?

—¡En absoluto! Y hace ya cerca de dos años que ella se encuentra en esta posición, pero me ha venido el recuerdo que ella se reprocha haber traicionado la última voluntad de su padre y oigo que el matrimonio casi no se aviene razonablemente.

—¡Qué lástima! Es una mujer de la que se habla bien. ¿Es verdad que es hermosa?

—¡Ella no es nada ordinaria! Mas es distante y no tenemos contacto alguno, pues, según los usos de este mundo, no me hallo entre sus íntimos.[91]

Dicho aquello, cinco o seis días más tarde, volvió aquél con el mocillo. Éste era menudo, no podía decirse que gallardo, pero sí poseedor de una elegancia innata que revelaba la nobleza de su origen. Genji lo hizo llamar y le habló con gran afabilidad. El muchacho, en su candidez, lo creyó muy amable y estuvo sumamente dichoso de ello. Genji le preguntó, con detalles, acerca de su hermana. Él respondía, desde luego, en la medida de lo posible, mas su parsimonia hizo que Genji se sintiera incómodo. Por eso no se atrevió a abordar el tema. Su nuevo amo supo, sin embargo, muy directamente, cómo traducir el secreto. Aunque vagamente se puso a dudar, fue una sorpresa para el muchacho que no buscase más de él en adelante. También, cuando fue donde su hermana portando una carta de Genji, ella se mostró tan aterrada que las lágrimas brotaron de

91. El gobernador de Ki no conocía bien los rasgos de su rostro.

sus ojos. Confusa por la idea de lo que pudiere pensar el mocito, ella desplegó la carta apartando su rostro de él. Había mucho escrito y entre otros este poema:

Una noche, quizá,
veré cumplirse mi sueño;
y así, puesto a gemir
sin jamás cerrar los ojos
correr he dejado al tiempo.[92]

»Pues, ni una sola noche dormir he podido...[93]

La escritura misma era tan hermosa que ella no podía creer a sus propios ojos, las lágrimas le nublaban la vista, y así permaneció largo rato tendida, cavilando sobre el imprevisto giro que su destino había tomado. Al día siguiente, cuando Genji envió nuevamente al pajecillo mandándole volver a la residencia de la Sanjô con una respuesta de ella:

—Dile esto: «No encontré a nadie que pudiera leer carta semejante» —ella le indicó; él sonrió:

—Lo que él me dijo no dejaba duda sobre la destinataria. ¿Cómo podría transmitirle algo así?

Estas palabras produjeron en ella consternación, y el pensamiento de que Genji hubiese instruido al mozuelo de todas las circunstancias del asunto, le fue infinitamente cruel.

—¡Vamos! ¡Dices cosas que no corresponden a tu edad! Pues bien, si es por aquello, ¡no vayas más allí!

Ante tal mal humor, él replicó:

—Pues si él me llama, ¿cómo no he de ir?

Y él partió.

El gobernador de Ki, que era un libertino, con razón se desvelaba por la penosa situación de su madrastra y empezó a prodigarle su atención, como también a adular al muchachito, a quien llevaba consigo a todas partes.

Genji hizo apropincuarse al paje:

---

92. Aquí hay un retruécano: la palabra «ver» o «encontrar» corresponde a la de «juntar» o «cerrar los ojos».
93. *Tanka* de Minamoto Shitagô, en el *Shûishû*, Nº 735: ¿Dó consuelo hallar para mis ansias? Sueños no gozo, pues noche alguna hay de reposo.

—Ayer, ¡te esperé toda la jornada! No tienes aire de hallarte inquieto por mí —le dijo en son de reproche. El mozo se abochornó—. ¿Entonces? —añadió; y cuando el paje le hubo contado lo que había pasado: —¡No vale la pena! ¡Qué tonto de remate! —comentó, y le entregó una nueva carta—. Tú lo ignoras sin duda, pero yo la conocía ya tiempo atrás, antes que el viejo de Iyo. No obstante, so pretexto de que yo no le inspiraba confianza y que era un disoluto, ella interpuso un protector de peso, y ahora se mofa de mí. ¡Sea como fuere, tú serás mi paje! ¡Pues quien en ella se fíe no ha de tener ya futuro! —concluyó.

—¡Es posible, después de todo, que fuese algo grave!

Al notar que el paje pensaba ya así, Genji se solazó de este cambio.

Por ende, en adelante admitió al mocillo a su círculo íntimo, y a veces lo llevaba al palacio. Dio órdenes a su guardarropa para que lo vistieran de pies a cabeza, y al poco tiempo le mostraba una solicitud de veras paternal. Las cartas prosiguieron. La dama, sin embargo, temerosa de que se le escapase palabra sobre su secreto, pues el mozuelo era demasiado joven, corría el riesgo de adquirir fama de una ligereza totalmente fuera de lugar, y pensaba además que toda la dicha alcanzable habría de depender de ella, por lo que no replicó francamente. Y no era que ella no recordase su silueta y su extraordinario aspecto, que en la oscuridad vislumbrara, pero aun mostrarle sus encantos que lo habrían de complacer, ¿qué sentido tendría hacerlo?

Mientras que giraba y tornaba sobre esta idea, Genji no cesaba de pensar un solo instante en ella y languidecía por una pasión que le infligía mil tormentos. Él no podía deshacerse más de aquella ternura que le inspirara el doliente aire de la dama. Si intentase a la ligera deslizarse a la morada de ella, aquel lugar donde los ojos eran numerosos en extremo, corría el riesgo de que su inconveniente conducta quedase al descubierto, lo que sería penoso también para ella; así rumiaba en su desesperación.

Mientras corrían los días, en los que por el infausto hado debió permanecer en el palacio, Genji esperaba uno que fuese favorable para justificarse a sí mismo. Cuando aquel día llegó, de inmediato emprendió la marcha a casa de Ki no Kami, haciendo como que volvía a la mansión de la Sanjô. Ki no Kami se sorprendió, pues atribuía el honor de la visita de Genji al «encanto de los estanques» y quedó agradecido con su alegría.

Genji, por la mañana, había confiado al muchachito que intentaría visitar el río del medio, y dado que aquél era ya constante acompañante suyo, fue enviado sin tardanza a servirlo en su aposento. El paje había entregado ya a su hermana un mensaje, en el que Genji le revelaba su plan. Ella no receló que la hondura de su embelesado sentimiento fuera somera, puesto que él había tramado tan ingeniosa excusa para venir a su morada. Empero, como se viera, por alguna razón se le había ocurrido que en un apacible encuentro ella no lo complacería como en aquella furtiva y ensoñada vez primera, y se acongojaba porque esto añadía un nuevo pesar a la carga de su afligida e infeliz existencia. Además, se sentía impaciente por permitirle imaginarse que se había dispuesto a esperarlo; e indicó a sus criados —mientras el muchacho se hallaba ocupado en la cámara de Genji—:

—No me inquieta estar en alcoba tan próxima a la de nuestros huéspedes, no obstante siento rigidez y requeriría un masaje; preciso trasladarme a un aposento más alejado —y diciendo esto, hizo que llevasen sus cosas a la habitación de la doncella Chûjô, en el ala del crucero.

Genji, a propósito, había enviado a sus criados muy temprano a dormir, y ahora que todo estaba en silencio, se apresuró en enviarle otro mensaje. Pero el paje no pudo encontrarla. Al final, luego de mirar por todos los rincones de la casa, intentó echar un vistazo al ala del crucero y logró ubicarla en la habitación de Chûjô. Estaba muy mal que ella hiciese tal cosa, escondiéndose así, y casi entre sollozos, jadeante, espetó:

—¡Oh!, ¿cómo puedes ser tan horrible? Pensará él que no soy fiable.

—No te incumbe en absoluto. ¿Es correcto acaso pensar mal? —respondió ella airada—. Esto es penoso; deben abstenerse de hacer que los niños porten mensajes de esta especie; pero—añadió—, puedes decirle que no me siento bien, que mis damas están conmigo y me dan masajes. Nadie tiene por qué recelar.

Y así lo despidió, mas en lo hondo de su corazón pensaba que si aventura así le hubiera sucedido cuando aún era dependiente, antes de fallecer su padre, y la hubiese dejado desplazarse por el mundo por sí misma, ella habría sabido cómo gozarla, aguardando su ocasional visita. Ahora estaba forzada a ignorar su desvarío, fingiendo que nada comprendía su corazón. Lo que hiciese había sido por propia voluntad, pero fue dura en

extremo al figurarse el sentir de Genji; él debía especular que ella no se conocía bien ni a sí misma. Soportando todo esto, mucho se inquietó. Mas, entonces, meditó sobre su fútil destino, sin remedio ya, resolviendo firmemente, de una vez por todas, cumplir su primer designio: mantener actitud tenaz tal que no descifrase corazón humano.

Genji yacía en su lecho, aguardando ansiosamente que con éxito cumpliera su delicado cometido el joven mensajero. Cuando finalmente la respuesta llegó, pasmado ante tal muestra de frialdad, profundamente mortificado exclamó con dolorido gesto:

—¡Qué cosa! ¡Es una vergüenza...!

Por un rato no dijo palabra, y yació suspirando, sufriendo el revés. Por último, recitó un poema:

La índole ignoraba
del raro árbol erguido
en la llanura de Sono,
pues bajo su amena sombra
extravié mi camino.[94]

Y añadió: «No hay palabra alguna...»

Dado que ella se mantenía impertérrita, sin conciliar el sueño en toda la noche, con otro poema respondió:

El corazón me desgarra:
árbol de origen modesto,
*el lóbrego «*hahakigi*»,*
cuya silueta se amengua
al cobijarse bajo él.

El muchacho lamentaba mucho lo que Genji padecía, insomne anduvo de un lado a otro, agitado. Y la dama, en el grave trance, temía que la gente pudiese descubrir tan

94. El «árbol escoba» (*hahakigi*), visto de lejos, parece ofrecer una amplia sombra, pero al acercarse a él resulta ser un mezquino arbusto. Una vieja leyenda sobre este árbol menciona la arboleda de Sonohara Fushiya, en la actual prefectura de Nagano.

extraño proceder. Sin embargo, a tal hora, todos en dicha casa se hallaban profundamente dormidos. Salvo Genji, que seguía sumido en la más negra melancolía. Pero incluso cuando rabiaba por la inhumana obstinación de la reciente e incomprensible resolución de la dama, halló que no podía sino admirarla por su invencible tenacidad. A la postre, se cansó de seguir despierto, pues no había más que hacer. Un momento después, cambió de opinión y de repente susurró al paje:

—Llévame a donde ella se esconde.

—Es muy difícil —respondió—, ella está en un sórdido aposento y hay mucha gente allí. Tengo miedo de llevaros.

—¡Que sea así! —dijo Genji—, pero al menos, tú no debes abandonarme —e hizo que el muchacho se tendiera a su lado.

Éste se sintió muy contento de yacer al lado de tan gallardo príncipe, y Genji, debe tenerse en cuenta, halló que el muchacho era más afectuoso que su desabrida hermana.

CAPÍTULO III

空蝉

Utsusemi

Caparazón de cigarra

Genji yacía insomne.

—No estoy habituado a trato así. Esta noche por vez primera me he dado cuenta de que el mundo no marcha como gustaría. El impacto y la vergüenza son tales que no sé cómo he de vivir en adelante.[95]

El muchacho sollozaba, lo que lo tornaba más atractivo. Su menuda forma, su no muy larga cabellera, ¿fue acaso imaginación de Genji que se asemejaba mucho a su hermana? El parecido era enternecedor, incluso si sólo fuese imaginario. Sería poco digno tornar un problema aquel asunto y buscar que la dama saliese, de modo que Genji pasó la noche en confuso encono. El mozalbete lo halló menos amigable que usualmente.

Genji dejó el lugar a poco de alborear. El jovencillo se apenó, pues quedó solitario sin él.

La dama pasó también una noche difícil. No hubo palabra adicional de Genji. Sentía que había tenido suficiente de ella. Y no se habría de sentir dichosa si en efecto él la hubiera dejado, pero a medias consciente temió otra visita. Sería pertinente poner fin a la aventura. Y ella prosiguió atormentándose.

Para Genji había sido un sarcástico disgusto. No podía olvidarla, y frecuentemente la evocaba y avergonzado se sentía hasta hundirse en el abatimiento.

—Me hallo en tan triste estado —repetía al mancebo—. Trato de olvidarla, y no puedo. Me sofoca tanto ya. ¿Lograrías acaso acordar otro encuentro con ella?

95. El capítulo III prosigue refiriendo hechos del verano de los 17 años de Genji.

Sería arduo, pero el mocillo estaba feliz porque le había hablado y permitido quedarse junto con él.

Con infantil avidez, esperó la oportunidad. Por entonces, Ki no Kami debía partir de viaje a la comarca. En su mansión, las damas no tendrían nada que hacer durante las largas horas del crepúsculo. A cubierto de lo oscuro, y por incierto camino,[96] el mocito llevó a Genji a la mansión del gobernador, en su propio carruaje. Genji tuvo ciertos titubeos. Su guía, después de todo, era apenas un niño. Pero no era ya hora de dudas. Vestido poco conspicuamente, urgió al mocillo para que se apresurara, si no habrían de arribar cuando las puertas de la reja trasera estuviesen ya atrancadas. El carruaje fue introducido por una puerta posterior y Genji se apeó.

Un mozalbete tan joven atraía pocas atenciones y en verdad poca deferencia de parte de los guardas, lo que le hacía sentir desenfadado. Dejó a Genji ante una puerta al este de la sala mayor. Él tocó en las persianas del lado sur, e ingresó al recinto.

—Cerradla, cerradla —chillaron las mujeres—. El mundo todo podrá vernos si no.

—Pero, ¿por qué las tenéis cerradas en un anochecer tan caluroso?

—La dama del ala oeste[97] desde el mediodía acá ha estado, jugando al *go*.[98]

Esperando verlas ante el tablero de *go*, Genji se deslizó desde su escondite y se abrió camino a través de la puerta y las celosías. Como no habían cerrado aquellas por donde pasara el paje, él se aproximó y osó dar un vistazo por la abertura, en dirección oeste: el biombo ubicado en tal rincón tenía replegada una hoja, y el cortinaje que habría sido otro obstáculo, sin duda por causa del calor, había sido recogido sobre su travesaño dejando el interior perfectamente visible.

La lumbre las aclaraba más aún. Aquélla próxima al pilar central estaba vuelta de perfil, debía ser la dama de sus pensamientos; fue sobre ella que primeramente detuvo su mirada: al parecer, ella portaba una túnica interior de damasco rojo oscuro, lo que

---

96. *A la hora del crepúsculo / y por incierto camino / a casa vuelve mi amo bajo la aparente luna / ¿Podré verlo mientras tanto?* (*tanka* de la dama de Ôyake, en el *Manyôshû,* N° 712).

97. Hermana de Ki no Kami, que posteriormente será aludida como Nokiba no Ogi.

98. *Go*: juego de mesa, de origen chino, símbolo del combate interminable entre *el negro cuervo y la nívea grulla*, en que dos contrincantes se empeñan en capturar más espacios, moviendo fichas negras o blancas sobre 361 puntos de una rejilla marcada en el tablero, formada por 19 líneas verticales y 19 horizontales.

llevaba encima no se distinguía bien. El aire de su cabeza era grácil y su silueta, menuda, mas no había nada más notable. Ella se mostraba como que quisiera revelar su rostro ante quien tenía enfrente. Las manos eran finas, y semejaba ocultarlas bien. La otra, girada hacia el este, era plenamente visible. Sobre una túnica blanca de crepé ligero, ella se había puesto negligentemente una suerte de capa de matiz púrpura oscura, el pecho estaba abierto hasta el nudo de la cintura del faldón escarlata, y su actitud era de lo más relajada. De tez muy clara y agradable, era rolliza y más bien grande, los rasgos de la cabeza y la frente de neto trazo; la mirada, la boca, de un encanto cautivador, que le daban un vistoso aspecto. Su cabellera abundante no era muy larga, mas su caída y la curva de sus hombros eran de gran pureza de líneas; sucintamente, ella mostraba un aire seductor, sin defectos saltantes. Su padre tenía ciertamente buenas razones para hallarla incomparable, se dijo Genji gozoso de contemplarla. Se podía estimar a lo sumo que no le faltaba sino ser un tanto más reposada.

La partida de *go* se terminaba y como ella, de una ojeada, reparara en las intersecciones bloqueadas en el tablero, se agitó vivamente, mientras que la dama contrincante muy calmamente le decía:

—¡Esperad un instante! Por acá la partida está indecisa y ¡vos podéis atacar por allá!

Mas ella:

—¡Vamos, esta vez me habéis vencido! ¡Mirad lo que tengo en las esquinas...!

Y doblando los dedos:

—¡Diez, veinte, treinta, cuarenta!

Su modo de sumar parecía tan resuelto como que hubiera contado las pilas de calientes aguas de Iyo.[99] ¡Había en todo ello un toque de vulgaridad! La otra, en cambio, con una incomparable distinción, se cubría la boca con su manga, de suerte que apenas se veía su rostro, pero a fuerza de observarla, se terminaba percibiendo su perfil. Los párpados daban la impresión de ser nada gruesos, el trazo de su nariz no era nítido, ya marchito, y no se veía por lado alguno el brillo de la juventud. Su faz, casi fea cuando

99. La comarca de su padre era afamada por sus fuentes termales. Las artesas de aguas calientes de Iyo eran muy conocidas por la combinación de maderas entrecruzadas de su fabricación, hay varias canciones y poesías que las evocan.

se ponderaba cada uno de sus gestos, estaba redimida por una actitud que captaba la atención y hacía pensar que ella debía poseer mucho más carácter que la soberbia criatura opuesta. Ésta, viva y plena de encanto, grata de ver, daba libre curso a su buen humor: riente y malicioso, semejaba en todo el esplendor de su edad, y a todas luces muy atractiva.

Él la juzgó ciertamente superficial, pero para un ánimo desprovisto de austeridad, no era una razón para desdeñarla. Todas aquellas que él había podido contemplar, asumían actitudes de las que no se apartaban un solo instante, y él no veía siempre sino la superficie de rostros que se desviaban; jamás antes había podido atisbar a una mujer en un talante tan libremente distendido, y a pesar de la incomodidad que él sentía al verlas indudablemente tan sin tapujos, habría querido prolongar su contemplación. Cuando le pareció que el paje retornaba hacia él, decidió volver a salir sin hacer ruido y fue a sentarse cerca de la entrada de la galería cubierta.

El mocito se vio muy confundido al verlo apoyándose en la puerta del pasillo:

—Hay allí una persona que yo no esperaba en absoluto, es imposible aproximarse ahora.

—Dicho de otra guisa, para esta noche no me queda sino volver a casa, ¡qué amarga decepción! —acotó Genji.

—Mas, ¿por qué? Cuando la otra haya retornado a su lugar, ¡bien buscaré otro medio!

Las cosas parecieron que empezaban a arreglarse. El mocito era muy joven, pero mantenía la calma, se veía dueño de sí mismo y tenía buen ojo para lo importante.

La partida de *go*, aparentemente, había concluido. Hubo agitación adentro y sonido de roces de seda en retirada.

—¿Adónde se habrá ido el mozalbete?

Se oyó luego el correr de mamparas.

—¡Dejad cerrado el aposento!

—Parece que todas están dormidas —dijo Genji tras un instante—. ¡Ve y haz lo mejor que puedas!

El mocito bien sabía que no era natural en su hermana alentar frivolidades. Y creyó que convenía admitir a Genji cuando no hubiese casi nadie más con ella.





Ilustración del capítulo III «Utsusemi», en el *Genjimonogatariemaki*, por Kanou Yusei (colección del archivo Kuyou, 早稲田大学 Waseda Daigaku).

—¿Está aún la invitada allí? —inquirió Genji—. Me gustaría darle una mirada.

—No es posible. Hay cortinajes tras las mamparas.

Genji estaba entretenido, mas pensaba que sería grosería hacer saber al muchacho que ya había visto a la dama. ¡Cuán lentamente pasa el tiempo!

Esta vez, el mozuelo tocó a la puerta de la esquina y fue admitido al aposento.

—Acababa de ponerme cómodo aquí —dijo él, extendiendo la estera de paja donde una o dos de las puertas corredizas se abrieran—. ¡Auras, pasad!

Un buen número de mujeres mayores parecían dormir cerca del corredor. La moza que había descorrido las puertas parecía habérseles unido. El mocito, por un rato, fingió estar dormido. Luego, desplegando un biombo para cortar la luz, introdujo a Genji.

Éste se sintió repentinamente cohibido, temiendo ser derrotado una vez más. No obstante, siguió al mozuelo. Levantando el cortinaje, se deslizó en el aposento principal. Todo seguía muy quedo, y sus ropajes crujieron ostensiblemente.

Ella, llena de gozo en su fuero interno, pensaba que él no la había olvidado enteramente. Empero, la pesadilla de aquella noche no se le había disipado. Días de cavilaciones, noches de insomnio, era ya verano y sin embargo «una primavera sin retoños».[100]

Su compañera en el *go*, llegada la noche, siguió platicando alborozadamente hasta que se durmió. Las jóvenes también dormían ya. La dama, ensimismada, de pronto especuló que algo raro pasaba. Había percibido desusado un aroma, y levantó la cabeza. Oscuro estaba el lugar donde el cortinaje fue echado sobre la mampara, pero pudo distinguir una forma que se arrastraba hacia ella. Presa de pánico, se irguió. Echando una túnica sencilla de seda sobre sus hombros, se escurrió de la alcoba.

Genji entró y se sintió muy halagado de hallar a una dama sola. En la antecámara, sólo dos del séquito dormían. Él retiró el cobertor, y cuando se hallaba ya listo, le pareció que la dama estaba más entrada en carnes que en la otra noche, pero no le afloró sospecha alguna.

---

100. Cita de una *tanka* de Fujiwara no Koretada, en la cual el término *konome* (pimpollo) alude también al sueño: *Las noches, insomnes; de suspiros los días colmados; nunca antes supe yo de primaveras sin retoños.*

A pesar de eso, este abandono en el sueño no semejaba en nada al de aquélla a quien buscaba, y poco a poco la verdad se le reveló; se sintió engañado y frustrado, pero habría sido impropio dejar entrever que él se había equivocado de persona y que ella se pasmase, sin lugar a dudas. Por lo demás, se dijo, buscar reunirse con la dama de sus pensamientos sería perfectamente vano pues ella parecía obstinarse en rehuirlo, y lo tildaría de mentecato. Y si se trataba de aquella tan placentera al resplandor de la lámpara, entonces no importaba. «¡Después de todo», se decidió finalmente, «ella me parece de una muy culpable ligereza!»

Ella terminó por abrir los ojos, y su actitud denotó ciertamente el asombro que experimentaba al encontrarse en una situación totalmente inesperada, mas en modo alguno una contrariedad profunda, que le debiera inspirar compasión. Persona de humor galante, mucho más de lo que su edad aún ignorante del amor pudiese dar a suponer, ella no se mostraba turbada en absoluto. Él pensó no dejarse conocer, pero la idea de que ella luego pudiese intentar adivinar cómo habían llegado las cosas hasta tal punto hizo que poco le importara tener miramientos para con la voluntad de discreción de aquella que tan cruel le era, y que interpretase luego que sus repetidas visitas para contrarrestar las direcciones nefastas no habían sido sino pretextos para reencontrarla. Una persona de poca cavilación habría comprendido la verdad, mas en su extrema ingenuidad, pese a las inverosímiles hablillas, ésta no sospechó nada. Ella, por cierto, no le disgustaba, pero no veía razón alguna para acordarle su atención, en el violento rencor que la dureza de corazón de la otra le infligía. Sin duda, esta última se hallaba escondida en algún rincón, mofándose de la desvergüenza suya. Semejante obstinación en una mujer era cosa extraña, se dijo él, y a pesar de ello, él no podía evitar evocar su recuerdo. Tocado, empero, por la espontaneidad juvenil de la presente, le prodigó, como se debía, las más tiernas promesas.

—Mejor que a sabiendas de todos, el amor de esta guisa es más profundo —afirmaban los antiguos—. ¡Amadme como os amo! No puedo permitirme ignorar la discreción, pero tampoco me era posible actuar a mi antojo. Y además, me atormentaba la idea de que aquellos a quienes concierne no lo habrían de consentir. ¡Esperadme entonces, y no me olvidéis!

A este discurso ramplón, ella respondió a su turno:

—Lo que me deja confusa es lo que las demás pudieran pensar, y que ¡me habrá de ser difícil escribiros!

—Sería bochornoso, en efecto, que las otras pudiesen conocer todo esto, Pero está el mocillo, éste que conmigo trajera esta noche. Podemos cambiar noticias por su intermedio. Entretanto, os debéis comportar como que nada hubiese pasado.

Él tomó como recuerdo una túnica estival que la otra dama parecía haber dejado. El mozuelo dormía, cerca de allí. La aventura estaba en su memoria, por ello Genji no tuvo dificultad en despertarlo. Cuando abría la puerta, una criada anciana, sorprendida, exclamó:

—¿Quién está allí?

—Solamente yo —respondió el mozalbete algo azorado.

—Y, ¿adónde vas a estas horas de la noche? —la mujer salió deseando ayudarlo.

—A ningún lado —el mocito respondió, ásperamente—, a ningún lado en absoluto.

Empujó a Genji a través de la puerta. La aurora se aproximaba. Al claro de luna, la mujer se dio cuenta de otra figura.

—Y ¿quién está contigo? Oh, Minbu, por cierto. Sólo Minbu alcanza tan espléndida altura.

Minbu era una dama que era objeto de muchas burlas debido a su inusual estatura. «Así que sale con Minbu», musitó la vieja.

—Uno de estos días te harás tan alto como Minbu.

Parloteando, ella los siguió. Genji se hallaba horrorizado, pero no podía volverla adentro por la fuerza. Él retrocedió a las tinieblas de las galerías. Sin embargo, aquella continuó detrás.

—¿Has estado con el ama, no es así? He tenido un mal sueño, pues el mal de estómago me tiene cuitada desde hace unos días, y he debido permanecer en mi cuarto. Sin embargo, anoche me visitó y me dijo que quería más servidoras entorno, ¡pero no resisto ya! —gimió, y sin aguardar respuesta—: ¡Ay, mi vientre, mi vientre! ¡Hasta pronto, ya os contaré! —añadió, y siguió su camino, de suerte que, habiendo escapado propiciamente, él pudo salir tras mucha dificultad.

Semejante episodio le debía servir de lección sobre el riesgo de un designio emprendido a la ligera.

El paje tomó un lugar en la parte posterior del carruaje y ellos retornaron a la residencia de la Segunda Avenida. El príncipe contó toda la peripecia al mozuelo, reprochándole que se hubiese comportado como un niño, y lo regañó chasqueando sus dedos para mostrar su resentimiento por ella. El paje, sumamente apenado, no emitió palabra.

—Dado que parece que ella me detesta profundamente, no veo término a mis penas. ¿No podría, al menos, por medio de algún rodeo, responderme amablemente? ¡Ciertamente, yo no valgo lo que un vicegobernador de Iyo! —exclamó Genji, revelando su despecho.

Él no puso, como debiera, bajo su ropa de noche, la túnica que ella abandonase, y se retiró a sus aposentos. Hizo acostar al paje a su lado, y sin preámbulos enumeró sus pesares.

—Tú, en cambio, eres gentil, pero no creo que me durase mi cariño hacia ti por culpa de tu parentesco con la cruel —añadió con un tono penetrante, que hundió al muchacho en tremenda turbación.

Luego permaneció quieto por un rato, mas no podía conciliar el sueño. Bruscamente requirió sus arreos de escribir, y trazó sobre el papel ni una sola pincelada elaborada sino unos garabatos a modo de ejercicio de escritura:

Sus despojos dejando
se marchó la cigarra,
mientras bajo el árbol, yo,
muchísimo más que antes,
por ella padeciendo quedé.

He aquí lo que escribiera; el paje lo deslizó en el reverso de su vestidura y lo llevó. Genji seguía inquieto por cómo pudiese reaccionar la receptora, pues luego de detenida reflexión se había abstenido de escribirle hasta entonces. Teniendo al alcance de la mano la túnica de ligera seda, impregnada del aroma de aquella por la que tanto sufría, la contempló largamente.

Cuando el paje llegó a su destino, su hermana, que lo aguardaba, lo abrumó de reproches.

—¡Consternada estoy! ¡Lo que yo pudiese inventar no podría desviar las suspicacias! ¡Esto es insoportable! ¡Sí que se mofará de tu ingenuidad!

Así lo avergonzaba. No obstante que sufría amargamente las humillaciones, que de diestra y siniestra le llegaban, presentó los garabatos de Genji. Y, ciertamente, ella los tomó y leyó. ¿Qué querría decir él con aquello de «despojos»? ¿Acaso una alusión al pescador de Ise[101] y a su abandonada túnica, gastada y sudorosa?, se preguntaba ella, incomodada, y con el alma turbada por mil pensamientos discordantes.

La damisela del oeste[102] había regresado a su alcoba muy confusa. Como nadie sabía de su aventura, ella permanecía sumergida en sus cavilaciones, pues ninguno lo barruntaba. Cuando el paje pasó cerca de allí, su corazón se estremeció, mas la misiva de Genji no llegó para ella. Nada le permitía adivinar que había sido burlada y, no obstante poseer un carácter tan liviano, sentía una pizca de melancolía.

En cuanto a la dama despiadada, a pesar de sus esfuerzos por mostrarse insensible, la evidente sinceridad de Genji la hacía lamentar no ser ya libre, y aunque era muy tarde para pensarlo mejor, no pudo impedirse escribir al margen de la nota:

Caído el rocío
sobre sus alas
refúgiase la cigarra bajo el árbol,
hago así yo con mi manga
mojada de ocultas lágrimas.[103]

---

101. Referencia a una *waka* de Fujiwara no Koretada, recopilada en el *Gosenshû,* N° 719: *La túnica que dejara, tan penetrada de sal cual la del pescador de Yamaga en Ise.*
102. La hermana menor del vicegobernador de Iyo, llamada Nokiba no Ogi.
103. De la colección de poemas de la autora.

CAPÍTULO IV

夕顏

Yûgao

Faz nocturna

En su camino[104] desde la corte para rendir una de sus visitas a la dama de la Rokujô,[105] Genji se detuvo para inquirir por su vieja nodriza Daini, madre de Koremitsu, en casa de ella en la Gojô.[106] Gravemente enferma, aquella se había hecho monja. La entrada de carruajes se hallaba cerrada. Envió por Koremitsu y mientras aguardaba contempló de arriba abajo la sórdida y abarrotada calle. Junto a la casa de la nodriza había una nueva valla de ciprés trenzado. Las cuatro o cinco estrechas celosías de arriba habían sido alzadas, y nuevas cortinas, blancas y limpias, colgaban al fresco. Él percibió trazos de hermosas cabezas, más allá, que lo observaban. Habría podido aseverar que ellas estaban de pie y que eran, al deducir la parte inferior de sus cuerpos, de desmesurada talla. ¿Qué tipo de mujeres podrían estar allí reunidas? Le resultaba insólito.

Su carruaje era muy modesto, sin aderezo alguno, y carecía de voceadores. ¿Cómo podrían saber que él estaba allí?, se dijo, y bastante seguro de que no habría de ser reconocido, se asomó para dar un vistazo más preciso: el portón colgante, algo así como una reja, se hallaba abierto y pudo ver que la casa era de escaso fondo, se veía indefinible, un tanto humilde, y evocaba de modo conmovedor el verso aquel: ¿A qué lugar...? que detenidamente pensado cualquiera de este mundo sería, pues tanto se aplica a una choza como a terrazas de jade.[107]

---

104. El capítulo IV refiere sucesos desde fines del verano al otoño de los 17 años de Genji.
105. La señora de la mansión de la Sexta Avenida, dama cuyo significativo papel se hará notorio luego.
106. La Quinta Avenida en Heiankyô.
107. Alude a una *waka* anónima del *Kokinshû*, N° 987: ¿A qué lugar de este mundo he de llamar hogar? Un albergue transitorio es mi morada.

Sobre una empalizada, los tallos verdeantes de una enredadera se abrazaban gratamente y sus blancas flores se abrían como cejas sobre una sonrisa.

«He de inquirir a la dama de allí...»,[108] exclamó para sí mismo.

Un criado se aproximó haciendo profunda venia.

—Las flores de allí se conocen como «faz nocturna»[109] —acotó—. ¡Un nombre muy humano, y en qué lugar desastrado han venido a florecer!

Fue como decía aquel hombre. La vecindad era pobre, hecha principalmente de casuchas. Algunas se inclinaban precariamente y tenían «faces nocturnas» en sus torcidos aleros.

—¡Desdichada florecilla! ¡Corta una para mí!, ¿sí?

El hombre entró por el portón levantado y quebró el tallo de una flor. Una niña muy bonita, en faldones amarillos, sin forro, hechos de seda cruda, apareció tras una puerta corrediza que parecía demasiado buena para el entorno. Haciendo señas al hombre, le entregó un abanico blanco acentuadamente perfumado.

—Me temo que esas florecillas sean parvas e inelegantes.

Justo cuando él regresaba por el portón, el hijo de la vieja nodriza, Koremitsu, salía de la otra casa disculpándose ante Genji por haberlo hecho esperar tanto.

—No conseguía hallar la llave del portón —explicó—. Afortunadamente la gente de este humilde vecindario no podría reconoceros como para observar e importunaros, pero lamento que os hayáis aburrido, aguardando en una callejuela estrecha y bordeada de casas tan miserables.

El carruaje de Genji fue halado y él se apeó. Dentro de la morada, además de Koremitsu, un hermano mayor, eminente bonzo *ajari*,[110] su hermana y su cuñado, Mikawa no Kami, y otros se hallaban todos en torno a la anciana enferma. Ellos le agradecieron abundantemente por su visita.

La anciana también se irguió en su lecho:

—No tenía razón para sentir aflicción por dejar el mundo, mas algo me retenía: el pensamiento de que no sería ya capaz de veros como ahora. Mis plegarias parecen

---

108. Waka anónima, *Kokinshû* N° 1007: *He de inquirir a la dama de allí, ¿qué rara flor es ésta que tan blanca florece?*
109. Yûgao (*Lagenaria siceraria*), un tipo de calabaza.
110. Prior de un convento budista.

haberme retornado un tanto la salud, y esta visita me asegura que recibiré con sosegado espíritu la luz del Señor Amida —expresó, y lloró mansamente.

Cercano a las lágrimas, acotó Genji:

—Me había inquietado grandemente el que tomara tanto tiempo vuestro restablecimiento, y sentí gran tristura al saber que os habíais retirado del mundo. Debéis vivir más tiempo aún, y verme elevarme en el mundo. ¡Sé que si lo hiciereis renaceréis arriba, en lo más encumbrado de la Tierra Pura! Pues dicen que es menester librarse de todo encono de este mundo —concluyó, llorando.

Las nodrizas, encariñadas con los que han criado, imaginan incluso a los más fallidos y desdichados como prodigios de hermosura y virtud. Cuánto más orgullosa estaba la anciana nodriza de Genji, cuyo papel crecía en significado, pues siempre había juzgado su oficio como eminente al haber podido servirlo. Las lágrimas le brotaban mientras aquél le hablaba.

Los hijos de la vieja dama pensaron impropio que su madre, quien tomara las sagradas órdenes, mostrase su rostro bañado en lágrimas. Ciertos de que Genji mismo estaría muy contrariado, intercambiaron inquietas miradas.

Mas, por el contrario, él se hallaba profundamente conmovido.

—Cuando era niño —expresó—, aquellos que me eran más queridos me fueron arrebatados, y aunque muchos hubo que se ocuparan de mi crianza, sólo fuisteis vos, nodriza querida, a quien me sentí honda y tiernamente apegado. Cuando crecí no pude más gozar frecuentemente de vuestra compañía. Incluso no he podido venir aquí a veros tan a menudo como quería. Pero en todo ese largo tiempo que pasara desde que viniera aquí por última vez, pensé mucho en vos y anhelé que la vida no impusiera una amarga partida inevitable entre los dos.[111]

Habló así solemnemente y el aroma de su manga, que él levantara para secar sus lágrimas, invadió el bajo y angosto aposento, e incluso los más jóvenes, que se habían mostrado irritados hasta aquel momento, se vieron ahogados en sollozos.

---

111. Ariwara no Narihira, *Kokinshû*, N° 901, e *Ise Monogatari*, N° 84: *Cuando se envejece y es el partir ineluctable, contemplaros quiero mucho más aún.* Respuesta: *Si inevitable en este mundo es el partir, pueda no haberlo para quien ruega porque su madre mucho más viva.*

Genji dejó órdenes para que se reanudaran preces y servicios. Mientras se retiraba pidió un candil de pino enrollado en papel, y a su luz, examinó el abanico sobre el cual la «faz nocturna» había reposado. Estaba impregnado de un perfume femenino, elegante y atractivo. Sobre él, un poema en una simulada cursiva que sugería decencia y gusto:

Sólo conjeturo yo
de quién el rostro es,
tan radiante
esta nocturna faz
al rocío luciente.[112]

La escritura de rasgos vagos para que no se supiera el remitente era tan modesta y refinada a la vez que Genji se interesó por el poema inesperadamente.

—¿Quién vive en la casa del lado oeste? —inquirió a Koremitsu—. ¿Habéis quizá tenido la ocasión de inquirir?

Pensó Koremitsu que recomenzaba la proclividad de Genji por la aventura, sin embargo, no reveló su sentir:

—Debo confesar que en estos últimos días he estado muy ajetreado con mi madre como para pensar en sus vecinos —dijo con demasiada franqueza.

—¡Enojado estáis conmigo! Pero este abanico tiene la apariencia de ser algo interesante de contemplar. Haced la averiguación, por gracia, con alguien que conozca la vecindad.

Koremitsu entró a preguntar al criado de su madre, y retornó con la información de que la casa pertenecía a cierto vicegobernador honorario.[113]

—El marido está ausente, en la provincia, y la esposa parece ser una joven de buen gusto. Sus hermanas cumplen servicios acá y allá. A menudo vienen de visita. Supongo que del criado sería difícil obtener información adicional que diera más detalles.

---

112. La autora se basa en el poema del *Kokinwakashû* compuesto por Ôshikôchi no Mitsune: *El ramo de faz nocturna rompería, que con la escarcha primera me confundiera.*

113. Yômei no Suke: alguien que poseía el título pero no cubría los requisitos para ejercerlo.

Su poetisa sería una de las hermanas, pensó Genji. Una joven decidida y con práctica en el arte, y si la conociera, quizá vulgar también. Mas la fácil familiaridad del poema no era desagradable, ni algo que pudiera apartarse con desdén. Su proclividad amatoria, se habría de ver, se abría camino una vez más.

Cuidadosamente, cubriendo su mano, garabateó una respuesta en un trocito de papel y la envió con el criado que previamente había estado de servicio:

Venid más cerca,
por gracia, así sabréis
de quién la faz nocturna fue,
ensombrecida tanto
por el anochecer.

E hizo portar el poema por el guarda que lo escoltaba.

Aunque ella no lo hubiese visto jamás, se había tornado motivo de su atención, y no queriendo contentarse con ver su perfil, ella había pensado atraerlo; mas el tiempo pasaba sin que él se dignara responder, si bien ella no sabía más qué pensar cuando la sorprendió esta atención. Halagada, sin duda, discutía con sus mujeres sobre lo que habría de replicar, mas el guarda, exasperado pensando que no valía esperar a mujeres tan atrevidas que no conocían la vergüenza, se marchó.

Precedido de un lacayo que portaba una antorcha de vaga lumbre, Genji partió discretamente. Los cortos visillos desplegados. La luz de las lámparas que se filtraba por las grietas, más opaca que resplandor de luciérnagas, tenía algo de conmovedor.

En la Rokujô, el lugar de destino, arboledas y arriates, incomparables en su hermosa disposición, aseveraban el refinamiento de quien allí moraba. Mas la dama misma se hallaba raramente fría y distante. Su guisa sin abandono, la distinción de su cuidado impidió que pensara ya en las faces nocturnas del vallado. Al alborear, él, que había tardado en conciliar el sueño, en el instante en que el sol lanzaba sus primeros rayos la dejó. Tal como la mañana se mostraba, de su propia prestancia hacían justicia los balbuceos de admiración. En su camino, él pasó de nuevo ante la valla entramada.

Más de una vez él había atravesado tal paraje, y sin embargo bastó un insignificante incidente para atraer su atención, y preguntándose quién podría ser la que allí viviese, a la ida como al regreso su mirada allí se detuvo.

Algunos días después, Koremitsu se presentó.

—Nuestra enferma se ha debilitado más, de manera que he estado ocupado velando por ella —declaró aquél, al acercársele para ofrecerle su informe—. Después que recibiera vuestras órdenes, hice llamar a uno que sabía de nuestros vecinos, y lo hice interrogar, mas nada certero dijo. Por cierto, allí mora una dama, que vive completamente oculta desde la quinta luna, pero quién es. Las gentes de la propia casa no lo saben con certeza. Me he atrevido a fisgar la casa por entre las grietas de la empalizada que nos separa y, en efecto, he podido distinguir siluetas de jóvenes mujeres. Ellas visten, por la forma, mayormente un delantal corto, y bien parece que hay una dama a la que sirven. Ayer, el sol poniente penetraba en el aposento sin dejar nada en sombras, y a la que vi allí, sentada, escribiendo una carta, era sin duda muy hermosa. Parecía intranquila, y las mujeres que con ella se encontraban daban la impresión de llorar disimulándolo; todo esto lo pude distinguir con claridad.

Concluyó así y Genji esbozó una sonrisa, bien decidido a conocer mucho más. Era cierto que su posición le imponía esmero por su reputación, no obstante su edad y teniendo en cuenta el favor del que gozaba entre las mujeres. Koremitsu juzgaba comprensible que si Genji fuese ajeno al amor se sintiera retraído y deprimido. Si bien a los seres de menor rango no les era dado gozar de aquel afecto, debía ser difícil llegar a poseer sus corazones. Y Koremitsu le dijo:

—Habiéndome preguntado, por ventura, si tendría oportunidad de verla, con un pretexto insignificante le hice llegar un mensaje. De mano diestra en escribir, me respondió sin aturdirse.

Y Genji exclamó:

—Proseguid vuestro acercamiento. ¡Sería desolador que no lograseis indagar más!

La morada de dicha dama era de aquellas que habían sido desdeñadas como «las postreras de las últimas», como dijera aquel oficial de la guardia; y, sin embargo, él

pensaba complacidamente, indicándose que podría ser que hubiera descubierto entre ellas a alguien extraordinario que no habría de desdeñar.[114]

Para retornar al «caparazón de la cigarra»,[115] él juzgaba que su descorazonadora rigidez, inconveniente en una mujer de este mundo, incluso habiéndose mostrado dócil, se trastocó prestamente resultando en una detestable inconveniencia, pero la idea de haber renunciado, confesándose derrotado de tan cruel manera, no le dejaba un instante de respiro. Jamás había mostrado interés por mujeres tan comunes, mas desde aquella lluviosa noche en que definieran las diversas clases de mujeres, aquellas de tipos tales que excitaban su curiosidad, parecía que él quería en adelante explorarlas hasta en sus mínimos rincones.

Aquella otra que estaba lista a acogerlo sin rodeos no dejaba ciertamente de emocionarlo, mas temía, aunque le fuera cruel, que ella lo percibiera todo, fingiéndose inocente. Pero, lo que le dio vergüenza, y quiso comprobar a fondo el corazón de aquélla, fue cuando el gobernador de Iyo retornó a la ciudad. No bien arribado, se apersonó a rendir informe. La tez bronceada debido a la navegación, la tenida de viaje menguada, la estatura achaparrada, todo ello nada atractivo. Empero, el hombre no era en absoluto de extracción vulgar y su andadura, a pesar de la edad, seguía airosa, de suerte que su aspecto tenía una distinción fuera de lo común. Cuando empezó a hablar de su comarca, Genji omitió preguntarle cuántas piletas de agua caliente había, pues un mal definido embarazo lo invadió, y toda clase de ideas afluyeron a su mente. En frente de este hombre ponderado y de edad madura, experimentó el sentimiento de que su empeño era en verdad absurdo y fuera de lugar; y todo el asunto parecía en efecto una señalada torpeza, así conjeturaba, recordando las advertencias del capitán de la guardia; conmovido y conmiserado, llegó a pensar —aunque lo lastimaran cruelmente los desdenes de la dama— que ella había actuado dignamente ante su marido.

---

114. Genji rememora lo que comentase el oficial de la guardia aquella lluviosa noche, reunidos en el palacio; referido en el capítulo *Hahakigi*.

115. Alude ahora al capítulo previo, *Utsusemi*, y a la esquiva dama que dejara caer aquella prenda, como la cigarra que cambia de caparazón.

—A mi hija habré de hallarle un partido conveniente; en cuanto a mi esposa, la he de llevar conmigo a mi comarca.

Cuando Genji oyó estas palabras, una turbación grande se apoderó de su alma; ¿sería entonces imposible reencontrarse con ella una vez más? Lo discutió con el paje, pero ¿habría estado ella consciente de que no podía ya fácilmente proseguir su intriga? Con mayor razón cuando ella invocaba la diferencia de condiciones para rehusarse a una aventura que ella juzgara de muy mal gusto. Sin embargo, ella estimaba, a pesar de todo, que sería engañoso y muy perjudicial que él pudiera olvidarla al instante, y así, ella le respondía amablemente cada vez que era ineludible, y sus poemas, trazados con un raudo pincel, transmitían siempre un cierto encanto sorprendente que él no podía dejar de reconocer, y como este enredo forzosamente lo afectaba, no lograba olvidarla, no obstante su crueldad. De otra parte, estaba persuadido de que, hallándose ella en manos de su esposo, ella cedería a sus exigencias sin ambages, lo que al saberlo no dejaba de conmoverlo.

Llegó el otoño. Con el alma atribulada por tormentos que sólo se debían a sí mismo, no visitaba ya la mansión del ministro sino de cuando en cuando, en tanto era menester. Del lado de la Rokujô, su posición no era tampoco grata, mas ahora que se habían habituado a tales instancias, volver el rostro y mostrarse indiferente habría sido cruel. La dama, mientras tanto, parecía preguntarse por qué la ligereza que él mostrara, cual bajo el yugo de una loca pasión, no obstante que ella era extraña, había ahora desaparecido. Esta mujer tomaba las cosas muy a pecho, existía además la disparidad de edades, el temor de que el asunto llegara a saberse, y sobre todo las crueles noches de insomnio por causa de sus visitas, lejanas ya: ¡tantas razones para que ella se atormentara!

Una mañana de espesa niebla, cuando, vivamente obligado por las mujeres, aún con aire somnoliento, se despedía de mala gana, Chûjô no Omoto se acercó a un panel de visillos levantado por una de las doncellas como para invitar a la amante a verlo alejarse, descorrió la cortina, y entonces, apartándose el cabello del rostro, ella miró afuera. Él se había detenido para admirar la profusión de flores del jardín, y su belleza era en verdad incomparable. Se dirigió luego hacia el pasaje cubierto, y la dama Chûjô

lo siguió. Su faldón de ligera seda color óxido, adecuada a la estación, propiamente anudada en el talle, le daba un aire flexible y gracioso. Él se volvió a ella y le rogó se quedase un momento cerca de la balaustrada del rincón. Él la contempló, admirando su impecable cuidado y la belleza de la caída de su cabellera.

He de temer que se diga
que de flor en flor yo voy,
aunque me resulte cruel
el pasar sin recoger
una bella campanilla.

»¡Ay!, ¿qué puedo hacer? —dijo él.

Y como él le tomara la mano, ella replicó al instante, con perfecta desenvoltura, y devolviendo el cumplido:

No esperéis ni un instante
que ascienda y se disipe
la niebla de la mañana,
creyendo que vuestra alma
a la flor no tiene ya.

Y cuando un joven paje de buena facha y encantadora distinción, con el borde de su ancho calzado mojado de rocío, se fue por entre las flores para recoger las bellas campanillas que retornó para ofrecérselas, habría deseado pintar un cuadro así.

Incluso personas para quienes Genji no era cercano se sentían atraídas por él. Sin duda, hasta rudos montañeses desearían detenerse un instante a la sombra de un árbol florido,[116] y aquellos que se habían recreado, aún muy brevemente, con su esplendor, pensaron, cada cual según su rango, en una hija que pudiera ponerse al servicio del príncipe, o una no mal formada hermana que pudiese hacerle algún humilde favor. No era, pues, de sorprenderse entonces, que personas de cierta sensibilidad, entre

116. En el prólogo al *Kokinshû*, Ki no Tsurayuki compara a uno de los *rokkasen* (los seis inmortales de la poesía que él escogiera) con un pájaro carpintero que reposase bajo un cerezo en flor.

aquellas que en alguna ocasión recibieran un poemilla suyo o fuesen agraciadas con alguna bondad de su parte, lo tuvieran muy en mente. Mas, a Chûjô le irritaba la actitud reservada de Genji, pues de corazón jamás la visitaba por la mañana ni por la noche.

Koremitsu le ofreció un detallado recuento de lo que aguaitase a través del seto, conforme él se lo encargara:

—No he podido identificarla. Ella parece resuelta a ocultarse del mundo. En su hastío, sus criadas y mozas salen a menudo a la larga galería que da a la calle, aquella de las persianas, y desde allí observan el paso de los carruajes. A veces, la dama que parece ser su ama llega pausadamente a unírseles. No he podido contemplarla detenidamente, pero considero que es de veras hermosa. Un día, pasó un carruaje con voceros que corrían delante. Las mocitas gritaron a una de nombre Ukon que se apresurase en asomarse pues el capitán[117] desfilaba por allí, dijeron. Una mujer mayor se asomó y les indicó que guardasen silencio. «¿Cómo lo sabían?», les preguntó, apropincuándose a la galería. El pasaje hacia el edificio principal es por una suerte de puentecillo temporal. Ella apuraba el paso y su falda se enredó en algo, de modo que se tambaleó y casi se precipita. «El tipo de actos que haría el dios de Katsuragi»,[118] exclamó, y por ello parece haber perdido interés en dar vistazos. Ellas le contaron que el hombre del carruaje vestía un traje de corte ligero y que llevaba escolta. Mencionaron varios nombres, que innegablemente eran los de los guardas y pajes del señor Tô no Chûjô.

—Me habría complacido que hubieseis hecho una cabal identificación de la dama. ¿Podría acaso ser aquélla de quien Tô no Chûjô hablase tan deplorablemente dicha noche lluviosa?

Koremitsu continuó, sonriendo ante tan desembozada curiosidad:

—De hecho, he realizado los avances apropiados y logrado saber todo sobre aquella casa. Voy y vuelvo como que no supiese que no todas ellas son iguales. Ellas piensan que ocultan la verdad y tratan de insistir que no vive nadie más allí, sino ellas, cada vez que a una de las mocitas se le desliza otra cosa.

---

117. Aludiendo a Tô no Chûjô.

118. Según la tradición, el dios de Katsuragi (al sur de Nara) era muy feo, y para salir de su morada construyó en sólo una noche un puente, entre el monte Katsuragi y el monte Kombu, que él sólo de noche utilizaba.

—Dejadme echar un vistazo personalmente, la próxima vez que visite a vuestra madre.

Incluso si la dama se hallase sólo en una morada temporal, parecía pertenecer a aquel bajo rango del que su amigo se mofara platicando en la citada noche lluviosa. Mas, algo debía resultar de todo esto. Decidido a no contrariar los designios de su amo en absoluto, y llevado por una desmedida agitación, Koremitsu buscó acuciosamente la ocasión en que Genji pudiese ingresar a la casa. Pero los pormenores resultan tediosos, y no cabe mencionarlos.

Genji no sabía quién era la dama y tampoco quería que ella supiese quién era él. Vistiendo un raído atuendo, se dispuso a visitarla a pie. Él la tomaba muy seriamente, pensó Koremitsu, quien le ofreció su caballo y él mismo fue de peatón.

—Aunque opino que a nuestro caballero no habrá de vérsele bien con andrajos de sirvientes.

Para asegurarse plenamente de que la aventura permaneciese en secreto, Genji llevó consigo sólo a quien había sido su intermediario en el caso de las «faces nocturnas», y un paje a quien nadie habría de reconocer. Y para que no hubiese seña suya alguna, no se detuvo a visitar a su nodriza.

La dama hizo que siguieran a los mensajeros de Genji, para descubrir su ruta a casa y trató por todos los medios de descubrir su morada, mas sus esfuerzos fueron en vano. Pese a todo su secretismo, Genji se había prendado de ella y sentía que debía seguir visitándola. Eran de rangos tan diversos, intentaba decirse a sí mismo, y sin embargo, resultaba todo demasiado frívolo.

Empero, sus visitas se tornaron frecuentes. En asuntos de esta guisa, que pueden turbar los sentidos del más serio y honesto de los hombres, él siempre se había mantenido bajo firme control y evitado así cualquier ocasión de censura. Mas ahora, en un asombroso grado, aparecía preguntándose mientras regresaba por la mañana tras una visita, cómo podría esperar todo el día hasta la siguiente. Y entonces él se reconvenía: era una locura, no era un asunto por el que se dejaría perturbar. Ella era de una naturaleza extraordinariamente gentil y calma. Aunque había en ella cierta vaguedad, y en verdad casi un carácter infantil, era claro que ella sabía algo acerca de

los hombres. No semejaba ser de buena familia, pero, ¿qué era lo que ella tenía que tanto y tanto lo atraía?

Él mucho se cuidó de encubrir su rango, vistió siempre prendas de viaje, y no permitió que ella viera su rostro. Él llegaba tarde por la noche, cuando todos estaban ya dormidos. Ella se mostraba temerosa, como que él fuese un fantasma sacado de una vieja conseja. Ella no requería ver su semblante para saber que él era un caballero refinado. Pero, ¿quién podría ser? Sus sospechas se volcaron hacia Koremitsu.

Era aquel galano joven, con toda seguridad, quien había traído al extraño visitante. Pero Koremitsu proseguía sus propios lances sin pausa, cuidadoso de simular indiferencia e ignorancia respecto de este otro asunto. ¿Qué podría significar todo esto? La dama se hallaba perdida en medio de inusitadas especulaciones.

Genji tenía sus propias preocupaciones. Si ingenuamente la descuidara, y ella se evadiera y escondiera, ¿dónde habría de buscarla? Ésta parecía ser sólo una residencia temporal, y él no podía estar seguro de cuándo ella decidiría mudarse, ni a qué otra. Él esperaba poder reconciliarse con lo ocurriera y olvidar el trance como a otro amorío más, pero no estaba muy confiado de lograrlo.

En días en los que para evitar atraer la atención él se abstenía de visitarla, su irritabilidad se aproximaba a la agonía. Si conjeturaba que él la pudiera trasladar secretamente a la mansión de la Nijô,[119] y rumores enojosos se desperdigasen, pues bien, diría él que ambos habían sido predestinados desde el comienzo. Él se preguntaba qué vínculo en una vida previa podría haber generado una obsesión así, que nunca antes había experimentado.

—Tengamos una amplia conversación —le dijo a ella—, en la que estemos serenos.

—Es todo tan raro. Lo que decís es bastante razonable, mas lo que hacéis es tan extraño, y hasta diría un tanto atemorizador.

Sí, ella podría sentirse intimidada. Algo infantil en su temor dibujó una sonrisa en los labios de él.

---

119. Su propia residencia.

—¿Cuál de nosotros es el zorro fascinador?,[120] me pregunto. Sólo serenaos y ceded a sus persuasiones.

Ganada por su gentil calidez, ella se mostró de veras inclinada a admitir lo que él dijera. Parecía una criaturita tan dócil, dispuesta a someterse absolutamente a las más desmedidas exigencias. Él pensó nuevamente en el «clavel silvestre» de Tô no Chûjô,[121] de equiparable naturaleza, según su amigo la describiera en aquella lluviosa noche. Temiendo que sería fútil, él no intentó seriamente interrogarla. Ella no parecía llana a desahogarse dramatizando y salir de pronto a la carrera y esconderse, lo que habría sido yerro de Tô no Chûjô. El propio Genji no se haría culpable de negligencia tal, aunque le vino a la mente que un poco de infidelidad la haría más atractiva.

La fulgurante luna del octavo mes se colaba por los intersticios del tejado. No era el tipo de morada al que él se hallaba habituado, y eso lo fascinaba. Hacia la alborada él fue despertado por plebeyas voces que procedían de unas casuchas al final de la calle.

—¡Qué tal frío, así es como está, de veras frío! No hay mucho que hacer este año, y cuando no se puede ir al campo uno se siente inseguro. ¿Me oye, vecino?

Él pudo entender cada palabra. Ello avergonzaba a la mujer, que en tal proximidad hubiera clamor así de preparativos de gente lista para emprender sus pequeñas y tristes faenas. Si ella hubiera sido una de aquellas damas refinadas del gran mundo, habría querido encogerse y desaparecer. Sin embargo, ella era del tipo plácido, y parecía no percibir nada doloroso, ni vergonzoso, ni ingrato. Su conducta elegante pero aniñada mostraba que no sabía lo que el disonante clamor callejero pudiese significar. Él prefería más este pasmo indolente a una muestra de consternación, con un rostro sonrojado por la confusión. Como que fuera en su propia almohada, llegó el retumbo de un majador, más horrendo que el hollar del dios del trueno, que verdaderamente rompía los tímpanos.[122] Él no sabía de qué artefacto provenía y se sintió muy raro. Había muchas cosas que lo inquietaban. De una y otra dirección

---

120. Se creía que los zorros, disfrazados de hombres, tenían la costumbre de seducir y hechizar a los humanos.

121. El cuñado de Genji.

122. Karausu: el mortero estaba puesto en el suelo, el majador era elevado con el pie y luego dejado caer.

llegaba el amortiguado batir de martillos contra un áspero paño, y entremezclado con ello —sonidos que rememoraban las más profundas emociones— se oían los graznidos de los gansos que volaban en bandadas. Él descorrió la puerta y ambos miraron hacia fuera. Habían yacido cerca de la galería. Unos bambúes, llamados *hachiku*,[123] entrelazados, de buen gusto, se hallaban justo allí fuera y el rocío refulgía como en los lugares que le eran familiares. Los insectos otoñales entonaban atareados, como que se hallaran a meras pulgadas del oído y no hubiera paredes para los grillos a considerable distancia. Todo era clamoroso, pero también bastante alucinante. Incontables detalles podían pasarse por alto en la singularidad de su afecto por la muchacha. Ella era bonita y frágil en su suave, modesta chaqueta color lavanda sobre una forrada vestidura blanca. No poseía un solo rasgo que la hiciese especialmente hermosa, y sin embargo, esbelta y frágil, parecía tan tiernamente bella, que incluso temía oír su voz. Él querría haber deseado que ella fuese un tanto más aplomada, pero sólo anhelaba permanecer cerca de ella, cada vez más cerca.

—Venid, yo sé de un lugar muy cerca de aquí, ¡donde habremos de gozar el resto de la noche plácidamente! Me es demasiado penoso un lugar como éste —dijo él.

—Pero, ¿cómo será esto posible? —respondió ella muy quedamente—. Me tenéis de una sorpresa en otra.

Él le juró que sus lazos no eran de aquellos que se acaban en esta vida, y la confianza sin reservas con la cual ella acogió sus promesas le fue tan pasmosa, tan disímil de lo que él había conocido, que no podía figurarse que ella tuviese mucha experiencia de los hombres, y ya, sin cuidarse de la opinión de otros, llamó a Ukon, a quien ordenó que mandara a su lacayo que hiciese entrar su carruaje. Las doncellas de la casa comprendieron, por la actitud de Genji, cuáles eran sus intenciones, de modo que a pesar de sus ansiedades, ellas se fiaron de él.

El alba se aproximaba ya. No se oía aún el canto del gallo, sólo turbaba el silencio la cascada voz de un viejo que oraba, con la frente inclinada hasta el suelo. Él se levantaba y se prosternaba ante un Buda, en lo que parecía el apresto de un peregrinaje a Mitake.[124]

---

123. Tipo de bambú de muy fino follaje, que crece hasta 10 m. de altura.
124. En los montes de Yoshino, al sur de Nara.

Con viva emoción, Genji lo escuchaba, preguntándose lo que podría esperar de sus plegarias en este mundo semejante al rocío matutino, cuando aquél se puso de hinojos y salmodió:

—*Namu Tôrai Dôshi.* ¡Oh guía del mundo por venir![125]

—¡Escuchadle! ¡No es de esta vida solamente de la que él se inquieta! —dijo Genji, hondamente tocado.

Por la ruta que sigue
este asceta, también vos
dejaos guiar,
y para la vida por venir
no rompáis vínculos tan fuertes.

Acordándose del funesto precedente del Palacio de la Longevidad,[126] él había preferido la alusión al reino de Miroku[127] a la promesa de «tomar prestadas sus alas». Aunque lo que él dijera fuese exagerado, le prodigaba el convencimiento en el porvenir:

Los vínculos del pasado
con mi triste sino actual
los he podido medir.
¿Cómo me habré de fiar
en lo que el hado prepara?

Así estos poemas mismos traducían sus incertidumbres en el campo del budismo.

La luna se retardaba en las colinas del oeste, la dama dudaba todavía si dejarse arrastrar a tan imprevista aventura, y mientras él discurría diversas cosas, de repente, una nube cubrió la luna, y el cielo poco a poco empezó a clarear, revestido de una patética hermosura. Deseando que no fuese tan límpido el astro como para iluminarlos deshonrosamente, él la hizo subir fácilmente a su carruaje, y a Ukon con ella. Llegados a

---

125. *Namu*: creer y entregarse. *Tôrai*: futuro. Dôshi: el Bodhisattva Miroku (Maitreya).

126. Las mutuas promesas del emperador de la China Tang, Hsüan Tsung y su amada concubina Yang Kuei-fei (Yô Ki-hi, en japonés).

127. El Bodhisattava Maitreya o Miroku Bosatsu, en japonés, el Buda del futuro.

cierta residencia muy cercana, alguien fue a buscar al guardián, y mientras lo esperaban, ellas pudieron ver las «hierbas del olvido», helechos que invadían el tejado del arruinado portal, y la sombra tenebrosa de los árboles. La niebla era densa y el aire tan húmedo que sólo por haber levantado el visillo sus mangas se habían empapado.

—No me es familiar este tipo de aventuras, que como veo, ¡no ocurren sin inconvenientes!

Otros, antes que yo,
en tiempos lejanos ya
han fluctuado así
por las rutas de la aurora,
que aún ignoraba yo.

»Pero, ¿acaso vos habéis tenido la experiencia? —dijo él.

La dama tímidamente respondió:

De la cresta de los montes
no sabía el sentimiento
la luna que arriba va,
muy alto en el cielo,
y quizá se extinga así.

»Oprimido de angustia el corazón...

Ella dijo, y como aparecía atemorizada e incómoda, él lo atribuyó a su costumbre de vivir en barrios populosos.

Él hizo entrar el carruaje y, mientras que en el ala occidental le era preparada una sala, lo hizo recostar a la balaustrada. Ukon estaba embelesada, y para sí evocaba recuerdos del pasado. Por la prisa extrema del guardián, ella había logrado al fin adivinar quién era el caballero. A la hora en que se comenzaban ya a distinguir las cosas, descendieron del carruaje. La disposición de la sala era sumaria, pero propiamente arreglada.

—¡Mi señor ha venido sin criadas! ¡No podrá ser servido como convendría!

Diciendo esto, el guardián, que era de sus hombres de confianza y que había servido también en la mansión de la Sanjô,[128] se aproximó más e hizo que le preguntaran:

---

128. La casa del ministro, su suegro, en la Tercera Avenida.

—¿Debe hacer venir al personal necesario?

Mas Genji recomendó que guardara discreción.

—Es adrede que elegí una casa escondida, donde nada habría de importunarme. ¡Que guarde el secreto para sí mismo!

El hombre había apresuradamente ordenado que para desayunar se cociese arroz, pero nadie había para servirlo y él se sentía exiguo para la tarea. Tal improvisado alojamiento, aun de paso, le parecía una experiencia insólita. Para Genji, no hubo otro remedio que renovar sus tiernos juramentos, inagotables como el curso del Río de los Largos Suspiros.[129]

El sol estaba ya alto en el cielo cuando él se incorporó, y con su propia mano levantó la celosía. El huerto estaba en abandono, no había alma viviente, y tan lejos como lo llevara la mirada sólo había grupos de árboles de vetusto aspecto, algo repulsivo. Más cerca, ni árbol ni planta que atrajese la mirada, salvo los hierbajos de otoño, y hasta el propio estanque se hallaba recubierto de hierbas acuáticas; todo exudaba un aire lúgubre. La sección del común sin duda debía estar habitada, pero había sido erigida muy al margen.

—¡El lugar ciertamente gozoso no es! —dijo él—. Mas, después de todo, ¡seguro estoy de que los demonios que surgieren me pasarán de largo!

Hasta aquel momento él había ocultado sin cesar su rostro,[130] pero como la dama parecía sentirse ofendida, él se dijo que en verdad, al punto al que habían llegado, tal recelo no era más sostenible.

La flor que al vespertino
rocío se despliega
ha querido el destino
que un día vierais vos,
al mero azar del camino.

»Dispuesta por el fulgor del sereno, que se os semeja...

A tales palabras, ella le dio una mirada de reojo y a media voz pronunció:

---

129. *Tanka* de Umanofuhito Kunihito, en el *Manyôshû*, N° 4458: *El paciente río de los largos suspiros, de secarse no habrá, mas el amor mío mucho más luengo será.* (El Río de los Largos Suspiros es el de Okinaga en japonés).

130. En el Japón antiguo, el amante ilícito solía cubrirse parte del rostro con una chalina o pañoleta.

El luciente rostro
que nocturna flor
me pareciera,
desatino mío fue,
mera ilusión crepuscular.[131]

Él halló placentero el verso. En cuanto a ella, en verdad, quedó embelesada al percibir la incomparable apostura de Genji, que la fascinaba tanto pues contrastaba con la naturaleza del lugar.

—Es vuestro inflexible recelo que me había determinado a no mostraros hasta ahora mi rostro. Mas, al presente, ¡decidme al menos vuestro nombre! ¡Pues me dais pavor!

Ella, empero, lo eludió:

—Soy hija de un pescador...[132]

Esta negativa de no dejarse convencer le pareció pura coquetería.

—Pues, ¡sea! ¡No tengo sino lo que merezco! Un *warekara*[133] —dijo él, y se pasaron todo el día suspirando y a veces pronunciando tiernos requiebros.

Koremitsu, que había logrado descubrir su retiro, llegó portando golosinas. Como él temía los reproches que pudiera hacerle Ukon, evitó acercarse demasiado. Encontrando curioso que Genji se dejase llevar tan lejos, había concluido que la dama debía poseer encantos poderosos, y deploraba que su propia generosidad le hubiese cedido el lugar, dado que él mismo habría podido obtenerlo para sí.

Genji observaba el cielo del atardecer, sereno más allá de toda expresión, y como la dama estuviese vagamente temerosa de la oscuridad al fondo del aposento, él levantó la celosía externa, luego se tendió a su lado. Intercambiaron largas miradas a la luz crepuscular, y la dama, a pesar de las aprehensiones que tal aventura le suscitaban, olvidaba todas sus penas, y al verla finalmente abandonarse un tanto, él la halló

131. Ella bromeó. Con esto se revela que Genji y ella se franqueaban.
132. *Tanka* anónima, en el *Shinkokinshû,* Nº 1701 y «Canto del cortesano», en el *Wakan Rôeishû,* Nº 722: *Hija de un pescador, cabe las olas la vida pasé. Olas que nada nos dicen, y nos dejan sin hogar.*
133. *Tanka* de Fujiwara no Naoiko, en el *Kokinshû,* Nº 807: *Las hierbas que recoge el pescador, las warekara, declaran «Mi culpa fue». Lloraré mas de odiaros no habré. Warekara* es nombre que se da al insecto parásito de las algas.

encantadora. Ella permaneció tendida a su lado hasta la caída de la noche; de nuevo ella pareció presa de un terror infantil que despertaba piedad. Él se apresuró en hacer bajar los visillos y ordenó que encendieran candiles.

—Parecéis asaz confortable conmigo, y sin embargo mantenéis algo oculto todavía. Lo que me resulta aún muy cruel —se quejó.

Ahora, en la corte, estarían todos buscándolo por todas partes. ¿Hacia dónde dirigirían su búsqueda? Él cavilaba para sí en lo extraño que era tal amor, y se inquietaba por los celos tormentosos de la dama de la Rokujô.[134] Era a aquella otra triste dama hacia quien sus cavilaciones primeramente se volcaran. Su ahínco por él tenía razón, mas le hacía sufrir. Aquí, la muchacha junto a él era tan simple y nada exigente, mientras la otra, tan absurdamente fatal en sus anhelos. ¡Se le antojó, comparándola con ésta, que deseaba lograr, de algún modo, recobrar su libertad!

Era pasada la medianoche. Había dormido por un rato cuando de improviso una mujer de extrema hermosura apareció cabe su almohada.

—No pensáis siquiera en visitarme, cuando tanto tiempo habitáis en mi mente. En lugar de ello, huís con alguien que nada posee que la recomiende, y generáis un gran revuelo por ella. Esto es cruel, intolerable.

Ésta parecía querer romper el sueño de la muchacha. Él se desveló, sintiendo como que se hallase en poder de un ser maligno. La luz se había extinguido. Sumamente alarmado, atrajo su espada hasta su almohada, sacándola de la vaina,[135] y despertó a Ukon. Ésta también parecía amedrentada.

—Id a la galería y despertad al guardia, Haced que traiga lumbre.

Ella contestó que no, pues temía en demasía.

Él forzó una sonrisa:

—Mas, os comportáis como una criatura.

Él batió palmas y un vano eco respondió. Nadie parecía oír. La muchacha temblaba violentamente. Estaba bañada en sudor y como en trance, desposeída de sus sentidos.

---

134. Murasaki Shikibu no menciona nuevamente a la dama de la Rokujô hasta el capítulo IX. Por ello, una teoría sostiene que el capítulo IV, *Yûgao*, no fue compuesto sino mucho más tarde que lo que la actual secuencia de capítulos establece.

135. Sacar la espada de la vaina aludía a hechicería o a un acto de exorcismo.

—¡Es tan tímida la pequeña! —dijo Ukon—. Medrosa en exceso cuando no hay nada que recelar. Esto debe ser horroroso para ella.

Sí, pobrecilla, pensó Genji. Ella no parecía ser tan frágil, y había pasado el día entero contemplando el cielo.

—Iré a buscar a alguien. ¡Qué eco terrible dan mis palmas! Quedaos aquí con ella.

Él atrajo a Ukon cabe la dama.

Las luces en la galería oeste se habían apagado. Un insólito viento soplaba. Pocos servidores tenía él allí, y todos dormían. Eran tres en total: un joven, que se hallaba entre sus íntimos, hijo del mayordomo del lugar; un paje cortesano y el hombre que actuara de intermediario en el asunto de las «faces nocturnas». Llamó en voz alta. Alguien respondió y se acercó a él.

—¡Trae lumbre! ¡Despierta a los otros y gritad y rasgad las cuerdas de vuestros arcos! ¿Qué significa que os durmáis en una casa desierta? Creo que el señor Koremitsu estuvo aquí. ¿Cómo ocurrió?

—Estuvo. Pero dijo que no tenía órdenes que impartir, y que regresaría al alba.

Debido a que aquel hombre era un escolta selecto de Takiguchi,[136] muy aficionado a rasgar la cuerda del arco, salió dando de voces como en vigilia de incendio gritando: «¡Cuidado con el fuego!» En la corte, pensó Genji, los cortesanos de ronda nocturna se habrían hecho anunciar, y la guardia habría cambiado por turnos. No era aún tan tarde.

Él tornó adentro. La muchacha seguía yaciente como hasta poco antes, y Ukon acostada a su lado, boca abajo.

—¿Qué es esto? Estáis loca dejándoos aterrorizar así. ¿Estáis inquieta porque el espíritu del zorro pueda aparecer y jugaros tretas en esta casa desierta? Mas, no tenéis por qué alarmaros. No vendrá hasta donde yo esté.

Él la atrajo poniéndola de rodillas.

—No me siento nada bien. Por eso sigo tendida. Pero mi pobre dama debe estar horrorizada.

—Lo está, en verdad. Y no consigo descubrir la razón.

---

136. Toda la noche alrededor de las nueve había un relevo. En aquel momento se hacía una revista y se informaba a los escoltas selectos de Takiguchi.

Él se apropincuó a la joven. No respiraba. La levantó y ella quedó inerme en sus brazos. No mostraba signo alguno de vida. Parecía tan indefensa como una criatura, pues sin dudas un mal espíritu se había posesionado de ella. Él no pudo pensar en nada que hacer. Un hombre llegó con una antorcha. Ukon no estaba preparada para desplazarse, y el propio Genji corrió unos marcos de cortinas para ocultar a la joven.

—Trae más cerca la lumbre.

Fue una orden de lo más inusitada. No comúnmente permitido de estar al lado de Genji, el hombre titubeó si cruzar o no el umbral.

—¡Ven, ven, tráela aquí! No es hora ni sitio para circunspección alguna.

A la luz de la antorcha él tuvo el fugaz vistazo de una figura cabe la almohada de la joven. Era la mujer con la que soñara. Se desvaneció como aparición en un viejo relato. En medio del sobresalto y el horror, sus confusos pensamientos se centraron en la joven. No había lugar para cavilaciones sobre sí mismo.

Él se inclinó sobre ella y la llamó a voces, pero ella estaba gélida, había dejado de inhalar aire. Era demasiado horrendo. No tenía confidente alguno a quien volverse en pos de consejo. Era en un bonzo en quien se pensaba en primer lugar en ocasiones así. Él había sido tan arrojado y confiado, mas era bisoño, y esto era demasiado para él. Se apretó al exánime cuerpo.

—¡Volved, amada, amada mía! ¡No me hagáis esta horrenda cosa!

Pero, ella seguía frígida y no parecía ya humana.

El primer terror paralizador había dejado ya a Ukon. Ahora, trepidaba y gemía y su talante era tan sombrío. Genji recordó al demonio que cierto ministro[137] había topado en la Gran Aula del Mediodía en el palacio.

—No es posible que esté muerta —halló fuerzas para hablar nítidamente—. Todo este bullicio en medio de la noche, debéis tratar de estar un tanto más sosegada.

Pero, había sido demasiado repentino.

Se volvió nuevamente hacia el portador de la antorcha.

137. El *Okagami* refiere la historia de Fujiwara no Tadahira que halló a un demonio en el Shishinden, el cual desapareció cuando le informara que se hallaba al servicio del emperador.

—Hay alguien aquí que parece haber sufrido una muy extraña posesión. Di a tu amigo que encuentre dónde pasa la noche el señor Koremitsu, y haga que venga inmediatamente. Si el religioso se encontrare aún en casa de su madre, transmítele sigilosamente que él habrá de venir también. Su madre y la gente que está con ella no han de escuchar esto. Ella no aprueba esta suerte de aventura.

Él habló con bastante calma, mas su mente se hallaba en medio de un torbellino. Sumado al dolor por la pérdida de la joven estaba el horror, más allá de toda descripción, por aquel desolado lugar. Sería pasada la medianoche. El viento soplaba más alto y silbaba doloridamente entre los pinos. En eso se oyó un extraño, sordo llamado de un ave. ¿Quizás un búho? Todo era una silente, aterradora soledad. Él no debía haber escogido un lugar así. Pero era ya muy tarde. Temblando violentamente, Ukon se asió a él perdiendo completamente la conciencia. Y Genji temió que ella también muriera. La sostuvo en sus brazos mientras ella deliraba. Él era el único racional allí presente, y no podía pensar en nada que hacer. La parpadeante luz erraba de un lado a otro. La parte superior de los biombos detrás de ellos se hundía en las tinieblas, sólo la inferior se exponía a la lumbre. Sintió un persistente chirrido, como que alguien viniera detrás de ellos. Genji ansiaba que al menos llegase Koremitsu tan pronto fuera posible. Mas aquél era un caminante nocturno sin morada fija, y el criado tuvo que buscarlo en numerosos sitios. El lapso hasta que asomó el alba fue tan largo que Genji sintió como que hubieran pasado mil noches. Finalmente oyó un graznido distante. ¿Qué herencia del lejano pasado podría haberlo traído a este peligro mortal? Era castigado por un amor culpable, falta suya y de nadie más, y su infame aventura habría de ser recordada en los tiempos venideros. No había secreto alguno, no obstante uno luchase por guardarlos; porque los reprochables hechos ocurridos no se podrían ocultar. Pronto, todos sabrían, desde su imperial progenitor, en vano decirlo, hasta el más bajo de los pajes hablaría de ello, y él obtendría la inmortalidad como el modelo del completo mentecato.

Al fin, llegó el señor Koremitsu. Era el sirviente perfecto que no contrariaría los deseos de su amo en nada y en ningún momento; y Genji estaba furioso porque, de todas las noches en esa justamente, aquel criado hubiera estado ausente, y hubiese sido lento en responder a su llamado. Incluso haciéndolo entrar no podía hallar la fuerza

para decirle lo que debía expresar. Ukon rompió en llanto, al volver a su mente todo aquel horror, tan pronto divisó a Koremitsu. El propio Genji percibió que la oleada de tristeza que ahogaba su corazón se sosegaba al ver el rostro de Koremitsu, luego de ser el único que, sobrio y racional, sostuviera a Ukon en sus brazos, ahora se rendía a su desconsuelo, llorando intensamente sin cesar por largo rato.

—Algo muy extraño ha ocurrido —luego de un trecho pronunció él estas palabras—, «increíble» no sería palabra fuerte en demasía para describirlo, quería que viniese un bonzo (uno lo desea cuando cosas así suceden), y pedí que viniera vuestro reverendo hermano.

—Él retornó a la montaña ayer. Sí, de veras es muy extraño lo acaecido. ¿Acaso algún mal la aquejaba?

—Nada.

Él, dolorido, se veía tan gallardo que Koremitsu se abatió y sollozó en alta voz. De un hombre mayor, que ha experimentado todo y sabe qué se puede esperar en la vida, se puede depender en una crisis, pero ambos eran jóvenes y ninguna tenía qué sugerir.

Koremitsu, por último, habló:

—No debemos permitir que el guardián se entere. Puede que él sea confiable, pero ciertamente ha de tener parientes que comentarían sobre esto. Debemos salir de este lugar.

—¿Acaso sugerís que podríamos hallar un lugar donde sería menos probable que nos viesen?

—No, supongo que no. Y las mujeres de la casa de la finada habrán de gemir y gritar cuando lleguen a saber lo ocurrido; viven en un vecindario populoso, y todo el gentío de los alrededores se enterará, y así habrá de ser. Mas los templos de montaña son justamente para este tipo de imprevistos. No habrá en ellos riesgo alguno de llamar la atención —esta vez reflexionó así sobre el problema—: Hay una mujer que conocí tiempo atrás. Ella ingresó a un convento situado en los montes del este. Es ya muy vieja, de hecho, fue la nodriza de mi padre. La comarca parece estar densamente poblada, pero el convento se halla apartado.

No era aún a plena luz del día, y Koremitsu hizo traer el carruaje. Dado que Genji parecía incapacitado para la tarea, él envolvió el cuerpo con una manta y lo colocó

en el carro. Era tan pequeña y tan hermosa, y en nada repelente. Como el cobertor estaba algo suelto, su cabellera ondeaba, como para oscurecer el mundo ante los ojos de Genji.

Él deseaba ver las exequias hasta el final, pero Koremitsu no quería saber de ello.

—Tomad mi caballo y volveos a la mansión de la Nijô ahora, mientras las calles permanecen aún silenciosas.

Él ayudó a Ukon a subir al carruaje y lo siguió a pie, con los faldones de su atuendo levantados. Era un extraño, mustio cortejo fúnebre, pensó, pero ante tanta angustia, él lo acompañó caminando al lado, ignorando la mala traza y la impureza cometida con la muerte de Yûgao.

Apenas consciente, Genji hizo el camino de regreso a la Nijô.

—¿De dónde habéis regresado? —preguntaron las damas—. No se os ve nada bien.

Él no respondió. Solo, en su aposento, apretaba una mano contra su corazón. ¿Por qué no se habría ido con los otros? ¿Qué pensaría ella si pudiese tornar a la vida? Pensaría que él la había abandonado. El remordimiento oprimía su corazón hasta romperlo. La cabeza le dolía y con la obsesión temía sufrir fiebre. ¿Quizás él también moriría? El sol ya se hallaba en lo alto y él aún no emergía. Con extrañeza, las damas, pensando que todo esto era en extremo insólito, se apresuraron en llevarle el desayuno. Él no pudo probar bocado. Un mensajero anunció que el emperador había sido conturbado por su ausencia el día anterior.

Sus cuñados llegaron de visita.

—Pasad, por gracia, mas sólo por un momento, aunque no habréis de sentaros.

Él sólo recibió a Tô no Chûjô y mantuvo un biombo entre ambos.

—Mi vieja nodriza cayó gravemente enferma y tomó los votos en la quinta luna, creo. Quizá, por ellos, pareció recobrarse. Pero, hace poco, sufrió una recaída. Alguien llegó a preguntar si acaso podría visitarla al menos una vez más. Pensé que ciertamente debía ir a ver a una vieja y querida niñera en su lecho de muerte, y así partí. Uno de sus criados se hallaba delicado y repentinamente, antes de poder despedirse, falleció. En un acto de deferencia hacia mí, aguardaron hasta el anochecer para llevarse el cadáver. Todo esto lo supe después. Habría sido muy impropio de mí asistir a la corte, con todas

las festividades que se avecinan.[138] Pensé así, de modo que no me presenté. He sufrido una cefalea desde la madrugada; quizá me he resfriado. Debo pedir disculpas.

—Ya veo, y así habré de informar a vuestro padre. Él envió un cortejo a buscaros, durante el concierto de anoche, y de veras estuvo muy contrariado —Tô no Chûjô se volvió para retirarse, mas abruptamente regresó—. Venid ahora. ¿De veras, en qué impureza incurristeis? No creo una palabra de lo dicho.

Genji quedó consternado, pero se las arregló para mostrar desenvoltura.

—No requerís contar pormenores. Sólo decid que he padecido un infausto pasmo. De veras, completamente inopinado.

No obstante su aparente sosiego, él se sentía muy mal con el fútil sentimiento de referirlo y no estaba preparado para enfrentar a la gente. Pidió a un cuñado más joven que explicase en detalle las razones de su inasistencia a la corte. Envió una nota a la Sanjô con una explicación similar.

Koremitsu llegó al atardecer. Habiendo anunciado que sufría un momento infausto, Genji había hecho que otros visitantes permanecieran fuera del aposento, y poca gente se hallaba en la mansión. Él recibió a Koremitsu de inmediato.

—¿Estáis seguro de que ella murió? —inquirió, acercando una de sus mangas a sus ojos.

Koremitsu también dejó correr las lágrimas.

—Sí, me temo que sin lugar a dudas murió. No podía quedarme encerrado en el templo indefinidamente, y así, hice los arreglos con un venerable bonzo a quien por acaso conozco bastante bien. Mañana será un día fausto para funerales.

—¿Y la otra mujer?

—Ella había parecido hallarse también al borde de la muerte. No quiere quedarse así, partida su señora. Temía que esta mañana se despeñase por un acantilado. Quería relatar todo a la gente de la Gojô, pero la persuadí para que dejase pasar algún tiempo más.

—Me siento bastante indispuesto, y temo lo peor.

138. Numerosos ritos shintoístas tenían lugar en la novena luna.

—Pero, ¡vamos! No hay nada que se pueda hacer ya y en vano os atormentáis. Decíos a vos mismo que lo que debe ser, debe ser. No permitiré que nadie lo sepa, y personalmente he de tomar cuidado de todo.

—Sí, por cierto. Todo está predestinado. Así me digo. Empero, es terrible pensar que he enviado a la muerte a aquella dama. No habréis de decir nada a vuestra hermana, y habréis de aseguraros que vuestra madre no oiga nada de esto. No sobreviviría a las amonestaciones que ella me hiciese.

—Y a los bonzos, también les he referido una historia creíble —comentó Koremitsu exudando confianza.

Las mujeres barruntaban que algo raro sucedía y se hallaban más aturdidas que nunca. Él había dicho que había sufrido una impureza, y se mantendría alejado de la corte; pero, ¿por qué estos sofrenados lamentos?

Genji impartió instrucciones para el funeral:

—Debéis aseguraros de que ningún error se cometa.

—¡Por cierto! Ninguna ceremonia mayor habrá de tener lugar.

Koremitsu se volvió, dispuesto a partir.

—Sé que no lo celebraréis —acotó Genji, con una nueva oleada de pesar cernida sobre sí—, mas lo lamentaría perpetuamente si no la volviese a ver por última vez. Iré a caballo.

—Pues bien, si debéis hacerlo —en verdad, Koremitsu pensaba que era una muy mala idea—, id de inmediato y volved mientras aún sea temprano.

Genji partió vestido en el atuendo de viaje que tuviera listo para sus recientes excursiones amorosas. Se hallaba hondamente desconsolado. Su misión era sumamente extraña y los terrores de la noche anterior lo hacían considerar volver atrás. El dolor lo impelía. Si él no la viera una vez más, ¿cuándo, en el otro mundo, podría esperar verla como ella fuera? Tenía junto a sí sólo a Koremitsu y el criado del primer encuentro. El camino parecía muy largo. La luna, en su décimo-séptima jornada, se alzó en el horizonte, y hacia la vega del río, a la incierta lumbre de las antorchas de los voceadores, se distinguía el cementerio del monte Toribe ominoso e infranqueable, mas Genji se hallaba tan turbado que la funesta visión no lo alteró. Y así prosiguió, en inmutable estupor.

En tal paraje siniestro, escabroso, hostil, se elevaba, cabe una cabaña de tablas, una capilla donde una monja cumplía su austera regla, solitaria más allá de lo expresable. La candela ante el altar se vislumbraba mustia por entre las rendijas. Dentro, una mujer lloraba. En la antecámara, dos o tres bonzos conversaban, salmodiaban e invocaban a los budas con voz amortiguada. Las oraciones vespertinas habían concluido en todos los templos circundantes. Todo se hallaba en quietud. Algunas luces y grupos de personas se veían en dirección a Kiyomizu. El solemne tono con que el venerable bonzo, hijo de la monja, leía un sutra, trajo a Genji lo que imaginó como la máxima marea de sus lágrimas. Él entró: el candil alumbraba al lado opuesto. Ukon yacía en tierra, separada del cadáver por un biombo. ¡Cuánta sería su congoja!, se dijo él mirándola. El cadáver no le inspiraba ningún sentimiento de horror, sus formas eran aún gráciles, no había sufrido la mínima variación. Tomó una de sus manos.

—Una última vez, dejadme oír vuestra voz. ¡Algún vínculo de una pasada vida, sin duda, nos acercó! A mí que por tan poco tiempo de todo corazón os quisiera, ¡abandonarme así y entregarme a la desesperanza! ¡Ah, es demasiado en verdad! —musitó, y sin poder ya contener la voz, rompió en interminables sollozos.

Aunque ignoraban quién era él, los monjes, conmovidos por su dolor, todos, dejaron correr las lágrimas. Dirigiéndose a Ukon:

—Marchemos —le dijo él—, ¡venid a la Segunda Avenida!

Mas ella:

—Por largos años, desde su primera infancia, jamás la dejé ni un solo instante, siempre a su lado estuve. ¿Cómo podría dejarla repentinamente? ¿Adónde habré de ir? ¿Cómo he de referir a su gente lo que aconteció? Todo ello es ya desolador en extremo para mí; si ellos me acusasen de lo ocurrido, con destemplados gritos, ¡sería espantoso! —dijo, llorosa, transida de dolor—. ¡Vale más que la siga, mezclada con el humo de su hoguera!

—Cierto, os comprendo, ¡pero es así el mundo! ¡No hay separación que suceda sin dolor! Sea de una manera u otra, ¡toda vida igualmente conoce su término! ¡Reconfortaos y fiaos de mí!

Él intentó consolarla, mas sin dilatar añadió:

—Yo, que os hablo de esta guisa, tengo la sensación de que no saldré de esto con vida. No inspirando ya confianza alguna.

Koremitsu le manifestó:

—La noche no tardará en aclararse. ¡Pronto, retornad ya!

Entonces, sin poder menos de volver tantas veces para verla, con el corazón abrumado, salió.

Por los caminos de rocío cubiertos, entre la espesa niebla matutina, se marchó, fuera de sí. La había visto, yaciente, tal como en vida fuera, ataviada aún con su propia túnica, de tono rojo carmín, que él le había dado a cambio de la de ella, y a lo largo de toda la ruta él se preguntaba de qué lazos anudados en una existencia previa podría ser esto la señal. Como parecía no estar en la capacidad de tenerse firmemente sobre su corcel, Koremitsu iba siempre detrás, presto a brindarle auxilio, cuando él se dejó deslizar de su montura del lado del dique, y sintiéndose desfallecer, exclamó:

—Pienso que he de morirme como un perro sobre el camino. ¡Tengo el presentimiento que no llegaré nunca a mi destino!

Koremitsu, también él muy acongojado, se decía que mejor hubiera rehusado firmemente, no importase lo que él dijera, que no haberse dejado arrastrar a semejante aventura, y tan penoso trance; se lavó las manos en el agua del arroyo y se puso a implorar a la Kannon de Kiyomizu, pues no sabía ya qué hacer. El propio Genji, que había recobrado el ánimo luego de un enorme esfuerzo, del fondo de su corazón imploraba a los budas. Luego, sostenido por su compañero, reemprendió la marcha hasta llegar a la mansión de la Nijô. Sus mujeres, intrigadas por tales peregrinaciones en medio de la noche, se lamentaban emotivamente:

—¡Qué extraña conducta! Desde hacía algún tiempo, él no se mantenía ya en un solo lugar y salía más frecuentemente que lo habitual; ayer parecía tan desconsolado, ¿cómo, a pesar de ello, ha podido salir así, a rastras?

Él permaneció en el lecho, de veras enfermo esta vez, y en el espacio de dos o tres días se debilitó considerablemente. Cuando el hecho se supo en el palacio, el abatimiento llegó a su cúspide. De todos lados las plegarias se elevaron, sin reposo ni tregua. Celebraciones, exorcismos, conjuros se hicieron más de lo que pudiera decirse.

La emoción era general: tan incomparable ser, dotado de las más raras cualidades, ¿podría quedarse largo tiempo en este mundo? No obstante sus padecimientos, él hizo llamar a Ukon, y le asignó un aposento cercano al suyo, tomándola a su servicio. Koremitsu, dominando su propia turbación, se había mostrado lleno de prevenciones respecto de ella, pues pensaba que estaría muy aturdida. Genji, cada vez que su mal le dejaba el menor respiro, la convocaba para confiarle alguna tarea, de modo que, muy prestamente, ella se familiarizara con la casa. Vestida siempre de negro y sin mayor hermosura, era sin embargo una persona en absoluto ceñuda.

—Presa en las redes de un destino que hiciera extrañamente breves nuestros amores, sin duda, no he de permanecer por largo tiempo en este mundo. Para consolaros de la desdicha que debéis padecer al haber perdido a aquella que por largos años fuera vuestro todo, me propongo, si se me otorga el sobrevivir, cubrir vuestras necesidades. Mas si a mi turno me tocara seguirla, ¡he de lamentarme mucho por vos! —le confiaba, llorando tan lastimeramente que ella hacía lo imposible para consolarlo.

La gente de la mansión iba de un lado a otro sin saber dónde ponía el pie. Los mensajes del palacio proseguían más que gotas de lluvia. Cuando él supo de la aflicción del emperador, se mostró muy confuso y se esforzó por ganar firmeza. El ministro también se apresuraba, y día tras día llegaba a verlo, y solicitaba ritos diversos, por efecto de los cuales, quizá, luego de una veintena de días, el mal, a pesar de su extrema gravedad, pareció en vías de ceder sin dejar secuela alguna. Y como al mismo tiempo concluía el período de impureza, una noche, en consideración de la inquietud de su padre, el soberano, él se dirigió a los aposentos de servicio en el palacio. El ministro, su suegro, le envió su propio carruaje para retornarlo a la mansión y reemprender los ritos de purificación con atenciones tan minuciosas que se tornaban importunas. Por un tiempo, en su aturdimiento, le pareció que había retornado a un mundo distinto del que había conocido.

Hacia el vigésimo día de la novena luna, su mal cedió por completo; su rostro lucía terriblemente demacrado, pero lo tornaba mucho más seductor; él permanecía largos instantes con la mirada perdida, luego estallaba en ruidosos gemidos. Algunas mujeres lo miraban con aire sospechoso; otras decían que debía ser un espíritu que lo

atormentaba. Él hacía llamar a Ukon al atardecer y en el sereno crepúsculo se entretenía con ella:

—¡Hay algo que me deja perplejo! ¿Por qué se escondía ella de mí, rehusando decirme quién era? Incluso si ella hubiese sido una «hija de pescador», ese alejamiento que ella me mostraba, ¡ignorando deliberadamente la amplitud de mi pasión, me fue muy cruel! —le decía, y ella:

—¿Qué razón habría tenido ella para esconderse de vos a toda costa? Pero, ¿cuándo habría ella encontrado ocasión de deciros un nombre que nada significaba para vos? Desde el comienzo, vuestra actitud fue extraña, hasta el punto que ella me decía que no tenía en absoluto la sensación de que todo eso fuera real, y que si ella admitía que el secreto de vuestro nombre os debía haber sido impuesto por vuestra condición, ella no se afligía menos por la desenvoltura que a su parecer implicaba tal misterio.

—¡Neciamente nos comportamos con obstinación! ¡En cuanto a mí, jamás quise guardar mi distancia! Era simplemente que yo no estaba aún habituado a atraer la reprobación del mundo. Mi posición me obliga a estar en guardia ante miles de cosas, comenzando por las amonestaciones de Su Majestad, y la más inocente de las bromas alcanza dimensiones desmesuradas. Ahora bien, en la inconfortable situación en que me hallo, como que desde la noche del imprevisto encuentro, de modo extraño mi corazón se hubiera quedado fijo allí, que hubo de ser necesario que a todo trance la volviera a ver, ello debe ser, me digo, el efecto de un hado aciago, y tal pensamiento me es a la vez opresivo y cruel. Si no se hubiese tratado sino de una breve ligazón, ¿cómo podría haberse tornado querida hasta tal punto? Ahora, ¡decídmelo todo! ¿Qué podríais recelar de mí a estas alturas? Y cuando, de siete en siete días, ordene oficiar ritos ante las imágenes de los budas, ¿a quién, desde el fondo de mi corazón, debo dedicarlos? —dijo él.

Y entonces:

—¿Por qué he de guardar mis distancias, en efecto? Aún si, tras su muerte, no quisiese hablar a la ligera de aquello que lo que ella misma, en vida, hiciera un misterio, dudo que se me permitiría contároslo...Sus padres prematuramente fallecieron. El padre fue comandante de la guardia, del Tercer Rango. Él le tuvo un cariño enorme, pero desengañado por la mediocridad de su posición, la vida misma se le había tornado

insoportable; después de que, por un fortuito encuentro, el Comandante en Jefe del Despacho, en tiempos en que no era sino capitán, la descubriera, y durante tres años, se presentase a visitarla con todas las apariencias de un sincero sentimiento, cuando, en el otoño del año previo, de casa del Ministro de la Derecha, le llegaron amenazas muy precisas, si bien que, por naturaleza dada a temer sin reflexionar, ella se creyó perdida y se refugió en el barrio oeste de la ciudad, en casa de su nodriza, que allí moraba. El lugar estaba desprovisto de encantos, y allí ella se aburría, por lo que decidió conseguir un retiro de montaña; pero como el tal, a partir de este año, se encontraba en una dirección nefasta, se estableció en el barrio con el sólo objetivo de pasar el período vedado, aunque un lugar indigno de ella, el más apropiado para no ser descubierta; y el que vos lo hicierais no pudo sino contrariarla. Ella era inescrutable más que ninguna en el mundo, y la idea de que alguien pudiese desvelar sus inquietudes la llenaba de confusión, no obstante que ante vos se presentaba aparentemente despreocupada.

Ante este relato, él acotó así:

—¡Estaba bien así! —con creciente emoción gran pena—: La niña de la que el comandante se afligía por haberle perdido el rastro, ¿era entonces de ella?—preguntó él.

—¡Ciertamente! Había nacido en la primavera del año antepasado. Era una niñita muy linda—comentó ella.

—Pues, ¿dónde se encuentra? Sin hacérselo saber a nadie, ¡haced que pueda adoptarla! Lo haré con gran alegría, pues ¡ella me traerá el recuerdo de quien tan lastimeramente desapareciera! —comentó él, y añadió—: Deberé informar todo esto a aquel comandante, pero sería exponerme a vanas recriminaciones. De todos modos, no tendré dificultad alguna en criarla. Si con ella hay alguna nodriza u otra criada, traedlas a mí, bajo cualquier pretexto.

Ante este discurso:

—¡Si aquello se pudiese, me daría un gran gozo! Sería una pena que ella tuviese que crecer allá, en el oeste de la ciudad. Era porque no había nadie que pudiera ocuparse convenientemente de ella que la llevaron allí —exclamó ella.

En el silencio del crepúsculo, bajo un cielo de patéticos colores, entre las hierbas secas del jardín, algunos insectos aún entonaban tenuemente sus vocecillas y el follaje

de los árboles empezada a colorearse ya por partes; ella recorría con su mirada el sugestivo paisaje, que se habría dicho compuesto por un artista.[139] ¡Qué placentero empleo había encontrado allí!, contra todo lo esperable a sí misma se decía, mas la remembranza del albergue de las faces nocturnas la llenaba de confusión.[140] En un soto de bambúes, palomas, de las domésticas, hacían escuchar sus arrullos intermitentes; él se acordó del terror que hiciera presa de la dama cuando, en aquella otra mansión, una distinta ave agorera chillara y la agraciada imagen se presentó a su alma:

—¿Qué edad tenía la dama? ¡Ella me había parecido tan frágil, como que no fuese de este mundo, lo que era signo de que no le restaba mucho por vivir! —exclamó él.

—Ella había comenzado su décimo-noveno año. Vuestra sirvienta Ukon era hija de su difunta nodriza, una huérfana a quien el señor del Tercer Rango tomase simpatía y a la que criara en compañía de su propia hija; como recuerdo de sus bondades, ¿cómo he podido sobrevivirla? Al agregarse a alguien, una se dispone a amargos remordimientos. Y fue a ella, que parecía tan desamparada, a quien ligué mi suerte. ¡Por largos años viví con ella! —dijo ella.

—Son precisamente tales aires de desamparo los que dan encanto a la mujer. Una gazmoña inflexible es nada seductora. Para quien, como yo, no es de naturaleza quisquillosa ni melindrosa, basta que una mujer sea dulce y que jamás peque sino de apasionamiento; si además es discreta y dócil a los humores de aquel que se interesa en ella, ella será mimada; y por poco que él se dedique a corregir sus defectos según sus propio punto de vista, ella le será aún más querida —dijo él.

—¡Qué dolor de corazón, cuando pienso que ella no se hallaba lejos del ideal que vos acabáis de trazar! —exclamó ella, entre profusas lágrimas.

El cielo estaba cubierto de nubarrones, el viento soplaba glacial; perdido en sus reflexiones, él susurró:

139. En aquella época, la pintura clásica, denominada *Yamato-e,* estaba en boga condicionando la combinación cromática de los árboles en los jardines de las mansiones de la nobleza.

140. Ukon sintió vergüenza acordándose de la casa de la Gojô, tan miserable, que contrastaba con lo que rodeaba a Genji, acostumbrado a disfrutar el bello y pintoresco entorno de su mansión.

Aquella a la que amara
se disipó como el humo
por entre las nubes
que con porfía contemplo
en un vespertino cielo.

Ukon se sintió incapaz de responder. ¡Si sólo su señora allí estuviera! Para Genji incluso la memoria de aquellos golpes de martillo que en sus oídos retumbasen, le era ahora grata: «Largas, en verdad, las noches de las lunas octava y nona...», musitó para sí mientras se acostaba.

El joven paje de la casa de Iyo, hermano de la dama caparazón de cigarra,[141] pasaba a veces por la mansión de la Nijô, pero él no le confiaba ya mensaje alguno, como en el pasado. A ella la desconsolaba que él aparentase enojo con ella, y también oír que se hallaba enfermo. La perspectiva de acompañar a su esposo a tan distante comarca la espantaba. Ella mandó una nota para saber si Genji la había olvidado ya:

—Me dicen que no habéis estado bien.

Pasa el tiempo,
no preguntáis el porqué,
tampoco lo inquiero yo.
Cavilad, si bien queréis,
cuán solo este vivir mío.

»¡Ah, aludiré al poema en torno al estanque de Masuda![142]

Ésta fue una sorpresa, y en verdad él no la había olvidado. La incierta mano con la que él registrara su respuesta poseía una propia belleza.

—¿Quién, me pregunto, vive una existencia más carente de propósito?

---

141. La dama Utsusemi, que diera nombre al capítulo tercero.

142. *Tanka* anónima, en el *Shûishû*, N° 894: *Largas las raíces del acuoso escudo de Masuda, mucho más largas aún las insomnes noches, sin causa.*

Aunque hueco fuera
el caparazón de cigarra
fuerzas me supo dar
para hacer frente
a un mundo tan penoso,

»aunque sólo precarias.

Así que él recordaba «el caparazón de cigarra». Ella se sentía triste, pero a la vez halagada. Era bueno que pudieran escribirse sin rencores. Ella no deseaba ninguna mayor intimidad, y no quería que él la desdeñara.

En cuanto a la otra, su hijastra, Genji supo que se había casado con un teniente de la guardia. Pensó que era un extraño matrimonio y experimentó una cierta lástima por el teniente. Curioso por saber algo de los sentimientos de ella, le envió una nota con su joven mensajero.

—¿Sabíais que vuestro recuerdo me ha puesto al borde de expirar?

Ato sueltamente
los juncos [143]
bajo los aleros,
y los repruebo ahora
por hallarse deshechos.

Y le adicionó un largo junco.

El muchacho debía entregarla sigilosamente, le dijo. Pero pensó que el teniente sería comprensivo si llegase a ver la nota, pues adivinaría quién era el remitente. Se podía detectar en esto una pizca de autosatisfacción.

Su marido estaba ausente. Ella quedó confundida, pero deleitada porque él la hubiese rememorado. Le mandó como respuesta un poema, cuya sola excusa fuera la presteza con que fue compuesto:

---

143. La muchacha tradicionalmente llamada *Nokiba no Ogi* (Juncos bajo los aleros).

El viento trae palabras,
suavemente todas,
hasta el junco
y bajo las hojas
la escarcha excoria.

Habría sido más perspicaz y de mejor gusto no haber disfrazado la lerda grafía. Él pensó en el rostro que contemplara a la luz del candil. No podía olvidar a ninguna de las dos, la esposa del gobernador, sentada y tan distante ante él, o a la mocita acompañante, que charlaba tan alegremente, sin el menor atisbo de reserva. Los vuelcos de un corazón tan susceptible le advertían que él aún tenía importantes lecciones por aprender.

Apaciblemente, se celebraron los servicios por el cuadragésimo noveno día de la muerte de la dama en el Aula del Loto del Monte Hiei. Cuidadosa atención se brindó a todos los detalles, los ropajes de los bonzos, los rollos y los ornamentos del altar. El hermano mayor de Koremitsu era un bonzo de considerable nombradía, y su conducción del servicio fue más allá de cualquier reproche. Genji convocó a un doctor en letras, con quien mantenía amistad y que era su preceptor en poesía china, para pedirle que preparase la versión final de una petición conmemorativa. Genji había escrito un borrador. Con lenguaje emotivo ofreció a aquella a la que amara y perdiera, aunque sin mencionar su nombre, a la misericordia de Amida.[144]

—Está perfecto, justo tal como es. Ni una sola palabra requiere ser cambiada.

Notando que las lágrimas rehusaban contenerse, el letrado se preguntaba quién podría ser el objeto de tales plegarias. Que Genji no revelara el nombre, y que se hallase en tan abierto desconsuelo, daba cuenta de alguien que, sin duda, había aportado una abundancia de gracias de existencias previas.

Genji añadió un poema a un par de faldones femeninos, que se hallaban entre sus secretas ofrendas:

---

144. El bodhisattva de la piedad infinita, Amitabha.

Sollozo y lloro
mientras hoy
esta cuerda ato,
que desatada será
en un ignoto mundo venidero.

Él invocó el Sagrado Nombre con enorme sentimiento. El alma de la finada había errado inciertamente en un mundo que no era la tierra ni el cielo, llamado *chûyû*, hasta el cuadragésimo noveno día de su muerte. Aquel día debía definirse una de las seis vías del futuro.

Su corazón latía de prisa cada vez que veía a Tô no Chûjô. Ansiaba confiarle al amigo que el «clavel silvestre» estaba vivo y de buena salud; pero no había ya lugar a reproches.

En casa de las «faces nocturnas», las mujeres se hallaban sin sosiego por saber qué había ocurrido con su ama. No tenían modo de inquirir y Ukon también había desaparecido. Cuchicheaban entre ellas que habían tenido razón respecto del caballero, y sus sospechas apuntaban hacia Koremitsu. Éste fingía completa ignorancia, empero, y proseguía sus pequeños asuntos. Para las pobres mujeres todo era como una pesadilla. Quizás el antojadizo hijo de algún gobernador, temiendo que fuera Tô no Chûjô, la había raptado y llevado a una provincia. La propietaria de la casa era la hija de su nodriza. Ésta era una de tres hijos y no estaba emparentada con Ukon. Las mujeres lamentaban que Ukon no hubiera querido darles luces y deseaban con ansias verla. Por su parte, Ukon temía levantar un torbellino, y Genji no deseaba habladurías tanto tiempo después. Ukon ni siquiera podía inquirir por la niña. Y así los días transcurrían sin siquiera tener nuevas de la hija de Yûgao...

Genji anhelaba una mirada de la finada joven, aun si fuera un mero sueño. Un día después de los servicios conmemorativos, soñó efectivamente pero con la mujer que apareciera en aquella noche fatal. Él concluyó, y el pensamiento lo llenó de horror, que él había atraído la atención de un espíritu maligno que penaba en la estropeada mansión. A inicios de la décima luna, el gobernador de Iyo partió a hacerse cargo de su puesto, llevando a la dama del caparazón de cigarra con él. Genji eligió sus obsequios de despedida con gran esmero. A la dama le ofreció numerosos abanicos, peines de

delicado acabado, así como piezas de tela (ella pudo ver que él las había hecho teñir particularmente para la ocasión) para los dioses del camino. También le envió de regreso el «caparazón de cigarra» en cuestión.

Remembranza guardada
para nuestro reencuentro,
así habíala soñado.
Y ved, mis lágrimas
han gastado las mangas.

Hubo otras cosas más, pero sería tedioso describirlas. Los mensajeros de él retornaron con las manos vacías. Fue a través del hermano de aquélla que recibió respuesta a su poema:

Llega el otoño,
sus alas la cigarra pliega
un estival atuendo
a mí retorna,
y en voz alta sollozo.

Ella tenía una notable singularidad de propósito, además de todo lo que tuviera. Fue en el primer día de invierno, gélidos chubascos, en cielos tenebrosos marcaron la ocasión. Él pasó el día perdido en sus cavilaciones.

La una partió,
a la otra dije adiós.
Siguen sus ignotas vías
cada una de ellas,
y concluye ya el otoño.

Él sabía cuán doloroso un amor furtivo puede ser.

Yo había esperado, en deferencia a él, encubrir estos penosos asuntos, mas he sido acusada de trastocar, de pretender que porque él era hijo de un emperador carecía de faltas. Ahora, quizá, seré culpada de haber destapado en demasía.

CAPÍTULO V

若紫

Waka Murasaki

Lavanda tierna

Genji padecía reiterados ataques de malaria. Celebraron toda suerte de ritos religiosos, pero efecto no tuvieron.[145]

Alguien le hizo saber que, en cierto templo de las colinas del norte, vivía un sabio monje que era casi infalible agente de curaciones:

—Durante la epidemia del pasado verano, todo tipo de gente fue en su busca. Él fue capaz de curarlos de inmediato, cuando todo otro tratamiento había fallado. No debéis dejar que el mal os abata. Debéis convocarlo sin tardanza.

Genji mandó un mensajero, pero el sabio era demasiado viejo y encorvado e incapaz de dejar su gruta.

No había más que hacer, pensó Genji, sino visitarlo dócilmente. Partió antes del amanecer, llevando consigo cuatro o cinco fieles criados.

El templo se hallaba muy en lo interno de las colinas del norte. Aunque ya los capullos de cerezo habían caído en la ciudad, pues era al término de la tercera luna, los cerezos montañeses estaban aún floridos. Conforme la partida ingresaba al monte, la densa bruma le era deleitosa. Él no había salido con frecuencia en excursiones así, pues su elevado rango no le permitía tal libertad de movimiento.

El templo mismo era un sitio lóbrego. La gruta del viejo monje, en lo alto del monte, estaba rodeada de peñas. Trepando por el sendero hasta allí, Genji se presentó sin revelar su identidad. Estaba vestido de ropas burdas, mas el anciano religioso de inmediato vio que se trataba de alguien de importancia.

---

145. El capítulo V alude a los hechos entre la tercera y la décima luna de los 18 años de Genji.

—Es un muy grande honor. ¿Sois acaso el caballero que me convocara? Mi espíritu ha dejado el mundo ya, y he dejado de ejercer el rito de guisa tal que casi está borrado de mi mente. Temo que vuestra jornada haya sido en vano.

No obstante, se puso diligentemente a obrar, y su sonrisa reveló el placer que la visita le causara.

Preparó unas pociones e hizo que Genji las bebiera, y mientras continuaba con sus invocaciones y ensalmos, el sol se alzó hasta el cenit. Genji dio unos pasos fuera de la gruta y miró en rededor. El templo se hallaba en una loma, por encima de otros templos que se esparcían en la ladera inferior. Vía abajo, por una serpenteante senda, divisó una cerca de cañas de mejor factura que otras más cercanas. Las salas y galerías que circundaba estaban pulcramente dispuestas y hermosos árboles se erguían en el huerto.

—¿De quién podría ser la casa?

—Un cierto prelado, me han dicho, vive allí hace unos dos años en total reclusión.

—Alguien para el que se exige ceremonial, y la ceremonia es casi imposible para mí en estos harapos. Él no debe enterarse de que yo me hallo aquí.

Varias lindas niñas pequeñas habían salido a llevar agua y cortar flores para el altar.

—Y me han dicho que una dama reside allí también. Difícilmente el prelado podría tener una amante. Me pregunto ¿quién podrá ser ella?

Algunos de sus hombres bajaron por la senda para inquirir, e informaron luego lo que vieran:

—Unas muy hermosas doncellas, algunas mujeres mayores y unas niñas pequeñas.

A pesar de los cuidados del sabio, que aún proseguían, Genji temió un nuevo ataque hacia el mediodía.

—Vuestra mente está saturada —dijo el sabio—. Debéis tratar de pensar en algo distinto.

Genji trepó la cuesta detrás del templo y contempló el paisaje, hacia la ciudad. Los bosques se esfumaban entre la niebla de primavera.

—Como una pintura —exclamó—. ¡Quien vive en un lugar así difícilmente ha de desear morar en otro!

—¡Oh, éstas no son montañas de veras! —dijo uno de sus hombres—. Los montes y mares de las comarcas lejanas, sí que harían un verdadero cuadro. El Fuji y aquellos otros montes.

Otro de sus hombres, para distraerlo, se puso a describir los montes y ensenadas del país del Oeste.

—En las provincias más próximas, la costa de Akashi, en Harima, es la más hermosa. No tiene nada particularmente especial, pero la vista desde allí hacia el mar tiene un toque de quietud muy propio. La casa del previo gobernador, que no hace mucho tomara la tonsura, y anda preocupado grandemente por su única hija, es una mansión espléndida. Él es hijo, o nieto, de un ministro y debe haber dejado su huella en el mundo, pero es un tipo extraño y no se lleva bien con la gente. Renunció a su puesto en la guardia palaciega y solicitó la gobernación de Harima. Mas, desafortunadamente, la gente de la provincia parece que no lo tomó seriamente. No deseando retornar a la ciudad como fracasado, se hizo monje. Os preguntaréis por qué habría entonces de elegir vivir junto al mar y no en un templo de montaña. Las provincias están repletas de silenciosos rincones, pero los montes son de veras muy remotos, y el aislamiento habría sido muy arduo para su esposa y su joven hija. Al parecer, al concluir su vida cabe el mar podría ayudarlo a olvidar sus frustraciones.

»Estuve en dicha comarca no hace mucho y pasé a verlo. Puede que en la ciudad no lo hiciera bien, mas no podría haberlo hecho mejor en Akashi. Las tierras y los edificios son estupendos. Después de todo, él era el gobernador, e hizo lo que pudo para asegurarse de que sus últimos años fuesen placenteros. Él no olvida sus plegarias, y parece que ellas le han dotado de cierta madurez.

—¿Y la hija? —preguntó Genji.

—Asaz bonita y agradable. Cada sucesivo gobernador ha intentado pedir su mano, pero el viejo siempre los ha enviado de regreso. Puede que él terminase como un insignificante gobernador comarcano, dice él mismo, pero él tiene otros designios para ella. Se la pasa dándole últimas instrucciones. Si él muriera sin cumplir sus ambiciones, ella deberá arrojarse al mar.

Genji sonrió.

—Una doncella enclaustrada, reservada para el rey dragón del mar —rió uno de sus hombres—. Una ambición muy curiosa.

El hombre que refirió la historia era hijo del actual gobernador de Harima. Él acabada de ser promovido al Quinto Rango por sus servicios en la secretaría imperial.

—Ahora sé por qué merodeas la mansión —comentó otro—. Eres un mujeriego, y pretendes frustrar los designios del viejo gobernador.

Y otro:

—No me has convencido. Ella es una simple rústica, nada más. Ha vivido en el campo la mayor parte de su vida, junto a su viejo padre que nada sabe de los tiempos ni las novedades.

—La madre, en cambio, ha de ser de mejor linaje y se habrá valido de su parentela en la ciudad para hallar mozas y doncellas de buen ver, salidas de las más nobles mansiones de la urbe, y llevarlas a Akashi. Y así ha dotado a su hija de la más refinada crianza.

—Si un inescrupuloso fuese a suceder al viejo gobernador, no pocos desencantos éste habría de sufrir —acotó uno.

Genji, solazándose:

—La ambición, ancha y honda es como el mar, mas he aquí que no la columbramos a causa de los sargazos.

Conociendo su afición por las curiosidades, sus hombres habían esperado que la historia lo hubiese entretenido.

—Se oculta ya el sol, señor, y en vista de que no habéis padecido ningún otro ataque, sería prudente emprender el camino de regreso a casa —sugirió uno.

Mas el sabio monje objetó:

—Vos habéis sido poseído por una fuerza hostil. He de proseguir las deprecaciones quedamente durante esta noche, y partiréis mañana.

Los hombres de Genji quedaron persuadidos, y para Genji fue una novedosa y divertida excursión.

—Emprenderemos el retorno al romper el día.

La jornada había sido larga, mas él sacó provecho de una densa bruma para ir a atisbar la casa tras la cerca de cañas. Despidiendo a todos los demás, salvo a Koremitsu, se

ubicó ante la verja. En el aposento del oeste estaba sentada una monja ante una escultura sagrada. Los visillos estaban ligeramente recogidos y ella parecía preparar una ofrenda de flores. Se hallaba recostada sobre un pilar y tenía un texto de las escrituras desplegado sobre un reposabrazos. El esfuerzo de leer parecía arrebatarle toda su energía. Quizá de cuarenta años, ella mostraba una hermosa y delicada piel y un rostro plácidamente lleno, aunque los efectos de un mal se hacían aparentes. Sus rasgos sugerían buena crianza y mejor cultivo. Cortado limpiamente sobre los hombros, su cabello semejaba a Genji más placentero que si le hubiesen permitido tener la longitud usual. Junto a ella había dos atractivas mujeres, y niñas pequeñas que jugando entraban y salían. La más bonita de ellas, de unos diez años, en una suave túnica blanca y un atuendo exterior granate. Algún día ella sería toda una beldad. Una frondosa cabellera caía sobre sus hombros, como que fuera un abanico. Mas su faz se mostraba con rubor de llanto.

—¿Qué ocurre? —la monja le dirigió la mirada—. ¿Otra riña?

Él pensó que veía en ellas una semejanza, Quizá se tratase de madre e hija.

—Inuki dejó que se escapara mi polluelo de gorrión —la niña estaba muy furiosa—. Yo lo tenía en una cesta.

—¡Qué tonta muchacha! —dijo una mujer bastante atractiva, con una hermosa cabellera, que al parecer llamaban Shônagon y era supuestamente nodriza de la niña—. Se las ingenia siempre para hacer lo equivocado, y nos la pasamos siempre regañándola. ¿A dónde habrá volado? Estaba creciendo como para tornarse en un lindo pajarito. ¡Qué terrible si los cuervos lo hallaran!

Ella salió del aposento.

—Eres una niña boba, de veras boba —dijo la monja—. No estoy segura de que llegue a ver el término del día, y aquí vienes lamentándote por un gorrioncillo. Tantas veces te he dicho que es un pecado encerrar aves en una jaula. Ven acá.

La niña se arrodilló junto a ella. Era encantadora, con bellas y pobladas cejas y el cabello peinado hacia atrás desde la frente, al modo infantil. ¡Cómo le gustaría a él llegar a verla pasados unos años más! Y, una repentina constatación lo llevó hasta las lágrimas: ¡la semejanza a Fujitsubo, a quien tanto amara, era asombrosa![146]

146. La dama del Fujitsubo era en verdad tía de la niña.

La monja acarició el cabello de la niña.

—¡No lo peinas aún y sin embargo es tan bonito! Me inquieto por ti, eres aún tan tierna. Otras son mucho más crecidas a tu edad. Tu pobre, finada madre, tenía sólo diez años cuando su padre murió, y ella lo entendía todo. ¿Qué será de ti cuándo me hubiere ido?

Ella sollozaba, y una vaga tristeza se adueñó también de Genji. Las mujeres la contemplaron con atención y luego apartaron la mirada. El cabello que caía sobre su frente era grueso y lustroso.

Sin siquiera saber
lo que habrá de ser
de la tierna hierba,
menester es que el rocío,
la deje y se desvanezca.

Lágrimas quebraban la voz de la monja, y otra mujer parecía también hablar entre sollozos.

En tanto que no fuere
crecida y madurada
la tierna hierba,
¡cómo podría el rocío
desvanecerse y dejarla!

El prelado budista ingresó.

—¿Qué es esto? ¿Vuestros visillos levantados? Y, de todos los días, ¿justo hoy estáis afuera, en la galería? Acabo de enterarme de que el comandante Genji se encuentra en estos rumbos, para ser librado de una maligna fiebre. De incógnito ha venido, y no se me dio cuenta a tiempo como para rendirle visita.

—¡Y qué espectáculo somos! ¿Conjeturáis que nos haya visto? —ella bajó los visillos.

—El esplendente, de quien todo el mundo habla. ¿No os gustaría verlo? Lo suficiente como para hacer que un santo monje echase los últimos rezagos del mundo

vulgar, y sintiese como que nuevos años se añadieran a su vida. Le enviaré una nota para saber de su salud.

Él salió apresurado, y ante ello Genji también se apartó de la cerca. ¡Qué descubrimiento! Era en pos de tales imprevistos gozos que los amantes de aventuras constantemente se enrumbaban. ¡Tan infrecuente excursión para él, y que le trajese tal hallazgo! Ella era una niña perfectamente bella. ¿Quién podría ser? Él empezaba a hacer planes: la niña debía ubicarse en el lugar de aquélla a la que tanto se asemejaba.

Cuando se disponía a acostarse a dormir, llegó un acólito del prelado inquiriendo por Koremitsu. La celda era estrecha y Genji pudo oír todo lo que le transmitiera:

—Aunque de algún modo nos tomó por sorpresa enterarnos de que vuestro señor había pasado cerca de nos, debíamos haber venido de inmediato. El hecho es que este sigilo nos ha contrariado en extremo. Podríamos haberle ofrecido, vos sabéis, algún exiguo alojamiento.

Genji hizo saber, de regreso, que había padecido una fiebre maligna desde mediados de mes y que persuadido de buscar los servicios de un sabio monje, del que sólo recientemente había oído mentar, a él había acudido.

—Tal es su reputación que no quise empañarla dejando de recuperarme. Es ésta la razón de mi sigilo. De inmediato partiré de regreso.

El mismísimo prelado, sin tardanza, se presentó. Era hombre de traje talar, ciertamente, pero uno poco común, de gran cortesanía y considerable fama. Genji se sintió avergonzado de su propio burdo disfraz.

El prelado le habló de su recluida vida en el monte. Una y otra vez urgió a Genji a que lo honrase visitándolo.

—Es una cabaña de leños, nada mejor que eso, mas vos quizás halléis el arroyo fresco y placentero.

Genji partió con él, si bien algo azorado por los términos extravagantes con que él fuera descrito a mujeres que aún no lo habían visto. Él deseaba saber más acerca de la pequeña niña. Las flores y hierbas en el jardín del prelado, aunque de variedades familiares, poseían un encanto muy singular. Siendo oscura la noche, se habían dispuesto antorchas a lo largo del arroyo y había linternas colgando de los aleros. La

sala que daba al sur estaba exquisitamente ornada. Proveniente de invisibles pebeteros, una delicada fragancia fluía en el aire, mezclándose con el acentuado incienso del altar y el muy particular perfume con que fueran sahumados los vestidos de Genji. Las damas en el interior debían haber percibido la muy turbadora mixtura. El prelado le dirigía un discurso sobre la fugacidad de este mundo, advirtiéndole sobre la vida futura.

«De mis faltas es aterrador el número, de sentimientos vanos he dejado invadir mi corazón, por el resto de mis días he de sufrir el tormento. ¡Cuán más pavorosa aún será la existencia por venir!», se decía Genji, ensimismado. «¡Cuánto querría vivir en un retiro semejante!», se decía aún, pero al instante siguiente la amable visión de la jornada invadió su corazón, y como experimentó nostalgia, exclamó:

—La persona que vive con vos en este lugar, ¿quién es? He tenido un sueño que os quisiera confiar, pues no ha sido sino hoy que ha ocurrido —acotó.

Y el prelado, con una sonrisa:

—He aquí una historia de sueños que nos cambia de asunto. Cuando hayáis satisfecho vuestra curiosidad, por cierto, estaréis desencantado. Sin duda no habréis podido conocer al finado Gran Consejero Inspector. Incluso no creo que siquiera hayáis oído acerca de él. Fue cuñado mío, su viuda es mi hermana menor. Luego de la muerte del inspector, ella se apartó del siglo, y ha sido ella que, en estos últimos tiempos, soportando padecimientos y no pudiendo permanecer en la urbe, ha venido a retirarse aquí, cerca de mí.

—Aquel Gran Consejero tuvo una hija, me han dicho. No es en absoluto vana curiosidad de mi parte, hablo seriamente —dijo Genji buscando verificar sus presunciones.

—Una hija, sí, tuvo una sola, muerta hace más de diez años. El difunto Gran Consejero, que había considerado colocarla al servicio del palacio, la había educado con peculiar esmero, pero antes que pusiese en ejecución sus planes, él falleció. Si bien la dama tornada monja quedó sola para cuidar de su hija, por intrusión de no sé quién, el príncipe Hyôbu, Conductor de los Asuntos Castrenses, empezó a visitar secretamente a la doncella. Quizá porque la dama, esposa de aquel y persona de insigne cepa, le hacía sufrir mil de suplicios, pues de la mañana a la noche la atormentaba

mortalmente. «Cuitas engendran dolencias», se dice, y bien ¡he podido verificarlo con estos propios ojos! —dijo el prelado.

—Entonces, la niñita es fruto de aquella ligazón —concluyó Genji.

Era, pues, la hija de aquel príncipe; he aquí a quien le llevaba a la persona en cuestión,[147] y deseó más ardientemente volverla a ver. Era de buena cuna, de una rara belleza, sin la mínima traza de malicia; un intenso deseo lo inundaba: asumir la educación y formar el espíritu de la niña como él entendía que debía ser.

—¡Todo ello es tan conmovedor! ¡Y tal dama no ha dejado un niño que perpetúe su recuerdo! —dijo él, deseoso de saber más precisamente qué destino aguardaba a la jovencita.

A esta pregunta:

—Poco antes de morir, dio a luz. Fue una niña, que importó una sobrecarga de inquietudes para mi hermana y de padecimientos para sus últimos días —respondió el prelado.

«¡Era entonces aquélla!», pensó Genji.

—Extraños os parecerán mis propósitos, pero os complacerá hacerle saber que ella puede tenerme por protector de esta pequeña. Tengo una idea, en efecto. Ciertamente hay una persona a la que estoy ligado, mas, sin duda tal unión fue mal escogida, vivo siempre solo. Me diréis que no tiene aún edad conveniente, y confundiéndome con lo que suele ocurrir, podríais juzgar mi propuesta como fuera de lugar.

—Vuestras palabras deberían llenarme de gozo. Pero, ella es todavía de una edad tan tierna que, salvo por azar, os sería imposible velar por ella. Pues, una niña tiene necesidad que se ocupen de ella hasta que crezca... De todas maneras, no puedo decidirlo yo solo. ¡Cuando hubiere deliberado con su abuela, os haré saber su respuesta!

El prelado se había expresado con un tono seco, y con severa actitud, el joven, en su confusión, no supo qué adicionar.

—Es la hora de cumplir los ritos en el oratorio consagrado al Buda Amida. Aún no he completado aquellos de la primera vigilia de la noche. Muy pronto estaré de vuelta a vuestra disposición —manifestó el prelado.

Y subió a la capilla.

147.La dama del Fujitsubo era hermana de Hyôbukyô.

Genji permaneció allí, turbado; una fina llovizna empezaba a caer, el viento montañés refrescaba, y se oía más fuerte aún el ruido de una cascada cuyo caudal había crecido. Hechas las lecturas con una voz que parecía somnolienta y que llegaba en oleadas, impresionaban al más sereno de los hombres. Con mayor razón, sumándose a miles de pensamientos que lo remecían, tales ruidos le impedían dormir. La primera vigilia, había dicho el prelado, pero la noche estaba ya muy avanzada…

En los apartamentos interiores, daba la impresión de que nadie dormía tampoco. No obstante las extremas precauciones, el frotar de un talar con el reposabrazos le parecía indistinto del delicado rozarse de sedas; mas, he aquí que había diferencias, se decía él, afinando el oído; como tales ruidos provenían de un sitio muy próximo, él apartó ligeramente, por el medio, los biombos colocados al fondo y topó con un abanico. Entonces, una mujer, indudablemente sorprendida, pero sin osar fingir que ignoraba, avanzó deslizándose sobre sus rodillas, y luego retrocedió un tanto.

—Extraño, ¿serán mis oídos que zumban? —dijo ella, y él escuchó que tanteaba.

—¡Teniendo al Buda por guía, si estuvieseis en las tinieblas, vos no sabríais errar!

Al oír esta voz juvenil y plena de distinción ella cayó en confusión al sentir su propia voz.

—¿Y a qué dirección nos guía? No lo comprendo bien —ella exclamó.

—En verdad, os he tomado por sorpresa, lo pensaréis y tendréis razón, mas…

Desde que el errante
la tierna hierba contemplara
no han dejado sus mangas
ni un solo instante
de mojarse de rocío.

»¿Podría pediros que llevaseis estas palabras a vuestra señora?

—En casa no hay a quien mensaje tal pudiera parecer apropiado.

—Mis razones tengo, debéis creerme.

La mujer salió hacia la parte trasera de la casa. La monja, por cierto, estaba desconcertada. «¡Cuán atrevidos son en estos días! ¡Habrá creído que la damisela era de edad como para ser cortejada! Pero, en verdad ¿cómo habrá conocido a la "tierna

hierba"?», se dijo la dama monja, y mientras se preguntaba de esta suerte, muy agitada, se percató que tardar la respuesta en demasía sería inconveniente:

Quien sólo una noche
sobre la cabeza
el rocío sintiera
¡compararse osa
al musgo del monte!

»...que jamás se seca. Esto le hizo saber.

—Nuevamente, no soy hábil, ni habituado a intercambiar mensajes por interpósita persona. Deseo hablaros personalmente, y con toda seriedad.

De nuevo, la vieja monja titubeó.

—Ciertamente, un malentendido ha ocurrido. Difícilmente podría esperarse que yo conversara con tan joven y fino caballero. Mas las mujeres insistieron en que sería rudo e insensible dejar de responder.

—Supongo que tenéis la razón. Los caballeros jóvenes fácilmente se dan por ofendidos. Tanta circunspección me hace rendir.

Y, deslizándose sobre sus rodillas ella se aproximó a él.

—Pensaréis que soy un obstinado y frívolo por haberme dirigido a vos sin previo aviso, pero los budas sean testigos que mi intento no es trivial, en absoluto.

Y, hallando la serena dignidad de la monja algo intimidante, no dijo más.

—En verdad, en esta imprevisible ocurrencia, me habéis dicho tanto y os he respondido. ¿Acaso poco es ello? —dijo ella.

—Vuestra propuesta, que me ha sido expuesta, me ha conmovido. ¿Me permitiríais que yo substituyera a quien no se encuentra ya más? Yo también, en una edad en que se está sin defensas, he perdido a aquella que me fuera muy querida, he vivido largas noches librado a mí mismo y como sacudido por las olas; y, dado que ella se encuentra en la situación que fue la mía, vivamente desearía proponeros que os hicieseis aliada mía, mas la ocasión no se ha presentado antes. ¡Pensaseis lo que quisierais, me he permitido abrirme a vos! —concluyó él.

Y entonces:

—Lo que acabáis de decir, por cierto, me colma de gozo, pero me hallo confusa pensando que alguien os ha inducido al error. Hay, en verdad, una niña, de la que soy el único y precario sostén, mas como aún es de tierna edad, es imposible que pudieseis considerarla con ojo indulgente, por ello no puedo comprenderos, ni aceptar vuestra proposición —expresó ella.

—Nada ignoro de aquella, pues he sido informado al respecto. ¡No juzguéis de modo estrecho, y mirad la extensión de mis sentimientos que no son absolutamente de ordinaria especie!

Pero, vale decirlo, persuadida de que él no se percataba de hasta qué punto su propósito estaba fuera de lugar, ella no respondió nada que pudiese ponerla en riesgo.

Y, como el prelado retornara:

—¡Sea —dijo el príncipe—, ahora que os he podido hablar, ¡buena esperanza tengo! —y volvió a colocar el biombo en su lugar.

El alba asomaba ya; de la capilla consagrada a la lectura del Sutra del Loto, llegaba una voz que salmodiaba las contriciones, llevada por el viento que baja de la montaña, y que componía una sublime armonía con el rumor de la cascada.

Por el viento, que en ráfagas
sopla desde lo alto del monte,
arrancado de mi ensueño,
de lágrimas mis ojos se colman
ante el resonar de la cascada.

Inducido habéis vuestras lágrimas
y humedecido las mangas
del salto montañés con las aguas,
mas mi corazón a ello habituado,
¿por qué habrá de turbarse?

»pues, a ello se ha hecho mi oído —fue la respuesta del prelado.

El cielo que clareaba ya, se hallaba velado de una espesa bruma, las avecillas del monte, desde todos los rincones, gorjeaban primorosamente. Las flores de plantas,

cuyos nombres él ignoraba, entremezclaban sus tonos por doquier como un tapiz de brocado. Un ciervo que pausadamente marchaba y se detuvo a abrevarse, atrajo la asombrada mirada de Genji que pareció olvidar por completo su dolencia. El sabio ermitaño, aunque a duras penas podía moverse, había venido a él, a fin de proceder al conjuro de la protección del cuerpo. Con rauca voz, que emergía incierta de una desdentada boca, mas asombrosamente experta, salmodió sus imprecaciones de insondables y temibles poderes.

Vinieron al encuentro de Genji, y lo congratularon por su dichosa curación; del palacio también llegó un mensajero. El prelado le hizo un presente de variadas frutas, cuyo aspecto le era desconocido, y que habían ido a buscar en lo hondo del valle.

—Por un voto que estrictamente me compromete por todo este año, no puedo, pese a mis deseos, acompañaros de vuelta. Creed, por mi bien, ¡que es grande mi pena al veros partir! —dijo, y ofreció a Genji el divino licor.— Y tan santo voto tiene el perverso efecto de inspirar lamentos.

—Por estos montes y aguas mi corazón ha quedado de veras cautivado, pero, en el palacio, Su Majestad se ha dignado inquietarse por mí. Antes que la estación florida culmine su paso, retornaré.

A la gente del palacio
les habré de describir
las cerecedas del monte,
para que ganando al viento
las vengan a contemplar.

Como al recitar, su porte y las inflexiones de su voz mostraran tanto embeleso, el prelado respondió:

En tres mil años
florece sólo una vez,
mis ojos lo han visto hoy
y dichoso he vislumbrado
al cerezo de los cerezos.[148]

—De veras, una rareza grande —comentó Genji, sonriendo—, un capullo que en una eternidad una sola vez florece, he aquí algo que no se logra encontrar

Y el ermitaño, recibiendo la copa de sus manos:

En lo hondo del monte
se abrió una vez
mi burda puerta de pino
y pude contemplar
aquella flor jamás vista.

Exclamó, mirándolo con ojos desbordantes de lágrimas; luego, ofreció a Genji un mazo sagrado[149] a guisa de talismán. Al ver esto el prelado, también, le ofreció un rosarillo de cuentas de ébano ornadas de jade, que antaño recibiera el príncipe Shôtoku como obsequio del rey de Paekche,[150] todavía en su caja original, de gusto chino, y ésta dentro de una redecilla adornada de una rama de pino, así como diversos ungüentos en potes color índigo, atados a ramas de glicina o de cerezo, regalos todos ellos en armonía con la naturaleza de los lugares. Genji había enviado a buscar diversos objetos para obsequiar, primero al sabio ermitaño y a los monjes que leyeran los sutras; antes de partir, distribuyó presentes adecuados para los sencillos habitantes de la montaña. Y luego emprendió el retorno.

---

148. La *udunge*: se creía que florecía cada tres mil años y anunciaba la aparición del Buda o de un rey poderoso.

149. El *toko* es un tipo de mazo de doble punta, usado en los ritos del budismo esotérico, *Shingon*.

150. Las cuentas de ébano eran llamadas *kongôji*, literalmente «semillas de diamante», y se creía que eran las semillas de un árbol de la familia de la higuera. El antiguo reino coreano de Paekche recibía en japonés el nombre de *Kudara*.

El prelado ingresó a los aposentos para contar a su hermana monja lo que Genji le propusiera; pero ella:

—De todos modos, en este instante, es imposible que le responda. Si sus intenciones permanecieran, de aquí a cuatro años, entonces, ciertamente...

Como él estaba de acuerdo, transmitió las palabras de ella sin adiciones.

Muy desencantado, Genji hizo llegar a la dama un poema:

El color de las flores
vagamente al ocaso
logré entrever,
de mañana, importuna,
dilatóse espesa bruma.

Ella replicó:

¿Verdad es lo que se dice?
al matutino cielo
he de escrutar
en pos de seña veraz
que no se disipe más.[151]

Aunque escrito al desgaire, en estilo cursivo, era de mano distinguida.

Él estaba a punto de montar a su carruaje cuando una numerosa partida llegó proveniente de la mansión de su suegro, quejándose del modo en que él los había eludido. Varios de sus cuñados, incluso el mayor, Tô no Chûjô, Sa Chûben y otros se encontraban entre ellos.

—Muy bien sabes que ésta es la suerte de excursión que más nos gusta, lastimosamente nos excluiste.

Tomaron asiento sobre el musgo bajo las rocas y alguien trajo licor de arroz. Era un placentero rincón, y además cabe una elegante caída de agua. Tô no Chûjô sacó

151. Aquí la alusión a una «flor» sugiere a Murasaki no Ue.

una flauta que en el pecho guardaba y uno de sus hermanos, llevando el ritmo con un abanico, cantó «Al oeste del templo de Toyora».[152] Apuestos mozuelos, todos ellos, mas era al sufriente Genji a quien todos miraban, de tan garrida figura mientras se recostaba sobre una peña, que provocó un estremecimiento de aprensión. Siempre en dicha compañía había algún adepto del caramillo, y un apasionado del *shô*.[153]

El prelado sacó a relucir un *koto* chino de siete cuerdas y urgió a Genji para que lo tañera.

—Sólo una pieza, para que deis a nuestras aves montañesas una agradable sorpresa.

Genji adujo que aún no se encontraba del todo bien, sin embargo, tocó una pasable melodía. Y así continuaron. Los innumerables monjes y acólitos derramaron lágrimas de compunción, y las ancianas monjas, dentro del recinto, que nunca habían visto un caballero tan refinado, preguntaron si acaso no era un visitante de otro mundo.

—¿Cómo puede ser —dijo el prelado, secándose una lágrima— que una persona tal haya nacido en medio de la confusión y corrupción en que vivimos?

Al contemplarlo sintió una lástima muy profunda. Y se limpió las lágrimas.

La niña también pensó de él que era alguien grandioso.

—Incluso más que mi padre —expresó.

—Entonces, ¿por qué no te conviertes en su nena?

Ella asintió con la cabeza; y su muñeco favorito, aquel del vestuario más fino, y el más gallardo caballero en sus pinturas también, se llamaron en adelante «Genji».

Retornado a la ciudad, Genji en primer lugar informó a su padre acerca de su excursión. El emperador, afligido ante el semblante de Genji, dijo:

—¡Cuán enflaquecido estás!

No había sido ninguna ordinaria indisposición.

Preguntó por las cualidades del sabio eremita, y Genji respondió detalladamente.

—Debo proveer que se le ascienda hasta el rango de *ajari*. Tan notable experiencia y no había oído siquiera de él.

El suegro de Genji, el Ministro de la Izquierda, por azar se hallaba presente.

---

152. La *saibara* o canto popular Katsuragi, que reza: *Ved de Katsuragi el templo, al oeste de aquél de Toyora, blancas joyas en un pozo de cipreses, ponedlas de manifiesto y el país prosperará, nosotros también con él.*

153. Tipo de organillo bucal hecho de cañitas de bambú.

—Pensé en ir a buscaros, pero después de todo salisteis furtivamente. Si quisierais pasar algunos días de descanso en la Sanjô, partiré con vos, de inmediato.

Genji no se mostró entusiasta, no obstante, partió igualmente con su suegro. El ministro hizo que hicieran traer su propio carruaje e insistió que Genji tomara el asiento delantero, y él se sentó detrás. Esta solicitud lo hizo sentir aún más pesaroso.

En la mansión del ministro en la Sanjô todo estaba aprestado. Había sido ornada y pulida hasta convertirla en un pabellón enjoyado, perfecto hasta el último detalle. Como de costumbre, la esposa de Genji se recluyó en sus estancias privadas, y fue sólo a instancias de su padre que salió de ellas; y así la pudo tener Genji ante sí, inmóvil, cual la heroína en la ilustración de un relato. Habría sido un placer enorme, él lo había deseado así, oír de ella comentarios a propósito de su relato de la excursión a la montaña. Mas ella se mostraba en extremo arrogante y remota como nadie más en el mundo. Cuán extraño que sólo aquella afectación pareciera crecer conforme transcurría el tiempo.

—Sería grato, a veces lo pienso, si vos fuerais algo más esposa. He estado muy enfermo, y me siento herido, aunque de veras no me sorprende que vos no hayáis inquirido por mi salud.

—¿Como el dolor, quizá, de aguardar a un visitante que no llega?

Mientras esto decía, ella dirigió hacia él una furtiva mirada, y su fría belleza lo avergonzó.

—Raramente me habláis vos, y cuando lo hacéis, decís cosas tan desabridas. «Un visitante que no llega» es cosa difícilmente apropiada para describir a un marido; y ciertamente no es en absoluto comedido. Con esto intento, y espero lograr romper vuestra frialdad, pero al parecer intentáis a todas luces impedirlo. Mas, quizás, uno de estos años…, podría ser, si viviere lo suficiente para ello.

Él se retiró en dirección a la alcoba. Ella no lo siguió. Aunque hubo algunas cosas que él hubiera deseado decir, se tendió en el lecho suspirando. Cerró sus ojos, mas tuvo demasiado en su mente como para que le permitiera dormir.

Pensó en la niña aquella, y cómo le complacería verla convertirse en una mujer. La abuela de ella estaba en lo correcto, por cierto, al comentar que la niña era demasiado joven para él. Él no debía parecer insistente. Y, sin embargo, ¿no habría algún modo

de traerla sigilosamente hasta la Nijô y en adelante tenerla junto a sí, como contento y compañía? El príncipe Hyôbu era un hombre pretencioso y a la moda, pero nadie podría haberlo tildado de considerablemente apuesto. ¿Por qué la niña tendría tanta semejanza con su tía? Quizá porque la tía y el padre eran hijos de la misma consorte imperial. Estos pensamientos semejaban traer a la niña cada vez más cerca de él, y ansió solamente lograr tenerla para sí.

Al siguiente día él escribió a la monja. Pareció también haber comunicado sus anhelos de reticente modo al prelado. A la monja expresó:

—Temo que, arredrado un tanto por vuestra severidad, no me expresé con propiedad. Hallo fuerzas en la esperanza que algo de resolución exigía que os escribiera esta carta que hasta vos llega.

Con ella había también una nota ajustadamente plegada.

Capullos del silvestre cerezo
junto a mí
todavía se hallan,
todo mi yo
quedó allá entre ellos.

»Temeroso estoy de lo que los nocturnos vientos pudieran haber hecho.[154]

La escritura, naturalmente, e incluso la informal elegancia de los pliegues, asombraron a las añosas mujeres que la carta recibieran. Algo turbador, pensó la abuela.

Finalmente, ella respondió:

—Vuestras atingencias de despedida no las tomé seriamente; y ahora, tan pronto, tener una carta vuestra… Apenas si sé qué responder. Ella no puede siquiera escribir «Naniwazu»[155] debidamente, ¿cómo hemos de aguardar entonces que pueda ella daros una respuesta apropiada?

---

154. *Tanka* del príncipe Mototoshi, en el *Shûishû*, Nº 29: *Temeroso de lo que los nocturnos vientos pudieran haber causado, al alba me incorporé. ¿Acaso florecían mis ciruelos todavía?*

155. Alude a un poema atribuido al erudito de Kudara (reino coreano de Paekche) Wani, con motivo de la accesión al trono de Nintoku Tennô, en el que hace congratulatoria mención de los pimpollos de cerezo de Naniwazu, texto que parece fuera usado como lección inicial de caligrafía.

Breve como el tiempo
hasta que las borrascas
del otoño vuelvan
a esparcir las flores,
vuestro pensamiento así es.

»Hondamente perturbada quedo.

La respuesta del prelado fue en la misma vena. Dos o tres días más tarde envió Genji a Koremitsu rumbo a los montes del norte.

—Allá está su nodriza, la mujer llamada Shônagon. Conversa largamente con ella.

Cuán avizor, pensó para sí Koremitsu, sonriendo al recordar a la niña a la que sólo divisara aquel atardecer.

El prelado dejó saber que muy honrado se sentía al estar en correspondencia con Genji. Koremitsu fue recibido por Shônagon, y le refirió el aparente estado mental de Genji con gran detalle. Era un joven persuasivo y lo relató convincentemente, pero a la monja y las otras este cortejo en pos de una mera niña les seguía pareciendo claramente un capricho. La carta de Genji era clara y prudente. También hubo una nota para la niña:

—Dejadme ver vuestros primeros ejercicios con el pincel.

No un somero hontanar
este mi corazón,
¡creed en mí!.
¿Por qué la montana fuente
tan distante me semeja?[156]

Ésta fue la respuesta de la monja:

156. *Tanka* anónima, en el *Manyôshû*, Nº 3807: *Imagen de un somero monte sobre fontana somera, no hay superficialidad así en este mi corazón.*

Oí de vuestra compunción
al ansiar agua del monte
¿Mas cómo podría veros
sabiéndoos de corazón
tan somero?[157]

Koremitsu también expresó lo mismo. Shônagon le había confiado que ellas retornarían a la urbe cuando la monja se hallase algo mejor, y que entonces le responderían. Genji pensó que estaba enojada.

La dama del Fujitsubo se hallaba enferma y había partido a casa de su familia. Genji pergeñó uno o dos pensamientos de simpatía por la aflicción de su padre, pero cavilaba más sobre la oportunidad de volver a ver a aquella dama al extremo de no visitar a ninguna otra. En el palacio como en su propia mansión, pasaba los días en lánguido soñar despierto, y al caer la noche perseguía a la doncella Ômyôbu, importunándola, para que fuese su intermediaria. Cómo lo hiciera, no lo supe, pero ella consiguió arreglar un encuentro. Es penoso decir que sus primeras atenciones,[158] nada bienvenidas, no parecían ya reales, y el mero pensar que habían sido exitosas era para la dama un tormento. Determinada a que no hubiese ninguna otra cita, se sintió disgustada de tenerlo nuevamente ante su presencia. Ella se veía desconsolada. Sin embargo, mantuvo su afectuosidad e inocencia, mas no otorgó demasiada confianza. Sus discretos ademanes avergonzaron a Genji. Nadie había como ella. Y a Genji se le antojó resentirse porque ningún defecto hallara en ella. El torbellino de pensamientos y sentimientos que lo asediaban fue tal que habría deseado consignarlos al Monte Oscuro.[159] Quizás hubiese sido mejor, suspiró, pues tan breve era la noche que él no hubiese venido al encuentro.

---

157. Dado que Genji citó una *tanka* del *Manyôshû*, la monja citó otra *tanka*, registrada posteriormente en el *Kokinwakashû* (N° 6-2). *Arrepentíme luego de tomar agua del montano arroyo que al ser somero hontanar mojadas dejó mis mangas.*
158. La autora no había referido ningún encuentro previo a éste.
159. Kurabunoyama, montaña que se creía ubicada en Yamashiro o en Omi.

Tan pocas y espaciadas las noches,
tan escasos los sueños,
¡Ah, cómo querría que
de esta noche el sueño
pudiera llevarme consigo!

Él sollozaba y, después de todo, ella sintió lástima por él.

Si desapareciera yo
con el último sueño,
¿quedaría acaso
el nombre mío
por siempre infamado?

Ella tenía plena razón de sentirse infeliz, y él se condolía por ello. Omyôbu recogió los atuendos de él, y se los alcanzó.

De regreso en la Nijô, él pasó en su lecho un lloroso día. Supo por Omyôbu que su señora no había leído su carta. Así era siempre, y sin embargo se sintió herido. Permaneció en agitada reclusión por varios días. La idea de que su padre pudiese preguntarse por el motivo de su ausencia lo llenó de terror.

Acongojada por el peso del pecado que le parecía propio, la salud de la dama del Fujitsubo empeoró, y no logró sobreponerse, no obstante los reiterados mensajes que la exhortaban a presentarse a la corte. Ella no era más la misma, ¿qué iba a ser de sí? Permaneció postrada en cama, cuando el tiempo se tornaba más tibio. Habían transcurrido tres lunas y su condición se volvía clara, y el lastre del pecado parecía que volvía indispensable que se sometiese a miradas curiosas y reprobatorias. Sus doncellas juzgaron su conducta de sumamente curiosa. ¿Por qué había dejado pasar tanto tiempo sin dar noticias al emperador? Ciertamente, había un asunto crucial del cual ella no hablaba con nadie. Ben, la hija de su vieja nodriza, y Ômyôbu, ambas las más cercanas a ella y que la atendían en el baño, tenían amplia ocasión de observar su condición; sin embargo, debían abstenerse de conversar, por ello Ômyôbu se sentía

angustiada. Su señora había sido atrapada por el más aciago hado. El emperador habría sido informado de que un espíritu maligno había tomado posesión de su consorte, y había creído la historia, al igual que el resto de la corte. Él enviaba un flujo constante de mensajeros, que la aterraban y no daban tregua a sus congojas.

Genji tuvo un sueño extraño, horrendo. Consultó a un adivino quien le refirió que era un pálpito de acontecimientos tan extraordinarios que parecían impensables.

—Contiene malos augurios también. Debéis ser muy cuidadoso.

—No era un propio sueño sino el de un amigo. Veremos si se verifica, mas entretanto guardaos de revelarlo.

¿Qué podría significar? Oyó acerca de la condición de la dama del Fujitsubo, caviló sobre aquella noche juntos, y se preguntó si acaso ambos hechos estuviesen vinculados. Agotó su reserva de ruegos en pos de un nuevo encuentro. Estaba sobrecogido pues las cosas escapaban a su control, y Ômyôbu atemorizada nada podía hacer por él. Tuvo en escasas ocasiones alguna escueta nota, de no más de dos líneas; pero luego incluso tales mensajillos dejaron de llegar.

La dama del Fujitsubo regresó a la corte en la séptima luna. El apego que el emperador le tenía solamente había crecido durante su ausencia. Su condición se hizo aparente para todos. Una ligera delgadez tornaba su belleza aún más perfecta, y el emperador la mantenía cabe sí constantemente. Los cielos, conforme se avecinaba el otoño, clamaban por música. Por ello, teniendo a Genji también a su lado, el emperador hizo que él tañera uno y otro instrumento. Genji bregaba por controlarse. Pero a veces, alguna seña de sus apenas disimulables sentimientos afloraba, evocando a la dama lo que ella más ansiaba olvidar.

Un tanto mejorada, la monja había regresado a la ciudad, Genji hizo que alguien inquiriera por su residencia y empezó a escribirle de tiempo en tiempo. Era natural que sus respuestas mostrasen la tenacidad de su posición, pero esto no inquietó más a Genji, como antaño. Él encaraba más graves cuitas. Su abatimiento se ahondaba conforme el otoño llegaba a su fin. Una hermosa noche de luna se decidió a visitar un lugar que había frecuentado secretamente.

Pasó un ventoso chubasco. La dirección era en la Rokujô,[160] cerca del lindero oriental de la urbe, y dado que había partido desde el palacio, el camino fue bastante largo. Pasó cabe una casa muy mal tenida, de oscuro jardín cubierto de añosos árboles.

Koremitsu, que siempre lo acompañaba, dijo:

—Es la casa del inspector. No hace mucho la visité portando un mensaje. La anciana señora ha menguado tanto que no saben qué hacer por ella.

—Debíais haberme informado antes. Tendría que haberme ocupado de ella. Preguntad si acaso puede recibirme.

Koremitsu envió a un criado con el mensaje.

Las mujeres de la casa no habían aguardado visitante alguno, y menos aún a alguien de tal altura. Por varios días, la anciana dama había parecido lejana de todo posible auxilio, y temieron que estaría en la incapacidad de recibirlo. Mas, difícilmente podrían rechazar a un caballero así, de modo que colocaron un cojín para él en el aposento del sur.

—Mi señora dice que teme que encontréis el lugar atiborrado y sucio, pero está determinada, al menos, a agradeceros por visitarla. Hallaréis oscuridad y pesadumbre como nada que antes hubieseis conocido.

Y, en verdad, él no podría haber negado que estaba habituado a rincones bastante diferentes.

—Os he tenido en mente de modo continuo, mas vuestra reserva me ha hecho dificultoso el visitaros. Mucho lamento no haberme enterado a tiempo de vuestra enfermedad.

—Por largo tiempo he sufrido de mala salud, mas quisiera saldar con el caballero, expresadle mis rendidas gracias por visitar a esta enferma.

Él bien percibió que el lugar que visitaba no se hallaba en circunstancia normal.

—Me apena tanto que no pueda apropiadamente darle acogida. En cuanto al asunto que él planteara, guardo la esperanza de que la niña aún fuere importante para él cuando creciere. La idea de dejarla expuesta me pone obstáculos en la vía que anhelo ya recorrer. Mas, decidle, por gracia, cuán amable ha sido, y cómo desearía que la niña fuese lo suficientemente mayor como para manifestarle también su gratitud.

160. Sexta Avenida, de norte a sur, en la ciudad de Heiankyô.

—¿Podéis creer —replicó él—, que me pondría en tan embarazosa posición si no fuese una seria promesa la que hiciera? Debe existir un lazo entre nosotros, pues me atrajo desde el primer momento en que oí acerca de ella. Todo parece tan extraño. El comienzo de esto debe haber sido en un mundo diferente. Sentiré que he venido en vano si no llegó a oír el sonido de aquella voz infantil.

—Ella duerme. Y, ciertamente, no sabe que vos habríais de venir.

Mas, justo en aquel momento, alguien ingresó repentinamente en la habitación.

—Abuela, dicen que el caballero que viéramos en el templo se encuentra aquí. ¿Por qué no salís y habláis con él?

Las doncellas intentaron hacerla callar.

—Pero, ¿por qué? Si ella dijo que sólo el verlo la haría sentirse mejor.

La niña parecía muy complacida con la información que trajese.

Aunque muy solazado, Genji pretendió no haber oído nada. Luego de apropiadas expresiones de simpatía, partió. Sí, se dijo, ella parecía ser sólo una mera niña, ciertamente. Aun en tal situación, querría cuidar de ella hasta tornarla en una fina dama.

Al día siguiente, él envió una carta que inquiría acerca de la salud de la anciana dama, y anexa una nota fuertemente plegada para la niña.

Anhelando seguir
al llamado
de la grulla que anida,
la abierta barca
se pierde entre los juncos.

»y ¿retorna una y otra vez a vos?[161]

Escribió esto con infantiles trazos, que deleitaron a las mujeres. La niña debía modelar su respuesta sobre aquellos trazos, sin cambiar detalle alguno, le dijeron.

Shônagon envió una muy triste respuesta: «Semeja muy dudoso que mi señora, por quién tan amablemente inquirierais, pudiera vivir un día más. Estamos a punto de enviarla de nuevo a la montaña. Sé que ella os agradecerá desde otro mundo».

---

161. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû,* N° 732: *Cual abierta barca surcando cauce habitual, pienso que una y otra vez a vos me he de allegar.*

En el anochecer otoñal, sus pensamientos giraban en torno a su inalcanzable amor, que más que nunca añoraba, por más innatural que pudiese semejar su deseo de la compañía de la pequeña niña que brotara de las mismas raíces. El recuerdo de la noche aquella, en que la vieja monja se describiera como rocío que del cielo cayera, lo tornaba aún más impaciente y, a la vez, le hacía temer que si se llevase a la niña consigo a la mansión de la Nijô él podría decepcionarse de ella.

Ansío tenerla,
del páramo,
a mí traerla;
¡Lavanda[162] *cuyas raíces*
con otra comparte!

En la décima luna, el emperador había de visitar el palacio Suzaku.[163] De todas las grandes familias, como de los rangos cortesanos medios y altos, fueron seleccionados los músicos y danzarines más distinguidos para que le prestaran compañía, por lo que grandes y príncipes del linaje imperial se hallaban ocupados practicando lo que mejor se conformaba a sus talentos. Imbuido con este entusiasmo, Genji se mostró negligente en inquirir acerca de la vieja monja.

Cuando recordó que pasaba mucho tiempo sin verla, él envió un mensajero hasta las colinas del norte, una triste respuesta le llegó del prelado: «La perdimos hacia fines de la pasada luna. Es la vía de todo lo del mundo, y no obstante estoy entristecido».

Si el hecho incluso había impactado al prelado, conduciéndolo a una nueva conciencia de la evanescencia, pensó Genji, ¿cuánto más habría afectado a la niña que fuera motivo de los desvelos de la fallecida? Aunque joven, ella debía sentirse

---

162. *Murasaki*: planta semejante a la lavanda, de cuyas raíces se extrae un tinte púrpura. La palabra alude tanto a la planta misma, como al color morado de sus flores, y significa adicionalmente afinidad o intimidad, sugiriendo a la vez a otra especie, «fuji» o glicina, que aparece en el nombre de la dama del Fujitsubo. Es debido a este poema que la niña es llamada en adelante Murasaki, y el apodo de la autora también hace referencia a esto, como al término «fuji» en su apellido: Fujiwara. Para Genji, la que ocupaba su corazón era la dama del Fujitsubo, sin embargo, él no podía obtenerla. En su lugar, él intentaba obtener a Murasaki no Ue, sobrina de aquélla. En el *Kokinshû* reza: *Con una flor de Murasaki, profundamente se siente a todas las de Musashino.*

163. Ubicado al sur de la mansión palaciega principal.

tremendamente sola. Él recordaba, aunque confusamente, cómo fue cuando él perdiera a su madre, y así, envió una carta de espontánea condolencia. La respuesta de Shônagon pareció bastante sabia. Llegó a sus oídos que la niña había terminado su período de duelo y retornado a la ciudad, y decidió visitarla un atardecer, en que nada más lo ocupaba. La casa se hallaba descuidada, y casi desierta. La pobre niña debía hallarse sobrecogida, caviló él. Lo condujeron al mismo aposento de la vez anterior. Entre sollozos, Shônagon le refirió de las últimas horas de la vieja dama, emocionando a Genji hasta las lágrimas.

—El padre de mi joven ama, parece haber indicado su voluntad de llevársela, mas, ella se encuentra en edad tan poco sosegada, no es ya una niña, pero aún no posee el discernimiento de un adulto; y la idea de ponerla bajo la custodia de la dama que fuera hiriente con su madre es demasiado horrenda. Sus hermanastras la hostigarían terriblemente despreciándola, lo sé. El temor de tal cosa nunca se apartó de la mente de mi finada señora, y hemos tenido evidencias en demasía de que dicha prevención no era infundada. Estamos agradecidas por vuestras expresiones de interés, aunque hemos dudado de tomarlas seriamente, debo enfatizar que mi joven ama no es todo lo que podáis pensar que es. Temo que la hemos criado mal, y que nuestros métodos la hayan dejado aniñada incluso hasta su actual edad.

—¿Debéis acaso excusaros continuamente y mostraros reticente? He dado a conocer claramente mis propios sentimientos, una y otra vez. Es precisamente su cualidad infantil la que más me atrae y hace desear que deba tenerla conmigo. Quizá penséis que soy autocomplaciente por decirlo así, mas la añoro, pues estoy seguro de haber estado unidos en una existencia anterior. Por gracia, dejadme hablar con ella.

Juncos cubren las algas[164]
en Wakanoura.
¿Las olas que las buscan,
habrán acaso
de retornarlas al mar?

»¡Eso sería el colmo!

---

164. Hay un retruécano con la palabra *mirume* que significa tanto «ver» como «algas».

En verdad las algas
en Wakanoura
serían temerarias
si siguiesen olas
de incógnito sino…

»Sería, de veras, muchísimo pedir.

La ágil habilidad con que ella retornara su poema le hizo posible perdonar su menos que alentador significado. «Luego de tantos años», musitó él, «la barrera aún se me resiste».[165] Las doncellas jóvenes temblaban de emoción por la excelencia de su aparente recitar.

La mocita yacía llorando por su finada abuela. Sus compañeras de juego vinieron a decirle que un caballero en tenida de corte se hallaba con su nodriza. ¿Quizá fuera su padre?

Ella entró corriendo:

—Dónde está el caballero, Shônagon? ¿Está aquí mi padre?

¡Qué dulce voz tenía!

—No soy padre vuestro, pero soy alguien igualmente importante. Acercaos.

Él pasó su mano sobre un suave vestido sin almidón, y tuvo el deleite de tocar su cabellera hasta su punto extremo, tomó su mano, mas ella la retiró, ya que, después de todo, él era un extraño.

—Dije que estaba somnolienta —volviéndose hacia Shônagon.

Él se deslizó hasta el otro lado del visillo, siguiéndola.

—Yo soy aquel a quien debéis mirar ahora. No seáis tímida conmigo.

—¡Por gracia, señor, os olvidáis! ¡Os olvidáis por completo! ¡Ella simplemente no tiene edad para comprender lo que tenéis en mente!

—Sois vos la que no comprende. Veo lo joven que es, y no tengo nada de tal guisa en mente. Debo pediros nuevamente que seáis testigo de la hondura y pureza de mis sentimientos.

---

165. *Tanka* de Fujiwara no Koretada, en el *Gosenshû*, N° 732: *Solo, con sigilo, me apresuro a la Colina de los Encuentros, luego de tantos años, la barrera aún se me resiste.*

Era una noche tempestuosa. Caía aguanieve pesadamente sobre el tejado.

—Cómo puede ella soportar vivir en tan solitario lugar? Debe ser horrendo para ella —se asomaron unas lágrimas a los ojos de él. No podía dejarla—. ¡Cerrad las persianas. Seré vuestro guardián, requerís uno en noche como ésta. Venid, acercaos todas hacia mí.

Y, como que fuera habitante de la casa, se deslizó hasta el aposento de la joven. Las mujeres estaban consternadas, Shônagon más que el resto. ¡Él debía estar perturbado! Mas ella no se hallaba en posición como para oponerse.

Genji colocó una manta sobre la mocita, que temblaba como una hoja. Sí, debía admitirlo, su conducta debía parecer extraña; pero tratando de no atemorizarla más, él le habló de cosas que pensó le habrían de interesar.

—Debéis venir a mi casa. Tengo toda suerte de pinturas y hay muñecas para que juguéis con ellas.

Ella se mostró menos amedrentada que al principio, pero aún no podía dormir. La tempestad batió durante toda la noche, y Shônagon se rehusó a apartarse de ellos. Ellas habrían muerto de temor, murmuraban las mujeres, si no hubieran tenido la compañía del caballero. ¡Qué lástima que su joven ama no fuese un tanto mayor.

Aún estaba oscuro cuando el viento empezó a amainar y él emprendió la partida, y todas las apariencias fueron las de una ronda amorosa.

—Lo que viera me entristece mucho y me convence de que no debo perderla de vista. Ella debe venir y compartir conmigo mis solitarios días. Este lugar es casi imposible de tolerar. Debéis hallaros en constante terror.

—Su padre ha dicho que vendrá a buscarla. Creo que ello será luego de los ritos conmemorativos.

—Sí, debemos pensar en él. Pero, han vivido alejados uno de otra, y él debe ser casi tan extraño para ella como yo. Pienso realmente que en este corto tiempo mis sentimientos por ella se han tornado más fuertes.

Él acarició a la jovencita en la cabeza y la miró sonriente mientras se alejaba.

Había una densa niebla y el suelo estaba blanco de nieve. Si se hubiera hallado de regreso de una visita a una mujer, él habría encontrado este entorno muy enternecedor; pero como era el caso, él se hallaba vagamente menguado. Al pasar por la casa de una

mujer a la que había visitado furtivamente, hizo que alguien tocase a su puerta. No hubo respuesta, así que ordenó que uno de su séquito, un hombre de muy buena voz, cantase el poema siguiente en tonos que no dejasen de llamar la atención:

Aunque extraviado me hallo
entre las nieblas del alba,
al divisar vuestra puerta
pasar de largo no puedo
y por eso a ella llamo.

Ella envió una simple criada que, sin embargo, pareció ser mujer de alguna sensibilidad:

¿Es tan difícil pasar?
¡Entrad entonces,
ningún obstáculo hay
pues de hierba
es la verja toda!

Algo más habría requerido para acabar la noche, pero la aurora apuntaba ya. De retorno en la Nijô, se recostó sonriente, recordando a la mocita. El sol estaba ya alto en el cielo cuando él se incorporó y decidió escribir una carta. Un poema de tipo muy particular parecía el apropiado, puso a un lado el pincel y caviló largo rato, y al final decidió enviarle algunas pinturas.

Contemplando a su hija, aquella misma mañana, el príncipe Hyôbu halló la mansión más vasta y cavernosa que como la recordaba, y el deterioro alarmantemente avanzado desde que falleciera la abuela.

—¿Cómo puedes soportar este lugar siquiera un instante? Debes venir a vivir conmigo. Tengo abundante espacio. Y tu nodriza podrá tener un aposento propio. Hay otras niñas más pequeñas y estoy seguro que os llevaréis bonitamente juntas —el perfume de Genji había quedado impregnado en la joven—. ¡Qué grato olor! Pero tu vestimenta está gastada, raída, por ello es muy suave —compadecido de ella—. No gusté de la idea de mantenerte con una anciana enferma y quería que vinieras a vivir

conmigo. Mas te portas indiferente y tu madrastra también está temerosa de ti... Me parece muy triste que hayamos aguardado tanto hasta que esto pasara.

—¡Por gracia, señor mío! —dijo Shônagon—. Puede que estemos solitarias, pero sería mejor para nosotras que nos quedásemos donde estamos al menos por un tiempo. Nos convendrá más esperar a que la joven madure un tanto más y comprenda mejor las cosas. Ella sufre por la pérdida de su abuela y se rehúsa casi a tomar alimentos.

Ella estaba, de veras, más delgada, pero a la vez más grácil y fina.

—¿Por qué ha de seguir penando? Su abuela ya partió, y eso es todo. Ella aún me tiene a mí —oscurecía ya; la joven lloró al verlo partir, y él también sollozaba—. No te entristezcas, te lo pido. No debes turbarte más, enviaré por ti, a más tardar, mañana.

Ella se mostró inconsolable cuando él se despidió. Aún no pensando en su propio futuro, se sintió oprimida por la emoción de lo que significaba, que la dama que nunca la dejara hubiera partido para siempre. Sus compañeras de juego no le interesaban ya. De algún modo se distraía durante las horas del día, pero al caer la noche, se rindió a las lágrimas, y Shônagon y las otras lloraron ante su incapacidad de confortarla. ¿Cómo podría vivir en adelante?

Genji envió a Koremitsu a presentar excusas. Él deseaba mucho visitarla, pero había recibido un inoportuno requerimiento desde el palacio. A él le preocupaba dolorosamente ella, ¡tan tierna!

—¡Ay, ay qué trato tan desagradable! ¿Habrá olvidado él sus buenas maneras? —se preguntó Shônagon—. Sé muy bien que esto no es para él un asunto tan serio como para nosotras, pero es de esperar que un hombre haga visitas regulares al comienzo de cualquier vínculo. Si el padre de ella supiera de esto, pensaría que nos hemos comportado de veras malamente. Sois joven, mi ama, pero de esto no debéis hablar con nadie.

Mas la joven no escuchaba atentamente como Shônagon habría deseado.

A Koremitsu se le permitió tener un indicio de sus cuitas.

—Quizá cuando llegare el tiempo seremos capaces de decirnos que lo que debe ser será, como un inevitable destino, pero por el momento la contrariedad lo ensombrece todo. Y vuestro amo dice y hace cosas tan extraordinarias. El padre de ella vino hoy y

no mejoró las cosas al decirnos que no debíamos permitir que nada aconteciera. ¿Qué podía ser peor que el modo de actuar de vuestro amo?

No obstante, ella manifestaba un mínimo de discrepancias, pues no deseaba que Koremitsu pensara que algo importante hubiese acaecido.

Intrigado, Koremitsu retornó a la mansión de la Nijô e informó aquello que viera y oyera. Genji quedó afectado, pero no lo suficiente como para rendir una visita. Le preocupaban los rumores así como las imputaciones de frivolidad e inconsciencia que suelen acompañarlos. Él debía traer a la joven a la Nijô.

Envió varias notas, y por la noche despachó a Koremitsu, su más leal y confiable mensajero.

—Dado que diversas trabas le impidieron rendir visita, él teme que acaso pensaseis que os trata descortésmente —indicó Koremitsu, pero tales hechos no debían interpretarse como una ausencia de seriedad.

—Su elevado progenitor ha hecho saber que vendrá mañana por ella. Nos sentimos bastante presionadas. Es triste, después de todo, tener que dejar un lugar ya familiar, a pesar de su menoscabo y aparente abandono. Nos debéis perdonar, No somos ya enteramente las mismas.

Ella le brindó sólo una breve atención. Él pudo ver que todas se hallaban ocupadas cosiendo o efectuando diversos preparativos.

Genji se hallaba en casa de su suegro, en la Sanjô. Su esposa, como siempre, se mostró circunspecta al recibirlo. En medio de su abulia y molestia él tomó un *koto* y con placer musitó «El campo de Hitachi».[166] Entonces llegó el inquietante informe de Koremitsu. Debía actuar. Si la sacase de la mansión de su padre le imputarían secuestro y estupro. Debía hacer jurar silencio a las mujeres, y traerla de inmediato a la Nijô.

—Iré temprano por la mañana. Deja el carruaje como está, y dispón que haya guardia, no más de un hombre o dos.

Koremitsu salió a asegurar que tales instrucciones se cumpliesen. Genji era consciente de que asumía riesgos. La gente comentaría que sus apetitos eran totalmente

166. Una *saibara*: *Labraba mi campo en Hitachi en noche lluviosa montes y ejidos recorriste, sólo para cotejar si una amante yo tenía.*

disparejos. Si la joven hubiese sido un tanto mayor, se le acreditaría una conquista, y eso sería todo. Si bien el príncipe Hyôbu estaría de veras muy disgustado, Genji sabía que él no debía dejar ir a la joven. Estaba aún oscuro cuando él partió. A su esposa no hubo de decirle nada más que lo usual:

—Acabo de acordarme de una faena urgente, de la que debo ocuparme en la Nijô. No tardará demasiado.

Las criadas de su esposa ni siquiera se percataron de que él había partido. Él fue a sus aposentos y mudó su atuendo por uno informal. Koremitsu, solo, aguardaba a caballo.

Cuando llegaron a su destino, uno de sus criados llamó a la puerta. Ignorante de lo que acontecía, el portero permitió que el carruaje de Genji fuese halado al interior. Koremitsu se dirigió a una puerta lateral y tocó, fingiendo tos para llamar la atención. Shônagon se percató y salió.

—Mi amo está aquí.

—Y mi ama duerme. Escogéis extrañas horas para las visitas. —Shônagon sospechaba que él se hallaba de regreso a casa tras una aventura amorosa.

—Hay algo que debo decirle a la joven antes de que parta donde su padre.

Shônagon sonrió.

—Y sin duda ella tendrá muchas cosas interesantes que deciros como respuesta.

Él ingresó a la casa.

—Señor, por gracia, las rigurosas ancianas duermen, los malos modales serán una vista nada amena.

—Iré a despertarla. La niebla matutina es bella en demasía como para seguir durmiendo.

Él ingresó al aposento de ella, donde las mujeres quedaron demasiado atónitas como para poder gritar. Él la tomó en sus brazos y acarició su cabello. Ella, medio dormida, pensó que su padre había venido por ella.

—Partamos. Vengo de casa de vuestro padre —ella quedó aterrorizada cuando vio que no se trataba de su padre—. No sois amable conmigo. Os he dicho que debéis pensar de mí como que fuera vuestro padre.

Mientras la llevaba fuera de la casa, un coro de protestas surgió de Shônagon y las demás.

—He explicado todo bastante bien ya. Os he comunicado cuán difícil me es visitarla, y cómo deseo tenerla en un lugar más placentero y accesible; y el modo que tenéis de facilitar las cosas es enviarla donde su padre... Una de vosotras puede acompañarla, si lo desea.

—Por gracia, señor —Shônagon apretaba sus manos—. No podríais haber escogido un momento peor. ¿Qué habremos de decir cuando su padre viniere a recogerla? Si su hado es que sea dama vuestra, entonces algo podrá efectuarse cuando fuere el tiempo. Esto es muy repentino, y vos nos colocáis en una posición extremadamente difícil.

—Podéis venir más tarde, si os place.

Su carruaje había sido halado y prevenido ya. Las mujeres quedaron perplejas, sin saber qué hacer y la mocita también, percibiendo algo muy extraño, gimoteaba. Viendo que, finalmente, no había nada más que pudiera hacerse, Shônagon tomó algunas prendas que habían sido motivo del último trabajo colectivo nocturno, se mudó la indumentaria por otra más presentable, y subió al carruaje.

Estaba aún oscuro cuando llegaron a la Nijô, no muy distante. Genji ordenó que el carruaje fuera trasladado hasta el ala oeste y luego llevó a la joven dentro de la casa.

—Es como que viviera una pesadilla —comentó Shônagon—. ¿Qué habré de hacer?

—Pues, lo que queráis. Puedo mandar que alguien os guíe de regreso a casa, si lo deseáis.

Shônagon se apeó del carruaje, confusa, ignorando qué hacer. ¿Qué habría de pensar el padre de su amita cuando llegase a recogerla? ¿Y qué habría de esperar de ahora en adelante? Lo más triste era que había perdido a los propios protectores. No pudiendo refrenarse, derramó lágrimas. Mas se contuvo pues los sollozos no eran buen augurio para la nueva vida.

Dado que nadie residía en el ala oeste, no había dormitorio alguno encortinado. Genji hizo que Koremitsu se encargara de poner biombos y cortinajes, envió a alguien más al ala oeste, para que se ocupara de la ropa de cama, y se tendió en el lecho. Aunque temblorosa, la joven consiguió seguir sollozando imperceptiblemente.

—Yo siempre duermo con Shônagon —dijo quedamente, con tono infantil.

—¡Desde ahora una joven crecida como vos no habrá de dormir con su nodriza!

Llorando sordamente, la joven se tendió en el lecho.

Shônagon se sentó, gimiendo incesantemente. Mientras la alborada asomaba los edificios y los huertos se mostraban magníficos, y la arena en los senderos semejaba un joyel. No estaba habituada a riqueza tal. Mas quedó turbada al comprobar que no había más mujeres en el ala oeste. Era allí donde Genji recibía a visitantes ocasionales. Unos pocos guardas, más allá de las persianas, eran los únicos criados.

Éstos especulaban entre sí sobre la identidad de la dama que el amo había traído consigo. «Alguna digna de verse, se puede apostar».

Trajeron a la alcoba jarras de agua y el desayuno. El sol estaba en lo alto cuando Genji se levantó.

—Requeriréis de alguien que se ocupe de vos. Considerad mandar traer esta noche algunas de las que más gustéis —él dispuso que se enviase niñas desde el ala este para que jugaran con ella, y que fuesen según su intención—: ¡Bonitas y pequeñas, por gracia!

Cuatro niñas pequeñas llegaron, muy bonitas en verdad.

La nueva joven, su *Murasaki*, aún yacía arropada bajo el cobertor con que él la cubriera.

—Ahora, no habréis de obstinaros ni abatiros, haciéndome desdichado. ¿Habría realizado todo esto por vos si yo no fuese un hombre sincero y bondadoso? Las damas jóvenes deberían actuar conforme a lo que se les dijese.

Y así comenzaron las lecciones.

Ella parecía aún más hermosa aquí, junto a él, que vista de lejos. Sus modales cálidos y paternales lo llevaron a querer distraerla con pinturas y juguetes enviados desde el ala este. Finalmente, ella se dirigió donde él. Su oscura indumentaria con atenuada tinta era suave, no almidonada, y cuando ella le sonriera, inocentemente, sin queja alguna, él tuvo que sonreírle a su vez.

Ella salió a mirar los árboles y el estanque. Las flores en la parte delantera, delicadamente delineadas por la escarcha, parecían pintadas. Innúmeros cortesanos de rango medio, algo nuevo en la experiencia de ella, pasaban de un lado al otro. Sí, era un

lugar interesante. Contempló las pinturas sobre biombos y rollos, y (así ocurre con los adolescentes) pronto olvidó sus pesares.

Lejos de la corte por varios días, Genji se esforzó para que ella se sintiera en casa. Le escribió toda suerte de poemas para que ella los copiase, y dibujó para ella todo tipo de imágenes, algunas muy buenas. «Suspiro, aunque Musashi no he visto»,[167] esto escribió en un trozo de papel color morado. Ella lo levantó, y admirada pensó que era maravillosa la mano que lo trazara, con letra diminuta él había escrito al margen:

Mías no son
todavía, de Musashi
las briznas de rocío cubiertas,
¡y yo tan cerca,
sin tenerlas aún!

—Ahora debéis escribir algo.

—Pero, no puedo —ella lo miró directamente, tan sin fingimiento, que él tuvo que sonreír.

—No podéis escribir tan bien como quisierais, quizá, pero cometeríais un error si no escribieseis nada. Yo habré de enseñaros.

Era extraño que incluso su desmañado aspecto de perfil, su infantil modo de sostener el pincel, lo deleitase tanto. Temerosa de haber cometido un yerro, ella buscó ocultar lo que escribiera. Mas, él lo tomó.

No sé qué es aquello
que os hace suspirar
ni qué tipo de acoplada hierba será
aquélla a la cual
tan cerca me hallo.

El trazo era aún, de veras, inmaduro, empero tenía fuerza y carácter. Era muy similar al de su abuela. Un toque de lo actual y no sería del todo inaceptable. Pidió que trajeran

167. Verso de *tanka* anónima, recogida en el *Kokin Rokujô, Zoku Kokka Taikan*: *A su nombre suspiro, aunque Musashi no he visto, pues ansío aquellos prados lavanda como míos.*

casas de muñecas, y mientras los dos jugaban, se encontró por primera vez no atento a sus pesares.

El príncipe Hyôbu fue por su hija puntualmente. Las criadas se mostraron profundamente avergonzadas, pues no tuvieron mucho que decirle. Genji deseaba que la presencia de la joven en la mansión de la Nijô se mantuviese en secreto, y Shônagon prescribió el más estricto silencio. Ellas sólo supieron decir que Shônagon se la había llevado, sin conocer ellas adónde.

Él se sintió espantado.

—Su abuela no quiso que yo la tuviera, y supongo que Shônagon se la llevó consigo, de ruin guisa, debo expresarlo, para ocultarla antes que entregármela —entre lágrimas, añadió—: Dejadme saber si oís algo al respecto.

Petición que aumentó la confusión de las mujeres.

El príncipe solicitó información del prelado, en las colinas del norte, pero no obtuvo mejores datos. Para entonces empezó a sentir la pérdida (tan hermosa joven); y su esposa que había superado su irritación, feliz con la idea de tener a una joven para hacer de ella lo que desease, sintió igualmente pesar.

Entonces, Murasaki hizo llamar a todas sus doncellas para que quedasen con ella. Era una mocita lista, vivaz, y los chicos y chicas que habían de acompañarla en sus pasatiempos se sentían a gusto con ella. A veces, en noches solitarias, cuando Genji se encontraba lejos, ella se ponía a llorar recordando a su abuela. Pensaba poco en su padre. Habían vivido separados y lo conocía apenas. Ahora se había encariñado grandemente con su nuevo padre. Era la primera en correr a saludarlo cuando volvía a casa, y se sentaba en su regazo y platicaba alegremente con él, sin la menor reserva ni vergüenza. Él estaba encantado con ella. Una mujer sagaz y observadora puede plantear innumerables dificultades. El hombre debe siempre estar en guardia, los celos pueden provocar las más indeseables consecuencias. Murasaki era la compañera perfecta para él, como un juguete con quien entretenerse. Habitualmente con una niña de la misma edad, no habría podido ser tan libre y desinhibido aun si fuera hija suya. Hay límites a la intimidad paterna. Mas él había encontrado un considerable, pequeño tesoro, algo singular.

CAPÍTULO VI

末摘花

Suetsumu hana

Flor de azafrán

Era conveniente que razonase sobre aquella melancolía que lo embargara desde que la dama Yûgao, aquella a quien no tuviese tiempo de dejar, abandonara súbitamente el mundo y que, a pesar de los años y meses transcurridos, no podía apartarla de su mente.[168] Aquí y allá, él no encontraba sino reticencias, y la arrogancia de artificiosas y circunspectas le hacían echar de menos el incomparable afecto y la dulzura de aquélla. «¡Ah, si fuese posible descubrir una mujer discreta y tierna, y que nada tuviese de indiferente!», se repetía sin cesar, nada curado de su aventura, de suerte que no había rumor que tuviera el menor fundamento al que no prestase atento oído, y cuando a casa de una u otra que le pareciera digna de merecer su solicitud, él enviaba alguna nota amorosa, se comprenderá fácilmente que apenas había una que no le fuese complaciente o que mantuviese su distancia. E incluso aquellas que se mostraban duras e inflexibles, de increíble insensibilidad y severidad, que podrían sólo deberse a su ignorancia de la realidad, rara vez persistían, y a veces se rendían sin resistencia, hasta que hallaban a alguno muy ordinario a quien desposaban, de modo que con frecuencia un incoado amorío súbitamente acababa.

De tiempo en tiempo, la remembranza de la dama Utsusemi lo laceraba. En cuanto a la hija adoptiva de ésta, «hoja de junco», cuando se presentase una ocasión favorable, bien sabría encontrar el medio de darle una sorpresa. Le hubiera gustado verla una vez más, en actitud relajada como aquella noche al resplandor de la flama. Pues él estaba hecho de tal modo que era incapaz de olvidar sin remordimiento.

168. El capítulo VI comprende acontecimientos del comienzo del término de los 18 años de Genji.

Su nodriza Saemon, que luego de Daini le era la más querida, tenía una hija que bajo el nombre de Taifu no Myôbu servía en el palacio: ella era hija ilegítima de un taifu,[169] emparentado con la casa reinante. Era una joven muy atrevida a la que Genji supo emplear en esta ocasión. La madre de ella había casado con el gobernador de Chikuzen y lo había seguido a dicha comarca, de suerte que ella vivía sola en casa de su padre, desde donde se presentaba al palacio. Como un día, a propósito de otro asunto, a Genji mencionara la existencia de la hija del finado príncipe de Hitachi, a la cual éste tuviera tardíamente e hiciera educar con gran esmero, y que la muerte del padre dejase en amargo abandono, Genji se enterneció, y despertada su atención, quiso saber más acerca de aquélla.

—De su carácter ni de su belleza, nada de cierto he podido saber. Pues, como vive retirada y guarda su distancia, sólo he llegado a conversar con ella ya caída la noche, y aún más, separada de ella por un biombo. Es el *koto* al que tiene por su más caro confidente —explicó ella, y él:

—¡Uno de los «tres compañeros»![170] Pero, uno de ellos debe disgustarle —y acotó luego—: Hacédmela escuchar. El príncipe, padre suyo, era versado en la materia, y tañía muy diestramente, garantizo que su ejecución debe valer más que la de la honesta medianía.

—¡Yo no sé si su talento es tal como para merecer que vos la oigáis!

—¡Queréis intrigarme! Una de estas noches, cuando la luna esté velada, me presentaré allí discretamente. ¡Vos vendréis conmigo! —concluyó él.

La cuestión no la cautivaba en demasía, mas el ocio de la calma primavera, que había invadido ya el palacio, la incitaba a hacerlo, su padre, el *taifu*, habitaba en otra parte, pero llegaba de visita de tiempo en tiempo a esta residencia. Myôbu poco aguantaba vivir cerca de su suegra, y tornaba a la casa de la princesa como que fuera miembro del séquito. Así como Genji lo anunciara, se presentó una noche en que la luna, en su decimosexta jornada, se volvía complaciente.

---

169. Viceministro del Despacho de Guerra.

170. *Licor, koto y canto*, en alusión al poema «Los amigos de la ventana del norte», del gran poeta chino de fines de la dinastía Tang, Po Chü-i (en japonés, *Hakukyoi*), por sobrenombre literario Po Lo-tien (en japonés, *Hakurakuten*).

—¡Qué lástima! No es ésta, me parece, una de aquellas noches en que la música clara resuene… —dijo ella, pero él:

—¡Vayamos, no obstante, e invitadla a tañer aunque fuere sólo una pieza! Me sentiría enfadado si frustrado quedase.

Ella se apartó del íntimo desorden de su propia alcoba y, aún un tanto confusa e inquieta, se dirigió al edificio central; las persianas aún estaban levantadas y la princesa contemplaba el huerto donde los ciruelos despedían un suave perfume. Diciéndose que llegaba oportunamente:

—El encanto de esta noche me ha incitado a venir a vos, pensando que la música de vuestro *koto* sería más hermosa que nunca. Pues me hallo entristecida por no haberla podido escuchar propiamente en mis idas y venidas precipitadas —dijo ella.

—Vos debéis conocerla. Mi tañido, ¿será acaso digno de ser oído por alguien que frecuenta el palacio? —dijo la princesa, y cuando ella le alcanzara su instrumento, se preguntaba ansiosa si acaso Genji podría apreciar sus sones.

Aquélla preludió con ligeros toques, el efecto era placentero. No era, por cierto, el tañido de una virtuosa, mas como el instrumento, de excelente factura, respondía bien, él escuchaba sin disgusto. En esta residencia, estropeada y desolada, privada de las atenciones habituales y sin duda llenas de formalidades y restricciones que su padre probablemente le brindara, habría sido raro si su vida no consistiera mayormente de remembranzas y pesares. Era en lugar semejante que las consejas de antaño ubicaban las más conmovedoras aventuras, se decía Genji. Y él meditaba en acercarse a ella de algún modo, pero dudaba, temiendo que ella pudiera juzgar el procedimiento demasiado repentino.

La sagaz Myôbu, sabedora de que Genji se llevaría una más honda impresión si no escuchase más sones:

—El cielo se cubre, al parecer, y aguardo visita en casa, no debo hacerlo esperar. Quizás en otro momento, cuando no esté tan de prisa, os escucharé a mis anchas. Cerraré los visillos —dijo ella sin insistir, y retornó a la proximidad de Genji.

—¡Mejor hubiera valido no hacer nada que cesar así tan de repente! ¡Qué pena! ¡Más bien ha sido demasiado breve como para poder distinguir el sonido! —dijo él, pero,

como hallaba placentera la aventura—: ¡Hay mucho por hacer, arreglar para que pueda oírla más de cerca! —añadió él, pero ella estimó preferible dejarlo en la incertidumbre:

—En efecto, estoy preocupada por ella, en el lamentable estado en que se encuentra, ¡perdida en las congojas de la soledad! —comentó ella, y él, muy conmovido, se dijo que ésta debía tener razón, que la condición de la princesa no era en absoluto de aquella que permitiese que un galán cuya posición fuese humilde la abordara, para intercambiar anhelos en un tierno abandono, y dado que ella era una persona de consecuencia:

—¡Que así sea!, hacedle saber, discretamente, mis sentimientos para con ella.

Sin duda él parecía tener algún otro compromiso, pues emprendió la marcha, con el máximo sigilo.

—Me extraña mucho que Su Majestad se digne mirar con desvelo la vida austera que vos lleváis, aunque… a veces me parece hartamente placentera. Seguro que no sabe de otra imagen de vos como ¡la de salir a hurtadillas tras visitar damas! —acotó ella.

Él se volvió y rió:

—Sobre la conducta moral de las damas, cualquiera otra podría quizá tener motivos para reprocharme. Si aquello se lleva a cabo con ligereza, ¡sería mucho peor si lo impulsara una mujer! —dijo él.

Como él la juzgaba demasiado inclinada a los lances galantes, de tiempo en tiempo le hablaba de este modo; y así, en su confusión, avergonzada, ella no replicó.

En la esperanza de atisbar, desde el costado del edificio central, algún indicio de la presencia de la dama, con cauteloso paso se dirigió hacia aquel lugar. Cuando se aproximaba, al abrigo de un resto de valla aún en pie, a clara vista divisó a un hombre que estaba ya oculto allí. ¿Quién podría ser tal ansioso? Pues el desconocido era nada menos que Tô no Chûjô. Aquella noche, ambos habían dejado juntos el palacio, mas Genji se separó prestamente de aquél, que no tomó ni la dirección de la residencia del ministro ni enrumbó hacia la Nijô. Sospechando algún intríngulis poco común, no obstante tener cosas que hacer de su parte, había seguido sus pasos y lo había espiado. En tenida de caza y montando un raro potro, había llegado hasta aquella casa sin llamar la atención y, consecuentemente, Genji no se había percatado de ello; mas, de su parte, había quedado intrigado al ver entrar a éste de tan indescifrable guisa, y

cuando resonaron los acordes del *koto*, se detuvo allí un rato, agazapado, esperando que por azar reapareciera. Cuando Genji, que no había podido distinguir sus rasgos y no deseaba ser reconocido, se alejó de puntillas, Tô no Chûjô lo abordó de improviso:

—Puesto que me habíais fríamente excluido, me permití escoltaros:

Las alturas del palacio
con ella abandoné,
mas jamás se dignó
mostrarme dónde se pondría
la luna del decimosexto día.

Reproches tales habrían ciertamente indispuesto a Genji, si no hubiera sentido un cierto placer al descubrir de quién se trataba.

—He aquí una atención que mucho me sorprende —le dijo, y luego, para dejarle comprender su irritación—:

En todas partes podéis
el claro de luna avistar,
pero perseguirla
hasta el monte de la puesta,
quién lo habría de indagar.

Que de esta suerte me hubiese apegado a vos, entiendo que os importune —replicó el otro.

E insistió, poniéndolo en guardia:

—La verdad es que, cuando os desplazáis de esta guisa, vuestra seguridad poco depende de quién os escolte. Entonces, no os privéis del todo de mi compañía, pues como rondáis con tan modesto equipaje, ¡podría ocurriros alguna peripecia indigna de vos!

Como solía hacer, Tô no Chûjô lo había sorprendido en semejante trance, lo que ciertamente indispuso a Genji, mas en su interior recordó como desquite apreciable, que a pesar de sus pesquisas aquél no había podido reencontrar su «clavelina silvestre».[171]

171. La hija de Tô no Chûjô en la dama Yûgao, del capítulo IV.

Mortificados por no afectar su estrecha amistad no pudieron resolver separarse, sino que ansiosos por correr hacia otros lances, subieron al mismo carruaje y a lo largo del camino, bajo la luna que de grato modo se escondía tras las nubes, juntos tañeron flautas hasta su llegada a la residencia del ministro, en la Sanjô.

Al carecer de voceadores, lograron halar el carro hasta una guarecida galería, sin llamar la atención. Entonces ordenaron vestidos cortesanos. Retomando sus flautas, se dirigieron a la sala principal, como que hubiesen retornado recién de la corte. El padre de Tô no Chûjô, ansioso siempre de gozar de un concierto, se unió a ellos con una flauta coreana.[172] Éste era un buen músico y pronto las damas mejor dotadas, tras los cortinajes, se unieron a ellos con sus laúdes. Entre ellas había una eximia tañedora, llamada Nakatsukasa, a quien Tô no Chûjô vanamente pretendiera. Empero, Genji, quien tan raramente visitaba la mansión, se había ganado el afecto de ésta. La noticia sobre tal devaneo había llegado a oídos de la princesa Omiya, madre de Tô no Chûjô, la cual había reprochado la pretensión. La pobre Nakatsukasa había sido dejada así sola con sus pesares, y esta noche se hallaba sentada separada de las demás y reclinada sobre un reposabrazos. Ella había ponderado buscar una posición en algún otro lugar, pero se hallaba indecisa de dar un paso que pudiese impedirle ver a Genji nuevamente.

Los jóvenes señores, evocando los acordes del *koto* oídos tiempo antes en dicha noche, y la extraña, melancólica morada. Perdido en una imposible divagación, Tô no Chûjô, imaginaba que una encantadora dama vivía allí, y que, con paciencia él la haría suya, y encontraría su encanto y su melancolía más allá de todo lo descriptible. Sin duda, él se dejaba arrastrar por muy confusas emociones. La nueva aventura de Genji, por cierto, habría de topar con impensados óbices antes de alcanzar algún resultado.

Seguidamente, ambos habrían de dirigir cartas a aquella desconocida, mas ni uno ni otro lograron obtener respuesta. Perplejo y ofendido, Tô no Chûjô halló dicha actitud por demás inelegante. Él había pensado que alguien que moraba así de apartada expresaría su visión de las cosas por medio de comparaciones tomadas de las plantas efímeras, del mutante cielo, y que sería conmovedor, muy enternecedor que ella, de

172. La flauta de *Koma* (Koguryo) tenía un orificio más que la flauta china común.

tiempo en tiempo, dejase entrever su estado de ánimo. Tolerable era que fuese algo lenta de espíritu, pero que se enterrase de esta guisa era descorazonador, e incluso de dudoso gusto, se decía él, exasperado aún más que el propio Genji. Con su franqueza habitual, se abrió a él:

—¿Habéis obtenido una respuesta de la dama de Hitachi? Por mi parte, he intentado hacer algunos discretos avances, pero presentí algo raro en ella y he cesado.

«¡Fue exactamente lo que supuse de él: Tô no Chûjô la cortejaba, de seguro!», Genji pensó, y sonriente replicó:

—¡No recuerdo que aguardara respuesta suya o quizá no hice nada para merecerla!

Ante la ambigua réplica, el otro concluyó que ella no había gustado de él y sintió rencor hacia ella, sintiéndose desairado por ello. Genji, que no otorgaba importancia alguna a esta aventura, ante tanta frialdad había empezado a desinteresarse por completo. Pero, enterado de que el elocuente y persuasivo Tô no Chûjô se empeñaba en la brega, se dijo que la dama de Hitachi bien podría rendirse a las súplicas de éste, y luego se daría grandes aires dejando saber que había despreciado a su primer pretendiente, lo que le sería en extremo mortificante, decidió tratar el asunto seriamente con Myôbu.

—Me enoja grandemente que ella sea tan indolente. Quizá me juzga entre los frívolos e inconstantes. Pues se equivoca. Mis sentimientos son inquebrantables. Es cierto que cuando una dama deja saber que no confía en mí, a veces me deja un tanto a la deriva. Una dama que me tenga confianza, que no posea una familia entrometida, una dama con la que pueda estar realmente a gusto es la especie que hallo más deleitable.

—Temo, señor, que ella no es vuestro «árbol bajo la lluvia».[173] No es, mucho lo temo, la que vos buscáis. En estos días dama de tal reserva no se halla jamás —y le refirió algo más acerca de aquélla.

—¡Ojalá ella hubiese sido habilidosa y lista, mas indudablemente es ingenua e indolente, lo que quizá sea el encanto de las damas —dijo él pensando en aquella otra a la que no podía olvidar.

---

173. «La verja de mi dama», una *saibara: La verja de mi dama, de mi dama la verja / Ardua es de atravesar / Si levanto mis manos para apartar la lluvia / Quizás ella no me deje pasar / Como cuclillo en busca de árbol bajo la lluvia / ¿Pudiera ser que no entrase?*

Además de esto, él había padecido una maligna fiebre, afán del que nadie debía estar al corriente y que lo distrajera del todo, y sin que su espíritu hallase un instante de respiro, la primavera y el estío pronto pasaron.

Llegado el otoño, él pudo reflexionar más detenidamente, y cuando el ruido de los martillos resonó nuevamente en sus oídos, rememoró con nostalgia la propia desazón que experimentase al oírlos entonces, y sintió el impulso de enviar repetidos mensajes a la residencia del príncipe de Hitachi, aunque sin suceso alguno: a la exasperación que le causase tal falta de urbanidad, se añadía ahora la resolución de no cejar en su obstinación, y recurrió a Myôbu.

—¿Qué es lo que pasa? ¡Nunca antes he visto cosa parecida! —expresó él, de muy mal humor, y ella, apenada por él:

—No tengo en absoluto la sensación de que ella os quiera mantener a la distancia, ni que juzgue vuestros avances inconvenientes. Estimo que simplemente es su modestia, que sin razón le impide hacer el menor gesto —acotó Myôbu.

—¡Qué extravagancia! ¡Tal timidez sería comprensible a la edad en que se ignoran anhelos, o en alguien que no estuviese en condición de disponer de sí misma! ¡Y yo que la tenía por sensata! Mis esperanzas se habrían colmado si, en horas de tedio o de apuro, hubiese consentido en responderme con simpatía. Lo que yo deseaba era, sin importunarla en modo alguno, poderme desplazar sobre su deteriorado corredor. Su actitud no es clara y no comprendo qué es lo que quiere: ¡Halladme un medio de apropincuarme a ella, incluso sin su permiso! Nada haré que pudiere irritaros o enojaros.

Sin dudar que, aun careciendo del aire de fisgón, él estaba siempre al acecho de lo que pudiese decirse sobre unas u otras damas, una noche de ocio, en que a propósito de cosa distinta, ella hizo mención de aquélla, he aquí que él empezó a atormentarla sin cesar, con lo que no dejó de impacientarla: en cuanto a la princesa de Hitachi, era una dama de no gran encanto ni talento, y no parecía adecuada para él. Si ella, Myôbu, aceptase convertirse en la intermediaria de Genji, se convertiría en portadora de una enorme desdicha para la pobre dama; mas si se rehusara, podría parecer sin corazón.

La mansión había sido dejada en el olvido por el mundo, aun antes de que el príncipe

de Hitachi muriera. Ahora no había nadie en absoluto que se molestara en abrirse un sendero entre la maleza; y así, cuando un destello de incomparable seducción llegara hasta allí, las más jóvenes de entre sus doncellas se solazaron y presionaron a la dama para que diese respuesta a las consecutivas notas, pero ella, con deplorable retraimiento, no podía siquiera echarles una mirada. En condiciones tales, se dijo Myôbu, no quedaba a Genji sino aprovechar la primera ocasión que se presentase para dialogar con la dama, separado de ella por una pantalla, después de lo cual, si ella le disgustase, él cesaría de asediarla; e incluso suponiendo que él retornara con frecuencia a la vieja mansión, no hallaría a nadie que pudiera darlo a conocer. Tales eran las reflexiones que inspiraban su frívola ligereza, y a su propio padre Myôbu no refirió palabra del asunto.

Pasado el vigésimo día de la octava luna, en impaciente espera de la aparición del astro nocturno, tardada hasta entrada la noche, sólo bajo el trepidante fulgor de las estrellas, y con el pavoroso ulular del viento que soplaba entre el ramaje de los pinos, la princesa se puso a evocar los tiempos idos, llorando copiosamente. Diciéndose que la ocasión era excelente, sin duda Myôbu le había enviado un aviso, pues Genji se presentó al lugar, según su costumbre, con absoluto sigilo.

La luna, finalmente, se elevó: la princesa contemplaba con aire dolorido la destartalada valla. Invitada a tocar el *koto*, ella tañó en sordina, de un modo nada garboso. Con su estropeado gusto, Myôbu se sintió irritada pues había querido algo más extrovertido, con un toque más actual. Como el lugar se hallaba desguarnecido, Genji ingresó sin ambages. Hizo llamar a Myôbu, y ésta, fingiendo asombro, como que fuese imprevisible noticia, lo anunció en estos términos:

—¡He aquí un asunto asaz impertinente! Se trata del príncipe Genji, que se presenta en tales condiciones. Hace ya algún tiempo que él se queja ante mí de vuestros desdenes, y como yo rehusara servir de intermediaria, pues tal no incumbe a mi carácter, helo aquí ahora que me dice que desea personalmente haceros conocer sus razones. ¿Qué debo manifestarle en retorno? Debería ser algo en extremo delicado, pues sus modos no son ni vulgares ni insolentes. ¡Lo mejor sería que vos consintieseis escucharlo, protegida tras un cortinaje!

Estas palabras produjeron en la princesa una enorme confusión.

—¡Ocurre que yo ignoro por completo el arte de hablar a los hombres! —dijo ella, y la manera en que retrocedió hasta el fondo de su aposento, deslizándose sobre sus rodillas, testimoniaba una inocencia conmovedora.

Myôbu rió y le ofreció una lección:

—Vos me dais lástima cuando os conducís así, como una ingenua. Que una persona de vuestra calidad, tanta que hay un padre que de ellas se ocupa y la custodia, se permita tales niñerías, puede concebirse. Pero que en el aislamiento en que os tenéis, decidáis recluiros indefinidamente de todo contacto con el mundo, eso es inconcebible.

Y como, por naturaleza, ella era incapaz de ofrecer una firme resistencia a lo que se le sugería hacer:

—Si yo pudiese simplemente escucharlo, sin responderle, los visillos podrían permanecer cerrados —dijo ella.

—Dejarlo en el corredor sería inconveniente. ¡Además, no hay razón alguna para que él os pueda faltar el respeto! —replicó la otra, disfrazando diestramente la verdad, y con sus propias manos ella echó firme cerrojo a los tabiques que separaban ambas piezas.

Al verla extender una esterilla y proceder a varios arreglos, la princesa se sintió más intimidada todavía; no obstante, como no tenía la menor idea del modo en que convenía dirigirse a semejante visitante, se dijo que Myôbu debía tener razón, y se adecuó a sus sugerencias.

Era el momento en que su anciana nodriza y otras, retiradas en sus alcobas, dormitaban ya. Dos o tres de sus doncellas, las más jóvenes, habían permanecido con ella, aguijoneadas por la curiosidad de ver a aquel apuesto hombre, tan encomiado. Ellas la hicieron cambiarse de atuendos y la ataviaron con los mejores, pero ella, la principal interesada, no mostraba animación alguna. En cuanto a él, el modo elaborado con el que había disfrazado su invariable apostura era de una elegancia suprema, de suerte que Myôbu lamentaba que él se diera la pena en tales parajes, en lugar de presentarse a alguien que lo apreciase; mas, a la vez, se decía que, después de todo, la princesa, con su dominio de sí misma, le sería de agradable trato y no lo importunaría con engreimientos. Sin embargo, la idea de que por su propia falta, simplemente por haber sido presionada, otra pudiese padecer crueles cuitas, le quitaba el reposo.

Genji, acordándose de la extracción de la dama, se había dicho que ella debía ser muy cautivante, mucho más que las preciosas en boga, con sus veleidosos caprichos, y cuando, cediendo a las instancias de sus doncellas, pareció que ella se aproximaba deslizándose sobre sus rodillas, anunciada por un sutil aroma de sándalo sumamente seductor, se confirmó la idea de que ella permanecía muy dueña de sí misma. Él le describió con elocuencia los pensamientos, que desde años atrás, el lugar en que se hallaban le sugiriera, pero el saberlo tan cerca impidió que ella pudiese hallar una respuesta. ¡Decididamente, era demasiado! Él suspiró:

Por el silencio vuestro
¡ah, cuántas veces ya
me habéis vencido!,
confié, pues ordenado
no habíais que palabra «no dijese».

»Decidlo, al menos. ¡Nada decís? —y añadió—: La incertidumbre teje tristemente enredada tela…[174]

La hermana de leche de la princesa, llamada Jijû, joven de pronto espíritu, que sufría por la ausencia de propósito de ésta, se apropincuó en lugar de ella:

El tañer de la campana
habráme impuesto silencio
reprimiendo al cuerpo mío,
y yo misma me sorprendo
de no haberos respondido.[175]

La voz poseía inflexiones juveniles, mas la ausencia de un tono solemne le hizo creer que fuera otra la que hablaba en nombre de aquélla, de suerte que la juzgó más coqueta de lo que hubiera podido esperar en persona de su rango.

—¡Raras son vuestras palabras —dijo él—, sólo atónito me dejan!

---

174. Tanka anónima, en el *Kokinshû*, Nº 1037: ¿Por qué claramente / no queréis decir / que vos me aborrecéis? / La incertidumbre teje / tristemente enredada tela.

175. Campana que el bonzo maestro hace sonar al término de la lección como inicio del silencio meditativo. Tal campana, llamada «del silencio», es aludida por la hermana de leche de la princesa para sugerir que no hay lugar a la relación.

Lo que no se ha dicho aún
sobre aquello dicho vence,
por cierto yo lo sabía,
mas tal silencio obstinado
ferozmente me ha llagado.

Luego, él se puso a charlar de diversas cosas, tanto serias como deleitosas, pero nada obtuvo. Halló la situación inaudita en extremo: ella debía tener una manera propia de ver las cosas, se dijo a sí mismo, enojado, no queriendo permanecer allí tras la derrota, suavemente empujó el biombo y pasó. Myôbu se sintió indignada de ser así utilizada y se apenó por la desatendida princesa, pero en consideración a ella fingió no haber visto nada y se retiró. Las jóvenes del séquito, que de oídas conocían la reputación de Genji, de grado le perdonaban tal ofensa y se abstuvieron de exagerar. Su única inquietud era que su ama no supiera qué hacer en ocurrencia tan imprevista y repentina. En cuanto a la interesada, se hallaba tan perdida por la vergüenza y la timidez que él se sintió tocado al encontrar tamaña inocencia, que atribuyera a una educación que la había mantenido cuidadosamente apartada del mundo, y que él habría disculpado de buena gana si los modos de ella fuesen menos deplorables. ¿Qué le faltaba, entonces, para merecer sus atenciones? Desencantado, él la dejó tarde por la noche. Myôbu inquieta por lo que ocurría, se había acostado, mas, desvelada, prestaba oídos, aunque decidió simular ignorancia y se abstuvo de guiarlo a la salida. Genji, discretamente, partió con todo sigilo.

De retorno en la Nijô, se tendió en su lecho; una vez más soñó con la dificultad de materializar su ideal: y aquélla, empero, era de una condición nada desdeñable, ¡qué lástima! Se encontraba en medio de sus melancólicos ensueños cuando apareció Tô no Chûjô.

—Dormís hasta bien tarde esta mañana. ¡Garantizo que hay una razón para ello! —dijo él, y Genji, recién incorporado:

—¡Me he dejado llevar por la dulzura de un sitial que sólo yo ocupaba! ¿Venís del palacio?

—En efecto, vengo de allí directamente. Anoche me enteré que hoy se ha de elegir músicos y danzarines para la procesión de Su Majestad al Suzaku-in, y vengo a informar de ello al ministro, para de inmediato retornar al palacio.

Como se veía apremiado, Genji le dijo:

—Sea así, ¡parto con vos!

Él se hizo servir arroz y lo ofreció a su huésped, luego ambos partieron. Los dos carruajes se seguían, mas ellos iban ambos en el primero.

—Vos tenéis un aire somnoliento todavía —dijo Tô no Chûjô, con tono suspicaz—. ¡No ocultáis bien las cosas!

Dado que faltaba disponer muchos detalles del paseo imperial, Genji permaneció en el palacio todo el día.

Se sentía algo culpable por no haber enviado una nota a la princesa, entonces, al anochecer despachó un mensajero. Aunque había empezado a llover, él pareció no querer buscar nuevamente aquel cobertizo para guarecerse. Myôbu se sentía muy apenada por la princesa, pues la hora habitual para recibir mensajes llegó y pasó sin uno. La princesa, aunque apesadumbrada, no era de las que se quejaba. Cayó la noche, y sólo proseguía el silencio.

Esto fue lo que, finalmente, el recadero entregara:

De la noche
las sombrías nieblas
no se disipan,
y la lluvia llega
portando mayor congoja.

»Podéis imaginar mi inquietud, ¡aguardando que aclaren los cielos!

Aunque sorprendidas por tal señal de que él no intentaba visitarla, sus doncellas se afligieron por ello y la forzaron a que respondiera. Cada vez más aturdida, empero, ella no era capaz de pergeñar la más simple de las notas. Coincidiendo con la hija de su nodriza que ya se hacía muy tarde, finalmente, como siempre, le enseñó y envió ésta:

Aguarda mi aldea la luna
en una nublada noche
podéis la congoja imaginar
empero vos
no la logréis compartir.

Ella la escribió en un papel tan viejo que el tono amatista se había tornado desteñido gris. La mano que escribiera era no obstante de fuerte y seguro trazo, si bien de anticuado estilo, de líneas rectas y recatadas. Genji apenas si le dio un vistazo. Al pensar lo que experimentara, no pudo pasarla calmadamente. ¿Acaso sería despecho? Pero seguramente nada lo cambiaría. Pues bien, no había alternativa. Debía ir en pos de ella hasta el fin. En casa de la princesa, donde ciertamente este propósito se ignoraba, prevalecía el abatimiento.

Avanzada la noche, su suegro lo condujo hasta la mansión de la Sanjô. Allí cada cual se hallaba aún ocupado en los preparativos de la celebración. Los jóvenes, reunidos, discutían el asunto, mientras practicaban la danza y la música. En verdad, la casa casi vibraba de tantos sones: flautas y flautines resonaban ufanos y estridentes con nunca. De pronto, uno de ellos incluso trajo un tambor desde el jardín y lo hizo retumbar en la galería. Con todos estos planes en qué ocuparse, Genji sólo tendría tiempo para las visitas más indispensables; y así, el otoño llegó a su término. Las esperanzas de la princesa, con el paso de las semanas, se esfumaron.

La romería se avecinaba. En medio de los ensayos finales, Myôbu se presentó a los aposentos de Genji en el palacio.

—¿Cómo está todo? —preguntó él en tono culposo.

Ella le refirió:

—La habéis descuidado tanto que las cosas se han tornado dificultosas para nosotras; debemos estar con ella —ella semejaba presta a estallar en llanto.

Genji asumía que ella había deseado tornar a la princesa remota y atractiva, mas él le había arruinado el artificio. Ella debía pensar ahora que él era insensible, y la princesa, rumiando su desengaño al paso de los días, debía sentirse muy afligida. Mas no había

nada que pudiera hacer. Simplemente, él carecía de tiempo. Myôbu pareció ignorar la razón.

—Yo había pensado ayudarla a madurar —dijo él, sonriendo.

Myôbu tuvo que sonreír también. Él era tan joven y gallardo, de una edad en la que resultaba natural que las mujeres se encandilaran con él. Era asimismo normal que él fuese un tanto egoísta.

Cuando tuviese más tiempo, visitaría ocasionalmente a la princesa. Mas él había encontrado a la tierna niña, su Murasaki, y ésta lo había convertido en su cautivo. Incluso desatendía a la dama de la Rokujô, y por cierto, se sentía menos inclinado a rendir visita a esta nueva dama, por más que lo atrajese. Su excesivo retraimiento le hacía barruntar que ella no habría de ser muy agraciada. Aunque, podría quizá brindarle una placentera sorpresa. Fue en una noche oscura, y quizá las tinieblas la hicieran parecer tan extraña. Él debía echar un vistazo a su rostro, pero a la vez, temía levantar la lámpara.

Una noche en que la princesa pasaba el tiempo con sus doncellas, él se introdujo hasta la sala mayor, corrió la puerta ligeramente y echó un vistazo adentro. No pensó que probablemente viera a la propia princesa. Varios viejos y gastados cortinajes, aparentemente, habían estado por años en los mismos lugares. No era una escena muy prometedora. Cuatro o cinco mujeres, a respetuosa distancia de su ama, cenaban algo tan magro y desabrido que apartó la mirada, aunque vio que la cena estaba servida en lo que semejaba vajilla de foráneo celadón. Otras, sentadas, temblaban de frío en un rincón, sus otrora blancos vestidos ahora de un sucio gris, los cordones de sus manchados delantales, mal anudados. Empero, respetaban las formas: lucían peinetas en el cabello, aunque estaban a punto de caérseles en cualquier momento. Sólo había tales ancianas mujeres a la guarda de los tesoros del santuario del palacio, mas a él no se le había ocurrido que una princesa pudiese elegir tales criadas para su séquito.

—¡Qué invierno tan gélido éste! ¡Una tiene que pasar por este tipo de pruebas si se vive hasta esta edad!

—¿Cómo podríamos haber pensado que enfrentaríamos estas asperezas cuando vuestro noble padre aún vivía? Al menos lo teníamos para que pudiese cuidar de nosotras —la mujer tiritaba tan violentamente que parecía que iba a echarse a volar.

No era correcto escuchar lamentaciones no destinadas a sus oídos. Él se deslizó fuera del lugar, y tocó sobre un biombo, como que acabara de haber llegado.

Una de las mujeres acercó una lámpara y replegó el biombo, admitiéndolo en la sala.

La joven hija de la nodriza se hallaba ahora al servicio de la gran sacerdotisa de Kamo. Las mujeres que permanecieron con la princesa eran mayormente torpes e incultas rústicas, en absoluto del tipo de sirvientas a las que Genji estaba habituado. El invierno del que se quejaban era en efecto en extremo cruel. La nieve se acumulaba muy alta, los cielos se mantenían sombríos, y el viento rugía con fiereza. Cuando se extinguió el candil no hubo nadie que lo reencendiera. Él recordó su última velada con la dama Yûgao. Esta mansión no estaba menos ruinosa, pero era algo reconfortante por el hecho de ser más pequeña y menos apartada. Estaba lejos de ser un lugar acogedor, y por ello él no durmió a gusto. Pero, fue interesante a su modo. La dama, sin embargo, no lo fue. Una vez más él la halló por completo remota y retraída, lastimosamente.

Al fin la luz del día llegó. Él mismo levantó una persiana y echó una mirada hacia el jardín y los campos allende. La escena era solitaria, la nieve sin huella de sendero alguno se extendía sin fin.

Habría sido grosero retirarse sin decir palabra.

—Venid y mirad este hermoso cielo. No puedo comprender por qué os mantenéis en excesivo retraimiento, sin familiaridad alguna.

Él parecía incluso mucho más joven y atractivo a la luz del alba, reflejada por la nieve. Las viejas doncellas eran sólo sonrisas.

—Salid hacia él, de prisa. Las damas deberían hacer lo que se les dice.

La princesa no era mujer que resistiera. Arreglándose de algún modo, ella, deslizándose de rodillas, se asomó. Aunque Genji evitara cortésmente mirar el rostro de ella, ésta, fingiendo mirar al jardín, le dio una mirada de soslayo.

Él ansiaba que una mirada atenta pudiera mostrarle que ella era menos que irremediable.

¿Cómo la vio? Su primera impresión fue que la silueta de hinojos junto a él era excesivamente larga y endeble. Había deseado algo mejor que lo que imaginara, lo que lo

habría regocijado, mas era como presupusiera. ¡Y lo más feo, la nariz! Tal protuberancia dominaba ahora el panorama. Se asemejaba a la de aquella bestia sobre la que monta Samantabhadra,[176] larga, caída y roja. Una nariz aterradora. La piel era más blanca que la nieve, incluso con un toque azuloso. La frente, ancha y la línea sobre las mejillas indicaba que la faz era luenga en demasía. Ella era lastimeramente escuálida. Él pudo ver a través de su atuendo cuán angostos eran sus hombros. Ahora parecía risible que él se hubiese esforzado tanto para lograr verla, y sin embargo sus facciones la hacían tan fuera de lo común, que él no pudo alejar la mirada de inmediato. La forma de la cabeza y la mata de pelo eran proporcionadas, aunque un tanto menos que las otras damas a las que juzgara de grandes beldades. La cabellera se abría en abanico hasta la cola de su vestido, con quizás un pie en exceso. Si bien no parece de buen gusto discutir sobre su indumentaria, es ésta la que suele ser descrita en primer lugar en los viejos relatos. Sobre un tristemente deslucido ceñidor llevaba una túnica descolorida por el tiempo hasta asumir un oscuro e insulso tono y una casi pomposa chaqueta de marta cebellina, ricamente perfumada, tal como las que una dama a la moda habría usado una o dos generaciones atrás. Era absolutamente errónea para una joven princesa, mas él temía que ella la requiriera para guardarse del frío invernal. Él se mantuvo callado, como ella siempre estuviera, pero de pronto recobró el ánimo como para de nuevo intentar sacarla de su mutismo. Él charló de esto y aquello, y el gesto de ella, mientras levantaba una de sus mangas hasta sus labios fue de algún modo rígido y anticuado, le hizo imaginar a un maestro del ritual cortesano en hierática posición procesional. Ella le esbozó una sonrisa que no armonizaba con el resto de su figura. Era demasiado chocante. Él se apresuró en reunir sus cosas.

—Me temo que no tenéis a nadie de quien ocuparos. Desearía que os persuadieseis de la necesidad de ser algo más afable con alguien que, como veis, empieza a prestar atención a vuestra persona. Sois excesivamente esquiva —su timidez se tornó en excusa para él.

---

176. El *bodhisattva* Samantabhadra, en japonés *Fugen Bosatsu,* es representado montando un elefante blanco de trompa roja.

Al sol matutino, en los aleros,
se deslíen
los carámbanos.
¿por qué el hielo bajo ellos
rehúsa hacerlo?

Ella rió tontamente, tartamudeando «¡Mu, mu!». Él se apenó por ella, y se retiró.

La puerta de la galería delantera, a la cual fuera halado su carruaje, se inclinaba peligrosamente. Él había visto ya algo del lugar en sus visitas nocturnas, pero por cierto todavía quedaba mucho por descubrir. Era una vista yerma, desoladora, la que se extendía ante sus ojos, como que fuera una aldea en lo hondo de los montes. Sólo la nieve apilada sobre los pinos parecía poseer calidez. La portada, cubierta de maleza, tenía una gracia singular que le llegaba al corazón. Le recordaba que su amigo, en aquella noche lluviosa[177] mencionó una que debía ser como ésta. Habría deseado que la dama no viviese en situación tan cuitada como ésta para así amarla si lo lograse. Pues ello lo habría distraído y no este imposible, vedado amor. Pero la princesa era completamente la persona inadecuada para una mansión romántica como aquélla. ¿Qué otro hombre, se preguntó, podría ser capaz de soportarla como él lo hiciera? Le vino a la mente la idea de que el espíritu del difunto príncipe, contristado por la hija que dejara atrás, lo había conducido hasta ella.

Hizo que uno de sus hombres despejara la nieve de un naranjo. La cascada de nieve mientras un pino contiguo se enderezaba, como envidioso, le hizo recordar aquella ola que pasa sobre «el famoso Sue, el monte de los pinos».[178] Él ansiaba alguien con quien poder sostener una calma y reconfortante plática, aunque no fuese especialmente íntima o fascinante. El portal aún no estaba abierto. Envió a uno en busca del portero, quien mostró que era un hombre muy anciano. En contraste con la nieve, una niña de andrajosos vestidos, que podría ser su hija o nieta, llegó con él, abrazando un extraño utensilio que contenía cenizas. Viendo el esfuerzo del viejo por abrir el portón, ella

177. Discusión extensa, referida en el capítulo II.

178. Tanka del *Gosenshû,* N° 684: *Y yo, cual el célebre Sue, / el Monte de los Pinos / cada día, una ola / del cielo viene, / y mi manga empapa.*

intentó ayudarlo. Ambos se veían desmañados. Finalmente, uno de los hombres de Genji logró abrir el portón.

Mis mangas menos húmedas
no se hallan
en la nieve matinal
que las mangas de este hombre
que corona nívea ostenta.

Y, quedamente, añadió:

—Las jóvenes, desnudas, las viejas, frías.[179]

Pensó en una dama muy fría con una nariz colorada, y sonrió. ¿Habría de mostrarle tal nariz a Tô no Chûjô, a qué la compararía su amigo? Y le vino un pensamiento turbador: dado que Tô no Chûjô siempre lo aguaitaba, muy probablemente se enteraría de la visita. Si ella hubiese sido un tipo de dama común, la habría abandonado en el acto, pero todas estas ideas se borraron tras la mirada que él le diera. Él estaba tremendamente apenado por ella, y en adelante le escribió regularmente aunque sin compromiso. Le enviaba damascos, telas de algodón y sedas sin diseño, algunas de ellas adecuadas para mujeres ancianas, con las que reemplazar esas cebellinas; y tuvo el cuidado de que las necesidades de cada uno, de arriba y de abajo, incluso del añejo portero, fuesen cubiertas. El hecho de que ninguna expresión de amor acompañara los obsequios no pareció turbar a la princesa y así las cosas se facilitaron para él. Él resolvió ser su respaldo, en esta no muy íntima guisa. Él incluso atendió los asuntos que la cordura ordinariamente lo habría persuadido de dejarlos en privado. La dama caparazón de cigarra, tal como viera su perfil por encima del tablero de *go*, no era hermosa, mas ella había logrado con buen suceso esconder sus defectos. Esta otra dama ciertamente no era de inferior cuna. Como su amigo dijera aquella noche lluviosa: la buena cuna, en verdad, poco importa en esta materia. Mas, a pesar de la dulzura y encanto de aquella, él la había perdido.

---

179. Segundo de los «Diez poemas compuestos en Chang-an», por Po Chü-i, celebrado poeta chino de fines de la dinastía Tang: *Las jóvenes, desnudas, las añejas, frías. En el gélido aire, los sollozos la nariz escuecen.*

Concluía el año. Él se hallaba en su aposento de servicio en el palacio, cuando Myôbu se presentó allí. Como él, mientras lo peinaban, gustaba intercambiar agudezas y lindezas con esta persona de humor fácil, hacia la que no experimentaba inclinación alguna, ella venía a verlo, sin ser invitada, cada vez que tenía algo que decirle.

—Me ha ocurrido algo extraño... No haceros partícipe de ello sería quizá desleal... Estoy perpleja.

Sonrió y calló.

—¿Por consiguiente, de qué se trata? ¡No tenéis secretos para mí, supongo! —exclamó él.

—¡Cierto que no! ¡Si se tratase de mis penas no me permitiría hablaros sin vacilación! Pero esto es, de veras, muy difícil de decir.

Ella dio tantos rodeos que, al final, él le espetó, con mordacidad:

—¡Juzgáisme demasiado inclinado a los lances galantes como antes.

—He aquí una carta de la princesa de Hitachi —dijo ella, presentándosela...

—Entonces no deberíais haberme ocultado su misiva.

Ella hurgó entre su ropa y extrajo una carta en grueso papel de Michinoku.[180] Nada en ella sugería elegancia femenina, salvo el aroma de alguna especie olorosa cuyo humo absorbiera. Mas, la letra era de buen trazo.

Siempre, siempre
húmedas mis mangas
como yo están,
húmedas pues
tan gélido sois.

Él quedó perplejo. «¿Húmeda como qué?»

Myôbu le presentó un desmañado y viejo cestillo. El paño que lo contuviera se hallaba bajo él.

—Simplemente no podía mostráros lo. Pero ella lo ha enviado especialmente para que lo uséis el día de Año Nuevo, y no pude decidirme a mandarlo de regreso, pues

180. Grueso papel, rugoso hecho de hojas de morera.

ella se habría ofendido. Pude habérmelo quedado, supongo, mas eso no habría sido correcto tampoco, dado que lo envió particularmente para vos. De modo que pensé, después de todo, que debía mostrároslo.

—Me habría apenado mucho que no lo hubieseis hecho. Es el regalo perfecto para alguien como yo, con «nadie que me ayude a secar mi almohada de lágrimas regada».[181]

Él no dijo más. «De veras ¡qué pobreza de expresión!», comentó para sí mismo, desanimado. Aquello debía ser el límite de lo que la princesa era capaz de hacer consigo misma; le habría faltado Jijû para que revisara el poema, pues sin duda ¡no había ninguna otra mano experta que corrigiera los deslices del pincel! Mas, cuando él midió la pena que aquélla debió pasar para producir tal poema, pensó que convenía mostrar su admiración, y examinó los vestidos, sonriendo, mientras que Myôbu lo observaba, sonrojada de confusión. Era un ropaje del color en boga, pero desprovisto de brillo y desteñido como no es permisible presentar, con un chalequillo del mismo tono oscuro, al anverso como al revés, todo de un corte de lo más carente de distinción. Agobiado, él desplegó la carta y emborronó cualquier cosa en el margen, que ella leyera con el rabillo del ojo:

Aunque su color no tiene
atracción alguna para mí,
¡cómo habrá sido que
mi manga ha podido rozar
la flor de punta recogida.[182]

—¿Cuál —se preguntaba Myôbu— podría ser el sentido de este exabrupto contra una flor? Yo creía que el azafrán tenía colores encendidos.

La flor de azafrán debe significar algo, pensó Myôbu, y recordó un perfil que cada cierto tiempo viera a la luz de la luna. Y sintió lástima con algo de perplejidad por la princesa.

---

181. *Tanka* anónima, en el *Manyôshû*, N° 2321: ¡Oh nieve que cae, no lo hagas hoy, ruégote!, ¡nadie tengo que mi almohada seque, de lágrimas regada!

182. *Suetsumu hana*: Flor de Azafrán, nombre con el cual la princesa es aludida en adelante. La palabra homófona *hana* significa tanto «flor» como «nariz».

Por delgado que fuere
el ropaje teñido por el roce
con la flor del azafrán,
que no padezca su fama
de mancha alguna.

»Tenéis una relación con ella por la que debería preocuparme —musitó Myôbu con mucho aplomo; y aunque el poema no fue de los mejores, él lamentó mucho más que la princesa no fuese capaz de proferir sino semejantes trivialidades.

Con los miramientos debidos a su rango, él hubo de estar incomodado en efecto por lo que su reputación habría de soportar. Como lo vio venir, él con un suspiro dijo:

—¡Guardaremos esto entre nosotros! ¡Se puede acaso tener la idea de ofrecer cosa parecida!

¿Por qué se lo había mostrado ella? Él la juzgaría carente de gusto, se dijo ésta, y toda confusa se retiró sin hacer ruido.

Al día siguiente, cuando él se hallaba de servicio ante Su Majestad, él echó un vistazo en la antecámara.

—¡Tened aquí la respuesta por lo de ayer! ¡Temo haber forzado un tanto la nota! —dijo él, y le arrojó una carta.

Las otras damas, intrigadas, se preguntaban qué sería a lo que replicaba.

De parecido matiz
al colorado ciruelo
del monte Mikasa
así hube dejado
a la joven aquella...[183]

Canturreó él, y se fue, lo que Myôbu juzgó muy pertinente. Aquellas que ignoraban el sentido se preguntaban:

—¿Por qué él se ríe solo?

—¡No es nada! En esta mañana de glacial escarcha, él ha debido ver a alguien que tenía el color de su ropaje conforme al de su nariz. Estos trozos de canción son nada gentiles —dijo ella.

183. Aparentemente letra de una canción.

—Mas, entre nosotras no tenemos ninguna de nariz roja. Sería diferente si aquí estuvieran las damas Sakon o Higo.

Aún sin comprender el sentido, prosiguieron discutiendo las varias posibilidades.

La nota de él fue entregada a la princesa Flor de Azafrán, cuyas doncellas se arremolinaron para admirarla.

Capa tras capa,
las noches se apilan
cuando no os veo.
Y hoy estos ropajes
de más gruesas capas nos separan.

Era más placentero por hallarse escrito, con desenvuelta mano, sobre simple papel blanco.

La víspera de Año Nuevo, Genji hizo retornar con Myôbu la cesta aquella que alguien preparara para él, llena esta vez de prendas, entre ellas, camisetas color lavanda de delicadas figuras y una de tono azafrán. A las viejas doncellas no se les ocurrió que Genji no hubiese hallado de su gusto el presente de la princesa. El rojo intenso del traje de corte, en nada inferior a estas aunque finas, prendas de tenues colores.[184]

Y en cuanto a los poemas, aquel de la señora, de buen trazo y tono firme, mientras que la respuesta de él apenas si busca complacer.

Tales eran los propósitos que ellas manifestaban entre sí. En cuanto a la princesa, como sus versos fueran un logro que produjera no sin esfuerzos, los había anotado cuidadosamente para conservarlos.

Pasado el día de Año Nuevo, él debía participar en este período en una gira de «danzas y cantos masculinos», de modo que la pasó absorbido por los juegos y tumultos habituales en tales casos. Mas la imagen conmovedora de aquella melancólica morada volvía a su mente. Así que, concluido el banquete, luego de la inspección imperial de los corceles blancos,[185] una vez caída la noche, se retiró de la

184. Al parecer la moda en tiempos de la autora prefería los tonos pálidos.
185. El séptimo día de la primera luna.

augusta presencia como si se fuera a reposar en sus aposentos de servicio, y tarde ya, se dirigió a aquel lugar.

El sitio tenía una aspecto más animado que de ordinario, menos de otro mundo. La dama misma parecía haber perdido un tanto de su tiesura. E incluso él llegó a preguntarse si acaso ella se hallaba en vías de mejorar. A la hora en que el sol lanzara sus primeros rayos, él aún dudaba de partir. Como la puerta doble del este se hallaba abierta, y la galería cubierta que estaba en frente no tenía más alero que la cubriera, un rayo de sol muy pronto se deslizó y a su brillo avivado por algo de nieve recién caída, se pudo ver con claridad hasta el fondo de la pieza. Habiéndose percatado que él se cubría nuevamente con el capote, ella avanzó un poco, siempre tendida sobre un lado, y el porte de cabeza, su extendida cabellera de grandes ondas, tenían una cierta gracia. Le volvió a la mente la idea de que iba a descubrirla transmutada para su gusto, y él alzó la rejilla. Educado por la implacable experiencia, él no la levantó por completo, mas deslizó bajo ella un reposabrazos para sostenerla, luego se puso a reparar el desorden de su peinado. Alguien fue en busca de un portaespejo de aspecto antiguo, así como de un cofrecillo de peines de factura china y otras cajas de utensilios de tocador. Que, contra lo que esperara, halló en ellos algunos objetos de uso masculino lo que juzgó placentero y de buen tono. Si la indumentaria de la dama tenía aquella mañana una apariencia normal, era porque ella había decidido ponerse los atuendos que con buena voluntad él le enviara en una arquilla. De ello, él no se había percatado, empero reconoció una prenda cuyo diseño curioso le interesara.

Con el nuevo año, quizás,
¡espero os dignéis
dejarme oír,
más que el gorjeo del ruiseñor,
vuestra nueva voz![186]

---

186. Tanka de Sôsei, en el *Shûishû,* N° 5: *Esta mañana aguardamos del nuevo jilguero el gorjeo, que anuncie tanto el alborear como la llegada del año nuevo.*

»De «aquello que en primavera uno espera», poco me basta, mas impaciente estoy de ello, ¡por ver si vuestra actitud se ha transformado! —dijo él, y ella, con gran esfuerzo y voz temblorosa, profirió:

—Con la primavera los gorjeos llegan...[187]

—¡Allí estamos! Esto es signo de que hemos ganado un año —dijo él riendo, y cuando musitaba «Creería que lo soñara...»,[188] la dejó; ella lo siguió con la mirada de sus ojos entreabiertos. Ella mantenía la boca oculta, pero su perfil se destacaba siempre rutilante, «la flor de azafrán», visión que lo afectó penosamente.

Cuando él se halló de retorno en la mansión de la Nijô, encontró a la damita Murasaki, con su belleza aún inacabada, vestida como para mostrar que el rojo podía ser seductor, con una ligera túnica con cola, de color cereza sin diseño, que lo acogía informalmente, y se veía muy donosa. Él había hecho que le aplicaran el tinte negro para los dientes, lo cual ella no había usado aún en obediencia a las ideas de una abuela de costumbres anticuadas, y las cejas, que para la ocasión le habían sido dibujadas con un claro trazo, hacían más pura su belleza. ¿Qué era aquello que lo obligaba a lanzarse de pleno grado a todas esas penosas intrigas que lo privaban de la vista de un ser tan atractivo?, se preguntaba él, mientras que, como de costumbre, se ponía a jugar con ella a las muñecas. Hicieron algunos dibujos, que luego colorearan. Ella se entretenía dibujando toda suerte de cosas placenteras. A su turno, él dibujó una mujer de muy largos cabellos, y cuando le aplicó sobre la nariz una mancha roja, aunque sólo se trataba de un dibujo, se vio muy fea. Percibiendo en un espejo el reflejo de los rasgos tan puros de la mocita, él se pintó con su propia mano una nariz roja, y esta rutilante nariz, colocada sobre el más hermoso de los rostros, vino a parecerle horrenda. La doncella, al verla, estalló en risas.

—Si yo estuviera afligida por una enfermedad semejante, ¿qué pensaríais vos? —preguntó él.

---

187. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû,* N° 28: *Con la primavera los gorjeos llegan de incontables aves, todo, todo es nuevo, sólo yo envejezco.*

188. *Tanka* de Ariwara no Narihira, en el *Kokinshû,* N° 970, y en los *Ise Monogatari,* N° 83: *Creería que lo soñara, al ver vuestros sacros indumentos, no pensara jamás atravesar sendas nevadas.*

—¡Sería muy feo! —dijo ella, y repentinamente se atemorizó. ¿Y si el color se fijara en el rostro de él? Él hizo el ademán de frotarse.

—¡Imposible dejarla partir! ¡Ah, que tonta chanza! ¿Qué dirá Su Majestad en el palacio? —dijo él con aire muy serio.

Consternada, ella vino a frotarlo a su vez.

—No vayáis a pintarme de negro, como le ocurriera a Heichû.[189] ¡El rojo pasa aún!

Así burlándose, ambos formaban una agradable pareja. Era un maravilloso día de primavera y ya la bruma hacía desaparecer las ramas tardas en florecer; los ciruelos entretanto se distinguían por sus sonrientes promesas. Un ciruelo rojo, al pie de la escalera cubierta, se coloreaba ya de precoz floración.

A esta flor carmesí[190]
no puedo extrañamente
habituarme, a pesar
de la gracia que
sabe bien desplegar.

¡Qué lástima!, suspiró, desanimado, Genji.[191]

¿A flores así qué les habrá de reservar el porvenir?

---

189. Heichû o Taira no Sadabumi (principios del siglo X) al visitar a cierta dama, solía empapar sus mejillas en agua, para simular que lloraba. La dama reveló el embuste al mezclar tinta en el agua de la jofaina.

190. La alusión es, por cierto, a la tierna dama, Murasaki no Ue.

191. La autora describe las figuras de la joven dama Murasaki y de la dama Suetsumuhana con un método simétrico. Aunque ambas damas poseían cualidades semejantes, inocencia e ingenuidad, Genji supo diferenciarlas hasta reconocer un marcado contraste. Esto podría dar una impresión negativa de Genji por su aparente desdén a la dama Suetsumuhana. Sin embargo, la autora consigue plasmar tal paralelo en medio de un día sereno en el Palacio Nijô, conformándose un todo armonioso. El tema principal de este capítulo se halla en el fallo de Genji, que juzga discordante aquel color azafrán en medio de los primores de la juventud, alegre y festiva.

CAPÍTULO VII

紅葉賀

Momiji no ga

La fiesta del follaje rojo

La visita de Su Majestad al Suzaku-in debía efectuarse el décimo día de la décima luna.[192] La festividad había de ser de una solemnidad excepcional, las damas del palacio se acongojaban por no poder asistir a ella.[193] Y el soberano se sentía mortificado porque la princesa del Fujitsubo no habría de presenciarla, por lo que ordenó un ensayo general en su presencia. El príncipe Genji interpretó la danza de las *Olas del mar azul*.[194] Su compañero, Tô no Chûjô, hijo del ministro, quien por apostura, atención y destreza no tenía semejante, era, comparado con aquél, un árbol montañés junto a un cerezo florido. Cuando la luz de los rayos del sol crepuscular se expandió sobre él, la música se tornó más vivaz, y en aquel momento de esplendor, de esta bien conocida danza, su paso y su erguida testa compusieron un espectáculo que no era de este mundo. Él cantaba los versos, y uno creía oír la voz del Buda o el dulce canto del ave Kalavinka.[195] Cuando, enmudecido de admiración, el emperador enjugó unas lágrimas, dignatarios y príncipes a la vez dejaron correr la suyas. Acabado el canto, él bajó sus mangas, y la música se acopló con alegría, los colores de su rostro se avivaron y él pareció más

192. *Kaminazuki* o luna sin dioses, el décimo mes del año lunar-solar, el capítulo narra sucesos entre el otoño de los 18 al otoño de los 19 años de Genji.
193. No estaban permitidas de dejar el palacio.
194. *Bugaku*, danza cortesana ejecutada en ocasiones festivas, en este caso la llamada *Seigaiha*.
195. El ave canora del Paraíso. El *Sanghata Sutra* o Sutra del Vínculo enseña que el Buda tenía una voz que era dulce de oír, similar al sonido del trinar de un ave conocida como Kalavinka. Gracias a la precisión del símil, hoy puede reconocerse aquella melodiosa voz, en el trino del ave de la India, conocida con el nombre de Kalavinka, un tipo de gorrión pintado, de tono rojo y puntos blancos, semejante a una fresa, por ello lleva el sobre nombre de ave-fresa.

radiante que nunca. La princesa del Kokiden,[196] madre del Príncipe Heredero, viéndose despojada de su tranquilidad, con un gesto de impaciencia exclamó:

—¡Con tal apostura podría seducir a alguna deidad celeste! ¡Como para producir escalofríos! ¡Qué horroroso! —y las jóvenes doncellas de su séquito se sintieron agraviadas.

En cuanto a la dama del Fujitsubo, creía vivir un sueño y se decía que el espectáculo le habría parecido más atractivo aún si no hubiese alimentado sentimientos fuera de lugar al encontrarlo.

Muy poco después, esta princesa hallándose de retorno en sus aposentos, con el emperador, éste le dijo:

—En el ensayo de hoy, todo se desvaneció ante las *Olas del mar azul.* ¿Cómo os pareció? —y ella, aturdida, sin saber qué responder, sólo exclamó:

—¡Fue extraordinario!

—¡Tô no Chûjô no fue lerdo en absoluto, me parece! Aquellos jóvenes de buena cuna poseen natural distinción en los pasos de la danza, en los movimientos de las manos. Un danzarín de oficio puede ciertamente mostrar un verdadero talento, pero jamás sabrá desplegar tal gracia innata.[197] Ellos alcanzaron tanta perfección el día del ensayo general, que dudo que bajo los rutilantes follajes podamos ser decepcionados; mas, después de todo, ¡fue para que vos lo vierais que ordené el espectáculo! —acotó él.

A la mañana siguiente la dama del Fujitsubo recibió un mensaje de Genji:

—¿Cómo os pareció? Aún quedo bailando con la mente turbada

Proa a los pesares,
apenas si estuve
en temple de danzar;
del temblor de mis mangas
habéis entendido mi alma.

»¡Quered perdonar mi audacia!

---

196. La Consorte Imperial Mayor o *Chûgû.*
197. La autora aprecia la natural belleza con la que los hijos de noble cuna ejercitaban la danza, aquello que la técnica de los expertos no conseguía sino raramente.

En su respuesta, ella no pudo disimular la fascinación que ejerciera sobre ella la vista de su apostura:

Ignoro la historia
de la música
de la lejana Kara[198]
mas, vuestros gestos, cada uno,
me dejó honda impresión

»Si acaso os hubiera visto con otros ojos...

Los términos de este mensaje le complacieron infinitamente: semejante materia no le era extraña, y sus conocimientos se extendían hasta los usos de la corte del país aquel; se expresaba ya como emperatriz, se dijo él sonriendo, y desplegando la carta, como se hace con las Escrituras, largamente la contempló.

El día de la salida de Su Majestad, todos los príncipes sin excepción lo escoltaron. El Príncipe Heredero estaba allí también. Las barcas que conducían a los músicos, de acuerdo a la usanza, bogaban por la laguna, y se interpretó en gran número las danzas de Morokoshi y de Koma.[199] El sonido de los instrumentos y el fragor de los tambores colmaron el espacio. La imagen de Genji, aquel día al atardecer, había impresionado a Su Majestad, y para conjurar al hado, se había dignado ordenar la lectura de las Escrituras en diversos sitios, lo que todos aquellos que lo supieron aprobaron en sumo grado, mientras que la Consorte Imperial, dama del Kokiden, madre del Príncipe Heredero, había declarado, descontenta, que ello resultaba odioso.

Para formar la valla,[200] el emperador designó a cortesanos o gente del común sin otro criterio que la opinión que se tuviera de su talento. Dos consejeros, así como

---

198.Kara: la China de la dinastía Tang (618-907).

199.Morokoshi: otro nombre para la China Tang, «el país allende el mar». *Koma:* El antiguo reino norcoreano de Koguryo, conocido también en japonés como *Kôkuri.* En el palacio de Heiankyô se cultivaba ambos modos de *bugaku*, danzas provenientes de la China y del antiguo reino norteño de Corea. *Sahô no mai* o «danza izquierda» era la denominación para las procedentes de la India y de la China, y se vestía para ellas una indumentaria de color rojo, bailándose siempre en el lado izquierdo mirando de frente el escenario. De otro lado, la *Uhô no mai* o «danza derecha», originada en la península de Corea, requería una vestimenta verde. Esta danza, se bailaba en el lado derecho simétricamente con la primera.

200. Círculo de figurantes en torno al danzante, cuando éste mudaba el vestuario.

el capitán de la guardia de las Puertas de la Derecha y el capitán de la guardia de las Puertas de la Izquierda, dirigían las orquestas de la izquierda y de la derecha. Los maestros de danza habían reunido en su mansión a los artistas más eminentes y los habían adiestrado.

A la sombra de majestuosos árboles de refulgente follaje, y al son inefable de las cuarenta flautas de los hombres de la acordada valla, el viento de los pinares que bajaba de los montes soplaba en ráfagas y formaba torbellinos entre las hojas, la esplendente aparición del intérprete de *Olas del mar azul* fue de una belleza cautivante. Las rojas hojas de arce que engalanaban su prenda de cabeza se habían desperdigado ya, palideciendo ante la majestuosidad de su semblante, tras lo cual el General de la Izquierda, recogiendo crisantemos colocados bajo el sitial imperial, le hizo una nueva guirnalda.

Hacia la caída de la tarde, se avizoró un aguacero, muy pertinentemente, el mismo cielo se conmovía hasta las lágrimas. Con suprema prestancia, adornado de espléndidos crisantemos, a los que la escarcha había avivado los tonos, en aquel instante, Genji interpretó el último movimiento con una destreza sin igual; un estremecimiento recorrió a todos los circundantes, como que no hubiera sido un espectáculo de este mundo. Los palurdos mismos, de quienes no se espera discernimiento alguno, al pie de un árbol, al abrigo de una roca, o incluso ocultos entre las hojas muertas, por poco sensibles que fuesen a la naturaleza de las cosas, derramaban lágrimas. El Cuarto Príncipe, hijo de la dama del Jôkyôden, que tenía cara de niño, sostuvo la comparación al interpretar la *Danza del viento de otoño.* Estos dos habían ejercido tal fascinación, que los que siguieron no pudieron siquiera retener la atención, tan lastimoso fue el contraste. Aquella misma noche, Genji fue promovido al Tercer Rango Mayor y Tô no Chûjô, al segundo nivel del Cuarto Rango Mayor, y otros cortesanos que lo merecieran fueron igualmente gratificados, ascendiendo, podría decirse, merced a Genji. Él aportó placer a los ojos y serenidad a los corazones, e hizo que la gente admirara tal plenitud de gracias acopiadas en sus anteriores vidas.

La dama del Fujitsubo había partido a visitar a su familia, y Genji nuevamente pasaba su tiempo sin rumbo, en la esperanza de que alguna ocasión se presentase, lo que fuera censurado por los dependientes de su suegro, en la mansión de la Sanjô,

pues se difundieron rumores acerca de la joven Murasaki. Algunas de las mujeres de la Sanjô dejaron saber que la nueva dama había sido acogida en la Nijô. La esposa de Genji se sentía rudamente injuriada. Y era natural que lo estuviera pues ciertamente no sabía que aquella «nueva dama», era una mera criatura. Si ella se hubiese quejado ante él, abiertamente, como la mayoría de las mujeres lo habría hecho, él quizá le habría relatado todo, y así habría aplacado sus celos. Fueron las arbitrarias conjeturas de su mujer las que lo lanzaron a la busca de aventuras. Ella no tenía deficiencias específicas, ni vicios o tachas que señalar. Ella había sido la primera mujer de su vida, y en una manera abstracta, él la admiraba y la atesoraba. Sus sentimientos cambiarían, lo decía con certeza, cuando ella se tornase más familiarizada con él. Era una mujer sensible, y el cambio sin duda habría de ocurrir. Ella ocupaba aún el primer lugar entre todas sus damas.

Para entonces, la joven Murasaki se hallaba totalmente confortable con él. Ella maduraba en apariencia y maneras, y sin embargo había espontaneidad en su modo de demostrarle afecto. Él pensó que la gente de la mansión no debía saber quién era ella durante algún tiempo, y dispuso muebles y utensilios impecables en una de las alas exteriores, aprestada a la perfección. Permanecía constantemente con ella. Le enseñó todo aquello que habría de necesitar y trazó algunos ejemplos de caligrafía para ella. Tal era así, que parecía como que hubiese llevado a casa una hija que hubiera pasado sus primeros años en casa distinta. Mas, salvo Koremitsu, todos en la casa, criados y doncellas, tenían suspicacias.[201] El padre de ella desconocía aún su paradero. A veces ella lloraba por su abuela. Su espíritu se repletaba de múltiples cosas cuando Genji se hallaba con ella, y a menudo la visitaba al atardecer; pero él tenía muchos otros lugares por los que preocuparse, y se sentía encantado por la angustia con que ella le pisaba los talones entrada la noche. A veces él pasaba dos o tres días en el palacio y de allí iba a la Sanjô. Al hallar a una pensativa Murasaki a su retorno, él experimentaba como que hubiese recogido a una huerfanita. No aguardaba ya sus vagabundeos nocturnos con la misma ansiedad que antes.

---

201. El que Genji pusiera a disposición de la joven criados y doncellas oficiales, denominados *mandokoro* y *keishi*, se debía a que *Wakamurasaki* ostentaba el más alto rango dentro de su mansión.

Su tío abuelo, el prelado, se mantenía informado de los asuntos de su sobrina-nieta, y se encontraba a la vez complacido aunque se sentía perplejo. Para los ritos conmemorativos por la difunta, Genji contribuyó con munificencia.

Anhelando noticias de la dama del Fujitsubo, aún con su familia, él visitó la residencia de la Sanjô. Allí fue recibido por sus doncellas, Myôbu, Chûnagon, Nakatsukasa y otras. Genji pensó que se comportaban de manera demasiado reservada. Mas trató de calmarse y charló con ellas de diversas cosas anodinas. Mientras tanto, el príncipe Hyôbu, hermano de aquélla y padre de Murasaki, se presentó al oír que Genji se encontraba en la mansión. Lo halló muy distinguido, atractivo y dulce, y mientras lo observaba, se percató de que podría ser placentero imaginárselo con rasgos de mujer, por lo que se sintió doblemente atraído hacia él, de suerte que la conversación transcurrió casi familiarmente. Pensando a su vez en lo seductor que era Genji, el príncipe, sin imaginar que aquel con quien conversara podría ser su futuro yerno, imaginó lo susceptible que él sería de rendirse ante los encantos de Genji si no fueran del mismo sexo.

Cuando, al caer la tarde, el príncipe se retiró a sus aposentos, detrás de las pantallas del Fujitsubo, Genji sintió punzadas de celos. En el pasado, él había seguido a su padre, detrás de aquellas mismas pantallas, y de allí se había dirigido a la añorada dama. Ahora ésta no se encontraba cerca, y ciertamente nadie lo había perjudicado ni tenía motivo alguno de queja.

—No he hecho bien en visitaros —dijo él tiesamente mientras se erguía para dejar la residencia—. Deberíais venir más frecuentemente, mas cuando no tenga necesidad, lógicamente, de apartarme de vos; sería un gran placer si me permitierais conocer cualquier servicio que yo pudiese ejecutar para vos.

Myôbu no pudo hacer nada por él. Al parecer, la dama del Fujitsubo encontraba su presencia, más que nunca antes, como una dura prueba, y no mostraba signo alguno de apiadarse de él. Tristes e inútilmente pasaron los días. ¡Qué frágil y fugaz había sido su unión! Ambos se turbaron enormemente.

Shônagon, la nodriza de Murasaki, gozaba la vida placentera que un hado imprevisto le había concedido, y se decía que sin duda era por la intervención de los budas, a los que la finada dama monja rezara implorando por la joven Murasaki. La esposa

de Genji, en la Sanjô, era una dama del más alto rango, y otros asuntos, en verdad demasiados, ocupaban a su marido. ¿Enfrentaría acaso dificultades la joven Murasaki cuando se hiciera mujer? Sin embargo, él estaba tan aficionado a ella como a ninguna de las otras, y así su futuro parecía seguro. Siendo el período de duelo por una abuela materna de tres meses, fue la víspera de Año Nuevo que Murasaki dejó de vestir de luto. Mas la vieja dama había sido para ella tanto madre como abuela, de modo que ella eligió limitarse a tonos pálidos, sin diseño, rosados, lavandas y amarillos. Los colores tenues parecían muy frescos y bellos.

Antes de dirigirse al palacio a participar en las festividades matutinas de la corte, echó un vistazo al aposento de Murasaki.

—Desde hoy, que empieza un nuevo año, ¿te sientes ya crecida?

El aspecto sonriente de él era galano, suave y afectuoso.

Ella había sacado ya sus muñecas y se ocupaba en arreglarlas. Todo tipo de mueblecillos y accesorios se veían dispuestos en un par de estantes altos. Las casitas de muñecas parecían inundar la alcoba.

—Inuki desparramó todo al perseguir demonios anoche, y rompió esto, que arreglo en este momento —parecía que pensase que fuese una cuestión seria.

—Sí, de veras es muy torpe esa Inuki. Pediremos que alguien la repare para ti. Pero hoy no debes llorar. Con llanto es la peor manera de empezar un año nuevo.

Y él salió, su comitiva era tan numerosa que repletaba el amplio patio. Las mujeres miraban desde la galería, la jovencita estaba con ellas. Ella sacó un Genji entre sus muñecas y lo despidió rumbo a la corte.

—Este año deberás tratar de ser algo más madura —dijo Shônagon—. No tienes ya diez años, y sigues jugando con muñecas. No estará bien. ¡Cuando se tiene un buen esposo, una se debe mostrar quieta y seria! ¡Qué cosa, vuelas en trance incluso cuando tratamos de cepillar tu cabellera! —un conveniente modo de abochornar era parte de los métodos de Shônagon.

Así que tenía para sí «un marido afectuoso», pensó Murasaki. Los maridos de estas mujeres… ninguno de ellos era hombre así, y el de ella era joven y apuesto. La idea le venía ahora por vez primera, evidencia de que, a pesar de todo ese juego con

muñecas, ella maduraba. A veces desconcertaba a sus doncellas que aún ella fuera tan infantil. Aunque, en verdad, no se les ocurría pensar que en efecto ella no era aún mujer de nadie.

Desde el palacio, Genji se dirigió a la mansión de la Sanjô. Su esposa, como de costumbre, no mostró rasgo alguno de calidez o afecto; y, como siempre, él se sintió incómodo.

—¡Cuán placentero si este año pudierais mostraros un tanto más afectuosa!

Mas, desde que ella oyera acerca de la nueva dama que él tenía, se había tornado más y más distante. Estaba convencida de que la otra era ahora la primera de las damas de él, e indudablemente, ella se sentía tan desapacible como él. Empero, cuando en broma éste intentó hacer parecer que nada acontecía, ella respondió, aunque con reticencia. Todo lo que ella dijo fue singular e indefiniblemente elegante. Ella era cuatro años mayor que él y lo hacía sentir como un neófito. ¿Dónde, se preguntaba él, habría de encontrar una mácula en tanta perfección? No obstante, él parecía determinado a enojarla con sus otros enredos. Ella era una dama orgullosa, hija única mujer, muy engreída por una princesa, esposa de un ministro que echaba sombras sobre otros grandes de la corte, y ella no estaba dispuesta a tolerar la menor descortesía. Y él se comportaba como que tan susceptible modo fuese fácilmente dejado de lado. Ambos eran plenamente disímiles, tanto ella como él.

Aunque el padre de ella se sentía afectado también por las otras aventuras de Genji, olvidó sus enojos cuando estuvo frente a Genji, y se dedicó sólo a atenderlo. Cuando Genji se disponía a salir rumbo a la corte, al día siguiente, el ministro, tras observarlo detenidamente, le entregó un famoso cinturón para que lo usara con su indumentaria cortesana, enderezando la cola del vestido y ayudándole a calzarse mejor. Lo cual fue casi penoso.

—Lo usaré para la cena familiar de Su Majestad, a fines de mes[202]—dijo Genji.

—Hay otros cintos que os honrarían mucho más en ocasión así —el ministro insistió en que lo empleara ya—. Es un tanto inusual, eso es todo.

---

202. La *Naien*, a fines de la primera luna, amenizada con la composición de poesía en chino.

A veces se mostraba como que estar al servicio de Genji fuese su vida toda. No podía haber mayor placer que tener un hijo y un hermano así, aunque la familia de la Sanjô lo viese con tan poca frecuencia.

Genji no rindió muchas visitas por el Año Nuevo. Se presentó ante su padre, visitó al Príncipe Heredero, al emperador retirado[203] y finalmente a la dama del Fujitsubo, que aún permanecía con su familia. Las damas de ésta lo juzgaron más garrido que nunca.

—Sois tan bella, especialmente hoy.

Sin embargo la dama de Fujitsubo se notaba abstraída con diversas inquietudes cuando la atisbara por la rendija del biombo.

La duodécima luna, cuando ella debió haber dado a luz un niño, había pasado sin tal acontecimiento. Con seguridad debía ser en esta luna, decían sus doncellas, y en la corte todo estaba ya preparado; pero la primera luna transcurrió sin suceso alguno. Ella se encontraba muy turbada por los rumores de que había caído presa de una influencia maligna. Sus cuitas la habían afectado físicamente y dejando dispersarse sus sufrimientos pensaba si acaso su fin se acercaba.

Conforme el tiempo transcurría, era mayor la certeza de Genji: el niño era suyo; discretamente ordenó rituales de purificación en varios templos, sin elucidar su íntima duda. Más fervientemente consciente que nunca del incierto destino de las cosas del mundo, ahora se veía adicionalmente contristado por el temor de no poder volver a verla más. Empero, hacia fines de la segunda luna, ella alumbró un príncipe: hubo un júbilo inmenso en el palacio, como también en la mansión familiar de la consorte.

No obstante los remordimientos que en ella despertaran las plegarias que el emperador elevase para obtener que se le concediese a la parturienta una larga vida, al llegar a saber que en el Kokiden se tejían siniestras especulaciones acerca de ella, ella recobró sus energías acicateada por la idea de que las de allí reirían si ella desapareciese. El emperador deseaba ver a su nuevo vástago lo más pronto posible. Genji, lleno de una recóndita solicitud paternal, visitó a la dama del Fujitsubo cuando juzgó que no tendría ningún otro visitante.

---

203. Quizás el padre del *Tennô* reinante; pues no es vuelto a mencionar luego. El reinado del emperador, su padre, habría sido precedido por aquél del ya fallecido padre de la dama del Fujitsubo.

Él hizo saber que Su Majestad se inquietaba por contemplar al niño, y que él mismo podría verlo anteladamente para elevar un informe luego; pero ella se rehusó a mostrárselo, so pretexto de que era demasiado pronto como para correr el mínimo riesgo, y que ella tenía razones para ello. La semejanza en efecto, era tan pasmosa que le parecía que nadie podría equivocarse. Atormentada por sentimientos de culpa y aprehensión, temía que la horrenda verdad quedaría revelada y que ella sería condenada. La gente se congratulaba buscando el más mínimo y trivial de los deslices. Estos pensamientos la asediaban sin cesar, hundiéndola en una retraída congoja.

Por azar, Genji se encontró con la dama Myôbu, y le rogó que intercediese por él; pero no hubo nada que ella pudiera hacer.

—¿Por qué insistís tanto? Tendréis ocasión suficiente luego —no obstante, ella internamente se sentía tan descontenta como él.

—En aquel mundo, me pregunto, ¿se me permitirá verla de nuevo? —exclamó Genji entre lágrimas.

Myôbu lo contempló condolida.

¿Cómo es posible
que los lazos
en otra vida anudados
en ésta semejen
tan alejados estar?

»¡Eso no puede ser! —se quejó de su desdicha.

Las lágrimas de Genji llevaron casi a sollozar a Myôbu. Sabiendo lo infeliz que se sentía su señora, ella no podía rechazarlo sin más:

El verlo causa pesar.
No verlo tormento causa.
¡Tanto el corazón del padre
como aquel de la madre
perdidos en lo oscuro yerran!





Ilustración del capítulo VII «Momijinoga», en el *Genjimonogatariemaki*,
por Kanou Yusei (colección del archivo Kuyou,
早稲田大学 Waseda Daigaku).

Y quedamente añadió:

—Parece no haber fin tampoco a vuestra pena.

Ella lo despidió, sin haberlo podido ayudar. Su señora había indicado que, ante el riesgo de habladurías, no lo recibiría más; por tanto, no guardó ya el mismo afecto a Myôbu. Ésta se había conducido correctamente, en verdad, y nada hizo que atrajera la atención; mas había cometido algunas indiscreciones que ahora Myôbu mucho lamentaba.

Durante la cuarta luna, el principito fue llevado al palacio. Era grande y parecía despabilado para su edad, se sentaba e intentaba levantarse solo. La similitud de rasgos, pasmosa e indubitable, no provocó empero sospecha alguna en el emperador, que se decía que los niños de belleza excepcional eran todos parecidos, en verdad. Él veló sin cesar para que se le diesen los más diligentes cuidados.

Siempre había juzgado que Genji era la perfección misma, pero como temiera topar con las distintas opiniones, no osó instalarlo de niño en los aposentos del Príncipe Heredero; mas de ello se arrepentía aún, pues hubiera deseado haberlo hecho. El pesar aumentaba, pues Genji ahora un miembro del común, mejoraba en aspecto y cualidades. Y ahora, una dama de la más alta alcurnia le había dado otro radiante vástago. Este niño era para él como una joya impoluta, pero para la dama del Fujitsubo, una fuente de ilimitada culpa y aprensión.

Un día en que él, como de costumbre, había hecho venir a Genji para un divertimento musical en los aposentos de ella, él tomó al niño en sus brazos:

—Son mis hijos numerosos —dijo él—, mas vos fuisteis el único, como éste, al que desde esta edad haya velado yo noche y día. Ello implica, aunque quizá sea efecto de mi imaginación, que este niño se asemeja a vos enormemente. Puede que simplemente sea que a esta edad tan tierna, todos los niños sean así —dijo el emperador, admirando la belleza del párvulo.

Genji sintió que su rostro cambiaba de color: pasando del terror a la vergüenza, del gozo al enternecimiento, y creyó que se desharía en lágrimas. Mas, cuando el niño se puso a balbucear y a reír, le pareció tan bello que sintió horror, y se halló a la vez irreverente porque en verdad él se asemejaba tanto al niño. La dama del Fujitsubo

se encontraba tan confusa que sintió que la cubría un sudor frío. Ansioso como él estuviera de ver al niño, Genji dejó el lugar muy aturdido.

Retornó a la Nijô, pensando que cuando le pasase la agitación, se trasladaría a la mansión de la Sanjô y visitaría a su esposa. Cerca de la galería el jardín mostraba un vivo verde, punteado de claveles silvestres. Cortó unos pocos y los envió a Myôbu, y al parecer, escribió una larga y detallada carta que incluyera este mensaje para su ama:

Pienso en él
como en éste:
clavel silvestre
de lágrimas uno colmado
el otro de rocío perlado.

»Pensé en mi seto verlo florecer»[304], mas vano fue mi optimismo.

Sin duda, alguna ocasión favorable se presentó, pues ella hizo ver el presente a su ama, a quien dijo:

—Por gracia, respondedle, aunque con no mayor peso que el polvo sobre los pétalos.[205]

Presa de violentas emociones, la dama del Fujitsubo, envió una misiva de respuesta, breve y fragmentaria, y con muy esfumado trazo:

Mal nos hace
el clavel del país,
llanto nos provoca,
mas desertarlo
no podré.

Escribió una misiva de respuesta, con mano débil e interrumpida a medio trazo. Aún así, Myôbu la remitió con alegría. Genji solitariamente contemplaba el jardín, seguro de que como siempre habría sólo silencio. Su corazón saltó a la vista de Myôbu, y lágrimas de alegría asomaron a sus ojos.

---

204. *Tanka* anónima, en el *Gosenshû,* N° 199: *Quizá pronto en mi seto florezca, este silvestre clavel, para que en vos yo piense.*

205. *Tanka* de Okôchi no Mitsune, en el *Kokinshû,* N° 167: *Abierto el capullo, guardé a la flor del perdurable estío, y mucho la celé del duradero ardor, no la cubriera el polvo como a nuestro lecho* (el de su esposa y él).

Estar mohíno, decidió él, no le hacía ningún bien. Se dirigió al ala oeste en busca de compañía. Arrebujado y greñudo tañó una suave tonada en la flauta, mientras ingresaba al aposento de Murasaki. Ella se encontraba recostada sobre un reposabrazos, recatada y bella, como un clavel silvestre, pensó él, con fresco rocío encima.

Molesta porque él no se había presentado de inmediato, ella le dio la espalda, quizá resentida con él.

—Venid acá —exclamó él, arrodillándose en la galería.

Ella no se movió.

—Cual la orilla que cubre la alta marea…[206] —quedamente ella musitó, con la manga sobre su boca, y la que fuera refinada y graciosa, él juzgóla en extremo sagaz.

—Eso fue poco amable. Así que ¿habéis aprendido a quejaros? No querría que os cansarais de mí, veis, como se dice que los pescadores se hartan de los sargazos de Ise.[207] Él ordenó que trajeran un *koto* de trece cuerdas.

—Debéis ser cuidadosa. La segunda cuerda se rompe fácilmente y no desearíamos tener que cambiarla —y la reafinó al más bajo tono *hyôjô*.[208]

Tras tañer unas pocas notas para comprobar si estaba afinada, él empujó el *koto* hacia ella. No siendo capaz de enojarse ya, ella tañó para él, breve y muy hábilmente. Él se dijo que era encantadora, mientras ella se inclinaba hacia delante para pulsar una cuerda con su mano izquierda. Lo que la hizo verse muy linda. Él sacó una flauta y ella recibió así una lección de música. Muy prestamente pudo ella repetir una compleja melodía luego de oírla una sola vez. Sí, pensó él, ella era brillante y dulce, todo aquello que él había anhelado. En dueto, «Hosoroguseri» sonó precioso, no obstante su extraño nombre.[209] A pesar de su tierna juventud ella poseía un fino sentido para la música. Trajeron lámparas y juntos se pusieron a mirar pinturas. Dado que él dijera que debía partir después, sus hombres tosían nerviosamente, para advertirle de la hora. Si él no se apresuraba habría de cogerlos la lluvia, uno de ellos comentó.

---

206. *Tanka* de Sakanoue no Iratsume, en el *Manyôshû*, Nº 1394: *Cual la orilla que cubre la alta marea, la tierna hierba* (waka murasaki) *ocultado se ha, distíngola poco, ¡mas concibo tanto!*

207. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû*, Nº 683: *Podríais fatigaros de mí, pues tan a menudo os veo, como en Ise los pescadores de ver los mismos sargazos se fatigan.*

208. Una quinta más baja, el tono de La, la nota tónica es Mi.

209. Nombre de una hierba de flores como plumas.

Murasaki pareció de repente una pequeña criatura abandonada. Puso a un lado las pinturas y quedó con su rostro escondido en una almohada.

—¿Me añoráis cuando estoy lejos? —él acarició la cabellera que caía densa sobre los hombros de ella.

Ella asintió con un solo movimiento de cabeza.

—Y yo os extraño. Apenas puedo permanecer alejado de vos un solo día. Mas, no deben abrumarnos estas cosas. Sois aún una niña, y hay una dama celosa y confusa a quien preferiría no agraviar. Debo continuar visitándola, pero cuando hayáis crecido no os dejaré nunca más. Es porque pienso en todos los años que habremos de estar juntos que deseo mantenerme en buenos términos con aquélla.

Le refirió así, detalladamente, y ella se sintió ruborizada. No respondió. Y pronto, con la cabeza reposada sobre la rodilla de él, dormitó. Él se sintió miserable al verla e indicó a sus doncellas que, después de todo, no saldría. Habiendo partido ya su comitiva, ordenó la cena y despertó a la mocita.

—No habré de salir —dijo él.

Ella se sentó cabe él, nuevamente gozosa, mas cenó escasamente.

—Entonces, ¿nos vamos ya a dormir? —ella se mostraba todavía temerosa de que él pudiera dejarla.

Él sabía ya cuán difícil habría de ser cuando finalmente llegase la hora de partir.

Todos, por cierto, conocían cuántas noches pasaba él ahora en su casa. Esta noticia llegó a la mansión de su suegro en la Sanjô.

«¡Cuán extraño! ¿Quién podrá ser ella?», se preguntaban las mujeres. «No hemos sido capaces de descubrirlo. Nadie de buena cuna, de seguro, juzgando por el modo en que se aferra a él y presume del afecto que le tiene. Probablemente alguna con la que se topó en la corte y perdió la cordura, y ahora él la tiene escondida porque está avergonzado de que la gente la vea».

Por este motivo corría el rumor de que ella era todavía casi una niña.

—Me da lástima enterarme de que el Ministro de la Izquierda se siente infeliz con vos —comentó el emperador a Genji—. No podéis ser tan joven e inocente como para no percataros de todo lo que él ha hecho por vos desde que erais un

niño pequeño. Él se ha dedicado por completo a vos. ¿Debéis acaso pagarle así, injuriándolo?

Fue un augusto reproche que tornó a Genji incapaz de responder. El soberano repentinamente sintió pena de él. Era claro que no se sentía feliz con su esposa.

—No he oído rumor alguno, es verdad, tampoco sois promiscuo. No parece que repartáis vuestros afectos a las *nyôbo*[210] de aquí en la corte ni a mujeres en otras partes. ¿Qué oscuro rincón frecuentáis entonces para merecer semejante resentimiento?

El emperador, a pesar del peso de los años, en materia semejante estaba lejos de haber desistido, y como apreciaba la belleza y el espíritu hasta de aquellas que prestaban el servicio ordinario, numerosas en aquel tiempo eran las mujeres de buen ver en el palacio. Si Genji les dirigía el mínimo cumplido, raras eran las que guardaban su distancia, y quizá porque él las conocía demasiado bien, uno podía en efecto encontrarlo extrañamente indiferente a las mujeres de allí; a veces, para probarlo, ellas lo provocaban con alguna chanza, pero él les respondía sin afabilidad y sin azorarse un ápice, lo cual le había valido en ciertas doncellas una reputación de morosa austeridad.

Del número de aquéllas era una dama de edad avanzada, llamada Naishi,[211] de buena cuna, talentosa, cultivada y grandemente respetada; mas en asuntos del corazón no demasiado rigurosa. Genji había dudado ante su disoluto modo, mas intrigado porque tal guisa perdurase tanto, arregló un encuentro. Ella lo recibió formalmente, él no pensó que fuese incongruente tan amable acogida. Empero, no deseoso de que el mundo se enterara, la trató con indolencia, por lo que ella quedó muy disgustada.

Una mañana, cuando ella había concluido de acicalar el cabello del emperador y éste se había retirado para mudar de atuendo, ella se halló sola con Genji. Bien ataviada y aderezada como para embelesar, todos los detalles lo acicateaban al lance. Genji la miró con ojos desdeñosos ante tanta añosa coquetería, mas dado que no pudo ignorarla, él tiró de la cola de su vestidura. Ella se volvió, cubriendo su rostro con un abanico de anodino diseño, aunque aguaitó coquetamente por encima de éste, con oscuros y turbios párpados. Su cabellera, que por cierto el abanico no ocultaba,

210. Menina al servicio de la emperatriz, de la Concubina Mayor y de las concubinas imperiales.
211. Servidora segunda del Servicio Interior.

era áspera y greñuda. Un muy mal escogido abanico para una dama mayor, pensó él, dándole el suyo y tomando el de ella, de un rojo tan chillón que hasta la propia faz, él lo creía, debía colorearse por el reflejo; estaba decorado con la pintura de una alta arboleda sobre fondo dorado. En un ángulo, escrito con letra anticuada aunque no desapacible un verso: «Marchita, la hierba de Ôaraki».[212] ¡Increíble! ¡Qué desdicha que hubiera elegido poema tal…! Sonrió Genji.

—¡Lo que queréis decir, seguro estoy, es que vuestra fronda es albergue estival para el cuclillo![213]

Conversaron por un rato. Genji, nervioso, temía ser visto, pero Naishi permanecía imperturbable.

Estropeada y marchita
de Ôaraki la hierba somera
esté quizá, mas presta
para vuestro corcel
si a ella vinierais.

Ella era, de veras, muy provocadora.

Si de compartir hubiese
los bajos bambúes
de vuestra arboleda,
mi corcel temería
que otros lo espantasen.[214]

»Y ello no ocurriría, por nada.

Él se dispuso a partir, pero ella lo tomó de la manga.

—Ninguno ha sido jamás tan rudo conmigo, ninguno. A mi edad debería esperar una mínima cortesía.

Estas airadas lágrimas, puede que él dijera, no asientan a una añeja dama.

---

212. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû,* N° 892: *Marchita, la hierba de Ôaraki, ningún corcel por ella viene, ningún trillador se allega.*

213. Colección personal de Saneakira: *Llama el cuclillo, y nos hace saber que la fronda de Ôaraki su estival albergue es.*

214. La palabra *otros* alude a supuestos pretendientes distintos de Genji.

—Escribiré. Habéis estado en mi mente un buen tiempo —él trató de liberarse, pero ella lo siguió.

—Como el pilar del puente...[215] —dijo ella con reproche.

Habiendo concluido de vestirse, el emperador echó una mirada desde el aposento vecino. Se deleitó pensando que ambos eran la más desatinada de las parejas. Y sonrió diciéndose que inquietaba que ella tuviera el corazón de un hombre en juego, mas... ¡Qué astuta!

Naishi, aunque sumamente incómoda, no protestó con gran vehemencia. Hay de aquellas que no se afligen de ser acusadas por falsos rumores si son sobre hombres que convienen.

Las damas del palacio empezaban a cuchichear acerca del asunto, algo de veras asombroso, decían. Tô no Chûjô lo oyó. Él había pensado que sus propios lances eran variados, mas la posibilidad de una ligazón con una vieja no se le había ocurrido. Una inexhaustible y amorosa vieja podría ser divertida. Él dispuso su propio encuentro. También era muy apuesto, y Naishi pensó de él como no un tan magro consuelo por la pérdida de Genji. Empero (una halla difícil perdonar tal avidez), Genji era el que ella realmente deseara. ¡Qué extravagancia!

Dado que Tô no Chûjô era tan sigiloso, Genji no se enteró de que había sido reemplazado. Cada vez que Naishi lo veía le espetaba reproches. Él mostraba lástima por ella en sus años de declive, y habría gustado hacer algo a su favor, mas no se inclinaba a aturdirse en demasía.

Una noche, al fresco, luego de un chubasco, caminaba él cerca del pabellón Ummeiden. Naishi tañía su *biwa* del modo más atractivo. Era impar maestra en el instrumento, la invitaban a veces a unirse a los caballeros en los conciertos ofrecidos al emperador. El no correspondido amor prestaba a su tañer particular emoción en esta noche.

—¿Habré de casarme con el melonero?[216] —ella cantaba con muy buena voz.

---

215. *Tanka* anónima, en el *Shinchokusenshû*, N° 1285: *Pudriéndose, como el pilar del puente, en vos pienso, y así los años transcurren.*

216. Una *saibara* de nombre «Yamashiro»: *El melonero por esposa me quiere, ¿con él habré de casarme antes que los melones maduren?*

Aunque nada dichoso de pensarse reemplazado por un melonero, él se detuvo a escuchar. ¿Habría tenido el canto de la doncella de E-chou, de tiempo atrás, la misma hechicera queja?[217] Naishi pareció caer en un pensativo silencio. Musitando «La Cabaña del Este»[218] él se aproximó a su puerta. Ella se le unió mientras él cantaba:

—Abre mi puerta y pasa —pocas mujeres habrían sido tan osadas.

Nadie demora en la lluvia.
Ante mi oriental cabaña
húmedas están las mangas
de aquella que dentro aguarda .

No parecía correcto, pensó él, que él fuese la víctima de reproches tales. ¿Por qué, después de tantos años, aún no había ella aprendido a ser paciente?

Más próximo a los aleros
de oriental cabaña de una cortejada
hallarme no podré ya pues
alguien allí está antes que yo .

Él habría preferido apartarse del lugar, mas recordando sus modales, decidió aceptar la invitación de la dama. Por un rato intercambiaron frívolas chanzas. Lo que despertó sólo a veces su interés, pensó Genji.

Tô no Chûjô por largo tiempo había padecido el modo con que Genji estimaba justas sus propias aventuras y reprendía las ajenas, la pulcra faz que Genji mostraba al mundo parecía esconder mucho detrás. Tô no Chûjô había estado a la caza de una ocasión para dar a su amigo un tanto de lo que merecía. Sintiéndose de ánimo jovial, Tô no Chûjô quiso solazarse con Genji intentando darle un susto bajo la apariencia de hallarse confuso, buscando así decir: «¿Habéis escarmentado ya?».

---

217. Po Chü-i (Po Lo-tien) Obras Escogidas, X, "Al oír un canto en la noche."
218. Una *saibara*: Él: *Húmedo estoy de la lluvia de los aleros de tu cabaña del Este. ¿No abrirás la puerta y me dejarás entrar?* / Ella: *La trancaría su tuviese pestillo y cerradura. Abre mi puerta y pasa. ¿Soy acaso esposa de alguien?*

Era ya tarde, un viento fresco se levantaba. Genji, al parecer, dormitaba. Tô no Chûjô se escurrió en el aposento. Dado que no había dormido desde el principio por falta de confianza, Genji lo oyó, sin sospechar que pudiera ser Tô no Chûjô, y conjeturó que era el superintendente de reparaciones del palacio, que seguía aún visitando a la dama. Por nada del mundo habría de dejar que el viejo lo pillara en compañía de la anciana.

—¡Esto es una molestia...! Me voy. De seguro una araña os dijo que esperaseis al galán,[219] y vos me engañasteis. ¡Es ya demasiado!

Apresuradamente recogió sus atuendos y se ocultó detrás de un biombo. Tô no Chûjô, intentando contener la risa, se acercó al biombo e hizo innecesario ruido, plegándolo. Naishi, que se había entregado a devaneos amorosos a lo largo de muchos años, había pasado por desconcertantes experiencias similares frecuentemente. ¿Qué tendría en mente el intruso? ¿Qué querría hacerle a su Genji? Ella se agitó buscando cómo contener al entrometido. Ignorando aún la identidad de éste, Genji pensó en una fuga temeraria; pero desechó la idea... él al escape, huyendo con la ropa en desorden, la prenda de cabeza colgando de costado.

Silenciosa y furiosamente, Tô no Chûjô blandió una larga espada para ocultar su identidad.

—¡Por gracia, señor...!

Naishi se postró ante él estrujando sus manos. Él a duras penas pudo dominar un ataque de risa. El juvenil arranque de la dama le había costado no poco esfuerzo, pues no en vano se acercaba a los cincuenta y siete u ocho años. Se la veía grotesca, interponiéndose entre dos apuestos mozos olvidando su orgullo. Tô no Chûjô desempeñaba bien su papel, con el rostro airado como para que lo viese así cierta persona. Sin embargo, Genji columbró rápidamente quién era. Y se sintió ridículo al revelar que Tô no Chûjô lo había hecho con la traviesa intención de convencerse de la presencia de Genji en aquel lugar. Todo parecía muy necio y a la vez jocoso. Le dio al brazo que blandía la espada un resuelto pellizcón, y Tô no Chûjô pensó «¡Ay de mí!», y finalmente se rindió a la risa.

219. Se creía que la laboriosa araña anunciaba a las damas la llegada de un amante.

—Es necedad hacer tal cosa —dijo Genji—. Estas bromas vuestras son de veras riesgosas. Dejadme tomar mis prendas, si os place.

Pero Tô no Chûjô se negó a entregárselas.

—Pues bien, entonces dejad que estemos ambos desvestidos —Genji deshizo el nudo del cinturón de su amigo e intentó despojarlo de su indumentaria, rompiendo con ello la costura a la altura del hombro de la prenda en disputa.

El nombre encubierto
quizá revelado
al mundo será
tras de la rotura
del traje nupcial.

—No es vuestro deseo, estoy seguro, que la gente sepa del atuendo roto.[220]

Genji replicó:

Os mofáis de mí, señor,
tornándome en distracción,
aun vos sabéis muy bien,
vuestras estivales prendas
mucho más ligeras son.

Algo magullados, ambos partieron juntos, como mejores amigos. Pero cuando Genji se tendió en su lecho, sintió que había sido el perdedor, pues había sido pescado en tan comprometedora situación.

Una afrentada Naishi llegó al día siguiente para devolver un cinturón y un par de faldones. Ella entregó a Genji una nota:

---

220. *Tanka* anónima, en el *Kokin Rokujô*: *Fuera de vista los mantengo, mis atuendos escarlata, mi deseo no es que el mundo todo lo sepa.*

No valen comentarios,
tengo aún resentimiento
pues la costa sin almejas veo,
las olas que juntas vinieron
juntas partieron también.[221]

»Dejando un seco lecho de río descubierto.

Genji quedó atónito por su descaro. Detestó un tanto a aquella mujer y, sin embargo, pudo imaginarse cuán turbada podría ella estar. Ésta fue su respuesta:

No me quejaré
de la ola que llegara
tempestuosa, enfurecida,
mas sí de la acogedora playa,
a ella tengo rencor.[222]

El cinturón era de Tô no Chûjô, de un color demasiado oscuro como para casar con el atuendo de Genji. Vio que había perdido el largo de una manga. Un lance de lo más indecoroso. Aquellos que yerran por la senda del amor se extravían en locas situaciones. Con tal pensamiento aplacó su ardor.

De servicio en el palacio, Tô no Chûjô hizo que el perdido largo de una manga, muy cubierto, le fuese devuelto, con la sugerencia de retornarse a su lugar pertinente. Genji sintió rabia pues habría gustado saber cómo fue que había logrado hacerse de la manga. Tuvo un cierto consuelo pues tenía consigo el cinturón.

Lo devolvió también, envuelto en papel que hacía juego, y adicionó este poema:

---

221. Retruécano: la palabra *resentimiento* se vincula con *costa* (*urami*). A la vez tienen relación «no vale» y «sin almejas» (*kai-nashi*).

222. La autora metafóricamente alude a Tô no Chûjô como *ola enfurecida*, y a Naishi como *acogedora playa.*

Si de vuestros amoríos
cesase uno a la mitad
la culpa será de mí,
el azul cinturón retengo
no he de tomarlo jamás.[223]

La respuesta vino sin demora:

Despojado de tal guisa
por vos de aquel cinturón
ello ciertamente habrá
de arruinar mis devaneos,
¿cómo no os querría yo?

»¡No esperéis sacar de esto buen provecho!

Más tarde, durante aquel día, uno y otros se presentaron al palacio. Genji, con aire de aparente calma, se mostraba distante, por eso Tô no Chûjô se solazaba grandemente para sus adentros, pero era un día en que había de reportarse numerosos asuntos y él se mostró con una imperturbable seriedad, empero, uno y otro sonrieron al intercambiar miradas. Aprovechando un instante en que quedaron solos, Tô no Chûjô se aproximó a Genji y le dijo, con una recelosa mirada de soslayo:

—¡Habréis corregido, supongo, vuestros lances clandestinos!

—Y, ¿por qué yo? Sois vos quien ha retornado vapuleado, ¡digno de compasión al volver con las manos vacías! Ambos hicieron voto de silencio, prometiendo comportarse como el río que nada sabe.[224]

Sin embargo, Tô no Chûjô no perdió ocasión de recordarle a Genji el incidente. Y todo fue por aquella enojosa vieja dama, pensó Genji. No volvería a cometer error tal. Un flagelo para él fue que ella prosiguiese, muy puerilmente, haciendo conocida su animosidad. Tô no Chûjô no lo reveló a su hermana, la esposa de Genji, pero tramó una treta para rendir la intrepidez de Genji.

223. Cita una estrofa de *Ishikawa* (Río de Piedras), *saibara* o canto popular de la época Heian.
224. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû*, Nº 1108: *Si ellos por nosotros preguntaran, oh Río que Nada Sabe, sé fiel a tu nombre y declara meramente «también me lo pregunto».*

Como era el favorito de su padre, Genji solía ser tratado respetuosamente incluso por príncipes cuyas madres eran de más alto rango, sólo Tô no Chûjô rehusaba mostrarse pávido. En verdad, se hallaba dispuesto a refutarle el mínimo asunto. Él y su hermana, solamente entre los hijos del ministro, tenían a la hermana del emperador por madre propia. Genji, cierto es, pertenecía a la familia imperial, pero el hijo de la hermana del emperador y de su ministro favorito no sentía que debía deferencia a nadie y era imposible rebatir que él era un lozano y espléndido caballero. La porfía entre los dos dio lugar a varias divertidas consejas, segura estoy de ello, pero sería tedioso recolectarlas y narrarlas.

En la séptima luna, se supo que la dama del Fujitsubo había sido elevada a la jerarquía de emperatriz.[225] A Genji se le dio un sitial en Gran Consejo. Tomando medidas para su abdicación, el emperador quiso nombrar como Príncipe Heredero al pequeño vástago de la dama del Fujitsubo. No obstante, el mocito no halló un fuerte respaldo. Sus tíos, todos, eran príncipes del linaje, y así no podían asumir el gobierno de los asuntos públicos. El emperador, por ello, deseó colocar a la dama del Fujitsubo en una posición intangible, desde la cual promover la carrera de su hijo.

La indignación de la dama del Kokiden, Consorte Imperial Mayor,[226] alcanzó naturalmente nuevas cotas de intensidad.

El emperador acotó:

—Dentro de poco llegará el día del hijo nuestro, y nadie se hallará en condición de retaros. ¡Tranquilizaos!

Como siempre, la gente comentaba el asunto del heredero como tema inquietante diciéndose que no era cosa dable nombrar una emperatriz, sobrepasando a otra dama que por más de veinte años fuera la madre del Príncipe Heredero.

Genji se hallaba de servicio la noche en que la dama del Fujitsubo hizo su aparición formal como emperatriz. Entre las damas del emperador sólo ella era hija de una emperatriz, y su vástago era a su vez una joya impecable. Todos servían a ambos con máxima devoción, pero, al menos para un hombre, ésta no era ocasión de complacencia.

---

225. El rango de emperatriz, *Kôgô*, era conferido —por lo común— tardíamente durante un reinado.
226. La Consorte Mayor, *Chûgû*, encabezaba al conjunto de *nyôgo* o concubinas del *Tennô*.

Con mortal agonía, él pensó en la dama dentro del palanquín ceremonial. Ahora estaría allende su alcance.

Aún el final ignoro
perplejo sin fin yo quedo
mientras que a ella
enaltecida la veo
por encima de las nubes.

Genji tarareó solo, y todo lo que hiciera espejeó su tristeza.

Los días y las lunas transcurrieron, y el principito se tornaba la imagen viva de Genji. La dama del Fujitsubo se hallaba en terror constante, aunque quizá nadie había vislumbrado la verdad. ¿Cómo, se preguntaban, podría alguien que no era Genji, ser tan apuesto como él? Ellos, Genji y el principito, eran como el sol y la luna, lado al lado en el firmamento.

CAPÍTULO VIII

花宴

Hana no En

El banquete florido

Pasado el vigésimo día de la segunda luna, el emperador dispuso un convite bajo los cerezos del Pabellón del Sur. La *Kôgô* y el Príncipe Heredero[227] estaban sentados a la diestra y la siniestra del trono.[228] Tales sitios, ciertamente, disgustaron a la dama del Kokiden,[229] mas ella prefirió guardar las apariencias, pues no podía privarse de presenciar el espectáculo. Hacía un bello día. El cielo, claro; los pájaros gorjeaban. Príncipes, altos cortesanos y otros, aficionados a la poesía china, una vez sorteados los temas, se acercaron a recogerlos.[230]

Genji, con resonante voz, sobresalió al decir:

—El tema que he de rimar es la primavera.

La asistencia volvió sus ojos hacia Tô no Chûjô quien, absorto quizá, se mostraba calmo y digno; su voz, al anunciar el tema de sus versos fue casi tan destacada como la de Genji. Varios de los altos nobles se revelaron renuentes a seguir la enunciación, y los de inferior rango fueron más reacios aún. Al medio del radiante jardín salían con reticencia, pues tanto el emperador como el Príncipe Heredero eran conocedores del arte poética, en un tiempo en que los talentos insignes abundaban. Poetizar en chino no es tarea inasequible, mas la mayoría expresaba el más hondo desaliento. Los viejos

---

227. La dama del Fujitsubo y el hijo de la Concubina Mayor. Genji, para entonces, tenía 20 años.
228. El emperador tomó asiento a la izquierda (lado oriental) y la emperatriz lo hizo a la derecha (lado oeste) mirando de frente.
229. La preterida *Chûgû*, madre del heredero, hasta poco tiempo antes, la más elevada entre las *nyôgo* o concubinas imperiales.
230. Contienda de versificación, efectuada en el jardín meridional del Pabellón del Sur.

letrados, que lucían demacrados, con extraños atuendos, habitualmente desgastados, como en toda circunstancia, despertaron en el emperador un atento interés.

Evidentemente, con el máximo celo, un concierto había sido planeado para la ocasión. A la puesta del sol, los propicios tonos del «Canto del ruiseñor vernal» resonaron de modo inusualmente delicado, dado que el príncipe evocara el buen suceso aportado por Genji durante la Fiesta del Follaje Rojo.[231]

El Príncipe Heredero coronó de flores a Genji, quien se hallaba a la diestra del trono y lo instó a danzar hasta lograr convencerlo. Aunque fue breve su danza, el sosegado ondular de sus mangas al final de la misma resultó portentoso. El Ministro de la Izquierda, olvidando su enfado con su displicente yerno, derramó emotivas lágrimas.

—¿Dónde se halla Tô no Chûjô? —preguntó el emperador—. Haced que venga de inmediato.

Tô no Chûjô, quien se hallaba a la siniestra del trono, interpretó más prolongadamente la danza «Jardín de sauces floridos», con mayor primor y deliberado arte que Genji, porque quizá se había preparado para la convocatoria imperial. Fue tan atrayente su actuación que el emperador le obsequió una vestidura, grato signo de la complacencia imperial, juzgaron todos.

Otros altos nobles igualmente danzaron, sin orden preestablecido, mas al caer la noche, se tornó arduo discernir quién fuera el mejor danzarín. Llegada la hora de la declamación, el poema de Genji fue tan sobresaliente que el lector hizo pausas para comentar cada verso. Los letrados quedaron hondamente conmovidos. Dado que Genji era para el emperador una luminaria esplendorosa, el poema no dejó de emocionarlo igualmente. En cuanto a la *Kôgô*, se preguntaba cómo podía la dama del Kokiden odiar a este mozo, y reflexionaba sobre su propio infortunio de sentirse tan extrañamente atraída por él.

231. La música y la danza habían sido introducidos en el siglo VIII, procedentes de la China de la dinastía Tang. La danza fue clasificada luego en dos grupos como «de la izquierda» y «de la derecha». El primero, proveniente de la China y el segundo, originado en Corea.

Si este capullo pudiera
como flor ajena ver
rocío alguno no habría
que el corazón
me empañara.

Recitó quedo, para sí misma. ¿Cómo haber adivinado lo que su fuero interno agitaba?

Tarde por la noche, el festejo concluyó. Los dignatarios se habían retirado ya. La *Kôgô* y el Príncipe Heredero habían retornado ambos a sus aposentos en el palacio interior. Todo era quietud. La luna se había elevado, clara, muy brillante. Genji, arrebatado por el licor, no deseaba dejar tan amable entorno. Las azafatas del servicio imperial nocturno estarían ya dormidas. No aguardando visitantes, su propia dama podría haber dejado entreabierta su puerta. Se dirigió, sigiloso, hacia sus aposentos, pero la puerta de aquella a quien pedir que lo guiara se hallaba bien cerrada. Suspiró. No inclinado aún a rendirse, se encaminó por la galería vecina al pabellón de la dama del Kokiden. La tercera puerta desde el norte se hallaba abierta. La propia dama del Kokiden se encontraba con el emperador, y sus aposentos estaban casi desiertos. La puerta de goznes en el rincón extremo se veía abierta también. Todo era sólo silencio. De esta guisa, pensó, una dama incitaba su perdición. Se deslizó a lo largo de la galería y hasta la puerta de la alcoba mayor. Miró dentro. Todos parecían dormir.

—¿Qué puede compararse a una brumosa luna primaveral?[232] —fue una dulce y joven voz, tan delicada que su dueña no podía ser la de una criada ordinaria.

Ella se acercó a la puerta (¿podía acaso creerlo?). Deleitado él la tomó de la manga.

—¿Quién sois? —ella se mostró temerosa.

—Nada debéis temer.

232. Alusión a una famosa *tanka* de Ôe no Chisato (siglo IX): *¿Qué es más deseable que una noche en que la luna, umbrosamente nublada, de la vista no se aparta jamás?*

Tarde en la noche
gozamos la nubosa luna,
nada nuboso ha de haber
en el lazo entre los dos.

Presta y ligeramente él la llevó en brazos a la galería, y corrió la puerta cerrándola. El asombro de ella le complació grandemente.

Trémula, ella pidió ayuda:

—¡Aquí hay alguien...!

—No os hará ningún bien. Se consiente siempre mi deseo. ¡Sólo estaos quieta, por gracia!

Ella reconoció la voz de él, y de algún modo se sintió apaciguada. Aunque, por cierto, azorada; evidentemente no quería que él pensase que era una mujer obstinada. Podría ser porque él estaba aún algo ebrio que no admitiese la posibilidad de dejarla ir; y ella, joven e irresoluta, no sabía cómo mandarlo fuera. Él seguía entusiasmado por ella, pero también muy nervioso, pues la alborada se avecinaba. Ella se hallaba en una agonía de temores por si pudieran verlos.

—Debéis decirme quién sois —dijo él—. ¿Cómo he de escribiros si vos no lo habréis de hacer? Ciertamente no pensaréis que he de dejar las cosas quedarse como están.

Si la soledosa
se desvaneciera
del todo,
¿iríais al brezal herboso
a inquirir su nombre?

Su voz tenía una suave tonalidad de seductora gracia.

—No me expresé bien.

Saber quiero
¿de quién es
la escarchada cabaña?
antes que el viento
sople por el brezal de bambúes.

»Sólo una cosa, una fría acogida, destruir podría mi ansiedad de visitaros. ¿Quizá tenéis en mente una táctica de desvío?

Intercambiaron abanicos, y él se puso en camino. Mientras hablaba, un grupo de mujeres entraba y salía de los aposentos de la dama del Kokiden. También había mujeres hasta en la alcoba de él, algunas ya despiertas. Simulando estar dormidas, se daban de codazos e intercambiaban cuchicheos acerca de la celeridad con que él proseguía sus proezas nocturnas.

Le fue imposible dormir. ¡Qué hermosa muchacha! Sin duda, una de las hermanas menores de la dama del Kokiden. Quizá la quinta o sexta hija de la familia, pues había parecido saber muy poco acerca de los hombres. Él había oído que la cuarta hija, después de las que el príncipe de Hotaru[233] y Tô no Chûjô evadieran, «era una verdadera beldad». Pero, especuló que el encuentro podría haber sido más ameno si la dama hubiese sido una de las hermanas mayores. Él más bien ansió que no se tratase de la sexta hija, a quien el ministro pensaba casar con el Príncipe Heredero.[234] La cuestión era que no tenía modo de asegurarse. Había parecido que ella no deseaba que el asunto acabase con aquel fortuito encuentro. Pero, ¿por qué entonces no le dijo cómo podría escribirle? Estas cavilaciones y otras sugieren que él se interesaba de veras por ella. Pensó también en el pabellón de la dama del Fujitsubo, y cuán más inaccesible y misterioso era ahora, en verdad cuán únicamente así.

Disfrutó de un banquete primaveral menor con el que se divirtió ese día. Tañó el *koto* de trece cuerdas llamado *sô*, su ejecución fue de algún modo más etérea y rica que en la oportunidad anterior. La dama del Fujitsubo se dirigió a los aposentos del emperador al amanecer.

---

233. Medio hermano menor de Genji. Luego designado Jefe de las Fuerzas en el Dazai, apartada comarca en la isla de Kyûshû, traspaís de la actual ciudad de Fukuoka.
234. El Príncipe Heredero, Genji y el príncipe Hotaru eran hermanos de diferente madre.

Genji se hallaba desazonado, preguntándose si acaso la dama que viera al fulgor del alba dejaría el palacio. Envió a Yoshikiyo y Koremitsu, que no dejaban que nada se les escapase, a montar guardia, y cuando él se disponía a retirarse de la presencia imperial, recibió el reporte de aquéllos, y su agitación se acrecentó.

—Algunos carruajes que habían sido mantenidos fuera de la vista acaban de dejar el recinto por la puerta norte. Dos de los hermanos de la dama del Kokiden y varios otros miembros de la familia salieron a despedirlos; de tal modo inferimos que las damas debían ser parte de la familia también. Eran damas de alguna importancia, en todo caso, eso queda claro. Había tres carruajes en total.

Genji se sintió afligido ante lo que escuchaba.

¿Cómo podría saber con cuál de las hermanas de la *Chûgû* había tenido tal encuentro? Suponiendo que el padre de ella llegase a saber del asunto y lo acogiera ostentosamente en su familia, él no habría visto lo suficiente de la dama como para estar seguro que tal perspectiva le pudiese deleitar. Empero, él sí quería conocer quién era ella. Él, sentado, contemplaba el jardín.

Fue enternecedor pensar en la damita Murasaki, que estaría mohína y disgustada, lo temía, pues no la había visitado durante algunos días. Miró el abanico que al resplandor del alba recibiera como una prueba. Era un «cerezo de tres pliegues».[235] La pintura, en el anverso ricamente colorido, mostraba una nubosa luna reflejada en el agua; si bien no era algo notable, pues había sido usado a menudo, la evocó satisfecho de su buen gusto. Rememoró con particular ternura el poema en torno a los brezales herbosos.

Anotó un poema junto a la luna nubosa:

Conocido no había
tal súbita soledad,
ver esfumarse
en alboreante cielo
la luna.

---

235. Objeto un tanto extraño, se dice que era un abanico de varillas de tres pliegues, cubiertas con papel rosado.

Por muy largo tiempo, había descuidado la mansión de su suegro en la Sanjô, pero la pequeña Murasaki se hallaba con mayor ardor en su mente. Debía ir a confortarla. Ella lo complacía mucho más, le parecía más linda, más lista y más amable cada vez que la veía. Él se solazaba en su anhelo de formarla hasta plasmarla tal como la ideaba. Empero, se ensombrecía al pensar que ello pudiera tornarla en demasía galante con los hombres. Le refirió la última hablilla de la corte y luego tuvieron una lección de música. Mas, debía partir nuevamente, de modo que ella se mostró afligida al verlo partir, pero ya no se asió de él como antes lo hiciera.

En la Sanjô transcurrió como usualmente: su esposa[236] lo hizo esperar. En medio del tedio caviló en cosas diversas. Cuando le acercaron un *koto*, él al azar tañó una tonadilla por pasar el rato, «Ni una noche de suave sueño»[237], y cantó acompañando su tañer.
El ministro llegó para platicar sobre los recientes deleitables sucesos.

—Soy ya muy viejo, y he servido durante cuatro sucesivos reinados, mas nunca conocí ocasión semejante a aquélla del banquete. Tan sutiles e ingeniosos poemas, tan delicadas melodías y danzas, estáis en términos de igualdad con los más grandes intérpretes, abundantes en nuestros días, y arregláis las cosas con tan admirable habilidad. Incluso los cargados de años como yo nos sentimos tan conmovidos. En aquel momento reparé que si menos años de vida tuviera, me habría unido a vos en el baile.

—La habilidad maravillosa de que habláis, señor, no es de veras tal; sólo intentaba afinar la interpretación aquí y allá. Es únicamente cuestión de saber dónde inquirir. «Jardín de Sauces y Flores» ejecutado por Tô no Chûjô fue la mejor parte, pienso, una glosa que habrá de servir de modelo para todas las edades. Y qué memorable día habría sido, qué honor ganado para nuestro tiempo, si en la avanzada primavera de la vida vuestra hubieseis seguido vuestro impulso de danzar para nosotros.

Pronto Tô no Chûjô y sus hermanos, reclinándose fortuitamente contra la baranda de la galería, se acoplaron en hermoso concierto tañendo sus instrumentos favoritos.

---

236. La dama Aoi.

237. La *saibara* llamada «El río Nuki»: *Ni una noche de grato sueño / Suave como almohadón de juncos / las ondas del río Nuki / mi padre entre los dos pone.*

La dama de aquel encuentro matinal, memorando el sueño evanescente, yacía hundida en tristes pensamientos. Los planes de su padre, de entregarla al Príncipe Heredero durante la cuarta luna, eran fuente de una enorme ansiedad. En cuanto a Genji, no carecía de medios para ir en su busca, pero desconocía de cuál de las hermanas de la dama del Kokiden se trataba, y no deseaba involucrarse con tan inamistosa familia.

A fines de la cuarta luna, los príncipes y los altos nobles de la corte se congregaron en la mansión del Ministro de la Derecha, padre de la dama del Kokiden, para una partida de tiro al arco, que fuera seguida de un banquete bajo las glicinas. Aunque los capullos de cerezo habían pasado ya la plena floración, dos árboles, habiendo aprendido que los cerezos montañeses bien hacen al tardar en florecer, se hallaban en morosa, espléndida floración. La mansión del ministro había sido remozada, y hermosamente ornada, para las ceremonias de iniciación de las princesas, sus nietas. Todo en ornamentado estilo, como el dueño gustaba, todo conforme a la más reciente moda.

Viendo a Genji en el palacio un día, el ministro lo invitó a las celebraciones. Mas Genji no lo visitó. El ministro se decepcionó y pensó que para consumar aquel convite, él no debía faltar. Por ende envió a uno de sus hijos, oficial de la guardia, con un mensaje:

Si estos capullos míos
del tipo ordinario fueran,
¿os incitaría acaso
a venir a contemplarlos?

Genji mostró el poema a su padre.

—Al parecer, él está muy complacido con sus flores —río el emperador—. Mas debes ir sin tardanza. Después de todo, él te ha enviado una personal invitación. Es en su mansión donde las princesas, hermanas tuyas, son criadas. Escasamente eres un extraño allí.

Genji se atavió con sumo esmero. Oscurecía ya cuando, finalmente, se hizo presente. Vestía un atuendo de fino damasco blanco de la China, con un forro carmesí, y debajo una muy larga túnica de cola, granate. Enteramente, el garboso joven príncipe añadió

algo novedoso a los congregados que muy afablemente lo recibieran, pues los otros huéspedes se hallaban más formalmente vestidos. Él, en cierto sentido, superó a las flores, casi arruinando la velada, pues además tañó hermosamente varios instrumentos. Tarde, avanzada la noche, se levantó fingiendo estar ebrio. La primera y la tercera princesas vivían en el aposento mayor. Él se dirigió a la galería oriental y se inclinó sobre una puerta. Las persianas estaban alzadas, y varias mujeres reunidas se inclinaban sobre otra puerta, en el rincón sudoeste, hacia donde las glicinas florecían. Sus mangas se hallaban ostensiblemente extendidas, hasta debajo de las pantallas, como en un concierto de Año Nuevo. Todo un tanto exagerado, pensó él, y no pudo evitar cavilar acerca de la reticencia de la dama del Fujitsubo.

—No me sentía bien, primeramente, y me saturaron de bebidas. Sé que no debería, pero os pregunto, ¿acaso podríais ocultarme? —exclamó él mientras levantaba la persiana en una esquina de la puerta.

—Por gracia, caro señor, ello no es factible. Es para nosotras mendigas el rogar tales favores de vosotros garbosos caballeros.

Aunque no de arrolladora dignidad, las mujeres ciertamente no eran del común.

Un denso incienso se cernía en el aire y el crujir de la seda era alegre y vivaz. Dado que las princesas parecían preferir las cosas flamantes, la escena quizá carecía de recónditas sombras.

La hora y el lugar eran apenas apropiados para el galanteo, y no obstante el interés de él se suscitó. ¿Cuál de ellas sería la dama de la brumosa luna?

—Algo abominable ha acontecido —dijo él pícaramente—. Alguien ha hurtado mi abanico[238] —y se sentó, recostado en un pilar.

—¡Qué curiosas cosas hacen los de Koma![239] —la dama que diestramente retornó su alusión no semejaba saber acerca del trueque de los abanicos.

Pillando un suspiro de otra de las damas, se inclinó hacia delante y le rozó la mano.

238. Referencia indirecta a la *saibara* «Ishikawa», pues las palabras para «abanico» y «cinto» son similares: *Horrorosa cosa aconteció / hurtó alguien mi cinto / el hombre de Koma fue, en Ishikawa.*

239. *Koma*, nombre japonés del antiguo reino coreano, norteño, de Koguryo.

Yerro extraviado
por el monte Flecha
e inquiero,
¿veré acaso una vez más
la luna que breve distinguiera?

»O ¿he de proseguir errando?

Parecía que ella no podría permanecer en silencio.

Sólo aquellos inestables,
aquellos sin gravedad
son dejados en el cielo
cuando el arco de la luna
se ha ido ya.

Era aquella misma voz. Él quedó embelesado. Y sin embargo…

CAPÍTULO IX



Aoi

Las malvas

Con el nuevo reinado, la carrera de Genji se vio perturbada[240] y, como debía ser en extremo discreto en lo tocante a sus amoríos, conforme se elevaba en rango, tenía cada vez menos con qué solazarse. Por doquier hubo quejas acerca de su excesiva reserva. Afanosa de escarmentarlo, una dama continuaba causándole ansiedad por su peculiar frialdad. El emperador abdicado frecuentaba más que antes a la dama del Fujitsubo, se comportaba como un hombre común y permanecía siempre a su lado. Mientras que, disgustada por tal circunstancia, la dama del Kokiden continuaba siempre en el palacio mayor. La dama del Fujitsubo se sentía dichosa y segura. Los conciertos en el palacio del emperador retirado atraían la atención de toda la corte, y enteramente la vida era mucho más feliz para ambos que cuando el tiempo en que él reinaba. Sólo algo faltaba: el soberano retirado grandemente añoraba al Príncipe Heredero, el hijo de la dama del Fujitsubo, y se hallaba cuitado pues aquél no contaba con fuertes valedores. Genji, se decía, debe ser consejero y guardián del niño. Genji se sentía a la vez complacido y confundido en su interior.

Y, además, estaba el asunto de la dama de la Rokujô.[241] Con el cambio de reinado, la hija de aquélla, también hija del difunto Príncipe Heredero, había sido designada suma sacerdotisa del santuario de Ise. No confiando más en el afecto de Genji, la dama de

240. La secuencia, que alude a la primera esposa de Genji, Aoi no Ue (dama de las malvas), se inicia en el cuarto mes de los 22 años de Genji y transcurre hasta el año nuevo en que cumplirá 23. Tras la abdicación de su padre, el emperador Kiritsubo, un nuevo emperador, el emperador Suzaku había ascendido al trono.

241. Anciana dama, viuda de un anterior Príncipe Heredero, a la que Genji cortejara y que se tornaría insanamente celosa. Su hija recibe el nombre de Akikonomu (la que ama el otoño).

la Rokujô había pensado que valiéndose de la juventud de su hija como excusa, ella también se trasladaría a Ise.

El viejo emperador supo de sus planes.

—El Príncipe Heredero le tenía tanto cariño —le dijo abiertamente a Genji, con abierto descontento—. Me entristece que la hayas tomado a la ligera, como si se tratara de cualquier mujer ordinaria. Tengo a la alta sacerdotisa como a una de mis propias hijas, y tú deberías ser bueno con su madre, por mí y por el bien del finado príncipe. No te hace ningún provecho abandonar estos asuntos según te lleve el impulso.

Era cabalmente cierto, pensó Genji. Y guardó silencio.

—Deberías tratar a toda mujer con discreción y fineza, no permitir que pudiera sentirse humillada, y asegurarte de no suscitar su rencor.

¿Qué habría de pensar su padre si llegase a saber del peor desliz de Genji? La sola idea hizo que Genji se estremeciese. Y haciendo una venia se retiró.

La cuestión por la cual su padre lo reprobara así no era beneficiosa para ninguno de ellos, ni la mujer ni el propio Genji. Era un escándalo, algo sumamente aciago para ella. Ella siguió en la mente de Genji, empero, no tenía intención alguna de hacerla su concubina. Ella se mostraba fría con él, turbada por la diferencia de edades.[242] Él quiso simular que era debido a los deseos de ella que se mantenía lejos. Ahora que el emperador retirado sabía del amorío, toda la corte se había enterado ya. No obstante ello, la dama continuó lamentándose porque él no la hubiese amado más intensamente.

Había otra dama, la princesa Asagao,[243] prima de Genji. Decidida a no compartir el sino de la dama de la Rokujô, aquélla se rehusó incluso a dar la mínima respuesta a la notas de él. Empero, él la juzgó sumamente cortés por evitar propinarle un abierto agravio.

En la Sanjô, la esposa de Genji y su familia se mostraban más infelices aun con las infidelidades de él, mas quizá debido a que no les mentía, mayormente guardaron para sí mismos su disgusto. Su esposa esperaba un vástago y padecía una fiera aflicción mental y física. Para Genji era como un conmovedor y extraño episodio. Todos se mostraban exultantes, pero a la vez llenos de aprensión, y por ello toda suerte de

---

242. Ella era siete años mayor que Genji.
243. Hija del príncipe Momozono.

retiros y abstinencias le fueron prescritas a la dama. Escaso tiempo para sí mismo tenía entonces Genji. Aunque no deseaba particularmente evitar a la dama de la Rokujô, y a las otras, raramente les rendía visita.

Aproximadamente en el mismo instante, la suma sacerdotisa de Kamo renunció a la dignidad.[244] Fue reemplazada por la tercera hija del emperador retirado, cuya madre era la dama del Kokiden. La nueva sacerdotisa era la favorita de su hermano, del nuevo emperador y de su propia madre, y causaba lástima que ella tuviese que apartarse de la vida cortesana; mas, ninguna otra princesa poseía las calidades para tal dignidad. Las ceremonias de investidura, en la austera tradición shintoísta, lucieron gran solemnidad y dignidad. Muchos nuevos detalles se añadieron al festival de Kamo, en la cuarta luna, de modo que se asegurase que fuera la mejor de las estaciones. Aunque el número de los altos nobles de la corte que asistieran a la consagración de la princesa[245] fue limitado según la jerarquía, se puso gran cuidado para elegir hombres apuestos, de buen lustre. Semejante esmero se tuvo para la confección de sus uniformes y en el igual atavío de sus corceles. Genji se halló entre los circunstantes, por especial voluntad del nuevo emperador. Los caballeros y las damas habían aprestado sus carruajes con mucha antelación, e Ichijô fue una aplastante y temible presencia, no dejando espacio para ningún otro vehículo. Las tribunas a lo largo del camino habían sido erigidas con el mayor boato. Las mangas que se ostentaban bajo los cortinajes satisfacían plenamente, por su brillantez y variedad, todas las promesas festivas.

La dama Aoi, esposa de Genji, rara vez salía de excursión a espectáculos, y su gravidez era otro motivo para que permaneciera en casa.

Sin embargo, sus doncellas rezongaron:

—De veras, mi señora, no será ningún regocijo pasar por furtivas. ¡Hasta por completamente extrañas, pues toda la gente ha venido a ver a nuestro amo! Han traído a sus mujeres y parientes desde las más lejanas comarcas. Será demasiado si vos nos mantuviereis lejos de la ceremonia.

---

244. Todo emperador, con motivo de su sucesión, debía enviar a una hija o nieta soltera al gran santuario shintoísta de Ise, y otra al santuario de Kamo.

245. Ceremonia previa, ocurrida en el río Kamo, días antes de la festividad.

La suegra de Genji, la princesa Omiya, estuvo de acuerdo.

—Al parecer te sientes lo suficientemente bien, querida mía, y ellas estarán desencantadas si no las llevas contigo.

Y así, presurosa y nada ostentosamente se aderezaron los carruajes, el sol estaba ya en lo alto cuando emprendieron la marcha. Los bordes de la vía se hallaban en demasía atestados como para permitir la elegante procesión desde la Sanjô. Al aproximarse a varios finos carruajes no asistidos de caballerizos ni lacayos, los hombres de la mansión de la Sanjô comenzaron a despejar el camino. Sólo dos carruajes de mimbre de palma quedaban; no eran nuevos, obviamente pertenecían a alguien que no quería atraer la atención. Las cortinas y las mangas y delantales que se veían en su interior, algunos de colores alegres como los que usan las niñas pequeñas, eran de muy buen gusto.

Los lacayos de tales vehículos intentaron defender sus lugares contra los invasores de la Sanjô.

—No somos del tipo de gente que podáis sacar a empujones.

Había fluido mucha bebida en ambas partes, y los ebrios no respondían a los esfuerzos de sus más maduros y discretos capataces por refrenarlos.

Los carros de mimbre de palma pertenecían a la casa de la Rokujô, de la suma sacerdotisa de Ise. La dama de la Rokujô había llegado sigilosamente para contemplar la procesión, esperando que ello la pudiera hacer olvidar brevemente su desdicha. Los hombres de la Sanjô la habían reconocido, pero prefirieron fingir lo contrario.

—Ellos no pueden decirnos quién empuja y quién no —dijeron los más intemperantes a sus compañeros—. Tienen de amo al príncipe Genji y así se creen importantes.

Entre los recién llegados había algunos de los hombres de Genji. Ellos la reconocieron y se sintieron un tanto apenados por la dama de la Rokujô, pero no deseando involucrarse, miraron hacia otra parte. En poco tiempo, todos los carruajes de la Sanjô estuvieron ubicados. La dama de la Rokujô, detrás de los coches menores, no podía ver casi nada. Aparte de su natural turbación por tal agravio, sintió las más amarga pena, porque habiendo tratado de encubrir su presencia ésta había sido conocida de todos. Los puntales de los tiradores del carruaje suyo habían sido rotos, y encajados en los ejes de carruajes ajenos, lo que causaba indignación. No era pertinente preguntarse

el porqué de su presencia. Pensó retornar a casa sin contemplar la procesión, mas no había espacio alguno para retroceder; luego llegó la voz de que se aproximaba el cortejo y, después de todo, ella debía ver al hombre que provocase tanta desdicha. ¡Cuán débil es el corazón de la mujer! Quizá porque éste no era el «soto de bambúes cabe el río Hinokuma»,[246] él pasó sin detener su cabalgadura ni mirar hacia donde ella estaba; y su infelicidad fue mayor que si hubiera permanecido en casa.

Genji parecía indiferente a todos los opulentamente decorados carruajes y todas las coloridas mangas, que fluían de ellos haciendo parecer que las damas dentro se hallaban apiladas en capas tras los cortinajes. Una y otra vez, empero, él esbozó sonrisas y echó miradas a los carruajes que reconociera. Su rostro se tornó radiante y obsequioso al pasar ante el carruaje de su esposa. Sus hombres se inclinaron profundamente, y la dama de la Rokujô se sintió miserable. Había sido absolutamente vencida.

Musitó para sí misma:

Distante de vos me figuraba.
Mas, hoy, en «shintoísta ablución»,
el río de la expiación he mirado
su frialdad mi destino me ha enseñado,
la medida de mi quebranto.

Avergonzada de sus lágrimas, caviló, ¡cuán más lastimosa estuviera si no hubiese contemplado la gallarda figura, realzada con ventaja por la muchedumbre en torno!

Se hallaban todos, según sus diversos rangos, cabalmente ataviados y aderezados; muchos de ellos eran muy garbosos; los altos nobles cortesanos en particular, pero el fulgor de Genji opacaba a los más lucidos. Entre sus guardas personales había un oficial del Sexto Rango, aunque servidores de tal condición eran usualmente reservados para las más solemnes procesiones imperiales. Su comitiva hacía en sí una procesión aparte, de modo que cada árbol y brizna de hierba a lo largo del camino parecían inclinarse de admiración.

---

246. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû*, N° 1080: *En el soto de bambúes, cabe el río Hinokuma, detente, que tu corcel abreve, y que yo verte pueda.*

No se juzga de buenas maneras que damas veladas, de no ruin condición, e incluso monjas que han abandonado el mundo, se apretujen y empujen entre sí para ver un cortejo, pero en esta ocasión nadie lo creyó desenfrenado. Desdentadas mujeres de la clase baja, con los cabellos metidos entre sus vestidos, brincaban con la esperanza de dar un vistazo al desfile. Rostros humildes aureolados de sonrisas, cuyos portadores no habrían jamás gozado reflejados en espejos; hijas de pequeños funcionarios provinciales de cuya existencia Genji escasamente podría ser consciente se habían acicalado, abordado carruajes engalanados con el más exhaustivo cuidado y apostados donde parecía haber ocasión de ser vistos. Había tanto que advertir en los flancos del cortejo como para atraer la atención de cualquiera.

Y había muchas damas a las que él otrora visitara clandestinamente y que ahora suspiraban más que nunca porque sus circunstancias eran tan diversas de las de él. El príncipe Shikibu contemplaba la procesión desde un estrado. Genji había madurado y en verdad casi deslumbraba la vista, y el príncipe especuló con aprensión que alguna deidad lo hubiese percibido, e hiciera ya planes para llevarse consigo al mancebo. Su hija, la princesa Asagao, con el paso de los años, había hallado que Genji la correspondía fielmente, bien sabía la firmeza de sus sentimientos. Era consciente que las finezas conmovían a las damas, aunque quien las diera fuese el más ordinario de los hombres; empero, ella no deseaba una mayor intimidad. En cuanto a sus doncellas, sus suspiros de admiración eran casi ensordecedores.

En el mismo día del festival, ningún carruaje partió desde la mansión de la Sanjô. Genji, en aquel momento, escuchaba el cuento de la puja de carruajes. Se sentía apenado por la dama de la Rokujô y enojado con su esposa. Era un hecho triste que actuase tan intencional e inflexiblemente, le faltaba la mínima compasión. Había en ella, de veras, un agrio, aterrador talante. Ella rehusaba reconocerlo, aunque probablemente fuese una inconsciente carencia, que damas que tuvieran que ver con otras como ella, con la dama de la Rokujô se comportaban con caridad y tolerancia. Fue bajo su influencia que los criados a su servicio procedieron con tanta violencia. Genji se sentía a veces desconsolado ante la altiva dignidad de la dama de la Rokujô, y podía imaginar su presente rabia y humillación.

La visitó, mas la alta sacerdotisa, hija de la dama, se encontraba aún con ella, y haciendo reverencia ante el sagrado *sakaki*[247] la dama declinó recibirlo.

Por cierto, tenía ella razón. Empero, el musitó para sí: «¿Por qué debe ser así? ¿Por qué ambas no pueden ser un tanto menos escrupulosas?».

Fue desde su mansión en la Nijô, lejos de todo este embrollo, que él partió para ver el propio festival. Tras dirigirse a los aposentos de la joven Murasaki en el ala oeste, dio a Koremitsu instrucciones sobre los carruajes.

—Y ¿todas nuestras damitas han de ir también? —preguntó él.

Genji sonrió con placer a Murasaki, que se veía muy linda en su atuendo festivo.

—Lo veremos juntos.

Él acarició la cabellera de ella, que parecía más esplendorosa que nunca.

—No ha sido recortada por largo tiempo. Me pregunto si hoy sería un día aparente para ello.

Él hizo llamar a un vidente del palacio para preguntarle la hora de cortárselos y, mientras el hombre vislumbraba, dijo a las demás damitas que se adelantaran. Ellas también estaban exultantes, brillantes y frescas, con sus cabelleras acicaladamente recortadas, cayendo sobre bordados faldones.

Dijo que él mismo recortaría los cabellos a Murasaki.

—Pero, mira cuán grueso es. Las tijeras quedan enredadas en ellos. Piensa cómo será cuando crezcas. Incluso las damas de muy largas cabelleras usualmente las recortan sobre la frente, y no tienes un mechón allí, ni una guedeja sola en la cerviz. Podrían llamarlo insulsez.

El gozo era mayor que lo que el cuerpo merecía, dijo Shônagon, la nodriza.

—¡Que crezca hasta mil brazas! —dijo Genji.

Mío habrá de ser,
copioso como el herbaje inferior
del insondable mar,
y observaré su crecimiento
tan sólo yo.

---

247. Árbol de follaje lustroso, relacionado con la camelia, cuyas ramas son usadas en el ritual shintoísta.

Murasaki tomó un pincel y papel y escribió su respuesta:

Puede que tenga
mil brazas de hondura.
¿Cómo he de saberlo
cuando inconstante
viene y va?

Escribió con corrección, Genji percibió que los trazos de ella eran bellos y brillantes, con cierto aspecto refinado y juvenil.[248]

Nuevamente las calles se hallaban alineadas de apretadas filas. El hato de Genji se detuvo cerca del campo de la caballería, incapaz de hallar mejor lugar.

—¡Qué difícil! —dijo Genji—. Demasiados de los grandes hay en torno.

Alguien ofreció un abanico por debajo de las persianas de un elegante carruaje de dama, que estaba repleto hasta desbordarse.

—Imaginad que os subís hasta aquí —dijo una dama—. Estaría feliz dejándoos mi lugar.

¿Qué suerte de aventurera sería aquélla? El lugar era de veras bueno. Él hizo que empujaran su carruaje.

—¿Cómo lo hallasteis? Estoy consumido de envidia.

Ella escribió una respuesta en el borde plegado de un bonito abaniquillo:

¡Ah, el capricho
a un encuentro
me convocó
la malva,[249] *hoy*
por otra usada!

---

248. En este capítulo, Genji padece hondamente el conflicto entre la dama Aoi y la dama de la Rokujô. Pero ante la joven Murasaki, sólo aflora la alegría. A causa de este solaz con ella, se cernirán negras nubes sobre su futuro.

—Los propios dioses parecerían haberme convocado, aunque por cierto no soy admitido a los sacros recintos que sagrada cuerda ostentan.[250]

Él reconoció la mano y la sintió odiosa: aquélla de la vieja Naishi, aún juvenilmente afrontando los años.

Frunciendo el ceño, él envió este bruscamente mensaje:

Sí, el capricho
de esta malva
del día del encuentro
disponible a todos
los ochenta clanes.

Fue ahora el turno de ella para responder, esta vez con mucha cortedad:

¡Qué chasco y furor!
Malva de encuentro,
inútil maleza,
su nombre, vacío
bocado de promesas.

Muchas damas a lo largo del camino deploraron el hecho de que aparentemente, en compañía femenina, él ni siquiera levantó las persianas de su carruaje. Aquella majestuosa figura del día de la expiación, y ahora, querer verlo, bastante sosegado, como para que todos lo contemplasen... La dama con quien estaba debía ser ciertamente una beldad.

Un intercambio desabrido, pensó Genji. Una verdadera dama habría guardado el más riguroso silencio, como deferencia a la dama que lo acompañaba.

---

249. *Aoi*, malva, de hojas cordiformes de común uso como motivo decorativo, era símbolo del festival de Kamo. Debido a que su sonido, *aoi*, también implica «día de reunión», fue frecuentemente usada en poesía para implicar una cita amorosa. Este intercambio de poemas da nombre al capítulo, y del nombre del capítulo proviene también aquél con que tradicionalmente es conocida la esposa de Genji...

250. Dicha cuerda, de nombre *shimenawa*, se ubica sobre el portal de los santuarios shintoístas o en otros lugares, como indicación de lo sagrado del recinto.

Para la dama de la Rokujô, el dolor seguía sin mitigar. Bien sabía que no podía esperar ninguna mengua en su frialdad, y sin embargo, de entercarse e irse a Ise con su hija, estaría solitaria, lo sabía, y la gente se reiría de ella. Se mofarían tanto como que se quedara en la ciudad. Sus cavilaciones eran como el sedal del pescador de Ise.[251] Su misma alma parecía saltar arrebatada por doquier, y al final se sintió físicamente enferma.

Genji desechó la posibilidad de la partida de aquélla a Ise.

—Es natural que vos halléis de escaso provecho a un réprobo como yo, y penséis en descartarme. Mas, debéis quedaros conmigo, ello indicaría un corazón no poco profundo.

Estas observaciones no parecieron muy convenientes. La ira y dolor de ella se acrecentaron. La esperanza de alivio de esta agonía de indecisión la había enviado al río de la expiación, y allí había sido sometida a tal violencia.

En la Sanjô, la esposa de Genji parecía haber caído en las garras de un maligno espíritu. No era tiempo para andanzas nocturnas. Genji visitó sólo ocasionalmente su propia mansión en la Nijô. Su matrimonio no había sido feliz, pero su esposa era importante para él y ahora anhelando un raro evento: esperaba un vástago. Hizo que elevaran plegarias en sus aposentos de la Sanjô. Varios espíritus malignos lograron transferirlos a la espiritista; tras identificarlos, se adhirieron al cuerpo de la vidente. Pero hubo uno que rehusó moverse. Y aunque no causaba gran dolor, se negaba a dejarla siquiera un instante. Había algo muy siniestro acerca del espíritu que eludía los poderes de los más capacitados exorcistas. La gente de la Sanjô evocó las varias damas de Genji, una a una. Entre todas ellas, se susurró, sólo la dama de la Rokujô y la dama de la Nijô parecían destacarse, mereciendo atenciones especiales, e indudablemente, estaban poseídas por los celos. Se preguntó a los exorcistas sobre la posibilidad, pero no dieron respuestas definitivas. De los espíritus que se anunciaban, ninguno parecía guardar alguna profunda enemistad hacia la dama. Estaba el espíritu de su difunta nodriza, por ejemplo, y los espíritus que habían permanecido con la familia por generaciones y habían sacado respectivamente provecho de su debilidad.

---

251. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû*, N° 509: *¿Se ha tornado el corazón mío como el sedal del pescador de Ise?, fluctúa y brinca, sin calma ni firmeza.*

La confusión y la consternación prosiguieron. La dama a veces lloraba con estridentes gemidos, y otras era atormentada por la náusea y la asfixia.

El viejo emperador había enviado reiteradas indagaciones y ordenado la celebración de oficios religiosos. Que la dama fuese digna de tan augustas atenciones hacía que la posibilidad de su deceso pareciese aún más lamentable. Informes que tales cuidados acaparaban la atención de la corte llegaron a la mansión de la Rokujô, apesadumbrando aún más a la dama de allí. Nadie podría haber adivinado que el trivial incidente de los carruajes hubiese enfurecido a otra dama cuyo encono fuese tan penetrante.

No más del todo ella misma dejó su casa a su hija, y se trasladó a otra donde los ritos budistas no estarían fuera de lugar.[252]

Apenado al saber de la mudanza, Genji se dispuso a visitarla. La vecindad era extraña y él fue cuidadosamente disfrazado. Explicó su negligencia en términos que pareciesen mostrar que era involuntaria, y con el objeto de llevarle el perdón, le refirió la enfermedad de la dama Aoi[253] y la ansiedad que le causaba.

—Yo no he estado muy inquieto personalmente, pero sus padres lo están. Pareció lo mejor permanecer con ella. Me aliviaría enormemente si pudiera pensar que vos quisieseis asumir una actitud generosa —él sabía por qué ella estaba tan destemplada, y le tuvo lástima.

Pasaron una tensa noche sin acordar entre sí. Cuando ella lo despidió al amanecer, admiró la donosura de Genji. Ello la hizo cambiar la idea de desecharlo. Su rival era del más alto rango y había esta trascendente nueva consideración: sin duda, los afectos de él se inclinarían hacia la enferma. Ella, en cambio, quedaría en la soledad, preguntándose cuándo podría él volver a cumplir con ella. La visita sólo la había hecho más infeliz. Encima de su abatimiento, por la noche, llegó una carta.

—Aunque ella parecía mejorar, ha sufrido un repentino y drástico vuelco y ha empeorado. No puedo dejarla.

Las excusas habituales, pensó ella. Sin embargo, respondió:

252.Lo estarían en la morada de una sacerdotisa shintoísta.
253.La esposa de Genji o dama de la Sanjô.

Cuesta abajo voy
por la vía del amor
y mis mangas mojo,
y más allá llego,
a lodoso suelo.

»¡Es razonable que el agua del pozo montañés haga que se mojen las mangas![254]

El trazo era el mejor que él conociera. Era un mundo difícil, que negaba dar satisfacción. Entre sus damas no había ninguna que pudiera ser desechada, como completamente no merecedora de consideración y ninguna, tampoco, a la que él pudiera dar todo su amor.

A pesar de la tardía hora, el envió una respuesta:

—¿Sólo mojáis vuestras mangas, qué quiere eso decir? Que vuestros sentimientos no son los más profundos, pensaría.

¿Solamente caláis
en someras aguas
mientras casi me hundo
en un barral ?

»¿Pensáis que respondería sólo por escrito y no en persona si ella estuviera meramente indispuesta?

El espíritu maligno se tornó más insistente, y Aoi se hallaba sumamente atribulada. Ingratos rumores llegaron a oídos de la dama de la Rokujô, sugerían que era su propio espíritu o el de su padre, el finado ministro. Aunque ella se había sentido bastante contristada, no había deseado mal a nadie; ¿acaso podía el alma de una, extraviada en tristes cavilaciones, errar por ahí fuera de su ser? Al paso de los años, ella había conocido la gama de todos los pesares, pero nunca antes se había sentido tan abismalmente miserable. No se había librado de su ira, dado que la otra dama la había humillado tanto; en verdad, se había comportado como que ella no existiera. Más de una vez ella había tenido el mismo sueño: en los hermosamente guarnecidos aposentos de una

254. *Tanka* anónima del *Kokin Rokujô*: *Lástima que el pozo montañés tan somero sea, busqué tomar el agua y tan sólo mis mangas he mojado.*

dama, que parecía ser una rival, ella empujaba y zarandeaba a aquélla, y la hacía trizas, ciega y ferozmente. Era demasiado terrible. A veces, aturdida, se preguntaba si su alma de veras había errado por allí. El mundo no era dado a hablar bien de los demás, entonces aquéllo sería material apropiado para señalar que imponía su capricho. Ella se haría notoria. Era harto común que los espíritus de los muertos airados vagasen aún por este mundo. Había opinado que tales eran execrables, y ahora se trataba de su propio sino, un rumor abominable pues ella aún estaba viva. No debía pensar más en el hombre que tan cruel fuera con ella. Pero pensar así, era, después de todo, sólo pensar.

La alta sacerdotisa, hija suya, debió haber sido presentada en la corte el año previo, pero complicaciones diversas pospusieron el acontecimiento. Finalmente, había sido decidido que en la novena luna ella iría desde la corte a su santuario temporal. La casa de la Rokujô estaba ajetreada en la preparación de dos purificaciones, pero su ama, perdida en cavilaciones, parecía extrañamente indiferente. Un asunto de lo más serio. Los servidores de la sacerdotisa ordenaron plegarias. No había realmente síntomas que alarmaran. Ella se hallaba vagamente indispuesta, sólo eso. Pasaron los días. Genji envió repetidas recados de simpatía por su salud, pero no hubo alivio para sus cuitas acerca de la otra inválida, el alma de ésta no encontraba reposo.

Era aún muy prematuro como para que Aoi pudiera alumbrar a la criatura. Sus doncellas estaban en constante alerta; y, de repente, ella se vio en plenos dolores del parto. Más sacerdotes fueron puestos a elevar agotadoras imploraciones. El espíritu maligno se rehusaba a dejarla. El más eminente de los exorcistas halló esta tenacidad extraordinaria, y no supo qué hacer. Luego, tras renovados esfuerzos de exorcismo, más intensos que antes, comenzó a sollozar como atacada de dolencias.

—Deteneos un momento, por gracia. Deseo hablar al general Genji.

Fue como habían presentido. Las mujeres llevaron a Genji hasta los cortinajes de Aoi. Pensando —como parecía que ella se hallaba a las puertas de la muerte— que Aoi tendría sus últimas palabras para Genji, sus padres se retiraron. El efecto fue de enorme solemnidad, pues los bonzos leían el Sutra del Loto en acalladas voces, cuando Genji levantó el cortinaje y miró a su esposa. Ella estaba en avanzada gestación, y lucía hermosa. Incluso un hombre que nada fuera para ella, se habría acongojado al mirarla.

Una larga y densa cabellera, atada de un lado, surgía por entre blancos atuendos, y él la juzgó más mucho más linda que cuando se hallaba cuidadosamente ataviada y alisada.

Tomó la mano de ella.

—¡Cuán terrible, cuán terrible para todos nosotros! —él no pudo decir más.

Habitualmente altanera e imponente, ella levantó la mirada hacia él, con lánguidos ojos que se llenaron de lágrimas. ¿Cómo podía él no sentirse conmovido? Este repentino sollozo, pensó él, debía ser por sus padres, que pronto dejaría, y quizá también, una última despedida de él.

—No debéis preocuparos. No podrá ser tan malo como os imagináis. E, incluso si lo peor aconteciera, nos habremos de encontrar de nuevo. Y también a vuestros padres: el lazo entre padres e hijos perdura a lo largo de muchas existencias. Debéis deciros a vos misma que los volveréis a ver.

—No, no. Me sentía tan afectada que les pedí que se detuvieran por un rato. No había soñado siquiera que vos vendríais así. De veras: un alma en agonía a veces se aparta de la realidad —la voz era afectuosa y lozana.

Atad el ribete[255]
de mi túnica,
que quede dentro.
El alma turbada
por los cielos ha errado.

No era la voz de Aoi, ni tampoco su propio modo. Asombrosamente, y él lo supo, era la voz de la dama de la Rokujô. Él se horrorizó. Había desechado los rumores tildándolos de vulgar e ignorante patraña, y aquí ante sus ojos, él tenía la prueba de que tales hechos verdaderamente sucedían. Se sintió espantado y repulsivo.

—Puede que así sea. Mas, no sé quién sois vos. ¡Identificaos!

En verdad era aquélla. «Horrorizado», ¿no hay acaso un término más fuerte? Con un gesto hizo que se alejaran las mujeres.

---

255. Atar el ribete de un vestido, se creía, era el medio para mantener en casa a un espíritu errante.

Imaginando que este tono más calmo significaría una tregua a su padecer, su madre se acercó con algo de medicina; e incluso mientras la enferma la bebía, dio a luz un varoncito. Todos se sintieron complacidos, salvo los espíritus que habían sido transferidos a los espiritistas. Defraudados por su fracaso, ellos hacían un gran alboroto, y todo daba la impresión de una ruidosa y agitada escena. Quedaba aún el posparto para preocuparse. Luego, quizá debido a todas las plegarias, también pudo ser superado. El gran abad de Hiei y todos los demás eminentes clérigos partieron, semejando muy contentos con ellos mismos mientras se arreglaban las frentes. Segura de que lo peor había pasado ya, después de tan angustiosos días, las mujeres se permitieron un descanso.

Las rogativas continuaron, tan bulliciosamente como siempre, pero la casa se hallaba ahora cautivada por la feliz tarea de atender a un lindo recién nacido. Se susurraba con agitación en cada noche festiva.[256] Delicados e inusitados obsequios llegaron del viejo emperador y de todos los príncipes y altos cortesanos. Las ceremonias en honor de un niño recién nacido siempre son atractivas.

La dama de la Rokujô recibió las nuevas con sentimientos contradictorios. Había oído que su rival se hallaba críticamente enferma, y ahora la crisis había pasado. No era ya ella misma. Lo más extraño de todo era que sus atuendos estaban impregnados del aroma a semillas de amapola, quemadas durante los exorcismos. Se cambiaba constantemente de vestidos, e incluso se lavaba la cabellera, pero el olor persistía. Se sintió dominada por una auto-repugnancia. Mas, ¿qué pensarían los demás? Esto era un asunto que con nadie podría discutir. Sólo le quedaba padecer en frenético silencio.

Algo más sosegado, Genji aún seguía horrorizado por las no requeridas observaciones que le hiciera el posesivo espíritu. Debía, verdaderamente, dirigir una nota a la dama de la Rokujô. O, ¿quizás una conversación con ella? Hallaría difícil guardar la compostura, y no deseaba herirla. Al final se decidió por la nota.

La enfermedad de Aoi había sido grave, y la vigilia más estricta debía proseguir. Genji había sido persuadido de suspender sus merodeos nocturnos. Aún no había

256. Tras el alumbramiento, había celebraciones en la tercera, la quinta, la séptima y la novena noches.

podido conversar efectivamente con su esposa, pues ella se encontraba todavía lejos de la normalidad. El pequeño era tan hermoso que despertaba presentimientos, y se habían iniciado ya preparativos para su más cuidadosa y elaborada educación. El ministro estaba gozoso con todo, salvo con el hecho de que su hija no se restablecía aún. Pero él se decía a sí mismo que no necesitaba angustiarse. Una lenta convalecencia era de esperar luego de tan seria dolencia.

En particular, los ojos del recién nacido tenían un fuerte parecido a los del principito heredero, por quien Genji, repentinamente, sintió un intenso deseo de ver. No podía mantenerse quieto. Debía partir a la corte.

—He dejado de lado mis deberes —dijo a las mujeres—, y me siento bastante culpable. Pienso que hoy me aventuraré a salir. Será bueno si la veo antes de partir. No soy un extraño, lo sabéis.

—Muy cierto, señor. Vos, de todas las personas, deberíais ser permitido de estar cerca. Ella se encuentra muy macilenta, me temo, pero no hay razón para escondérosla.

De modo que se habilitó un lugar para él, junto al lecho de la doliente. Ella respondía de tiempo en tiempo, mas con una voz muy débil, incluso tan pocas palabras que parecía ya ausente, como en perpetuo sueño. Él le refirió de aquellos terribles días. Luego le recordó como, casi evitando que se precipitara a un abismo, ella había empezado a hablarle tan voluble y ansiosamente. Un temblor de repulsión lo invadió.

—Hay muchas cosas que me gustaría confiaros, pero todavía parecéis muy fatigada.

Incluso, él le preparó la medicina. Las mujeres estaban llenas de admiración. ¿Cuándo había aprendido él a ser tan útil?

Ella estaba mustiamente maltrecha y yacía como que estuviera al borde de la muerte, patética, y sin embargo, aún hermosa. No había maraña en su sedosa cabellera. Las gruesas greñas que caían sobre sus almohadas le parecían a él lejos de toda comparación. La miró yaciente, pensando que había sido raro que se sintiese tan insatisfecho con ella por largos años.

—Debo ver a mi padre, pero estoy seguro de que no seré requerido por muy largo tiempo. Cuán agradable si siempre pudierais ser como ahora. Mas, vuestra madre está con vos demasiado, y no quería parecer insistente. Debéis recuperar vuestras fuerzas

y retornar a vuestros propios aposentos. Vuestra madre os mima en demasía. Esa pudiera ser la razón de vuestro tan parsimonioso restablecimiento.

Mientras él salía, vestido en gran tenida cortesana, ella quedó yaciente, mirándolo irse, como nunca antes hiciera.

Había de efectuarse una sesión sobre las promociones y nombramientos cortesanos. El ministro también partió rumbo a la corte, en procesión, acompañado de todos sus hijos, cada uno de ellos con un caso por el cual abogar y determinados a no apartarse de su lado.

La mansión de la Sanjô se hallaba casi desierta. Aoi se hallaba de nuevo atacada por una acezante falta de aire, y muy poco después que se enviara a un recadero rumbo a la corte, ella expiró.

Genji y los otros dejaron la corte, apenas conscientes de adónde los llevaban sus pies. Nombramientos y promociones no les atañían más. Dado que el tránsito había acontecido cerca de la medianoche no había posibilidad alguna de requerir la presencia del gran prelado y sus sufragáneos. Todos habían pensado que lo peor había ocurrido ya, y ahora ciertamente cada cual se hallaba perplejo, desconsolado, deambulando sin rumbo de aposento en aposento, difícilmente distinguiendo puerta de ventana. Innúmeros recaderos acudían portando condolencias, pero la casa se hallaba en tal confusión que no había quién las recibiera. La hondura del duelo se tornaba casi abrumadora. Dado que los espíritus malignos habían atacado más de una vez a la finada dama, su padre había ordenado que el cuerpo fuese dejado sobre el lecho por dos o tres días, con la esperanza de que pudiera revivir. Sin embargo, los signos de la muerte eran más y más acentuados y, con gran pesar, la familia aceptó finalmente la verdad. Genji, quien guardaba una angustia personal sumada al general dolor, pensó que sabía tanto como cualquiera cuánta desdicha puede aportar el amor. Las condolencias, incluso de las personas más encumbradas, no le daban sosiego alguno. El viejo emperador, también muy apesadumbrado, le envió un mensaje personal; y así, el ministro recibió un nuevo honor, efímero gozo que atemperase el abatimiento. Empero, ningún consuelo daban las lágrimas.

Se impetró todas las más infalibles preces para revivir a la dama, mas los estragos de la muerte se hacían más y más aparentes, y al final no hubo otro recurso que llevar sus restos al erial de Torinobe.[257] Hubo múltiples escenas desgarradoras a lo largo del camino. La muchedumbre de dolientes y sacerdotes que invocaban el sagrado nombre desbordaban casi la ancha planicie. Mensajes prosiguieron afluyendo, del viejo emperador, ciertamente, y de la Consorte y el Príncipe Heredero, así como también de todas las grandes casas.

El ministro estaba desolado.

—Ahora, anciano ya..., ser dejado así por la hija que debería haber gozado de muchos más años por delante. No imaginaba que a abatirme llegara tal funesta pesadumbre.

Nadie podía verlo sin compartir su tristeza.

Solemnes servicios continuaron durante la noche, y al llegar la aurora, los que arrastraban el duelo retornaron a la corte, llevando consigo sólo un puñado de cenizas. Los funerales son suficientemente comunes, pero Genji, que no había presenciado muchos, se sentía remecido como nunca antes. Como estaba ya avanzada la octava luna, el cuarto menguante pendía aún en el cielo, lo que incitaba a taciturnas cavilaciones; y contemplar a su suegro como buscando a tientas en un pozo de tinieblas, discurría, era propio del trance, mas a la vez inefablemente lúgubre.

A sus labios vino un poema, mientras escrutaba el cielo del alba:

Quizás estas nubes
el humo sean
que desde su pira sube;
agobian mi corazón
de una emoción indecible.

De retorno en la Sanjô, le fue imposible conciliar el sueño. Rememoró los años que juntos pasaran. ¿Por qué se había convencido de que algún día ella entendería? ¿Por qué se permitió torpes devaneos, si el más trivial de ellos la airaba? Él la había inducido

257. Desde la edad antigua, Torinobe es conocido como uno de los crematorios de la vieja Heiankyô, hoy Kioto.

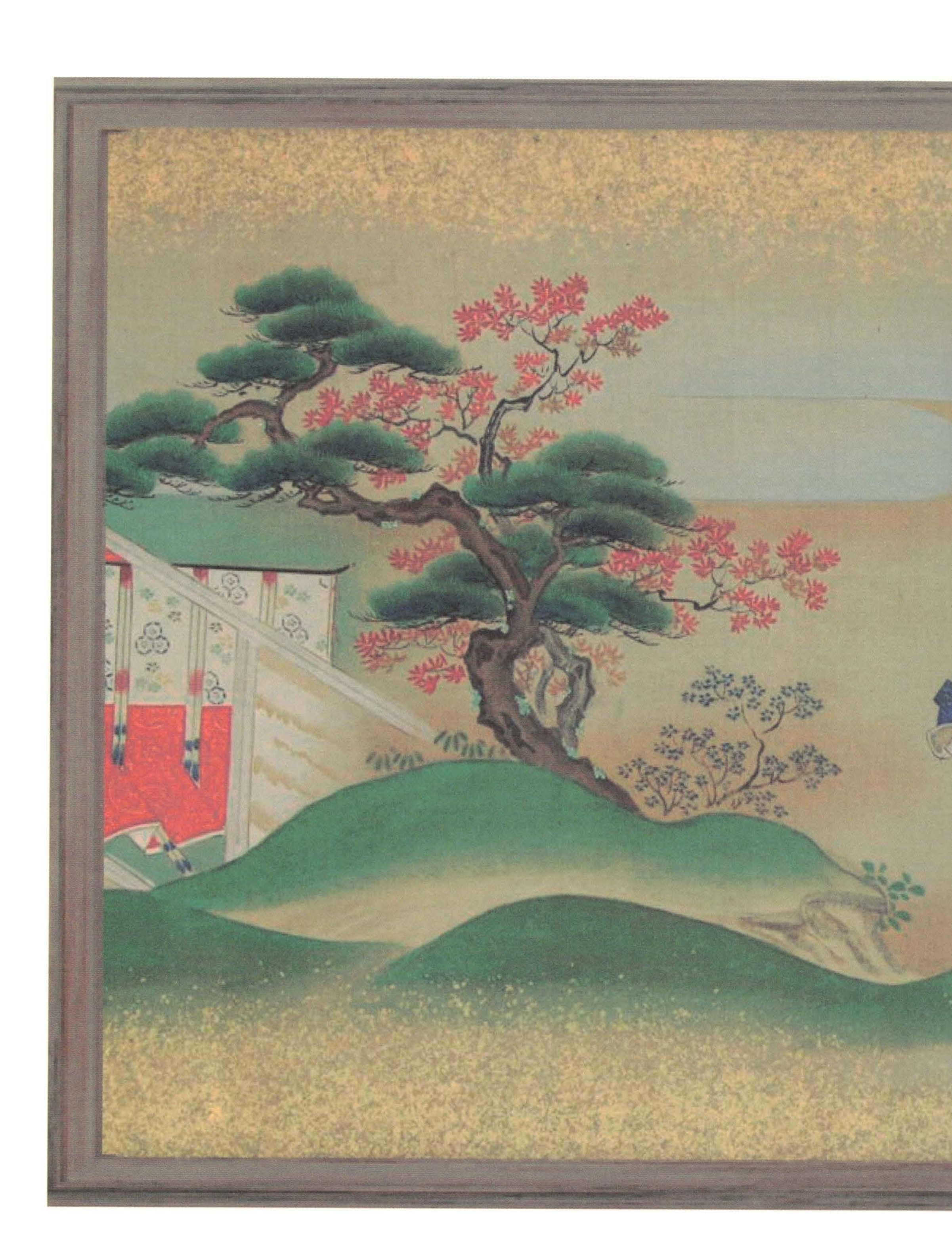




Ilustración del capítulo IX «Aoi», en el *Genjimonogatariemaki*,
por Kanou Yusei (colección del archivo Kuyou
早稲田大学 Waseda Daigaku).

a llevar su hostilidad a cuestas hasta la tumba. Eran implacables los lamentos, mas inútiles.

Sintió como que si enajenado hubiese vestido el lóbrego gris del luto. Si ella lo hubiese sobrevivido, le vino a la mente, sus atavíos habrían sido de un mucho más sombrío gris.[258]

El luto a reglas se ciñe;
de más claro tono es el mío,
pero por mis mangas
las lágrimas se escurren
a un más hondo pozo.

Cerró, en oración, sus ojos; aún más apuesto dolorido que gozoso. Quedamente entonó:

—Salve, Samantabhadra, en cuya serena abstracción, contenido está todo.

La invocación semejaba aún más potente que de los labios del más venerado de los bonzos.

Había en sus ojos lágrimas cuando tomó al recién nacido entre sus brazos. ¿Con qué habremos de recordarla?,[259] musitó para sí. Mayor fuera el pesar si no tuviese al pequeño consigo.

La princesa Omiya fue llevada al lecho en tan triste estado que de inmediato se iniciaron ritos por su salud. Los preparativos de las ceremonias conmemorativas fueron mucho más desgarradores aún puesto que la partida ocurrió sin previo aviso. Los padres padecen con la partida del hijo más agraciado, y la intensidad de su dolor en este caso no era algo inesperado. La familia no tenía otras hijas. Fue algo así como que la joya sobre una sedosa manga en trizas se hubiese trocado.

Genji no se aventuró siquiera a visitar la Nijô. Él pasó los días envuelto en llanto y en continua plegaria. Aunque, en verdad, envió unas pocas notas. La alta sacerdotisa

---

258. Las viudas llevaban trajes de luto mucho más oscuros que los de los viudos.
259. La nodriza de la madre de Kanetada, *tanka* N° 1188 del *Gosenshû*: ¿Con qué habremos / de remembrar a nuestra ama, / si no es con este recuerdo, / este pequeño niño que nos deja?

de Ise se había trasladado a un santuario temporal en el cuartel de la guardia palaciega. Dando por excusa la pureza ritual exigida a la joven, la dama de la Rokujô rehusó responder. El mundo no había sido grato con él, y ahora, mucho más ominoso que nunca. Pensó que si no tuviese este nuevo vínculo con el mundo habría seguido el impulso que por largo tiempo experimentara, dejar el mundanal entorno por entero. Mas, entonces, caviló acerca de la joven Murasaki en la Nijô. Reposaba soledoso. Mujeres de servicio se hallaban en la proximidad, pero aún así seguía solo. Incapaz de conciliar el sueño, se dijo: «De todas las estaciones, en otoño…».[260] Convocó a bonzos de buenas voces, para hacerlos salmodiar el santo nombre; el cielo del alborear se tornó más aciago de lo que pudiera soportar.

En uno de aquellos amaneceres otoñales, cuando hasta el ulular del viento parece penetrar dentro del cuerpo, se irguió, levantándose de un no acostumbrado, solitario e insomne lecho, para contemplar el huerto velado por la niebla. Le trajeron una carta, sobre papel de oscuro azul grisáceo, adosado a un entreabierto pimpollo de crisantemo. ¡Del mejor gusto!, pensó. El trazo era el de la dama de la Rokujô.

—¿Tendréis la generosidad de comprender mi mente tras el tiempo transcurrido?

También entre lágrimas vivo
pensando en su breve
triste existencia.
Vuestras mangas humedezco
pues ella solo os dejó.

»Estos cielos otoñales me hacen imposible guardar silencio.

La letra era más hermosa que nunca. Él quiso arrojar la carta lejos de sí, mas no pudo. Lo inundó la melancolía y la furia ante tal condolencia. Sin embargo, no le fue factible romper la relación. Tampoco quería deshonrar a esa pobre mujer. Sin duda, la dama Aoi había sido señalada por el hado para morir. Mas, la ira surgió de nuevo. ¿Por qué la había visto y oído con tanta claridad, por qué se había lucido frente a él? Intentó

260. *Tanka* de Mibu no Tadamine, en el *Kokinshû*, N° 839: *¿Por qué expiró, de todas las estaciones, en otoño? Pues en otoño se duele uno por aquellos que aquí aún restan.*

componerse, pero no pudo ordenar sus sentimientos hacia aquélla. Arguyó consigo por largo rato, recordando también que quizá debía refrenar la lengua por respeto a la alta sacerdotisa.

Sin embargo, finalmente decidió que lo último que deseaba era parecer frío e insensible. Su respuesta fue sobre tenue papel púrpura.

—Vos bien entenderéis, seguro estoy, las razones para este inexcusablemente prolongado silencio. Habéis estado de continuo en mis cavilaciones, sin embargo, juzgué mejor mantener mi distancia.

Se deja o se perdura
en este mundo,
tanto como el rocío.
¿Acaso fugaz fuera
lo que en el alma ardiera?

»También vos debéis desligaros. Breve seré, pues quizá no acojáis una carta de un hogar en luto.

Arribada a la Rokujô, la dama aguardó para leerla sola. Su conciencia le dijo lo que él pensaba, muy nítidamente. Así que él lo sabía. Era tan horroroso. Ciertamente, nadie como ella había sido tan cruelmente perturbada por el hado. ¿Qué pensaría el viejo emperador? Él y su finado marido, el Príncipe Heredero, eran hermanos de la misma madre; y habían sido muy cercanos. El príncipe había pedido al monarca protección para su hija, y aquél había respondido que por ella velaría, tomando el lugar de su padre. Él había invitado reiteradas veces a ella y a su hija a trasladarse a morar en el palacio, mas ella guardaba reparos por sentir inapropiado abusar de la amabilidad de él. Y así, se había visto envuelta en esta infantil maraña y había logrado hacerse de una mala reputación. Aún no se sentía bien.

En efecto, la fama que antes tuviera fue muy diferente. Había sido por largo tiempo conocida por su refinamiento y sutileza, y cuando su hija se mudó a otro santuario temporal, aquél al oeste de la urbe, todos los pormenores fueron de buen gusto y según la boga imperante. Genji no se sorprendió de oír que los más cultivados de los cortesanos habían convertido en principal ocupación el compartir el césped mojado

de rocío delante del santuario. Ella era una dama de demasiado buen gusto. Si, no deseando más saber de amores, ella partiera con su hija a Ise, él, después de todo, la extrañaría.

Los servicios conmemorativos habían concluido, pero Genji continuó en retiro por siete semanas. Compadecido de él en tan desacostumbrado tedio, Tô no Chûjô llegaría para distraerlo con la última hablilla, seria y trivial a la vez; al parecer la vieja Naishi era causa de hilaridad ocasionalmente.

—No debéis mofaros de la vieja nana —indicó Genji, aunque encontraba las peripecias de la vieja dama infaliblemente divertidas.

Ambos repasarían la lista de sus aventurillas, como la de una noche de brumosa luna otoñal, apenas tras el plenilunio del decimosexto día, y otras más; y su charla desembocaría en torno a la evanescencia de las cosas y derramarían algunas lágrimas.

Un atardecer de fría lluvia otoñal, Tô no Chûjô llegó nuevamente de visita. Había mudado a un luto más ligero, y mostraba una pulcra y varonil apariencia, suficiente como para avergonzar a la mayoría de los hombres. Genji se hallaba cabe la baranda de la galería del oeste, contemplando el huerto marchito por la escarcha. El viento soplaba alto, y fue como que sus lágrimas buscasen competir con la incesante lluvia.

—¿Es ella lluvia, es ella nube? ¡Ay, explicarlo no puedo![261]

Se sentó, con la mano en la barbilla. Si él fuese la finada dama, pensó Tô no Chûjô, su alma ciertamente quedaría ligada a este mundo. Se acercó a su amigo Genji, quien, quedamente, alisaba sus vestiduras, una fina túnica bermeja, bajo un atuendo gris más oscuro que el de Tô no Chûjô. Era el tipo de indumento modesto, conservador, que jamás parece soso.

Tô no Chûjô también miró al cielo, dejándose llevar por una emoción.

---

261. Cita un poema chino de la colección de 30 volúmenes de las obras de Liu Yuxi, poeta de la época Tang (618-907).

¿Es ella la lluvia?
¿Dónde, en proceloso cielo;
a cuál de estas
inquietantes nubes
he de mirar para verla?[262]

»Ni yo decirlo puedo», acotó él, como para sí mismo.

Tiempo es de lloviznas
de fines de otoño
cuando las nubes incluso
a las que mi dama se elevara
ensombrecidas están.

La aflicción de Genji era claramente sincera. Muy extraño, pensó Tô no Chûjô. Genji había sido tantas vez amonestado por su padre por no ser mejor marido, y las atenciones de su suegro le habían sido muy incómodas. Hubo circunstancias que, debido a su cercanía a la princesa Omiya, le impidieron que abandonara por completo a la dama Aoi; y así, él había proseguido atendiéndola, aunque ocultando apenas su insatisfacción. Tô no Chûjô más de una vez se había compadecido de él en tan desdichado predicamento, que incluía a su consorte. Y ahora parecía que, después de todo, ella tenía un lugar en sus afectos, que él la había amado y honrado más que nadie... El propio pesar de Tô no Chûjô se tornó más intenso al comprenderlo. Sentía como que una luz se hubiera extinguido.

Gencianas y claveles silvestres asomaban por entre la escarchada maraña. Después de que Tô no Chûjô partiera, Genji envió un pequeño ramillete a la nodriza del recién nacido, con este mensaje para la princesa Omiya:

262. Repite la alusión al frustrado lance amoroso con una sacerdotisa del monasterio del monte Fu, poema N° 10, del *Wen Hsüan* (Antología Literaria, *Monsen* en japonés), obra canónica china del siglo VI, compilada por Hsiao Tung (501-531 d.C.) que definiera los gustos literarios medievales chinos: *De pie te vi, cabe la ventana de la torre Yü Liang / delgado era tu talle, cual sauce en Wu-Chang crecido, / hallarte y amarte ambos un ensueño fueron / ¡Oh, dime!, ¿habita tu alma en la lluvia o en las nubes mora?*

Cabe el triste seto
los claveles
me recuerdan
un otoño
que atrás quedara.[263]

»¿No los encontráis de un tono hermoso?

Sí, el sonriente «clavelito silvestre», que ahora él tenía consigo, era un tesoro.

La princesa, menos invulnerable a las lágrimas que el follaje otoñal al viento, tuvo que hacer que le leyeran la nota de Genji.

Ella le envió esta respuesta:

Los contemplo
y mis mangas
se humedecen de nuevo:
claveles silvestres
en la mustia valla.[264]

Hacía un tiempo hosco. Él estaba seguro de que su prima, la princesa Asagao, no obstante su pasada frialdad, comprendería su sentir en una noche así. Aunque estaba ya muy oscuro, le envió un recado. Dado que sus cartas siempre habían sido irregularmente espaciadas, las servidoras no lo rechazaron. Su nota estaba sobre un papel chino de tono azul celeste.

Muchos otoños
desolados conocí
pero nunca
fluyeron mis lágrimas
como esta noche,

»Cada año lluvias otoñales trae.

---

263. Identifica al otoño con la difunta esposa, y a los claveles silvestres con el recién nacido.
264. Cita de la antología *Kokinshû*, una anónima *tanka*: ¡Ah, querida mía! Quisiera en un instante con vos yacer, y luego en la valla del talador florecer.

Sus trazos eran más bellos que nunca, dijeron sus doncellas, y mirad cuánto trabajo se ha dado. La princesa no debería dejar de responder.

Ella concordó.

—Sabía cómo serían las cosas en el Monte Ouchi,[265] pero ¿qué iba yo a decir?

Que las otoñales brumas
se han disipado, me entero
y, en el alma pienso
que al proceloso cielo
se elevara so garúa otoñal.

Eso fue todo. Trazado por débil mano, lo que le sugería —quizá lo imaginaba— una misteriosa hondura. No solemos hallar en este mundo que lo presente es mejor que lo presentido, pero estaba en la naturaleza de Genji ser atraído por contristadas mujeres. La mujer puede ser fría como el hielo, pensó, pero sus afectos, una vez despertados, han de ser reforzados por la memoria de las ocasiones en que intercambiaran sentimientos de ternura. El tipo de mujer afectada, alambicada, puede que atraiga la atención sobre sí misma, mas se vale de un modo que revela defectos que ella misma ignoraba. Él no quería criar a su Murasaki conforme a tal modelo. Él no había olvidado preguntarse si acaso ella estaría aburrida y solitaria sin él. Mas pensaba en ella como una huérfana que él había albergado, y no se inquietaba en demasía acerca de lo que ella rumiase o hiciese, o si pudiera hallarse resentida por sus actividades fuera de casa.

Ordenó una lámpara, y convocó a varias de sus más diligentes doncellas para que le hicieran compañía. Por algún tiempo había posado sus miradas en una tal Chûnagon, pero por el período de luto había relegado todo pensamiento amoroso. Lo que le pareció de lo más civilizado.

Se dirigió a ellas afectuosamente, aunque con cuidadosa cortesía:

—Me he sentido más cercano a vosotras a lo largo de estos tristes días. Si no os hubiera tenido conmigo habría estado más solitario de lo que estoy. No debemos rumiar aquello que terminó, mas temo que haya aún dificultades en adelante.

265. Alusión al Palacio Imperial.

Ellas sollozaban.

—Nos ha dejado en la más recóndita tiniebla —dijo una de ellas—, y el pensamiento de lo que serán las cosas cuando hubiereis partido es casi excesivo de sobrellevar —ella no pudo expresar más.

Hondamente afectado, Genji dirigió su mirada a cada una de ellas.

—Cuando me fuere, ¿qué habrá de ocurrir? Pensaréis que no tengo corazón. Si hubierais observado atentamente, me habríais comprendido quizás. Aunque, por cierto, la vida es fugaz.

Las lágrimas afloraron a sus ojos mientras él contemplaba la luz de la lámpara. Así se le veía incluso más apuesto, pensaron las mujeres.

Una pequeña, a quien la finada esposa de Genji tuviera cariño, mostró su aflicción por la pérdida de sus padres y de la dama. Él la miró comprendiendo su congoja y dijo:

—De ahora en adelante, deberéis contar conmigo.

Al escucharlo ella derramó abundantes lágrimas. Vestía una túnica interior corta, de tono amarillo oscuro que lucía hermosamente en contraste con el negro atuendo externo.

Una y otra vez pidió a las mujeres que fuesen pacientes.

—Aquellas de vosotras que no habéis olvidado, deberéis soportar la soledad y hacer lo más que podáis por el pequeño. Me sería mucho más difícil venir de visita, si vosotras todas abandonaseis el lugar.

Ellas cobijaban dudas. Las visitas del caballero, lo temían, habrían de ser contadas y muy espaciadas entre sí. Se sintieron de pronto muy solas.

Sorteando toda ostentación, el ministro distribuyó algunas de las pertenencias de Aoi entre sus doncellas, según sus varios rangos: bagatelas y trastos, pero también algunos recuerdos apreciables.

Genji no podía permanecer por siempre recluido. Primero, se dirigió al palacio de su padre. Su carruaje fue dispuesto y mientras su comitiva se congregaba un aguacero otoñal raudo pasó como si hubiera sabido del momento, y el viento que convoca a las hojas trajo una profusión de ellas al suelo; y entre las sollozantes mujeres, las mangas que apenas habían tenido tiempo de secarse, se humedecieron de nuevo. Genji iría

aquella noche desde el palacio de su padre a la Nijô. Pensando en aguardarlo allí, sus mozos y caballerizos partieron de uno en uno. Aunque ésta, ciertamente, no habría de ser su última visita, el abatimiento era penetrante.

Para el ministro y la princesa Omiya, toda la pasada congoja retornó. Genji dejó una nota escrita a la princesa: «Mi padre ha pedido verme, y habré de ir ante él hoy. Sólo al poner un pie fuera de esta casa, he sentido nuevas punzadas de quebranto, y me pregunto, ¿cómo he podido sobrevivir tanto? Debería haberme presentado en persona para despedirme, lo sé, pero he temido perder el control de mí mismo. Entonces he de volver a esta mansión».

Cegada por las lágrimas, la princesa no respondió.

El ministro, en cambio, de inmediato llegó. Se restregaba los ojos y las doncellas todas lloraban. No había ni un mínimo de falsía en las lágrimas de Genji, quien daba un toque de elegancia y finura al cuadro.

Al final, sobreponiéndose, el ministro expresó:

—Las lágrimas de un anciano tienen la particularidad de afluir con el menor motivo, y soy incapaz de retener la efusión. Verdad, debo parecer irremediablemente senil e incontinente. He sido reticente en visitar a vuestro imperial padre. Si el tema surgiere, quizá podéis revelarle las cosas como son. Es doloroso, al final de la propia vida, ser dejado por un hijo… —hablaba con gran dificultad.

Genji sollozaba con frecuencia, sólo que menos abiertamente.

—Todos, naturalmente, sabemos el modo en que discurre el mundo, no podemos columbrar quién habrá de partir primero ni quién quedará atrás, pero el impacto del específico instante es igualmente duro de soportar. Tengo la certidumbre, mi padre lo comprenderá.

—Bien, entonces, quizá vos debáis partir ya antes de que oscurezca demasiado. Semeja que la lluvia no ha de escampar.

Genji miró en derredor a los aposentos que estaba por dejar. Tras los cortinajes, a través de las puertas, podían divisarse unas treinta mujeres en varios tonos de gris, todas sollozando lastimeramente.

—Me he consolado —dijo el ministro—, con la idea de que vos dejáis en esta casa a alguien que no podéis abandonar y que, por tanto, hallaréis la ocasión de visitarlo

no obstante lo acontecido; empero, estas no muy sagaces mujeres se muestran mórbidas en su insistencia de que dejáis vuestro viejo hogar para vuestro bien. Natural es que se conduelan del paso de los años, cuando os han visto en tan íntimos y gratos términos, en verdad, deberían dolerse más por la pérdida de su señora. Vos nunca fuisteis dichoso con ella, mas yo abrigaba el deseo de que algún día las cosas mejorarían, y les pedía que tuviesen esperanza en lo que quizá no era esperable. Ésta es una noche tan incierta.

—Habéis escogido inadecuados motivos para lamentaros, señor. Puede que alguna vez os descuidara a vos y a vuestra señora, en los días en que también yo pensaba que una no muy dichosa situación mejoraría. ¿Qué podría persuadirme ahora de desatenderos? Habréis de ver dentro de poco que ahora os digo la verdad.

Él partió. El ministro regresó al interior de la mansión. Todo el mobiliario y los ornamentos seguían como habían estado, y sin embargo todo parecía inerte, vacío. Cabe los cortinajes del lecho había un tintero que Genji había dejado y algunos trozos de papel sobre los que había ejercitado su caligrafía. Luchando por contener las lágrimas, el ministro les echó una mirada. Había, al parecer, algunas de las mujeres más jóvenes que sonreían en medio de sus lágrimas. Genji había copiado, y luego arrojado, muy entintados pasajes de viejos poemas. Chinos y nipones, tanto en escritura formal como cursiva. Magnífico el trazo, pensó el ministro mirando al vacío. Era cruel que ahora Genji fuese a ser un extraño.

La vieja almohada, el viejo lecho:
¿con quién habré de compartirlos luego?

Eran unos versos de Hakukyoi.[266] Bajo ellos, Genji había añadido unos propios:

¡Cuán triste!, el alma que partiera
no habrá de sentir ya,
no obstante los fuertes lazos entre ambos,
sin otro consuelo ahora quedo,
que el mero evocar.

266. Po Chü-i (Bai Juyi), versos tomados de su célebre «Canto del Pesar Eterno», en versión niponizada.

»«Blanca de escarcha está la flor», otro verso de aquel mismo poema; a él Genji había añadido unos propios:

Se apila el polvo ahora sobre el desierto lecho.
¿Cuántas noches de rocío embebidas solo he dormido ?

Con estas glosas había varios claveles marchitos, probablemente del día en que enviara flores a la princesa Omiya.

El ministro se las llevó a aquélla.

—El hecho horrendo, en verdad, es que ella ha partido, empero ¿qué triste historia inaudita no es acaso de este mundo? El nexo entre nosotros se mantuvo por tan breve lapso que me hallo cavilando acerca de los destinos que con nosotros traemos a este mundo. El de nuestra hija fue quedar por corto tiempo acá, y ser luego causa de un gran dolor. De algún modo me conforta pensarlo. Sin embargo, la he extrañado más y más con el paso de los días, y ahora, la idea de que él no será más que un extraño es demasiado onerosa de arrastrar. Un día o dos sin él ya eran demasiados, y ahora él nos ha dejado por su bien. ¿Cómo habré de seguir adelante?

Él no pudo evitar un temblor en la voz. Las mujeres más ancianas habían roto en llanto sin freno. En más sentidos que sólo uno, era una fría noche.

Las mujeres más jóvenes, reunidas en grupos, hablaban de cosas que en particular las conmovían. Sin duda, decían, Genji estaba en lo correcto al buscar persuadirlas de que las confortaría ocuparse de la criatura. ¡Qué remembranza tan pequeña y frágil era él, empero! Algunas dijeron que aquél se iría a casa sólo por unos pocos días, y revendría luego; hubo muchas emotivas escenas mientras le decían adiós.

Genji llegó de visita donde su padre, el viejo emperador.

—Mucho se ha consumido vuestro rostro —le dijo el emperador, con una mirada de profunda cuita—. Porque habéis ayunado mucho, me imagino.

Forzó a Genji a que tomase algún alimento, e intentó reconfortarlo. Genji se sintió conmovido por tan augustas atenciones.

Luego, pasó a visitar a la emperatriz, para el gran regocijo de sus doncellas.

«Hay muchas cosas en torno a ello que aún me hacen llorar —ella envió estas palabras con Omyôbu—. Sólo puedo imaginar cuán triste trance ha sido para vos».

«Se sabe, en verdad —escribió él de regreso—, que la vida es incierta, mas uno no se percata de veras sino hasta que el hecho se torna actual y nítido. Vuestros varios mensajes me aportaron fuerzas y también vuestra presencia hoy».

Él parecía hallarse muy afligido, el pesar por la pérdida, adicionado al dolor que siempre experimentaba ante la presencia de ella. Su vestimenta de luto, una prenda sin diseño, y una túnica gris, los lazos de su tocado, atados arriba, de duelo, todo parecía más provocativo y sensual que el atuendo pomposo y colorido.

Él había descuidado al Príncipe Heredero. Envió sus disculpas, antes de partir tarde por la noche.

La mansión de la Nijô había sido aseada y pulida para su regreso. Todo el personal se congregó para recibirlo. Las damas de más alto rango se habían propuesto superar unas a otras en atavío y peinado. Su vista hizo que él pensara en las tristemente dejadas damas de la Sanjô. Mudando el vestido por otro menos luctuoso, se dirigió al ala del oeste. El menaje, cambiado para dar la bienvenida al invierno,[267] era fresco y brillante, y las doncellas y niñas lucían muy bonitas en vestuario otoñal. Shônagon se había ocupado de cada detalle.

Murasaki, también, vestía a la perfección.

—Has crecido —señaló él, levantando un cortinaje exiguo nuevamente sobre su marco.

Ella miraba, tímidamente, aparte. Su cabellera y perfil, a la luz de la lámpara, se asemejaban aún más a la dama por quien él suspiraba.

Él, que se había afligido por ella, le dijo apropincuándose:

—Me gustaría decírtelo todo, pero no es un relato de muy auspicioso tipo. Quizá deba reposar un rato en la otra ala. No será muy largo. De ahora en adelante nunca te habrás de librar de mí. Y te aseguro que llegarás a hastiarte.

Shônagon se mostraba complacida, pero no confiada. Él tenía tantas otras damas de buena cuna, alguna otra exigente habría de tomar el lugar de la que partiera. Así cavilaba ella, pues era seca e impasible.

---

267. La temporada de cambio de vestuario ocurría dos veces al año, en abril (primavera según el calendario lunar) y en octubre (invierno)

Genji retornó a su aposento. Pidió a Chûjô que le frotara las piernas, y se tendió a descansar. A la mañana siguiente, envió una nota inquiriendo por su pequeño hijo. Aguardó, inquieto, la respuesta de parte de alguna de las doncellas, y toda la pasada congoja reemergió.

Era un tedioso período. Él no mostraba ya entusiasmo por las negligentes noches de merodeos, que antes tanto lo embelesaran. Murasaki no se despegaba de su mente. Le parecía sin igual, lo más cercano imaginable a su ideal. Cavilando que ella no era ya demasiado joven para un connubio, ocasionalmente había emprendido escarceos amorosos, mas ella parecía no haberlos comprendido. Pasaban el tiempo jugando partidas de *go* y *hentsugi*.[268] Ella era lista y tenía muchos, delicados modos de complacerlo con las diversiones más triviales. Él no había pensado seriamente en ella como esposa la había tratado como a niña inocente. Pero, ahora no podía contenerse y a duras penas se refrenaba.

Sin embargo, ¿qué fue lo ocurrido? Las doncellas de la joven no tenían el modo de saber cuándo había sido traspasado el lindero. Una mañana, Genji se hallaba levantado ya desde temprano, Murasaki seguía sin embargo en el lecho. No era habitual que ella durmiese hasta tan tarde. ¿Se hallaría indispuesta? Al encaminarse hacia sus propios aposentos, Genji empujó un frotatintas bajo el cortinaje del lecho de ella.

Luego de un rato, cuando nadie más se hallaba cerca, ella se irguió desde su almohada y vio al lado un trozo de papel firmemente plegado. Distraídamente lo abrió. Sólo había este verso en él, trazado al azar:

Muchas las noches han sido
que juntamente pasáramos,
y estos fútiles cobertores
distanciándonos a los dos.

Ella no había soñado que él tuviera algo de esta especie en mente. ¡Qué tonta había sido, al depositar toda su confianza en hombre tan rudo e innoble!

---

268. *Hentsugi*: juego de acertijo, consistente en adivinar las porciones ocultas de ciertos sinogramas.

Era casi mediodía cuando Genji regresó.

—Dicen que no te sientes bien. ¿Qué puede ser el malestar? Esperaba jugar una partida de *go*.

Ella se ocultó hasta la cabeza bajo el cobertor. Sus doncellas, discretamente, se retiraron. Él se le acercó.

—¡Qué modo de comportarse, que forma tan rara de conducirse! ¡Quizá causará extrañeza a estas mujeres veros!

Él le retiró el cobertor. Ella estaba bañada en sudor y el cabello de su frente lucía enredado de tanto llorar.

¡Cielos! Esto no es ningún buen augurio. Él trataba, de todas las formas posibles, de confortarla, pero ella se mostraba verdaderamente abrumada y no ofreció ni una palabra en respuesta.

—Pues bien. No habréis de verme más. Me siento humillado en mucho.

Abrió la caja de escribanía de ella pero no halló nota alguna dentro. Muy infantil, pensó, y tuvo que sonreír ante su niñería. Se quedó junto a ella todo el día, y juzgó la terquedad con que ella se rehusara a ser reconfortada de lo más atractiva.

Los dulces del día del jabalí[269] fueron servidos al atardecer. Dado que él seguía aún de luto, no hubo ninguna gran ceremonia para distinguir la festividad. Echando una mirada a los bollos de arroz,[270] dispuestos con buen gusto, que habían sido llevados sólo a los aposentos de Murasaki, Genji salió a la galería del sur y llamó a Koremitsu.

—Tendremos más de lo mismo mañana por la noche —comentó sonriente—, aunque no en tal profusión. No es éste el día más propicio.

Koremitsu tenía una mente rauda.

—Sí, debemos elegir con tino los días auspiciosos para nuestros comienzos —y solemne y deliberadamente, acotó—: ¿Cuántos dulces del día de la rata deberé proveer?[271]

---

269. Servidos y gustados el primer día del jabalí de la décima luna, se creía que aseguraban la buena salud y eran un modo de rogar por un connubio fructuoso, pues el jabalí era símbolo de fertilidad.

270. Pastelillos llamados *inoko*.

271. No había tales «dulces del día de la rata». Como «rata», *nezumi*, y «sueño», *nemuri*, tienen las mismas vocales, y el día de la rata sigue al del jabalí, Koremitsu se refiere oblicuamente al lecho nupcial.

—¡Oh, pensaría que uno por cada tres de los que aquí tenemos![272]

Koremitsu partió con aire de haberse informado debidamente. Un mozo práctico y listo, pensó Genji.

Koremitsu hizo que preparasen los dulces nupciales en su propia casa. A nadie dijo lo que significaban.

Genji se sentía como un raptor de menores. El papel le divertía y el afecto que ahora sentía por la mocita parecía reducir su antiguo mero apego a una mínima pizca. ¡El corazón de un hombre es una muy rara mezcla, en verdad! Ahora pensaba que no podía soportar estar lejos de ella ni una sola noche.

Los dulces que ordenara fueron entregados con todo sigilo, muy tarde por la noche. Un hombre atinado, Koremitsu vio que Shônagon, una mujer mayor, podía hacer sentir incómoda a Murasaki, así que llamó a su propia hija.

—Desliza esto bajo el cortinaje de la dama, por gracia —le dijo, entregándole una caja de incienso—.[273] Debes constatar que llegue a sus manos, y no a las de nadie más. Es una celebración solemne. No se consiente negligencia alguna.

A ella le pareció raro.

—¿Negligencia? De tal especie no he tenido aún experiencia.

—Las propias palabras exigen tacto. Úsalo con toda prudencia.

Joven y de algún modo intrigada, ella hizo tal como se le dijera. Al parecer, Genji había explicado el significado de la caja de incienso a Murasaki.

Las doncellas no estaban advertidas en absoluto. Cuando la caja emergió de entre los cortinajes, a la mañana siguiente, las piezas del rompecabezas empezaron a ubicarse en su lugar. Tal número de platillos, ¿cuándo habrían sido preparados?, y ¡pedestales con patas engalanadas, cargadas de dulces del tipo más especial! En total un adorno espléndido. ¡Cuán grato que él se diera tales molestias!, pensó Shônagon. No había omitido nada. Y lloró lágrimas de gozo y gratitud.

---

272. Comentaristas del pasado llamaron a esto «uno de los grandes enigmas de Genji». El número tres parece cargado de contenido, pues el novio debía comer tres dulces rituales en la tercera noche después del connubio.

273. Con afán de disimular el contenido.

—¡Pero realmente él nos habría dejado develar el secreto! —Las mujeres susurraban entre sí—. ¿Qué habrá pensado el caballero que los trajo?

Cuando él hiciera la más fugaz de las visitas a su padre o realizase la más breve aparición en la corte, habría de estar imposiblemente inquieto, vencido por el ansia de la joven, que incluso al propio Genji le parecía excesiva. Recibía mensajes rencorosos de varias de las damas con las que tuviera relación. Él lo sentía, mas no deseaba separarse de su desposada ni siquiera una noche. No apetecía en modo alguno estar con otras, y dejó saber que se hallaba indispuesto.

—Esperaré veros cuando este difícil momento haya pasado.

La dama del Kokiden tomó nota de que su hermana Oborozukiyo, la dama de la luna nubosa, parecía guardar pensamientos de afecto por Genji.

—Bien, después de todo —dijo el padre de ésta, Ministro de la Derecha—, ha perdido a la dama más significativa para él. Si lo que sugerís con tal desencanto ha de pasar, yo no estaré desolado.

—Ella debe ir a la corte —pensó la dama del Kokiden—. Si se esfuerza duramente, podrá hacerse de una vida allí.

Genji había correspondido los mensajes afectuosos y estaba apenado al enterarse de que ella podría trasladarse a la corte; pero no tenía ya más ningún deseo de dividir sus afectos. La vida era corta, él los afincaría en torno a una sola dama. Ya había suscitado demasiado resentimiento en su torno.

En cuanto a la dama de la Rokujô, él le tenía lástima, pero no habría de ser una esposa oculta. Y, sin embargo, después de todo, él no deseaba una ruptura final. Se dijo que si ella se acomodase con él, como lo hicieran tiempo antes, podrían animarse mutuamente.

Nadie sabía quién era Murasaki. Era como que no tuviese lugar ni identidad. Él debía darlo a conocer al padre de ella, se dijo. Aunque evitando revelarlo anticipadamente, se tomó la molestia de celebrar las ceremonias de su iniciación. Ella, empero, halló considerable esta deferencia suya pero de mal gusto. Había confiado en él, y se habían entrelazado ya bastante. Mas fue un descuido inexcusable de su parte. Ahora se rehusaba a mirarlo y las chanzas de él sólo la sumían en un desapacible silencio. No era ya la Murasaki de antaño. Él encontró este cambio sombrío y extraño a la vez.

—Mis esfuerzos a lo largo de estos años parecen haberse dilapidado vanamente. Había ansiado que la familiaridad aportase un mayor afecto entre los dos, mas me equivoqué.

Y un año nuevo asoma ya.

El día de año nuevo él visitó a su padre y al Príncipe Heredero. Pasó luego desde el palacio a la mansión de la Sanjô. Su suegro, a quien el nuevo año no había traído una renovación del ánimo, la pasó charlando melancólicamente de las cosas idas. Él no quería que esta inesperada y afectuosa visita se viera estropeada por sollozos, pero se hallaba peligrosamente próximo al llanto. Quizá porque era ahora un año más viejo, Genji se veía más digno y maduro, así como más atractivo. En los aposentos de Aoi, la imprevista visita redujo a sus doncellas a las lágrimas. El pequeño había crecido. Sentado, riendo alegremente, mostraba una más notoria semejanza con el Príncipe Heredero, en particular en torno a los ojos y la boca. Todos los recelos de antaño, que su propio parecido con el Príncipe Heredero le habían ocasionado, retornaron. Nada había cambiado en aquellas estancias. Sobre una percha de atuendos, como siempre, colgaban algunos vestidos dispuesto para Genji, pero ninguno ya para Aoi.

Llegó una nota de la princesa Omiya: «He logrado refrenar los lamentos un tanto, pero esta visita me ha turbado bastante, allí os dejo vuestros atuendos de Año Nuevo. He estado tan ciega por las lágrimas estos meses que temo que los colores no sean de vuestro agrado. Mas, al menos, ponéoslos hoy, aunque sean inadecuados».

Sin embargo, trajeron otros más. Con gran esmero habían sido tejidas y teñidas las prendas interiores que ella deseaba que él usase en la fecha. No queriendo parecer ingrato, él vistió esos atavíos, pues temía que la dama quedase muy desalentada si no lo hiciera.

«Aquí estoy», escribió como respuesta, «para que podáis ver la primavera arribada. Me encuentro reducido al silencio con tantas remembranzas».

Vestía aquí anualmente
atuendos nuevos
por mucho tiempo,
hoy que nuevos también visto
evoco los de ayer y lloro.

»No puedo refrenar las lágrimas.

Ella respondió:

El Nuevo Año porta renuevos
lo sé, y no obstante,
las mismas viejas lágrimas
fluyen aún continuamente
en esta misma vieja mujer.

El pesar aún era intenso en ambos.

CAPÍTULO X

賢木

Sakaki

El árbol sagrado

A medida que se acercaba la partida de su hija, la dama de la Rokujô se hundía en la turbación.[274] Después de la muerte de la dama Aoi, hija del ministro, que la cohibiera por su elevación, la gente murmuró que, a pesar de todo, ella conseguiría su objetivo, y una gran agitación hizo presa de los suyos; empero, cuando constató que Genji no la visitaba ya, que la trataba con desprecio, tuvo que rendirse ante la evidencia: era seguramente a causa de aquel incidente en el que se sospechara que ella había ejercido un papel en verdad aborrecible;[275] por tanto desechó todas sus contriciones para no soñar sino con la partida. Con todo, no había precedentes de que una madre acompañara a su hija a Ise; mas, tomando como pretexto la extrema juventud de ésta, que no accedía que la abandonase, decidió alejarse de aquellos crueles días en su torno, cuando Genji, presa del remordimiento ante la idea de ese ahora inminente apartamiento, se puso a enviarle solamente «notas» cada vez más conmovedoras. Sin embargo, la dama también juzgaba intolerable que ella pudiera volver a encontrarlo en adelante. Y dado que él sí quería tal, ella se confortaba sin duda en su resolución, diciéndose que sería desatinado conseguir tan poco a costa de la turbación de su espíritu.

De tiempo en tiempo, se le antojaba pasar unos días en su antigua residencia, pero con gran sigilo, para que Genji no llegase a saberlo. En cuanto a su apartado refugio, no era un lugar adonde él pudiera presentarse libremente a su albedrío, de modo que, en medio de su perplejidad, habían corrido días y meses, cuando el emperador retirado, sin

274. La acción se desarrolla entre la novena luna del año en que Genji cumpliera 23 y el verano de sus 25 años.
275. Ella guardaba aún la incertidumbre de si sus celos habrían quitado la vida a la dama Aoi.

que su estado de salud inspirase serios temores, se puso a padecer reiterados achaques, lo que inquietó grandemente el ánimo de Genji. No obstante, él advirtió que sería lastimoso que ella lo juzgase como indudablemente despiadado, y que su reputación pudiera sufrir mella, de modo que resolvió presentarse en el retiro campestre.

Era el séptimo día de la novena luna, la partida de la virgen rumbo a Ise estaba ya decidida para pocos días después. Era concebible que la dama de la Rokujô y sus doncellas no estuvieran en condiciones de recibir visitas, pero él escribió una y otra vez, rogándole que le permitiera verla al menos un momento antes de emprender la marcha; y, al final, pese a que vacilaba si lo habría de ver o no, desistió de luchar más contra su propio anhelo de volver a verlo, y le hizo saber que lo recibiría en la galería, que no tenía necesidad de ingresar a la casa. Ella se había hallado en medio de un torbellino de incertidumbres pero al final decidió secretamente que no querría parecer una reclusa, de modo que lo acogería tras de cortinajes.

Fue a través de un llano de juncos, de mustia hermosura, que él enrumbó hacia el retiro. Las flores otoñales todas se habían marchitado y los insectos zumbaban entre la agreste maraña. El viento, silbando entre los pinos, traía cadencias musicales de impensado efecto, pero eran tan distantes que él no podía atinar lo que tocaban. No deseoso de atraer la atención, llevaba consigo sólo a diez recaderos, que ya por largo tiempo lo servían, y sus guardias vestían sencilla librea. Él se había ataviado con gran esmero. Sus hombres más perspicaces constataron cuán bellamente la melancólica escena le sentaba, y él se lamentaba de no haber hecho ya antes semejante jornada. Una baja valla de entramadas ramas apenas revelaba un cercado en torno a un conjunto de cabañas de techos de tablas, tan burdas y anodinas como refugios temporales.

El pórtico, de troncos no alisados, poseía una pasmosa dignidad a pesar de su llaneza, y la un tanto lóbrega austeridad del lugar era acentuada por grupos de sacerdotes que hablaban entre sí y tosían y aclaraban sus gargantas como poniéndose en guardia. Era un entorno nada semejante a todo cuanto Genji hubiera visto en otros lugares. El recinto del fuego titilaba débilmente. Todo el lugar exudaba soledad y quietud, y aquí lejos del mundo, una dama ya sumida en honda pesadumbre, había pasado semanas, meses. Al cavilarlo Genji sintió una insoportable pesadumbre.

Ocultándose fuera del ala norte, envió palabra de su llegada. La música súbitamente cesó, y sólo rompió el silencio un crujir de atuendos de seda. Aunque varios mensajes fueron deslizados y devueltos, la dama misma no apareció.

—Por cierto, sabéis que se reprocha excursiones como éstas. Mas hallo curioso que se me pida que aguarde fuera de la sacra valla, deseo deciros absolutamente todo, mis congojas y temores.

Él tenía razón, dijeron las mujeres. Era más de lo que una persona podía soportar, verlo allí afuera, sin siquiera un lugar donde sentarse. ¿Qué habría de hacer ella?, pensaron las doncellas e intercedieron ante la dama en favor de Genji.

La dama dudaba aún qué preferir. Su conducta podría ser mal interpretada por ellas. Además no lograría hacerlo por temor al qué dirán en vista de la edad que tenía. Debía ser prudente si se encontrara de nuevo con él ya. No tenía ganas de verlo ni podía tratarlo fríamente. Suspiraba, vacilaba y volvía a dudar, y fue con gran agitación que él finalmente la escuchó dar unos pasos hacia dónde él aguardaba.

—¿Podría al menos subir a la galería? —preguntó él, disponiéndose a ascender las gradas.

La luna vespertina surgió de pronto y la estampa que ella columbró a su luz fue más gallarda de lo que pudiera describirse.

No deseoso de excusarse por tantas semanas de desaires, él empujó una rama del árbol sagrado[276] bajo el biombo y dijo:

—Me tratáis muy fríamente...

Con un corazón constante,
inalterable, siempre verde
como esta rama
del sagrado árbol,
la sacra puerta traspaso.

Ella replicó:

---

276. *Sakaki*, variedad arbórea siempre verde, de la familia de la camelia, sagrada para el shintoísmo.

Erráis con aquella
vuestra sacra rama
y puerta sacra
sin reparar en los cedros
que cabe mi puerta están.[277]

Y él acotó:

Pensaba descubriros
entre doncellas, aquí
al cielo consagradas,
y del sagrado árbol
el aroma seguí.

Aunque el entorno no permitía intimidad alguna, él audazmente atisbó entre las persianas.

Había perdido el tiempo vanamente, cuando pudo haberla visitado antes. Ella también le guardaba afecto, en el fondo de su corazón, y dado que Genji lo tomara con calma, no se había afligido tanto. Sin embargo, empezó a dudar de ella. ¿Qué habría ocurrido?, le increpaba su frustración. Luego, su ardor se había enfriado, eran casi extraños en ese instante. Aunque, esa noche ella estaba frente a él, y las remembranzas lo anegaban. Pensó en lo que fue y lo que sería, y se encontró llorando cual un niño.

Ella no quería que él la viera padecer igual efecto. Él se sintió más desolado aún al advertir cómo ella luchaba por refrenarse; no obstante, parecía que incluso en tal momento él habría de incitarla a mudar sus planes. Contemplando el cielo, a la sazón más hermoso, cuando la luna se ponía, él desplegó todas sus súplicas, sus quejas todas, lo que sin duda fue bastante como para anular tanta acopiada amargura. Ella se resignó a aceptar lo que viniere, y fue tal como lo presintiera. Ahora que estaba frente a él, hallaba que su resolución se disolvía. El reencuentro hacía flaquear su sólida determinación.

---

277. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû*, N° 982: *Si mi morada buscarais, al pie del Monte Miwa, bastará que mirareis, cabe su puerta, los cedros.*

Un grupo de jóvenes cortesanos se acercó. Era un huerto que despertaba apremios amorosos, del cual un hombre joven con desgano se alejaría.

Sus mutuos sentimientos habían recorrido todos los vericuetos de pesares y disgustos, y no bastaban las palabras para expresar todo lo que deseaban revelarse. El cielo del alba era como hecho expresamente para aquel momento.

Un adiós a la alborada
de rocío calado
constantemente está,
triste es el cielo otoñal
como nunca antes lo fuera.

No deseando partir tan pronto, Genji tomó la mano de ella, delicadamente. Soplaba un aire gélido y un grillo de los pinos[278] parecía escrutar el instante. Era como una serenata a la que un ansioso amante no podía ser sordo. Quizá, como sus sentires se hallaban en tal confusión, hallaron que los poemas que intercambiasen podrían no reflejarlos. Luego de un rato, la dama replicó:

Un adiós otoñal
de nada requiere,
para agregar congojas,
vuestros cantares bastan
grillos del páramo.

No era en nada provechoso verter todas las recriminaciones nuevamente. Él emprendió la partida, no deseoso de ser visto a la ensanchada luz del día. Sus mangas se humedecieron por completo a lo largo del camino, por el rocío y las lágrimas.

La dama, carente de la reciedumbre que anhelara, quedó hundida en un amargo desvarío. La umbría figura a la luz de la luna y el aroma que él dejara provocaron a las doncellas jóvenes un arrebato tal, próximo al desmayo.

278.Matsumushi (grillo de los pinos) antiguo nombre de lo que hoy se llama *suzumushi* (grillo-campana).

—¿Qué tipo de viaje podría ser tan importante, os pregunto, como para hacer que la dama abandonase a un hombre así? —dijo una de ellas, ahogada en llanto.

La carta que él enviara al día siguiente fue tan cálida y tierna que nuevamente ella se vio tentada a reconsiderar. Mas era ya demasiado tarde. Un regreso a la indecisión de antaño no serviría de nada. Genji podía ser muy persuasivo, no obstante el hecho de no inquietarse en demasía por una mujer, y éste no era un alejamiento común. Él envió los más finos atuendos de marcha y abastos, tanto para la dama como para sus doncellas. Éstas no eran suficientes ya como para conmoverla. Fue como que le hubiera venido a la conciencia la mala fama que estaba a punto de dejar atrás.

En cuanto a la alta sacerdotisa, en su candidez, no podía sino regocijarse de una partida, hasta entonces incierta, tornada verídica. Respecto al hecho sin precedentes de que llevara a su madre consigo, las opiniones se hallaban divididas, y si unos lo reprobaban otros, opuestamente, concordaban. ¡Cuán más agradable parece la suerte de aquellos a los que un ínfimo rango no expone a cada paso a la vindicta pública! Pues la turbación se multiplica en el entorno de los que ocupan posiciones eminentes en el mundo.

El décimo sexto día se efectuó la purificación en el río Katsura. La ceremonia revistió una solemnidad inhabitual, y además del jefe de la escolta para la larga jornada, el nuevo emperador había escogido una comitiva de dignatarios ilustres y de insigne cuna. Aquello se hizo, sin duda, en consideración del favor que el emperador retirado brindaba a la sacerdotisa. A la hora de la partida, llegó una carta de Genji, que expresaba una vez más su infinito pesar. Para la princesa había una nota atada a una cuerda ritual.[279] «A aquella a la que un temor sagrado me impide nombrar», había escrito sobre la cobertura.

«El dios tonante acaso sería sobradamente fuerte...»[280]

279. Yû, cuerda de papel de morera usada por los sacerdotes y sacerdotisas shintoístas para atar sus mangas.

280. Tanka anónima, en el *Kokinshû*, N° 701: *Si las deidades, que las Ocho Tierras resguardan, de mí piedad tuvieren, que juzguen ellas si cabe padecer ausencia tal.*

Si mi señora sacerdotisa
escudriñando su vasto dominio
compasión guarda aún
por aquellos de abajo,
¡que la tenga de mí!

»Me digo que debe ser, pero sigo sin convencerme de ello.

A pesar de la confusión, hubo respuesta de mano de la dama de honor, tía de la sacerdotisa:

Si de vuestras cuitas
a las deidades del cielo
por jueces ponéis,
ellas sabrán descubrir
lo vano del dolor vuestro.

Genji habría deseado estar presente al término de la audiencia final con el emperador, pero no gozaba con el papel de pretendiente rechazado. Pasó el día en turbada reclusión. Empero, debía sonreír, ante el bastante sagaz poema de la sacerdotisa. Era lista para su edad, y le interesaba. Las relaciones difíciles y poco convencionales le atraían siempre. Podría haber hecho mucho por ella anteriormente, y se lamentaba que ahora no pudiera ya. Pero quizá se reencontrasen, nunca se sabe, en este mundo.[281]

Un gran número de carruajes se había congregado para un recorrido presidido por damas de tanto gusto, seguro que valía la pena verlo. Ingresaron al palacio a media tarde. Mientras la madre de la sacerdotisa subía a su palanquín de honor, pensaba en su finado padre, que cobijara ambiciosos planes para ella y la preparase con el máximo cuidado para la posición que había de ser suya; mas, las cosas no habrían podido marchar más infaustamente. Ahora, luego de estos años, ella volvía al palacio. Había ingresado al servicio doméstico del finado Príncipe Heredero a los dieciséis años y a los veinte él había fallecido; ahora a los treinta, tornaba una vez más al palacio.

281. Era frecuente el reemplazo de sacerdotisas al comienzo de un nuevo reinado.

Todo aquello del pasado
sólo al pretérito atañe,
en ello no pensaría,
pero, para angustia mía
se me abruma el corazón.

La sacerdotisa estaba encantadora, delicada muchacha de catorce años, vestida por su madre con extremo cuidado. Era una figura pequeña, arrobadora de veras, que uno se preguntaba si acaso podría durar en este mundo. El emperador fue tocado hasta las lágrimas cuando le colocó una peineta de despedida en la cabellera.

Los carruajes de sus damas estaban en fila delante de los ocho ministros, aguardando que abandonase el imperial recinto. Las mangas que fluían por debajo de las persianas eran tantas y de maravillosas tonalidades; mas, sin duda había cortesanos que, por su parte, efectuaban propias, silenciosas y dolientes ceremonias de despedida.

La procesión dejó el palacio al atardecer. Fue delante de la mansión de Genji que la comitiva torció hacia el sur, de la Nijô al Dôin. Incapaz de dejarla pasar sin un gesto de adiós, Genji remitió un poema adherido a una rama sagrada:

Vos me expulsasteis
mas las mangas vuestras
húmedas no quedarán
por los ochenta vados
del río Suzuka.

Estaba oscuro ya y hubo gran confusión, y una respuesta, breve y puntual, llegó a la mañana siguiente desde más allá de la tranquera de Ôsaka.

¿Quién nos compadecerá
durante el camino a Ise
si nuestras mangas
mojaren o no
aquellas olas?

Su mano no había perdido nada de su elegancia, aunque era ya una bastante fría y austera elegancia.

La mañana fue una usualmente triste, cubierta de densas nieblas. Distraídamente, él musitó para sí:

Marchar la veo
por el camino.
¡No cerréis, oh nieblas,
en este otoño,
de las citas la barrera!

Pasó el día solitario, hundido en un lánguido desvarío por él mismo imaginado, sin siquiera visitar a Murasaki. Pero, ¡cuánto más afligidas habrían sido las cavilaciones de la dama en el camino!

Desde la décima luna se había propagado, por toda la corte, la alarma por el estado de salud del viejo emperador. El nuevo emperador lo visitó para preguntar por él. Débil, como estaba, el viejo soberano pidió una y otra vez que su hijo fuese bueno con el Príncipe Heredero. Y también habló de Genji:

—Busca su consejo, en lo grande como en lo pequeño, tal como hasta ahora lo hicieras. Es joven, pero bastante capaz de poner orden en los asuntos públicos más complejos. No hay ningún cargo para el que se sienta indigno y ningún cometido en todo el imperio que se halle más allá de sus dotes. Lo reduje al rango de común de modo que puedas valerte plenamente de sus servicios. No ignores, te lo ruego, éste mi último deseo.

Hizo muchos otros conmovedores pedidos, pero no es papel de una mujer informarlos. En verdad me excuso vivamente por haber registrado estos fragmentos.

Profundamente conmovido, el emperador aseguró a su padre, reiteradamente, que todos sus deseos serían respetados. El viejo emperador se complació de ver que su vástago había madurado y se había transformado en un hombre de tanta dignidad. La conversación fue, necesariamente, breve, y el viejo emperador se sintió más apesadumbrado aún que si ella no hubiese tenido lugar.

El Príncipe Heredero[282] debía haberse presentado juntamente también, pero se previó que tan innecesarias ansias debían ser evitadas y por ello se eligió otro día. Era un niño gallardo, avanzado para sus años. Había deseado ver a su padre, y ahora estaban juntos allí sin límites para su juvenil complacencia. Incontables emociones acometían al viejo emperador, mientras veía las lágrimas en los ojos de la dama del Fujitsubo. Él tenía muchas cosas por decir, pero el muchacho parecía demasiado bisoño y desvalido. Una y otra vez dijo a Genji lo que debía hacer, y el bienestar del Príncipe Heredero dominó sus advertencias. Fue ya tarde por la noche cuando el Príncipe Heredero emprendió la marcha. Con virtualmente la asistencia de toda la corte, la ceremonia no fue un ápice menos grandiosa que para la visita del emperador. El ex emperador se veía acongojado, tras la partida de la procesión. La visita había sido corta en demasía.

La dama del Kokiden deseaba verlo también, mas no quería ver a la dama del Fujitsubo. Mucho dudó, pero entonces, sosegadamente, el soberano expiró. La corte quedó sorprendida. Él había dejado el trono, en efecto, pero su influencia seguía siendo considerable. El nuevo emperador, demasiado joven, y su abuelo materno, el Ministro de la Derecha, un hombre demasiado impulsivo y menos benevolente. ¿Cómo sería el mundo en adelante, se preguntaban tanto los cortesanos encumbrados como los de bajo rango, con un hombre así en el control del país?

Para Genji y la dama del Fujitsubo, la circunstancia se presentaba aún más cruel. Durante el funeral nadie juzgó extraño que Genji se hallase entre los hijos del fallecido emperador y, de algún modo, la gente sintió más pena por él que por sus medios hermanos.

Las vestimentas de luto, oscuras y sin brillo, le asentaban y lo hacían parecer más merecedor de simpatía que los otros. Dos duelos en años sucesivos le habían dado cuenta de la futilidad de los asuntos humanos. Pensó una vez más en dejar este mundo. Pero, he aquí que demasiados lazos a él lo ataban.

Las damas del viejo emperador permanecieron en la residencia de su retiro hasta que los ritos del cuadragésimo noveno día hubieron concluido. Luego de ello cada cual emprendió su propia vía. Era el vigésimo día de la duodécima luna, y los cielos

---

282. El pequeño era hijo de Genji en la dama del Fujitsubo, pero era tenido por hijo del emperador retirado; para entonces contaba ya cuatro años.

que habrían debido parecer como que marcaban el final de las cosas se mostraban a la dama del Fujitsubo sin un solo rayo de sol. Ella estaba muy al tanto de los sentimientos de la dama del Kokiden, y sabía que habría de ser muy arduo intentar convivir con el conjunto de servidores de aquella otra dama. Más bien recordaba la imagen del difunto emperador incesantemente. Empero, su residencia no era más una morada para las damas a su servicio, además, todas habían partido ya, y sentía que cada vez más la tristeza inundaba su corazón.

La dama del Fujitsubo retornó al palacio de su familia en la Sanjô. Su hermano, el príncipe Hyôbu, salió a recibirla. Caía una nevisca, y los copos de nieve se agolpaban empujados por un impetuoso viento. La residencia del viejo emperador se hallaba casi desierta. Genji llegó al lugar para ver partir a las damas, y habló con ellas de los viejos tiempos. Las ramas del pino en el jardín se habían tornado mustias por la nieve sobre ellas, que secaba sus agujas más bajas.

El poema del príncipe no fue particularmente relevante, pero sí adecuado a la ocasión, de modo que hizo brotar lágrimas en los ojos de Genji:

¿Marchito está acaso
el pino bajo cuyas ramas
halláramos cobijo?
Hoy al término del año[283]
caen copiosas sus agujas.

El estanque se mostraba helado. El poema de Genji fue una improvisación, y quizá no de sus mejores pues trasuntaba su infantil sentir:

Claras cual espejo
estas heladas aguas
en invierno,
la imagen que reflejaran
no se encuentra más ya.

283. El pino alude al difunto emperador; las ramas, implican a los de su linaje.

Este fue el poema de Omyôbu:

Al término del año
manantiales silencia el hielo,
habiendo partido ya
todos aquellos
entre rocas avistados.

Hubo otros poemas, mas, es inútil registrarlos.

La procesión fue tan grandiosa como en años anteriores. Quizá, sólo en su imaginación, percibía algo muy lastimero e infausto ella. El propio palacio de la dama del Fujitsubo, en la Sanjô, parecía ahora una simple posada del camino. Sus cavilaciones se remontaban a los años que pasara lejos de allí.

Llegó el Año Nuevo, mas sin portar pimpollo alguno. La existencia, vuelta opaca y aciaga, provocaba mayor angustia que todo lo demás. Esto afectaba en particular a Genji, que sumido en honda melancolía proseguía en retiro de abstinencia. Durante el reinado de su padre, ciertamente, y no menos en los años desde entonces, los nombramientos del Año Nuevo habían suscitado tales riadas de caballos y carruajes a sus puertas que no hubo espacio para nada adicional. Hoy estaba todo desierto. Sólo unos pocos indolentes guardas y secretarios ocupaban los despachos. Sus vasallos favoritos acudían efectivamente a verlo, pero únicamente si disponían de tiempo. Empero, pensó él, la vida estaba aún por florecer.

Durante la segunda luna, la hermana de la dama del Kokiden, Oborozukiyo,[284] había sido nombrada guarda-ropajes de los aposentos de las damas, en reemplazo de otra servidora que, en duelo por la muerte del viejo emperador, se había hecho monja.[285]

---

284. «Aquélla de la luna brumosa».

285. Ella había ascendido de cargo al de guarda-ropajes, servidora de un despacho muy importante, que desempeñaba sus funciones siempre cerca del emperador, le refería oráculos y, a la vez, escuchaba sus soberanas decisiones. En la época en que transcurre la trama, el siglo X, el cargo de *naishi no kami* ya había subido en la jerarquía, próximo al de las damas de prosapia. Por ende, algunas de las *naishi no kami* recibían su privanza del emperador.

La nueva guarda-ropajes era amable y cultivada, y el emperador se había aficionado mucho a ella. La dama del Kokiden pasaba la mayor parte de su tiempo con su propia familia. Cuando acudía a la corte solía ocupar el Pabellón del Ciruelo. Había otorgado su viejo pabellón, el Kokiden, a Oborozukiyo, que halló el cambio, desde sus aposentos fúnebres y alejados en el ala norte, bastante feliz. En verdad, casi rebozaba de damas de honor. Sin embargo, ella no podía olvidar aquel extraño encuentro con Genji y quedó a iniciativa de ella que mantuviese en secreto su correspondencia. Él se sentía nervioso al respecto, pero entusiasta a la vez (tal era su naturaleza) por el desafío que la nueva posición de esta dama parecía plantear.

La dama del Kokiden se había guardado su enfado cuando aún vivía el viejo emperador, pero como era una mujer resuelta y tenaz, ahora parecía decidida a cobrar la venganza que bullía en su corazón. La vida de Genji se tornó una serie de fracasos y molestias. Él no estaba sorprendido, empero, habituado a ser el mimado de la corte, halló esta nueva frialdad dolorosa, y optó por quedarse en casa.

El Ministro de la Izquierda, su suegro, estaba asimismo descontento con el nuevo reinado y rara vez se presentaban en la corte. La dama del Kokiden recordaba demasiado bien cómo aquél se había negado a entregar a su hija al entonces Príncipe Heredero ofreciéndola, en su lugar, a Genji. Los dos ministros nunca se habían llevado bien. El Ministro de la Izquierda había logrado imponer su voluntad mientras vivía el viejo emperador, y ciertamente se mostraba contrariado ahora que el Ministro de la Derecha se hallaba en control de la corte. Genji visitaba aún el palacio de la Sanjô, y era más cortés y atento que nunca con las mujeres de allí, y más cuidadoso con los detalles de la educación de su hijo. Llegaba incluso mucho más allá del deber y la urbanidad ordinarios, pensaba el ministro, para quien su yerno era tan importante como siempre. Como hijo predilecto de su padre, había tenido escaso tiempo para sí mismo mientras su padre vivía; pero era ahora cuando empezaba a desatender a las damas de las que fuera tan aficionado. Estos amoríos no le interesaban ya. Se había tornado más sobrio y tranquilo, en conclusión, un modelo de hombre joven.

Para entonces, la buena fortuna de la nueva dama de la Nijô, en el lado oeste, era ya conocida por todo el mundo. Su nodriza y otras de sus mujeres lo atribuían a las

plegarias de la vieja monja, abuela de aquélla. Su padre ahora mantenía correspondencia con ella, como él lo deseara. Éste había tenido grandes expectativas para con las hijas que tuviera con su consorte principal, pero no les había ido bien, para el considerable pesar y envidia de dicha consorte. Era una situación como hecha a pedido de los narradores de historias.

De duelo por su padre, el viejo emperador, la alta sacerdotisa de Kamo[286] renunció y la princesa Asagao asumió el cargo. No era habitual que la nieta, en lugar de la hija de un emperador, ocupase tal dignidad, pero al parecer no había otras candidatas adecuadas para dicha posición. La princesa, no obstante el paso de los años, había continuado interesando a Genji, que ahora lamentaba que ella dejase las cosas del mundo. Él todavía se encontraba con Chûjô, doncella de aquélla, y aún le escribía a la princesa. No permitiendo que la nueva circunstancia de ella le preocupasen excesivamente buscó disimular el tedio enviándole notas una que otra vez.

El emperador habría querido seguir las últimas instrucciones de su padre, y buscó el apoyo de Genji, pero era joven y dócil e incapaz de imponer su voluntad. Su madre y su abuelo lograban sus cometidos, y él no podía contradecir lo hecho por ellos.

Para Genji, un disgusto seguía a otro. Oborozukiyo lo liberaba de la lobreguez haciéndole saber que aún le guardaba simpatía. Aunque preñado de riesgos, un encuentro entre ambos no era difícil de arreglar. El rito de homenaje a los Cinco Señores[287] estaba por comenzar, y el emperador iniciaría un retiro. Genji rindió visita a palacio, la que fue como un sueño. Chûnagon se vio forzada a admitirlo a la galería donde ocurriera su primer encuentro. Había mucha gente alrededor, y el hecho de que él estuviese más cerca del pasillo que lo que usualmente fuera resultaba infortunado. Dado que las mujeres que lo veían mañana y tarde, nunca se cansaban de él, ¿cómo podría ser un encuentro ordinario con una que tan poco había visto de él? Oborozukiyo se hallaba en la flor de la edad. Pudiera ser que no se mostrase tan serena y digna como debiera, pero sus juveniles encantos eran bastantes como para complacerlo igualmente.

286. Tercera hija del finado emperador en la dama del Kokiden.
287. En japonés, *Myô-ô* (*Vidahyârâja*), cuyas bendiciones se imploraba en ocasiones especiales como el inicio de un nuevo reinado.

Era ya cerca del alba. Casi a un codo de Genji, un guardia se anunció con una voz alta, de vibrante tono. Otro de los guardias, aparentemente, se había deslizado al lugar con una de las damas del entorno y éste otro, maliciosamente, había sido despachado para sorprenderlo. Genji, estaba tanto entretenido como enfadado. «Comienzo de la ronda del Tigre».[288] Hubo llamados por doquier, mientras los guardias despejaban a los intrusos.

La dama se sentía triste, y la congoja acentuaba su belleza, mientras recitaba un poema:

Que llega la aurora, dicen, y presiento
que extenuado os sentís.
Por mis pesares sollozo,
aquellos que yo misma
me he forjado.

Él respondió:

¿Que estos pesares, decís,
no deben cesar acaso?
Mi dolor y mi amor
ni uno ni otro
un fin tendrá.

Subrepticiamente él emprendió la retirada sin hallar sosiego para su alma. La luna se mostraba fría en el tenue despuntar del alba, suavizado por delicados esbozos de neblina. Aunque en un burdo disfraz, él era demasiado apuesto como para pasar inadvertido. Un oficial de la guardia, hermano de la dama del Shôkyôden,[289] había surgido desde el Patio de la Glicina y permanecía de pie, a la sombra de una valla de rejillas. Si Genji dejara de notarlo, cuán desafortunado sería. Siempre que iba de ronda cavilaba sobre la que lo hiciera objeto de reproches.

---

288. Inicio de la ronda (de dos horas) de 4 a 6 a.m.
289. Una de las concubinas imperiales, aliada del Ministro de la Derecha.

Aunque su reticencia era en cierto modo admirable, no podía dejar de resentirse por ello. Como las visitas a la corte eran siempre penosas, la dama del Fujitsubo se inquietaba anticipadamente acerca de su hijo, el Príncipe Heredero. Aunque ella no tenía a nadie más a quien acudir, salvo Genji, de quien para todo dependía, la atormentaba la evidencia de que su no bienvenida afectuosidad seguía invariable. Incluso la idea de que el viejo emperador había fallecido sin sospechar la verdad la llenaba de terror, lo que se intensificaba al razonar que si los rumores trascendiesen, los efectos, aparte de lo que para ella implicaría, serían tremendamente infelices para el Príncipe Heredero. Incluso, ella llegó a comisionar la celebración de servicios religiosos con la esperanza de conseguir con ellos librarse de las atenciones de Genji, valiéndose de todos los recursos para evitar encontrarlo.

No obstante, un día, él halló el modo de acercarse a ella. Él había planeado todo escrupulosamente y nadie en el entorno de ella llegó siquiera a percatarse. El resultado fue para ella una interminable pesadilla.

Las palabras con las que él intentó consolarla fueron tan sutiles y sagaces que no soy capaz de transcribirlas, empero, ella siguió inconmovible. Luego, se vio atacada de agudos dolores de pecho. Omyôbu y Ben se apresuraron en acudir a su lado con mucho pasmo. Genji vacilaba, tras la escalofriante determinación con que ella lo rechazara. Todo, pasado y futuro, parecía hundirse en las tinieblas. Apenas consciente de lo que hacía, él permaneció en los aposentos de ella, incluso hasta la alborada.

Varias de las mujeres, sabedoras de la enfermedad de la dama, se hallaban ya levantadas y en el entorno. Omyôbu y Ben, cubrieron a un casi inconsciente Genji y lo introdujeron en un guardarropa. Ellas se encontraban próximas mientras le arrojaban también sus atuendos y estaban inquietas y ansiosas. La dama del Fujitsubo empezó a sufrir de desvanecimientos intempestivos. El príncipe Hyôbu y el chambelán de la dama fueron convocados. Un alelado Genji, desde su escondrijo, escuchó azorado.

Hacia el atardecer, la dama del Fujitsubo empezó a volver en sí. No tenía la mínima sospecha de que Genji se hallaba aún en sus aposentos, sus mujeres habían pensado que era mejor no darle la noticia. Ella se levantó y se dirigió a su sala de recibo. Mucho más aliviado, el príncipe Hyôbu partió. La estancia se hallaba casi vacía. No había

demasiadas mujeres de las que ella gustase tener cerca de sí, y las otras se hallaban fuera de la vista. Omyôbu y Ben se preguntaban: «Cómo podrían urdir el modo de sacar a Genji del lugar. Sería demasiado penoso que ella volviese a recaer en la misma condición».

Por la puerta del guardarropa, ligeramente entreabierta, él se deslizó y avanzó entre un biombo y la pared. Miró con embeleso a la dama y las lágrimas inundaron sus ojos. Aún adolorida, ella contemplaba el jardín. ¿Podría ser acaso el fin? Su perfil era indescriptiblemente hermoso. Las mujeres buscaron alegrarla con unos dulces, que en verdad se veían de lo más provocativos dispuestos sobre la tapa de una caja decorativa, pero ella ni siquiera los miró. Para Genji era un entero deleite verla sentada, en silencio, perdida en hondas cavilaciones. Su cabellera, que caía en cascada sobre sus hombros, los rasgos de su cabeza y su faz, el fulgor de su piel, todo en ella era para él irresistiblemente bello. Y eran tan semejantes una y otra, ella y Murasaki. Las remembranzas se habían oscurecido con el paso de los años, mas ahora la asombrosa similitud de poco servía para despejar su pesadumbre. La dignidad que lo avergonzaba ante ella también le hacía recordar a Murasaki. A duras penas lograba concebir que fuesen dos personas distintas y, sin embargo, quizá debido a que la dama del Fujitsubo había estado presente en sus pensamientos por varios años, después de todo, había entre ellas una diferencia. No pudiendo contenerse más, él se deslizó tras las cortinas de la dama y tiró de su manga. Tan distintiva era la fragancia suya que ella lo reconoció de inmediato. Y, aterrorizada, se desvaneció.

¡Si al menos lo mirase! Él la atrajo hacia sí. Ella buscó huir, pero su cabellera se enredó en su propia túnica mientras intentaba librarse de ésta. Parecía que su hado le era adverso.

Delirante, Genji expresó todo el resentimiento que había guardado para sí; pero esto sólo la movió a náuseas.

—No me siento bien. Quizás en otra ocasión estaré mejor como para recibiros.

No obstante, él continuó hablando. Entremezclados con el flujo de sus palabras hubo detalles que, después de todo, parecieron conmoverla. Ciertamente no era éste su primer encuentro, empero, ella sentía aún aversión por aquel encuentro y había decidido que no hubiese lugar a otro. Aunque impidiendo un mayor acercamiento, lo

mantuvo a raya hasta el amanecer. Él no pudo imponérsele. En su calma dignidad, ella suscitó que él se sintiese avergonzado de sí mismo.

—Si os pudiere ver de tiempo en tiempo, para así despejar un tanto la melancolía, os prometo que nada haré que os ofendiere.

Las cosas más comunes tienen un modo de conmover a la gente que son como una para el otro, y éste no era un encuentro cualquiera. Lucía la luz del día. Omyôbu y Ben fueron insistentes, aunque la dama del Fujitsubo parecía apenas consciente.

—Creo que me muero —dijo él en un rapto final de pasión—. No puedo soportar la idea de tener que haceros saber que aún existo. Y si me muriera, mi amor por vos sería un obstáculo en mi camino hacia la salvación.

Si ha de haber más días
como éste fuera,
habré de sollozar
por dos y tres vidas
desde ahora.

»Y el pecado será también vuestro.

Ella suspiró.

Recordad que la causa
en vos mismo está
de aquel pecado
que decís acarrearé
en las vidas por venir.

Ella asumió un aire de resignación que desgarró el corazón de él. Lo que le hizo admirarla cabalmente. No obstante, se inquietó de lo que pudiese pensar la dama, y él mismo se halló en tan duro trance que partió para no perder la razón.

Sólo conseguiría dar lugar a otra derrota si tratara de verla nuevamente. Ella debía llegar a sentirse apenada por él. No le habría de escribir siquiera. Se encerró en la mansión de la Nijô, sin salir a ver ni al emperador ni al Príncipe Heredero, su melancolía llenó de inquietud a toda la casa e hizo parecer que él había perdido el

deseo de vivir. «En este mundo estoy sólo para ver aumentar mis pesares».[290] Debía dejarlo atrás, pero, había aún una niña querida que tanto lo requería. No podría abandonarla.

Tras el encuentro, la dama del Fujitsubo quedó muy afectada. Omyôbu y Ben se hallaban afligidas por el retiro de Genji y su negativa a escribir. La turbación de la dama era mayor aún: sería de gran perjuicio para el Príncipe Heredero si Genji se tornase en contra de ella, y concluiría en un desastre si, habiendo padecido asaz el mundo, él decidiese tomar las órdenes budistas. Se le hizo doloroso pensarlo. Pero, la reiteración de un incidente como el reciente daría lugar, desde luego, a rumores que harían sus visitas al palacio aún más ingratas. Preferiría renunciar al título que generara la despiadada incordia de la dama del Kokiden, y, paulatinamente, resolvió hacerlo finalmente. Recordaba las enfáticas, detalladas instrucciones que el finado emperador dejara. Era ya la temporada en que todo habría de cambiar, ni siquiera la sombra del pasado subsistiría. Y no había de padecer el hado cruel de la dama Ch'i,[291] mas, indudablemente tenía que presentir un futuro de desdén y escarnio. Por ello, resolvió hacerse monja. Aunque debía ver al Príncipe Heredero una vez más antes de partir. Discretamente, le rindió visita.

Aunque Genji se había ocupado de todas las necesidades de la dama en asuntos más complejos que el presente, adujo hallarse enfermo y no la acompañó a la corte. Empero, hizo averiguaciones de rutina, como la urbanidad exigía. Las mujeres que compartían su secreto sabían que él se sentía muy desdichado, y se apenaron.

El pequeño hijo de la dama estaba mucho más hermoso que la última vez que lo viera. Él se abrazó a ella, su complacencia con ella fue tan conmovedora que la hizo comprender lo difícil que sería llevar a cabo su determinación. Mas, este atisbo de la vida en la corte le transmitió claramente la idea de que tal no era lugar para ella, aquello que conociera se había desvanecido por completo. Debía inquietarse por la

---

290. Tanka anónima, en el *Kokinshû,* N° 951: *Sólo estoy en este mundo para ver aumentar mis pesares, más allá de los barrancos de Yoshino habré de pasar.*

291. Una concubina del emperador de la China Kao-tsu (*c.* 200 a.C.), que fuera torturada y mutilada por la viuda de éste.

dama del Kokiden, y estas visitas se habrían de tornar crecientemente insoportables; en suma, todo allí era causa de pesar. Temió por el futuro de su hijo, si ella continuaba permitiendo ser llamada emperatriz.

—¿Qué pensaréis de mí si no hubiere de veros por muy largo tiempo, y me tornare muy desagradable a la vista?

Él la miró fijamente.

—¿Como Shikibu? —rió—. Pero, ¿por qué habríais de veros alguna vez como ella?

Ella quería llorar.

—Ah, pero Shikibu está vieja y arrugada. No era tal cosa lo que yo pensaba. Quise decir que mi cabellera sería mucho más corta y habría de portar ropajes negros, y parecerme a uno de esos monjes que elevan oraciones por la noche. Y os vería entonces con menor frecuencia.

Se le inundaron los ojos de lágrimas. Entonces él, tornándose serio:

—Os echaré de menos —dijo él solemnemente, apartándose para esconder sus lágrimas.

El cabello que caía sobre sus hombros era hermosamente lustroso y el brillo de sus ojos, más atractivo conforme crecía, fue bastante como para que se pensara que portaba como máscara la faz de Genji. Debido a que su dentadura revelaba ligeras ausencias, su boca se mostraba encantadoramente oscura al sonreír. Casi se deseaba que hubiese nacido niña. Pero, ese parecido a Genji era para ella un menoscabo en la joya. Todos sus viejos temores reafloraron.

Genji también había deseado ver al Príncipe Heredero, pero quería a la vez hacer consciente a la dama del Fujitsubo de la crueldad que le mostrara. Se mantuvo en la mansión de la Nijô. Mas, temeroso de que su indolencia fuese motivo de habladurías, y considerando que el follaje otoñal estaría espléndido, se dirigió al templo de Uji, al norte de la urbe, que tenía a su cargo un anciano tío, hermano mayor de su fallecida madre. Pidiendo prestada la celda de su tío, para ayunar y meditar, permaneció allí varios días.

La campiña, que relucía de colorido otoñal, fue suficiente para que él olvidara la ciudad. Reunió en su torno monjes eruditos y escuchó atentamente sus consideraciones

de las Escrituras. Aunque había de pasar la noche sumido en cavilaciones sobre la evanescencia de las cosas, a la que el entorno lo arrastraba, no obstante, a la luz de la luna del alba, recordaría a la dama que tan cruel le fuera. Habría de escuchar ruidos cuando los monjes colocaran nuevas flores ante las imágenes, y vería crisantemos y coloridas hojas de tonos varios, serenas imágenes que ofrecían un refugio en esta vida y esperanza para la venidera. ¡Mas, qué existencia sin designio era la suya!

—Todo aquél que invocare el Santo Nombre habrá de ser llevado hasta el señor Amitabha y no será abandonado[292] —proclamó el tío de Genji con tono grandioso y pausado, y Genji se sintió lleno de envidia.

¿Por qué no abrazar la vida religiosa? Sabía, pues las fluctuaciones de su corazón eran complejas, que la razón mayor era aquella niña en la mansión de la Nijô.

Había permanecido lejos de ella por un tiempo inusualmente largo. La tenía constantemente en la mente, y le escribía con frecuencia. «He venido aquí», le refería en una de sus cartas, «para ver si soy capaz de abandonar el mundo. La serenidad que anhelaba me es elusiva y sólo se acrecienta mi soledad. Hay cosas que aún debo aprender. ¿Me habéis extrañado?» Estaba escrito en pesado papel de Michinoku. Los trazos, aunque impensados, eran fuertes y distinguidos.

En frágiles aposentos
cual rocío entre los juncos
os he dejado,
y los cuatro vientos
jirones me hacen.

Esto hizo brotar lágrimas en los ojos de ella. La respuesta que ella diera fue un poema en un trozo de papel blanco:

292. De la escritura que habría de ser la principal de la escuela budista *Jôdo* o de la Tierra Pura.

Frágil cual hilo de araña
entre los descoloridos juncos,
de otoñal rocío mojados,
contigua al viento
que mi aliento turba.

Él sonrió. La letra de ella había mejorado. Había llegado a parecerse a la suya, aunque más suave, femenina. Se congratuló de tener a una persona tan dotada como objeto de sus afanes de enseñante.

Los santuarios de Kamo no se hallaban muy distantes. Él mandó una carta a la princesa Asagao, la suma sacerdotisa. La envió con Chûjô, con un mensaje para la propia portadora: «Viajero, siento que mi corazón se aventura a mayores distancias; pero vuestra señora no ha tomado nota de ello, presumo».

Luego, un mensaje para la princesa misma:

No desean los dioses
que de ellos hable,
quizá sea así,
mas en sagradas cuerdas pienso
de un diferente otoño.

»¿No habrá algún modo de tornar presente el pasado?[293]

Él había escrito como que sus vínculos le permitieran una cierta intimidad. Su nota se hallaba registrada sobre un papel chino de tono azul, adherido a una sagrada rama de la que fluían cuerdas rituales.

La respuesta de Chûjô fue más verbosa y sosegada que nunca. «Vivimos una quieta existencia aquí, y tiempo no tengo para muchos pensamientos errabundos, entre éstos, acerca de vos y mi señora».

Hubo una nota de la propia princesa, atada con una cuerda ritual:

---

293. *Ise Monogatari*, episodio 32: ¿Modo habrá de hacer presente el pasado, enrollarlo y deshacerlo cual una bola de estambre?

Un muy distinto otoño,
¿a qué aludir podría?
¿Acaso oculto tesoro
de reflexiones en torno
a cuerdas sagradas?

»Y ¿en tiempos más recientes?

La caligrafía no era quizá de las más sutiles que él viera, pero mostraba una admirable maestría en el estilo cursivo, y eso le interesaba. Su corazón dio de saltos, irreverentemente, pensando en la belleza de los rasgos de la calígrafa que, indudablemente, superaba la belleza de su escritura.

Recordó que sólo un año había transcurrido desde la memorable noche en el santuario temporal de la otra alta sacerdotisa y, descaradamente, de nuevo, se halló a sí mismo censurando a los dioses, que el destino de sus dos primas hubiera sido tan extrañamente similar. Él había gozado de la oportunidad de cortejar al menos a una de las damas que eran objeto de estos impropios pensamientos, y él la había pospuesto; era pues raro que ahora padeciese tales atriciones. Cuando, ocasionalmente, la princesa Asagao le respondía, su tono no era inamistoso en absoluto, aunque podría habérsela juzgado de una cierta inconsistencia.

Él leía los 60 cuadernillos de la escuela Tendai, y pidió a los sacerdotes que le explicaran algunos pasajes difíciles. Sus oraciones habían traído este maravilloso fulgor sobre el monasterio, esto lo decía hasta el monje de más bajo rango, y en verdad, la presencia de Genji parecía aportar honor al propio Bendito. Aunque pausadamente cavilara sobre los asuntos del mundo y se mostrara renuente a regresar a él, pensamientos sobre la dama de la mansión de la Nijô interferían sus meditaciones y parecerían tornar trivial el que continuara allí por más tiempo. Sus donaciones al templo fueron generosas así como a los de todos los rangos y también a los simples montañeses. Habiendo agotado las posibilidades de las piadosas ocupaciones, emprendió la partida. Los leñadores bajaban de los montes para verlo pasar y se prosternaban a su paso, por el camino. Aún de duelo, su carruaje cubierto de negro, él no era fácilmente discernible; mas por las miradas que dieran, les despertaba la idea de que él era efectivamente un hombre de apuesta figura.

Incluso, tras esta breve ausencia, Murasaki se había tornado más hermosa y más reposadamente madura. Parecía estar vislumbrando su futuro, y qué habrían de ser en adelante entre sí. Quizá fuera porque ella conocía todo acerca de sus extraviados modos, que escribió «descoloridos». Ella lo deleitaba más y más, y fue con un afecto más hondo que nunca que él la saludó al retornar.

Él había traído consigo follajes otoñales, teñidos todavía más por el rocío que la fronda de su huerto. Temeroso de que la gente se percatara de su desatención a la dama del Fujitsubo, él envió unas pocas ramas como presente rutinario, y con ellas un mensaje para Omyôbu.

—Las nuevas, que he recibido con algo de asombro, sobre la visita de vuestra ama al palacio han tenido el efecto de que yo deseara retirarme por un tiempo. Os he echado en olvido, me temo. Habiendo decidido lo dicho, no pensé que fuera propio cambiarlo y he pasado los días sin más. Este haz de ramaje otoñal, admirado en soledad, cual «atavío de damasco en la negrura de la noche»,[294] mostradlo a vuestra ama, por gracia, cuando la ocasión se presentare.

Era magnífico. Mirándolo más de cerca, la dama del Fujitsubo vio escondido entre las hojas un trozo de papel plegado. Se sonrojó, pues sus doncellas observaban. ¡Lo mismo otra vez! Así que se mostró más sensata y escrupulosa ahora, pues él era capaz de importunas sorpresas. Sus doncellas pensarían que era algo de lo más singular. Hizo que pusieran el ramaje en un jarrón, fuera, cercano a la galería.

Genji era su apoyo en asuntos privados y en la más importante cuestión del bienestar del Príncipe Heredero. Sus concisas, funcionales notas lo dejaban lleno de amarga admiración ante la avizora actitud que eludía sus avances. La gente notaría si él, repentinamente, concluyera sus servicios, de modo que acudió al palacio el día en que ella había de regresar a la mansión de su familia.

Primeramente, él rindió visita al emperador, a quien halló libre de los asuntos de la corte y feliz de conversar acerca de acontecimientos recientes y pasados. Él mostraba una notable semejanza al padre de ambos, aunque quizá más apuesto, y también una

---

294. Tanka de Ki no Tsurayuki, en el *Kokinshû*, N° 207: *Hojas de otoño que en montes distantes caéis, como vestidos de damascos sois, en la negrura de la noche.*

más gentil y amable disposición de rasgos. Los dos hermanos intercambiaban miradas cariñosas de tanto en tanto. El emperador había oído, y tenía suficiente razón para recelar, que Genji y Oborozukiyo se veían aún. Se dijo, empero, que el asunto debía ser meditado, si recién había trascendido, aunque no era del todo extraño ni impropio que viejos amigos se interesasen uno de otro. No vio motivo alguno para advertir a Genji. Le preguntó su opinión acerca de ciertos enigmáticos textos chinos, y como la conversación naturalmente se volcase hacia versos cortos que enviaran y recibieran, él refirió de la partida de la alta sacerdotisa de Ise. ¡Cuán hermosa había estado ella aquel día! Genji le contó de la reunión a la alborada que tuviera en el santuario temporal.

Hacia el vigésimo día, hacía un tiempo espléndido. Un cuarto menguante colgaba del cielo.

—Se desea música en noches como ésta —dijo el emperador.[295]

—Su Majestad partirá del palacio esta noche —comentó Genji—, y he pensado en visitarla. Nuestro padre dejó detalladas instrucciones y no hay nadie que se preocupe de ella. Y por cierto, está también el Príncipe Heredero.

—Sí, nuestro padre se cuidaba grandemente del Príncipe Heredero. En verdad, uno de sus últimos pedidos fue que lo adoptara como propio hijo. Él está, os aseguro, constantemente en mis pensamientos, pero uno debe evitar ser parcial y sentar con ello un precedente. Él escribe notoriamente bien para su edad, revelando mi propia penosa escritura e incompetencia general.

—Él es un muchacho sagaz, mucho más listo que lo que a sus años corresponde. Pero aún es muy joven.

Mientras se retiraba, encontró en su camino a un sobrino de la dama del Kokiden, que iba a visitar a una hermana más joven. Él se hallaba en el bando vencedor y no encontró motivo para ocultar su pompa, deteniéndose para observar el paso del modesto cortejo de Genji.

—Un arco iris blanco cruza al sol —entonó aquél con grandilocuencia—. El Príncipe Heredero tiembla.[296]

295. Pero la música estaba aún vedada en la corte por hallarse arrastrando el duelo imperial.

296. Según el recuento chino *Shih Chi*, un príncipe traicionero fue persuadido por un arco iris blanco que pasaba por el sol, que un complot tramado contra Ch'in Shih-huang-ti fracasaría. La atingencia es que Genji, aliado del Príncipe Heredero, es desleal al emperador.

Genji quedó perplejo, pero dejó pasar el hecho. Estaba al tanto de la hostilidad de la dama del Kokiden, que aumentaba, y los parientes de ella tenían modos de hacerlo saber. Era ingrato, pero es sabio mirar hacia otro lado en circunstancia así.

—Es muy tarde ya, me temo —escribió un mensaje a la dama del Fujitsubo—. He estado con el emperador.

En noches así el palacio de su padre habría estado lleno de música. El entorno era el mismo, mas poco había quedado que pudiera recordar el reinado anterior.

Omyôbu trajo consigo un poema de la dama del Fujitsubo:

Nieblas de nueve pliegues
se elevan entre nos.
Me queda solamente
la luna imaginar
allende las nubes.

Ella se encontraba tan cercana que él podía sentir su presencia. Su amargura casi lo abrumaba y entre lágrimas respondió:

Esta luna otoñal
la vieja luna es
del otoño de antaño,
¡cuán crueles las nieblas
que me impiden verla!

»El poeta nos ha referido que las nieblas son ceñudas con la gente, y por ello supongo que no soy el primero tan cuitado.

Ella tenía numerosas instrucciones que dar por el bien de su hijo, por lo que retrasaba su despedida. Él era demasiado joven como para prestar suficiente atención, empero, y había obtenido escaso regalo de su última entrevista. Aunque usualmente se iba a dormir muy temprano, esa noche parecía determinado a seguir despierto hasta que ella partiera. Ansiaba irse con ella, pero ciertamente era quimérico.

El infame sobrino de la dama del Kokiden había hecho que Genji se preguntara qué pensaría de él la gente. La vida en la corte se tornaba más y más dificultosa.

Pasaron los días en número considerable y él no escribía una nota a Oborozukiyo. Los cielos de fines del otoño advertían de la cercanía de las primeras lluvias invernales. Llegó una nota de ella, fuera lo que fuese que intentara al tomar la iniciativa:

Anhelosos, días sin tregua,
racha de viento, tras otra,
y ninguna portadora
de nuevas de vos.

Era una marchita estación. Enternecido porque ella se hubiera aventurado a escribir, pidió al recadero que aguardase, escogió un trozo de papel de particular finura, del acopio que guardaba en un gabinete, y luego eligió el pincel y la tinta. ¡Qué fascinante todo!, pensaron las servidoras. ¿Quién podría ser la dama?

—He quedado escarmentado ya plenamente de una correspondencia unilateral que me ha fatigado terriblemente. Ahora, al contrario, esperáis carta de mi parte.[297]

No os engañéis
pensando que precoces
invernales lluvias son
las nostálgicas lágrimas
que por vos derramo.

»Permitid que nuestros mutuos pensamientos alejen las angustiosas lluvias de nuestras almas.

Podía imaginarse que ella no era la única dama que trataba de atraerlo, pero las respuestas que él diera a las otras fueron meramente corteses mas triviales.

La dama del Fujitsubo ordenó los preparativos para una solemne lectura del Sutra del Loto, a fin de proseguir los servicios conmemorativos del primer aniversario del tránsito del viejo emperador. Cayó una copiosa nevada aquel día, a comienzos de la novena luna.

---

297. *Tanka* anónima, en el *Gosenshû*, Nº 1261: *Tristemente espero, hasta hoy sin vuestras nuevas. ¿Ha sido acaso tanto tiempo el que vos aguardarais?*

Este poema escribió Genji:

Una vez más saludamos
el día del postrer adiós,
y ya que nieva,
esperemos que haya
otro día del reencuentro.

Fue para todos un día de congoja. Ésta fue la respuesta de ella:

Vivir sin él estas lunas
lastimero ha sido.
Mas hoy semeja
un retorno a aquellos
días de antaño.

El trazo parecía fortuito, y sin embargo, quizás él así lo quisiera; era singularmente donairoso y digno. Aunque él no podía esperar de ella el espléndido, actual rasgo garboso, pocos habría que pudieran rivalizar con ella. Mas, en la fecha, con la nieve y las remembranzas, él no conseguía pensar en ella, y a continuación se hundió en la plegaria.

La recitación ocurrió hacia mediados de la duodécima luna. Todos los pormenores fueron atendidos, los rollos que se ofrendaran en cada uno de los varios días de servicios, los husos de jade, los engastes de primorosa seda, las fundas de brocado, Nadie se asombró, pues ella era una dama que en circunstancias mucho menos trascendentes juzgaba que ningún detalle era demasiado vano para su atención. Las guirnaldas y las flores, los paños para las mesas de preciosa talla[298] no podrían haber sido superados ni en el propio paraíso. La recitación del primer día fue dedicada a la memoria del padre de ella, el finado emperador; la del segundo día fue leída para el bien de su madre, la emperatriz; y la del tercer día, para el de su esposo. La tercera jornada aportó la lectura del concluyente quinto rollo. Altos nobles se habían congregado en notable número,

298. Las mesas eran talladas en forma de flor y sobre ellas se ubicaban rollos de sutras e imágenes del Buda.

aunque conscientes de que la facción dominante en la corte no aprobaría su presencia. El declamador había sido elegido con peculiar cuidado, y aunque las palabras propias acerca de la leña y cosas semejantes,[299] eran familiares, parecían más impresionantes y más abrumadoras que nunca antes. Los príncipes presentaron ofrendas y Genji se lució, más gallardo que ninguno de sus hermanos. Puede que denote demasiado frecuentemente este hecho, pero ¿qué he de hacer si me emociona nuevamente cada vez que lo veo?

En el último día, la dama del Fujitsubo ofreció plegarias y votos de su parte. Durante el curso de ellos, ella dio a conocer su voluntad de hacerse monja. Los congregados se mostraron incrédulos. El príncipe Hyôbu y Genji se vieron visiblemente desconcertados. El príncipe se dirigió a los aposentos de su hermana incluso antes de que finalizaran los servicios. Sin embargo, ella claramente expresó que su decisión era terminante. Durante el silencio al concluir la recitación, ella convocó al gran abad de Hiei y le solicitó que él le administrara los votos. Cuando su tío, el prelado de Yokawa, se aproximó para raparle el cabello, toda una agitación se extendió por el aula, y se sintieron infaustos gemidos y sollozos. Es insólitamente triste, incluso cuando gente anciana e intrascendente deja el mundo, cuánto más pesarosa la repentina partida de una dama tan joven y hermosa. Su hermano suspiraba abiertamente.

Los hijos del viejo emperador, recordando lo que la dama del Fujitsubo fuera para su padre, le ofrecieron palabras de consuelo al retirarse. Para Genji fue como que las tinieblas se hubiesen enseñoreado del país. Aún en su rincón, no podía siquiera pensar en qué decir. Bregaba por controlarse, pues un exceso de aflicción suscitaría curiosidad. Cuando el príncipe Hyôbu hubo partido, él ingresó para hablar con la dama del Fujitsubo. El alboroto declinaba y las doncellas susurraban en pequeños bandos de un lado a otro. El resplandor de una luna sin nubes inundaba el recinto con luz plateada del reflejo de la nieve en el huerto.

Genji, de algún modo, logró frenar las lágrimas que se agolpaban en sus pupilas con los recuerdos que la escena le trajera.

—¿Qué pensabais dándonos tal sorpresa?

299. Entre las faenas menores que el Buda en anteriores encarnaciones ejecutara, a fin de capacitarlo para que pudiera recibir el Sutra del Loto, se hallaba la de cortar leña para el hogar.

Ella respondió como habitualmente, a través de Omyôbu.

—Es algo que había ponderado por muy largo tiempo. Mas la ruidosa situación de hace poco podría haber debilitado mi resolución.

De su melancolía brotaba una punzante evidencia de aflicción. Un suave crujido de seda hubo, mientras sus doncellas se desplazaban medrosamente en rededor. Empezaba a soplar el viento intensamente. El misterioso aroma del «incienso oscuro»[300] se filtró por entre las celosías, para entremezclarse con el más tenue almizcle y sándalo de los altares y el propio perfume de Genji, motivando así imágenes del Paraíso del Oeste.

Un recadero llegó de parte del Príncipe Heredero. Al recordar su último encuentro, ella por poco había perdido su compostura siempre antes cuidadosamente mantenida, y fue incapaz de expresarse. En su lugar, Genji escribió una respuesta. Era un período difícil, y él temía que tampoco pudiera pronunciarse apropiadamente.

Mi corazón con él está,
en el fulgor lunar,
sobre las nubes,
y empero, permanece
con vos en este fosco mundo.[301]

»Presento mis excusas, pues muy poco valgo. Tal decisión me deja infinitamente insatisfecho conmigo mismo.

Eso fue todo. Había gente alrededor, y él no podía siquiera empezar a describir sus turbulentas cuitas.

La dama del Fujitsubo envió una nota:

Aunque atrás yo deje
un mundo insoportable,
mi corazón permanece
con aquél que es
aún de un mundo tal.

»Y que será contaminado por él.

---

300. Mezcla de clavo de olor, áloe y otras esencias.
301. El adjetivo sugiere la hondura del pesar por el finado padre al pensar en el pequeño Príncipe Heredero.

Parecía que fuera ampliamente la obra de sus afectuosas doncellas. Alelado de pesar, Genji emprendió el regreso.

De vuelta en la Nijô se recogió en sus aposentos, donde pasó una noche insomne. En un mundo que se había tornado nauseabundo le apenó pensar en el Príncipe Heredero. El finado viejo emperador había esperado que al menos la madre del niño quedara en su alta posición en la corte, pero ahora que se alejaba, se vería constreñida quizás a renunciar a su jerarquía y título. ¿Y qué pasaría si Genji abandonase al niño? Toda la noche esta interrogante lo aguijoneó en su mente.

Él retornó al cometido de preparar el retiro monjil, y se apresuró para que todo quedase listo hacia el final del año. Omyôbu había acompañado a su ama en la toma de votos. También, muy dignamente, a ella envió obsequios y seguridades de su continuo aprecio.

Una descripción detallada de tamaño acontecimiento podría parecer exagerada, así que indudablemente mucho ha sido omitido, lo que es una lástima, dado que en ocasiones así se solían intercambiar muchos delicados poemas.

Él se sintió más libre de visitarla en adelante, y algunas veces ella misma salía a recibirlo. Las viejas pasiones no habían muerto, pero ya poco había que pudiera hacerse para satisfacerlas.

Llegó el Año Nuevo. La corte se hallaba ajetreada con las observancias de las festividades, los cánticos festivos y el banquete poético del emperador.[302] La dama del Fujitsubo dedicada ya a sus plegarias y su rosarillo budista, intentaba ignorar los ecos que le llegaban. Pensar en la vida por venir era toda su entrega. Había puesto de lado las molicies y los lamentos. Dejando su vieja capilla tal como se encontraba, hizo construir una nueva a cierta distancia al sur del ala oeste, y allí sentó residencia, sumiéndose en la oración y la meditación.

Genji se presentó de visita y poco vio que recordara que el Año Nuevo había aportado nueva vida. La morada de ella estaba silenciosa, casi desierta. Sólo sus más

---

302. *Otokotôka*, celebración del decimocuarto día de la primera luna en la que un grupo de cortesanos cantaba en varios palacios y mansiones. La costumbre cayó en desuso a fines del siglo X. *Naien*, festejo imperial de fines de la primera luna, en que se componía poesía china ante el soberano.

cercanas confidentes permanecían a su lado e incluso aquéllas (o quizás él lo imaginaba) semejaban abatidas y taciturnas. Los corceles blancos,[303] que toda su servidumbre saliera a contemplar, dejaron una breve agitación, sombra de aquel antiguo entusiasmo. Los altos nobles que antaño se concentraran en tal número que parecía que no hubiese espacio para ninguno más, ahora triste pero comprensiblemente, se habían reunido en lugar de allí, en la mansión del Ministro de la Derecha, en la acera de enfrente. Genji fue tan amable y atento como siempre, y para las servidoras, dejó caer unas lágrimas sin saber por qué; él les pareció más valioso que un millar de otros caballeros.

Mirando en torno suyo, en tan nostálgico recinto, Genji se sintió primeramente incapaz de proferir palabra. El lugar se había convertido en un claustro: Los biombos y cortinajes, todos de un soso verde grisáceo, vistazos de mangas grises y amarillas. Melancolía, pero al mismo tiempo quietud, misteriosamente hermosa. Contempló el jardín. El hielo se derretía en el arroyo y la laguna, y el sauce de la orilla, como que él solo avanzara audazmente hacia la primavera, había empezado a echar ya sus primeros retoños.

—Inusitadamente elegantes pescadoras[304] —él susurró, siendo él mismo una apuesta figura nada común.

Al divisar el convento de Urashima
entre las algas marinas,
allí donde vos quedarais,
torrentes de lágrimas fluyeron
por sí solas.[305]

Dijo Genji, y percibió que ella se había sentado un tanto cerca de él, pues ya había arreglado su estancia para, como monja, dedicar su vida al Buda.

303. En el séptimo día de la primera luna, luego de que el emperador los reconociese, los corceles ceremoniales eran contemplados por otros miembros de la familia imperial.

304. *Tanka* de Sosei, en el *Gosenshû*, N° 1094: *De los pinos de Urashima largo tiempo he sabido, inusitadamente elegantes pescadores entre ellos moran.*

305. Retruécano con la palabra *nagame,* que significa tanto «contemplar» como «algas marinas». A la vez la palabra *ama* posee dos sentidos: «buceadora» y «monja». Se alude así a la profunda tristeza de ambos con palabras que se refieren al mar, que figura sus copiosas lágrimas.

Tal como las olas
a la orilla de Urashima llegan
do ya lo mismo ocurriera,
inusitado es que alguien
a visitarme viniera.

Escuchó su voz débilmente, y dejó caer las lágrimas sin resistir. Hubiera preferido no revelar sus sollozos a las monjas, que despertaron para descubrir la absurdidad de las humanas cuitas. Él no dijo mucho más y salió.

—¡En qué espléndido caballero se ha tornado! —musitó una de las ancianas religiosas—. En los días en que todo marchaba conforme a sus deseos, cuando el mundo parecía ser suyo, actuaba con aparente inocencia y solíamos desear que algo ocurriera como para sacarlo de su autosuficiencia. Mas ahora, miradlo, tan sosegado, calmo, recogido. Hay algo en él que hiciere lo que hiciere, por pequeño que fuere, habrá de estremecer el corazón de cualquiera. ¡Resulta tan triste!

Las ancianas monjas entre lloros lo encomiaban. También la dama del Fujitsubo cavilaba continuamente sobre los días idos.

Anunciaron los ascensos cortesanos de primavera, que dicha ninguna aportaron a la familia de la dama. Las promociones que debían haber sucedido, en el orden natural de las cosas o conforme a la posición de la dama, fueron retenidas. No era razonable argumentar que dado que ella se había hecho monja no estaba ya calificada para recibir los antiguos estipendios; sin embargo, tal fue el motivo que se esgrimió. Para ella el mundo había ya acabado tiempo antes. Sin embargo, al mirar el estado de aflicción e inquietud de las doncellas que a ella se dedicaban, su espíritu quedó turbado. Había momentos en que sufría aún pesares al respecto, aunque no por ella sino por aquellos que de ella dependían, y así se volcaba aún más fervorosamente a sus plegarias, diciéndose que la seguridad de su vástago era lo más importante. Sus secretas cuitas llegaban a tornarse pesadillas. Y por ello imploraba que a modo de recompensa por sus sufrimientos, la carga de culpa que sobre aquél recayera le fuera aligerada, y se confortaba con la oración.

Genji comprendió y se condolió. Las listas de primavera no habían sido gratas tampoco para los de su casa. Y continuó recluido en la mansión de la Nijô.

Era a la vez una época difícil para el Ministro de la Izquierda. Todo se había trasmutado, en lo público y en lo privado. Él percibió con melancolía el cambio de las circunstancias y presentó su dimisión al cargo. Pero el emperador, rememorando cómo su padre había considerado al ministro, ponderándolo como uno de los hombres de quienes dependía la estabilidad de su reinado y cómo poco antes de su muerte, había pedido particularmente que los servicios del ministro fueran mantenidos, expresó que no podía dispensarse de tan estimables servicios. Él declinó aceptar la dimisión, no obstante que le fuera presentada más de una vez. Finalmente, el ministro se apartó para recluirse en su mansión de la Sanjô, y así sólo el Ministro de la Derecha se hizo más poderoso y próspero aun día a día. Con el retiro de un hombre que debía haber sido su fuente de poder, el emperador se sintió desamparado. La gente sensible en toda la corte se unió a sus lamentaciones.

Los hermanos políticos de Genji, hijos del Ministro de la Izquierda, eran todos jóvenes celebrados y populares, y hasta entonces la vida les había sonreído. Mas ahora, también ellos se hallaban en declive. En las raras visitas de Tô no Chûjô a su esposa, cuarta hija del Ministro de la Derecha, se le hacía sentir demasiado claramente que ella se encontraba menos que complacida con él y que no era el yerno favorito del ministro.[306] Como para acentuar el hecho, él también fue excluido en las listas de primavera. Pero no era de aquellos que se atormentara por tal injusticia. Los fracasos de Genji le daban evidencia clara de que la vida pública era asaz insegura, y enfrentaba con filosofía el curso declinante de su carrera. Él y Genji eran compañeros constantes, en estudios y en distracciones tales como la música. De vez en cuando, algo de su alocada adolescencia parecía como que retornase.

Genji prestaba mayor atención que en años previos a las lecturas semestrales de las santas Escrituras y comisionó también varias recitaciones no programadas. Convocaba algunos eruditos maestros que no tenían mucho que hacer y escamoteaba el tedio de

306. Tô no Chûjô era el hijo mayor del Ministro de la Izquierda, y su esposa, la cuarta hija del Ministro de la Derecha, era hermana de la dama del Kokiden.

sus días componiendo poesía china y tomando parte en contiendas de adivinanzas de versos y similares. Rara vez acudía a la corte. Su impasible vida dio lugar a no pocas críticas.

Un anochecer de estática lluvia estival, cuando el hastío se tornaba insoportable, Tô no Chûjô llegó portando consigo varias de las mejores colecciones poéticas chinas. En su biblioteca, Genji abrió una serie de cajas que no había revisado anteriormente y escogió varias desusadas y venerables colecciones chinas. Discretamente envió invitaciones a muchos de los conocedores del arte poética china, de la corte y de la escuela de nobles. Los dividió en dos equipos, de la derecha y de la izquierda, y los puso a competir con acertijos de versos. Los premios fueron extraordinariamente espléndidos. Conforme los versos se tornaron más difíciles, incluso los maestros eruditos se sintieron perdidos, pero Genji deslumbró a los congregados al dar soluciones a los acertijos que habían sido elusivas a los demás contendientes. La gente fascinada comentó que en él habían confluido diversos talentos, que hablaban de los grandes méritos que acumulara en una vida anterior. El equipo de la izquierda perdió.

Dos días después, Tô no Chûjô ofreció un banquete a los victoriosos. Aunque fue algo sosegado, sin ostentaciones, los potajes fueron bellamente presentados en cajas de ciprés. Hubo numerosos obsequios y las diversiones habituales, poesía china y cosas así. En el huerto, bajo la galería, despuntaba el capullo de una solitaria rosa, serena, más vigorosa y encantadora que las múltiples floraciones de primavera u otoño. Varios de los huéspedes, en aquel momento, tomaron instrumentos e improvisaron un simpático concierto. Uno de los pequeños hijos de Tô no Chûjô, un niño de ocho o nueve años, que acababa de ser admitido aquel año ante la presencia imperial, cantó para ellos con una suave voz y tañó el *shô*.[307] Era uno de los favoritos de Genji, que a menudo se le unía en dueto, el niño era el segundo hijo de Tô no Chûjô y nieto del Ministro de la Derecha. Muchacho dotado, inteligente y muy garrido también, en quien habían puesto gran cuidado al educarlo. Al tornarse el sarao más bullicioso, él entonó *Takasago*[308] con

307. Organillo bucal compuesto de 17 cortas y delgadas cañas de bambú, de varios tamaños, vinculadas a una pequeña cajuela de resonancia en cuya boquilla sopla el ejecutante.
308. Una popular *saibara* congratulatoria, que es como un listado de especies florales.

clara y alta voz. Complacido, Genji se despojó de una de sus camisolas y se la obsequió. Un ligero rubor, por el sake bebido, hacía a Genji más atractivo que comúnmente. Su piel relucía a través de su fina indumentaria estival. Los doctos invitados lo miraron desde las mesas bajas con los rostros bañados en lágrimas. «Quizás habría hallado el primer lirio de primavera, si esperado hubiera...». Cuando el mocito concluyó su canción, Tô no Chûjô ofreció a Genji otra copa de sake y con ella estos versos:

Dice él que ha hallado
quizás el lirio primero
de primavera,
mientras descubro yo
una flor no menos placentera.

Sonriendo, Genji tomó la copa:

La planta de que habláis
muy prestamente floreció,
al rayar el día se abrió
para marchitarse luego
con las lluvias del estío.

»Y no es hoy lo que solía ser.

Aunque Tô no Chûjô no aprobó del todo esta garrulería, continuó escanciando sake a su huésped.

Al parecer hubo muchos otros poemas, pero Tsurayuki había advertido ya que era de mal gusto componer bajo la influencia del alcohol y que los resultados solían ser de escaso mérito, motivo por el cual no me di la molestia de registrarlos. Todos los versos, en chino como en japonés, fueron en loor de Genji. Delicadamente, dijo como a sí mismo: «El hijo soy del rey Bun, hermano del rey Bu».[309] Fue algo magnífico. ¿Qué querría haber implicado añadir la mención al rey Sei? Mas en aquel punto, parece que

309.«Hijo soy del rey Wen, hermano del rey Wu y tío del rey Cheng», exclama el duque de Chou en el clásico texto chino *Shih Chi.*

pensó mejor retener su lengua. Era el príncipe Sochi,[310] quien podía ser contado entre los que animaban este tipo de galas, músico consumado, así como ingenioso y bien humorado adversario de Genji.

Oborozukiyo pasaba unos días con su familia. Había padecido varios ataques de paludismo y esperaba que el descanso y los servicios religiosos le fueran benéficos. Todos se sintieron contentos porque este tratamiento resultó efectivo. Era una rara ocasión. Ella hizo ciertos ajustes con Genji, y aunque fueran complicados, lo vio casi todas las noches. Ella era una joven brillante y alegre, en la flor de sus años, y la pequeña pérdida de peso la había hermoseado de veras. Debido a que su hermana, la dama del Kokiden, también se hallaba en casa, Genji pasaba grandes apuros, para que su presencia no fuese detectada. Empero, estaba en su naturaleza el sentirse acicateado por el peligro, y con elaborado sigilo proseguía sus nocturnas visitas. Aunque parecía, conforme su número aumentaba, que varias de las doncellas de la casa habían empezado a maliciar lo que ocurría, ninguna se mostró deseosa de informar a la augusta dama.

El ministro, por su parte, no tenía suspicacia alguna hasta que un día, al alba, repentina lluvia empezó a caer con violencia y una tempestad se desató. Los hijos del ministro y las doncellas de la dama del Kokiden empezaron a correr en gran confusión. Varias mujeres, temblorosas, se agolparon cerca del cortinaje del lecho de Oborozukiyo. Genji casi se estremeció, pues el día despuntaba sin que hubiera hallado modo de escabullirse, pues gran número de doncellas había tomado asiento en torno al cortinaje. Las dos únicas mujeres sabedoras del secreto no sabían idear qué hacer.

La tormenta cesó, la lluvia torrencial se aquietó en llovizna. El ministro se dirigió primero al ala de la dama del Kokiden, y luego, sin que se percataran de su llegada, pues se reanudó la lluvia cubriendo todo ruido, ingresó al dormitorio de Oborozukiyo y levantó el cortinaje.

—¿Cómo habéis soportado la tempestad nocturna? Me preocupabais y quise venir a veros. ¿Han estado aquí ya el teniente de la mansión de la emperatriz[311] y su vicechambelán?

---

310. Uno de los medios hermanos de Genji, apodado *Hotaru* y llamado *Sochi*.
311. Uno de sus hijos.

Toda una avalancha de palabras siguió. A pesar de su embarazosa circunstancia, Genji no pudo impedir que una sonrisa le asomara al constatar la diferencia entre ambos ministros. Habría sido natural que pasara al otro lado del cortinaje antes de comenzar su perorata.

Azorada y temblorosa, Oborozukiyo se deslizó de rodillas a través del cortinaje que resguardaba el lecho. El ministro temió que ella hubiese sufrido una recaída.

—¡Cielos, lucís muy desencajada! ¡Qué tediosos estos malos espíritus! ¡Habría sido deseable proseguir con los conjuros! —exclamó.

Entonces pudo distinguir una banda de pálido tono azul violeta, enredada entre sus faldas. Y algo al lado del cortinaje también, un arrugado trozo de papel sobre el que pudo ver trazos de escritura.

—¿Qué podría ser esto? —él inquirió con curiosidad—. No es aquello que podría haber esperado hallar aquí. Dádmelo. Entregádmelo ahora. Dejadme ver qué es.

La dama miró por sobre su hombro y notó los delatores objetos. ¿Y ahora que habría de hacer? Se hubiera esperado alguna mayor discreción e indulgencia de un hombre de sus calidades. Era un instante excesivamente delicado, tratándose de su propia hija. Mas él era impulsivo y muy poco reflexivo, pues el sentido de la proporción le era ajeno. Arrebatándole el papel, levantó las cortinas del lecho. Un caballero yacía allí semidesnudo, escondía el rostro y trataba de vestirse nuevamente. Aunque aturdido por la ira y exasperado, el ministro evitó la confrontación y se retiró hacia el recinto principal.

Oborozukiyo, temerosa de desplomarse, deseó expirar en el acto. Genji, ciertamente se hallaba turbado también. Él había permitido que estas frívolas diversiones continuaran, y ahora enfrentaba un tremendo escándalo. Pero su inmediato afán fue confortar a la dama.

Siempre había sido la manera de actuar del ministro no guardar reserva alguna, y ahora la aspereza que da la vejez se había añadido a su desembozo. ¿Por qué habría de callarse? Y así, fue a revelar a la dama del Kokiden todo el inventario de sus reproches.

—Es la escritura de Genji —dijo después de describir lo que acababa de ver—. He sido negligente permitiendo que todo esto empezara hace algunos años. Pero Genji es Genji, y todo le perdoné e incluso deseé que pudiera convertirse en yerno mío.

No me alegraba, desde luego, que él pareciera no tomarla muy en serio, pues ocurrió que cometió algunos actos completamente indecorosos, pero me dije que cosas tales pasaban. Estaba seguro de que el emperador pasaría por alto una pequeña mancha o dos, y que la tomaría, así que retorné a mi plan original y la envié a la corte. No podía sentirme satisfecho —¿quién lo haría?— de que el asunto hubiese provocado que él se sintiese un tanto discrepante respecto de ella, no escogiéndola entre sus favoritas. Y ahora, siento que he sido maltratado. Los mozos cometen este tipo de acciones, lo sé, pero esto ya es demasiado. Dicen que aún persigue a la alta sacerdotisa de Kamo y que recibe cartas secretas de ella, y algo de cierto debe haber allí. Él es una desgracia para el reinado de su hermano y una tribulación en general, para sí mismo y para todos los demás. Habría esperado que fuese mucho más perspicaz en estas cosas. Uno de los más brillantes y talentosos jóvenes de nuestros días, lo dice todo el mundo. Simplemente no habría esperado esto de él.

De una naturaleza más airada aún, la dama del Kokiden, contrariada, se expresó en términos mucho más graves.

—Mi hijo es el emperador, es verdad, pero nadie parece haberlo tomado seriamente. El ex Ministro de la Izquierda rehusó que él tuviera aquella tan apreciada hija suya y prefirió darla a un hermano que apenas si sabía envolverse en atuendos e incluso no era ya príncipe. Y mi hermana, habíamos pensado que el finado emperador la tuviera, y nadie dijo palabra cuando Genji la burló e hizo que todos de ella se rieran. ¡Oh, no! —él había de ser el yerno de todos, al parecer—. Pues bien, debemos hallar un propio lugar para ella. Lo lamento, naturalmente, pero esperaba que ella se esforzase por mostrar más pudor frente a un hombre que la había tratado con tan poco miramiento; mas, al parecer, ella alimentaba una secreta preferencia por aquel que conquistó su corazón. Respecto al caso de la sacerdotisa, con mayor razón el asunto sería reprobable… Y, en cuanto a los recelos de que estos hechos pudiesen afectar al presente soberano, me parecen ampliamente justificados, pues se trata de un hombre que ha puesto sus esperanzas todas en el futuro reinado del Príncipe Heredero.

Y siguió así con inagotables invectivas. El propio ministro, bastante mohíno, terminó por sentirse arrepentido de haberle revelado lo que viera, y por ello quiso retirarse.

—Sea lo que fuere, y por cierto tiempo al menos, ¡evitaré que se filtre esta historia! De vuestra parte, ¡guardaos de referirla al emperador! En cuanto a ella, la esperanza de que, a pesar de su falta él pueda, finalmente, consentir en esposarla, la incitará sin dudas a mostrarse amable ante él. Cuando vos la hubiereis llamado discretamente a cumplir sus deberes, si se rehusare todavía a entrar en razón, ¡seguro habrá de despreciarnos y burlarse de nosotros!

Mas es bueno decirlo, ella no quería olvidar su rencor. Que ese hombre detestable hubiese osado, justo cuando ella se hallaba en la mansión paterna, introducirse de tal modo en el lugar, mostraba —se decía— hasta qué punto la despreciaba y la desafiaba; y, en el extremo de la rabia que sentía, ella juzgó que ésta era una excelente ocasión para consumar la perdición de Genji.

CAPÍTULO XI

花散里

Hanachiru sato

La aldea de las flores que dispersa el viento

Las cuitas que a espaldas de todos Genji[312] mismo se creara parecían sin solución previsible, y la dificultad de su posición no hacía sino aumentar sus penas y su turbación, de modo que, en la misma medida en que él se hundía en el desaliento y el hastío del mundo, razones había que se tornaban cada vez más numerosas impidiéndole dejarlo. Entre las concubinas del finado emperador, la llamada dama del Reikeiden no había dado a luz a ningún príncipe. Tras la muerte del soberano retirado, se hallaba reducida a una situación deplorable, y sólo a Genji debía el socorro que le permitía vivir. El recuerdo de un fortuito encuentro sin consecuencias, que él tuviera en palacio con la hermana menor de aquélla, no se había desvanecido; pues era tal su naturaleza que no olvidaba jamás; aunque él no le prestara entonces mayor atención, ahora en medio de su abatimiento, sus pensamientos se volvieron tiernamente hacia la muchacha tornada en víctima, si las hubo, de la evanescencia y la hostil variación del hado. Aprovechando una rara pausa en las lluvias de principios del verano, decidió visitarla.

Desprovisto de heraldos, con un carruaje y lacayos discretos, salió de la urbe atravesó el Nakagawa, y se percató de que de una casa sin pretensiones, rodeada de arboledas del mejor gusto, provenía una alegre música de un *koto* de trece cuerdas, de excelente sonoridad y de uno de Azuma, que al unísono tañían. Prestó oídos, y como la casa se hallaba cerca del portal, se asomó fuera del carro para contemplar la escena. La brisa le trajo la fragancia de un majestuoso *katsura*[313] que le despertó remembranzas de la

312. En la quinta luna, a los veinte días de sus 25 años.
313. Cercidiphyllum japonicum, tipo de laurácea.

festividad de Kamo. Era una placentera escena, y de improviso le pareció que ya había visto el lugar mucho tiempo atrás. La emoción lo inundó. El tiempo habría estampado también en la dueña del lugar el recuerdo de aquella aventura, caviló; y ello lo retuvo, mas dudó si proseguir o no. Justo en aquel instante un cuclillo cantó en un árbol vecino, como animándolo; entonces, hizo volver al carruaje, de modo que pudiera apearse. Como siempre, Koremitsu fue su recadero.

De regreso ante la verja
do brevemente cantara,
el cuclillo hoy
impelido se ve
a cantar otra vez.

Las mujeres se hallaban sentadas próximas a la galería del oeste de la casa. Habiendo oído las mismas voces de aquella primera ocasión, Koremitsu tosió para atraer la atención y entregar su mensaje. Parecía haber numerosas muchachas en el interior y se mostraron primeramente aleladas por saber quién podría ser el remitente.

La respuesta fue ésta:

La voz del cuclillo
que fuera ha cantado,
quizá la conozca yo,
mas el lluvioso estío
me impide cerciorarlo.

Koremitsu estimó que la desconfianza de las damas le restaba esperanzas.

—Pues bien, «No distingo la cerca de la arboleda que plantara...»[314] —se dijo, y partió.

Así, las mujeres quedaron indignadas y el desencanto penetró en su corazón. No habría sido apropiado proseguir el intento en circunstancia tal; era menester mostrarse circunspecto, y como quizá la dama podría ostentar razones, la discreción se impuso.

314. Referencia a un poema desconocido: *Tras el caer de las flores, la arboleda del jardín se hizo frondosa, y arduo se tornó saber si la cerca erigida la misma fue que conociera.*

En cuanto a Genji, evocó luego el recuerdo de la dama del Go-sechi,[315] hija del gobernador de Tsukushi,[316] quien era de un rango semejante y al que había hallado muy cordial. Y continuó rememorando a cuanta mujer había conocido. Las lunas y los años transcurrían sin borrar en él los sentimientos que despertaran con breves reencuentros como éste frustrado, que también eran causa de tormento de tantas mujeres.

Cuando, en el lugar de destino, tal como imaginara, halló una morada sumergida en el silencio y la soledad, sintió una viva emoción. Rindió visita primero a la dama del Reikeiden, con la que permaneció en larga plática hasta entrada la noche. Mientras se elevaba la luna del vigésimo día, la sombra de los majestuosos árboles se hacía más oscura aún; el aroma de azahares penetraba portando evocaciones nostálgicas; la dama, aunque de edad ya madura y reservada actitud, se mostraba delicada, plena de encanto e hizo sentir a Genji, que decaído se hallaba, que debía brindarle muchas más atenciones. Genji cavilaba, su padre, el viejo emperador, no la había favorecido con destacada privanza, no obstante que la hallara gentil y atractiva. Al recordar tales hechos, las imágenes de antaño afluyeron, arrancándole lágrimas. El canto de un cuclillo, ¿el de la cerca, quizá, de un rato antes?, lo pensó, acrecentó su elegante presencia. ¡Me ha seguido!, se dijo, embelesado.

—¿Y, cómo pudo saberlo…?[317] —y a media voz recitó, luego:

Cediendo al encanto
del florido naranjo
que memorara el pasado
el cuclillo la aldea busca
do las flores al viento se dispersan.[318]

---

315. Go-sechi no mai, danzas antiguamente efectuadas por cinco danzarinas durante la undécima luna, en el día del Buey. En 742, el emperador Shômu las hizo presentar en el palacio en el primer día del año. Desde entonces, se hizo costumbre presentarlas en las cinco festividades mayores.

316. Otro nombre para la isla de Kyûshû.

317. Tanka anónima del *Kokin Rokujô, Zoku Kokka Taikan: De viejas cosas hablamos, ¿y, cómo pudo saberlo? El cuclillo gorjea un canto ya otrora conocido.*

318. Tanka anónima, en el *Kokinshû*, N° 139: *Al aroma de azahares, la quinta luna aguardando, una perfumada manga se imagina, de tiempo atrás.*

»Suspiro por aquel inolvidable entonces; para consolarme debía visitaros como cavilara, pasar un tiempo así con vos. Tristezas mayores hoy se agolpan a la vez, y se agregan al vendaval del momento, raras son ya las personas que quieran a gusto hablaros del ayer. Mas, aquí el entorno semeja más doloroso aún, seguro estoy de que pensáis en la dificultad de consolaros con la insoportable remembranza que mi presencia os trae y nada hay ya que hacer.

Como todo le era adverso en el presente, sin cesar caía él en frustrantes reflexiones, y el aire serio que ellas le daban, se agregaba a su distinción natural, lo que a ella le produjo una conmovedora melancolía.

A la soledad
de esta ruinosa morada,
¿serán los azahares
en los aleros
los que os atrajeron?

No dijo nada más, pero comparándola con las otras, él la juzgó mucho más estimable. No formal sino calladamente, como si llegara por azar, se dirigió al ala oeste, a saludar a la hermana menor. Él era un inaudito visitante, y de insuperable apostura; y, al parecer, aquel resentimiento que ella le tuviera se había desvanecido por completo. Siendo su modo siempre gentil y persuasivo, a no dudarlo se explayó en demasía.

No hubo mujeres ordinarias ni comunes, entre aquellas con las que tuviera devaneos pasajeros, ni tampoco una sola en la que él no hallase algún mérito; y así, quizá, no acaeció lance insufrible ninguno, pues bien llegó a comprenderse con cada una de ellas. Mas, algunas cambiaron de sentir y pasaron a ocuparse de otros menesteres, sin embargo él no halló motivos para lamentar lo que, después de todo, era el curso del mundo. Por ende, la dama detrás de la valla de tiempo antes, habría sido de aquéllas mutables.

CAPÍTULO XII

須磨

Suma

Desterrado en Suma

La vida de Genji[319] se había convertido en una ininterrumpida secuela de infortunios y congojas. Debía ponderar qué hacer en adelante. Y si se obstinaba en fingir que nada acontecía, podría empeorar su circunstancia. Pensó en la costa de Suma. Gente de valía, antaño, había residido allí, alguien le dijo, mas ahora se hallaba desierta salvo por las cabañas de los pescadores, e incluso aquéllos pocos eran. La alternativa era nada apetecible: continuar con su vida pública, por así decirlo, con gente que fluía entrando y saliendo de su mansión. Empero, él detestaba la idea de partir y, si dejaba la ciudad, los asuntos de la corte seguirían preocupándolo en demasía. Su irresolución tornaba difícil la vida para sus dependientes.

Importunos pensamientos del pasado y del futuro lo fustigaban una y otra vez. La sola idea de dejar la capital le provocaba una retahíla de lamentos, encabezados por la dolida figura de Murasaki. Estaba muy bien que se dijera que de algún modo, algún día, por fortuita vía, llegarían a reunirse otra vez. Incluso cuando se separaban por sólo uno o dos días, Genji se sentía turbado y el abatimiento de Murasaki era indescriptible. No era que habían de separarse por un número fijo de años; si al menos tuvieran la posibilidad de un reencuentro en un impreciso día con el cual confortarse; pues la vida es incierta, y pudiera que se separasen por siempre. No pensó en consultar a nadie, y llevársela consigo; sin embargo, la incongruencia de sujetar a tan frágil criatura a los rigores de la áspera vida en la costa, donde los únicos visitantes serían el viento y las olas, resultaba demasiado obvia. Teniéndola consigo sólo acrecentaría sus cuitas. Mas,

319. La narración corre desde la tercera luna de los 26 años de Genji hasta la tercera de sus 27.

notaba que ella aún guardaba rencor por la respuesta negativa que él diera a su petición. Luego, estaba la dama de la aldea de las flores que dispersa el viento. Él no la visitaba con frecuencia, es verdad, pero sí era su único respaldo y complacencia, y ella tendría todo el derecho de sentirse solitaria e insegura. Y había otras mujeres que, tras las más pasajeras aventuras con él, mantenían distintas aflicciones.

La dama del Fujitsubo, aunque siempre inquieta por los rumores, escribía a menudo. Él mostraba extrañeza por la amarga ironía de que ella no retornase su anterior afecto, pero, se dijo que el hado que en vidas previas compartiera, requería quizá que ahora padeciesen una sucesión de sinsabores.

Dejó la ciudad a fines de la tercera luna. No anunció su partida, que fue en extremo sigilosa, acompañado sólo de siete u ocho fieles pajes. Escribió a determinadas personas que debían conocer el hecho. No dudo que hubiera hermosos párrafos en dichas cartas con los que ensombreciese las vidas de sus muchas damas, pero, golpeada por el destino como yo lo he sido, no los escuché tan cuidadosamente como hubiera convenido.

Se dispuso dos o tres días antes de la partida, y visitó a su suegro. Fue lastimero, incluso estremecedor, contemplar el cuidado que él se tomara para no atraer la atención. Su carruaje, del tipo más sencillo, cubierto de cestería de ciprés, podría haberse tomado por el de una mujer. Los aposentos de su finada esposa presentaban un solitario y astroso aspecto. A la llegada de este sorprendente e inesperado huésped, la nodriza del pequeño y todas las otras mujeres que no habían tomado posición en algún otro lugar, se congregaron para un último saludo. Incluso las más simples de las jóvenes sirvientas quedaron conmovidas hasta las lágrimas ante la conciencia que él aportara de la caducidad y la inconstancia de las cosas. Yûgiri, el niño pequeño, era muy gallardo en verdad, e incansablemente bullicioso.

—Ha pasado ya tanto tiempo. Me emociona grandemente que él no me haya olvidado.

Tomó al niño y lo puso sobre sus rodillas, y pareció que fuera a llorar.

El ministro, su suegro, ingresó al aposento.

—Sé que estáis recluido en casa con poco de qué ocuparos, y había pensado con gusto visitaros para sostener una grata conversación —habló sin parar una vez que comenzara.

Pero le dijo que estaba enfermo y que se había mantenido apartado de la corte, y dimitido de todas sus funciones; y que sabía lo que dirían si estirase sus dos encorvadas piernas por propio placer.

—Difícilmente me inquietan tales cosas ya, desde luego, mas soy aún capaz de turbarme ante falsas acusaciones. Cuando veo cómo os va, sé dolorosamente que ha llegado un triste día al final de una muy larga existencia. Hubiera deseado que el mundo acabara antes de que se permitiese que esto ocurriera, y no veo ya ningún rayo de luz en adelante.

—Amado señor, debemos aceptar las anomalías que de otras vidas traemos. Todo lo que me ha acontecido es resultado de mis propios defectos. He oído que en otras tierras, así como en la nuestra, la ofensa (que no como la mía) provoca la destitución del cargo, se piensa que se torna mucho más grave si el causante sigue viviendo imperturbable su vieja existencia. Y cuando se sopesa el exilio, como lo hago en mi caso, la ofensa debe haber sido mucho más seria aún. Aunque sé que soy inocente, también conozco qué de injurias podría recibir si me quedara, de modo que asumo que las eludiré partiendo.

Enjugando las lágrimas, el ministro habló de los viejos tiempos, del padre de Genji, y todo lo que él dijera y pensara. Genji lloró también. El pequeñín gateaba y rodaba por el aposento, ora arrojándose sobre su padre ora pidiendo los brazos de su abuelo.

—He seguido afligido por la ausencia de mi hija. Y luego he pensado también en la agonía que ella habría padecido con todo esto, y estoy agradecido por la corta vida que tuviera, que le ha ahorrado esta pesadilla. De modo que intento convencerme de que mi mayor desvelo es por este nuestro hombrecito. Él habrá de crecer entre nosotros, viejos decrépitos, y los días y meses pasarán sin la ventaja de vuestra compañía. Era usual que incluso aquellos culpables de graves crímenes escaparan a este tipo de castigo; supongo que es el hado, en nuestra tierra, como también en otras, que la sanción deba imponerse indefectiblemente. Pero uno desearía saber qué cargos os imputan. En vuestro caso, ¡definitivamente desafían a la imaginación!

Tô no Chûjô entró a la alcoba. Bebieron hasta muy tarde, y persuadieron a Genji de que pernoctara. Él convocó a varias de las doncellas de Aoi. Chûnagon era una de las que él más admirara, si bien reservadamente. Para él fue conmovedor advertir su

abatimiento y conversó con ella hasta que todo quedara en silencio, y al parecer fue a causa de ella que él aceptó pasar allí la noche. La aurora asomaba ya cuando él se dispuso a partir. La luna en los primeros atisbos del amanecer estaba muy hermosa. Los capullos de cerezo habían pasado ya su eminencia, y la luz que atravesaba los pocos que restaban tornaba plateado el huerto. Todo se desvanecía en una sutil bruma, más triste y conmovedora que la de una noche otoñal. Él se sentó por un instante, recostándose contra la barandilla de la galería. Chûnagon quedó cabe la puerta, como esperando despedirse de él.

—Me pregunto cuándo me será permitido encontraros de nuevo —él cobró aliento y dijo—: Nunca jamás soñé que esto ocurriría, y os desatendí en los días en que tan fácil fuera veros —ella, inundada de lágrimas permaneció sin decir nada.

Saishô, la nodriza de Yûgiri, llegó con un mensaje de la princesa Omiya. «Me habría complacido deciros adiós en persona, mas he aguardado con la esperanza de que el torbellino de mis pensamientos se sosegara un tanto. Y ahora oigo que estáis por partir, y aún es tan temprano. Todo parece alterado, completamente errado. Es una lástima que no podáis al menos permanecer hasta que nuestro pequeño dormilón despierte y se levante».

Entre lágrimas, Genji, suavemente musitó para sí, no precisamente a modo de respuesta:

Allí en la playa
fogatas de los salares
me aguardan,
¿será su humo como aquel
de la landa de Toribe?

»¿Es acaso esta partida con la alborada, aquella de la que siempre oímos? Sin duda hay algunos que lo saben.

—Siempre detesté la palabra «adiós» —dijo Saishô, cuyo pesar parecía harto consecuente—. Y nuestro adiós de hoy no se asemeja a ningún otro.

—Una y otra vez —él respondió a la princesa Omiya—, he pensado en todas las cosas que habría querido deciros; y tengo la esperanza de que entendáis y perdonéis mi mudez. En cuanto a nuestro adormilado pequeño, temo que si lo viera otra vez, querría

quedarme, mas me apeno por él, así que me recogeré y me pondré en marcha.

Todas las mujeres estaban allí para verlo partir. Él lucía más prestante y galano que nunca, a la luz de la luna poniente, mas su abatimiento habría reducido a lágrimas a tigres y lobos. Tales eran las mujeres que lo habían servido desde muy mozo. Fue un día muy triste para ellas.

Hubo un poema de la princesa Omiya:

Más lejos se aparta el día
cuando nuestro adiós le damos,
pues vos ahora partís
hasta el alto cielo
que el humo recibiera.

Pesar se sumó al pesar, y las lágrimas parecieron incitar a más grandes desventuras.

Él retornó a la Nijô. Las mujeres habían aguardado despiertas toda la noche, agrupadas en inconsolables bandos. Nadie había en la estancia de la guardia. Los hombres más próximos a él no aparecían en su lugar. Seguramente resignados a no partir en su compañía, procedían a sus adioses personales. En cuanto a otros funcionarios de la corte, hubo ominosos vislumbres de sanciones para aquellos que lo visitaran, de tal guisa que, los patios antes atestados de caballos y carruajes, estaban hoy silentes y vacíos. Supo nuevamente cuán insensible el mundo se había tornado. Polvo había sobre parte de las mesas, las esteras usadas del revés habían sido apoyadas en la pared. ¿Cuál sería el extremo del marasmo y el abandono cuando ya hubiese partido?

Se dirigió al ala poniente de la casa, morada de Murasaki. Ella había permanecido levantada toda la noche, sin siquiera hacer bajar las celosías. Fuera, cabe la cerca de junco, próxima a la galería, niñas pequeñas recién levantadas ya alborotaban. Se las veía tan bonitas en sus ropajes de noche pero, muy pronto, sin duda, hallarían la soledad insoportable, y se marcharían siguiendo sus propios caminos. Pensamientos así nunca antes habían sido parte de su vida.

Él explicó a Murasaki el motivo de su permanencia en la mansión de la Sanjô.

—Y presumo que os llenarais de las extrañas sospechas usuales. Quería estar con

vos todo instante mientras estuviera en la ciudad, pero hubo algunas cosas que me forzaron a salir. La vida es asaz incierta, y no podía encerrarme en la mansión. Si lo hubiera hecho, pensarían que soy hombre de escasa compasión y me dejarían solo en un mundo impasible y cruel. Me acongojan esas damas.[320]

—¿Pero a qué llamar extraño sino a vos que os disponéis a partir?

El que ella percibiera tales tristes sucesos más cruelmente que los demás no era de sorprender. Desde su infancia había estado más cerca de Genji que de su propio padre, y ahora él se había inclinado ante la pública opinión y no había proferido una palabra de conmiseración ni la había visitado. Su desamor ya había causado habladurías entre sus servidoras. Ella se avergonzó, temiendo la censura ajena, y consideró mejor que él no se enterase de su cuita.

Alguien le reportó lo que su madrastra comentaba:

—Ella recibió una repentina racha de buena fortuna, y ahora justamente todo de repente marcha aviesamente. Cosa tal provoca escalofríos. Uno tras otro, cada cual a su manera, todos se apartan de ella.

Esto era demasiado. No había nada más que quisiera decirles. De ahora en adelante ella tendría solamente a Genji.

—Si los años pasaran y prosiguiera como un descastado —él continuó—, vendré por vos y os llevaré hasta mi «cueva entre las peñas».[321] Mas, no debemos darnos tal prisa. Un hombre que ha perdido la gracia de la corte no tiene permiso de dejarse ver a la luz del sol ni al resplandor de la luna, y se piensa que es gran crimen, me dicen, que aquél pueda seguir siendo feliz. La causa de todo esto es un gran misterio para mí, pero debo aceptar mi destino. Parece que no hay precedentes en aquello de compartir el exilio con una dama, y estoy seguro de que sugerirlo daría rienda suelta a mayor furia en mi contra en este insano mundo.

Él durmió casi hasta el mediodía.

Tô no Chûjô y el hermano de Genji, el príncipe Hotaru, llegaron de visita. Dado

---

320. Genji sentía pena de sus damas, y temía que pensasen de él como un hombre frío e indolente.

321. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû*, Nº 952: *¿Adónde iré, a qué cueva entre las peñas, a verme libre de reseñas de este destemplado mundo?*

que él no tenía ya rango ni cargo, se mudó de atuendo a un traje informal de seda sin estampar, más elegante, y de algún modo más impresionante, debido a su simplicidad. Mientras se peinaba, no pudo evitar notar que su pérdida de peso lo hacía verse más atractivo.

—Estoy hecho hueso y pellejo —dijo a Murasaki, que sentada lo contemplaba, con lágrimas en los ojos, lo que provocó su conmiseración hacia ella.

Hoy partir debo al exilio
y en este espejo
una imagen mía
habrá de permanecer
a vuestro lado.

Encogida tras a un pilar, escondiendo sus lágrimas, ella respondió como para sí misma:

Si al apartarnos
una imagen permanece
al menos,
hallaré algún solaz
a mi aflicción.

Y se esforzó por disimular su emoción. Esto hizo que Genji la apreciara de modo extraordinario.

Su hermano, el príncipe Hotaru le brindó afectuosa compañía durante todo el día, y partió al anochecer.

No era difícil imaginar la soledad que manifestaran los frecuentes mensajes desde la casa de los caedizos capullos de azahar. Temiendo que semejaría ingrato si no volvía a visitar a aquellas damas, se resignó a pasar otra noche fuera de casa. Era ya muy tarde cuando logró aprestarse para el trajín.

—Nos sentimos honradas porque nos juzgaseis dignas de vuestra visita —dijo la dama del Reikeiden; mas, sería difícil registrar el resto de la charla.

Ellas vivían inestables existencias, supeditadas por completo a Genji. Tan solitaria

era su morada que él podía figurarse el desamparo que sobrevendría tras su partida; y la densamente boscosa colina que tenuemente se alzaba allende el ancho estanque entre el brumoso claro de luna le hacía imaginar la «cueva entre las rocas», en Suma, como acaso semejante.

Se dirigió al aposento de la hermana más joven, en el ala oeste de la casa. Ella había caído en un hondo abatimiento, casi cierta de que él no hallaría tiempo para visitarla. Entonces, a la sutil, triste lumbre lunar, mientras el atavío de él despedía una indescriptible fragancia, se aproximó. Ella salió a la galería y contempló la luna. Conversaron hasta el alba.

—Qué noche tan corta ha sido. Pienso cuán arduo será que logremos reencontrarnos, lleno estoy de contriciones por el tiempo desperdiciado, cavilo si acaso me angustié demasiado por los precedentes que sentaría. No he logrado estar sosegado nunca.

Mientras tanto recordaba del pasado, un gallo cantó sin pausa. Prestamente decidió reemprender la marcha, temeroso de atraer la atención. La luna poniente, dolorida siempre, lo predispuso a pensar que la situación de aquellas damas se asemejaba a la suya. Un fulgor sobre el púrpura oscuro del ropaje de la dama hacía parecer como que la luna llorase.[322]

Angostas estas mangas
que la luz de luna acogen
conserven aquel fulgor
del que fatigada no estoy.

Afligido también él, Genji intentó confortarla.

Esplenderá la luna
sobre esta mansión de nuevo,
aun si pasajeramente oculta está
no miréis los nubarrones.
Juntos viviremos luego, al disiparse la duda.

---

322. *Tanka* de la dama Ise, en el *Kokinshû,* N° 756: *Recogiendo las gotas sobre mis mangas, yacía caviloso yo, el claro de luna semejaba derramar a la vez sus propias lágrimas.*

»Deseo que estuviese de veras convencida de que así es, y borrar las lágrimas que nublan mi corazón.

Él dejó el lugar cuando la alborada se desplegaba en el cielo.

Ordenados todos sus asuntos, él confió los quehaceres mayores y menores de la mansión de la Nijô a los fieles servidores que no habían sido arrancados por el torrente de los acontecimientos, y escogió a otros para que lo acompañaran a Suma. Decidió llevar consigo sólo los más simples elementos para una existencia aldeana, entre ellos un cofrecillo con obras selectas de Po Chü-i y otros poetas, así como un *koto* chino de siete cuerdas.

Luego de asignar todas las criadas al ala oeste, de Murasaki, dejó disposiciones sobre prados, casas y semejantes, y dictó provisiones para todos sus varios almacenes y depósitos. Confiado en la sagacidad de Shônagon, le dio cuidadosas instrucciones y puso mayordomos a sus órdenes. Había sido en algo voluntarioso e intolerante con sus sirvientas, pero a cambio habían gozado de seguridad, mas ahora, ¿qué sería de ellas?

—Regresaré, lo sé, si vivo lo suficiente. ¿Haced, por gracia, lo que podáis en el ala oeste, aquellas de vosotras que estáis dispuestas a aguardar?

Y así, todos dieron comienzo a una nueva existencia.

A la nodriza y las doncellas de Yûgiri, así como a la dama de los azahares, envió elegantes obsequios de partida, pero también útiles provisiones cotidianas.

Escribió incluso a Oborozukiyo, inevitablemente: «Sé que derecho no tengo a esperar unas líneas de vos, mas no estoy llano a describir el pesar y amargura de dejar atrás esta vida.

Tropecé con oleajes
de un río de hondas lágrimas.
Fue el comienzo tal
de mi deriva
al antojo de las aguas.

»Memorar es el crimen del que no puedo invocar inocencia.

No escribió nada más, pues corría el riesgo de que el mensaje fuera interceptado.

Aunque ella pretendió conservar la compostura, no pudo impedir que las lágrimas mojasen sus mangas.

La espuma del río
de vuestros ojos
de evaporarse habrá
ante el oleaje que
corriente abajo aguarda.

Había algo muy tierno en esa escritura de mano herida de dolor.

Él ansió volver a verla, mas ella tenía demasiados parientes que no gustaban de él. La discreción impidió todo intercambio ulterior.

La noche previa a la partida, rindió visita a la tumba de su padre, en las colinas del norte. Dado que la luna asomaría poco antes del alborear, primero pasó a despedirse de la dama del Fujitsubo, quien lo recibió en persona, y le habló de sus cuitas por el Príncipe Heredero. No podría haber sido un encuentro menos angustioso, pues eran tan complejas las relaciones entre ambos. Ella se mostró digna y bella como siempre, él habría gustado percibir algún viejo rencor, mas ¿para qué, en esta ocasión final, dar rienda suelta a mayores sinsabores, y dar lugar al trance de aumentar su propia agitación?

Él sólo expresó, y bastante sensatamente:

—Evoco sólo algo por lo que debo soportar esta extraña y triste condena, y temo aún mirar al cielo. Aunque no he de cuidarme en lo mínimo de mi indigno ser si desapareciera, sólo anhelo que el reinado del Príncipe Heredero transcurra libre de todo suceso desdichado.

Ella sabía demasiado bien lo que él quería decir, y fue incapaz de responder. Él se descubría garboso en demasía, pero no obstante sucumbió a las lágrimas.

—He de presentar mis respetos ante la tumba del emperador. ¿Tenéis algún mensaje?

Ella guardó silencio por un instante, intentando controlarse.

Aquél a quien sirviera
de aquí partió ya,
el otro sufre pesares,
sin decir adiós al mundo,
entre lágrimas mis días prosiguen.[323]

Para ambos se había alterado todo en exceso y el sufrimiento resultaba indecible. Él respondió:

La mayor aflicción
para él pasó ya,
ahora dejar yo debo
este mundo donde
el hijo mora.[324]

La luna había asomado cuando él partió. A caballo, y con sólo cinco o seis criados, todos ellos colaboradores de confianza. Apenas si requiero decir que se trataba de una procesión asaz diferente de aquéllas de antaño. Entre sus hombres se hallaba el oficial de la guardia que fuera su auxiliar privado durante los servicios de purificación en el santuario de Kamo.[325] La promoción que entonces en vano esperara había pasado largo tiempo ya, y ahora había sido despojado de la venia de acceso a la presencia imperial y a su propio antiguo despacho. Rememorando aquel día al llegar a la vista del santuario de Kamo abajo, desmontó, y tomando las riendas del corcel de Genji:

Vuestra cabalgadura yo guiaba,
con malvas en nuestras gorras,
cuando evoco aquel momento
ante el seto del dios de Kamo.

---

323. Tanka anónima, en el *Shinkokinshû*, N° 850 (por Ono no Komachi), «poema compuesto a la muerte de uno que había vivido»: *Sucumbieron ya aquellos que en este mundo vivieran, así como crece el número de los idos, ¿hasta cuándo he de llorar?*

324. Konoyo significa tanto «este mundo» (*kono yo*) como «el mundo del hijo» (*ko no yo*).

325. Véase el capítulo VI, *Suetsumu hana.*

Ciertamente, recordar era doloroso, pues el joven criado había sido el más galano en la escolta de Genji. Desmontando también Genji, se inclinó hacia el santuario y dijo a modo de adiós:

Dejo este mundo
de aflicción
y mi nombre dejo
a la intercesión
del dios reparador.[326]

El oficial de la guardia, un mozo sensible, lo contempló absorto y admirado.

Al llegar a la tumba, Genji casi imaginó ver a su padre ante él. Poder y posición nada eran una vez fallecido. Lloró y en silencio rememoró su incidente, pero no llegó respuesta alguna, ni enjuiciamiento tampoco. ¿Todas aquellas cuidadosas instrucciones y reprimendas no habían servido acaso para nada?

La hierba crecía en demasía en la senda hasta la tumba, el rocío semejaba de mayor peso mientras él se abría camino. La luna se escondía tras una nube, la fronda era oscura y en cierto modo agorera. Pareció como que pudiera extraviarse antes de poder regresar. Al inclinarse en son de despedida, un escalofrío lo estremeció, pues le pareció ver a su padre como alguna vez fuera.

¿Y cómo me contempla?
Elevo la mirada
y la luna que a mi padre comparo
se desvanece ya
tras de las nubes.

De regreso en la Nijô al despuntar el día, envió un último recado al Príncipe Heredero. Atándolo a la rama de un cerezo que había perdido ya sus flores, lo dirigió a Omyôbu, a quien la dama del Fujitsubo había puesto a cargo de los asuntos de

326. *Tadasu no kami*, «la deidad reparadora», que se creía moraba en el santuario de Kamo abajo.

su hijo. «Hoy debo partir. Lamento más que ninguna otra cosa que no pueda veros nuevamente. Imaginad mis sentimientos, si así podéis, y transmitidlos al príncipe.

¿Cuándo podré yo
astroso, rústico,
renegado,
vislumbrar nuevamente
las flores de la capital?

Ella explicó todo con detalle al Príncipe Heredero. Él la miro solemnemente.

—¿Cómo habré de responder? —Omyôbu preguntó.

—Triste estoy cuando él se ausenta un tanto, y ahora parte tan lejos, ¡y cómo…! ¡Decídselo, por gracia!

Una lastimera e insustancial respuesta, pensó Omyôbu.

Los pormenores todos de tan desdichado amor retornaron a ella. Ambos debieron haber gozado de plácidas y serenas existencias, y ella sintió como que fuera la sola y única causa de todos estos padecimientos.

—No puedo pensar en nada que decir —era claro para él que su respuesta de veras había sido compuesta con mucha dificultad—. Transmití vuestro mensaje al príncipe, y fue mucho más angustioso que nunca contemplar cuánta congoja le causara.

Prestos caen los capullos
aunque la primavera se aleja
de nuevo vos vendréis
bien lo sé
a una capital de flores.

Hubo un triste rumor por todos los aposentos del Príncipe Heredero como estela de aquella carta, y se oyeron sollozos en ellos. Incluso personas que apenas lo conocieran fueron conmovidas por la general congoja. En cuanto a aquéllos a su regular servicio, incluso domésticas de la recocina, de cuya existencia él a duras penas podría haber sido consciente, se afligieron pensando que pasarían un largo tiempo sin su presencia.

Semejante hecho ocurría en toda la corte. Prevalecía una honda consternación. Él había estado junto a su padre día y noche desde los siete años de edad, y nada de lo que dijera a su padre dejó de tener efecto, casi la totalidad de los cortesanos le era deudora en algo. Ante su presencia, siempre un jovial sentimiento de gratitud había aflorado entre los altos nobles y los ministros, y se hallaba omnipresente en los rangos inferiores. ¡Qué lástima!, comentaba la gente, silenciosamente, reprobando a los grandes cuyo poder era ahora absoluto; ¿pero, qué habría de lograr pasando ahora por mártir? No todos admitían su pasiva aceptación y algunos temían las insidias. Si él no lo hubiera sabido antes, ahora percibía solamente la dureza del mundo en todos casos.

Él pasó un día tranquilo con Murasaki y tarde, por la noche, partió vestido con un burdo vestido de viaje.

—La luna se alza ya. Por gracia, salid a despedirme. Sé que más tarde pensaré en un sinnúmero de cosas que quise deciros. Mi pesadumbre me semeja ridícula cuando estoy lejos de vos, incluso por un día o dos.

Levantó los visillos y la urgió a salir. Intentando no llorar, al final ella obedeció. Se veía muy hermosa al resplandor de la luna. ¿Qué tipo de hogar sería en adelante para ella, luego de mi partida, esta ingrata e inconstante ciudad? Mas, ella se sentía ya bastante acongojada. Y si algo le dijera, la habría de abatir sin medida.

Con forzada vivacidad él exclamó:

Al menos para esta vida
nuestros votos hacemos
y así nos juramos
que jamás nada
habría de apartarnos.

»¡Cuán tontos fuimos!

Ella dio esta respuesta:

Una vida daría
sin atrición alguna
para que un tanto
se rezagara
vuestra partida.

No eran palabras vacías, él bien lo sabía; mas, debía emprender la marcha, pues no deseaba que la ciudad lo viera partir a la luz del día.

El rostro de ella lo acompañó durante toda la jornada. Con gran angustia abordó la barca que los conduciría a Suma. Era un alargado día primaveral, y soplaba un viento de popa, al caer la tarde había arribado ya al varadero donde habría de vivir. Nunca antes había experimentado una travesía así, a pesar de su brevedad. Todas las tristes y extrañas cosas que viera en el trayecto, le eran nuevas. El parador de Ôe[327] se hallaba en ruinas, con sólo una pineda que mostraba dónde se había erguido.

Más remoto
es, me temo,
el sitio de mi exilio
que las soñadas tierras
allende los mares.

La marea llegaba y partía sin cesar. «Envidio a las olas»,[328] musitó para sí.

Era un verso conocido, pero pareció nuevo para quienes lo escuchaban, y triste como nunca antes. Rememorando la ciudad, él vio que los montes se hallaban vestidos de bruma. Era como que él verdaderamente hubiese caminado «tres mil leguas».[329] La espuma de los remos le suscitó pensamientos apenas soportables.

Nieblas montañesas
aíslan la vieja aldea,
¿es acaso el cielo,
el cielo que veo,
que la cobija?

---

327. En el centro de la actual ciudad de Ôsaka. Había sido usada por las sumas sacerdotisas en su trayecto de y hacia Isé.

328. *Ise Monogatari,* episodio 7, *tanka* atribuida a Ariwara no Narihira: *Fuerte es mi nostalgia por aquello que atrás dejara, envidio a las olas, que al lugar retornan de donde vinieran.*

329. Po Chü-i (*Haku Rakuten*), Obras Completas, III, «Frases escritas en el solsticio de invierno, en el Aula de los Madroños».

No muy lejos de allí Yukihira había vivido el exilio, «escurriendo salmueras de las hierbas del mar».[330] La nueva morada de Genji se hallaba a cierta distancia de la costa, entre montes enteramente hoscos y desolados. Las cercas y todo dentro eran nuevos y extraños. Las cabañas de tejados de paja, las galerías cubiertas de juncos —o así lo parecían— fueron interesantes de ver en su camino. Era una vivienda propia para una remota ribera, y diferente de todas aquellas que él había conocido. Habiendo experimentado en una ocasión un cierto gusto por lugares fuera del camino, habría podido gustar de Suma si el motivo hubiese sido otro.

Yoshikiyo se había autonombrado como una suerte de mayordomo privado. Él convocó a los supervisores de las varias fincas de Genji en la región y les asignó tareas indispensables. Genji observó con admiración. Con muy activas disposiciones tuvo pronto una agradable nueva morada. Un hondo arroyo fluía a través del huerto con un placentero rumorear, se aprestaron nuevos sembríos; y cuando finalmente él empezó a sentirse un tanto como en casa, apenas si pudo crear que fuese real. El gobernador de la comarca, un antiguo subalterno, prudentemente ejecutaba numerosos servicios. En general, el lugar había resultado más luminoso y jovial que lo que había tenido derecho a esperar, no obstante el hecho de que no había nadie con quien pudiera de veras dialogar, para hacerlo olvidar que estaba en una morada de exilio, extraña y ajena. ¿Cómo habría de pasar los meses y años por venir?

La estación lluviosa llegó. Sus cavilaciones viajaron de regreso a la ciudad distante. Había gente a la que ansiaba ver, primera entre ellas, la dama de la Nijô, cuya imagen solitaria aún tenía ante sus ojos. También memoró al Príncipe Heredero, y al pequeño Yûgiri, corriendo alegremente, aquel último día, del padre al abuelo y viceversa. Envió cartas a la ciudad. Algunas de ellas, especialmente las destinadas a Murasaki y a la dama del Fujitsubo, le tomaron bastante tiempo, pues sus ojos se nublaban una y otra vez.

Esto fue lo que escribiera a la dama del Fujitsubo:

---

330. Tanka de Ariwara no Yukihira, en el *Kokinshû*, N° 962: *Si alguien por mí preguntara, responde: «en Suma, él vegeta escurriendo salmueras de las hierbas del mar».*

Saladas nuestras mangas
en la riba de Suma,
y las vuestras ,
en el pajizo cobijo
del pescador en Matsushima.[331]

»Mis ojos se oscurecen cuando pienso en lo perdido y en lo que vendrá, y "las aguas se encumbran".[332]

Su carta a Oborozukiyo la envió, como siempre, a Chûnagon, como que fuera un asunto privado entre los dos. «Con nada más que me ocupe, hallo que las remembranzas del ayer afloran».

En Suma, impune,
uno anhela aquel pino
del mar profundo.
Y ella, la pescadora,
¿quema acaso sal?

•

Dejaré las otras cartas, entre ellas a su suegro y a la nodriza de Yûgiri, a la imaginación de quien leyere. Todas llegaron a sus destinatarios y dieron pábulo a muchas cavilaciones tristes y ofuscadas.

Murasaki había caído en cama. Sus doncellas, haciendo todo lo pensable para confortarla, temían que en su congoja pudiera hundirse en un irrevocable abismo. Revisando efectos personales que él dejara atrás: el *koto*, los atuendos perfumados, ella parecía estar a punto de partir de este mundo. Sus criadas estaban confundidas. Shônagon envió un mensaje pidiendo que el prelado, tío de ella, elevara sus preces por su sobrina. Él cumplió la petición, y con un doble propósito: que ella se viera librada de su agonía presente y que algún día se le permitiera una vida tranquila junto a Genji.

---

331. Retruécano recurrente usando el significado doble de *matsu* («pino» y «esperar»), por lo que Matsushima puede entenderse no sólo como «isla de los pinos», sino «isla de la espera».

332. *Tanka* de Ki no Tsurayuki, en el *Kokin Rokujô, Zoku Kokka Taikan*: *El dolor de la partida causa tal flujo de lágrimas, que las aguas se encumbran ya en este río.*

Ella remitió a Suma ropa de cama y otras provisiones. Los atavíos y faldones de tiesa y llana seda blanca[333] le portaron nuevas punzadas de desconsuelo, pues eran como nada de lo que él hubiese usado hasta entonces. Ella guardaba consigo el espejo al que él había dirigido su poema de despedida, aunque fue cabalmente como él le dijera; el espejo que «nunca la dejaría» no valía ya nada para ella. La puerta a través de la cual él entrara y partiera, el pilar de ciprés, su asiento favorito, todas las cosas le traían tristes remembranzas. Si así ocurre con gente endurecida y agotada por las calamidades, cuanto más a ella, para quien él había sido padre y madre. «Hierbas del olvido»[334] podrían haber brotado de improviso, si él hubiese desaparecido de la faz de la tierra; mas él se hallaba en Suma, no demasiado lejos, así había oído ella. Mas no podía saber cuándo él habría de regresar. Su tristeza seguía sin medida.

Para la dama del Fujitsubo, la aflicción se añadió a la incertidumbre acerca de ella y su hijo. Y ahora, al pensar en el hado que los había unido, ¿sus sentimientos por Genji podían ser acaso inconsistentes y ordinarios? Temerosa de las habladurías, ella había alejado cualquier pequeña muestra de afecto, se había tornado más y más cauta y sigilosa, y no le había ofrecido sino escasos signos de que percibía la hondura del cariño de él. Genji había sido raramente escrupuloso a su vez. Los murmuradores suelen ser gente cruelmente avizora (algo que ella conocía demasiado bien), pero ellos parecían no haber barruntado sospecha alguna del caso entre los dos. Él había guardado mesura y mostrado control de sí mismo, manteniendo la más meticulosa apariencia. ¿Cómo, en este extremo, podría ella dejar de tener pensamientos afectuosos hacia él?

Su respuesta fue más tierna que usualmente.

La monja de Matsushima,
mientras a él espera, sal quema
en fuego que leños de pino avivan,
cual la pescadora
cabe un mar de lágrimas.[335]

333. Atavíos y faldones de tiesa y llana seda blanca eran vestidos por los nobles de inferior rango.
334. Wasuregusa («hierba del olvido»), lirio o flor de un día.

»Ahora más que nunca.

Adjunta a una carta de Chûnagon, halló una breve respuesta de Oborozukiyo:

La mujer del pescador
la sal soasa
y el fuego esconde y ahoga
para que el humo
no escape.

»No escribiré cosas que en este tiempo avanzado no requieren decirse.

Chûnagon escribió en detalle acerca de la aflicción de su ama. Hubo lágrimas en los ojos de él cuando leyó la carta.

Y la respuesta de Murasaki fue, por cierto, profundamente conmovedora. Incluía este poema:

Cual pescador que la sal
de aquella riba quema,
dejad que él contraste
sus goteantes mangas
con esta nocturnas mangas mías.[336]

Los atuendos que llegasen con la misiva estaban bellamente teñidos y amoldados a él. Ella lo hacía todo bien. En Suma no había tontas y frívolas distracciones, y parecía una pena que no pudiesen ambos gozar de la tranquila vida juntos. Los pensamientos acerca de ella, día y noche, se tornaron cercanos a lo insoportable. ¿Debería acaso enviar por ella en secreto? Mas, no: su tarea en esta ingrata situación debía ser la de enmendar los yerros del pasado. Él empezó un ayuno y pasó días en oración y meditación.

Hubo también mensajes en torno a su pequeño Yûgiri. Por cierto, lo llenaron de ansias, pero él había de ver al muchacho de nuevo un día, y, mientras tanto, buenas

---

335. Hay retruécano: *yaku* alude tanto a «cargo» como a «quemar», *matsu* implica «esperar» y «pino», *ama* quiere decir «monja» y «pescadora», *nageki* se relaciona con «lamento» y «leño».

336. En este caso, la autora compara a Genji con el pescador.

manos lo tenían. Empero, un padre debe, no importa lo que hiciere, «errar perdido en pensamientos por su hijo».[337]

En la confusión, lo había olvidado, él envió también un mensaje a la dama de la Rokujô, y ella, de propia iniciativa, había despachado un recadero para ubicar el lugar de su exilio. La carta de ella estaba repleta de expresiones del más hondo afecto. El estilo y la caligrafía, superior a los de todos aquellos que él conociese, mostraba su singular crianza y refinamiento.

«Habiéndoseme dicho del impensable lugar donde os encontráis, siento como que errase en una pesadilla interminable. Debería imaginar que vos retornaréis a la ciudad más bien temprano que tarde, pero habrá de ser una muy larga espera antes que yo, perdida en el pecado, sea permitida de volveros a ver.

Imagino, en Suma
la sal goteante,
la contristada de Ise,
recogiendo saladas
algas de mar.[338]

»Y ¿qué habrá de ser de una, en un mundo donde todo conspira para atraer nuevas desdichas?»

Era una larga carta.

Baja la marea
a lo largo de la riba de Ise,
sin esperanzas vivo,
sin promesas
en las conchas vacías.

---

337. *Tanka* de Fujiwara no Kanesuke, en el *Gosenshû,* N° 1103: *El corazón de un padre no es lóbrego, y sin embargo, yerra perdido en pensamientos por su hijo.*

338. Figura retórica consistente en colocar una palabra de doble sentido: *ukime* significa «alga que flota», pero también «estar en apuros». Esta *tanka* se basa en otra, del *Kokinshû*: *Si alguien os preguntase sobre mi vida, por acaso contadle: la vida triste paso, entre lágrimas, como sal que gotease en Suma.*

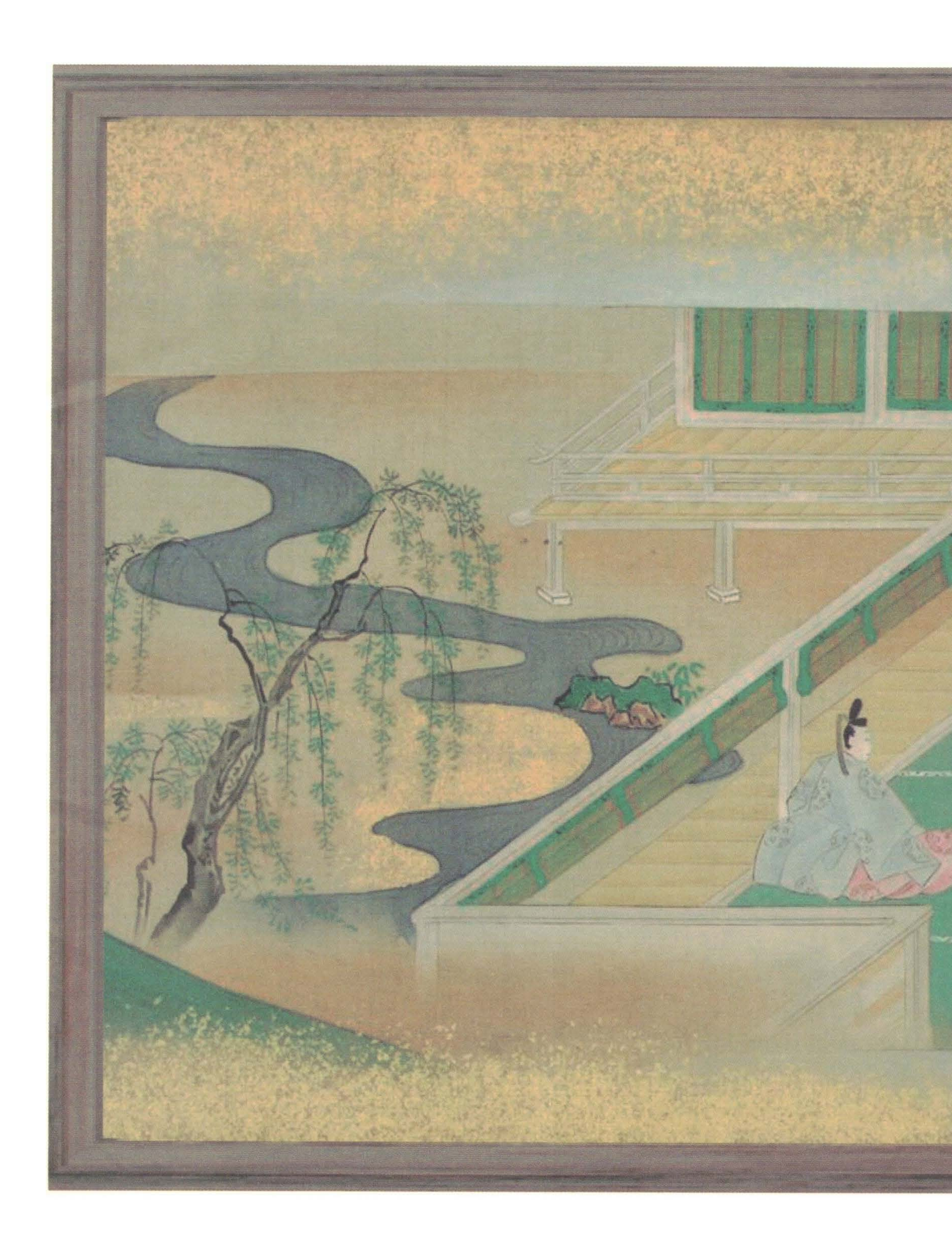




Ilustración del capítulo XII «Suma», en el *Genjimonogatariemaki*,
por Kanou Yusei (colección del archivo Kuyou,
早稲田大学 Waseda Daigaku).

Dejando a un lado su pincel, vencida por la emoción, comenzando luego otra vez, ella finalmente expidió unos cuatro o cinco pliegos de papel blanco de la China. Los tonos de la tinta eran maravillosos. Él le había tenido cariño, y habría sido errado hacer aspavientos por aquel incidente. «Todo ocurrió por mi fallida conducta. Al principio como a pariente la quería, sin embargo, algo me perdió, tuve una infortunada idea: que ella era del alma mía. Por eso me dio la espalda y hoy me ha dejado». Y se arrepintió de haber sido punzante e impetuoso. Justo la carta que ella le enviara lo conmovió tanto que incluso sintió simpatía por el recadero, un joven inteligente al servicio de la hija de ella. Reteniéndolo por varios días, él supo de la vida en el santuario de Ise. Siendo la casa bastante pequeña, el recadero podía observar a Genji muy de cerca, y por ello, se vio hasta las lágrimas de admiración por lo que viera.

Quien esto leyere podrá imaginar la respuesta de Genji. Él dijo, entre otras cosas:

—Si hubiera sabido que yo estaba destinado a dejar la ciudad, habría sido mejor, me digo en medio del tedio y la soledad de acá, que debiera haberme ido con vos a Ise.

Con la dama de Ise
pudiera haber bogado
en pequeñas barcas
que evaden las olas
y eluden los escollos del oscuro mar.

¿Cuánto tiempo he de ver
goteante sal marina
en leños de doliente pescador
frente a la riba de Suma
donde he de vivir yo?[339]

»No puedo saber cuándo he de volveros a ver.

Pero, al menos, las cartas de él brindaron el consuelo de saber que se hallaba bien.

339. Hay retruécanos: *suma* alude a Suma (el topónimo) y al verbo «morar»; *nagamu* es «sumirse en honda meditación» y, a la vez, «contemplar».

Y llegaron más cartas, consoladoras, aunque tristes, de la dama de los azahares y de su hermana. Genji leía con frecuencia las preciosas cartas de la ciudad, pero a la vez ellas lo tornaban pensativo.

Hiedras del recuerdo
de los aleros penden
cada vez más
y pesado el rocío cae
sobre nuestras mangas.

Era evidente su situación; nadie había con quien pudiera contar y por ello se veía menguado. Al oír que las prolongadas lluvias habían dañado los muros del jardín de ellas, envió órdenes a la ciudad para que los siervos de sus fincas vecinas se ocuparan de repararlos.

Oborozukiyo había deleitado a los calumniadores, y ahora se hallaba sumida en una profunda depresión. El padre de ella, el ministro, del cual era la hija favorita, había buscado interceder a su favor ante el emperador y la dama del Kokiden. El emperador estuvo dispuesto a perdonarla. Ella había sido castigada severamente, era cierto, por su grave falta, pero no tan rigurosamente como si hubiese sido una de las acompañantes de la alcoba imperial.

En la séptima luna, se le permitió el retorno a la corte. Ella continuaba añorando a Genji. Quedaba aún mucho del viejo amor que el emperador le tuviera, y él escogió ignorar las críticas y tenerla cerca de sí, ora condoliéndola ora haciéndole apasionados votos para el futuro. Oborozukiyo era una mujer donosa, sin embargo, se hallaba pesarosa, pues en el fondo de su corazón evocaba a Genji, con una dura emoción, indescriptible.

—Las cosas todas parecen yertas ahora que él se ha ido —exclamó una noche cuando musicaban juntamente—. Estoy seguro de que hay muchos que sienten la pérdida mucho más intensamente que lo que yo siento. No puedo apartar el temor de haber actuado en contra de los últimos deseos de mi padre y que tal es una omisión por la que algún día habré de sufrir —había lágrimas en sus ojos y ella también

lloraba—. He despertado la necedad del mundo y no siento que quiera quedarme en él por mucho tiempo más. ¿Cómo os sentiríais si yo muriera? Me repugna pensar que os doleríais menos por mí cuando por siempre me fuera, que por él que se ha ido por tan corto tiempo y a una distancia no lejana. El poeta que afirmó que amamos mientras vivimos no sabía demasiado acerca del amor —las lágrimas fluían de los ojos de Oborozukiyo—. Y ¿por quién estáis llorando? Pues es triste que no tengamos hijos. Querría seguir las instrucciones de mi padre y adoptar al Príncipe Heredero, pero la gente plantearía objeciones sin cuenta. Todo resulta tan doloroso.

Había algunos cuyas ideas de gobierno no acordaban con las del soberano, pero él era demasiado joven como para imponer su voluntad y pasaba sus días en impotente angustia y pesar.

En Suma, soplaban melancólicos vientos otoñales, la morada de Genji se hallaba a cierta distancia del mar, mas por la noche soplaba el viento sobre los rompeolas, hoy como en tiempos de Yukihira, y parecía llevar las olas hasta junto a su lecho.[340] El otoño era sosegado y solitario en el lugar de exilio. Él pocos compañeros tenía. Una noche, cuando todos ya dormían, levantó la cabeza desde su almohada y escuchó el tronar del viento y de las olas, como que soplasen en su oído. Aunque no se percató de que lloraba, sus lágrimas fueron suficientes como para hacer flotar su almohada.[341] Pulsó unas pocas notas en su *koto*, pero el sonido sólo aumentó su aflicción.

Las olas en la ribera
lastimeras hoy resuenan
de añoranzas padeciendo.
¿Quizá las empuja el viento
de do mi querencia está?

340. Las palabras de Yukihira eran las siguientes: *El viajero siente el frío viento que sus mangas bate, aquel que los rompeolas traspasa, el de la rada de Suma.* (*Zoku Kokinshû*).

341. Exagerada figura retórica usada poéticamente para reflejar la angustia extrema (*Kokin Rokujô*, *Zoku Kokka Taikan*, N° 34087).

Él despertó a los demás. Se irguieron y, sin motivo, uno a uno a sus lágrimas se unió.

Esto no podía continuar. Debido a él, ellos habían sido arrastrados al exilio, dejando a sus familias de las que nunca antes se separaran. Debía serles muy difícil, y la propia congoja de Genji escasamente les facilitaba las cosas. Así que él decidió levantarles el ánimo. Durante el día inventó juegos e hizo bromas, y reprodujo este y aquel poema en un multicolor conjunto de parches, pintando cuadros sobre viejos retazos de seda china diseñada. Algunas de sus pinturas mayores fueron verdaderas piezas maestras.

Por largo tiempo se le había referido de esta costa de Suma y estas colinas y se había forjado un cuadro mental del entorno, y ahora hallaba que su imaginación había sido mucho menos fructuosa que la realidad. ¡Qué lástima, decían sus hombres, que no pudieran convocar a Tsunenori y Chieda[342] y otros famosos pintores de la corte para añadir colores a los monocromos de Genji. Tal resuelto regocijo tuvo el efecto aguardado. Sus hombres, cuatro o cinco de los cuales siempre estaban a su lado, no habrían soñado con dejarlo.

Había una profusión de flores en el jardín. Genji salió, cuando los colores del crepúsculo se hallaban en su instante mejor, a una galería desde la cual se gozaba de una buena vista de la costa. Sus hombres, mientras lo contemplaban, sintieron escalofríos ante la apostura de Genji, pues la soledad del lugar lo hacía semejar a un visitante de otro mundo. Vestía un atuendo oscuro sujeto sueltamente sobre túnicas blancas diseñadas y faldones combinados con colores morados y azulados; él se anunció como «un discípulo del Buda» y lentamente entonó un sutra, y sus hombres pensaron que nunca antes habían oído voz más fina. Desde mar adentro llegaban las voces de los pescadores canturreando una canción. Los botes apenas visibles parecían aves marinas en un mar enteramente solitario, y mientras él secaba una lágrima inducida por el retumbo de los remos, así como el llamado de los gansos que aleteaban sobre sus cabezas, su blanca mano sobre el negro azabache de su rosarillo fue suficiente para confortar a los hombres que habían dejado atrás a sus familias.

---

342. Tsunenori habría estado activo casi un siglo antes y quizá también Chieda.

¡Que ellos sean compañeros
de aquellos
que mucho añoro!
Tristes sus voces resuenan
por el cielo de su vuelo.

Ésta fue la respuesta de Yoshikiyo:

No sé el porqué
del ayer memorias traen
estos errabundos gansos,
si compañía mía antaño
ellos no fueran.

Y la de Koremitsu:

No fueron mis camaradas,
los gansos sobre las nubes,
así cavilaba yo,
mas, igualmente eligieron
abandonar el hogar.[343]

Y, aquel oficial de la guardia que hiciera tan ufana figura en el día de la purificación del santuario de Kamo:

Tristes sus voces resuenan
mientras lejos vuelan
del nidal primero;
pero solaz han de hallar
si compañía encontraran.

»Cruel es perder un camarada.

343. El término *tokoyo* significa «quimera», «ilusión» e implica la idealización del bien perdido, el hogar.

Su padre había sido destacado a Hitachi, pero él había preferido venir con Genji. Él imaginaba, no obstante todo lo que en su mente tuviera, verse gozoso.

Una brillante luna se elevaba. Se acordaron de que era el plenilunio de la cosecha. Genji no podía apartar sus ojos de aquel fulgor. En otras noches como ésta, se habían ofrecido conciertos en la corte, y quizás aquéllas en las que él pensaba estarían contemplando la misma luna y pensando en él.

—Mis pensamientos son los tuyos, viejo amigo —cantó—, a dos mil leguas de ti.[344]

Sus hombres derramaban lágrimas.

Su añoranza era intensa recordando el poema de la dama del Fujitsubo acerca de las brumas de nueve capas. Otras remembranzas afloraron, y apartó la vista para ocultar sus lágrimas. Era ya muy tarde, dijeron sus hombres, mas él no volvía a entrar a la morada.

En tanto a lo alto miro
consuelo encuentro,
mientras la luna
nuevamente torna
la ciudad lejana.

Pensó en el emperador y en lo mucho que él se parecía a su difunto padre, aquella última noche en que tan afectuosamente platicaran de tiempos idos.

—Tengo aún conmigo el atuendo que mi señor me diera[345] —susurró mientras ingresaba a sus aposentos.

En verdad, él poseía un ropaje que el emperador le obsequiara, y que siempre conservaba junto a sí.

No amargos pensamientos,
este atuendo trae consigo,
mas, a derecha e izquierda,
mangas que húmedas están
de cariñosas lágrimas.

344. Po Chü-i (Hakukyôi), Obras Compiladas, XIV: «En la noche de plenilunio de la octava luna».
345. Sugawara no Michizane, «El décimo día de la novena luna», *Últimos Poemas* (*Kanke Kôsô*)

El vice gobernador general de Kyûshû retornaba a la capital. Él tenía una familia extensa, particularmente bien provista de hijas, y dado que el avance por tierra habría sido difícil, envió a su esposa e hijas en un barco. Habían navegado por cortos tramos, recalando aquí y allá a lo largo de la costa. El paisaje de Suma siendo especialmente placentero, y las nuevas de que Genji era residente allí había producido sonrojos y suspiros en alta mar. La danzarina del Go-sechi habría querido cortar la cuerda de atoar y dejar que la barca encallara. El sonido de un *koto* llegaba difuso a la distancia, su melancolía se unió al triste marco de su desolado recuerdo, provocando que las lágrimas le afloraran.

El vice supervisor general envió un mensaje: «Había deseado visitaros inmediatamente a mi regreso a la ciudad desde un puesto distante, y cuando, para mi sorpresa, me hallé pasando cerca de vuestra morada, me sentí invadido de un muy intenso sentimiento de pesar y de lamento. Varios conocidos que habían aguardado retornar de la ciudad hicieron otro tanto, y nuestro grupo se ha vuelto tan numeroso que está fuera de discusión el visitaros. Espero hacerlo pronto».

Su hijo, el gobernador de Chikuzen, trajo el mensaje. Genji lo había favorecido mucho, hasta lograr su nombramiento a la secretaría imperial. Aquél se entristeció de ver a su bienhechor en tales apuros, pero juzgando que habría gente dada a rumorear, sólo estuvo allí fugazmente.

—Fue amable de vuestra parte que vinierais —dijo Genji—. No veo con frecuencia a los viejos amigos en estos días.

Su respuesta al vicesupervisor fue de tono similar. Cada uno de los del grupo de Kyûshû y en la hueste recién llegada de la capital se sintió hondamente conmovido también por la descripción que el gobernador hiciera de lo que hubo visto. Lágrimas de simpatía casi parecían convocar peores infortunios.

La danzarina del Go-sechi se vio constreñida a mandarle una elaborada nota:

Ora tirante, ora floja,
cual mi indócil corazón,
la cuerda de atoar,
quizá lo advirtáis
al son del koto *vacila.*

»Sé que no soy quién para hacerlo. Pero ¡regaños no han de corregirme![346]

Él sonrió, con una tan atractiva sonrisa que sus hombres sintieron como casi inconveniente.

¿Cómo así, si en verdad
cual cuerda de atoar
es vuestro corazón,
distraída pasáis
ante la riba de Suma?

»No habría querido dejaros a cambio de estos yermos.[347]

Hubo una vez un hombre que, al pasar por Akashi,[348] rumbo al exilio, llevó dicha a la vida de un posadero al improvisar un poema chino. Para la danzarina del Go-sechi, el placer fue tan grande que habría querido hacer de Suma su hogar.

Al paso del tiempo, la gente de la capital, e incluso el mismo emperador, constataron que Genji se sumía más y más en sus cavilaciones. El Príncipe Heredero era el más acongojado de todos. Su nodriza y Omyôbu lo encontraban llorando en los rincones e inútilmente buscaban cómo confortarlo. Antes cuitada por tan temibles rumores y su posible efecto en este niño de ella y de Genji, la dama del Fujitsubo se dolía ahora porque Genji estuviera tan alejado.

En los primeros días de su exilio, él mantuvo correspondencia con sus hermanos y con importantes amigos de la corte. Algunos de los poemas chinos que les enviara fueron grandemente elogiados.

La dama del Kokiden montó en cólera.

—Un hombre que ha perdido el favor de Su Majestad debería padecer escasez de alimentos. Y he aquí que él vive en una fina mansión y propagando horribles cosas

---

346. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû,* N° 508: *Es mi corazón cual nave en alta mar, fácilmente se conmueve. Regaños no han de corregirme.*

347. *Tanka* de Ono no Takamura, en el *Kokinshû,* N° 961: *A cambio de estos yermos no esperaba dejaros, mía es la red del pescador, y la caña de pescar.*

348. El exiliado era Sugawara no Michizane. El episodio está registrado en el *Okagami.*

acerca de todos nosotros. Sin duda, los zalameros de su entorno le aseveran que un ciervo es un caballo.[349]

De modo que escribir a Genji se convirtió en una demasía que no podía excusarse, y las cartas dejaron de llegar a Suma.

Los meses transcurrieron, y Murasaki seguía inconsolable. Todas las mujeres de otras alas de la casa estaban ahora a su servicio. Ellas habían opinado desdeñosamente de la damisela, mas sus maneras atrayentes y su amable disposición ganó por completo sus corazones, y ninguna mostró deseos de servir en otro lugar. Entre ellas había mujeres de buena familia, por lo que observarla fue suficiente para que admitieran que ella merecía completamente el notorio cariño de Genji.

Y mientras corría el tiempo en Suma, Genji empezó a sentir que no podría soportar hallarse lejos de ella por mucho más. Pero desechó la idea de mandarla buscar; la inicua sanción era sólo para él. Él aprendía algo del vivir plebeyo, que le parecía tan extraño. Los modestos domésticos no comprendían a Genji, que nunca había tenido su experiencia próxima, por eso él juzgaba su comportamiento indiscreto y se afligió por quedarse allí. El humo, tan cercano, supuso, debía ser el de los fuegos de obtener sal de las algas. Mas, en efecto, alguien intentaba encender unos leños detrás de la casa.

Una y otra vez, las rústicas luces
de las hogueras.
No tan tenaces como
aquéllas de la urbe
y sus pesquisas.

Era invierno, y los nevosos cielos se mostraban fieros. Él disimulaba el tedio con la música; tañendo el *koto* y poniendo a Koremitsu a la flauta, con Yoshikiyo cantando.

349. En la crónica del reino de Ch'in Shih-huang-ti, en los *Shih Chi*, se registra que el eunuco Chao Kao, que planeaba derrocar al segundo emperador, llevó ante él y su corte un ciervo, y exigió que lo llamasen caballo, el emperador rió, pero algunos de los cortesanos temieron tanto al eunuco, que se pusieron de su lado y afirmaron que en verdad era un caballo. De este modo, Kao supo que le temían más que al emperador, y se decidió definitivamente por encabezar la revuelta.

Cuando él tocaba un pasaje con honda emoción, particularmente enternecedora, los otros dos callaban, con lágrimas en los ojos.

Él pensaba en aquella dama que el emperador chino enviara a los hunos.[350] ¿Qué habría pensado el emperador? ¿Qué sentiría él mismo si dispusiera así de tan hermosa dama? Él se estremeció, ponderando que una acción así se aproximaba «al final de un gélido sueño nocturno».[351]

Un brillante resplandor lunar fluía, alumbrando la cabaña de breves aleros hasta el más extremo rincón. Él fue capaz de imitar la proeza del poeta de mirar al cielo nocturno sin salir a la galería.[352] Había una rara tristeza en la luna poniente. Él musitó:

—La luna siempre se marcha hacia el oeste.[353]

Sin meta en mi jornada
por entre las nubes
me sonroja que
la constante luna
pueda verme.

Él recitó quedamente para sí. Insomne, como siempre, oyó los dolientes llamados de las avefrías volando al alborear y «los demás seguían durmiendo», repitió para sí varias veces:

Sollozos de avefrías
en la alborada
confortan a aquel
que solitario
en su lecho despierta.

---

350. Wang Chao-Chün, por orden de Yüan-ti, emperador de la dinastía Han, fue retirada del gineceo imperial y entregada a los hunos, porque no sobornó a los artistas que retrataran a las concubinas, dándole la impresión al soberano de que ella tenía mala índole.

351. Frase de un poema en chino sobre la dama Wang, escrito por Ôe no Asatsuna en el *Wakan Rôeishû.*

352. En otro poema en chino, del *Wakan Rôeishû*, Miyoshi Kiyoyuki describe una vista del cielo nocturno desde el interior de un palacio arruinado.

353. Uno de los Últimos Poemas de Sugawara no Michizane.

La práctica de continuar con sus oraciones y abluciones en lo recóndito de la noche parecía extraña y maravillosa a sus hombres. Lejos de sentirse tentados a dejarlo, no volvieron siquiera para breves visitas a sus familias.

La costa de Akashi se hallaba a muy corta distancia. Yoshikiyo recordó a la hija de un ex gobernador, ahora monje, y le escribió. Ella no respondió.

«Desearía veros por breves instantes, en algún momento, a vuestra conveniencia», llegó una nota escrita por el padre de ella: «Hay algo que deseo preguntaros».

Yoshikiyo no estaba animado a acudir. Se vería muy tonto si fuera a Akashi sólo para ser despachado sin más. No fue.

El ex gobernador era intratable y orgulloso en extremo. El gobernador actual era todopoderoso en la comarca, pero el viejo excéntrico no tenía deseos de casar a su hija con un arribista como aquél. Y llegó a saber de la presencia de Genji en Suma.

—He escuchado que el esplendente Genji ha perdido la gracia de la corte —dijo a su mujer—, y que ha venido a Suma. ¡Qué asombroso golpe de suerte, la oportunidad que esperábamos, debemos ofrecerle nuestra hija!

—Absolutamente fuera de discusión. La gente de la urbe me cuenta que él ya tiene toda una retahíla de finas damas, y que incluso habría incluido a una de las del emperador. Esa es la razón del escándalo. ¿Qué posible interés podría tener en un rústico terrón como la nuestra?

—No entendéis, mujer, la primera cosa en todo esto. Mis propias opiniones no podrían ser más distintas. Debemos hacer nuestros planes. Debemos esperar la oportunidad para traerlo aquí.

Su decisión estaba tomada, y había buscado a alguien cuyos planes no eran fácilmente alterables. Los ornamentos y atavíos con los que ornaba a su casa e hija casi enceguecían.

—Él bien puede ser siempre un grande y un elevado caballero —persistía la madre—, pero difícilmente parece correcto y sensible elegir de entre todos a uno que ha sido enviado al exilio por un grave delito. Distinto podría ser si él fuese quien la buscase, pero no. Debéis estar bromeando.

—¡Un grave crimen! ¿Por qué este tipo de cosas ocurre en la China a aquellas personas de notable talento y que descuellan entre la multitud? ¿Quién pensáis que

es él? Su finada madre era hija de un tío mío, el Señor Inspector Imperial. Ella poseía talento e hizo un buen nombre del propio, y cuando no hubo más del amor imperial en su torno, las otras, celosas, finalmente acabaron matándola. Pero ella dejó un hijo que fue el gozo y la delicia del soberano. Las damas deberían tener orgullo y ambición. Puede que yo sea una simple calabaza, pero dudo que él piense que nuestra hija sea enteramente despreciable.

Aunque la moza no era una gran beldad, gozaba de inteligencia y sensibilidad y poseía una gracia gentil de la que alguien de más elevado rango estaría muy ufana. Ella se había resignado a su triste sino. Nadie entre los grandes de la comarca parecía pensar que ella merecía siquiera una mirada. La perspectiva de casarla con alguien de su propio rango quedaba. Si la dejaban aquellos de quien dependía, se haría monja, o quizá se arrojase al mar.

Su padre había hecho todo por ella. Dos veces al año la enviaba al santuario de Sumiyoshi, con la esperanza de que pudiera persuadir al dios que le prestara atención.

El Nuevo Año llegó a Suma, los días fueron más largos en adelante, y el tiempo transcurrió más lentamente. El arbolillo de cerezo que Genji plantara el año anterior echó al viento algunos pimpollos; el aire era suave y tibio, y los recuerdos afloraban nuevamente, trayéndole a menudo lágrimas. Pensó nostálgico en las damas por la que había llorado cuando, a fines de la segunda luna del año anterior, se despidiera antes de dejar la ciudad. Los cerezos estarían ahora en plena floración delante del Aula Mayor. Se acordó de aquel memorable festival de los cerezos, y de su padre, y la extraordinariamente atractiva figura de su hermano, ahora emperador. Y trajo a la memoria el poema chino con que su hermano lo favoreciera:[354]

Mentalmente forjó un poema en japonés:

354. En el capítulo V ocurrió esta escena, aunque en ella Murasaki no hizo referencia a ninguna recitación de un poema en chino.

Entrañables pensamientos
he tenido acerca
de los altos nobles,
y el día de los gorros, florido,
nuevamente ha llegado.

El promovido Tô no Chûjô[355] había sido elevado a consejero. Él era un hombre de tan buen carácter que todos le deseaban bien, mas no estaba satisfecho. Todo le hacía acordarse de Genji. Finalmente decidió que no se cuidaría de los rumores que pudiera levantar ni qué desliz se le imputase y partió presuroso a Suma. La vista de Genji le trajo lágrimas de alegría y tristeza a la vez. Los alrededores eran como para pintarlos. La verja de bambú trenzado, los pilares, de pino, y las gradas, de piedra.[356] Era un tipo de morada rural, provinciana, sencilla pero muy atrayente.

También la indumentaria de Genji se veía algo lugareña. Sobre una túnica teñida, ligeramente encarnado-amarillenta, en el interior, llevaba un traje de caza y faldones gris verdosos. Era una prenda sencilla, deliberadamente rústica, pero tanto le asentaba al usuario que despertó una inmediata sonrisa de gusto en los labios de su amigo. Los adminículos personales y complementos de Genji eran como hechos casualmente, y su alcoba estaba abierta para todo aquel que deseara echar un vistazo. Los tableros de juego y las fichas eran también de tosca factura. Mas los objetos religiosos que yacían en torno hablaban de una seria devoción. La comida sabía aceptablemente y de sazón local. Para complacencia de su amigo, Genji hizo que los pescadores le llevasen pescado y mariscos. Tô no Chûjô indagó acerca de sus vidas marineras, y supo así de sus riesgos y sinsabores. Su modo de hablar era incomprensible como el piar de pájaros, pero indudablemente sus sentimientos eran semejantes a los suyos. Él dio lumbre a sus vidas obsequiándoles algunos vestidos y otros regalos. Como los establos se hallaban próximos, se trajo pienso de un granero o depósito algo más allá, y el proceso de darles forraje fue tan novedoso y sugestivo como todo lo demás.

---

355. Chûjô de Tercer Rango en aquel entonces.
356. Lo que daba a la casa un aire chinesco.

Tô no Chûjô canturreó una cadencia de «El Pozo de Asuka» que aludía a potros bien cebados.[357]

Llorando y riendo, ambos hablaron de todo lo acontecido durante los meses transcurridos.

—Yûgiri casi hace añicos la casa, y mi padre está inquieto y cuitado por él.

Genji, ciertamente, se sintió apenado de oír aquello; pero como no soy capaz de registrar enteramente la larga conversación, debería quizás abstenerme de escribir ninguna de sus partes. Ambos compusieron poemas en chino durante toda la noche. Tô no Chûjô había venido desafiando la maledicencia y las calumnias, pero todo ello lo intimidaba igualmente. Su estancia fue breve.

Se trajo sake al aposento, y su brindis fue citando a Po Chü-i:

Tristes odres somos, y nuestras juveniles copas rebosan de lágrimas.[358]

Las lágrimas contagiaron a todos pues había sido un tan breve encuentro. Una hilera de gansos voló en el cielo del alba.

¿En qué vernal marea
nuevamente veré
mi vieja aldea?
A los gansos envidio
pues regresan a su lar.

Mas contristado que nunca, pues debía partir, Tô no Chûjô respondió:

Tristes los gansos que dejan
su invernal refugio,
oscuro mi camino
de regreso
a la florida capital.

---

357. Saibara o canto popular bien conocido en la corte Heian.
358. Po Chü-i (Hakukyôi): «Remembranzas de encuentros con Yüan Chen», Obras Compiladas, XVII.

Él había traído presentes de la ciudad, tanto refinados como provechosos. Genji, a cambio, le ofreció un potrillo negro, un regalo apropiado para un viajero.

—Considerando su origen, podríais pensar que os traerá mala suerte; mas encontraréis que relincha hacia el viento norte.[359]

Era un escogido jamelgo.

—Para que os acordéis de mí —dijo Tô no Chûjô, entregándole por su parte lo que se vio que era una muy fina flauta. La circunstancia exigía una cierta mesura en la entrega de presentes.

El sol estaba en lo alto, y los hombres de Tô no Chûjô se ponían intranquilos. Él evocaba una y otra vez, y Genji casi percibía que ninguna visita, absolutamente, podría haber sido mejor que ésta breve.

—Cierto estoy que nos habremos de reencontrar. Pues imposible es creer que os quedaréis aquí por siempre.

Miradme, grullas
que por las nubes
rozando pasáis
y vedme sin mancha
en este claro día.

—Sí, espero regresar, algún día. Mas, cuando pienso cuán difícil ha sido, incluso a los hombres más notables, recobrar su antiguo estar, no estoy más seguro de que deseo volver a ver la ciudad.

Entre las nubes, soledosa
queja de la grulla,
partido el compañero,
que a su lado,
otrora volara.

---

359. Poema antiguo, tomado del *Wen Hsüan*, tomo XV: *El potro tártaro hacia el norte cabalga, el ave de Annam anida en la rama sur.*

—He estado más próximo a vos de lo que jamás he merecido. Amargo es mi lamento por lo que aconteciera.

Escasamente sintieron ambos que tuvieran el tiempo para renovar su amistad. Para Genji, la soledad fue insalvable tras la partida de su amigo.

Era el día de la Serpiente, el primer día de tal signo en la tercera luna.

—El día en que quien tiene pesares al río va y se lava de ellos —acotó un sabihondo.

Deseando echar una mirada a la playa, Genji salió. Cortinas, llanas y burdas fueron colocadas entre los árboles, y un agorero que hacía una ronda por la comarca fue convocado para ejecutar una ceremonia lustral.

Genji pensó que podía ver algo de sí en el muñeco, bastante grande, que fuera arrojado al mar, llevándose consigo pecados y tribulaciones.

Arrojado a la deriva
en ajena vastedad,
más me duelo
que por una figurilla
al mar lanzada.

La espléndida playa abierta ante él se mostraba con ventaja. El mar se extendía plácido hacia inmensurables distancias. Pensó en todo aquello que le aconteciera, y en todo lo que aún estaba por pasar.

Vosotras ochocientas
miríadas de deidades
ciertamente amparadme,
pues bien sabéis que
sin inculpa ante vos estoy.

De improviso se levantó una ráfaga y antes de que los servicios concluyeran el cielo se tornó negro. Los hombres de Genji se apresuraron en confuso tropel. Un aguacero se desató, sin previo aviso. Aunque el incuestionable rumbo habría sido el directo regreso a la casa, no había habido tiempo para mandar buscar paraguas. El

viento impetuoso se tornó estruendosa tempestad, todo lo que no había sido atado firmemente empezó a rodar por la playa. La marejada mordía a sus pies. El mar blanqueaba, como cubierto de albo lino. Los relámpagos alumbraban raudamente y los truenos retumbaban. Temerosos, a cada instante, de ser fulminados por un rayo, finalmente lograron recorrer el camino de regreso a la casa.

—Nunca vi algo como lo de hoy —dijo uno de los hombres—. Los vientos se levantan de tiempo en tiempo, pero no sin anunciarse. Es todo muy extraño y tremebundo.

Mientras tanto, los relámpagos y truenos parecían advertir el fin del mundo, y la lluvia penetraba en la tierra con fiereza; Genji, calmamente sentado, leía un sutra. Los truenos amainaron al atardecer, mas el viento prosiguió a lo largo de la noche.

—Nuestras plegarias parecen haber sido atendidas. Un tanto más y habríamos sido arrastrados. He oído que las olas encabritadas arrastran a la gente antes de que se percaten de lo que les ocurre, mas yo no he presenciado nada como esto.

Hacia el amanecer fue posible dormir. Un hombre, al que no reconoció, se le apareció en un sueño.

—La corte os convoca —parecía dirigirse a Genji—. ¿Por qué no partís?

Habría sido el rey del mar, que era conocido por su preferencia por los hombres apuestos. Genji decidió que no podía quedarse más tiempo en Suma.

CAPÍTULO XIII

明石

Akashi

Akashi

Los días se sucedían sin que viento ni lluvia amainasen, sin que el trueno se aplacase.[360] Innúmeros eran sus desvelos, que lo dejaban sin sosiego cuando soñaba que pasado y porvenir no le brindaban sino desconsuelo. ¿Qué hacer?, se decía: regresar a la capital tomando el pretexto de la destemplada naturaleza no resultaría, pues no habría en modo alguno recobrado la gracia, y sí en cambio se expondría al sarcasmo público. Caviló en cortar todo lazo y pasar a alguna montaña, más apartada aún. Mas, si se difundiese el embuste de que él había huido de olas y vientos tempestuosos, entonces sufriría el deslustre de ser llamado medroso en adelante. En sus sueños, una y otra vez tornaba una visión que desde ya lo obsesionaba. Sin escampar una sola vez, las borrascas se sucedían, acrecentando su impaciencia al hallarse sin nuevas de la ciudad; y se preguntaba con angustia si sus días no habrían de terminar en tal abandono. Mas, con un mal tiempo como aquél, que no permitía siquiera asomar la nariz, nadie acudía a visitarlo.

He aquí que, llegado desde la Nijô de la capital, se presentó un recadero en penoso estado, calado hasta los huesos. Este palurdo que si se le hubiera cruzado en el camino habría dudado en juzgarlo humano, y que sin tardanza habría sido excluido de su presencia, le inspiró una simpatía que le hizo reconocer, muy afligido, la honda indignidad en que se había precipitado. La carta de Murasaki larga y melancólica, contenía asuntos lastimeros:

---

360. El capítulo comienza en la tercera luna después de los 27 años de Genji y continúa hasta cumplir los 28.

—Por este tiempo inclemente, sin el mínimo de sosiego, creyendo que el propio cielo se ha alejado, ¡no sé adónde volver mis ojos!

Cuando imaginaba
el furor de la borrasca
de Suma en la ribera,
mis mangas se humedecieron
con olas que cesar no logran.

Apenas leído tras desplegarlo, sus ojos se colmaron de abundantes humores, hasta la ofuscación.

El hombre refirió que las tormentas habían sido también feroces en la ciudad, y que había sido ordenada una lectura especial de los sutras en el ceremonial del *Niôe*.

—Las calles están todas cerradas y los grandes caballeros no pueden dirigirse a la corte. Todo se halla paralizado.

El hombre hablaba entrecortada y desmañadamente, mas le aportaba noticias. Genji ordenó que se acercase más e hizo que lo interrogaran.

—No es el modo usual. Normalmente no se tienen lluvias que, día tras día, sin tregua, continúen, mientras el viento sin pausa ulula. Todos están aterrados. Pero acá es peor. Allá no se ha tenido este granizo que impacta con furia el suelo y truenos que sin fin impiden que siquiera se piense.

El terror escrito llanamente sobre su rostro no hizo nada para mejorar el ánimo de la gente de Suma.

¿Podría acaso ser el fin del mundo? Desde el alba del siguiente día, el viento se mostró tan impetuoso, y la marea tan alta, así como el oleaje tan ensordecedor, que fue como que los peñascos y las montañas se derrumbaran. El horror de truenos y relámpagos fue más allá de toda descripción, y pensaron que habían caído justo encima de ellos. Por eso nadie estaba normal. El pánico se esparcía con cada nuevo fogonazo. ¿Por qué pecados eran castigados?, se preguntaron los hombres de Genji. ¿Habrían de perecer sin una última mirada de sus madres y padres, de sus esposas e hijos queridos?

Genji intentó decirse que él no había sido convicto de culpa alguna por la cual mereciera morir a la orilla del mar. Empero, tal era el pavor y el desconcierto en torno a él, que resolvió fortalecer su convicción con ofrendas especiales a la deidad de Sumiyoshi.

—Oh tú, dios de Sumiyoshi, que guardas las tierras de los alrededores: si en verdad eres un avatar del Bendito, entonces ¡sálvanos!

Sus hombres, ciertamente, temían por sus vidas; mas la idea de que tan distinguido caballero en tan deplorable situación pudiera ser arrastrado bajo las aguas semejaba trágica en extremo. Los menos delirantes de entre ellos oraban en alta voz a esta o aquella deidad favorecida, budista o shintoísta, y pedían que tomaran sus propias vidas si ello significada que la de él sería conservada.

Mirando hacia Sumiyoshi, imploraban y hacían votos:

—Nuestro amo fue criado enteramente en los ayunos del palacio, y todas las bendiciones le fueron concedidas; aún así, por la abundancia de su bondad ha traído a estas tierras fuerza a todos aquellos hundidos bajo el peso de sus tribulaciones. ¿En castigo de qué crímenes convocáis a estas ondas ululantes? Juzgad su caso si queréis, vosotros deidades del cielo y de la tierra. Inocente, es acusado de un crimen, despojado de sus dignidades, apartado de su hogar y su ciudad, dejado como veis sin auxilio alguno que lo libre del tormento y el llanto. Y ahora estos horrores, e incluso su vida semeja amenazada. ¿Por qué?, preguntamos. ¿Por sus pecados en alguna existencia previa? ¿Por sus crímenes en ésta? Si diáfana es vuestra visión, o vosotras deidades, entonces, alejad todo esto de aquí.

Genji ofreció plegarias al rey del mar y a incontables otras deidades también. El trueno aumentaba su horrísono fragor, y finalmente la galería vecina a sus aposentos fue impactada por un rayo. Las llamaradas se propagaron y la galería quedó destruida. El trastorno fue descomunal; el mundo entero parecía haber enloquecido. Genji se trasladó a una edificación trasera, que parecía haber sido una cocina o algo así. Estaba atiborrada de gente de todo nivel y rango. El clamor era casi suficiente para acallar a truenos y relámpagos. La noche cayó sobre un cielo negro cual la tinta.

Gradualmente amainaron lluvia y viento y las estrellas comenzaron a mostrarse. Siendo la cocina un sitio demasiado sórdido, se sugirió que retornara al salón principal.

Sin embargo, los calcinados restos de la galería daban una lóbrega vista, y el salón había quedado enfangado, y todos sus cortinajes y mamparas destrozados por el vendaval. Quizá los hombres de Genji sugirieron que era preferible aguardar hasta el amanecer. Genji buscó concentrarse en el Nombre Sagrado, pero proseguía sin tregua su inquietud.

Abrió una portezuela de cañas trenzadas y atisbó. La luna había remontado. La línea extrema que las olas marcaran en la orilla se veía blanca y peligrosamente cercana, y la marejada seguía alta. Allí no había nadie con quien conversar, ningún estudioso de las hondas verdades que pudiera discurrir sobre el pasado y el presente, quizás explicar estos ominosos sucesos.

Todos los pescadores se habían congregado en la que escucharon que era la mansión de un gran caballero de la ciudad. Eran bulliciosos e imposibles de entrar en comunicación con ellos, como con una bandada de pájaros, pero nadie pensó en pedirles que se fueran.

—Si el vendaval hubiese continuado apenas unos instantes más —uno espetó—, absolutamente todo habría sido barrido por su fuerza. Los dioses tuvieron piedad de nosotros.

Dado que «solitario» y «abandonado» semejan débiles en demasía, no hay palabras para describir sus sentimientos.

Sin la firme mano
del rey del mar,
de ochocientas olas el rugido
nos habría arrastrado
a lo más hondo.

Genji se hallaba exhausto como si todas las tandas y fuegos de la tempestad se hubiesen dirigido contra él, directamente. Sin quererlo, y puesto que aquel lugar era mucho más sublime, respaldando su cabeza en no sé qué mueble que allí estaba, se adormiló.

El viejo emperador se le presentó, casi como era en vida:

—¿Y, por qué te hallas aquí en tan desdichado lugar? —tomó su mano y lo llevó a ponerse de pie—. Actúa como el dios de Sumiyoshi te lo indica. Hazte a la mar sin demora. Debes abandonar esta ribera.

—Desde que os viera por última vez, señor —dijo Genji, gozoso—, he sufrido una interminable serie de infortunios, que me hicieron pensar en arrojarme al mar.

—Eso no debes hacer. Actualmente purgas un breve castigo por ciertos pecados. Yo, personalmente, no cometí conscientemente ninguno mientras reiné, pero toda persona es culpable de transgresiones y omisiones sin haber sido consciente de ellas. Yo hago penitencia y no tengo tiempo para rememorar las cosas de este mundo. Sin embargo, un eco de tus tribulaciones llegó hasta mí y no pude quedar indolente. Me abrí camino por el mar y llegué a esta ribera; muy extenuado me siento; mas, ahora que aquí me encuentro debo resolver una cuestión pendiente en la ciudad —y desapareció.

Genji lo llamó, rogándole que lo llevara consigo. Miró en su torno. Mas, sólo estaba allí el luminoso rostro de la luna. La presencia de su padre había sido demasiado real como para que fuese un sueño, tan real que aún debía hallarse allí. Las nubes dibujaban tristes líneas a través del cielo. Había sido nítida y tangible la imagen que él había añorado tanto volver a ver aun si fuera en sueños, tan patente que incluso podía figurársela de nuevo. Su padre había venido a través de los cielos para auxiliarlo en lo que parecía ser el cabo postrero de sus padecimientos. Se sentía hondamente agradecido, hasta de las tempestades y como secuela de su sueño, estaba feliz.

Muy diversas emociones alteraban ahora su serenidad. Olvidó sus problemas urgentes y sólo lamentó que su padre no hubiese permanecido por más tiempo. Quizá viniera otra vez. Genji habría gustado tornar a dormir, pero se mantuvo despierto hasta el clarear del día.

Un botecillo había llegado a la orilla y dos o tres hombres desembarcaron.

—El reverendo monje que fuera gobernador de Harima ha llegado desde Akashi. Si el antiguo consejero Minamoto, el señor Yoshikiyo, es el que se aproxima, nos preguntamos si acaso quiera tomarse la molestia de apropincuarse y oír los detalles de nuestra misión.

Yoshikiyo pretendió estar asombrado y alelado.

—Él fue uno de mis más cercanos conocidos acá en Harima, pero dejamos de frecuentarnos y hace buen tiempo desde la última vez que nos enviamos cartas. ¿Qué puede haberlo traído a través de los mares en tal barquilla?

El sueño de Genji había provocado temores. Él ordenó a Yoshikiyo que fuese hasta la barca de inmediato. Yoshikiyo se maravillaba que tan pequeño bajel hubiese sido lanzado a un mar así de proceloso.

Detalles de la misión se revelaron por boca del viejo gobernador.

—A comienzos de la lunación una extraña imagen se me apareció en sueños. Oí lo que me dijera, aunque algo incrédulamente, me confió que en el décimo tercer día habría un signo lúcido y presente. Debía aprestar una barca y enrumbarme hacia esta playa cuando las olas amainasen. Aspresté la barca, y en eso llegó este fiero vendaval y el relampagueo. Pensé en los incontables soberanos foráneos que recibieran instrucciones en sueños para salvar sus reinos, y concluí que incluso a riesgo de caer en el ridículo debía informar a vuestro señor de la relevancia del sueño. Y así, en verdad, me hice a la mar. Una extraña corriente sopló todo el trayecto y nos trajo a esta ribera. No puedo sino pensar que fue por intervención divina. ¿Podría preguntar si ha habido expresiones semejantes por acá? Detesto importunaros, pero ¿podría pediros que comunicaseis todo esto a vuestro amo?

Yoshikiyo sigilosamente refirió el mensaje, que despertó nuevas conjeturas. Habían acontecido varios signos inquietantes transmitidos a Genji, dormido como despierto. La posibilidad de que se rieran de él por haber partido de estas costas bajo amenaza ahora parecía un riesgo menor. Dar la espalda a lo que podría ser, de veras, una oferta de socorro de las deidades sería como pedir que ocurrieran infortunios mayores aún. No era fácil rechazar las comunes advertencias, y las reservas personales contaban poco cuando la exhortación provenía de eminencias mayores. «Acordad con la gente, no os lo reprocharán», un sabio del pasado había afirmado tal.[361] No podría enfrentar infortunios peores, postergándolo que no haciéndolo, y parecía poco probable que

361. Según comentadores antiguos, fue Lao Tzu; aunque tal advertencia no se encuentre entre los escritos que se le atribuyen.

él obtuviese mayor mérito y beneficio por dudar debido a la preocupación por su prestigio personal. ¿Acaso su propio padre no había venido hasta él? ¿Qué espacio quedaba para la duda?

Él envió esta respuesta: «He pasado un trance grande en este extraño lugar, y de la ciudad nada llega a mis oídos. Mas, contemplo un sol y una luna que pasan no sé a dónde, como tampoco sé de mi gente en casa; y ahora llega este bote pescador con albricias, por impulso de un viento fiero.[362] ¿Habrá quizás un lugar a lo largo de la ribera de Akashi donde me pueda ocultar?».

El anciano se sintió halagado. Los hombres de Genji lo animaron a zarpar incluso antes del alba. Tomando consigo sólo a cuatro o cinco de sus más cercanos servidores, abordó la barquilla. Aquel extraño viento se levantó nuevamente y de pronto se hallaron en Akashi, como si hubieran volado. Estaba bastante cerca, a distancia de nado a braza, por así decir; más incluso así el efecto del viento era raro, maravilloso.

La costa de Akashi era cabalmente tan hermosa como se lo refirieran. Habría preferido menos gente en torno, pero en conjunto estaba satisfecho. Paralelo al mar y en las colinas, el viejo monje había hecho erigir numerosas construcciones de las que podía aprovecharse en las cuatro estaciones: una cabaña de playa con tejado de juncos y bellas vistas en torno; junto a un arroyo de montaña, un oratorio de cierta grandeza y dignidad, adecuado para ritos y meditaciones, así como para invocar el sacro nombre; e hileras de almacenes donde se conservaban las cosechas, asegurando una vida de abundancia en los años que restasen. Temeroso de la pleamar, el viejo monje había enviado a su hija y sus doncellas a las colinas distantes. La casa de la playa quedaba a disposición de Genji.

El sol se levantaba cuando Genji desembarcó y subió a un carruaje. El primer vistazo de su nuevo huésped a la luz del día, dibujó una sonrisa complacida en los labios del anciano. Él sintió como que los años que llevaba a cuestas se desvanecieran y que en su lugar nuevos años le fueran concedidos. Dio silenciosas gracias a la deidad de Sumiyoshi. Podría haberse visto ridículo mientras se apresuraba atendiendo las

---

362. Tanka de Ki no Tsurayuki, en el *Gosenshû*, N° 1225: *Bote pescador, sobre olas que agobian, merced a un viento fiero, alegres nuevas nos traes.*

necesidades de Genji, era como que el radiar del sol y de la luna se hubiese tornado de su propiedad; mas, nadie se reía de él.

No es menester describir la belleza de la ribera de Akashi. La cuidadosa atención puesta en aderezar la casa y las rocas y plantas del jardín; la fina línea del litoral, todo era infinitamente más grato que en Suma, y no se habría deseado sino pedir a un pintor de honda sensibilidad que pintara todo aquello. La casa era de un sosegado buen gusto. El modo de vida del anciano era tal como Genji lo oyera describir, apenas si algo más rústico que el de los grandes de la corte. En cuestión de lujos, en verdad, hasta los excedía.

Cuando Genji, hubo reposado por un tiempo, remitió mensajes a la ciudad. Convocó al mensajero de Murasaki, que aún permanecía en Suma, recuperándose de la horrorosa jornada. Cargado de recompensas por sus servicios, partió de nuevo rumbo a la capital. Al parecer, Genji envió una descripción de sus azares a sacerdotes y otros a los que él regularmente recurría,[363] pero sólo a la dama del Fujitsubo refirió cuán estrecho había sido en verdad el margen de su huida. Una y otra vez dejó reposar el pincel mientras cavilaba qué respuesta dar a la muy cariñosa carta de Murasaki.

«Pienso que atravesé por toda la gama de horrores y que lo he vuelto a hacer de nuevo, y más que nunca desearía renunciar al mundo; no obstante, aunque todo se ha desvanecido, la imagen que vos confiasteis al espejo no me ha abandonado. Odio la idea de no volveros a ver.

Aún más apartado,
en la ribera de Akashi,
mis pensamientos
son de la ciudad distante
y de vos.

»Me hallo todavía medio perplejo, lo que en efecto se torna aparente por la confusión y desorden de esta carta».

---

363. Quizás informantes de lo que acontecía en la corte, durante su ausencia.

Aunque ciertamente su misiva era un tanto desconcertada, sus hombres la juzgaron espléndida. ¡Cuánto cariño sentía por su dama! Al parecer, ellos también remitieron descripciones de sus propias peripecias.

Las lluvias, de interminable apariencia, al fin escamparon y el cielo lució brillante en la distancia. Los pescadores irradiaban buen ánimo. Suma, en contraste, había sido un lóbrego lugar, con sólo unas pocas cabañas dispersas entre las peñas. Cierto era que la muchedumbre de Akashi no era enteramente del gusto de Genji, mas resultaba un sitio placentero más interesante para él, lo que alejaba de su mente las turbaciones.

La devoción del anciano por la vida religiosa resultaba asaz asombrosa. Sólo una cosa interfería con ella: la preocupación por su hija. Él confió a Genji algo de su inquietud por la joven. Genji le expresó su simpatía. Él había oído que ella era agraciada y se preguntaba si acaso no podría trabar algún lazo entre ambos, puesto que había llegado hasta ella en tan extraño rincón. Pero no, él se hallaba allí en una remota comarca, y sólo debía pensar en sus propias plegarias. No podría luego encarar a Murasaki si acaso se apartaba de las promesas que le hiciera. Sin embargo, prosiguió su interés por la joven. Todo sugería que su naturaleza y apariencia distaba mucho de lo ordinario.

No deseoso de entrometerse, el anciano se había mudado a una casa de las afueras. Empero, se mostraba inquieto y descontento pues se hallaba lejos de Genji, y oraba con más fervor que nunca a las deidades y los budas porque su improbable esperanza cristalizase. Aunque ya sesentón, se había preocupado por sí mismo, y se veía joven para sus años. La vida religiosa y el hecho de que estaba ufano de su linaje quizás explicaran tal hecho. Era testarudo e intratable, como suele ser la gente de avanzada edad, mas era versado en cosas del pasado y no sin cierta picardía. Sus relatos de los viejos tiempos aportaban grandemente para apartar a Genji del tedio. Genji había estado demasiado ocupado en otros menesteres como para poseer tal tipo de erudición sobre hábitos ancestrales y precedencias, que ahora le eran referidos en pequeñas entregas continuadas, por lo que se decía a sí mismo que habría sido una pérdida grande si no hubiera conocido Akashi y a su venerable maestro.

En cierto sentido se habían tornado amigos, pero Genji seguía impresionando al anciano. Aunque había estado tan confiado cuando dijera a su mujer acerca de sus

esperanzas, dudaba, incapaz como se sentía de abordar la cuestión, y ahora que llegaba el momento de la acción parecía sólo capaz de lamentar su debilidad y su impertinencia. En cuanto a su hija, en tal ámbito rural, raramente había visto a un hombre pasable, que fuera de su mismo rango; mas ahora tenía un atisbo de uno cuyo tipo no hubiera sospechado siquiera que existía. Ella era tímida, una joven modesta, y pensaba que él se encontraba muy lejos de su alcance. Había barruntado las ambiciones de su padre, pensó que eran descabelladamente impropias, mas su fastidio fue mayor por tener a Genji tan cerca.

Era la cuarta luna. El anciano había hecho cambiar los cortinajes y el mobiliario de los aposentos de Genji por otros más frescos, estivales. Genji se sintió halagado y un tanto azorado, al sentir que las atenciones del anciano fuesen quizás exageradas, mas no habría deseado en absoluto ofender a persona tan altiva.

Una gran cantidad de mensajes llegaba de la ciudad inquiriendo acerca de su seguridad. Una quieta noche de luna, cuando el mar se desplegaba en lontananza bajo un cielo sin nubes, él pensó que contemplaba las aguas familiares de su propio jardín. Sobrecogido por la nostalgia, se vio como un solitario y anónimo errante. «Distante espuma de Awaji»,[364] susurró para sí.

Awaji: en tu nombre
toda mi tristeza está
y claro te muestras
a la luz de la luna,
esta noche.

Sacó el *koto* de siete cuerdas, largo tiempo relegado, que trajera consigo desde la ciudad, y esparció una sucesión de afligidas cuitas por toda la casa mientras tañía unas pocas lúgubres notas. Agotó sus destrezas todas con «La ancha carreta»,[365] y el sonido llegó hasta la casa de la colina como un llanto de viento y olas. Las sensibles damas que

364. El sustantivo *Awaji* sugiere *awa* (espuma) y *aware* (la vaga percepción de la tristeza por todo lo evanescente). El verso proviene de una *tanka* de Oshikôchi no Mitsune, en el *Shinkokinshû,* N° 1513: *Semejaba la luna, ¡ay! tan distante en Awaji, en estas nubosas soberanas alturas, parece tan cercana.*

365. Se cree que fuera una pieza china, cuya partitura se ha perdido.

lo oyeran quedaron conmovidas. Los simples labriegos, aunque no pudieron reconocer la melodía, fueron atraídos por ella y se expusieron al viento marino, pescando un romadizo.

El anciano no pudo quedarse sentado quietamente. Dejando de lado su rosarillo, se dirigió presuroso hacia la casa principal.

—Siento como que el mundo, que yo alejara de mí, regresase de pronto —comentó, acezante y lloroso—. Esta es una noche que hace presagiar que el mundo bendito que uno anhela, fuese igualmente así.

Genji seguía tañendo como en sueño un torrente de remembranzas de melodías que antaño tocara, con el caballero tal a la flauta y la dama cual al *koto*, voces que entonaran una canción, tiempos en que él y aquéllos fueran el centro de la atención, destinatarios de encomios y favores del propio emperador.

Mandando buscar, a la casa de la colina, un laúd y un *koto* de trece cuerdas, el anciano ahora pareció haber cambiado de papel, convertido en uno de aquellos monjes mendicantes que se ganaban la vida merced al laúd. Él tañó una atractiva y enternecedora cadencia. Genji tocó unas notas en el *koto* de trece cuerdas, que el anciano le entregara, mostrándose como un ejecutante excepcional en ambos tipos de *koto*. Incluso las piezas más ordinarias pueden parecer notables si el momento y el lugar son los correctos; y allí, en la extendida playa, abierta a un lueñe horizonte, las arboledas semejaban recobrar vida en colores más ricos que los primaverales o que aquellos que el otoño pinta, y los llamados de los chorlitos eran como que tocaran a la puerta pidiendo acogida.

El anciano lucía un delicado estilo para el que hermosamente los instrumentos se ajustaban, lo que deleitaba a Genji.

—Gustoso se ve a una gentil dama tañendo sosegada el *koto* —dijo Genji al azar.

El anciano sonrió.

—Y ¿dónde, señor, habrá de hallarse un más gentil y refinado músico que vos? En el *koto*, pertenezco a la tercera generación desde tiempos del emperador Daigo. He dejado el gran mundo por este rústico entorno en el que me habéis encontrado y a veces, cuando me siento más pesaroso que de costumbre, suelo tomar el *koto* para

pulsar algo en él; y, curiosamente, hay alguien que ha sabido imitarme. Ella tañe casi tan naturalmente que se asemeja a mi maestro. O quizás es sólo que así le parece a este degenerado oído de monje montañés, que cuenta únicamente con el viento entre los pinos por compañero.[366] Me pregunto si acaso sería posible que vos la escuchareis, con el máximo sigilo, ciertamente —tembló de exaltación hasta que una lágrima surcara su mejilla.[367]

—Éste es un lugar en donde los virtuosos del *koto* se reúnen, los que no atenderían a lo que he tañido. ¡Me abate haber tocado sin saber! —Genji apartó de sí el *koto*—. No sé por qué, pero siempre ha sido el caso que son las damas las que tañen particularmente bien el *koto*. Se sabe que, teniendo a su padre de maestro, la quinta hija del emperador Saga fue toda una maestra del instrumento, pero parecería que no ha tenido sucesora. Los que hoy se presentan como maestros son ejecutantes bastante ordinarios, que carecen de todo fundamento. ¡Cuán fascinante que alguien que conserva aún el gran estilo se encontrase escondida en esta costa! ¡Permitidme escucharla!

—No hay óbice alguno, si así lo deseáis. Si de veras lo queréis, puedo convocarla. Hubo antaño un poeta, lo recordaréis, que se deleitaba con el son del laúd tañido por la mujer de un mercader.[368] Mientras tratamos acerca de laúdes, incluso en el pasado no hubo muchos que pudieran extraer placenteras armonías del instrumento. Empero, al parecer, aquélla de quien os hablo tañe con tal certeza que logra extraer delicados sones de él. No tengo idea de dónde pudiera haber adquirido destreza así. Parece erróneo pedirle que compitiera con las bravías olas, pero a veces en mi pesar, yo le pido que taña una canción.

Él hablaba con tal ánimo que Genji, muy interesado, le acercó el laúd.

Verdaderamente, tocaba con hermosura, añadiendo modulaciones que habían pasado ya al olvido. Había una cierta elegancia chinesca en su tañer, y era capaz de inducir un notoriamente solemne trémolo a la ejecución. Aunque podría haberse objetado que la tonalidad era errada, un prosélito entre sus servidores fue persuadido

---

366. *Al viento en la pineda habituado el* yamabushi, *en la armonía del* koto *no cavila ya* (poema del monje Jûgen).
367. Exultante ante la posibilidad de que Genji pudiera conocer a su hija.
368. Po Chü-i (*Hakurakuten*), Obras Escogidas, XII, «La tañedora de laúd».

para que cantara para ambos la tonada que ensalza la limpia orilla de Ise.[369] Susurrando la melodía, Genji se unió a él llevando el compás con la tabla *shaku* de rato en rato; el anciano encomió su voz. Trajeron refrescos, muy bellamente dispuestos. El anciano se mostró asiduo en mantener continuamente llenos los cuenquillos, y el anochecer se convirtió en uno de aquellos en las que las congojas se olvidan.

Tarde por la noche, la brisa marina se hizo fresca y la luna pareció más espléndida y clara conforme se hundía en el oeste. Todo era quietud. En tramos y pedazos, el anciano le refirió su vida, desde su sentir al decidirse a morar en la costa de Akashi hasta sus esperanzas para el futuro y las perspectivas que sus devociones parecían abrirle. Añadió, sin ser preguntado, una referencia a su hija, que Genji escuchó con interés y simpatía.

—No me es fácil decirlo, señor, pero el hecho de que os halléis aquí incluso brevemente, en lo que debe ser para vos un entorno extraño y bastante inesperado, y el caso de que se os ha pedido que soportéis pruebas desconocidas a vuestra experiencia, me pregunto, quizá se deba a los poderes de aquéllos a los que este anciano monje fervientemente ha implorado por tantos años, que han tenido compasión de él. Son ya dieciocho años desde que por vez primera rogara e hiciera votos al dios de Sumiyoshi.[370] En cada una de mis diarias preces, tres de ellas diurnas y otras tres nocturnas, he preterido mis propias ansias de salvación y me he aventurado a implorar que mis anhelos por mi niña sean atendidos. Me he recluido en esta oscura comarca pues conmigo atraje un triste hado en esta vida. Mi padre fue un ministro. Y veis en lo que he terminado. Si mi familia ha de seguir la misma vía en el porvenir, me pregunto, ¿entonces qué final tendrá? Mas, desde que naciera he puesto grandes esperanzas en ella. He determinado que ella sea para algún noble caballero de la ciudad. Arrogancia e indignas ambiciones se me han imputado, y por tal motivo he sido sujeto a enojoso trato. No dejé que ello me inquietase. Le he comentado que mientras viviere haré

---

369. *Saibara* de nombre «El mar de Ise»: *Cabe la limpia orilla de Ise / de la marea, recojamos conchas / conchas y joyas recojamos.*

370. Deidad del Sumiyoshi-Taisha, santuario shintoísta mayor, en las proximidades de la actual ciudad de Ôsaka, dicho dios era venerado como protector de los viajeros, navegantes y pescadores.

todo lo que pudiere por ella, no obstante lo limitados que fueren mis recursos, y que si yo muriese antes de ver cristalizadas mis aspiraciones, ella se arrojaría al mar —él sollozaba, pues había requerido una gran resolución para hablar así, tan abiertamente.

Genji lloraba muy fácilmente en aquellos días.

—He experimentado tanto sentimiento al ser arrojado a este extraño lugar a causa de crímenes que no tengo conciencia de haber cometido. Vuestro relato me hace creer que existe un vínculo entre nosotros. ¿Por qué no me lo confiasteis primeramente? Nada ha parecido bastante real desde que llegara aquí, y me he dedicado a las plegarias, con exclusión de todo lo demás, de modo que temo que pueda haberos dado la impresión de ser un indiferente. Aunque tuve noticias sobre la dama de quien hablarais, había recelado que ella no quisiese tener contacto con un proscrito como yo. ¿Seréis mi guía y mediador? ¿Podré alegrarme de tener compañía en estas soledosas noches?

El anciano se sintió plenamente embelesado.

¿Conocéis la aflicción
de las noches
en la playa de Akashi
con sólo la abstracción
por compañera?

»Imaginaos, si queréis, cómo han sido para nosotros todos estos largos años y meses.

Él titubeó, mas, sin pérdida alguna de dignidad, y con voz trémula:

—Pero, vos, señor, estáis habituado a esta costa.

Hoscas noches en Akashi
el viajero pasa.
El heno que cosecha
para almohada
ningún sueño inspira.

Su franqueza deleitó al anciano, que prosiguió hablando sin tregua, tornándose bastante fatigoso, me temo. En mi impaciencia pueda que haya dejado deslizar

inexactitudes, y exagerado sus excentricidades. En cualquier caso, experimentó que una pulcra dicha se adueñaba de él. Algo se había iniciado…

Cerca del mediodía siguiente, Genji envió una nota a la casa de la colina. Pudiera que un real tesoro se hallase enterrado en este improbable lugar. No poca molestia se tomó para la nota, que escribiera sobre un fino papel de color «nuez de Koma».[371]

Columbro, escudriñando
taciturnos cielos
la vista de una floresta
de la que he recibido ya
ciertas primicias.

»Mi aprensión ha quedado del todo disipada.[372]

El anciano había estado aguardando en la casa de su hija. Le dio buena pitanza al recadero de Genji, hasta que quedó embriagado. El recadero llegó tarde de regreso desde el pie de la colina, pues había sido tan afablemente recibido.

La muchacha demasiado tiempo se tomó para su respuesta. Sin provecho corrió el anciano hasta los aposentos de ella, que pensaba que era su mano inadecuada en extremo para ello, y la conciencia de su rango desigual la consternaba. Por tal razón, hizo saber que se sentía mal, y se acostó.

Aunque, ciertamente, él habría deseado un distinto efecto, fue el anciano quien finalmente escribiera una respuesta, en lugar de ella. «Las rústicas mangas de ella estrechas son en extremo como para ceñir tan imponente primicia, parecería, y en verdad es así, que se siente incapaz incluso de leer vuestra misiva».

---

371. Koma (Koguryo), uno de los antiguos reinos de Corea, llamado también *Korai.*

372. Tanka anónima, en el *Kokinshû,* N° 503: *Resuelvo guardarme / para mí mismo, / estas aprensiones sobre vos / ahora ya disipadas.*

Ella contempla los cielos
que vos vislumbráis.
¡Que vuestros pensamientos
y los de ella
lleguen a confluir!

»Mas, temo ser precoz e impertinente!

Estaba escrito con rasgos rígidos y anticuados, sobre un firme papel de Michinoku, pero a la vez tenía algo de acicalado y garboso. El calificativo apropiado era «exagerado», Genji se mostró más que asombrado. El anciano había entregado al recadero un «mandil enjoyado», regalo apropiado para una cabaña costanera.[373]

Al día siguiente, él envió otro mensaje. «No estoy habituado a recibir cartas escritas por los secretarios de las damas».

Obstinadamente reticente
para con mis cuitas,
¿dónde desahogarlas?
pues nadie aún
nada inquiere.

»¡Aunque difícil era de decir sólo lo que intento!

Esta vez había escrito bellamente sobre un suave y delicado papel. Mas la muchacha rehusaba interesarse por una carta así, denotando un carácter insensible cual un árbol o una piedra.

Ella pensó que la misiva era espléndida, pero a la vez juzgó que él se hallaba imposiblemente fuera de su alcance. No cejando en su obstinación, empero, le brotaron las lágrimas ante la idea de que Genji hubiera enviado tal mensaje a una muchacha como ella.

Finalmente fue conminada a poner algo por escrito. Eligió un papel acentuadamente perfumado, de delicado tono lavanda y en parte oscuro, y puso sumo cuidado en los matices de la tinta.

---

373. Hay retruécano con la palabra *tamano*, «mandil enjoyado», elegante término para aludir a un delantal, y un tipo de alga.

¿Cómo será vuestra
inquietud por mí en verdad?
¿Por qué apenaros
por quien conocéis
sólo de oídas?

La dicción y la caligrafía habrían dado crédito a cualquiera de las finas damas de la corte. Él se forjó una honda quimera, pues rememoraba los viejos días allá en la capital. Mas, no quería atraer la atención, y prestamente volvió a la realidad.

Casi cada dos días, escogiendo los momentos en que no era probable que hubiera mucho ajetreo, y cuando imaginaba que las cavilaciones de ella pudieran semejarse a las propias —en una serena y plácida noche, o en un soledoso amanecer—, él enviaba una nota a la dama. Había una orgullosa reserva en las respuestas de ella, que acicateaban sus ansias de llegar a conocerla. Pero tenía que pensar en Yoshikiyo. Él le había hablado de la dama como que fuera de su propiedad, y Genji no gustaba contravenir derechos de larga data. Si el padre persistiera en ofrecérsela, él haría de tal hecho su descargo, y buscaría proseguir con el asunto lo más sigilosamente posible. Luego de pensar cómo hacerlo, se le ocurrió una idea que salvaría las apariencias. No que ella le facilitara el avance. Pues parecía más presuntuosa y más formal que la más jactanciosa dama de la corte; y así, los días transcurrían en un obstinado torneo.

La capital estaba, más que nunca, en su memoria ahora que se había mudado más allá de la barrera de Suma. Él temía que ni siquiera en broma[374] podría pensar en vivir sin Murasaki. Nuevamente se preguntó si quizá fuera posible hacerla traer sigilosamente hasta Akashi, y estaba a punto de hacer tal cosa. Pero, él no esperaba quedarse en el lugar por más tiempo, y nada ganaría suscitando más críticas acerbas en circunstancia así.

En la capital, había transcurrido un año de malos agüeros y perturbaciones. En el décimo tercer día de la tercera luna, cuando el tronar y los vientos alcanzaban renovada furia, el emperador tuvo un sueño. Su padre se le apareció de pie, de mal talante, en las gradas del aposento imperial y le dirigió copiosas palabras, todas, aparentemente,

---

374. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû*, Nº 1025: *Pensé imaginar si acaso podría vivir sin vos, referiros no podría de mi angustia, ni siquiera en son de chanza.*

acerca de Genji. Profundamente abrumado y dolido, el emperador describió el sueño a su madre.

—En noches tempestuosas, se suele soñar acerca de aquello que se tiene en mente, por eso no os asustéis incautamente —ella le advirtió.

Quizá debido a que sus ojos habían captado la mirada airada de su padre, él empezó a padecer una dolorosa afección ocular. Se ordenó que toda la corte hiciera retiro y ayunara, incluso las doncellas de la dama del Kokiden, por cuyo padre, el ministro guardaba luto. Él había alcanzado tan avanzada edad, que su muerte no debía haber sorprendido a nadie; pese a ello, la dama del Kokiden se hallaba también aquejada, y empeoró con el paso de los días; y el emperador tuvo mucho de qué acuitarse. En tanto un Genji inocente se mantuviera apartado en tierra lejana, él temía que habría de padecer. Por ello, de tiempo en tiempo, se aventuraba a sugerir que a Genji le fueran retornados su antiguo rango y sus títulos.

Su madre rigurosamente le aconsejaba en contra de tal cosa.

—La gente os apostrofará de superficialidad e indecisión. ¿Podríais de veras pensar en mandar a alguien al exilio para luego traerlo antes de que hubiera transcurrido un mínimo de tres años desde su alejamiento?

Así titubeaba, y él y su madre sobrellevaban una acentuada pérdida de salud.

En Akashi era ya la estación en que los fríos vientos soplan desde el mar y tornan al lecho solitario aún más solo.

Genji, a veces, insinuaba al anciano:

—¡Quizá, si la trajerais aquí, cuando nadie se percatase!

Él pensó que no era dable que se esperara que él la visitase. Ella tenía sus propias ideas. Sabía que las mozas campesinas irían presurosas a la voz del caballero de la capital, que brevemente se hallase en la vecindad. Mas, ella no pertenecía a dicha esfera, y sólo llamaría a la desdicha si lo pretendiera. Sus padres sostenían esperanzas imposibles, aparentemente, y pedían lo impensable construyendo un futuro en el vacío. Lo que ellos hacían efectivamente era provocar una desventura sin fin. Era suficiente fortuna intercambiar notas con aquél por el tiempo en que permaneciese en aquella playa. Sus propias oraciones habían sido modestas: que se le permitiera una mirada del caballero

de quien tanto había oído mentar. Había tenido una fugaz visión de él, ciertamente, pero a la distancia, y llevada por el viento había escuchado su inigualada destreza tañendo el *koto*, cuya fama antes le llegara. Había aprendido bastante acerca de él en los días pasados y se sentía satisfecha. En verdad, una anónima mujer perdida entre las cabañas de los pescadores no tenía derecho alguno a ansiar siquiera un acontecimiento como éste. Ella se encontraba vivamente abochornada ante cualquier sugerencia de que él fuera invitado a aproximarse a ella.

Su padre también se sentía desazonado. Ahora que sus plegarias habían sido respondidas empezaba a pensar en el fracaso. Sería muy triste para su hija saberse ofrecida insistentemente a Genji, y reiteradamente rechazada por él. El rechazo era doloroso cuando provenía del más refinado caballero. Su incuestionable fe en todas las invisibles deidades lo habían llevado quizás a soslayar las inclinaciones y las probabilidades del hombre.

—Cuán placentero —repetía Genji—, si yo pudiera oír aquel *koto* junto al canto de las olas. Ésta es la estación para cosa así. No deberíamos dejarla pasar.

Desechando las reservas de su esposa y no confiando nada a sus discípulos, el anciano escogió un auspicioso día. Trajinó por todo el lugar haciendo los preparativos, cuyos resultados fueron deslumbrantes. Cerca del plenilunio, él envió una nota que solamente decía: «Esta noche no debería malgastarse…».[375] Revelaba un estilo de rebuscada elegancia, empero Genji mudó su atuendo por otro informal y partió, tarde por la noche. Tenía a su disposición un carruaje espléndidamente enjaezado, mas entonces, resolviendo que podría parecer ostentoso, optó por ir a caballo acompañado de Koremitsu. La casa de la dama estaba a cierta distancia, entre las colinas. La costa yacía a plena vista ladera abajo, la bahía lucía plateada por el claro de luna. Él habría deseado mostrársela a Murasaki. La tentación fue muy fuerte: desviar la dirección de su corcel y galopar hasta la capital.

---

375. Tanka de Minamoto no Nobuakira, en el *Gosenshû*, N° 103: *Si mostrarlas al menos pudiera a alguien que bien supiera: esta luna, estas flores, esta noche que ser malgastadas no debieran.*

Corre por el cielo
de luna alumbrado,
oh corcel plateado,
y hazme visitar
a aquella que añoro.[376]

La casa era hermosa, erguida entre una arboleda. Cuidadosa atención se había puesto en todos sus detalles. En contraste con la maciza sobriedad de la casa de la playa, ésta de la colina aparentaba cierta fragilidad, y eran imaginables las melancólicas cuitas de quien allí vivía. Rezumaba congoja el tañido de las campanas del templo, que traía la brisa por entre los pinos, desde la cercana aula de meditación. Incluso la pineda, cuyas raíces afloraban por las grietas del suelo, revelaba refinamiento. Toda especie de bichos otoñales se agitaba en el jardín. Miró en torno y vio un pabellón más hermoso que los otros. La puerta de ciprés, sobre la que el destello de luna se posaba, estaba ligeramente entreabierta.

Dudó un tanto y luego habló. No hubo respuesta. Ella había resuelto no admitirlo más cercanamente. Muy esclarecida en ello, pensó Genji. Incluso las damas bien nacidas, resguardadas de visitantes repentinos, habían intentado entablar conversación al saber que el visitante era él. Quizá le hiciera así saber que el hado le era adverso. Se disgustó y pensó en abandonar el lugar. Sería contrariar la costumbre el imponérsele, y de otra parte él parecería torpe si se supiera que en esta lid de voluntades ella lo había vencido. Uno habría deseado mostrarle este cuadro de abatimiento a «alguien que supiera».

La cuerda de un cortinaje rozó las de un *koto*, como para revelarle que ella había estado disfrutando de una tranquila noche de música.

—¿No querríais acaso tañer para mí en el *koto*, de lo mucho que ha llegado a mis oídos?

¿Habría alguien
con quien
compartir mi cavilar,
para así alejar
tristes visiones?

---

376. Retruécano entre la luz de luna y el color de la piel del caballo.

Habláis a uno
para quien la noche
fin no tiene,
¿cómo entonces distinguir
al sueño del despertar?

El casi inaudible musitar le recordó acentuadamente a la dama de la Rokujô.

Mas como esta otra dama preparada no estaba para una irrupción y no podría haberla resistido, se escabulló hacia un aposento interior. ¿Cómo habría intentado impedírselo? Él ni lo imaginaba, pero, aun si le fuera firmemente vedado el paso... Aunque no forzó su avance, no es pensable que dejase las cosas así. Delicada, esbelta, ella era casi bella en demasía. Con una mezcla de placer y lástima, cavilaba aquél que se imponía. Ella era mucho más deleitable que lo que había oído mentar. La noche otoñal, usualmente muy larga, llegó súbitamente a su fin. No deseando ser visto, se apresuró en partir, dejándole tiernas promesas.

Más tarde, por la mañana, remitió una discreta nota. Quizá sintiera él punzadas en la conciencia. El viejo monje igualmente buscaba guardar el sigilo, y se lamentaba de verse impelido a tratar al recadero con reticencia.

En adelante, Genji la visitó ocultamente de tiempo en tiempo. Como ambas casas estaban a cierta distancia, temía ser visto por los pescadores, que eran inclinados a gozar con agudezas; y así dejó transcurrir varios días entre cada visita. Exactamente como ella lo había esperado, pensó la joven.

Su padre, olvidando que la iluminación era su meta, casi dejó de lado sus plegarias por las silentes cavilaciones acerca de cuándo Genji podría volver nuevamente; y de tal modo, una bonanza trabajosamente lograda a última hora fue turbada, lo que resultaba de veras lastimoso.

Genji temía que Murasaki se enterara del asunto. Aún la amaba más que a nadie, y no deseaba que ella se refiriese al caso ni siquiera en son de chanza. Ella era una damita silenciosa, dócil, pero más de una vez se había apesadumbrado por él. ¿Por qué, por un fugaz regodeo, él la había hecho sufrir? Él ansió que todo esto hubiera pasado ya. La vista de la dama de Akashi sólo le traía nostalgias de la otra dama.

Envió una carta más afectuosa y grave que de lo usual, y al final de ella añadió: «Angustiado estoy al pensar en las necias ocurrencias de las que he sido responsable, pero tengo un ánimo tan flojo que podría pareceros de repugnante guisa. Ha acaecido un encuentro extraño, efímero. Que yo, voluntariamente os confiese esto os hará ver, confío, cuán poco quiero conservar secretos ante vos. ¡Que los dioses sean mis jueces!»

No fue sino el pincel
del pescador,
con el salado pino del mar,
seguido de una marea
de lágrimas de nostalgia.

La respuesta que ella diera fue gentil e impecable, y al final añadió: «Que vos os hayáis dignado contarme una historia soñada, que no podíais guardar para vos, trae a la memoria numerosos ejemplos precedentes».

Cándida de mí,
quizá; si bien votos
ambos hicimos,
jamás las olas rozarán los pinos
del Monte de la Espera.»[377]

Fue la sola nota de reproche en una serena, nada exigente carta. Él halló difícil sobreponerse, y por unas noches se mantuvo lejos de la casa entre las colinas.

La dama de Akashi estaba persuadida, una vez más, de que sus recelos se habían vuelto realidad. Ahora parecía llegado el momento de arrojarse al mar. Ella sólo tenía a sus padres a quienes recurrir, y ellos estaban ya muy ancianos. Para sí no tenía ya ambiciones, ni ilusión de lograr un digno matrimonio. No obstante, los años se habían sucedido sin tempestades ni lágrimas. Ahora ella veía que el vínculo entre el hombre y

---

377. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû,* Nº 1093: *El día en que infiel a mis votos fuere, rompan las olas contra el Monte de la Espera en Sue.* Un muy común retruécano hace de *Matsuyama (Monte de los Pinos)* también «Monte de la Espera».

la mujer podía ser cruel en extremo. Empero, consiguió ocultar sus desconsuelos y no hizo nada que pudiese importunar a Genji. Él se sentía más y más complacido con ella, conforme el tiempo transcurría.

Pero, había otra, la dama de la capital, que aguardaba con inquietud su regreso. Él no quería hacer nada que la tornase infeliz, y pasaba noches a solas. Le envió cuadernos de bocetos, añadiendo poemas, calculados para provocar respuestas. Y, cuando el dolor que ella experimentaba era muy grande (como por transmisión lejana) ella trazaba también bocetos, acompañados de notas que se asemejaban a un diario.

¿Qué les reservaba a ambos el porvenir?

El Nuevo Año llegó, el emperador cayó enfermo y un velo cubrió la vida cortesana, el mundo surgía remecido por tribulaciones. Tenía un hijo, en la dama del Shôkyôden, hija del Ministro de la Derecha, pero sólo contaba dos años, demasiado tierno para ascender al trono. El obvio camino era que el soberano abdicara en favor del Príncipe Heredero. Como el emperador desechó en su mente plantearse asistencia y consejo para decidir su sucesor, cavilaba una y otra vez cuán lastimoso era que Genji siguiese lejos en apartada comarca. Finalmente, en contra de las sugerencias de su madre, la dama del Kokiden, emitió un edicto de amnistía. La dama del Kokiden había permanecido enferma desde el año previo, víctima al parecer de algún maligno espíritu. Otros numerosos, temibles presagios perturbaban la corte. Aunque el mal a los ojos que padecía el emperador hubo menguado un tanto, quizá merced al estricto ayuno y abstinencia, nuevamente empeoró. A fines de la séptima luna, en hondo abatimiento, él emitió un segundo edicto, llamando a Genji de vuelta a la capital. Éste, ciertamente, había esperado siempre que tal perdón se otorgase, pero no menos le inquietaba aquello que en este mundo fugaz pudiere reservarle el porvenir. Ahora bien, el acontecimiento había sido tan repentino que su propio gozo se entremezclaba con el pesar de tener que alejarse de inmediato de las riberas de Akashi. El viejo monje, al conocer la noticia, aunque vislumbrara aquello como justiciero y apropiado, se llenó de aprensión. Mas, si como él lo aguardaba, Genji obtuviera mayores honores, sus íntimas esperanzas se cristalizarían, y tal conjetura lo reconfortaba.

Genji visitaba a la dama todas las noches, sin omitir una sola, intentando consolarla. Desde la sexta luna ella había empezado a manifestar reveladoras molestias. ¡Que él debiera dejarla, precisamente en momentos tales, le causaba desazón!, pues le había tomado gran cariño y su partida la abrumaría enormemente. Ella permanecía silente, hundida en cavilaciones. Él se preguntaba el porqué de un hado tan aciago, que no cesaba de acarrearle nuevos pasmos. Mas, esta vez él se encaminaría hacia más afortunados días. Se dispuso a emprender una oscura y extraña marcha, con la alentadora certeza de que retornaría a la capital, aunque lamentando que no vería ya más a la dama de Akashi.

Los de su séquito, de modos diversos, estaban exultantes. Desde la capital llegó una escolta, hubo todo un barullo con los preparativos, y el amo de la casa fue abatido por las lágrimas. Acabó de esta guisa el mes. En cualquier caso, fue una etapa de desconsuelo, el propio Genji se veía atacado de congojas. ¿Por qué, hogaño como antaño, se había lanzado conscientemente a otra infortunada aventura?

Aquellos que conocían el porqué decían:

—¡Sin cesar, cuánta turbación suscita, lo mismo, una y otra vez! Durante casi un año él no lo reveló a nadie, al principio parecía no importarle un ápice la dama. Y ahora, precisamente, su indiferencia se disipa, enamorándose y empeorándolo todo para desdicha de ella.

Yoshikiyo era el más agitado. Sabía lo que sus compañeros comentaban, pues él había hablado en demasía y dado comienzo a todo.

Dos días antes de su partida Genji visitó a la dama, más temprano que de costumbre. Ésta vez mirándola, de veras detenida y atentamente, se manifestó como una asombrosamente espléndida beldad. Él la consoló con promesas de que escogería un momento oportuno para hacerla llevar a la ciudad. No comentaré nuevamente sobre la propia gallardía de él. Había adelgazado con los ayunos, y la esbeltez adicionaba garbo a su figura. Le hizo llorosos ruegos. La dama se dijo en su corazón que esta pequeña dádiva del destino era todo lo que deseara y mereciese, y que la brillantez de él sólo acentuaba su propia insignificancia. Gemían las olas al viento otoñal; de las hogueras, en las salinas, el humo dibujaba tenues líneas a través del cielo: los emblemas todos de la soledad parecían congregarse en su torno.

Ahora incluso, cuando
apartarnos debemos
por un tiempo
el humo de estas
salinas me seguirá.

Ardientes pensamientos
cual las quemadas algas
de estas playas.
¿Mayor bien pedir?
No me reprocho.

Ella calló, gimiendo quedamente. Escuetos sus versos, en pocas palabras mucho amor sublimaron.

Hasta entonces, a pesar de todo, ella no había dejado que la escuchara tañer el *koto*, algo de lo que él mucho había oído mentar.

—Permitidme escucharlo. Será una remembranza.

Él mandó traer el *koto* de siete cuerdas, que llevara consigo desde la ciudad. Primero, él pulsó unos inusitados compases, sosegada pero maravillosamente, al suave viento de la medianoche. Incapaz de dominarse, el viejo monje, arrimó el *koto* de trece cuerdas hacia su hija. Aparentemente, ella estaba con ganas de música. Blandamente, afinó el instrumento, y luego, lo tañó mostrando mucha finura y elegancia. Él había pensado que el tañer de la dama del Fujitsubo era incomparable. Ésta dama tocaba al estilo moderno, y con tal destreza como para despertar la admiración de todo aquel que supiera algo de música. Le pareció que la ejecución era como la de la propia dama del Fujitsubo, la esencia de todo delicado discernimiento. El sonido del *koto* ante él era reposado, calmo y tan rico en alusiones como para despertar envidia. Ella dejó de tocar justo cuando el conocedor que la escuchaba pasó de una primera reacción de sorpresa a otra de ansiosa atención. Desaliento y pena sucedieron al deleite. Él había permanecido aquí durante casi un año. ¿Por qué no había insistido

en que ella tocara para él, una y otra vez? Todo lo que pudo hacer luego fue repetir los pronunciados votos.

—Tomad este *koto* —dijo él—, para que me recordéis. Algún día habremos de tañer juntamente.

La respuesta de ella fue tenue y casi al azar.

Una palabra impasible,
un koto *que me apacigüe,*
y en su sonido,
el de mi llanto,
por siempre.

Él no dejó pasar la ocasión.

No cambiéis
de este koto
la cuerda media,
cual nuestro recuerdo,
no mude hasta el reencuentro.

»Nos habremos de reunir nuevamente antes de que se hubiere desafinado.

No obstante, no era ficticio que la partida pareciese más real que la previa reunión.

En la última mañana en Akashi, Genji se levantó antes del alba. Aunque poco tiempo tuvo para sí mismo en medio de la barahúnda, se las ingenió para escribirle unos versos:

Tristes las olas que se van
al dejar esta playa,
triste por vos he de estar
y así he de quedar
más tarde.

Partís, y mi choza
de juncos recubierta
ruinas se hará,
¡cómo querría partir
junto a las olas!

Estimables versos, que muy a su pesar lo hicieron llorar. Después de todo, era posible aficionarse a un lugar agreste, comentaban aquellos que el secreto ignoraban. Aquellos que no, Yoshikiyo y otros, quedaban un tanto celosos, al deducir que había logrado un exitoso lance.

Había lágrimas, no obstante el gozo del retorno, mas no he de abundar al respecto.

El anciano dispuso una magnífica ceremonia de despedida. Obsequió atuendos de viaje a cada uno, incluso a los simples pajes. Era de maravillarse que hubiera tenido el tiempo para ello. Los presentes para Genji, por cierto, eran los más distinguidos, cofre tras cofre de atavíos, portados por un cortejo que se sumó al de Genji. Algunas de las prendas serían regalos muy pertinentes en la ciudad. Él no había omitido nada.

La dama había prendido un poema en una vestidura de viaje:

La hice para vos,
pero la sal marina,
humedecido la ha,
insufrible quizá
¿la arrojareis?

No obstante la algarabía, remitió a cambio uno de sus propios atavíos, escribiendo como sigue: «Fue muy comedido de vuestra parte».

Tomad esta prenda media,
permitid que símbolo sea
de incontables días,
aunque pocos,
entre hoy y entonces.

Algo impar, sin duda, a conservar en el cofre de remembranzas de la dama. Era una prenda elegante, impregnada de una deleitosa fragancia. ¿Cómo no habría de conmoverla?

El viejo monje, con el rostro lloroso, entretanto, hizo sonreír a algunos de los más jóvenes del cortejo.

—He renunciado enteramente al mundo —dijo—, pero la idea de veros partir de aquí hoy…

Cansado de vivir,
no obstante
sazonado por salobre viento,
incapaz soy
de dejar esta ribera,

»y perdido vago cavilando sobre mi hija. Permitidme que os siga con la mirada hasta el lindero mismo. Puede que me adelante, pero si algo, de tiempo en tiempo, os sugiriera recuerdos de ella, por gracia, haced que ella sepa de vos.

Y caló el corazón de Genji. Éste se afligió y, nublado el ánimo, se vieron sus muy bellos sus ojos enrojecidos.

—Será imposible, señor, por concretos motivos, que yo pueda jamás olvidarla. Muy pronto veréis cuáles son mis reales intenciones. Si os parezco desanimado es sólo porque me entristece dejar todo esto.

Lloré al dejar la capital
a inicios de primavera,
lloro en otoño al partir
de esta casa
junto al mar.

»¿Qué más puedo hacer? —y secó presto una lágrima.

El anciano estaba casi a punto de sucumbir, atónito, confundido, a punto de perder el equilibrio en caso de levantarse y sentarse.

La dama no quería que nadie adivinara la hondura de la congoja que la abatía, y sabedora de su rango inferior, no podía exteriorizar la queja que la inevitable partida suscitaba. La imagen de él permanecía en su retina y únicamente podía a solas gemir.

Su madre intentó todo para consolarla.

—¿Qué habías pretendido? Tienes tan peregrinas ideas —dijo a su marido—; debí haber sido más precavida.

—Basta, basta. Hay motivos para que él no la abandone. No dudo que él ya ha decidido sus planes. Deja de clamar, hazte una mezcla de algo. Este ánimo quejumbroso ningún bien hace —pero él también persistía sentado en un rincón, desconsolado.

Las mujeres de la casa, la madre, la nodriza y el resto, prosiguieron inculpando al anciano con irrazonable insistencia.

—Habíamos deseado y rogado, a lo largo de los años, que ella llegase a tener el tipo de existencia que toda muchacha anhela, y las cosas parecían finalmente marchar bien... y ahora esto ha sucedido.

Era verdad. La senectud, repentinamente avanzada, lo avasallaba, y él pasaba sus días yaciente, en cama. Pero por las noches se mantenía en pie y alerta.

—¿Qué habrá pasado con mi rosarillo?

Incapaz de encontrarlo, mantenía unidas las manos como suplicante. Sus discípulos se burlaban. Y chancearon nuevamente cuando él emprendió una peregrinación a la luz de la luna y sólo consiguió caer en el arroyo y magullarse la cadera al golpearse contra una de las piedras del jardín que él tan cuidadosamente escogiera. Por un tiempo, el malestar físico alejó, o al menos nubló, sus cavilaciones.

Genji cumplió con efectuar ceremonias de purificación en Naniwa y envió un mensajero a Sumiyoshi para dar gracias por haber arribado hasta allí, prometiendo una visita posterior para cumplir sus votos. Dada la inopinada ocasión, y no estándole permitido comportarse libremente, no acudió él mismo al santuario esta vez y, sin recreo alguno, continuó el viaje directamente hasta la capital.

En la Nijô el reencuentro fue como un sueño. Lágrimas de alegría fluían tan abundantemente que casi parecían de mal augurio. Murasaki, para quien la vida había empezado a semejar sin valor, como su poema de despedida significara, compartía el gozo. Había madurado y estaba más donosa que nunca. Su cabellera, antaño larga, hermosa y tupida, con la congoja se había acortado, mas se veía mejor. Y ahora, pensaba Genji, que una profunda paz lo envolvía, estarían juntos. En aquel instante vino a él la

imagen de aquella a quien no estuvo listo para dejar. Al parecer su vida debía continuar siendo compleja.

Refirió a Murasaki acerca de la otra dama. Una mirada absorta, pensativa surgió en su rostro, y susurró sin disimulo, como queriendo desechar el tema:

—En cuanto a mí, no me inquieta.[378]

Él sonrió. La sintió encantadora. Incapaz de apartar sus ojos de los de ella, ahora que enfrente la tenía, no podía pensar en cómo había sobrevivido tantos años y meses sin ella. Toda la añosa amargura resurgió.

Se le restauró en su antiguo rango y se le nombró consejero supernumerario. Todos sus servidores fueron igualmente rehabilitados. Fue como que la primavera hubiese llegado a un árbol reseco.

El emperador lo convocó y, mientras efectuaba las formales salutaciones, pensó en que el exilio lo había mejorado. Los cortesanos observaban con curiosidad, preguntándose qué habrían hecho de él los años transcurridos en tierras provincianas. Para las mujeres mayores, que habían estado en servicio desde el reinado de su difunto padre, el lamento cedió el paso al bullicioso regocijo. El emperador se veía algo cohibido ante la perspectiva de recibir a Genji; y apareció arreglando su muy formal indumentaria. Lucía pálido y enfermizo, aunque se había sentido algo mejor en los últimos días. Cariñosamente platicaron de esto y aquello, y de pronto se hizo de noche. El plenilunio alumbraba la tranquila circunstancia. Había lágrimas en los ojos del emperador.

—No hemos oído música por aquí recientemente —explicó—, y ha pasado tanto tiempo desde que escuchara alguna vieja canción.

Genji respondió:

---

378. *Tanka* de la dama Ukon, en el *Shûishû*, N° 870: *En cuanto a mí, que olvidada estoy, no me inquieto. Pero sí por aquel que voto hiciera de fidelidad mientras viviera.* Ante la atroz deslealtad de Genji, mientras ya se hallaba castigado por el cielo, a través del poema de Ukon, Murasaki revela su honda decepción.

Desterrado junto al mar
pasé los años
tan huero como
aquella sanguijuela
para las dos deidades.

El emperador se conmovió y abochornó.

Pues las deidades Izanagi e Izanami
cabe el pilar se hallaron,
de nuevo hoy nos encontramos;
dejad de guardar rencor
a la primavera aquella de la partida.[379]

Él era persona encantadora, de delicada gracia.

La primera tarea de Genji fue comisionar, en memoria de su padre, una gran lectura del Sutra del Loto en ocho tandas.[380] Se presentó ante el Príncipe Heredero, que durante su ausencia había crecido, y se emocionó con que se complaciera tanto al verlo de regreso. Había aprovechado mucho sus estudios, no había aprensión alguna respecto de su competencia para gobernar. Al parecer, Genji también visitó a la dama del Fujitsubo, y consiguió dominarse suficientemente como para sostener un tranquilo y afable diálogo.

Lo había olvidado: con el cortejo, que como la ola que vuelve, retornaba a Akashi, él envió una nota muy tierna, que escribiera cubriéndose con la manga.

---

379. En el *Nihongi* o *Nihonshoki* aparece una versión del mito de la creación que indica que el hijo sanguijuela, habido por las deidades hermanas Izanagi e Izanami, vivió con ellos hasta los tres años antes que fuera arrojado al mar en un bote a la deriva; Genji pasó el mismo tiempo, luego de ser arrojado al mar, exiliado. Según la mentada crónica, fue junto al pilar del Palacio del Cielo, donde, tras una especie de juego de escondidas, tanto la sanguijuela como la deidad máxima, la diosa solar Amaterasu, fueron concebidos.

380. El Sutra del Loto dividido en ocho partes es llamado *Hakkô*. Su lectura se efectuaba a lo largo de cuatro días, con lecturas por la mañana y por la tarde. La significación particular aquí es que el *Hakkô* fue leído a instancias de Genji y no del emperador, su medio hermano, con lo que Genji tomó la iniciativa en la esfera política en lugar del entonces soberano.

—Y ¿cómo os sentís estas noches, cuando las olas se enrollan

¿Me pregunto si aún
las brumas matutinas
llanto levantan,
allí en Akashi
por las soledosas noches?

La danzarina del Go-sechi, proveniente de Kyûshû, había guardado tiernos pensamientos por el exiliado Genji y se sentía vagamente desencantada al conocer que había retornado a la ciudad y nuevamente gozaba de la gracia del monarca. Ella remitió una nota, con instrucción al recadero de no revelar su origen.

Una vez llegaron nuevas
desde un barco en Suma,
de alguien que hoy quizá
mostrar pudiera
mojadas mangas.

La escritura de ella se había embellecido, aunque no lo suficiente como para ponerse a conjeturar quién era.

No de vos las quejas
proceder debieran.
Mis mangas declinan secar
desde que vos me escribierais.

No había visto mucho de ella, y su carta le trajo amables remembranzas, mas no estaba llano a embarcarse en nuevos lances.

A la dama de la aldea de las flores que dispersa el viento, le envió solamente una nota, más que por placer, por decepción.

CAPÍTULO XIV

澪標

Miotsukushi

Boyas del canal

Incapaz de olvidar aquel tan vívido sueño con su padre y ansioso de mitigar de algún modo su aflicción, de inmediato Genji dispuso lo requerido para oficiar las proclamadas ocho lecturas.[381] Habría de ser en la décima luna.[382] Todos en la corte participaron en los preparativos. El espíritu de cuerpo volvía a bullir como antes de que Genji cayera en desgracia.

Aunque gravemente enferma, la dama del Kokiden le guardaba rencor, frenética por no haber conseguido aplastarlo por completo. El emperador se había convencido de que debía purgar su culpa por haber actuado en contra de la voluntad de su padre. Ahora, habiendo traído de regreso a Genji, su ánimo mejoraba notablemente, y la inflamación al ojo que tanto lo turbara casi había desaparecido. Empero, melancólicas aprensiones lo cercaban. Con frecuencia mandaba llamar a Genji, que al presente gozaba de su plena confianza, para pedir su consejo incluso sobre el ámbito político. Todos se complacían con que el soberano finalmente aseverara su carácter.

El día señalado para su abdicación se aproximaba. Le acongojaba pensar en la vacilante situación en que dejaría a Oborozukiyo.

—Vuestro padre falleció —a ella le decía—, y la salud de mi madre es tan frágil. Dudo que me quede mucho por vivir y me atemoriza que todo habrá de cambiar cuando yo no estuviere más. Bien sé que hay alguien, a quien largo tiempo preferisteis

381. El relato transcurre entre el décimo mes de los 28 años de Genji y el undécimo de sus 29.
382. En la décima luna, las deidades del shintoísmo se tornaban inaccesibles; los budas, en cambio, permanecían al alcance.

sobre mí; mas, rasgo es de mi carácter el abocarme sólo a una cosa a la vez, por ello sólo en vos he pensado. Incluso si el hombre a quien vos preferís hiciere lo que vos querréis, dudo que su cariño pudiere igualar al mío. Sólo pensarlo es ya demasiado para mí —él sollozaba.

Ella se sonrojó y una lágrima surcó su mejilla. Un incontrastable embrujo parecía manar de ella, que lo hacía olvidar todo reparo.

—¿Y por qué no habéis concebido un niño? ¡Me angustia tanto! Sin duda muy pronto tendréis uno del hombre con quien al parecer tenéis lazos más firmes, y ello escasamente podría serme grato. Él es alguien del común, lo sabéis, y en tal caso, el niño tendría que ser criado como un vasallo.

Estas admoniciones en torno al pasado y el futuro la avergonzaban tanto que no podía sobreponerse y enfrentar su mirada. Él era garboso, galante y su conducta a través de los años revelaba una profunda ternura; consecuentemente, ella había llegado a entender, al distinguir con el tiempo tantas argucias, que con toda su apostura y delicadeza, Genji había sido mucho menos consagrado a ella. ¿Por qué había sido dócil a impulsos pueriles, consintiendo un escándalo que además no sólo diera lugar a que se hablara sobre sus amores sino mancillase su nombre y ningún bien hiciera al galán? Estos mementos del pasado le trajeron indecible pesar.

En la segunda luna del año siguiente se verificaron las ceremonias de iniciación del Príncipe Heredero. Él contaba ya once años, era alto y maduro para su edad, y la cabal imagen de Genji. El mundo se asombraba de tan deslumbrante fulgor, mas ello era causa de angustia para la dama del Fujitsubo. Complacido grandemente con su sucesor, el soberano, del modo más benévolo y afable, empezó a afinar los planes para su propia abdicación. Y en dicho mismo mes después del vigésimo día abdicó tan repentinamente que el hecho tomó por sorpresa a la dama del Kokiden.

—Bien sé que yo como persona era de escasa importancia —dijo a su madre, intentando calmarla—, pero espero que en adelante os he de ver más a menudo, apaciblemente.

El hijo suyo en la dama del Shôkyôden, fue nombrado Príncipe Heredero. Todo había cambiado de la noche a la mañana, los motivos de regocijo eran innúmeros. Genji fue

nombrado ministro. Como el número de los de este cargo estaba restringido por la ley, y en aquel momento no había vacantes, para él se creó una posición supernumeraria. Se asumía que en adelante él tendría la más fuerte mano en la dirección de los asuntos públicos.

—No soy apto —dijo él, declinando, y transfiriendo la designación a su suegro, quien fuera persuadido de volver de su retiro y aceptar el nombramiento como regente.

El anciano rezongó:

—Dimití por mi mala salud, ahora estoy cargado de más años e incluso más inútil.

Se realzó, empero, que en países lejanos, en tiempos de desorden civil veteranos políticos habían sido llamados de sus retiros montañosos, no juzgando vergonzoso, no obstante sus blancas barbas, ser útiles una vez restaurada la paz. Ciertamente aquéllos habían sido reverenciados como verdaderos santos y sabios. La corte y el mundo en general concordaban en que no habría óbice alguno para que se reasumiese cargos de los que se dimitiera por razón de enfermedad, una vez recobrada la salud. Incapaz de persistir en su negativa, fue nombrado canciller. Contaba sesenta y tres años. Su alejamiento había sido causado en parte por el hecho de que los asuntos de estado no marchaban como él deseara, mas ahora el orden había sido restablecido. Sus vástagos, cuyas carreras se eclipsasen, fueron también llamados de vuelta a la actividad. El más impactante fue el caso de Tô no Chûjô, quien fue nombrado consejero supernumerario. Él había sido particularmente meticuloso con la educación de su hija, que alcanzaba ya los doce años, a cargo de la hermana de la dama del Kokiden, y ansiaba poder enviarla a la corte. Aquel muchacho que tan pulcramente cantara «Takasago», había madurado ya, y se había convertido en la suerte de hijo que todo padre desearía. En verdad, Tô no Chûjô había tenido un tropel de hijos en sus varias damas, lo que casi despertaba envidia en Genji.

El propio hijo de Genji, Yûgiri, era un mozo tan garrido como cualquiera de aquéllos. Él servía de paje tanto al emperador como al Príncipe Heredero. Sus abuelos, la princesa Omiya y el canciller, continuaban afligidos por su hija. Pero ella había partido, y la prosperidad de Genji se les ofrecía como para apartar de sus mentes el dolor; parecía que los amargos días del exilio de Genji se habían desvanecido sin dejar huella. La devoción de Genji por la parentela de su finada esposa se mantenía

como siempre fuera. No dejaba pasar ninguna ocasión pertinente para una visita o para remitir obsequios a la nodriza y las otras que siguieron fieles a través de los malos años. Sin duda, había muchas felices entre ellas.

En la Nijô había mujeres que también habían aguardado su regreso. Él deseaba hacer todo lo posible para aliviar las congojas de aquéllas, y en particular en el caso de mujeres como Chûjô y Nakatsukasa, hacerlo como apropiadamente según su posición en la vida, otorgándoles una porción de su afecto. Esto no le dejaba tiempo alguno para atender a mujeres fuera de la mansión. Él había remozado suntuosamente el pabellón al este de su residencia. Lo había heredado de su padre, y su plan era convertirlo en el hogar para la dama de los azahares y otras favoritas desatendidas.

No había mencionado nada acerca de la dama de Akashi, a quien él dejara en tanta incertidumbre. Ocupado en asuntos públicos como privados, no le había sido factible inquirir acerca de su situación, como hubiera deseado. Desde cerca del comienzo de la tercera luna él conjeturó que el tiempo del alumbramiento se allegaba. Envió un recadero, que muy prestamente volvió.

—Una niña fue alumbrada sin contratiempos en el décimo sexto día.

Era su primera hija. Él estaba exultante, porque tal continuación de su prole ocurría después de mucho tiempo y además, raramente, había sido niña. Pero sintió desazón; ¿por qué no había traído a la dama a dar a luz en la capital?

—Tendréis tres vástagos —una agorera le había anticipado tiempo atrás—. Dos de ellos, con certeza, llegarán a convertirse en emperador y emperatriz, respectivamente. El menor de los tres será canciller, el más poderoso de todo el país.

La totalidad del oráculo parecía tornarse verdad.

Él había consultado a gran número de fisonomistas y unánimemente coincidieron en indicarle que él se elevaría a encumbrada altura y haría su voluntad en el mundo. Mas durante aquellos infelices días, él desechó tales augurios. Con el comienzo del nuevo reinado parecía que sus más fantásticas expectativas empezaban a realizarse. El trono mismo se hallaba fuera de su alcance. No obstante haber sido el favorito de su padre, por encima de sus muchos medios hermanos, pero su propio padre había determinado reducirlo a la condición de un común, y tal hecho tornaba aparente que el

trono no había de hallarse entre sus ambiciones. Sin embargo, las razones ciertamente eran secretas, el ascenso al trono por el nuevo emperador evidenciaba que la agorera no lo había embaucado. En cuanto a sus planes para el porvenir, pensó que veía a la deidad de Sumiyoshi en plena labor. Había sido vaticinado que alguien de Akashi estaría predestinado para notables sucesos, y ¿quizás era por eso que el excéntrico padre de la dama había forjado tan absurdos planes? Genji había errado al permitir que su hija naciera en un rincón comarcano. Debía de inmediato enviar traer a madre e hija, tan pronto como el decoro lo permitiera; y así, ordenó que se procediera a remozar con presteza el pabellón oriental.

Nodrizas hábiles en Akashi serían difíciles de hallar, lo temía. Recordaba haber escuchado el triste caso de una mujer cuya madre fuera una de las auxiliares privadas del viejo emperador, y cuyo padre fuese chambelán y consejero. Muertos ambos padres, la dama se halló en apreturas, y se enredó malamente en un ambiente en el que con nadie contara y hubo un niño como resultado. Aquélla era joven y sus perspectivas muy menguadas. Ella manifestó ingenuamente su agradecimiento, ante la invitación que él le cursara de dejar su ruinosa y desolada mansión para convertirse en nodriza, aunque advirtió que estaba ya comprometida. Esto hizo que él sintiera haberla molestado, empero, apremió su traslado a Akashi.

En la siguiente ocasión, Genji la visitó sigilosamente. El honor de la visita removió toda duda, pues tras corta cavilación aceptó sin reparos, diciendo:

—Haré enteramente como deseáis.

Dado que era en un día propicio, él resolvió enviarla lejos sin dilación.

—Pensaréis que es egoísmo de mi parte e insensibilidad, lo presiento; pero tengo razones muy particulares. Por gracia, tened paciencia repasando mis circunstancias. Yo también experimenté durezas en una extraña y apartada comarca, adecuaos a ello por un tiempo —y le detalló los deberes a cumplir.

Como ella había frecuentado antes la corte, él la había visto ocasionalmente. Ahora estaba mucho más delgada. Su antaño fina mansión se hallaba en lamentable abandono, y las plantas del huerto lucían mustias y faltas de poda. ¿Cómo, se preguntaba él, había soportado una existencia así?

—Suponed que cancelamos todo —dijo en son de chanza—, y os mantenemos aquí.

Ella era una joven mujer, hermosa, y él no podía apartar sus ojos de ella. Ella no pudo evitar pensar que, si todo había de ser igual, preferiría servirlo desde algún lugar más próximo.

Tanta fortuna no tuve
de conoceros,
mas, ahora diré
¡cuán triste
la partida ha de ser!

»Así que quizá debería ir con vos —y sonrió.

No me fío de lamentos
en un tan raudo adiós.
La verdad se relaciona
con alguien a quien
vos deseáis ver...

Se hizo bonitamente. Y Genji admiró su sagacidad.

Ella dejó la capital en un carruaje. Él le asignó una escolta, a cuyos miembros tácitamente la confió, exigiendo de ellos el más estricto sigilo. Remitió con ella una espada para la recientemente nacida, así como otros apropiados obsequios y provisiones, en tanta cantidad que no cabía un alfiler más. Sus atenciones para con la novísima nodriza no podrían haber sido más elaboradas.

Sonreía al pensar en lo que esta primera nieta significaría para el anciano monje y en lo entusiasmado, ocupado y presuntuoso que estaría. Sin lugar a duda, esto hablaba de acontecimientos en una vida anterior (y la idea le trajo escozor en la conciencia), en que ella mucho significaba para el propio Genji. Una y otra vez expresó a la nodriza que él no excusaría faltas ni distracciones.

Un día esta manga mía
habrá de ser
cobija para aquélla
cuyos años serán
como la peña del ángel.[383]

Tomaron una barca, siguieron río abajo, luego continuaron el rumbo a caballo. El anciano monje, alborozado, no terminaba de expresar su alelada gratitud.

Hizo venias de acatamiento en dirección a la capital. Ante tal evidencia de que la niña era importante para Genji él empezó a sentir pasmo también frente a ella. La niña poseía una hermosura sobrehumana, casi ominosa, que hizo que la nodriza se percatara que tanta algazara y molestias no habían sido exageradas. Había sido algo horrible el repentino traslado a tan distante y rústico lugar, mas ahora era como que despertara de una pesadilla a una extendida luminosidad. Se prendó de la criatura.

La dama de Akashi se había encontrado desesperada. Con el paso de los meses había llegado a entender que su vida era insignificante. Mas, ahora, la certeza de las buenas intenciones de Genji la reconfortaba. Se apresuró en hacer que los huéspedes de la capital se sintieran bienvenidos.

La escolta tenía prisa en volver. Ella plasmó algo de su sentir en una carta a Genji, a la que adicionó estos versos:

Estas angostas mangas
en demasía lo son
para brindar amparo,
la flor aguarda
a las que todo abarcan.[384]

---

383. «Que ella viva una *kalpa*». Entre los significados del término *kalpa* está el milenio requerido para que los pinceles de ala de ángel desmenucen una gigantesca peña.

384. *Tanka* anónima, en el *Gosenshû*, N° 64: *Requieren estas primaverales flores, por el viento asediadas, una manga que todo abarque y el cielo cierre.*

Genji se asombraba de sí mismo, pues su hija mucho ocupaba su mente y él tanto ansiaba verla.

Poco había referido a Murasaki acerca de los sucesos de Akashi, mas temía que ella pudiera conocer el cuento por alguien más.

—Y esa parecería ser la circunstancia —indicó, concluyendo su relato—. De algún modo todo salió torcido. No tengo hijos de quien realmente deseo, y ahora hay un vástago en un lugar improbable, y es una niña. Podría simplemente negarla, mas ése es el tipo de cosas que no parezco capaz de hacer. La he de traer acá uno de estos días para que la veáis. ¿No estaréis celosas, cierto?

Murasaki se sonrojó.

—Cuán extraño sois. Hacéis que me disguste conmigo misma, al atribuirme rasgos que no son los míos en absoluto. ¿Cuándo y de quién comenzaré a recibir lecciones de celos?

Genji sonrió, y lágrimas asomaron a sus ojos.

—¡Cuándo, de veras! Sois rara en extremo, querida mía. A vuestra mente afloran cosas que a nadie más ocurren.

Ella rememoró sus mutuos anhelos a lo largo de los años en que estuvieran apartados, sus cartas de ida y vuelta, los deslices de él y su resentimiento que parecía desvanecerse ahora.

—Hay muy especiales motivos para todo ello —prosiguió él—, para que aquélla estuviera tanto en mi pensamiento y para que yo debiese ser tan diligente en mis indagaciones. Mas temo que es demasiado pronto para decíroslos. No entenderíais. Opino que la circunstancia pudiera haber sido en parte responsable.

Le había comentado cuán difícil era borrar de su recuerdo aquellas líneas de humo en el cielo de Akashi la noche última, así como, de la aparición de aquella dama y de su habilidad con el *koto*. Mientras que ella estuvo sumida en una infinita tristeza, caviló Murasaki, él se había ingeniado para mantenerse animado. No semejaba justo que él se hubiera permitido siquiera una traviesa mirada a otra mujer.

Si él tenía sus modos, ella debía tener los propios. Miró a un lado, musitando como para sí:

—Hubo un tiempo en que parecimos más una pareja bellamente avenida.

Pienso que la primera seré
en elevarme cual humareda,
y puede que no ascienda
en la dirección
de aquella otra.[385]

—¡Qué cosa tan desagradable de decir!

¿Por quién, en las montañas
sobre procelosos mares,
tan intenso fue
el flujo de mis lágrimas
como para arrastrarme al fondo?[386]

»Querría que me entendierais, pues por cierto nada hay seguro en la vida. No deseaba que nadie tuviera malas intenciones para vos, ni que vos misma os inquietarais por sucesos sin importancia.

Sacó su *koto*, lo afinó y lo deslizó hacia ella, pero quizás un tanto disgustada por el relato que él le hiciera acerca de los talentos de la otra dama, ella rehusó tocarlo. Ella era una dama serena, deleitosamente gentil, y estos pequeños estallidos de celos resultaban seductores, estas ocasionales muestras de enfado, encantadoras. Sí, pensó él, ella era alguien con quien él podría siempre estar.

Su hija cumpliría cincuenta días de nacida el quinto de la quinta luna. Él deseaba más que nunca verla. ¡Qué espléndido asunto el de las celebraciones por el quincuagésimo día si pudieran tener lugar en la capital! ¿Por qué había permitido que la criatura naciera en lugar tan inaparente? Si hubiera sido un niño no se habría contrariado tanto, pero

385. La autora estructuró una relación comparativa entre el poema de Genji y la dama de Akashi en el capítulo previo: *Ahora incluso, cuando apartarnos debemos por un tiempo el humo de estas salinas me seguirá, y este otro.* El primero mostraba una relación de mutuo amor, éste supone el humo de la inmolación de la propia dama Murasaki, que aislada muere, atormentada de amor.

386. Aquí hay un retruécano, *umu* posee el doble sentido de «cansarse» y «mar». La autora explica así la dura vida de Genji en Suma.

para una niña era una gran privación no haber nacido en la ciudad. Y ella parecía especialmente predestinada, debido a que los infortunios de él habían tenido tanto que hacer con el hado de la criatura.

Él envió recaderos con las más estrictas órdenes de llegar en aquel día y no otro. Y con ellos, todos los obsequios que la más fecunda imaginación pudiera haber pergeñado para la ocasión, así como prácticas provisiones cotidianas.

Esta fue la nota de Genji:

La hierba marina,
entre las peñas oculta,
inmutable, compite en este día
en pos de atención
con el lirio.[387]

»Agotado estoy de tanto anhelar. Debéis prepararos para dejar Akashi. No es posible de otro modo. Os prometo que no tendréis que preocuparos del más mínimo detalle.
La faz del viejo monje estaba mojada de lágrimas nuevamente. Y resultaba natural tal aspecto, pues gozaba de longevidad.

Muy elaborados preparativos se habían efectuado para las ceremonias del quincuagésimo día, mas si los enviados de Genji no hubiesen llegado, habrían sido como brocados lucidos de noche.[388]

La nodriza halló que congeniaba con la dama de Akashi, una grata compañera en un destemplado mundo. Entre las mujeres que los padres de la dama, a través de su parentela, habían hecho traer de la ciudad, había varias de no inferior condición a la de la nodriza; mas todas eran ya maduras, personas vacilantes que no podrían servir ya en la corte, y que en efecto habían optado por Akashi en busca de un retiro entre los riscos. La nodriza lucía sus más elegantes galas. Refirió de esto y aquello, según la guiara su femenina sensibilidad, acerca del gran mundo; habló también de Genji y de

---

387. Otro retruécano: *ayame*, «lirio», sugiere también «atención». El quinto día de la quinta luna es la festividad de los lirios.

388. El *Shih Chi* refiere que ser rico y poderoso y no ostentarlo en la aldea natal es como lucir brocados en la más oscura noche.

cómo todos lo admiraban. La dama de Akashi empezó a sentirse importante por haber tenido algo que ver con la pequeña remembranza que él dejara de su paso. La nodriza vio la carta de Genji. ¡Qué extraordinaria buena fortuna había tenido la dama!, pensó, y cuán desdichada en cambio ella fue; mas las ternuras de Genji, también la consolaban en su aflicción.

La respuesta de la dama fue honesta y sencilla.

Perdida está la grulla
en anodina isla,
ni en este día
venís a indagar
y buscarla.

»No puedo asegurar cuán larga una vida oscurecida por solitarios fantasmas, y sólo iluminada por ocasionales notas del exterior, podrá esperarse que prosiga, por lo que debo rogaros que la niña se vea libre de incertidumbre el más pronto día posible.

Genji leyó la carta una y otra vez, y suspiró.

—La distante barca más distante...[389] —Murasaki apartó la vista mientras hablaba, como para sí misma, y no dijo más.

—Dilatáis en extremo aquello. A mí, solamente a veces, la imagen del litoral viene a mi mente, los recuerdos retornan fugaces, y suspiro. Vos estáis tan atenta que no os perdéis un respiro.

Le dejó ver sólo la dirección. La letra habría honrado a la más jactanciosa dama de la corte. Ella pudo ver por qué la dama de Akashi lo hiciera tan bien.

Era penoso que las preocupaciones de él respecto de Murasaki no le hubieran dejado tiempo para la dama de los azahares. Hubo asuntos oficiales también, y ahora él era tan eminente como para desplazarse por el palacio a su antojo. Parecía que todo se mantenía sereno en aquel sector, así que no caviló más sobre ello. Entonces, llegaron las largas lluvias de inicios del estío a poner un velo sobre las cosas y traer una tregua a sus obligaciones. Se dispuso para realizar una visita.

---

389. *Tanka* de la dama Ise, en el *Shinkokinshû*, N° 1048: *Distante, más, parecéis que la más lejana barca, aún más apartada, mientras remando de Kumano se aleja.*

Aunque ella poco lo viera, dependía por completo de él; pero la dama no era del tipo moderno, dada a desahogos repentinos. Él sabía que ella no le sería enfadosa. La casa de ella, por tiempo dilatado abandonada, mostraba un aspecto insólitamente ruinoso. Como acostumbrara, él presentó primero sus saludos a la hermana de aquélla, y, avanzada la noche se trasladó a los aposentos de la dama menor. Él lucía extraordinariamente garboso a la brumosa luz de luna. Ella se sintió muy discordante, mas lo había aguardado fuera, cerca de la galería, cual ave acuática contemplando admirada la noche. Su negativa a consentir que cualquier cosa la turbase era asombrosa.

Si no hubiera visitado
esta avecilla acuática
mi puerta para pasmarme,
¿cómo así a esta ruina
podría venir la luna?

Su dulce voz, apagada hasta el silencio, era en extremo deleitosa. Él suspiró, casi anhelando que no fuera el caso de que cada una de sus damas tuviera algo que advertirle a ella. Ello tornaría la vida en extremo imprevisible.

¿Respondéis al llamado
de toda acuática avecilla?
En tal caso
admitiréis
una luna singular.

»Me inquieta.

No que él sospechara alguna indiscreción de la dama. Ella había anhelado su visita y él bastante la quería.

Ella le recordó la advertencia que él le hiciera al despedirse, que no mirase a la luna entre la niebla.

—Y ¿por qué entonces —pronunció, como siempre, suavemente—, debería haber pensado que yo era infeliz? No es mejor ahora.

Él aludió a los temas habituales (uno se asombraba que aflorasen tan sin esfuerzo) mientras buscaba reanimarla.

Él tampoco había olvidado a la danzarina de Go-sechi, proveniente de Kyûshû. Habría deseado volver a verla, mas era demasiado espinoso preparar un furtivo encuentro. A tal punto se centraban sus cavilaciones en Genji, que su padre había mandado de regreso a cada uno de los pretendientes en ciernes que mostraran interés por ella, quien había decidido no casarse.

Los planes de Genji eran que, una vez que el pabellón del este hubiera sido remozado, contenta y placenteramente, congregaría justamente a tales damas allí, y, si naciese alguna criatura que requiriese una meticulosa crianza, a ellas les pediría que la tomaran a su cargo. La nueva casa estaba sobre el nivel de la previa, tenía más atractivos que la mansión principal del emperador retirado, pues él había designado a funcionarios responsables de inteligencia y buen gusto para consumar la refacción.

Él no había olvidado a Oborozukiyo. Le hizo saber que aquel desafortunado episodio no había ahogado su ardor. Sin embargo, ella había aprendido la lección, y no lo atendió como antes. Genji se sintió muy incómodo y solo.

La vida era grata para el emperador retirado, que había establecido su residencia en el palacio Suzaku. Organizaba agasajos y conciertos según el paso de la estación y generalmente estaba de buen talante. Varias damas seguían aún con él. La madre del Príncipe Heredero era la excepción. Nada conspicua entre las demás, ella no había armonizado con Oborozukiyo. Ahora había vuelto a sí misma. Dejó la compañía del emperador para ocuparse de los asuntos del Príncipe Heredero. En el palacio, Genji ocupaba actualmente los aposentos que fueran de su madre. El Príncipe Heredero tenía el Pabellón de la Pera adjunto a aquéllos, y así Genji se tornó su acompañante y asistente.

Aunque la dama del Fujitsubo no podía reasumir sus previos títulos, se le entregaban emolumentos pertinentes a un monarca retirado. Mantenía una gran servidumbre y se consagraba a su vocación religiosa con suntuoso esplendor. La política de grupos disidentes había obstaculizado en los últimos años sus visitas al palacio, por lo que mucho se había afligido al no serle posible ver a su hijo. Ahora todo se hallaba tal como ella lo deseara.

En cambio, a la dama del Kokiden le había llegado el momento de ser desdichada. Genji se mantenía celosamente prevenido ante las necesidades de la dama del Kokiden. No obstante, ella no mudó sus sentimientos hacia él, a quien tornaba objeto de mordaces diatribas.

El príncipe Hyôbu, padre de Murasaki, durante los malos años, había tanteado complacer a la facción dominante. Genji no lo había olvidado. La conducta de Genji, en su integridad, no era nada vengativa, aunque a veces él mostraba abierta frialdad con el príncipe. La dama del Fujitsubo lo supo, y eso la lastimó e hizo infeliz.

La conducción de los asuntos públicos se había dividido al presente entre Genji y su suegro, para actuar conforme les pluguiere. Las ceremonias, cuando la hija de Tô no Chûjô ingresó a la corte en la octava luna fueron esplendorosas, bajo la enérgica gestión del propio canciller. Se sabía que el príncipe Hyôbu había dedicado todo su tiempo y peculio para disponer el ingreso de su segunda hija al servicio de la corte. Genji hizo conocer que la muchacha no alcanzaría tal honor. ¿Qué habría de hacer el príncipe?

Durante el otoño, Genji emprendió un peregrinaje a Sumiyoshi. Fue una deslumbrante procesión para dar gracias por la concreción de sus plegarias. Desde los del común hasta la alta nobleza, todos rivalizaban por integrar la comitiva de Genji.

Por mera coincidencia, ocurrió el mismo día que la dama de Akashi eligiera para su propia romería al santuario, observancia semestral que esta vez tenía un propósito especial, disculparse por no haber podido presentarse el año previo, o antes en éste. Ella llegó en barca. Al momento en que la nave era atoada, un apabullante conjunto de ofrendas se desplegaba en la playa. El recinto del santuario resonaba con los gritos de los portadores y había danzantes uniformados,[390] todos de muy buen ver.

—¿A quién pertenecerán? —preguntó uno de los criados de ella.

El más bajo paje al que planteó la pregunta rió con ganas.

—¿Quiere decir que alguien no sabe que el ministro Genji ha venido a cumplir sus votos?

390. Los acompañantes de un ministro de estado a toda peregrinación a uno de los grandes santuarios shintoístas danzaban frente al santuario y luego tomaban parte en una carrera de caballos alrededor de él.

La dama quedó atónita. Hubiera podido escoger cualquier otro día menos aquél. Ver la resplandeciente figura de Genji sería sentir su propia condición tan detestable. Mas, a pesar de ello, ella se encontraba vinculada a él por uno y otro lazo, y aquí estaban estos subordinados, totalmente prendados de sí mismos, reflejando la gloria de aquél. ¿A causa de qué delitos y pecados, ella —que nunca cesaba de pensar en él— habría hecho este viaje a Sumiyoshi en este día, sin haber siquiera oído el eco de todo esto? Sólo le quedaba dar media vuelta y tratar de ocultar su aflicción. Las lágrimas le caían por las mejillas sin advertirlo nadie.

Los servidores de Genji era innumerables, sus atuendos de intensos colores[391] y brillantes tonos como hojas de arce o pimpollos de cerezo resaltaban frente al verde oscuro de las pinedas. Entre los cortesanos del Sexto Rango, el verde-amarillento de la secretaría imperial descollaba. El hombre que otrora dijese acres palabras a la sagrada cerca de Kamo se hallaba entre ellos. También, cumpliendo una comisión de la guardia, él mismo poseía una imponente escolta. Yoshikiyo era también uno de los oficiales de la guardia. Parecía particularmente ufano de sí mismo más que todo otro, y en verdad su vestimenta escarlata era imponente. Todos los hombres que ella conociera en Akashi estaban allí, desperdigados entre la multitud, irreconocibles en sus pomposos atavíos, retrato de su prosperidad. Los jóvenes cortesanos incluso habían buscado aventajar unos a otros, enjaezando lujosamente sus corceles, todo lo cual, para los rústicos de Akashi, era un espectáculo inigualado.

Para la dama era un martirio contemplar tal esplendor y no ver al propio Genji. Como al ministro de Kawara[392] se le había concedido el honor singular de una guardia de pajes, diez en total, todos muy airosos, uniformados y brillantemente ataviados, los cordones que ataban sus cabellos, al estilo de todo joven paje, mostraba una elegante mixtura de blanco y púrpura oscura. Yûgiri, a quien Genji nada negaba, incluso había vestido de librea a sus mozos del establo.

391. Los altos funcionarios usaban indumentos de tonos más intensos, de telas maceradas más tiempo en el tinte, al momento de su preparación, y por ende, más costosas.
392. Minamoto no Tôru, alto funcionario cortesano del que los anales registran singulares extravagancias.

La dama de Akashi sintió como que ella contemplase un reino allende las nubes. Su propia niña parecía tremendamente insignificante. Ella se inclinó ante el santuario y oró con mayor fervor.

El gobernador de la comarca llegó para saludar a Genji, y sin lugar a dudas el refrigerio que él había preparado era mucho más exquisito que el de la mayoría de los ministros.

La dama no pudo soportar más.

—Si yo me presentara con mis miserables y pequeñas ofrendas, la deidad escasamente se percataría y pensaría que poco había hecho yo para cumplir mis votos. Pero toda esta romería sería fútil si simplemente diese media vuelta y volviese a casa. Hoy iremos a Naniwa y al menos encargaremos efectuar ceremonias allí.

Sin imaginar lo acontecido, Genji pasó la noche con distracciones varias, que habrían de complacer a la deidad. Fue más allá del agradecimiento por los dones recibidos, adicionando la novedad e ingeniosidad de danzas y melodías sin precedente. Sus más cercanos servidores, hombres como Koremitsu, bien sabían lo mucho que el dios había hecho por ellos. Cuando Genji, sin anunciarse, retornaba del santuario, Koremitsu le entregó un poema:

Estos pinos de Sumiyoshi
cavilar me hacen
en días en los que
vecinos fuimos
de este dios.

Muy a punto, pensó Genji.

Al recordar los temibles
vientos y oleajes,
¿he de olvidar acaso
a este dios
de Sumiyoshi?

»Sí, indudablemente, fue merced de la deidad —hubo una solemne gratitud en tales palabras.

Genji se sintió muy confundido cuando Koremitsu le refirió que una barca había llegado de Akashi, y luego dado media vuelta ante la muchedumbre en la playa. Él la figuró muy infortunada, diciéndose «No lo sabía en absoluto». Nuevamente, el dios de Sumiyoshi parecía haber obrado, pensó. Genji caviló que, al menos, debía remitirle una nota para consolarla, pues ella tendría herido el corazón. Partiendo de Sumiyoshi, él realizó excursiones a otros sitios famosos de la región e hizo celebrar solemnes ritos de purificación en los siete varaderos de Naniwa. Para sí mismo musitó «Olas de Naniwa»,[393] (aunque sin real intención, tornaba imaginable el acto de arrojarse a las aguas) mientras contemplaba las boyas que marcaban el canal de Horie.

Koremitsu, que esperaba al lado del carruaje, logró oírlo. Siempre listo para exigencias inopinadas, sacó un pequeño pincel y papel y los alcanzó a Genji.

Muy estimado sirviente, pensó Genji, mientras trazaba un poema en la hoja de papel que sostenía en la mano.

Firme es el lazo
que a Naniwa nos trae,
de cuyo canal las boyas
a lanzarme
me invitan.[394]

Koremitsu lo envió a la dama con un recadero que conocía los sucesos de Akashi. Cuando la hilera de jinetes se allegó, lágrimas de alegría ella lloró ante tan minúsculo favor:

Fútil venera
ausente entre las preciosas,
¿para qué,
en Naniwa,
por ella lanzarse?[395]

---

393. *Tanka* del príncipe Motoyoshi, en el *Shûishû*, Nº 766*: Olas de Naniwa, si a ellas me arrojare, como la boya del canal sugiere, quizás habremos de encontrarnos.*

394. El nombre de este capítulo *Miotsukushi*, «boyas del canal», surge de esta *tanka* y sugiere dar fin a los propios asuntos, acabar con todo.

395. Hay un retruécano, *naniwa* también quiere decir «insignificante», «sin valor»; *kai* tiene el doble sentido de «concha» o «venera» y de «valer la pena».

Ésta fue la respuesta de ella, a la que atara cordelillos consagrados para la purificación en Tamino.[396]

Atardecía y la vista era subyugante, la marea anegaba la orilla y las grullas llamaban sin cesar desde los alfaques. Él anhelaba verla, fuera lo que fuese que pensara el resto.

Húmedas están mis mangas
tal como cuando
por estas playas erraba.
La isla del Tamino de lluvia
los rocíos no esconda.

Con animada música, él continuó su ronda por los célebres rincones en el camino de vuelta, mas sus cavilaciones fijas seguían en la dama de Akashi.

Mujeres de vida alegre había por aquellos rumbos, y al parecer atraían a jóvenes susceptibles, incluso de los más altos rangos. Resueltamente, Genji apartó la vista. Era su opinión que uno debía moverse solamente impulsado por fuerzas adecuadas, y que los clamores frívolos debían ser rechazados hasta en los asuntos más corrientes. Las poses más estudiadas y seductoras de aquéllas no tuvieron ningún efecto sobre él.

Su comitiva prosiguió su paso. Al día siguiente, siendo uno propicio, la dama de Akashi presentó ofrendas en Sumiyoshi, y de esta guisa, en concordancias con su más modesta condición, dio cumplimiento a sus votos. El incidente había servido sólo para acentuar su abatimiento. Un recadero llegó de parte de Genji, antes de su regreso a la ciudad. Aquél dijo que el señor tenía intención de enviar por ella muy pronto. Ella se alegró y no obstante dudó, temiendo la incertidumbre de navegar allende las islas hasta un lugar al que ella no podría llamar hogar. Su padre también se hallaba inquieto. Pero, la vida en Akashi sería aún mucho más difícil que en los primeros días. Su respuesta fue sumisa pero vacilante.

---

396. Tamino, actualmente en el centro de la ciudad de Ôsaka, urbe que llevara antaño el nombre de *Naniwa*. La palabra *tamino* significa también «capote pajizo, de pescador». El poema de Genji forma un acróstico con el nombre de Naniwa y se refiere a una *tanka* anónima en el *Kokinshû: En la playa de Naniwa, en bajamar, pareciera crecida la marea, pues las grullas cantando vuelan.*

Lo había olvidado: una nueva suma sacerdotisa había sido designada para el santuario de Ise, y la dama de la Rokujô había regresado a la ciudad con su hija. Las atenciones de Genji, su interés por los requerimientos de ella, como siempre eran inmediatos; sin embargo, ella recordaba su frialdad de otros años, y no tenía intención de evocar aquel antiguo dolor y hondo pesar. Habría de tratarlo como a un distante amigo, no más. Por su parte, él no hizo esfuerzo alguno por verla. Lo cierto era que no podía estar seguro de sus propios sentimientos, y su posición en la vida actualmente era tal que no le era dable permitirse ya todo tipo de amoríos como antaño. No tenía ánimo de importunarla. Empero, le habría complacido ver los que los años hicieran de la hija, la suma sacerdotisa. La mansión de la Rokujô había sido conservada cumplidamente. Como era habitual, ella escogió sólo damas del más refinado gusto y cabalmente dotadas para que la acompañaran, y la casa se tornó nuevamente en eje de tertulias de letras y artes. Aunque la vida de ella era, mayormente solitaria, disponía de abundantes goces y diversiones.

Mas, repentinamente cayó enferma. Turbada por un sentimiento de culpa por haber pasado todos esos años en Ise, tan remoto de la ley del Buda, decidió hacerse monja.

Genji canceló todas sus citas, y se apresuró hasta ella. La vieja pasión se había desvanecido, mas ella había sido alguien de importancia para él. Su conmiseración fue interminable. Ella había ordenado un asiento para él, próximo a su lecho. Incorporándose para recostarse sobre un reposabrazos, intentó exponer sus réplicas. Se la veía exánime, y él lloró al pensar que podría morir antes de que él pudiera revelarle el cariño que le tuvo. Ella se conmovió hondamente cavilando que, ahora cuando todo parecía alejarse, él aún se agitase por ella.

Le habló de su hija.

—Ella no tendrá a quién volverse cuando yo hubiere partido. Por gracia, contadla entre las personas que algo para vos significan. Ha sido una de las muchachas más desdichadas, ¡la pobre! Soy ya alguien inútil y ningún bien le supe hacer, pero me digo que si mi salud lo permitiere un tanto, me preocuparé por ella hasta que la torne capaz de velar por sí misma —ella sollozaba y de veras, parecía que la vida la abandonaba.

—Aun si no hubiera sabido de la petición que me confiáis, no habría jamás pensado en dejarla. Justamente os he prestado oídos y por ello me comprometo a hacer todo lo que pudiere por ella. No debéis inquietaros.

—¡Es tan difícil todo! Incluso cuando una niña cuenta con un padre a quien acudir con plena confianza. Mas, sin la madre, la vida podría ser tan atrozmente oscurecida.

—Además, ella debe contar con que ha sido objeto de mi amor[397] —pensó Genji.

—Inevitablemente, las suspicacias habrán de surgir, y otras mujeres usarán de la ocasión para la maledicencia. Son muy desapacibles presagios, lo sé. Pero, por gracia, no permitáis que nada de tal guisa brote en vuestras relaciones con ella. Mi vida ha sido una lección de incertidumbre, y hoy mi sola esperanza es que ella se libre de tanta desgracia.

«Absurdamente expresa recelo a mi persona», pensó Genji, «me tacha de infiel como que fuere el mismo seductor de antes», se dijo. Mas, ella sosegadamente prosiguió.

—Soy una persona más constante y sobria de lo que solía, y me asombra que aún me toméis por una insustancial. Sea lo que fuere uno de estos días será aparente, incluso para vos, el verdadero estado de cosas.

Estaba ya oscuro tras su cortinaje, por lo que se planteó la sugerencia de encender una lámpara. ¿Sería posible? Él se deslizó hacia delante y atisbó por un resquicio del cortinaje. La vio vagamente, reclinada en su reposabrazos, tan hermosa con la cabellera recortada como que fuera un retrato. La imagen de ella lo conmovió profundamente. Y aquella que se hallaba allende, hacia el este de las cortinas del lecho, debía ser la sacerdotisa. Los marcos de su cortinaje habían sido desplazados casualmente hacia un lado. Ella estaba sentada, apoyaba el mentón sobre una mano, en una actitud de sumo desaliento. Aunque no podía distinguirla bien, parecía muy bella. Había gran dignidad en la forma de su cabeza y el fluir de su profusa cabellera, hasta más allá de sus hombros; no obstante su elevación, era también un tipo de belleza tierna y seductora. Sintió agitársele el corazón y recordó los temores de la madre.

—Me siento peor —exclamó la dama—, y temo ser culpable de rudeza si os retuviera más tiempo —una servidora la ayudó a recostarse nuevamente.

---

397. Murasaki usa la forma indirecta *omohoshi bito* 想ほし人.

—¡Cuán feliz sería si esta visita os brindase algún signo de mejora! ¿Cuál es precisamente la naturaleza de la enfermedad?

Ella percibió que había sido observaba.

—Debe vérseme como una bruja… Hay un muy firme lazo entre nosotros, y así debe ser, para que hayáis venido a verme hoy. He sido capaz de confiaros lo que en mi mente guardaba, y no temo ya morir.

—Intensamente me ha emocionado que hayáis pensado en mí como digno de escuchar vuestra última voluntad. Muchos hermanos tengo, mas nunca me sentí cercano a ellos. Mi padre consideraba a la suma sacerdotisa como una de sus hijas y que para mí ella debía ser como una hermana. E hijas propias no tengo, así que ella llenará este vacío en mi vida.

Las atenciones de él fueron cálidas y frecuentes, no obstante, una semana más tarde la dama había fallecido. Consciente otra vez de la incertidumbre de la vida, Genji dio órdenes para la celebración del funeral e inició un retiro. El mayordomo de la sacerdotisa podría haberse ocupado de aquello, pero él fue su principal respaldo.

Rindió una visita a la enlutada. A través de su dama de honor, ella respondió que se sentía absolutamente perdida e indefensa.

—Vuestra madre habló de vos conmigo, y dejó instrucciones, por lo que sería una gran satisfacción si pudiera gozar de vuestra confianza plena.

Las servidoras de ella hallaron que él era tal fuente de fortaleza y recreación que especularon olvidar sus pasadas faltas con indiferencia.

Los servicios fúnebres fueron portentosos, con numerosos ordenanzas enviados desde la mansión de Genji.

Aún guardando retiro, él enviaba frecuentes recados inquiriendo por ella. Cuando hubo recobrado cierta medida de serenidad, ella empezó a despachar sus propias respuestas. No le era fácil corresponder personalmente, por discreción, pero su nodriza y otras doncellas insistían en que sería hosquedad valerse de una intermediaria.

Fue en un día ventoso, de nevisca y aguanieve. Él caviló en lo mucho más miserable que tal clima sería para ella.

«Puedo imaginar», escribió, «lo que estos hostiles cielos os provoquen, y sin embargo…»

Desde cielos de fieros,
incesantes nieve y hielo,
el espíritu de ella vigila
la mansión del duelo.
¡Es mi desconsuelo!

Él había escogido un papel de color azul nuboso, y con minuciosidad añadido los detalles que pensaba podrían interesar a una joven así, que fueron tales como para llenar de asombro.

Ella se mostró reticente en responder, pero sus doncellas nuevamente juzgaron que era impensable contestación por otra mano. Al final, ella escribió un poema sobre un muy perfumado papel de color gris, valiéndose de la fosca textura para fijar el sombreado de sus trazos.

Cual nieve que cae tanta
precaria pues se derrite,
igual quedo yo en el mundo,
lo que mucho me acongoja
sabiendo que incierta soy.

El escrito era de una mano sosegada, discreta, no señaladamente habituada, aunque con una grata, juvenil calidad que revelaba buena crianza. Ella había gozado de un lugar particular en los pensamientos de él, desde que emprendiera la partida a Ise y, ciertamente, ahora nada ya se interponía para poder cortejarla. Mas, como antaño, él ponderaba. La difunta madre buenos motivos tuvo para sus temores, que a él le preocuparan menos que los rumores que circulaban incluso en aquel momento. Él se habría de comportar del modo contrario al supuesto. Sería un modelo de propiedad y solicitud paternal, y cuando el emperador fuese un tanto mayor y mejor prevenido para comprender, la llevaría a la corte. Sin hijas a la mano que tornaran la vida atrayente, se ocuparía de ella como que fuera propia hija. Así, fue más solicito para con sus requerimientos, y eligiendo pertinentemente la ocasión, algunas veces la visitó.

—Pensaríais osado de mi parte que dijese esto, pero no hallo nada mejor que imaginarme como sustituto de vuestra madre. Cada seña que vos me confiéis me complacerá considerablemente.

Ella, de una naturaleza tímida e introspectiva, se resistía incluso a permitir que él la oyera hablar. Sus doncellas eran impotentes para superar tan extrema reticencia. Ella tenía a su servicio varias princesas menores cuya crianza y gusto eran tales que él se sentía seguro de que ella no habría, en absoluto, de sentirse incómoda ni extraña en la corte. Él anhelaba tanto verla y comprobar si sus planes estaban bien cimentados, evidencia quizá de que sus impulsos paternales no se habían alterado. Mas no podía asegurar cuándo habrían de cambiar sus sentimientos, de modo que no dejó entrever atisbo alguno de sus planes. Los miembros de la casa de la princesa se alegraban por tan cuidadosa atención nunca antes brindada, como la que prestara al funeral y a los servicios recordatorios.

Los días transcurrieron en oscuro desfile. Los servidores de él comenzaron a partir de franco. La mansión de ella, próxima a los linderos orientales de la ciudad, estaba en un rincón solitario, entre campos y templos, donde no parecía que alguien habitara; las campanas del ocaso doblaban cada día acompañando los suspiros de él.

Ella y su madre habían sido tan unidas como raramente padres e hijos lo son. Jamás ambas se separaron, ni siquiera brevemente, y fue algo sin precedentes que la madre acompañase a la suma sacerdotisa a Ise. Ella habría rogado que también la llevasen consigo en esta última visita, si hubiera sido factible.

Hubo hombres, de varios rangos, que buscaron hacerle la corte a través de las servidoras de ella. Casi como que él fuera el padre, Genji advirtió a las doncellas que ninguna, ni siquiera la nodriza, debía presumir de tener a su cargo la circunstancia. Ellas fueron muy escrupulosas, pues no deseaban que algún pernicioso informe pudiera llegar a oídos de tan gran caballero, y no permitieron que del entorno que la rodeaba llegase siquiera una misiva del propio Genji.

El ex emperador Suzaku aún guardaba recuerdos de los ritos en el aula mayor con motivo de la partida de ella hacia Ise, y de su belleza, que casi infundía temor.

—Haz que ella venga a mí —había dicho a su madre—. Ella vivirá exactamente como mis hermanas, la gran sacerdotisa de Kamo y las otras.

Mas la dama de la Rokujô había titubeado y así consiguió escapar a la augusta invitación. El retirado emperador Suzaku tenía ya varias consortes de buena cuna, mas la hija de la dama de la Rokujô no contaría con nadie que la respaldara. Él no gozaba de buena salud, adicionalmente, y ella temía que su propia desdicha pudiese aumentar la de su hija. Partida la dama de la Rokujô, las servidoras de la sacerdotisa estaban más aguzadamente al tanto de la necesidad de brindarle un fuerte respaldo. El ex emperador Suzaku mantuvo su intención de invitarla amablemente.

Genji llegó a saber de los designios de su hermano. Sería demasiada coacción que raptara a la princesa, mas de otro lado, Genji lamentaba grandemente que aquella hermosa dama pudiera marcharse de su entorno. Decidió que debía consultar a la dama del Fujitsubo, madre del emperador reinante.

Le confió todas sus cuitas.

—Su madre fue una dama tranquila y reflexiva. Mis días de peripecias fueron los responsables de todo este inconveniente. No puedo deciros cuánto me hiere pensar que ella llegase a odiarme. Murió aborreciéndome, pero mientras yacía agónica, me habló de su hija. Se había dicho bastante ya de mí, deduzco, para convencerla de que yo era aquél a quien debía acudir, y así, controlando su cólera, confió en mí. Pensar en ello me hace querer llorar nuevamente. Me será difícil ignorar tan triste caso, incluso si no me involucrase personalmente, y deseo hacer todo aquello que pudiere para que el alma de aquella pobre dama descanse y se persuada de perdonarme. El nuevo emperador ha alcanzado ya la madurez, aunque es aún muy joven, y a menudo pienso que sería ventajoso si él tuviera alguien consigo que conociese un tanto el mundo. Mas, ciertamente, la decisión es vuestra.

—Es muy considerado y comprensivo de vuestra parte. No es dable ser ingrato con el ex emperador Suzaku, por cierto, pero quizá, sacando provecho de la instrucción de la dama de la Rokujô, podríais pretender que ignoráis los deseos del emperador retirado. En todo caso, él parece haberse dedicado por completo a sus oraciones y las preocupaciones mundanas poco le importan ya. Segura estoy de que si le explicareis la situación él no albergará luego resentimiento alguno.

—Si vos aceptáis la idea, y sois asaz amable como para incluirla entre las candidatas

admisibles, le transmitiré la nueva de vuestra decisión. He meditado grandemente acerca de los intereses de ella y hace ya un tiempo que tomé esta determinación que acabo de confiaros. Los rumores, ciertamente, me afectan.

Él había de actuar como ella sugiriera. Fingiendo desconocer las expectativas del ex emperador Suzaku, llevó a la joven a la mansión de la Nijô.

Refirió a Murasaki esta medida.

—Y —acotó—, ella está justo en la edad como para ser una buena compañera.

Ella se mostró entusiasta. Él prosiguió con la ejecución de sus planes.

La dama del Fujitsubo estaba inquieta por su hermano, el príncipe Hyôbu, que parecía febril por lograr que su propia hija fuera recibida en la corte. Él y Genji no estaban en términos amigables. ¿Qué propuso Genji al respecto?

La hija de Tô no Chûjô, ahora Consorte Imperial, ocupaba los apartamentos del Kokiden, y hacía buena pareja con el emperador. Ella había sido adoptada por su abuelo, el canciller, quien nada le negaba. La hija del príncipe Hyôbu era casi de la misma edad que el nuevo emperador, y la dama del Fujitsubo temía que ambos harían una pareja bastante ridícula, como para que sólo jugasen a la casita juntos. Se sintió muy complacida con el proyecto de que él tuviera consigo una dama mayor que él, y lo hizo saber. Genji incansablemente proseguía su servicio de consejero imperial, asesorándolo en asuntos públicos, para gran satisfacción de la dama del Fujitsubo, pero a la vez administrando debidamente su propia vida privada. La dama del Fujitsubo padecía de mala salud constantemente. Incluso cuando visitaba en el palacio le era difícil permanecer con su hijo todo el tiempo que deseara. Era casi imperativo que tuviese una dama joven, pero mayor que él, para que se ocupase de su persona.

CAPÍTULO XV

蓬生

Yomogiu

La valla de ajenjo

En aquellos días de Suma, de algas en salmuera,[398] muchas damas habían lamentado la ausencia de Genji y anhelado que pronto retornara a la ciudad. Para damas como Murasaki, que sobrellevase un ingenuo amor por Genji, mas cuyo lugar en la vida de él era firme, hubo al menos cartas que comunicaban que se él hallaba bien. Aunque él vestía allá sólo la modesta indumentaria del exilio, Murasaki halló solaz, para su áspero mundo, asegurándose de que fuera conforme a las estaciones. Pero hubo otras muchas menos afortunadas a quienes él no reconociera abiertamente, las que, no habiendo visto su partida al exilio, solamente podían imaginar cómo fue.

La princesa Flor de Azafrán[399] había vivido una existencia de privaciones tras la muerte de su padre, el príncipe Hitachi. Luego aconteció aquel golpe de fortuna. Para Genji fue mera piedad, mas ella, cuyas mangas eran tan deplorablemente angostas, lo juzgó como que de repente todas las estrellas hubiesen caído en su escudilla. Posteriormente, llegaron los días en los que el mundo entero pareció volverse en contra de él. Genji no tuvo ya tiempo para cada una, y tras su expulsión a la lejana Suma, él no se tomó el trabajo de escribir o no pudo hacerlo. La princesa lloró por un tiempo y después de que las lágrimas se secaran, se halló desamorada y desastrada.

—Algunas personas parecen haber cometido todas las faltas posibles en sus previas vidas —rezongaba una de las viejas criadas—. Como que no hubiese sido ya acre asaz

398. La narración acontece entre el otoño de los 28 años de Genji y la cuarta luna de sus 29. La frase inicial recuerda una *tanka* de Ariwara no Yukihira, en el *Kokinshû*, N° 962, ya citada.

399. Ver capítulo VI, *Suetsumu hana*.

el Bendito, repentinamente, concede una pizca de placer, en verdad, bastante más que una pizca, para quitarla de nuevo. ¡Cuán hermoso fue!, podría decirse; así es el mundo, todo está destinado a desvanecerse y precisamente se espera que el cuerpo siga viviendo.

Sí, ha sido muy despiadado de parte del Bendito. Una dama se habitúa al hambre y la privación, pero cuando éstas se ausentan por un tiempo, no parecen ya condiciones habituales ni apropiadas. Las que en algo podían ser de provecho de ella, de algún modo, por propia voluntad, a ella se le unieron, pero de una en una se apartaron luego, y con el paso de los meses, su casa se hizo cada vez más soledosa.

Su huerto, nunca bien atendido, ahora servía de escondrijo a zorros y otras siniestras criaturas; búhos hostigan mañana y noche desde arboledas no podadas. Los espíritus arbóreos temen a la muchedumbre, mas cuando la gente se aleja se adueñan del espacio, como reclamando soberanía. Las apariciones turbadoras se han tornado innumerables.

—En verdad, mi señora, no podemos continuar de esta guisa —expresó una de las pocas criadas que con ella permanecían—. Hay gobernadores de esta o aquella comarca que gustan de viejos huertos y que han puesto los ojos en estos sotos y tierras e inquieren por medio de los vecinos si no podríais ser persuadida de atenderlos. Por gracia, mi señora, considerad vender. Mudémonos a un lugar donde no necesitemos mirar por sobre el hombro con aprensión. Hemos permanecido con vos, mas, no podemos aseguraros cuánto más seremos capaces de hacerlo.

—No debes enunciar cosas tales. ¿Qué pensará la gente? ¿Puedes, de veras, creer que yo habría de vender la mansión de mi padre? Concuerdo contigo, no la hemos mantenido debidamente y a veces yo también miro por sobre el hombro. Pero éste es mi hogar, y lo fue de mi padre, y de algún modo siento que aún está aquí, lo que me consuela —sollozó y se negó a escuchar más.

Los muebles y adornos eran antiguos, pero del más fino acabado, exactamente del tipo que los coleccionistas prefieren. Se rumoreaba que esta y aquella pieza eran de mano de este y aquel maestro, y los coleccionistas estaban seguros de que la empobrecida casa Hitachi sería un blanco fácil.

—Pero, mi señora, todo el mundo lo hace. ¿Por qué hemos de pretender ser diferentes? —cuando su señora no miraba, ellas lucubraban sus propios arreglos.

Ella mucho se enojó al percatarse de lo que pasaba.

—Mi padre los hizo labrar para nos, y no para alguien más. ¿Cómo puedes siquiera soñar que aquella gente horrenda pueda venir a tocarlos? Me mataría pensar que tal fuese, ¡irrespetar a mis padres! No permitáis jamás tales cosas —advirtió a las doncellas.

No había ya nadie más hacia quien ella pudiera volverse en busca de apoyo. Ciertamente, su hermano mayor, un monje, pasaría por allí cuando por azar llegase a la ciudad, pero él no participaba en asuntos prácticos ni elegantes. Incluso entre sus afines él había cobrado fama de un santo desapego del mundo. Él no parecía percibir que las matas de ajenjo y malas hierbas pedían ser podadas. Los juncos estaban tan gruesos que no se podía estar cierto si crecían de la tierra o del agua. Las artemisas tocaban ya los aleros, las enredaderas habían atascado firmemente las verjas, esto quizá brindaba la impresión de una cómoda seguridad si no hubiera sido por el hecho de que los caballos y el ganado habían embestido las vallas tumbándolas, y abierto así improvisadas sendas. Aún más brutales eran los muchachos que en primavera y verano deliberadamente conducían sus bestias por allí. En la octava luna, un año, un tifón particularmente fiero derribó todas las galerías y desvencijó el pabellón de la servidumbre dejando en pie sólo los marcos, tras lo cual, todos los criados se fueron. Ya no se elevaba humo desde la cocina. Las cosas habían llegado a un estado calamitoso. Un vistazo a las marañas del huerto convencía a los ladrones de que el lugar no merecía atención. Sin embargo, los muebles y adornos del salón principal estaban como siempre fueran. No había quién los limpiara ni puliera, ciertamente, pero si la dama vivía entre montañas de polvo era un polvo parejo y distinguido.

Quizás ella había engañado la soledad de sus días con viejos cantos y poemas, pero tales cosas en verdad no eran su fuerte. Es habitual entre las jóvenes que, si bien no señaladamente sagaces, tienen el tiempo entre sus manos para hallar diversión durante el paso de las estaciones, realicen intercambio de mensajes y poemas con almas semejantes a ellas; mas, fiel a los principios con los que su padre la criara, ella no acogía la familiaridad, y mantenía una reservada actitud incluso respecto de personas que habrían celebrado recibir de ella un mensaje ocasional. A veces,

ella abría una manoseada caja de libros para tomar de allí una copia ilustrada de *El Murciélago*, *La Dama Cautiva* o *El Cortador de Bambúes*.[400]

Los poemas de otrora brindan placer cuando se los selecciona con gusto y discernimiento, con afinada atención al autor, la ocasión y la importancia; pero poco hay que pueda interesar a alguien que sólo hojea al azar triviales poemas copiados en amarillento papel de asuntos contables o en pasmosamente cardado y fofo papel de Michinoku. Empero, era solamente aquel conjunto de rollos los que ella hojearía cuando la soledad y el abatimiento la colmaran. Para ella, nada valían los textos ni ritos sagrados, a los cuales se vuelcan los enclaustrados, y pensaba que era degradante hacerlo. En cuanto a los rosarillos,[401] ella no los usaba jamás, aunque verdad era que nadie la visitaba. Ella pasaba la vida obedeciendo lo que su padre mandara.

Sólo Jijû, hija de su vieja nodriza, que la servía como ayuda de cámara, era incapaz de dejarla. Dado que la suma sacerdotisa de Kamo, cuya casa antaño frecuentara en ocasiones, no vivía ya, ella se sentía insufrible y desamparada.

Había una dama, tía materna de la princesa, que permaneció en el mundo y casó con un gobernador comarcano venido a menos. Estaba consagrada a sus hijas, para cuyo servicio había reunido a un buen número de nada indignas mujeres. Jijû ocasionalmente la visitaba pues, después de todo, era de una familia tan próxima a sus padres, y mucho más acogedora que otra de extraños.

La princesa, de naturaleza extremadamente escrupulosa y recogida, nunca se había encariñado con aquella tía, pues le había manifestado cierta petulancia.

—Sé que mi hermana pensaba que yo era la desgracia de la familia —solía referir—; y es tal el motivo porque, como tu madre pensaba que yo mancillaba el honor del clan, no soy capaz de visitarte, a pesar de saber tu situación tan lastimera. —Ella frecuentemente señalaba con énfasis que le sonaba bastante odiosa; no obstante, aquélla escribía de tiempo en tiempo.

400. Sólo el último, el cuento fantástico *Taketori Monogatari,* ha llegado hasta nuestros días.
401. Implemento devoto budista, llamado *juzu* en japonés, sarta de abalorios de entre 108, 54, o 27 cuentas, para implorar o recordar los sutras.

Los hijos e hijas de gobernadores comarcanos son a veces más generosos que los de la alta nobleza, pues imitan sus mejores rasgos; y un vástago de la alta nobleza puede a veces hundirse en una lamentable ordinariez. Así era el caso de la tía, un tipo de persona insulsa, vulgar. Que ella misma había llegado a mirar con desdén. Ahora que la casa de su hermana se hallaba en ruinas deseaba emplear a su sobrina como aya para sus propias hijas, pues aunque la princesa era del tipo anticuado, en verdad, era alguien de quien se podía fiar.

—Ven a visitarnos ocasionalmente —escribió la tía—. Hay mucha gente aquí que anhela escucharte al *koto*.

Y apremió a Jijû que recomendase a su ama que aceptase la invitación. Pero, menos por deseo de resistirse que por una extrema e incurable timidez, la princesa permanecía reticente y el resentimiento de la tía se acrecentó.

El marido acababa de ser designado asistente del gobernador general de Kyûshû. Tras efectuar los arreglos pertinentes para sus hijas, ella debió emprender viaje con él hacia su nuevo puesto.

Estaba deseosa de llevar consigo a su sobrina.

—Será muy lejos de aquí —comentaba, siempre verosímilmente—. No he preguntado por ti tan frecuentemente como hubiera deseado, mas he tenido el alivio de saberte cerca, y me resulta odioso dejarte del todo.

Se mostró vivamente airada cuando la princesa de nuevo no aceptó.

—¡Qué persona tan desagradable! Está convencida de que es mejor que el resto de nosotros. Pues bien, será imposible que el general Genji quiera venir a cortejar a la princesa de la insignia de ajenjo —se quejó así de la princesa.

Entretanto, la corte se excitó con la noticia del retorno de Genji a la ciudad. Se generó agitación, tanto en altas como en bajas esferas, por demostrar completa e incontestada lealtad. En tiempos así uno se percata de la verdad de la vida profundamente, y él dejó pasar el tiempo sin pensar en la princesa de Flor de Azafrán. Era el fin de toda esperanza, caviló ella. Se había afligido por él en su desventura e implorado para que brotasen los pimpollos de la gozosa primavera. Hoy que todos los terrones del suelo se regocijaban, ella oía el jolgorio desde lejos, como que fuera una extraña. En

los más negros días se había preguntado si acaso ella había logrado suscitar alguna transformación en el mundo.[402] Se desengañó, pues la relación entre los dos se mostró vana. Y, a veces, cuando estaba sola, rompía en sollozos.

La tía pensó que ella era una consumada boba. Era tal como predijese que sería. ¿Podría acaso alguno cortejar a quien vivía una mísera, de veras ridícula existencia? Se dice que el Bendito concede su gracia benigna a aquellos libres de pecado, pero aquí la princesa, nada halagüeña, pretende que las cosas sigan siendo como cuando su ilustre padre y su buena madre aún vivían. Algo triste en extremo, ¡evidentemente!

La tía remitió otra nota veraz. «Por gracia, reflexiona y ven con nosotros. El poeta dijo que en tiempos aciagos se desea un viaje a las montañas.[403] Nada atroz habrá de acontecerte si con nosotros vinieres».

La princesa sacaba de quicio a sus doncellas que sólo se deprimían. ¿Por qué no escuchará? Ella no es una persona extraordinaria como se cree, y sin embargo persiste en su terquedad. ¿Cómo superar esto?

Jijû había sido hábilmente halagada por quien quizás era sobrino del nuevo asistente del gobernador general. El enamorado no partiría sin ella, así que, de mala gana, ponderó partir con él. Rogó a su ama que también lo hiciera. Sería una terrible preocupación, le decía, si la dama permanecía allí sola. Pero la princesa aún tenía puesta su fe en Genji, que por tanto tiempo la había preterido. Podían pasar los años, se decía a sí misma, mas, vendría el día en que él la recordaría. Él le había hecho tan amorosas, sinceras promesas, y aunque ahora pareciera su sino el ser olvidada, no habría de ser siempre así. Él recibiría, un día, con el viento, algún barrunto de ella, y cuando lo hiciera, vendría a ella. Así había dejado pasar semanas y meses. Aunque su mansión caía en decadencia mayor, ella resolutamente se aferraba a sus tesoros, e insistía en vivir como siempre lo hiciera. El mundo semejaba día a día más sombrío, y ella sólo lloraba, y lloraba, tornando su nariz tan prominente y brillante como un fresón. En cuanto a su perfil, para la mayoría, era más de lo que se pudiese aguantar mirar.

---

402. Tanka anónima, en el *Kokinshû*, N° 948: *¿Es acaso el mundo / un más triste lugar / de lo que fuera? ¿El cambio ha sido / sólo por mí provocado?*
403. Tanka ya citada, en el *Kokinshû,* N° 951.

Pero no debo abundar en pormenores. Soy persona caritativa, y no quisiera que el mundo pensara que soy burlona.

A medida que cundía el invierno, la dama, literalmente, no tenía ya nada de qué asirse. Genji comisionó una lectura del Sutra del Loto, que fue motivo de habladurías en toda la corte. Haciendo conocer que no tendría clérigos comunes entre los oficiantes, convocó a sabios venerables y eruditos con los que se pudiera contar para saber qué hacer. Entre ellos se hallaba el hermano de la princesa Flor de Azafrán.

A su regreso al monasterio, él pasó a ver a su hermana.

—Fue algo grandioso, tan exuberante y de tan impecable gusto que hizo que uno pensara que la Tierra Pura había descendido a este mundo. Genji debe ser una encarnación del Bendito, o quizás un redentor. ¿Cómo un hombre así puede haber nacido en este mundo de pecado y corrupción?

Y siguió luego su camino.

Ambos eran inusitadamente taciturnos hermano y hermana, incapaces de intercambiar el más intrascendente comentario. Sin embargo, las palabras de él le hicieron una indeleble impresión. Un bendito, un redentor, ¡de veras! Un exquisito salvador, que no se percata de la miseria de ella ni del peligro en que vive. Ella comprendió al fin. Nunca habría de volverlo a ver más.

La tía volvió presurosa en medio de su peor melancolía. Aunque no había sido muy afectuosa con la princesa, llegó cargada de regalos tales como unos juegos de túnicas, en la esperanza de poderla convencer de partir juntas a la alejada comarca del sur. En su carruaje, particularmente grande, llegó sin previo aviso, con aire altivo y desdeñosa postura. Mas pronto se vio conmocionada ante la desolación que yacía frente a ella. Las puertas, fuera de sus goznes, recostadas precariamente, resistían todos los esfuerzos por abrirlas. Incluso las «tres sendas»[404] habían desaparecido entre la maleza, el carruaje se abrió camino por la fuerza hasta un postigo en el frente sur. La princesa, aunque ofendida, hizo que Jijû recibiera a la visitante detrás de cortinajes amarillentos, manchados asombrosamente de negro con el paso del tiempo. Los años

404. Según la tradición popular china hay siempre tres senderos en un jardín de ermitaño.

pesaban ya sobre Jijû. Pues se le notaba ya ajado el rostro. La doncella se mostraba delgada y sin ánimo. Aunque todavía conservaba algo de su vieja elegancia, que hizo que la tía, si bien pensara inapropiado decirlo, desease que hubiera sido hija suya.

—De modo que parto, y debo dejarte. He venido por Jijû. Sé que te disgusto y que no considerarías dar un paseo a la esquina conmigo, pero quizás al menos me permitirás tener a Jijû. Tú, pobrecilla, ¿cómo puedes soportar esto? —ella intentaba nerviosamente llorar, pero no se ocultaba la triunfante sonrisa de la esposa del vicegobernador—. Hasta el último de sus días, tu noble padre me miraba como la desgracia de la familia. Y tal resultó en un alejamiento entre las dos. Mas, rencores no guardo, y aquí me tienes. Siempre has mantenido una reticente actitud y además, merced a Genji, hubo un tiempo en que pudiste imaginar que habrías de vivir como una princesa. Para nosotros comunes este inestable mundo es sólo un lugar en el que deseamos al menos vivir apaciblemente. Antes pensaba que eras una sobrina a la que sería difícil acercarme siendo como soy. Y no he sido diligente en mantenerme en contacto, lo sé, sin embargo tuve la reconfortante conciencia de que estabas cerca y podría ofrecerte un buen apoyo más adelante. Ahora salgo hacia una comarca lejana. Y casi no puedo soportar la idea de dejarte totalmente sola.

La princesa no se fió de términos tan afectuosos. Dio como respuesta unas pocas palabras formales.

—Es amable de vuestra parte que me invitarais a acompañaros. Mas, ¿cómo podré vivir fuera de aquí siendo ignorante del mundo? Me quedaré donde estoy, os agradezco mucho, eso es todo.

—Indudablemente. Es natural que pienses aún como antaño. No existe ninguna más que esté llana a vegetar así, horrorosamente abandonando su vida. Me encantaría saber que el ofrecimiento de Genji transformará este lugar en un palacio luciente como una joya. Pero me indican que en estos días él halla tiempo para la hija del príncipe Hyôbu, y para nadie más. Él siempre ha tenido buen ojo para las damas, me cuentan, pero ellas vienen y van, y a las que puso cuernos para divertirse, dejó visitarlas ya. Además, si caíste en situación tan miserable, ¿ piensas que él te agradecerá por resguardar matas de ajenjo tras lograr el propósito inicial, tu inocencia? Eso no es imaginable, ¿verdad?

La princesa se abatió y rompió en sollozos. Aunque la tía estaba en lo correcto, por cierto, ella pasó el día entero en fútil discusión.

—Bien, déjame tener a Jijû conmigo, ¡sí! —anochecía ya y se daba prisa en partir.

Forzada al final a tomar partido, Jijû lloraba copiosamente.

—Sólo acompañaré a vuestra tía en la ruta, no más, mi señora, pues ella me lo pide. Pienso que lo que ha dicho es la pura verdad —añadió en un susurro—, y a la vez, opino que es muy comprensible que vos no podáis concordar con ella. Me han puesto en un difícil predicamento —Jijû musitó apenas.

De manera que Jijû partía. Ella pensó que la abandonaba incluso aquélla en quien más confiaba, lo que la hizo sentir rencor y tristeza. Pero no había cómo detenerla. La princesa podía gemir solamente, mas sus lamentos y ayes sin bridas se alzaron.

La indumentaria de diario que podría haber ofrecido como presente de despedida estaba amarillenta y mugrienta. Y, ¿qué más había allí, qué señal de gratitud por tan largos años de servicios? Recordó que había conservado su propia hermosa, luenga cabellera cuando la recortara. La colocó en una caja bellamente adornada junto con un tarro de viejo incienso.

Ellos como enredadera
nunca cesarán de atarnos.
Hoy que impensadamente
te retiras a lueñe rumbo,
apartada de mí.

—Inútil persona soy, lo sé, pero las últimas instrucciones de tu madre decían que conmigo estuvieras —lloraba amargamente—. Por cierto, tienes que partir. ¿Pero, que haré de mí sin ti?

Jijû no sabía qué replicar.

—Sí, ciertamente, mi madre… Por gracia, mi señora, no hace falta decir nada sobre esto. Hemos pasado juntas tantos años insufribles... A pesar de ello, ahora lejos he de errar.

La enredadera se corta[405]
entre nosotras,
mas no cesará el afecto
que por vos siento,
a la deidad del camino juro.[406]

»Aunque por cierto no puedo asegurar cuánto más he de vivir.

Mientras tanto la tía refunfuñaba.

—¿No puedes apresurarte un tanto? Oscurece ya.

En un tris, Jijû fue metida en el carruaje. Ella miraba atrás y tornaba a mirar mientras el carro se alejaba.

La princesa quedó más solitaria que nunca. Había dicho adiós a la última de ellas, Jijû, quien no dejara su lado a través de los más arduos años pasados.

—Hizo bien en irse. ¿Cómo podría haberse quedado? Se ha vuelto todo más allá de lo que podamos soportar —incluso las más viejas criadas cuya tarea restante era morir indagaban por alguna mejor posición.

La princesa estaba incómoda al escuchar solamente tales quejas.

Gran cantidad de nieve y cellisca cayó conforme el invierno avanzaba. En otros huertos se derritió, pero en el de ella había tanta maleza que lo impedía, hasta que llegó a semejarse al Monte Haku en Etchû.[407] La princesa se sumergía en un nevado ambiente y sin servidumbre ya. La última amiga con la que podía intercambiar una chanza la había abandonado. Soledosos días y noche ella pasaba cabe una polvorienta persiana.

Genji, habiendo permanecido apartado por tan largo lapso, estaba por completo ocupado en la Nijô. Carecía de tiempo para visitas a damas de menor importancia. Pero sí que, de vez en vez, pensaba en la princesa Flor de Azafrán, y se preguntaba si seguía todavía quizás entre los vivientes. No sentía muchos deseos de irlo a constatar, empero, y el año llegó a su fin.

---

405. Retruécano, la palabra *tamakazura* o «enredadera» se vincula al acto de cortar.
406. Deidad shintoísta guardiana de pasos y cruces.
407. Koshi es el nombre antiguo de una zona del nordeste, el monte Haku se halla en la linde entre las actuales prefecturas de Ishikawa y Gifu. La frase *Koshi no Hakusan* (Monte Haku de Koshi) es el reposo poético (*utamakura*: almohada poética) que permite imaginarse una montaña cubierta de nieve.

En la cuarta luna, él pensó en la dama de los azahares. Y diciendo a Murasaki que tenía un encargo que hacer, se escabulló de la mansión de la Nijô. Caía una ligera llovizna, al término de varios días de lluvia. La luna apareció en un exquisito cielo. Sumido en pensamientos de otras sigilosas expediciones que hiciera, se abría camino a la suave luz lunar del anochecer. Pasó por una casa por entero arruinada, un huerto tan impenetrable, que él se preguntaba si acaso seres humanos habrían roto alguna vez tal silvestre fronda. Pimpollos de glicina colgaban de un enorme pino y ondeaban gentilmente al claro de luna. La brisa trajo un vago, nostálgico perfume, similar mas de algún modo distinto al de los azahares. Se asomó fuera del carruaje. Carentes de respaldo en la desmoronada tapia de barro, las ramas de un sauce caían hasta el suelo en gran desorden. Él había estado allí anteriormente. Sí, era la mansión del príncipe Hitachi. Hizo detener el carruaje y preguntó a Koremitsu, quien siempre lo acompañaba en estas expediciones, si acaso era la mansión del príncipe Hitachi.

—¡Lo es, mi señor!

—Qué etapa tan difícil atraviesa la pobre princesa, me pregunto si aún vive aquí. He pensado en ella, pero sabes lo que la gente diría si intentara verla. Una oportunidad como ésta sería un error dejarla pasar. Ve dentro, por gracia, e inquiere. Pero asegúrate tú mismo antes de proceder. Pasaríamos por tontos si diésemos con la persona equivocada.

Aunque él no lo sabía, había escogido un momento de agudizada sensibilidad. Ella había estado dormitando, y había soñado con su padre. Luego, como que él lo hubiese ordenado. Ella ordenó a alguien que secara el agua de lluvia que había goteado a la planta alta, y a otra que arreglara los cojines. En general, parecía como si ella hubiese reiniciado el cuidado de la casa.

Húmedas aún mis mangas
por aquel que ya muriera
más salpicadas están
por la lluvia que filtrara
de los ruinosos aleros.

Justo fue en aquel momento que Koremitsu indagaba si aún quedaban rastros de ocupación humana en el lugar. No halló ninguno. Había pasado por la casa en previas ocasiones y echado una mirada. Había parecido harto desierta. La luna alumbró brillantemente precisamente cuando se disponía a salir de allí. Vio un par de persianas que eran levantadas y una celosía que se movía ligeramente. Aunque el primer signo de vida fue un tanto atemorizador, él se aproximó y aclaró su garganta para anunciar su presencia.

Luego de una tosecilla, una voz temiblemente añosa replicó:

—¿Quién está allí fuera? ¿Quién sois?

Koremitsu se identificó.

—Querría hablar con Jijû, por gracia, si me lo permitís.

—Jijû partió de aquí, nos dejó. Pero hay alguien a quien podéis llamar, cabal tal como Jijû —la voz era muy, pero muy antigua. Él pensó haberla oído antes.

De improviso, sin ninguna advertencia, de ninguna parte, un caballero en traje de viaje, a todas luces cortés y obsequioso, se presentó. Por largo tiempo deshabituada a visitantes, la vieja criada se preguntaba si acaso era un zorro o alguna criatura igualmente perversa y aviesa.

Él se aproximó más aún.

—Os debo rogar que me digáis exactamente cómo van las cosas por aquí. Si vuestra señora no ha cambiado, entonces los deseos de mi señor por visitarla tampoco lo han hecho. Él halló que no podía pasar de largo por aquí, y ha hecho detener su carruaje afuera. ¿Qué debo decirle? No tenéis nada de qué temer.

Hubo una incierta risilla, y una mujer respondió entrecortadamente:

—¿Pensáis que si ella hubiera cambiado no se habría mudado lejos de esta selva? Por gracia, imaginaos, señor, la situación que inquirís e informad a vuestro amo. Nosotras que deberíamos estar habituadas a ello, ahora pensamos que es la cosa más extraordinaria. Nos preguntamos a nosotras mismas, ¿cuántos otros ejemplos así pueden posiblemente darse en el mundo?

—Veo, informaré a mi señor —temiendo tener una respuesta mucho más larga de lo deseable, Koremitsu retornó al carruaje de Genji.

—Vaya el tiempo que te tomaste —exclamó Genji—. Y, ¿qué encontraste? Habrás tenido que abrirte camino entre la espesa maleza para encontrar algo.

Koremitsu describió la búsqueda que emprendiera y le tomara tanto tiempo.

—Hablé con la tía de Jijû, la vieja señora llamada Shôshô. Habría reconocido su voz en cualquier parte.

—¡Qué modo de vivir! —Genji estaba apenado por haber descuidado a su Flor de Azafrán—. ¿Qué haré? Ha transcurrido tanto tiempo. Estos viajecillos secretos no son sencillos para mí y, si dejo escapar la ocasión, probablemente no habrá otra. Si ella no ha cambiado…

Parecía poco elegante simplemente ingresar. Él habría deseado enviar un sutil mensajillo. Pero recordó cuán lenta era ella para escribir respuestas. Salvo que ella hubiese aumentado la velocidad, Koremitsu tendría que quedarse esperando toda la noche.

—Está muy húmedo, señor. Suponed que esperáis mientras yo despejo un tanto.

Quiere mi voluntad
que senda me abra
entre la alta maleza
e inquiere si ¿un alma
constante allí vive?

Genji habló como para sí y, a pesar de las advertencias de Koremitsu, se apeó del carruaje.

Koremitsu rompía la hierba con un fuete, las gotas que caían de los árboles eran como un gélido chaparrón otoñal.

—Tengo un paraguas —espetó Koremitsu—. Este boscaje lanza los más temibles torrentes.[408]

Los pies y tobillos de Genji estaban empapados. Incluso en los viejos días el paso

---

408. Tanka anónima, en el *Kokinshû*, N° 1091: *Vuestros amos, buenos señores / no deben estar sin paraguas / estos boscajes de Miyagino / lanzan los más temibles torrentes.*

a través de la galería sur había sido más obstáculo que senda. Ahora la galería se había derrumbado, y la entrada de Genji fue de lo más carente de gracia. Él se alegró de que no hubiera testigos.

Habiendo aguardado tanto, pendiente de la esperanza en que algún día él llegaría, la princesa por cierto estaba exultante. Empero, se lamentaba de que él tuviese que verla en tales circunstancias. Los varios atuendos que fueran obsequios de la esposa del vicegobernador habían sido dejados de lado, pues la donante le causaba disgusto. Las viejas criadas los habían guardado en un perfumado arcón chino. Ahora emergían de nuevo, placenteramente aromados. La princesa, no habiendo otro remedio que cambiar de indumentaria, recibió a Genji detrás de aquellos cortinajes amarillos de la última entrevista con la tía.

—Aunque nos hemos sabido tan poco uno del otro —dijo Genji—, no he cesado de pensar en vos todo el tiempo. He aguardado impacientemente algún signo de que vos también lo hacéis aún. Si bien no digo de aquellos tres cedros de Miwa, esta noche, ocultos entre los árboles de vuestra casa,[409] de algún modo siento que las arboledas me atraen. Y así, vos habéis ganado la partida.

Él apartó ligeramente a un lado la cortina. Ella seguía tan tímida y retraída como siempre, él lo pudo ver, y ella no fue capaz de responder de inmediato. Finalmente, impresionado porque él se había abierto camino por entre la maleza, ella se armó de coraje y pronunció unas pocas sílabas.

—Puedo imaginarme que estos últimos años han sido inusitadamente arduos para vos —dijo Genji—. Por mi parte, parezco incapaz de cambiar y olvidar y me interesaría saber a qué punto os emociona que hubiese venido nadando a través de esa maraña, con ningún barrunto de si pudieseis haber cambiado. Quizás os deba rogar que perdonéis mi negligencia. He descuidado a todos y cada uno, no sólo a vos. Me deberé juzgar culpable de quebrantamiento de promesa si acaso hiciere algo que os disgustase —él ingenió las palabras con talante de hondo cariño aunque no lo sintiese tanto realmente.

---

409. Hay retruécano en la alusión a los «cedros de Miwa», que aparecen en los versos finales de la *tanka* Nº 982 del *Kokinshû*, ya citada en el capítulo X, *Sakaki*.

Pero pensar en quedarse sola en su casa, tal como estaba, no únicamente por la arruinada situación de la mansión sino por la suya propia, le hizo cerrar los ojos a la realidad, pues él estaba a punto de salir de su casa y evadirse.

Se veía la glicina
apoyándose en el pino
difícil sin ver pasar ante ella
porque era aquella
la señal de la casa.

Mas, el pino no era aquel que él mismo plantara, sino otro que alguien lo hiciese muchos años atrás, años que semejaban un sueño.

—Sí, han sido muchos años. Las cosas han cambiado, no siempre para bien. Algún día os contaré de mis luchas con la red del marinero y la caña del pescador.[410] Otra cosa que parece rara, ahora que en ello pienso, es mi completa confianza en que vos rehusaríais narrar a nadie la historia de vuestras infelices primaveras y otoños.

He aguardado
y esperado,
vanamente, presiento.
La glicina os trajo,
no el pino paciente.

El amortiguado movimiento tras las cortinas, el tenue perfume que a él llegaba de las mangas de ella, le hicieron concebir que quizás hubiera mejorado un tanto con la edad. La luna poniente radiaba sin estorbos a través de las abiertas puertas, tanto la galería como los aleros se habían derrumbado. Él podía vislumbrar hasta el más distante rincón del aposento. Los muebles, que ella conservaba tal como siempre habían estado, daban la impresión de pertenecer a una más opulenta casa que no el tejado, hundido por el peso de los helechos. Ella era muy diferente de aquella princesa que, según una vieja conseja,

---

410. Alusión a la *tanka* N° 961 del *Kokinshû*, ya citada en el capítulo XII, *Suma*.

destruyera la torre en que vivía, y el contraste resultaba conmovedor. Su temple cara a la pobreza le prestaba innegable sobriedad. Ella, reservada con toda intención; él la apreciaba, tan modesta y elegante. Antes, lamentaba tanto su estado que le asombró que no hubiese olvidado su personal cualidad. Él se enterneció con ella al repasar su propio egoísmo a través de los años que lo distanciaran de ella, involuntariamente.

Tampoco podía la dama de los azahares ser descrita como brillante, vivaz ni de innovador carácter. La diferencia entre ambas damas, de veras, mientras las veía en rápida sucesión, no semejaba ser grande; y con ello, los defectos de la princesa Flor de Azafrán quedaban minimizados.

Como siempre abundaron los obsequios al acercarse el festival de Kamo. Él los distribuyó entre sus diversas damas, como se entendía apropiado, tomando cuidado esta vez para que la mansión del príncipe Hitachi no fuese omitida. Dispuso que administradores y artesanos de su confianza se ocupasen de arrancar las matas de ajenjo y cambiar el desvencijado muro exterior de barro por una nueva cerca de madera. Mas, Genji se mantuvo lejos, temiendo los burlones comentarios sobre su diligencia en buscar a la soledosa dama. Le envió, empero, varias notas sinceras y afectuosas.

Él había ordenado el remozamiento de una casa muy cercana a su propia mansión en la Nijô, y le dijo:

—Estoy planeando trasladar vuestro domicilio a la Nijô, pues buscad doncellas familiares y dad la orden para serviros.

E incluso se preocupó de lacayos y criados presentables. El hogar de remiendos de ajenjo parecía ahora ahogarse en gratitud. Con la mirada en dirección a la celeste mansión de Genji, la casa Hitachi ofreció gracias.

La gente siempre había dicho que Genji escogía mujeres superiores para pasar al menos una noche con ellas. Era bastante extraño: todo sugería que la princesa Hitachi en ningún caso se elevaba más allá de la mediocridad. ¿Qué podría explicarlo? Un lazo atado en una existencia previa, indubitablemente.

La mayoría de las criadas de la princesa, cualquiera fuera su jerarquía en la vida, la habían descartado como más allá de toda redención y se ajetrearon en busca de un mejor empleo. Pero, la dirección del ajetreo se había revertido. Dado que la princesa era

reservada y gentil en extremo con ellas, no le importó readmitirlas. La vida al servicio de gobernadores comarcanos mediocres era ingratamente diferente de aquello a lo que habían estado habituadas. Cierta veleidad se volvió aparente en la prisa con que ellas retornaron.

Cada vez más próspero y poderoso, igualmente Genji se tornó más contemplativo. Sus instrucciones habían sido pormenorizadas, y la mansión de la princesa retornó a la vida. Se veía gente en el portal como en el huerto, el arroyo despejado, las matas de ajenjo recortadas para que la brisa circulara sin escollos. Entre los mayordomos menores de Genji había algunos en los que aún él no se había fijado. Como parecía preocuparse por la casa Hitachi, se les ofreció la oportunidad que ellos buscaban.

La princesa permaneció allí por dos años más, luego de los cuales se trasladó al pabellón del este, en la Nijô. Ahora él podía visitarla en el curso de sus faenas ordinarias. No podría decirse más que él la trataba malamente.

Aunque nadie me lo ha preguntado, querría describir la sorpresa de la esposa del vicegobernador ante este vuelco de los acontecimientos, y el sentimiento de complacencia y vergüenza que no esperara con más paciencia Jijû. Pero sería una molestia, y la cabeza me duele, quizá las cosas ocurren así como un vuelco, se dice, algo me recordará un día para que reanude la historia.

CAPÍTULO XVI

関屋

Sekiya

La garita

El vicegobernador de Iyo se había convertido, al año siguiente de la muerte del padre de Genji,[411] en vicegobernador de Hitachi. Su esposa, la dama del caparazón de cigarra,[412] había partido con él. En aquella lejana comarca del imperio ella llegó a saber del exilio de Genji. No fue que ella no tuviera consideración secretamente hacia Genji, mas no tenía modo de escribirle. Los vientos que desde la cima de Tsukuba[413] soplaban no eran fiables, el parecer y los informes de la capital eran escasos; y así los meses y los años pasaron. Aunque el término de su exilio no fue fijado con precisión, él finalmente retornó a la ciudad. Un año después, el vicegobernador de Hitachi regresaba también a la capital.

Ocurrió el día en que la comitiva de Hitachi se acercaba a la garita de Ôsaka. Genji había emprendido un peregrinaje de acción de gracias a Ishiyama. El ex gobernador de Ki y otros habían salido de la ciudad para recibir al séquito de Hitachi. Ellos llevaron la noticia de la excursión de Genji. Ponderando que la confusión sería enorme si ambos cortejos confluyeran, el vicegobernador partió al alba. Los carruajes de las damas se movían lentamente, empero, y pronto el sol estuvo en lo alto. Cuando alcanzaban Uchiidenohama, en la costa del lago Biwa, los emisarios de Genji estaban despejando el camino. El propio Genji se hallaba ya atravesando las colinas del este de la capital, dijeron. El vicegobernador detuvo sus carruajes bajo los cedros, en la cresta del

411. El episodio transcurre comenzado el otoño, en la novena luna del cumpleaños 29 de Genji.
412. Capítulo III, *Utsusemi.*
413. El monte más alto de Hitachi, al noreste de la llanura de Kantô (donde hoy se yergue Tokio).

altozano de la garita. Desenganchando los bueyes, se sentaron ocultos tras los árboles. Aguardaban respetuosamente al paso de Genji. Aunque espaciada a intervalos, a lo largo del camino, la procesión de Hitachi era impresionante. Las mangas y faldones de las damas asomaban alegremente entre las persianas de quizá diez carruajes, que no daban en absoluto la apariencia de astrosos ni provincianos. Genji pensó en los carruajes que aguardaban la partida de la suma sacerdotisa rumbo a Ise. Oleada tras oleada, sus servidores se turnaron para admirar las mangas y faldones.

Siendo el fin de la novena luna, el follaje otoñal, escarlata o apenas coloreado, las hierbas y flores ligeramente tocadas por la escarcha, eran de una gran hermosura; y los hombres de Genji, que atravesaban la garita en librea de viaje, de damascos y estampado moteado, añadían más colorido aún. Bajada su persiana. Genji envió por Kogimi, el hermano de la dama, entonces oficial de la guardia.

—Ved, he recorrido toda la vía hasta la garita. ¿No debería esto decirle algo a ella?

Afectuosas remembranzas le afluyeron interiormente, mas él debía hacerlo con el más común de los saludos. No mereció tanto.

La dama también se veía asediada de recuerdos, de hechos que ella había guardado para sí en todos esos años.

Fluyeron mientras partía,
lágrimas fluyen a mi torno
como manantial constante
que so la colina no se estanca
donde la garita está.

No tiene caso tratar de explicar lo que ella quiso decir.

Kogimi salió al encuentro de Genji al regreso de Ishiyama para excusarse por no haber estado con él temprano aquel día. Había sido un favorito de Genji, cuyo patrocinio lo había elevado hasta el Quinto Rango. Temiendo, en tiempos del exilio de Genji, que su asociación le fuera perjudicial, había partido a Hitachi con su hermana y su cuñado. Si en los años desde entonces Genji le había perdido afecto, no había señal de hecho tal por su conducta presente. Aunque las cosas no pudieran ser, por cierto,

las mismas nuevamente, Genji lo incluía como uno de su familia. El gobernador de Ki había ascendido a gobernador de Kawachi, y su hermano menor, que fuera despojado de su comisión y partido junto con Genji al exilio, ahora era grandemente premiado. Lástima era el común sentimiento entre quienes, en aquellos días difíciles, se habían rendido a las presiones del tiempo.

Genji dio a Kogimi un mensaje para su hermana. ¡Cuán cuidadoso era él con estos detalles!, pensó Kogimi, cuando nadie se hubiera sorprendido si hubiese olvidado todo lo anterior.

«Me pregunto si se os habrá ocurrido previamente», decía Genji en su nota, «cuán fuerte debe ser el lazo que nos une».

Por acaso, confluimos
junto a la garita
de los encuentros
lástima que el agua fresca
tan estéril sea ya.[414]

»¡Cómo me crispa y envidio al ocupante de la garita! Todo regresa, tras años de silencio. Tengo un modo de rememorar cosas del pasado como que fueran de este mismo instante. ¿Me culparéis acaso de promiscuidad?

El mozuelo, respetuosamente, se encargó de entregarlo.

—Pienso, de veras, que tendríais que darle una respuesta —indicó así a su hermana—. No me hubiera sorprendido si él hubiese mostrado cierta hostilidad, pero es tan atento y comedido como siempre. No podría estar más agradecido. No hace ningún bien a un hombre ser intermediario en asuntos así, mas yo no podría decirle un no a él. Eres mujer, y nadie te reprobará, opino, si le concedes un ápice, respondiéndole.

La dama se había tornado más evasiva con los años, pero era incapaz de ignorar tan notable mensaje.

---

414. Retruécano sobre la frase *kai nashi*, que significa tanto «infructuoso» como «sin conchas», el que vigila la garita no es otro que el marido de la dama, el vicegobernador retornante.

De Ôsaka la garita, con razón,
de los encuentros se llama,
renovamos emociones
al abrirnos el camino
entre espesas arboledas.

»Todo es como un sueño.

Lo enternecedor, lo cargante, Genji no podía echar al olvido ni uno ni otro.

De tiempo en tiempo él envió recados a la dama, en la esperanza de interesarla y animarla.

De repente, ya anciano, el marido cayó enfermo por largo tiempo. Él habló de ella a sus hijos.

—Por gracia, os lo imploro, no le rehuséis nada a ella. Tratadla exactamente como que yo siguiera vivo —no pasaba hora alguna del día sin que él renovase su ruego—. Ella no había sido afortunada; si ahora quedase viuda, ¿qué tipo de desolación la esperaría en adelante? —el marido cavilaba—: Nuestra vida término tiene, ningún remedio hay con que podamos evitarlo. De un modo u otro, deseo que mi alma deje este mundo para que cuide de ella. Poca confianza tengo en que mis hijos no cambien de ideas.

Seguía sintiéndose triste y cuitado, y hablaba abiertamente, mas a la vez pensaba dentro de su corazón. De pronto, no obstante su voluntad de vivir, él murió.

Por un tiempo los hijos parecieron honrar los últimos deseos del padre. La apariencia de afecto y atención, empero, era superficial, hecho que prestamente las circunstancias revelaron. Era tal el modo del mundo; ella lamentaba su infortunio y suspiraba todos los días. Sólo el gobernador de Kawachi, siempre del tipo amoroso, la halagó y le mostró una solicitud extraordinaria.

—Nuestro padre hablaba de vos tan constantemente —comentó—. No debéis sentiros tímida de pedirme lo que queráis. Requerid lo que fuere, aunque me halléis inútil.

Sus intenciones eran evidentes, desconcertantes para una dama tan delicada. Ella no podía imaginar adónde podría llegar si así continuara, en qué maraña se enredaría. Su decisión se manifestó. Sin consultar a nadie, ella se hizo monja.

Sus doncellas, por cierto, quedaron anonadadas. Y el gobernador hasta cierto punto se desencantó y disgustó porque ella lo hallase tan poco de su gusto. Se preguntaba cómo habría de ser la vida de ella en los años venideros. Lo que él comentara pasó a boca de todas como una vacía inquietud pues nada hizo por ella.

CAPÍTULO XVII

絵合

E-Awase

Un torneo pictórico

La dama del Fujitsubo estaba muy ansiosa porque Akikonomu, la previa suma sacerdotisa de Ise, fuera recibida en la corte. Genji[415] sabía que Akikonomu[416] carecía de un respaldo fuerte y confiable, mas no deseando decepcionar al retirado emperador Suzaku, había decidido no llevarla a la Nijô. Haciendo el máximo esfuerzo por parecer apartado e imparcial, asumió la responsabilidad por los procedimientos y actuó en lugar del padre de la doncella al presentarla como consorte expectaticia.

El emperador Suzaku mucho lo lamentó y dejó totalmente de escribirle a ella temiendo perjudicar su buen nombre. Sin embargo, el día de su presentación en la corte él le envió magníficas vestiduras y también otros obsequios, estuches admirablemente forjados, cofrecillos de afeites y cajitas de incienso, así como incomparables combinaciones de resinas en almohadillas aromatizantes, tan singulares que podían olerse allende cien pasos. Puede haber sido que la peculiar atención que él diera a sus presentes tenía que ver con el hecho de que Genji pudiera verlos.

En aquel momento Genji se hallaba allí, y la dama de honor de Akikonomu se los mostró. Él tomó una caja para peines de la más notable confección, fascinante en extremo en cada pormenor. Entre los adornos exteriores de la caja había un poema, escrito de propia mano por el emperador Suzaku:

415. El episodio se desarrolla a partir de la tercera luna de los 31 años de Genji.
416. Hija de la fallecida dama de la Rokujô.

Peines os di,
y lejos os envié,
hoy la deidad
decidido ha que
ajenos seamos vos y yo.

Genji casi se sintió culpable de sacrilegio y se acongojó. Dado el modo de dejar que sus emociones corrieran sin riendas, podía imaginar los sentimientos de Suzaku al partir la sacerdotisa rumbo a Ise, y su desencanto, tras años de espera, cuando ella regresara a la ciudad y todo pareciese estar en orden, no obstante un nuevo obstáculo se interponía. ¿Acaso amargura y resentimiento estropearían la serenidad de su retiro? Bien sabía Genji que él mismo habría estado muy cuitado con algo así. Y había sido él quien llevara a Akikonomu hasta el nuevo emperador, a costas de herir la susceptibilidad del emperador retirado. Hubo un tiempo, ciertamente, en que él estuvo mortificado y disgustado con Suzaku; pero él conocía perfectamente que su hermano era de una naturaleza gentil y sensible. Así, por el momento, sentado se hundía en cavilaciones

—Y ¿cómo debería ella responder? ¿Ha habido otras cartas? ¿Qué decían?

Pero, la dama de honor no semejaba llana a mostrárselas. Akikonomu no se sentía bien y hubiera preferido no dar respuesta.

—Mas, debéis hacerlo. Si no perderíais vuestro encanto y caeríais en irrespeto, señora mía —Genji pudo oír la discusión a través de las persianas y el cortinaje—. Sabéis que le debéis un mínimo de respeto.

—Están en lo correcto —exclamó Genji—. No es posible callar. Debéis dirigirle unas pocas líneas a él, al menos una nota formal.

Aunque su inclinación a no responder era muy fuerte, Akikonomu recordó su partida a Ise. Galán, blandamente atractivo, el emperador sollozó por su inevitable partida; aunque aún era entonces muy niña, ella quedó hondamente emocionada. Y se acordaba de su difunta madre, en aquel instante y en otras ocasiones. Éste (¿y sólo éste?) fue el poema que finalmente ella escribiera:

Largo tiempo ha
una palabra dijisteis.
¡Partid!,
hoy, ¡volved aquí! que más
que antes a lamento suena.

Quizás ella escribiese así, obsequiando abundantemente al recadero de Suzaku según su rango. Genji habría gustado ver su respuesta, pero difícilmente podía expresarlo.

Se encontraba de veras confundido. Suzaku era un hombre tan apuesto que si fuese mujer podía imaginar quedar prendado, y Akikonomu no era una mala pareja para aquél, en modo alguno. En verdad, habrían sido un perfecto par. Por otra parte, el emperador actual era aún muy niño. Genji se preguntaba si acaso Akikonomu no se sentía inquieta por tan incongrua circunstancia. Pero, tarde era ya para detener los procedimientos iniciados.

Impartió meticulosas instrucciones al superintendente de reparaciones del palacio. No deseoso de que el emperador Suzaku pensase que él manejaba los asuntos de la muchacha, hizo solamente una breve visita cortés al momento de la llegada de ella a la corte. Ella había estado siempre rodeada de mujeres hábiles y bien dispuestas, y ahora que aquellas que se fueran habían retornado a ella, tenía ya sin lugar a dudas el mejor séquito en la corte. Genji rememoró a la dama de la Rokujô, la finada madre de la moza. ¡Con qué sentimiento de orgullo habría supervisado los quehaceres de su hija en la corte! Él pensaba que la partida de la madre había sido una gran pérdida, no obstante que él no la amara particularmente. Ella había tenido escasas rivales. Sus gustos habían sido genuinamente superiores, y por ello estaba en sus pensamientos durante aquellos días.

La dama del Fujitsubo se hallaba también en el palacio. El emperador había oído que una delicada dama acababa de llegar, y su agitación fue de lo más sugestiva.

—Sí, ella es espléndida —dijo su madre—. Debéis conduciros de la guisa mejor cuando la conozcáis.

Él temía que con una dama de más años que él pudiera no ser fácil de dialogar. Era avanzada la noche cuando ella se presentó ante él. Ella era pequeña y de suaves

rasgos, parecía tranquila y en pleno control de sí misma, en general dio una muy grata impresión al emperador. Su compañera favorita era la pequeña hija de Tô no Chûjô, que ocupaba los aposentos del Kokiden. La recién llegada, tan calma y dueña de sí, hizo que él se pusiese a la defensiva, y entonces Genji se comportó con ella con tal solemnidad que el emperador se vio atraído a asumir tal solemne catadura. Si bien distribuyó su noche, imparcialmente, entre las dos damas, prefirió los aposentos del Kokiden para los divertimentos diurnos. Tô no Chûjô tenía planes ambiciosos para su hija y se mostraba preocupado por la nueva competidora.

El emperador Suzaku tenía dificultades para resignarse a lo ocurrido. Genji llegó un día de visita y sostuvo con él una larga y afectuosa conversación. El emperador Suzaku, que hablara más de una vez con Genji acerca de la partida de la sacerdotisa a Ise, volvió a mencionarlo, aunque con cierta circunspección. Genji no dejó entrever abiertamente que él conocía lo sucedido, pero trató el asunto de modo que pudiese soslayar mayores observaciones de su medio hermano. Era claro que el emperador Suzaku no había dejado de amar a la muchacha, y Genji se sentía muy arrepentido por lo que hiciera. Sabía y lamentaba que no habría de ver por sí mismo la beldad que semejaba tener tan poderoso efecto sobre todo aquel que la viera. Akikonomu no permitía el más breve atisbo. Y así, ciertamente, él se hallaba fascinado. Él se ocupó de convencerlo de que ella estaba muy cerca de la perfección.

El emperador poseía dos damas y no había ya lugar para una tercera. Los planes del príncipe Hyôbu de enviar a su hija a la corte, naufragaron. Sólo podía esperar que conforme el emperador se hiciera maduro asumiría una más receptiva guisa. La contienda entre ambas damas era cordial.

El emperador amaba el arte más que ninguna otra cosa. Prefería contemplar pinturas y él mismo pintaba bellamente. Akikonomu también era una artista consumada. Él visitaba cada vez con mayor frecuencia los aposentos de ella, donde ambos se ponían a pintar para regalarse. Los favoritos de él, entre los jóvenes cortesanos, eran pintores y estudiantes de pintura. Le deleitaba observar a su nueva dama, tan hermosa y elegante, mientras al acaso trazaba un boceto, pensando y repensando el tema una y otra vez. Cada vez gustaba más de ella.

Tô no Chûjô se mantenía bien informado. Hombre decidido con fuerte instinto de competición, estaba determinado a no perder esta lid. Él congregó a maestros de pintura y les dijo exactamente lo que deseaba, dándoles los mejores materiales para la labor. Como opinaba que las ilustraciones sobre obras de autores afamados podían siempre servir de referencia, eligió a sus favoritos y puso a sus pintores a ilustrarlas. También comisionó pinturas para las estaciones y mostró considerables dotes para los epígrafes. El emperador gustó de ellas y quiso compartir su placer con Akikonomu; pero Tô no Chûjô no se mostró dispuesto, ocultándolas con cuidado, al decidir que las pinturas no habrían de salir de los aposentos del Kokiden.

Genji sonrió.

—Él era de similar talante cuando era mozo, y en muchos respectos aún lo sigue siendo. No pienso que fuera un muy diestro modo de tratar a Su Majestad. Le enviaré toda mi colección y le dejaré hacer lo que le plazca con ella.

Todos los arcones y estuches de la Nijô fueron rebuscados para de ellos obtener rollos pictóricos viejos y nuevos, y Genji y Murasaki se pusieron a escoger aquellos que mejor se adecuaban a la boga del momento. Había interesantes y conmovedoras imágenes de aquellas tristes damas chinas Yang Guifei y Wang Chao-chün.[417] Genji temía, sin embargo, que los temas fueran poco auspiciosos.

Pensando que era una buena ocasión para mostrárselos a Murasaki, sacó a relucir sus cuadernos de bocetos y diarios de su exilio. Cualquier dama moderadamente sensible habría dejado correr las lágrimas. Para Murasaki, aquellos días habían sido de interminable penar, no olvidado aún. ¿Por qué, ella preguntó, no le había permitido verlos previamente?

417. Yang Kuei-fei (Yang Guifei), concubina del emperador de la China Tang Hsüan Tsung (Xuanzong, 712-756 d.C.), que muriera colgada de un peral en flor por complotar contra el trono, incitando a una rebelión en su comarca natal. La dama Wang Chao-chün, miembro del serrallo del emperador de la China Han Yuandi (49-33 a.C.), entregada a los hunos, por haber sobornado a los artistas que pintaran feamente a otras damas del serrallo.

Mejor pintar
aquellos parajes
del abra do los pescadores moran,
que lejos llorar
sola, totalmente sola.[418]

»Pienso que la incertidumbre podría haber sido menos cruel.

Era cierto.

Ahora más que entonces,
en los angustiosos días,
lágrimas derramo cuando
las oleadas de aquéllos
a mí vuelven.[419]

Él debía hacer que la dama del Fujitsubo los viera. Eligiendo los rollos más presentables, aquellos en los que la vida en tales orillas aparecía más vívidamente, él halló que sus pensamientos retornaban a Akashi.

Al saber de los afanes de Genji, Tô no Chûjô redobló sus propios esfuerzos. Casi se superó con la adición de todos los accesorios, bobinas, monturas, cuerdas y demás. Era ya a mediados de la tercera luna, un tiempo grato, de aire delicioso, cuando cada cual parecía feliz y en paz. Era también una temporada tranquila en la corte, cuando todos parecen hallar solaz en tales pasatiempos. Tô no Chûjô vio la oportunidad de llevar al joven emperador a nuevos arrobamientos. Él había de ofrecer su colección para el escrutinio imperial.

Tanto en los aposentos del Kokiden, como en los del Pabellón del Ciruelo, de Akikonomu, había pinturas en interminable variedad. Ilustraciones de viejos idilios parecían interesar al pintor y al espectador. Akikonomu prefería aquellos temas clásicos, determinados y seguros, mientras que en el Kokiden se dio orden a los pintores de que escogieran los motivos de costumbre, más a la moderna, así como temas que tuvieran

418. Retruécano con la palabra *kata* indica «modelo» y «abra».
419. Retruécanos: el sufijo *me* de *ukime* («angustia») alude a «alga»; *namida* («lágrima») sugiere «oleada».

algo muy sugestivo. Para el fortuito observador podría haber parecido por ello que esta colección era la más brillante y estilizada. Entre las damas de la corte, las conocedoras habían hecho de la apreciación artística su responsabilidad mayor.

La dama del Fujitsubo gustaba del arte por naturaleza y no prestaba atención a la práctica religiosa, rehusándose a dejar de lado su predilección por el arte. Al oír las acrecentadas controversias estéticas, le vino a la mente una idea: dividir a las damas en dos bandos.

A la izquierda, estaría el Pabellón del Ciruelo o la facción de Akikonomu, con las damas Heinaishinosuke, Jijû no Naishi y Shôshô no Myôbu;[420] a la derecha o la facción de la joven del Kokiden, Daini no Naishinosuke, Chûjô no Myôbu[421] y Hyôe no Myôbu. La dama del Fujitsubo escuchaba con gran interés conforme cada una exponía sus opiniones. Todas eran dotadas estudiosas del arte.

La primera contienda ocurrió entre una ilustración para el *Taketori Monogatari*,[422] el ancestro de todos los relatos en prosa, y una escena centrada en Toshikage, personaje del *Utsubo Monogatari*.[423]

De la izquierda vino esta opinión:

—La historia ha estado con nosotras por muy largo tiempo, tan familiar como el cultivo de bambúes antes de nosotras. No hay mucho en ella que pueda tomarnos por sorpresa. Empero, la princesa de la luna sí que evitó mancharse con asuntos de este mundo, y su soberbio destino la llevó de regreso a lejanos cielos; y así, quizá, debemos aceptar que hay algo augusto y legendario en tal narración, más allá del alcance de mujeres bobas y vanas.

Y esta otra, de la derecha:

—Pueda que sea como decís, que ella regresó a un reino allende nuestra vista, asaz lueñe para nuestro entendimiento, pero también debe ser dicho esto: que en nuestro mundo ella vivió en un tallo de bambú, hecho que sugiere más bien un dudoso linaje.

---

420. Parienta de un comandante de la guardia (*Shôshô* 少将).
421. Parienta de un capitán de la guardia (*Chûjô* 中将).
422. Cuento del Cortador de Bambúes, la más antigua narración fantástica nipona, de autoría anónima, escrita en la primera mitad del siglo X.
423. Cuento del Árbol Hueco, relato mixto, de fantasía y realismo, de mediados del siglo X.

Ella exudaba un resplandor, se nos dice, que anegaba de luz la casa de su padre adoptivo; mas, ¿qué es aquello comparado con la luz que fluye en estas muy cercadas estancias y pabellones? El señor Ooshi Abe dilapidó un millar de piezas de oro y otro tanto en un desesperado intento de adquirir la piel de la rata de fuego, y en un instante ardió en llamas, una conclusión harto decepcionante. Ni es muy edificante, en verdad, que el príncipe Kuramochi, que debía haber sabido cuán bien informada estaba la princesa en estos asuntos, hubiese fraguado una rama enjoyada convirtiéndose él mismo en un fraude también.

La ilustración del *Taketori Monogatari*, por Kose no Omi[424] con una frase de Ki no Tsurayuki, montada sobre seda china, con una cubierta color púrpura y una bobina de sándalo, nada interesante era al fin y al cabo.

—Ahora veamos la otra. Toshikage fue afligido por tempestades y oleajes, y arrastrado a ignotos parajes, pero finalmente trabando conocimiento con el emperador de la China Tang retornó a casa, una vez que sus prestezas musicales enviaron su fama de regreso por sobre las aguas y en adelante, a través de los siglos. Esta pintura, con buen suceso, mezcla lo chino y lo japonés, lo viejo y lo nuevo y, afirmo, no tiene rival.

Sobre tieso papel blanco con tapa azul y un carrete de jade amarillento, fue obra de Tsunenori y ostenta una frase de Michikaze.[425] El efecto fue deslumbradoramente actual. La izquierda tuvo que admitir su derrota.

Los *Ise Monogatari*[426] fueron confrontados con el *Jôsammi Monogatari*.[427] Ninguna decisión se logró al respecto. La pintura presentada por la derecha fue, nuevamente, brillante, vivaz retrato de la existencia actual, incluso detalles del propio palacio, muy elogiable.

---

424. Hijo del artista Kose no Kanaoka, activo a comienzos del siglo X.

425. Tsunenori, pintor de la corte en la primera mitad del siglo X. Ono no Michikaze o Tôfû, uno de los tres grandes calígrafos de la época Heian, también del siglo X.

426. *Cuentos de Ise*, primer ejemplo del género *uta monogatari* o cuento poético, anónimo de comienzos del siglo X; narra en versos, con breves nexos en prosa, los lances amorosos del caballero poeta del siglo IX Ariwara no Narihira.

427. *Cuento de Jôsammi*, texto literario Heian perdido, cuyo contenido se desconoce.

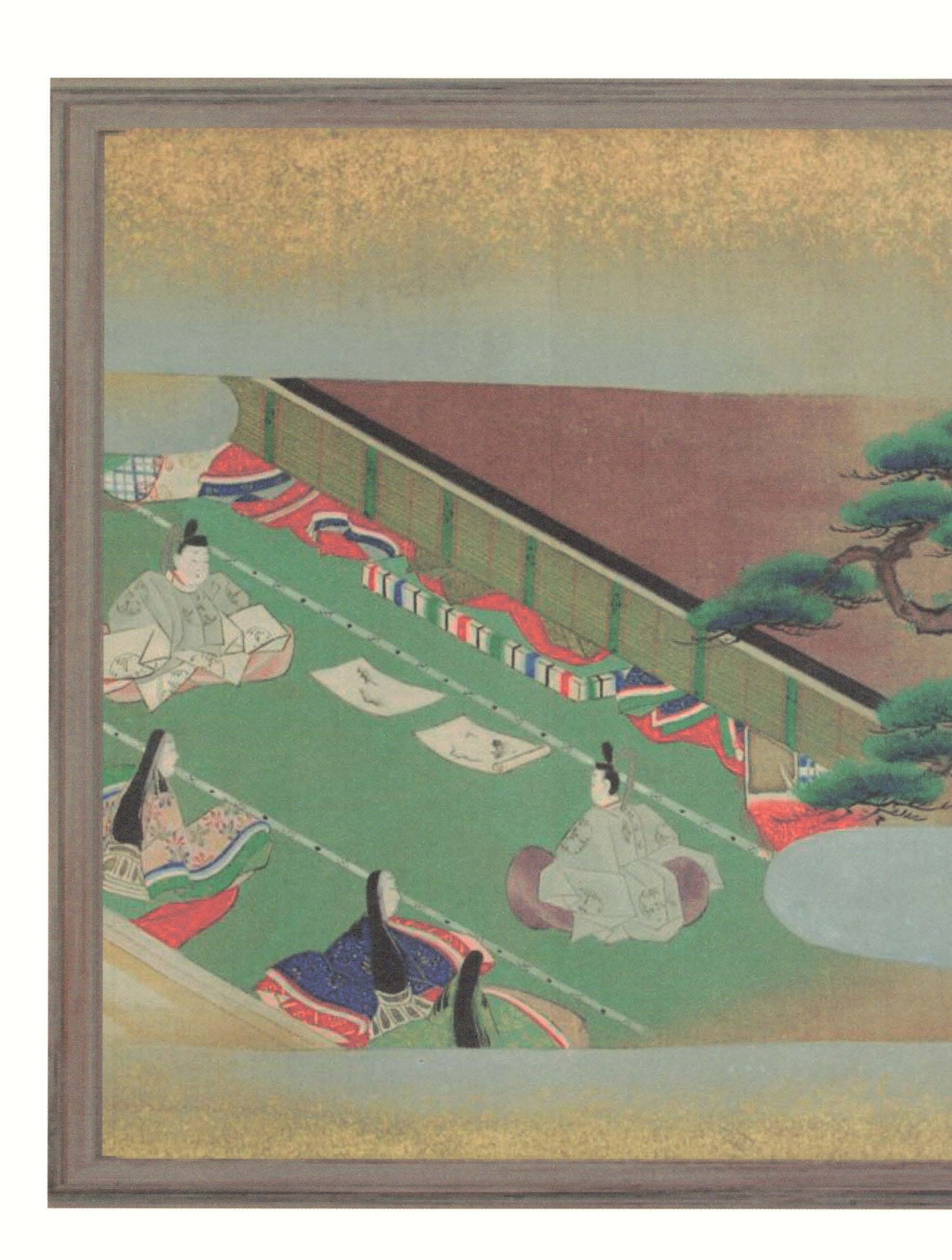




Ilustración del capítulo XVII «Eawase», en el *Genjimonogatariemaki*, por Kanou Yusei (colección del archivo Kuyou, 早稲田大学 Waseda Daigaku).

Habremos de olvidar
cuán hondo es el mar
de Ise, si las olas
nuestras viejas huellas
arrastraron ya.

Fue Heinaishinosuke, en defensa de la causa de la izquierda; aunque sin gran fogosidad ni elocuencia.

—¿Son las proezas del señor Narihira empequeñecidas por una menor historieta de amor de sólo cierta sutileza y verosimilitud?

A este Jôsammi
alto por encima
de augustas nubes
el hondo mar impenetrable
semeja asaz somero.

Era Daini, que hablaba por la derecha.

La dama del Fujitsubo emitió opinión:

—Si bien puede admirarse el ufano espíritu de la dama Hyôe, ciertamente que no se desearía hostilizar al señor Narihira.

A primera vista
las borlas de algas
añejas parecen,
mas la fama de los pescadores de Ise,
¿cómo la podríamos menguar?

Y de esta guisa, poema respondió a poema en una infinita disputa femenina. Las más jóvenes y menos experimentadas deseaban contemplarlas abiertamente; pero se había elaborado previsiones de seguridad, e incluso a las damas de mayor jerarquía no se les permitió ver sino una mínima parte de las exquisitas pinturas.

Genji pasó por allí y mucho se distrajo. Si era así todo lo mismo, acotó, ¿por qué no efectuar el juicio concluyente en presencia del emperador? Había ideado una inspección imperial desde el principio, de modo que le tomó no pocas molestias hacer su propia selección, en la que incluyera rollos propios de sus pinturas de Suma y Akashi. Tampoco habría de dar a Tô no Chûjô bajas notas por su esfuerzo. La ocupación principal de la corte en aquellos días fue el coleccionar pinturas evocadoras.

—Pienso que es echar a perder la diversión el hacerlas pintar adrede para esta lid —comentó Genji—. Opino que deberíamos limitarnos a aquellas que poseemos ya por largo tiempo.

Ciertamente, él se refería a Tô no Chûjô y su encubierto taller pictórico.

El emperador Suzaku supo del alboroto y dio a Akikonomu algunas de sus propias pinturas, entre ellas, representaciones de festividades cortesanas para las cuales el emperador Daigo había caligrafiado las frases pertinentes; y en un rollo que describiera eventos de su propio reinado aparecía la escena, para él inolvidable, de la partida de Akikonomu a Ise. Él mismo había repasado los bocetos y la pintura terminada, que ordenara pintar a Kose no Kinmochi,[428] muy ceñida al acontecimiento como él esperara. Se hallaba en una caja, completamente a la moda, de madera de áloe calada con rosetas que acentuaban su belleza. Él mandó a ella un recado verbal a través de un capitán de la guardia, asignado privadamente a Suzaku, acompañado sólo de estos versos, junto a una pintura de la solemne llegada al Aula Mayor:

Aunque hoy moro
allende el sacro confín,
mi corazón allí está
consagrándoos
a las deidades.

Requería una respuesta. Plegando una esquina de uno de las sagradas crestas,

428. Artista nieto del maestro Kanaoka.

Dentro de estos
sacros recintos
todo ha cambiado.
Íntimamente añoro
mi servicio a las deidades.

Allí ató ella el poema y lo envolvió en un papel chino azul, recompensando al recadero exquisitamente.

El emperador Suzaku quedó hondamente conmovido y anheló retornar a sus días en el trono. Estaba enojado con Genji, que quizá gozaba ahora de una blanda forma de venganza. Parecía que el emperador Suzaku había enviado un gran número de pinturas, a través de su madre, a la dama del Kokiden. Oborozukiyo, otra amante del arte, también había reunido una distinguida colección.

Fue señalado el día. La cuidadosa naturalidad de todos los pormenores habrían hecho justicia a preparativos mucho más sosegados. El sillón imperial fue ubicado fuera, provisionalmente, en el salón de estar de las damas, y las damas se alinearon al norte y el sur de él. Los asientos de los cortesanos, frente a él y a los lados. Las pinturas de la izquierda, en cajas de sándalo rojizo, sobre peanas de madera de *sappan* con vacilantes patas. Brocados chinos color púrpura se extendieron bajo las peanas, cubiertas de delicados paños chinos bordados en tono lavanda. Seis niñitas se sentaban detrás, con vestes rojas y chaquetas blancas forradas en rojo, de las que asomaba el interior rojo y lavanda. Se advirtió que eran extraordinarias la preparación y las vestimentas que lucían. En cuanto a la derecha, o bando del Kokiden, las cajas eran de denso áloe y las peanas de áloe ligero. Brocados coreanos de color verde cubrían las peanas y los gallardetes y las vacilantes patas, todos eran del más pomposo estilo. Las niñitas servidoras vestían túnicas verdes y sobre ellas chaquetas blancas, forradas en verde, y sus camisolas de tono verde grisáceo, forradas en amarillo. De lo más solemnemente ellas colocaron en fila sus tesoros. Las doncellas del emperador vestían los mismos uniformes de cada bando y estaban delante a la izquierda, y detrás a la derecha.

Genji y Tô no Chûjô estaban presentes, invitados por el emperador. El príncipe Hotaru, hombre cultivado y de buen gusto, especialmente conocedor del arte pictórico, había tomado asiento no conspicuo entre los cortesanos. Quizá Genji sugiriera que se le invitase. Fue deseo del emperador que él actuase de árbitro. Él halló casi imposible transmitir sus decisiones. Viejos maestros habían pintado ciclos de las cuatro estaciones con fluidez, gracia y energía poco común, así como con un admirable sentido de unidad; pero ellos a veces parecían no tener más espacio disponible, de modo que el observador tenía que imaginar la plena grandeza de la naturaleza por sí mismo. Algunas de las pinturas más recientes y superficiales, cuyo fuerte era la destreza e ingenio de los trazos y un cierto impresionismo, no parecían marcadamente inferiores a las previas, y a veces, de veras, semejaban a la cabeza de aquélla, en brillantez y jovialidad. Varios puntos positivos se expusieron a favor de unas y otras.

Las puertas a la estancia del desayuno, al norte de los salones de recibo de las damas, habían sido descorridas, para que la dama del Fujitsubo pudiese observar el proceso. Habiendo admirado por largo tiempo el gusto de ella por la pintura, Genji anhelaba que se la persuadiera de dar a conocer su parecer. Cuando, si bien infrecuentemente, él no estaba enteramente satisfecho con alguna apreciación del príncipe Hotaru y ofrecía su propia opinión, lo hacía de modo que todo apareciese prolijamente delante de él.

Llegó el atardecer, y aún el príncipe Hotaru no había emitido una decisión final. En su última presentación, el bando de Akikonomu expuso un rollo que describía la vida en Suma. Tô no Chûjô quedó desconcertado. Conocedor que el turno culminante había llegado, el bando del Kokiden también sacó a relucir un notable rollo, pero no poseía la segura delicadeza con que Genji recogiera la impresión de aquellos años. La asamblea, el príncipe Hotaru y el resto, permanecieron en silencio, intentando refrenar las lágrimas. Ellos se habían lamentado por él e imaginado que sufrían con él; y ahora veían cómo había sido realmente. Tenían ante sus ojos la inclemencia de aquellas anónimas playas y calas. Aquí y allá, no tanto abiertas descripciones como sí impresiones poéticas, aparecían frases en cursiva, en chino y japonés. No había ya motivo para volver a la pintura ofrecida por el bando de la derecha. El rollo de Suma impedía contemplar ninguna otra pintura. El triunfo de la izquierda era completo.

Se acercaba la alborada y Genji sintió una vaga melancolía. Conforme pasaban las rondas de garrafas de licor, él se hundió en sus remembranzas.

—De niño, mucho me esforcé en mis estudios chinos, tanto que mi padre pareció temer que me convirtiera en erudito. Él pensaba que podía deberse a que la erudición rara vez atrae amplia aclamación, dijo, añadiendo que escasamente había visto que fuese acompañada de felicidad y larga vida. En cualquier caso, juzgó que era en vano en mi caso, pues la gente me habría de notar hiciese o no alguna cosa. Él mismo asumió el papel de mi mentor en asuntos no relacionados con los clásicos. No creo que pudiera haber sido tildado de inepto en ninguna disciplina, pero tampoco sobresalí en alguna en particular. Fui un mero diletante, y sin embargo, hubo veces en que sentí una extraña urgencia de hacer algo de veras bueno. Entonces, llegaron mis años en provincias y el ocio para examinar aquel notable litoral. Todo lo que requería era el poder de expresar lo que veía y sentía, y por ello es que he guardado mis insuficientes esfuerzos fuera de vuestro alcance hasta hoy. Me pregunto —acotó, volviéndose hacia el príncipe Hotaru—, si mi presunción de sacarlos a la luz establece un precedente de impertinencia y petulancia.

—Es una verdad en todo arte —indicó el príncipe—, que no logrará ser consumado nunca si no se pone el alma entera en él. Cierto es también que en cada arte que valga dominar (aunque de veras la palabra «dominar» contiene toda una gama de grados y etapas) las evidencias del esfuerzo son aparentes en los resultados. Hay dos recónditas excepciones, el manejo del pincel[429] y el juego del *go*, en las que la habilidad natural semeja la única cosa que verdaderamente cuenta. Una sencilla habilidad puede, claro está, ponerse en modesto uso. Una persona bastante común que no haya trabajado ni estudiado suficientemente puede pintar un cuadro decente o jugar una decorosa partida de *go*. A veces, las mejores familias de improviso producen alguien que parece hacerlo todo bien —ahora, dirigiéndose a Genji—. Nuestro padre fue preceptor de todos nosotros, pero opino que él asumió tal papel seriamente sólo cuando tú fuiste el discípulo. Ni qué decir tiene que aprendí los caracteres chinos y la poesía, aparte de,

429. En la pintura y la caligrafía.

primero, el *koto kin*, luego la flauta y el otro tipo de *koto sou*.[430] La pintura parecía más divertimento que estudio, algo en que bastaba dejar que el pincel hallase su camino, cuando la poesía te había desgastado ya. Y he aquí los resultados. Eres convicto de haber dibujado tan perfectamente pues hasta nuestros artistas de profesión, todos, se apartan y ocultan el rostro.

El príncipe quizá se había excedido de copas. En cualquier caso, pensar en el finado emperador, le había traído un nuevo desborde de lágrimas.

Un cuarto creciente lunar había remontado ya, no llegaba todavía su luz hasta donde ellos estaban, mas el cielo del oeste relucía tan hermoso que se ordenó que trajesen instrumentos musicales de la colección imperial. Tô no Chûjô eligió el *koto* japonés.[431] Se tenía a Genji como el más refinado intérprete de la corte, mas Tô no Chûjô estaba muy por encima del común. Genji escogió el *koto* chino *kin*, también tañó el *koto* chino *sou* el príncipe Hotaru, y Shôshô no Myôbu tomó un laúd. Cortesanos con buen sentido del ritmo se pusieron a marcar el compás, y a la postre ciertamente se hizo un muy buen concierto. Rostros y flores emergieron vagamente al despuntar el alba, y en un cielo claro, las aves canoras gorjearon. Aportaron presentes desde los aposentos de la dama del Fujitsubo. El propio emperador otorgó una vestidura al príncipe Hotaru.

Escudriñar y criticar los diarios de Genji se había convertido en asunto de la corte. Él pidió que se diera sus pinturas del litoral a la dama del Fujitsubo. Ella ansiaba ver qué acaeció antes y qué sobrevino después, mas él expresó que, en su debido tiempo le mostraría todo. El goce que él procurara al emperador lo fue también para el propio Genji. Incomodó a Tô no Chûjô que Genji favoreciera tanto a Akikonomu. ¿Acaso cambiase el corazón del emperador? Mas él se confortaba con la idea de que el emperador no había olvidado su propia parcialidad inicial por la joven del Kokiden. Con certeza, ella no sería echada de lado.

---

430. El *koto kin* 琴 tiene cerca de 120 cm de largo y 7 cuerdas. El *sou* 箏 tiene cerca de 180 cm de largo y 13 cuerdas, de caja de resonancia delicada hecha de arce, con que se regula el sonido. Ambos llegaron a la corte de la primera capital, Nara, provenientes de la China Tang, en el siglo VIII.

431. *Yamatogoto* 倭琴 o *wagon* es el *koto* más antiguo que llegara al Japón, mide alrededor de 190 cm, y es fabricado en madera de paulonia.

De otra parte, Genji poseía un hondo sentido de la historia y anhelaba que aquélla se tornase en una de las eras en que se da comienzo a las cosas. Por consiguiente, se puso muchísimo cuidado en las celebraciones y observancias. Era una etapa apasionante.

Empero, él también se hallaba obsesionado por la transitoriedad. Había decidido alejarse de la vida pública cuando el emperador se hiciese algo mayor. Cada precedente le revelaba que los hombres que se elevan en rango y poder allende sus años no pueden aguardar una larga vida. Ahora, en tan benigno reinado, quizás a modo de compensación por sus años de aflicción y desgracia, Genji poseía una abundancia, en verdad, una plétora de rangos y honores. Una gloria adicional podría aportar solamente incertidumbre. Él deseaba apartarse quedamente y prepararse para la otra vida, y así acrecentar sus años en ésta. Había adquirido una tranquila finca alejada en una aldea del monte y empezado a erigir un oratorio, coleccionando para ello imágenes y escrituras. Mas, primeramente procuraba educar a sus hijos que pequeños eran todavía, y veía muy difícil el abandonar este mundo. Y tanto así que sus intenciones continuaron vacilantes.

CAPÍTULO XVIII

松風

Matsukaze

El viento entre los pinos

El pabellón oriental en la Nijô fue concluido, y la dama de los azahares se mudó allí.[432] Genji convirtió el ala del poniente y las galerías adyacentes en despachos de trabajo, y aposentos para sus vasallos, reservando el ala del levante para la dama de Akashi. El ala boreal era tanto espaciosa como ingeniosamente repartida, de modo que él pudiera asignar sus varias alcobas a damas a las que prometiera amparo, aun si fuese por un fugaz encuentro. Cada pieza era atrayente, nostálgica y llena de detalles de Genji. Él se reservó el aula mayor para su propio uso ocasional.

Escribía regularmente a Akashi. Había llegado el momento, lo expresó firmemente, de que la dama se trasladara a la ciudad. Ella, dolorosamente, era consciente de su humilde destino; no obstante, había escuchado que incluso a las damas de más alta alcurnia él las hacía mucho más desdichadas con su frío pero correcto modo de comportarse que si las hubiese despedido. Ella temía que él le diese escasa atención. Su rango no era ocultable, ciertamente, y su pequeña hija habría de sufrir por ello. Cuán penoso habría de ser, tornada en objeto de irrisión, si sentada tuviese que esperar unas breves y subrepticias visitas. Pero, de otro lado, no era bueno para su niña que creciera en un remoto rincón agreste, convertida en hija de las sombras. No podía rehusar sus peticiones obstinadamente ni increpar a Genji por haberse comportado inicuamente con ella y así dar término a todo vínculo. Sus padres comprendían la circunstancia y sólo veían aumentar sus cuitas, pues no sabían qué más hacer.

---

432. La acción transcurre en el otoño de los 31 años de Genji.

El anciano recordaba que el abuelo de su esposa, el príncipe Nakatsukasa, había sido el dueño de una quinta sobre el río Ôi,[433] al oeste de la ciudad. Tras su muerte nadie la tomó a cargo, y se encontraba tristemente abandonada. Él llamó a su casa al jefe de la familia, a cuya custodia había quedado el predio y le confió.

—He renunciado casi a todas mis ambiciones y retirado vivo en quietud en apartado rincón, y ahora, en los años de mi vejez, algo sumamente inesperado ha acontecido. Debo afincarme nuevamente en la ciudad. Sería un cambio extremado mudarme al entorno del gran mundo de inmediato. El bullicio y ajetreo causarían demasiada confusión en un rústico como yo. Requiero un lugar conocido que haya sido de la familia. Ciertamente, a mi cargo correrán todos los gastos. ¿Podríais ordenar la reparación y hacer aquel lugar razonablemente vivible?

—Ya han pasado tantos años de abandono que se convirtió en la peor maraña imaginable. Yo mismo reparé uno de los edificios exteriores para alojarme ocasionalmente en él. Mas, desde la primavera hubo una verdadera incursión nunca vista. El ministro Genji ha empezado a erigir un templo, con varias aulas muy grandes, y el lugar es un enjambre de carpinteros. Si es quietud lo que vos buscáis, me temo que el sitio no sea lo que anheláis.

—No importa, absolutamente. De hecho, contaría con el ministro para concretar cierta ayuda. Naturalmente, tomaré a mi cuenta toda expensa, el mobiliario y el decorado y todo lo demás. Sólo haced lo que os corresponde, por gracia, para tenerla lista para morar en ella, tan pronto como sea factible.

—Es verdad que nunca tuve un título claro sobre la finca, pero no había nadie más que la tomara a cargo. Hemos seguido apaciblemente nuestros hábitos campestres por años. Mas, los campos y el resto en torno habían quedado áridos, arruinados. De tal guisa que arreglé con el finado Mimbu no Tayû por un razonable monto, y obtuve su permiso, y desde entonces he hecho labrar los campos —se hallaba obviamente cuitado por sus cosechas; de barbada faz, la nariz enrojecida, su boca se torció en una mueca hostil.

433. Llamado hoy río Katsura, corre cerca de Saga, al este de Heiankyô (Kioto actual).

—No son vuestros campos los que me atañen. Podéis seguir labrándolos como lo habéis hecho hasta ahora. He tenido muchos títulos y escrituras acerca de la finca, y no he pensado en ellos en los últimos años. Mas sea lo que fuera los ubicaré y constataré dentro de poco.

En cada frase que pronunciara insinuó la relación que tenía con Genji, pues se sintió mortificado. Pronto recibió noticia del monto del importe de las reparaciones y se apresuró en poner la casa campestre en orden.

Genji no supo de la maniobra del anciano, y no comprendía la razón de la renuencia de la dama a mudarse. Él no deseaba que la gente tildase a su pequeña hija de abandonada, convirtiendo a la niña en objeto del reproche más escandaloso. Mientras tanto, oyó acerca de la quinta de Ôi:

—Me acordé de aquella mansión.

Mas, cuando esto expresó fue luego de que estuviera lista la refacción. Ahora entendía: la dama había se había mostrado refractaria a la idea de mudarse a vivir en plena gran ciudad. Tales precauciones habían sido razonables y veraces.

Él decidió enviar al señor Koremitsu, su consejero habitual y agente en asuntos confidenciales, a inspeccionar el terreno y comprobar si era menester algún apresto ulterior.

—La ambientación es buena —manifestó Koremitsu. Y él pensó: —Debe ser tan apropiada como la estancia en Akashi.

Nada podía ser mejor. El templo que Genji ordenara erigir estaba al sur del Daikaku-ji, cabe una cascada montañesa que rivalizaba con la de aquel otro templo.[434] El aposento mayor de la quinta de Ôi era simple, sin pretensiones, casi como el de una granja, y quedaba en medio de una pineda junto al río. Genji mismo se ocupó del mobiliario. Muy discretamente, envió a sus más fiables servidores para que sirvieran de escolta a la dama.

De tal modo se tornó inevitable. Había llegado el momento de dejar la costa familiar. Ella lloró por su padre, por la soledad que él afrontaría, y por cada pequeño detalle de

---

434. Con esta alusión se pone en evidencia que la acción de la novela transcurre en el siglo X, pues la cascada del templo de Daikaku, al oeste de Heiankyô (Kioto actual) ya había desaparecido en tiempos de Murasaki Shikibu.

su viejo hogar. Ella había conocido todos los pesares, y hubiera deseado que aquella merced del cielo nunca le hubiese llegado.

La esperanza que tuviera el anciano, en su duermevela de todos los últimos años, se veía ahora plasmada, mas llegado el momento, la aflicción era mayor que lo que hubiera podido imaginar. No habría de ver más a su nietecita. Sentado, abstraído, en su mente rumiaba la misma cuita sin fin.

Su esposa se hallaba igualmente entristecida, pues había vivido más tiempo que su marido con su única hija. Una llega a aficionarse al mar y la playa, y con sus ocasionales habitantes, tras una temporada. Su marido era un hombre extraño, cavilaba, no siempre el más firme apoyo; sin embargo, el vínculo entre ambos había perdurado. Ella había sido su esposa, y Akashi se transformó en el lugar para vivir y morir. La ruptura era demasiado repentina y terminante.

Las jóvenes doncellas se mostraban contentas con que su existencia rústica concluyera, pues había sido sobre todo soledad y hastío, no obstante la costa aquella las ataba. Con cada nueva ola que a la orilla llegaba, lloraban que retornase, mas no lo haría.

Era otoño, siempre una estación de nostalgia. El viento otoñal, frío y húmedo, los insectos bulliciosos y vivaces, cuando alboreara el día de la partida. La dama de Akashi, sentada, contemplaba el mar. Su padre, siempre en pie para los servicios matutinos, se había levantado aún de noche, mucho más temprano que lo usual, sollozaba quedamente mientras oraba. Las lágrimas no eran propias ni favorables en una ocasión así, empero, aquella mañana abundaban. La pequeñita estaba exultante, como el jade del que se dice que fulgura en la oscuridad. Él no la había perdido de vista ni un instante, y allí venía nuevamente a treparse sobre él, tan cariñosamente. Él sentía enorme desdén por aquellos que dicen haber renunciado al mundo y de pronto revelan que no lo habían hecho en absoluto. Mas, ella lo abandonaba…

Los viejos fácilmente lloran,
y lloro mientras ruego
que de ella
los felices años
sin fin se extiendan.

»Me avergüenzo mucho de mí mismo —pasó una de sus mangas por sus ojos. Nadie hubiera juzgado de insólito que su mujer también llorase.

Juntos la ciudad dejamos,
sola a ella retorno,
para quizá
perdida errar
en senda de brezal.

Ella tenía suficiente razón para llorar, pensando en los tantos años pasados luego de prometerse matrimonio. Mas ahora debía retornar al mundo secular que abandonara, contando con la vaga caridad de Genji.

La dama suplicaba a su padre que las acompañara, al menos como escolta, hasta el río Ôi.

Ignoramos cuándo en vida
nos hemos de reencontrar.
¿Deberíamos acaso
fiarnos de este mundo
cuyo final no sabemos?

Él refirió nuevamente sus razones para rehusarse, pero se mostró sumamente ansioso.

—Cuando al mundo renuncié y me dispuse a una existencia así, mi mayor esperanza fue que pudiera satisfacer todas tus necesidades, pues lo merecías. Consciente de no haber nacido bajo la mejor estrella, supe que si retornaba a la ciudad como otro rendido gobernador comarcano no habría de tener los medios para poner en orden mi cabaña ni limpiar las malezas del jardín. Conocía que tanto en mi vida privada como en la pública daría motivos para que el resto se riese de mí, y que así sería una desgracia para mis finados padres; de modo que decidí desde el comienzo, y pareció ser comprendido por todos, que al dejar la ciudad me apartaba para siempre de todo ello. Y en verdad logré efectivamente abandonar el mundo, en el sentido de renunciar a toda ambición

mundana. Mas, cuando creciste y empezaste a comprender todo lo que había en tu torno, y la oscuridad que hay en el corazón de tu padre, no quedé libre un solo instante de la dolorosa interrogante: ¿por qué escondía yo mi más precioso brocado en un silvestre rincón provinciano? Guardé mis soledosas esperanzas e imploré a los dioses y a los benditos que no fuera tu sino, debido a un indigno padre, el pasar tus días entre estos rústicos. Entonces, llegó aquel dichoso e inesperado acontecimiento, que tuviera el perverso efecto de acentuar nuestro bajo lugar en la vida. Determinado a creer en el lazo del cual esta nuestra pequeñita es evidencia, pude ver con demasiada precisión que desperdicio sería si continuases tu existencia en esta ribera del mar. El hecho de que ella parece predestinada para notables fastos torna más punzante la urgencia de mandarla lejos de aquí. No, baste que yo todo lo dejara. Vosotras sois aquellas cuya luz cubrirá el mundo. Habéis traído agitación a nuestros corazones, a nosotros gente rústica. Las Escrituras nos dicen de tiempos en que seres celestiales han de descender a esta informe esfera. El tiempo ha transcurrido, y debemos despedirnos.

—No te inquietes por los servicios cuando palabra te llegue de que he muerto. No te apures por aquello que inevitable es —él se expresó tratando de mantener distancia. Mas luego, volviendo el afligido rostro, acotó—: Los pensamientos acerca de nuestra pequeñita proseguirán trayéndome atriciones hasta el anochecer, cuando cual humo también me eleve yo.

—Un avance por tierra con numerosos carruajes sería aparatoso y ambas rutas simultáneas, por tierra y mar, serían también complicadas —comentó la escolta—, pues una sucesión de séquitos era indeseable al ser llamativa en exceso. Así que se ha decidido que en tanto fuere posible, el recorrido se hará, discretamente, en barco. Zarparemos quizás entre las siete y ocho de la mañana.

La nave de la dama se desvaneció entre las nieblas que tanto acongojaran al poeta.[435] El anciano temía que su serenidad ante la verdad absoluta lo dejase para siempre. Como en trance, clavó la mirada en las brumas.

435. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû*, N° 409: *Triste como estoy, zarpa la nave desde Akashi / y entre las isleñas nieblas se desvanece.*

Las cavilaciones de la anciana antes de la partida se hundían en confusa congoja,

Monja soy e intentaba
mi corazón acercar al otro mundo.
Ahora en pescadora barca
remo hacía la playa lejana
que abandonara una vez.

Su hija respondió:

A pesar de haber transpuesto
otoños muy numerosos
que en mi mente se apilaran,
debo hoy a la ciudad retornar
sobre flotante y triste madero.

Iban con el viento en popa y a tiempo llegaron al valle de Ôi en la fecha que se previera. Sigilosamente avanzaron, para no atraer la atención en el recorrido por tierra de la comitiva. Hallaron la quinta de Ôi muy de su gusto, pues se parecía a la casa de Akashi, y tanto en verdad que no sintió que se hubiera trasladado. Mas las remembranzas de los años en Akashi afloraban y se hundían en melancolía frecuentemente.

Las nuevas galerías eran muy refinadas, y los estanques del jardín, placenteros y con muchos encantos. Aunque las reparaciones y arreglos no estaban concluidos, la casa se hallaba significativamente habitable.

El mayordomo, uno de los hombres de mayor confianza de Genji, hizo todo para hacerlas sentir como en casa. Los días transcurrieron mientras Genji intentaba hallar una excusa para visitarlas. En la dama de Akashi el pesar se acrecentaba. Con poco en qué ocuparse, ella halló que sus cavilaciones corrían de regreso a Akashi. Tomó el *koto* chino que Genji le obsequiara, y tañó una breve pieza mientras la fantasía la poseía. Era la razón de su tristeza, y ella no tenía que temer ser oída mientras el viento entre los pinos rasgueaba un acompañamiento.

Su madre, que había estado apoyada en un pilar, se levantó;

Monja he regresado, sola,
a mi aldea montañesa
y oigo, como antaño,
cantar al viento
entre los pinos.

La hija respondió:

Al sentir nostalgia
por aquellos que conocen
del campo los sonidos,
el koto *taño,*
mas, ¿quién me apreciará?

Pasaron días inquietos. Más turbados que cuando ella muy lejos se hallaba. Genji no podía contenerse un día más. No le importó lo que la gente pudiera pensar. Tampoco contó a Murasaki todos los detalles, pero sí le envió una nota. Una vez más temió que le llegasen informes de algún otro lado.

«Tengo asuntos pendientes en Katsura, que una difusa aprensión me revela que los he descuidado demasiado ya. Alguien a quien hiciera una cierta promesa, allí me aguarda. Y mi capilla, también, y aquellas estatuas, que siguen sin ornamentación. Ya es tiempo de que haga yo algo al respecto. Estaré ausente quizá dos o tres días».

Tal repentina urgencia de visitar Katsura y poner en orden su capilla hizo que ella recelara sus verdaderos motivos. Ella no estaba contenta. Dos o tres días podían convertirse en el tiempo requerido para podrir el mango del hacha del leñador.[436]

—Veo que os ponéis difícil nuevamente. —Mostró él cara de desagrado. Él, siguiendo el humor de ella, acotó—: Estáis en minúscula minoría, querida mía, pues todo el mundo concuerda en que yo he enmendado el rumbo.

---

436. El leñador chino Wang Chih, mientras contemplaba una sobrenatural contienda de *go* entre inmortales, quedó tan absorto que perdió la noción del tiempo; cuando el partido hubo concluido, pensando que sólo habían pasado minutos, quiso retomar su hacha y halló que el mango se había podrido y echaba ya retoños, pues habían transcurrido años.

El sol alto estaba cuando, finalmente, él emprendió la partida.

Llevaba consigo un pequeño séquito, compuesto sólo de aquéllos que conocían la situación en Ôi. La noche caía cuando él arribó. La dama había pensado en él como más allá de toda comparación, cuando antaño lo viera vestido en burda indumentaria de caza, como exiliado, y ahora lo contemplaba en atavíos cortesanos, escogidos con sumo esmero. Su anonadamiento la empalideció.

Y la hijita, a la que él por primera vez veía, ¿cómo habría podido dejar de ser un tesoro entre tesoros? Él se sentía enfadado por cada uno de los días y meses que los mantuvieran separados entre sí. La gente decía que su hijo, el nieto del canciller, era un mocito bien favorecido, mas sin duda cierta pizca de empalago había en sus mentes. Nada semejante podría oscurecer la vista del pimpollo de primera clase que tenía frente a sí. La niña era un riente, centelleante deleite. Genji pensó que la niña era tan hermosa por su sonrisa graciosa de sonrosadas y lustrosas mejillas.

Su nodriza estaba mucho más atractiva que cuando emprendiera la partida hacia Akashi. Ella contó a Genji todo acerca de sus meses en la ribera del mar. Genji sintió cierto remordimiento. Fue por obra suya que ella hubo vivido entre las cabañas de los que cuecen algas en pos de sal.

—Aún estáis muy alejada —dijo él a la dama—, y no será fácil para mí el veros. ¡Trasladaos! Guardo un lugar en mi mente para vos.

—Será luego, tras algún tiempo hasta que me habitúe —lo que en la dama no fue falto de razón. Ambos pasaron la noche en planes y promesas.

Genji ordenó que concluyeran la casa. Como pasaran la voz de que él se hallaba en su quinta de Katsura, la gente de todas las casas de campo cercanas se congregó y presentó en Ôi. Él ordenó que se pusieran a desbrozar el jardín.

—Han desaparecido las piedras alargadas de todas partes. Pero si lograsen acertarlas, podría ser un jardín muy distinguido. Mas, ¿para qué tomarse la molestia? Es como que se quisiera pasar el resto de los días aquí, y bien se sabe que es un grave error apegarse en demasía a un lugar. En mi caso sufrí mucho al momento en que me despidiera.

Él, muy franco y seguro de sí mismo, se lo refería a ella entre risas y lágrimas; al mirarlo, ella se sintió más enamorada de él que nunca.

La vieja monja hizo un mohín contemplándolos. Todos sus pesares se habían esfumado.

Personalmente él dio la orden de arreglar el arroyo que fluía bajo la galería del poniente. Genji se había quitado la elegante capa. La anciana pensó que se veía más atractivo en camisola. Los sagrados recipientes de pronto le recordaron a él la presencia de la anciana monja. Y se percató de que se mostraba vulgar. De inmediato mandó buscar su capa.

—Con toda seguridad vuestras oraciones han hecho tan perfecta a nuestra pequeña —comentó él, al acercarse al cortinaje de ella—. Muy agradecido estoy, y debo reconoceros por haber dotado de paz y sosiego a lo que de otro modo habría sido la más horrorosa confusión. Dejasteis atrás a vuestro beatífico marido, que quedó solo, con nada en que ocuparse salvo en vos pensar. Debe haber sido muy arduo.

—Sí, pensé que había abjurado de todo esto, y me fue en algo turbador. Mas, vuestra bondad y comprensión me hacen sentir recompensada por haber vivido tanto —su voz se entrecortaba por las lágrimas—. Me inquietaba por el vástago del pino en una inhóspita costa. Ahora sus perspectivas han mejorado enormemente, sin embargo aún temo. Sus raíces son tan someras —ella hablaba en tono apacible, cortesano.

Él inquirió acerca de la quinta, tal como fuera en tiempos del príncipe Nakatsukasa. El murmullo de la corriente del arroyo, terminada la reparación, parecía ahora haber hallado el instante de anunciarse.

Ida ha mucho, la amante
al retornar se ha perdido,
al comprobar que el arroyo
casi había usurpado
sus pretensiones todas.

Fue una voz que pareció dejar oír las sílabas al final del poema, era la de la anciana monja, cortés y gentil.

Límpidas aguas:
si olvidáis al ama antigua
lo hacéis con razón
pues porta hoy
sombría vestidura.

Mientras él, de pie, contemplaba meditabundo la escena, a la anciana monja le pareció la suprema expresión de noble dignidad.

En ruta a su templo, él ordenó servicios bimestrales de Puja en honor de Samantabhadra, Amitabha y Sakyamuni, e igualmente servicios intermedios, dando instrucciones para la ornamentación del templo y sus imágenes.[437] Regresó a Ôi bajo el resplandor lunar.

Recuerdos de noches semejantes en Akashi no debían ocurrir sin compañía. La dama sacó el *koto* chino que él le obsequiara. Tañó una tonada mientras él rememoraba. El afinar el instrumento, tal como cuando él se lo obsequiara, lo llevó de vuelta a aquellos días de Akashi.

Inmutado está todo
cuando nos reencontramos
mas vos, ¿entendíais
la inmutabilidad
en mí?

Vuestra palabra de no cambiar,
al son del koto
mi compañera fue,
suspiros añadí
al viento entre los pinos.[438]

437. Los servicios bimestrales de Puja en honor de Samantabhadra se realizaban el 14° día, para Amitabha el 15° y para Sakyamuni en los últimos días de cada bimestre.
438. Retruécano: *koto* se vincula tanto a «palabra» o «promesa», *kotoba*, como al instrumento musical.

Ella mantuvo bien el control de sí en estos intercambios, evidencia —pensó él— de que ella recibía un inusual honor que no merecía. Ella había mejorado su apariencia y su porte desde la última vez que la viera. Él no podía apartar los ojos de la niña. ¿Y ahora qué? La madre era de inferior cuna, y tal deficiencia no debía pasar a la hija. Podía ser superada si él se la llevara a la Nijô y se ocupara de sus menesteres como él quisiese. Mas, había que ponderar los sentimientos de la madre, y al respecto él sentía incertidumbre. Abrumado de lágrimas, él quiso plantear el asunto.

La niña, no ya una criatura de pecho, fue tímida al principio, pero pronto trabó amistad con él, y balbuceaba feliz y lindamente todo el tiempo. Su madre, mientras tanto, se sentaba contemplándola en muda gratitud. El futuro parecía abrirse sin límites.

Él se quedó dormido a la mañana siguiente, cuando debía retornar a la ciudad. Él había planeado ir directamente de regreso, pero una gran multitud se había congregado en la villa de Katsura, y varios hombres de la ciudad habían expresamente emprendido el camino hasta Ôi.

—¡Cuán inconveniente y delicado! —él musitó mientras se vestía—. No era un escondrijo que pudieran descubrir.

No tenía elección sino partir con todos ellos. De pie en el umbral él acarició a la niñita que estaba en brazos de la nodriza.

—Es egoísta de mi parte, pero puedo ver que no seré capaz de dejarla lejos de mi vista. ¿Qué he de hacer? ¿Debéis permanecer tan lejos?

—Sí —respondió la nodriza—, el hecho de que estéis más cerca sólo empeora las cosas.

En los brazos de ella, la niña se escurría hacia él.

—Al parecer no hay un fin para mis cuitas. Odio la idea de estar lejos de ti ni siquiera un instante, cariñito mío. Pero sólo mirad esto. Te apenas de verme partir, pero ¿por qué tu madre no está? Si viniere me sentiré reanimado.

La nodriza sonrió y transmitió el mensaje.

La dama se demoraba. El adiós de la mañana semejaba más difícil que todos los años previos lejos de él. Había un tanto de soberbia de gran dama en su conducta. Sus doncellas la urgían. Finalmente apareció. Su silueta, medio oculta por la cortina,

era maravillosamente fina y tierna. Podría haber sido una princesa. Él descorrió la cortina y le ofreció unas últimas afectuosas palabras de despedida. Sus hombres estaban apremiados por partir, y él estaba ya por seguirlos. Miró nuevamente hacia atrás. Aunque ella era muy buena en aquello de ocultar sus emociones, lo miraba ahora con abierta aflicción. El lucía incluso más apuesto que en los días de Akashi. Entonces parecía un tanto más delgado para su altura. El había engrosado. Mas, nadie había hallado un pero a sus proporciones ni sus modos, se había tornado en la esencia de la dignidad madura. La perfección de la cabeza a los pies, pensó ella, aunque era una observadora prejuiciosa.

El joven oficial de la guardia, cuya fortuna se había precipitado y relevado con la de Genji, aquel que había proferido reproches al dios de Kamo, ahora usaba el tocado del Quinto Rango, y se hallaba en su gloria. Aguardando para tomar la espada de Genji, vislumbró a una mujer tras las celosías.

—Puede que me haya olvidado de los viejos días —comentó, dándose importancia, podría haberse pensado—, pero esto es porque me enrumbé por la buena conducta. Las brisas que por la mañana me despertaran semejaron mucho a aquéllas, marinas, de Akashi. En vano había intentado decíroslo.

—Esta aldea montañesa, enguirnaldada de ocho brumas, no es inferior a aquel lugar donde se desvanecen las barcas entre nieblas isleñas. Únicamente parecerían faltar los pinos que no son aquéllos de entonces. Pero conforta saber que hay uno que no ha olvidado.[439]

Apenas lo que él había anhelado, y él le había guardado afecto.

—Os veré nuevamente —le dijo, y se volvió hacia él.

Genji se encaminó hacia su carruaje, entre los gritos de sus servidores, e invitó a Tô no Chûjô y a Hyôe no Kami[440] a subir con él.

—No se puede saber lo que es una decepción —comentó, con verdadera perplejidad—, tener tanta gente que asoma a un lugar que se esperaba fuese un escondite.

—Ni podéis conocer que desilusión tuvimos, señor, al no permitírsenos compartir con vos la luna de anoche. Para ello fue que bregamos, abriéndonos camino entre las

439. Reiterado retruécano con la palabra *matsu* que significa tanto «pino» como «aguardar».
440. Aparentemente se trata de otros servidores, pues el primero no sería el gran amigo y ex cuñado de Genji.

brumas de otoño. Aunque la jornada tuvo sus gozos. El follaje otoñal del monte no está aún en su mejor momento, quizá, mas las flores de otoño en el campo estaban muy hermosas —y él prosiguió describiendo una partida de cetrería que demoraba a algunos de sus amigos por más tiempo del planeado.

—Y por ello tenemos que ir a Katsura, supongo —indicó Genji, ante la humilde consternación de sus asistentes, que ahora tenían que improvisar un banquete imprevisto.

Los llamados de los pescadores con cormoranes le hicieron pensar en los pescadores de Akashi y su habla tan incomprensible como el piar de los pájaros, lo que espontáneamente recordó. De regreso de su noche entre los brezales, los jóvenes halconeros mostraron un ejemplar de los capturados, atado con juncos de otoño como señal del exiguo fruto de la montería. Los jarros corrieron en ronda tan reiteradamente que vadear el río se tornó improbable, y así, ciertamente, debió pasarse un día de regodeo en Katsura. Poemas chinos giraron de ida y vuelta. Cuando el claro de luna alumbraba ya la escena, la música se hizo más bulliciosa, resaltando las flautas, pues varios buenos tañedores componían la compañía. Los instrumentos de cuerda sonaban más sosegados, sólo un *koto* del país y un laúd. La flauta es instrumento de otoño, y resuena como nunca entre la brisa otoñal. Cada pormenor de la vega se alzaba nítido, alto y límpido a la luz de la luna. Un nuevo grupo arribó desde el palacio, en verdad directamente de la presencia imperial. Cuando allí resonara la música, el emperador había inquirido:

—¿Por qué Genji no se presenta aún, cuando ha concluido el retiro de siete días y debería ya concurrir a la corte? —tal fue el mensaje personal del soberano, entregado por un secretario luego de que Genji ofreciera apropiadas disculpas:

Más límpido y augusto,
el paso de la luna
por las comarcas
que yacen allende
el río Katsura.[441]

»¡Bien lo envidio!

441. *Katsura,* a la vez alude al árbol *Cercidiphyllum japonicum*, que se creía nativo de la luna.

Genji presentó sus excusas, del modo más elaborado. Mas, en verdad, éste parecía un lugar mejor para la música que incluso el palacio. Todos se abandonaron a las armonías y el licor.

La villa de Katsura no estaba pertinentemente abastecida. Genji envió a un recadero a Ôi a ver si allí había algunas sencillas y elegantes telas e indumentaria con las que premiar a los mensajeros. Dos baúles retornaron de los vestuarios de Ôi. Para el enviado imperial, que de inmediato retornó a la ciudad, hubo un conjunto de vestiduras femeninas.

La respuesta de Genji al emperador hizo una oblicua alusión a que una visita imperial sería bienvenida:

A su nombre
honor no hace
este Katsura,
asaz luna no hay
que las brumas despeje.

»Katsura, en el corazón de la eterna luna[442] —añadió quedamente, y él pensó también en los versos de Mitsune—: «Awaji al claro de luna».[443]

Tan próxima y clara
esta noche la luna,
¡oh Awaji lejano,
los dos de regreso
hemos venido!

Fue ésta la respuesta de Tô no Chûjô:

442. *Tanka* de la dama Ise, en el *Kokinshû,* N° 968: *Katsura, en el corazón de la eterna luna, no obstante en otra parte se busca la eterna luz.*
443. *Tanka* de Ôshikochi no Mitsune, en el *Shinkokinshû,* N° 1513 (citada en el capítulo XIII, *Akashi*).

Debería ser todo paz,
luego perderse
en las nubes.
La luna de nuevo
emite su fulgor.

Sadaiben, un anciano funcionario que había sido un asistente íntimo del padre de Genji, también entonó un poema:

La luna de medianoche
permanecer debió
aún en el cielo.
Ausente su fulgor,
¿en qué valle escondido?

Habría habido una interminable serie de poemas, mas no tuve la paciencia de registrarlos todos. Podría haber gozado un milenio la compañía de Genji, no obstante lo sereno y seguro de sí que semejara.

Hoy debían definitivamente regresar, dijo Genji, y pronto. Por gracia, nada de podridos mangos de hachas.[444]

Se distribuyó obsequios como era conveniente para los diversos rangos, y, las oleadas de cortesanos, que iban y venían, desapareciendo y reapareciendo con las brumas matinales, eran como lechos de flores otoñales, hermosas y excepcionales. Algunos de los oficiales de seguridad eran buenos poetas y cantantes. Hartos de tanta elegancia, la habían mutado por la irreverencia. Algunos cantaban «¡Oh mi potranca!»,[445] de modo tan bien logrado que cortesano tras cortesano se despojó de capas y pellizas, para regalárselas. Fue como si el viento hubiera extendido un brocado de follaje otoñal sobre el jardín. Los ecos de esta bulliciosa partida llegaron hasta Ôi, y a una entristecida dama. Genji lamentó no haber podido escribirle una carta.

---

444. Ver nota N° 436 sobre el leñador chino Wang Chih.
445. Una *kagura* (canto popular): *¡Oh mi potranca, potranca mía, ella quiere ya pastar; heno le doy, doyle heno y agua!*

De retorno en la Nijô, él reposó por un tiempo y fue luego donde Murasaki a contarle de la excursión.

—Debo disculparme por haber estado alejado más tiempo del que previera. Me arrastraron e impelieron, y exhausto he quedado. Esta mañana me siento muy mal —él se retiró a su aposento, era obvio que ella no se sentía feliz.

—Tenéis un modo, amado mío, de compararos con gente que simplemente no se halla a vuestro nivel. Deberíais daros vuestro propio lugar, si lo quisierais.

A poco de salir rumbo a la corte, esa noche, él varió su atención por ella, y se dirigió a su escribanía. Ella sabía cuál de las damas exigía que le escribieran, y pudo ver que la carta repleta estaba de ardorosas confesiones.

Regresó a la Nijô muy tarde aquella noche. Usualmente él habría pasado la noche en la corte, pero le preocupaba Murasaki. Había llegado respuesta de Ôi que a ella no pudo ocultar. Afortunadamente fue una muy decorosa.

—Rompedla y arrojadla, os lo ruego —dijo él, inclinándose sobre un reposabrazos—. Soy demasiado viejo como para dejar este tipo de cosas desparramado por la casa —él miró a la luz de la lámpara, mientras su pensamiento hacia Ôi volaba.

Aunque él abrió la carta delante de ella, Murasaki no la miró siquiera.

Él sonrió.

—Sois muy graciosa cuando pretendéis no querer ver —él se apropincuó enteramente exudando encanto—. Es un hecho que la niña es una preciosura, si lo queréis saber, no puedo evitar sentir que es el legado de una vida anterior, y por ello no ha de ser rechazada. Mas, me preocupa. Ella tiene tanto en su contra. Poneos en mi caso, si queréis, y tomad la decisión por mí. ¿Qué pensáis? ¿Querríais por acaso adoptarla? Ella ha alcanzado la edad del hijo sanguijuela del mito[446] pero yo no puedo aceptar comportarme como los padres del hijo sanguijuela hicieran. Aún usa pañales, podría decirse, y si ellos no os repelen, quizás os pediría que los cambiaseis y ajustaseis.

—A veces pretendo no percatarme de la distancia que ponéis, tal como me imagináis normalmente, ingenua y vagamente reflexiva. Sí, lo haré. La niña me querrá, estoy

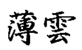
446. Ver nota N° 379 en el capítulo XIII, *Akashi*.

segura. Está justo en la edad más deseada —ella sonreía ahora. Amaba de veras a los niños. Y ya anhelaba incluso tener a la niña entre sus brazos.

Genji aún estaba algo cuitado. ¿Debía traer a la niña a la Nijô? No era fácil para él visitar Ôi. Su templo le ofrecía la ocasión por no más de dos visitas al mes. Aunque en mejor situación, quizá, que la princesa Tanabata.[447] La dama de Akashi evidentemente habría de sentirse desdichada aún si se resignaba considerándolo su destino.

447. De la leyenda del encuentro de estrellas entre la Tejedora y el Labrador, Tanabata se reunía con su amado sólo una vez al año, el séptimo día de la séptima luna.

CAPÍTULO XIX



Usugumo

Aureola de nubes

La vida se tornaba más triste en la ribera del Ôi, conforme se adentraba el invierno.[448]

—Esto no puede prolongarse —dijo Genji—. Debéis mudaros más cerca.

Mas, la dama de Akashi no quería contemplar de cerca la frialdad que de lejos percibía. Sería el fin de todo.

—Entonces, es preciso hacer arreglos para la criatura. Tengo planes para ella, y quedarían en nada si acaso la dejase aquí. He discutido ya la cuestión con la dama del ala oeste de la Nijô, quien está muy ansiosa por verla.

A Murasaki podría pedírsele, indicó él, que, sin ostentación, dispusiera lo requerido para el ritual de imposición de vestiduras.

La dama de Akashi había presentido de tiempo atrás que algo semejante tenía él en mente. Su declaración llevó las cosas a un punto culminante, generando a la vez una gran incertidumbre.

—Dudas no tengo de que queréis tratarla como que su madre fuese la más noble de vuestras damas, pero ciertamente la gente de seguro sabe quién es realmente, y se ha conducir en consecuencia.

—No tenéis por qué sentir el mínimo temor de que ella pudiere ser lastimada. Es motivo de una gran infelicidad para la dama de la Nijô que luego de todos estos años no haya podido tener un hijo propio. La ex sacerdotisa de Ise es ya una dama adulta, y sin embargo, la dama de la Nijô insiste en tratarla como a una niña. Ella está segura

448. La acción se desarrolla entre el invierno de los 31 años de Genji hasta el otoño de sus 32.

de que mucho habrá de querer a vuestra niñita. Ese es su modo de ser —quizás él exageraba un tanto las tendencias maternales de Murasaki.

Rumores de sus lances amorosos habían llegado hasta Akashi, en donde se especuló acerca del nuevo gran amorío, que finalmente pudiera poner fin al pasado devaneo. Ahora parecía haberse desvanecido sin dejar huella. El vínculo de una previa existencia debía ser demasiado fuerte, y la dama misma todo un paradigma. Ella juzgaría como de lo más impertinente que la dama de Akashi se presentara. Pues bien, pensó esta última, debía sacar tales cuitas de su mente, y pensar sólo en la niña, cuyo futuro vislumbraba. En aquello Murasaki era la más calificada para aconsejar. Genji había expresado que lo más humano sería tomar consigo a la criatura mientras aún era pequeña y, sin duda alguna, él tenía razón. Empero, ella se atormentaría, lo sabía, y en adelante, ¿cómo mitigaría el tedio de sus días? ¿Qué razón tendría ya Genji para rendirle la más mínima y rara de las visitas? La única cosa que parecía cierta en esta red de incertidumbres era que ella había visto la luz bajo infausta estrella.

Consultó con su madre, una anciana muy sagaz.

—Te inquietas mucho por cosas que son tan simples. No será fácil vivir sin la niña, lo sé, pero es su bienestar lo que debemos ponderar, y justamente esa será su ventura, no dudo en absoluto que Su Señoría está de lo más preocupado por ella. Debes depositar tu confianza en él y dejarla partir. Incluso si un niño tiene como padre al propio emperador, la situación de su madre en la vida determina la diferencia. Mira el caso de Su Señoría. Él fue el más apuesto y el más dotado de todos ellos, y no obstante fue disminuido al nivel de un común. Su abuelo materno no había sido lo suficientemente importante, y su madre fue una de las damas de más bajo rango en la corte. Y si tales distingos existen entre príncipes, piénsalo, ¿cuánto más extremos serán entre nosotros los del común? Incluso la hija de un príncipe o de un ministro está en desventaja grande si la familia de su madre carece de influencias. Su padre no puede hacer aquello que pudiera esperarse del rango que ostenta. Tu propia hija puede desear sólo una cosa, que no nazca otra niña de ninguna de las grandes damas, pues si así fuere será olvidada. Los que tienen oportunidades en el mundo son aquellos cuyos padres les aportan tales privilegios. No importa la fortuna que en ella gastásemos, pues nadie le prestará la mínima atención si

permaneciere aquí en las colinas. No, tú debes entregarla a Su Señoría y ver lo que él habrá de hacer por ella.

A través de amigos bien ubicados consultó a renombrados adivinos y fue uniforme la predicción, para su enorme congoja, que la niña debía ser puesta a cargo de Murasaki. Por cierto, Genji había sostenido tal criterio por largo tiempo, pero no había deseado parecer irrazonable ni importuno.

Cuál era la propuesta de la dama, inquirió Genji, respecto de la imposición de vestiduras.

—Es, naturalmente, como habéis sugerido. Sería muy injusto de mi parte dejar a la niña con una inútil como yo. Y sin embargo, temo por ella. ¡No queráis burlaros de ella cuando os la llevéis con vos!

Él sintió mucha pena por ella, de veras.

Genji hizo que se escogiera un día propicio y serenamente dispuso los arreglos para el traslado. El pensamiento de entregar a la criatura era casi más de lo que la dama podía soportar, pero se mantuvo calma, bajo firme control, intentando apartar toda otra idea de su mente salvo el futuro que se extendía ante la niña.

—¡Partirás junto con ella tú también!... Hasta ahora nos hemos consolado mutuamente platicando de todas nuestras ansiedades y tedios, ¿cuánto tendré que sufrir ya sin ti?

La nodriza también estaba inundada de lágrimas.

—Debemos conformarnos, mi señora, con lo que ha de ser. No habré de olvidar vuestra constante bondad desde que llegara donde vos, súbitamente; sé que habremos de continuar pensando una en la otra. Me rehúso a aceptar que esto sea un adiós definitivo. La perspectiva de partir a estar entre extraños me atemoriza mucho, y mi consuelo será el pensamiento de que estaremos cerca nuevamente pronto.

La duodécima luna llegó.

Hubo numerosos días con nieve y granizo sumándose a la tristeza. «¿Qué tipo de legado era el suyo, proveniente de otras vidas que debía angustiarse con tanto en ésta?», se preguntaba la dama. Pasaba más tiempo que nunca con la pequeña, peinándola, cambiándole ropajes. Una oscura mañana de incesante nevada, excepcionalmente, ella

salió a la galería y contempló el hielo que cubría el río, y pensó en lo pasado y en lo que habría de venir. No era propio de ella exponerse así. Abrigada por varias delicadas vestiduras blancas, estaba sentada, perdida en cavilaciones; y la vista de su cabeza y su larga cabellera hizo que sus mujeres se sintieran seguras de que ninguna de las más nobles damas del país podría ser tan fascinante.

Ella secó una lágrima y delicadamente suspiró pensando: «Este tipo de clima me hará sentir más solitaria

En senda así montañosa,
de nube y nieve cerrada
al cielo ruego
que sin tardar el rumbo
pises de nuevo.

Dijo la dama. Y la nodriza respondió:

Y si os mudarais vos
a lo más hondo de Yoshino
aun así os hallaría,
no obstante
nieve incesante.

Así consolaba a la dama.

La nieve se había derretido un tanto cuando Genji rindió su siguiente visita. Normalmente ella lo aguardaba con impaciencia. Mas en aquel momento al percatarse, sintió opresión en el pecho. Sin embargo, nadie pudo reprocharlo. Pues bien, ella lo había traído hacia sí. Le había tocado a ella tomar la decisión. Si se hubiera rehusado, él no la habría forzado a entregarle la criatura. Ella recapacitó, había consentido una pérdida irremediable, pero de nada servía ya. No quiso correr el riesgo de parecer voluble y permaneció inmóvil, con abstraída faz.

La niña, sentada ante ella, era preciosa. Al mirarla, pensó que sería una fatalidad no velar por ella. Desde la primavera le había dejado crecer la mata de pelo, ahora,

largo, se mecía suavemente; había alcanzado la longitud usual para una monja. Era muy bella. Nada diré de sus brillantes ojos y sus rasgos fulgurantes. Genji pudo imaginar la angustia de la dama al enviar a su niña hacia una distante madre postiza. Una y otra vez, mientras pasaba la noche, buscó persuadirla de que era lo único factible.

—Por gracia, no lo requerís hacer. Dichosa seré si vos lográis tratarla no como la niña de una madre humilde como yo —mas, a pesar de sus valerosos esfuerzos por guardar la compostura, se deshizo en lágrimas, lo que a Genji conmovió profundamente.

La pequeña corrió inocentemente hacia el carruaje que la aguardaba. La dama la había llevado en brazos ella misma hasta la galería. La niña volvió a tirar de las mangas de su madre y en encantador balbuceo infantil la urgió a subir también con ella. La dama se sintió afligida sin medida.

¡A dos pinos apartando
alejan al renuevo,
tan lozano!
¿Cuándo grande lo veré
sombreando sobre la tierra?

Su voz se quebró antes de que terminara.

Tenía todo el derecho a llorar, pensó Genji.

Un renuevo, sí,
mas con raíces,
que perdurarán
un millar de años
cual pino de Takekuma.[449]

—Debéis ser paciente.

449. Los famosos pinos gemelos de Takekuma eran a menudo mencionados en poesía. No se sabe dónde imaginariamente crecían, aunque se conjetura que en algún rincón del noreste del Japón. En este caso, Genji contrastó los pinos de Takekuma a su enlace con la dama.

Él tenía razón, ciertamente. Ella reanudó su brega por dominarse, que enteramente exitosa no fuera.

Sólo la nodriza y una muy graciosa jovencita llamada Shôshô subieron también al carruaje de la niña, llevando con ellas la espada que Genji enviara a Akashi[450] así como una sagrada figurilla guardiana. En un segundo carruaje había varias otras atractivas mujeres y unas cuantas pequeñas damitas de compañía. Y así las despidió la dama de Akashi.

Sabiendo cuán solitaria habría de estar, Genji se preguntó si acaso cometía un crimen por el que algún día sería conminado a hacer expiación. Era oscuro ya cuando arribaron a la Nijô. A las provincianas pareció el entorno muy pomposo, pues mucho las inquietaba el brillante ambiente en que habrían de servir, pero Murasaki se había dado grandes molestias para evitar tal temor. El aposento del oeste de su propia ala oeste había sido montado muy galanamente como para semejarse a una casa de muñecas. Ella asignó a la nodriza la habitación al lado norte de la galería contigua.

La niña había dormido durante la mayor parte del camino. No lloró al ser apeada del carruaje. Cuando le ofrecieron dulces, ella miró en rededor y vio que su madre no se hallaba allí con ella. Su fruncida, pequeña faz se veía muy bonita. Su nodriza buscó confortarla.

Las cavilaciones de Genji eran acerca de la casa en la montaña, donde el tedio y la tristeza habrían de resultar insoportables. Pero, él debía pensar en la educación de la criatura. Una joyita, casi sin tacha alguna... ¿por qué una niña así no había nacido en la Nijô?

Ella sollozaba y buscaba a su madre; pero era dócil y de naturaleza afectuosa, así que pronto se aficionó a Murasaki. Para Murasaki fue como que su último deseo le hubiera sido concedido. Ella siempre buscaba tener a la niña en brazos, y pronto ella y la nodriza se hicieron íntimas amigas. Una segunda nodriza, mujer de buena familia, que pudiera amamantar a la niña, se unió al personal de la casa.

Aunque no se hicieron preparativos demasiado suntuosos para la imposición de las vestiduras a la niña, la ceremonia se tornó por propio acuerdo algo muy especial. Los accesorios y decorados fueron como para la más fina casa de muñecas del mundo. El flujo de visitantes para festejar la ocasión fue tremendo, no menor de noche que de

450. Servía para conjuros. Véase el capítulo XIV, *Miotsukushi.*

día; aunque podría no haberse notado muy diferente del normal flujo de visitantes que entraban y salían siempre de la mansión de la Nijô. El cordón para ajustar los faldones,[451] todo el mundo lo dijo, fue el más encantador pequeño detalle de los muchos que hubiera.

La dama de Akashi seguía pensando que ella había atraído gratuitas aflicciones sobre sí. Su madre echaba mucho de menos a la niña y se arrepentía de su imprudencia al impulsar la entrega de la niña a Genji. Aunque denodada y resignada, la gente anciana llora fácilmente. No obstante, la complacían las noticias de que la niña era el centro de tanta atención. ¿Qué podrían enviarle a modo de congratulación? Ambas se contentaron con ropajes para la nodriza y las otras mujeres, deseando que los colores les prestaran cierta distinción.

Ôi permanecía mucho en la mente de Genji. Fue tal como ella había imaginado que sería, seguramente eso se diría la dama. De tal guisa, dispuso él visitarla sigilosamente a fines de aquel año. Ôi era un lugar solitario, y ella había perdido su más preciado tesoro. Él escribía constantemente. La antigua amargura de Murasaki se había borrado ya. Ella tenía a la niña, y consentía las finezas de Genji hacia la dama en Ôi.

El Nuevo Año llegó. Los cielos lucían benignos y placenteros, nada parecía faltar en la mansión de la Nijô, que había sido remozada para las fiestas. El día séptimo hubo un continuo ir y venir de eminentes visitantes, y gente joven también, todo un retrato de prosperidad y bien. Sin duda había insatisfacciones bajo la superficie, mas se dejaba ver contento y complacencia.

La dama de los azahares se sentía verdaderamente muy dichosa en el pabellón del este. Su séquito era eficiente y bien educado y el mero hecho de hallarse cerca de Genji le había cambiado la vida enormemente. A veces, cuando él no tenía más que hacer, la visitaba, aunque nunca con intención de pasar allí la noche. Ella no era persona exigente, y nada más pedía. Su vida transcurría tranquila, notoriamente libre de sucesos aciagos, y las observancias de cada estación se sucedían sin que tuviese razón para pensar que era postergada. En cuanto al servicio, puntual y eficiente, quizá tenía uno mejor que el de la propia Murasaki.

---

451. *Tasuki*: hoy es un cordón usado para ajustar las mangas del kimono. No se conoce exactamente su uso entonces.

Él prosiguió preocupándose por Ôi y su imposibilidad de visitar el lugar. Elegía tiempos en que poco acontecía en la corte y prestando atención mayor que la usual a su vestimenta, emprendía el viaje. Sus prendas interiores estaban bellamente teñidas y perfumadas, y sobre ellas él se había puesto un informal traje de corte blanco forrado de rojo. Despidiéndolo, mientras él decía adiós, con radiante semblante que competía con el sol del atardecer, Murasaki se sintió vagamente aprehensiva, en el fondo no tenía sosiego.

La pequeñita se prendió de los faldones de él y pareció dispuesta a partir juntamente.

Siguiendo el talante de ella mientras la miraba tiernamente, tarareó «mañana de regreso aquí estaré».[452]

Murasaki contempló a Chûjô, que aguardaba en la galería con un poema de su amada:

Veremos si de regreso
estáis aquí mañana
o, si alguien acaso
intenta allá
vuestra barca abordar.

Los versos eran hermosos. Él sonrió complacido.

Parto, mas por corto lapso,
pues habré de retornar mañana,
aunque quizá
bien desee ella
que no volviere ya.

Murasaki no cavilaba mucho en torno a su rival. La niñita, retozando y jugueteando por todas partes, ocupaba casi toda su atención. Mas, sí se compadecía de la dama de Akashi, sabedora cuán desesperante sería su soledad en tales circunstancias. Tomando a la niña en brazos, con gratitud le ofreció uno de sus pequeños senos. Era una

452. De la *saibara* «La moza del capullo de cerezo». La alusión es pertinente pues toda vestimenta blanca forrada de rojo era conocida como «capullo de cerezo». Dice en la canción el hombre: *Detén la barca, moza del capullo de cerezo, bogaré allende hasta la isla, un campo tengo de veinte áreas, y mañana de regreso aquí estaré.* La moza responde: *Decís que regresáis mañana, mas mujer tenéis allende, aquí no estaréis mañana, no, no volveréis por aquí.*

encantadora escena. ¿Por qué la hija de Genji no era suya? ¡Puesto que se la entregara...! ¿Qué había salido mal? Empero, tal era el modo del mundo.

La vida en Ôi era tranquila y decorosa. La casa era placentera como suelen ser las mansiones campestres, y cada vez que él veía a la dama, Genji pensaba cuán poco distaba de las damas de más alta alcurnia. Juzgadas su apariencia y maneras, ambas estaban más allá de todo reproche. Por sí misma, ella competiría (y tales cosas ocurren) con la mejor de todas ellas, incluso teniendo como padre a aquel excéntrico anciano. Él deseaba poder hallar tiempo algún día para una visita de veras satisfactoria. *¿Puente que flota sobre sueños?*,[453] suspiró él mientras alcanzaba el *koto*. Siempre a tales horas rememoraba su última noche en Akashi. Con pudor tomó ella el laúd que él le acercara, y ambos tañeron un breve dueto. De nuevo se admiró él que sus atributos fuesen tan diversos. Le refirió todo acerca de la pequeñita. A ratos, aunque había motivos suficientes en contra, él tomaba una ligera colación y pernoctaba allí. Katsura y su templo suministraban el pretexto. Su conducta hacia la dama no era, en verdad, la más galante, mas tampoco resultaba gélida ni ruda. Podría haber sido calificada como bastante por encima de lo común en calidez y apego. Ella entendía, se contentaba y se cuidaba de no parecer ni temerosa ni gentilmente comedida. Ella quería ser lo que él desease que ella fuera, y lo conseguía. Un rumor había llegado a sus oídos de que él era más rígido y formal con la mayoría de las mujeres, por lo que el rumbo más sagaz parecía ser mantener su distancia. Si ella se mudase al palacio, las demás mujeres se tornarían mucho más cercanas, y luego la menospreciarían. Ella contaba con la buena estrella que hacía que él se molestara en visitarla esporádicamente, y no pedía más.

Su padre le había dicho aquel último día que él no sería por más tiempo parte de su vida. No obstante aún se inquietaba, y de cuando en cuando, él enviaba un lacayo para averiguar sigilosamente acerca del comportamiento de Genji. Unos informes lo perturbaron, otros lo satisficieron.

Alrededor de este tiempo falleció el padre de Aoi. Había sido un leal y eficiente funcionario, y el emperador se afligió hondamente. Se le había añorado mucho incluso cuando se retiraba de la corte por breve lapso, mas ahora había partido para siempre.

453. Alusión a un verso no precisamente identificado.

Genji estuvo más apenado que ninguno. Él había gozado de tiempo para sí mismo merced a que compartiera los asuntos de gobierno con su suegro. En adelante, toda la responsabilidad sería suya.

El soberano era ya maduro para su edad, y su capacidad de juicio digna de confianza. Empero, requería respaldo y consejo. ¿A quién más podría él volverse fuera de Genji? Acongojado, Genji concluyó que sus planes de una vida de serena reflexión tendrían que ser relegados. Incluso se mostró mucho más atento a los detalles del funeral y de los servicios recordatorios que los propios hijos del canciller.

Fue una etapa de augurios tales como que amonestasen a todo el palacio, movimientos erráticos de los cuerpos celestes y perturbadoras formaciones nubosas. Los videntes y agoreros emitieron prodigiosos presagios. Genji tenía propios, personales motivos de inquietud.

La dama del Fujitsubo había permanecido enferma desde comienzos del año, y a partir de la tercera luna su condición se agravó. Su hijo, el emperador, le rindió visita. Él había sido aún muy mozo cuando su padre muriera y muy poco entendió lo acontecido. Ahora su pesadumbre hacía que su madre sufriese todavía más.

—Había estado segura —expresó ella, con muy débil voz—, que éste sería un aciago año para mí.[454] No me sentí demasiado débil al principio, y no quise ser una de aquellas para quienes el fin semeja estar siempre a la vista. Pedí que no hubiese oraciones ni servicios religiosos, salvo los usuales. Debo visitarte, me decía una y otra vez, y sostener una larga charla acerca del tiempo ido. Mas tan insólitas han sido estas últimas semanas que he sentido que no estaba ya en mí; fue deplorable —contó con tono mortecino.

Ella se veía mucho más joven que sus treinta y siete años. Y quizá por ello era más lastimero, pues era joven aún como para agonizar. Como ella señalara, era un año funesto. Había sido consciente, ya unas semanas, de no hallarse bien, pero se había contentado con las penitencias y los retiros usuales. Disculpándose por su negligencia, el emperador ordenó la efectuación de numerosos servicios religiosos.

---

454. El trigésimo séptimo año de vida, según el recuento oriental, era juzgado de ominoso.

Genji, repentinamente, se sintió muy cuitado. Ella siempre había sido enfermiza, y él había conjeturado que sólo se trataba de una indisposición más.

El protocolo exigía que el emperador la visitase fugazmente. Él retornó al palacio sumamente angustiado. Su madre había sido capaz de hablarle solamente con gran esfuerzo. Ella había recibido los más altos honores que el mundo puede conferir, y sus ansias y pesares habían sido también mayores que los demás. Que el emperador permaneciese oficialmente ignorante de ellos acrecentaba su angustia. Él no podría haber soñado la verdad, y la verdad había de ser el lazo con este mundo que la mantendría sin reposo en el otro.

Genji compartía la pública congoja por la sucesión de infortunios entre los encumbrados, y ciertamente sus íntimos sentimientos eran hondos y complejos. No soslayó nada en materia de plegarias y rogativas. Debía hablar con ella una vez más de aquello a que renunciaran tanto tiempo atrás. Apropincuándose a sus cortinajes, se presentaron todas las doncellas que la atendían de cerca. Entre sollozos, una de ellas le refirió:

—A través de su enfermedad ni por un instante ha olvidado sus impetraciones, que parecen sólo haberla empeorado. No toma ni una pizca de alimento, ni siquiera un minúsculo trozo de fruta. Tememos que no haya esperanza ya.

—Me siento muy agradecida —ella confió a Genji—, por toda la asistencia que vos habéis brindado al emperador. Habéis actuado exactamente como vuestro padre pidiera que hicierais. He aguardado la ocasión de decíroslo y agradeceros. Mi gratitud va más allá de lo común, y temo que ahora es ya demasiado tarde.

Él apenas pudo captar las palabras y se sintió tan ahogado por las lágrimas que no pudo responder. Hubiera preferido que las doncellas no las vieran. La pérdida habría sido desgarradora incluso si ella, durante todos estos años, hubiese sido simplemente una amiga. Pero la vida está más allá de nuestro control, y no había nada que él pudiera hacer para traerla de regreso, e inútil era describir su dolor.

—No he sido un hombre muy afectuoso, me temo, pero he intentado, cuando viera la necesidad, de ser útil para él. La muerte del canciller es un duro golpe, y ahora esto; es mucho más de lo que puedo soportar. Dudo que pueda estar en este mundo por más tiempo también.

Y mientras él musitaba esto, expiró ella, como flama que se extingue. No diré más acerca de su aflicción.

Entre la gente de alta cuna cuya caridad y benevolencia parece ilimitada ha habido algunos que, normalmente en trato con el poder y la alcurnia, han sido involuntarios portadores de desdichas. Mas, nada de esta especie se había manifestado en la conducta de la finada dama. Cuando alguien la sirviera, ella sin importarle molestias, se preocupó siempre por evitarle todo tipo de recompensa que indirectamente pudiera acarrearle funestas consecuencias. Igualmente, desde el tiempo de los sabios, hubo gente que mal guiada fue hacia extravagantes y dispendiosas deferencias a los poderosos. En esto también muy diferente fue la finada dama. Su fe y devoción completa la llevó a ofrecer sólo lo que su corazón le dictaba, siempre dentro de sus posibilidades. Los más ignorantes e insensibles monjes mendicantes montañeses se condolieron grandemente por su partida.

Al tiempo de sus exequias el mundo todo se condolió y nadie dejó de sentir un hondo dolor por aquel tránsito. Los tonos de la primavera dieron paso a desmedidos grises y negros. Contemplando su jardín en la Nijô, Genji cavilaba en las festividades primaverales de doce años atrás.[455] «Sólo este año», musitó.[456] No deseando que lo vieran llorar, se apartó hacia el oratorio, y pasó allí el día entre lágrimas. Aunque los rayos del sol poniente fulguraban sobre las copas de los árboles, en la cresta de la loma, se advirtió delgadas nubes de un tono gris empañado. En aquel momento Genji no atendiendo a nada, sólo experimentó una insondable ternura.

Una aureola de nubes
cruza el fulgor del ocaso,
como que imitara
el opaco tono gris de las mangas
del desconsolado que de luto viste.

Nadie había que lo escuchase. No valía la pena.

455. Véase el capítulo VIII, *Hana no En.*
456. *Tanka* de Kanzuke Mineo, en el *Kokinshû*, N° 832: *Si corazones tenéis, ¡Oh cerezos de Fukakusa!, sólo este año, ennegreced vuestros pimpollos.*

Las solemnidades fúnebres habían concluido, y el emperador permanecía aún acongojado. Hubo un viejo prelado que gozara de la confianza de sucesivas emperatrices, desde tiempos de la madre de la dama del Fujitsubo. Ésta igualmente había sido muy cercana a aquél y valoraba sus muchos servicios, pues él había actuado de intermediario imperial en los votos y ofrendas solemnes. El venerable hombre contaba ya setenta años. Se había mantenido enclaustrado, disponiendo sus propias providencias postreras para la siguiente vida, empero, había descendido de los montes para estar al lado de la dama. El emperador había determinado que se alojara en el palacio.

Genji también ejerció presión para que aquél se quedara con el emperador durante tan difíciles días y atendiera sus requerimientos, como en los días de antaño. Aunque él temía, respondió el prelado, no ser ya capaz de la atención nocturna, se sintió muy honrado por la invitación y enormemente agradecido porque se le permitiera servir a las damas imperiales por tan largos días.

Una noche, en la quietud previa a la alborada, entre el cambio de turnos de vigilia de los cortesanos, el prelado, tosiendo como los viejos suelen, platicaba con el emperador acerca de asuntos sin ninguna importancia.

—Hay una materia que hallo espinosa de tratar, Vuestra Majestad. Veces ocurren en que expresar la verdad es un pecado, y yo he contenido mi lengua. Mas, es un dilema, pues vuestra augusta ignorancia de aquella materia podría conduciros a una imprevisible falta. ¿Qué podría hacer yo por alguien si temiese morir de terror al enfrentar los ojos del cielo? ¿Tendría por mí el mismo desprecio que otorga al fingido adulador?

¿A qué quería referirse? ¿A alguna amargura, alguna envidia que no había sido capaz de arrancarse? Era ingrato especular que el más venerable de los corazones pudiera hallarse emponzoñado por un retorcido celo.

—Nunca he guardado nada ante vos, desde que aprendiera a hablar —señaló el emperador—, y no podré fácilmente perdonaros si ahora algo me ocultarais.

—Está muy mal, lo sé, Vuestra Majestad. Quered perdonarme. Se os ha concedido contemplar en lo arcano que el Buda prohibiera revelar, ¿por qué he de presumir de esconderos algo? El asunto es tal que podría proyectar una desdichada sombra hacia

el futuro. El silencio es perjudicial para todo aquel envuelto en el caso. Me refiero al finado emperador, vuestra finada madre y el ministro Genji.

»Viejo soy y, en caso alguno, ¿por qué he de tener remordimientos de haberlo revelado aun si por ello castigado fuera?

»Humildemente, os descubro lo que se me mostrara a través del propio Bendito. Hubo cuestiones que hondamente trastornaran a vuestra madre cuando aún os llevaba en el vientre. Los pormenores se hallaban allende la capacidad de comprensión para un simple monje como yo. Ocurrió una inesperada crisis cuando el ministro Genji fue culpado de un crimen que él no había cometido. Vuestra imperial madre se halló incluso más perturbada aún, y yo llevé a cabo una serie de distintos y elaborados servicios rituales. El ministro supo de ellos y de propia iniciativa comisionó los ritos que yo efectuara al momento de la ascensión de Vuestra Majestad al trono —y a continuación los describió en detalle.

Se trataba de una turbadora revelación. El terror y el dolor iban más allá de toda descripción. El emperador silente quedó por largo lapso. Temiendo haber cometido una ofensa, el viejo se dispuso a alejarse de la estancia.

—No, Vuestra Reverencia. Mi sola queja es que me hayáis ocultado el asunto por tan largo tiempo. Si me hubiera ido a la tumba ignorante de ello, lo habría tenido conmigo en mi siguiente existencia. ¿Hay alguien más que sea consciente de todos estos hechos?

—Los hay, solemnemente os lo aseguro. Son dos personas, sólo dos, que siempre los conocieron. Omyôbu y yo. El temor y la reverencia agravaron el sigilo inicial. Ahora, quizá, comprenderéis los pasmos sin fin que han mantenido a todos en tal estado de inquietud. Los poderes superiores se mantuvieron apartados mientras Vuestra Majestad era aún niño, mas al presente, cuando habéis perfectamente alcanzado la edad de la discreción, ponen de manifiesto su enojo. Todo se remonta a vuestros padres. Me hallaba en una horrorosa ansiedad al conservar el arcano —el anciano sollozaba—. Me he forzado a hablar de aquello que hubiera preferido mantener en el olvido.

Era ya a plena luz del día cuando el prelado partió. La mente del soberano quedó sumida en un torbellino. Era como despertar de una espantosa pesadilla. Su memorable padre, el finado emperador, había sido mal servido, y él, soberano hoy, mal servía a

su verdadero padre permitiendo que se afanara como un simple ministro. Yació en el lecho con su solitaria agonía hasta que el sol se elevó a lo más alto. Un preocupado Genji llegó haciendo preguntas. Él seguía lloroso, derramando más lágrimas por su madre, supuso Genji, siendo un tiempo ya en que no había descanso para las lágrimas. Mas, lamentablemente, debía informar al emperador que el príncipe Shikibu[457] acababa de morir. Otra pieza del tablero, caviló el emperador. Genji permaneció con él todo el día.

—Tengo el presentimiento —expresó el emperador, en el curso de una tranquila e íntima conversación—, de que no estoy destinado a vivir una larga existencia. Y experimento una sensación que no puedo exactamente definir, de que las cosas están mal, desajustadas. Hay un ánimo de inquietud allende el mar. No había querido abrumar a mi madre sujetándola, y a todos vosotros, a un cambio radical, mas verdaderamente pienso que preferiría un tipo de vida más calma.

—Eso está fuera de cuestión. No hay una indispensable relación entre el orden público y el carácter personal de un gobernante. En tiempos pasados se pudo constatar deplorables ocurrencias en los más ejemplares reinados. En la China hubo violentas revueltas durante los reinados de sabios emperadores. Cosas similares han ocurrido acá. Gente cuyo tiempo llegara a su fin murieron, y eso fue todo. Os ofuscáis sin motivo.

Él describió muchos precedentes que no sería apropiado para mí detallar a su vez.

En parca indumentaria de luto, mucho más sencilla y oscura que un traje de corte común, el emperador se asemejaba extraordinariamente a Genji. Por largo tiempo se había percatado del parecido, pero su atención a ello fue redoblada por la historia que acababa de serle revelada. Él quería de algún modo darlo a entender a Genji. Todavía era muy joven, sin embargo, y muy considerado con Genji y temeroso de avergonzarlo o disgustarlo. Aunque trataran de asuntos de menor importancia, su plática era inusualmente cálida y afectuosa.

Genji era demasiado sagaz como para no advertirlo y no quedar perplejo por el cambio. Empero, no sospechaba que el emperador conociese ya toda la verdad.

457. Tío de Genji, padre de la suma sacerdotisa de Kamo.

El emperador habría querido interrogar a Omyôbu; mas, de algún modo hacerla partícipe de este novísimo secreto sería perjudicar a su madre y al misterio que ella guardara tan bien y por tanto tiempo. Pensó en preguntar a Genji, como si por acaso, su amplio conocimiento de la historia incluyera ejemplos similares, mas de algún modo la ocasión no se presentó. Prosiguió sus propios estudios más diligentemente, repasando voluminosas crónicas chinas y japonesas. Halló gran número de anomalías tales en la historia china, algunas de las cuales habían llegado al conocimiento público y otras que no. Pero no pudo encontrar ninguna en la historia del Japón, mas quizás entonces habían sido secretos tan bien guardados como el suyo. Encontró numerosos casos de príncipes imperiales que habían sido reducidos al estado de comunes y a los que se había dado el apellido Genji, quienes habiéndose convertido en consejeros y ministros, habían retornado a la nobleza imperial y alcanzado el nombramiento de sucesores al trono. ¿No podría acaso Genji, por sus universalmente reconocidas dotes, con suficiente razón, merecer que él le cediera el trono? El emperador, en su mente, dio vueltas una y otra vez al asunto, incesantemente.

Había llegado a una decisión, sin consultar a nadie: que la designación de Genji como canciller estaría en las listas de otoño. Él confió a Genji sus secretas cavilaciones acerca de la sucesión.

Tan asombrado que apenas pudo alzar los ojos, Genji expresó su más enfática negativa.

—Nuestro padre, cualesquiera fueran sus razones, me favoreció sobre todos sus otros hijos, pero nunca consideró concederme el trono. ¿Qué posible razón podría ahora yo tener para ir en contra de sus nobles intenciones y asumir una posición que nunca he ambicionado? Yo escogería seguir sus claros deseos y ser un leal ministro, y cuando vos seáis algo mayor, quizá, retirarme a más tranquilos quehaceres tornándome bonzo, lo que de veras anhelo.

Para gran desilusión del emperador, él se mostró implacable en su negativa.

Luego vino el deseo del emperador de nombrarlo canciller. Genji, empero, tenía razones para desear permanecer por un tiempo como ministro y el emperador tuvo que contentarse con elevarle un rango y otorgarle el honor especial de arribar en su carruaje a través de la Gran Puerta del Sur. El soberano habría deseado ir un tanto más allá y restaurarle su

condición de noble imperial, pero la disposición de Genji al respecto era de declinar también aquel honor. Pues, como príncipe, no habría podido tener la libertad que ahora poseía de aconsejar al emperador, y además, ¿qué otro podría prestar servicio tal? Tô no Chûjô era general y consejero. Una vez que hubiese avanzado un grado o dos más, Genji podría con seguridad volcar todo a su favor y, para bien o para mal, alejarse de la vida pública.

Mas, había algo muy extraño respecto de la conducta del emperador. Las sospechas cruzaron la mente de Genji. Si éstas eran válidas, entonces tendrían tristes implicaciones para la memoria de la dama del Fujitsubo, y sugerían una callada agonía por parte del emperador. Genji se sintió agobiado por sentimientos de insondable culpa. ¿Quién podría haber revelado el secreto?

Habiéndose convertido en la cabeza del vestuario imperial, Omyôbu vivía ahora en el palacio. Él fue a verla.

—¿La dama del Fujitsubo, en alguna ocasión, había permitido que siquiera un fragmento del secreto se deslizase en presencia del emperador?

—Jamás, mi señor, nunca. Ella vivía en constante terror que él pudiese oír algo de ello de alguna otra persona, y en pasmo ante el secreto mismo, que pudiera atraer sobre él, la hostilidad del cielo.

La nostalgia de Genji por la finada dama retornó una vez más.

Mientras tanto, el desempeño de Akikonomu en la corte estaba por encima de todo reproche. Servía al emperador fervorosamente, y él le tenía cariño. Por su sensibilidad y diligencia ella merecía las más altas calificaciones, lo que para Genji era inapreciable. En el otoño, ella arribó a la mansión de la Nijô por un tiempo. Genji había hecho pulir y remozar el aula mayor hasta que quedara reluciente. Ahora, se hallaba él, sin lisonja alguna, en el papel de padre.

Una suave llovizna otoñal caía. Los lechos de flores próximos a la galería eran un tumulto de colores, suavizados por la garúa. Genji cavilaba pensativo, con los ojos húmedos. Se dirigió a los aposentos de ella, vestido de oscuro atuendo de luto, hecho una estampa de finura y dignidad. Los recientes, turbadores acontecimientos lo habían hecho recluirse. Sin hacer aspaviento de ello, llevaba un rosarillo en su mano. La saludó a través de sólo un cortinaje.

—Y he aquí las flores otoñales una vez más con sus lazos ya deshechos. Ha sido un año temible, y algún consuelo se halla en verlas de regreso, sin que ninguna olvide su propio tiempo.

Inclinándose sobre un pilar, él se veía muy garrido a la luz del crepúsculo. *Cuando pienso en ella...*[458] ¿Cavilaba también la princesa en su madre? Ella refirió remembranzas que reiteradamente tuviera en los últimos días, particularmente cuán indecisa se había sentido acerca de si dejar el santuario temporal aquella mañana poco antes de su partida hacia Ise. Él oyó, pero apenas, un tenue movimiento tras los cortinajes y adivinó que ella lloraba. Había una enternecedora delicadeza en ello, tan precioso, su recatado llanto maravillosamente incitante que provocó en Genji un vuelco en el corazón: «Una vez más lamentó que no se le permitiera mirarla». ¡Qué hombre molesto!

—Toda mi vida me he causado desazones que bien podría haber evitado, al continuar preocupándome por damas con las que me encariñé. Me temo que, de todos los asuntos en los que mi impulsividad acarreara dolor a otras personas, dos han continuado contrariándome, rehusándose a dejarme. Uno fue el caso de vuestra finada madre. Hasta el fin ella parece haber pensado que mi comportamiento fue ofensivo, siempre lo supe, y hasta el final habré de lamentarme. Había esperado que estando a vuestro servicio y gozando de vuestra confianza hubiera podido confortarla. Mas, al parecer, no obstante todo, el humo no se ha despejado, y deberé proseguir viviendo con ello en el otro mundo.

Dos asuntos, él refirió, mas no elaboró acerca del segundo.

—Hubo años en los que estuve perdido para el mundo. La mayoría de los asuntos inconclusos que conmigo llevara desde entonces han sido puestos en orden, luego de un tiempo. Allí está el caso de la dama del pabellón oriental, por ejemplo: ha sido rescatada de la pobreza y vive ahora en paz y seguridad. Su talante amable es bien conocido por todos, y ciertamente por mí; y podría decir que ahora gozamos todos

458. Alusión poética cuya fuente se halla en el *Shûi-shû: Quizá la persona en que pienso se convirtiera en rocío del follaje... Cuando en ella cavilo, se humedecen mis mangas como mi mano de rocío se moja sobre la fronda.*

de una sugestiva sensación de serenidad. Que esté de vuelta en la ciudad y sea capaz de rendir algún servicio a Su Majestad ¡me alegra tanto! Aún me siento impedido de luchar contra las desafortunadas tendencias de mis años mozos como hubiese deseado. ¿Estáis al tanto, me pregunto, de que mis servicios a vos, tales como fueran, han exigido no poco autocontrol? Debería sentirme muy desencantado, de veras, si vos me dejarais con la impresión de que no lo habías presentido.

Un pesaroso silencio sucedió a estos asertos.

—Bien... es lastimoso —y así cambió de tema de conversación—. ¡Cuánto desearía que, en los años que me fueran concedidos, pudiera recluirme en algún retiro y perderme en tranquilos preparativos para el otro mundo! Deploro no disfrutar de ningún recuerdo de este mundo. Mi gran pesar será que habré de dejar tan poco tras mi paso. Hay, como bien sabéis, una niña de tan bajo nacimiento que el mundo no puede esperar distinguirla. Espero con gran impaciencia que ella crezca. Temo que parecerá inapropiado de mi parte decirlo, pero me confortaría mucho esperar que vos pudierais contar la prosperidad de esta casa entre vuestras augustas cuitas, y que ella, luego de que yo partiese, estuviera entre la gente que os importa.

La respuesta de ella fue una sola palabra, tan leve que él escasamente la oyó, sumido en añoranzas. Le quedó sólo una sensación conmovedora, mientras se hacía ya muy oscuro.

—Pero, aparte de la casa y la familia, es la naturaleza la que me brinda el mayor placer, los cambios a través de las estaciones, los pimpollos y el follaje, en primavera y otoño, los variantes trazos de los cielos. La gente siempre ha debatido acerca de los relativos méritos de las arboledas primaverales, o los campos otoñales, y ha sido difícil llegar a una conclusión. Se me ha dicho que en la China nada supera los brocados de la primavera, pero en la poesía de nuestro propio país la preferencia parecería ser por los melancólicos tonos otoñales. Los contemplo ir y venir y debo dar a cada cual razón, y al final también me veo impedido de decidir entre el trino del ave o el matiz de la flor. Y más allá: dentro de los límites de mi estrecho huerto, he buscado traer lo que pudiera de las estaciones, árboles floridos en primavera y hierbas florecientes en otoño, el zumbar de los insectos que pasarían inadvertidos en el yermo. Esto es lo que os ofrezco para vuestra complacencia. ¿Cuál de los dos, otoño o primavera, es vuestro favorito?

Él había elegido un tema tan difícil que causaba titubeo, pero uno en el que el silencio sería una rudeza.

—Si Su Señoría halla difícil tomar una decisión, cuánto más será para mí. Es como vos decís: algunos son de una opinión, y otros de una diferente. Empero, para mí: en el viento otoñal, que los poetas hallaran tan triste, en el rocío esfumado, percibo un fugaz lazo con mi madre.

Ella respondió con naturalidad borrando las palabras que pronunciara.

Él se conmovió con afecto y no pudiendo soportar el gran cariño que por ella sentía, dijo:

Honda es también vuestra tristeza,
mas, dadme vuestra compasión,
y guardad éste mi secreto:
hasta los huesos penetra
el viento otoñal.

»Hay veces en las que lo siento más fuerte que lo soportable.

¿Cómo habría ella de responder? Ella dejó entrever que no había entendido. De algún modo él se hallaba de talante quejumbroso esta noche. Y por poco habría cometido una mayor indiscreción si hubiera interferido demasiado. Ella tenía todo derecho a sentirse desdichada con él, pues su comportamiento era indigno de la edad que tenía. Él suspiró hondamente, e incluso aquello la apartó más aún, por su importuna elegancia. Ella parecía alejarse más y más de él.

—Os he disgustado, disculpadme, aunque dudo que la mayoría de las personas sensibles se hubiera sentido mortificada. Bien, por gracia os pido no abrumarme de aquí en adelante. Pues en tal caso me pondríais en un apuro.

Él salió. Hasta el aroma que tras él dejase la inquietó.

—¡Qué perfume ha dejado él en estos cojines, el olor mismo es indescriptible! —sus doncellas bajaban las persianas—. Él trae todo juntamente consigo, por un sauce que de repente empieza a florecer al igual que un cerezo.[459] Hace que cualquiera se estremezca.

459. *Tanka* de Munetoki Nakahara en el *Shûi-shû:* «Que florecieran querría sobre una rama de sauce, capullos de cerezo, con aroma de ciruelo».

Él se dirigió al ala de Murasaki, dentro de la casa. No ingresó inmediatamente, sino, eligiendo un lugar en la galería, por un tiempo quedó sumido en cavilaciones. Ordenó colgar las lámparas lo más apartado posible e hizo sentar a las doncellas cerca de él. Luego mandó que leyeran narraciones. Pensaba en el amor. ¿Por qué aquellos impulsos salvajes no lo abandonaban? Estaba ya demasiado viejo para tales y airado consigo mismo por la respuesta que su pregunta exigía. Deplorable fue su comportamiento, pero había sido joven e irreflexivo, y estaba seguro de que en aquel momento se le había perdonado ya la imprudencia de su juventud. Así que buscó confortarse y tomar conocimiento de la verdad absoluta: al menos se hallaba ahora más calmo y consciente de los peligros de lo que antes estuviera.

Akikonomu se sentía apenada de haber dicho lo que dijera. Sus observaciones acerca del otoño podrían haber sonado muy poéticas, pero ella debió haber frenado su lengua. Estaba tan descontenta consigo misma que se sentía agotada. La robustez de Genji parecía a prueba de cansancio. Él se comportaba todo el tiempo como que fuera padre de ella.

Él le contó a Murasaki de su recién descubierta preferencia por el otoño.

—Ciertamente lo puedo apreciar. Contigo es la madrugada de primavera, y eso también lo entiendo. Debemos organizar una amenidad apropiada e ir a contemplar los capullos, y luego el follaje de otoño. Mas, he estado tan ajetreado. Bien, no será siempre así. Tendré lo que más deseo, la vida de un ermitaño. Y, ¿estarás sola, querida mía? La posibilidad de que así pudiera ser me retiene aquí.

Él seguía pensando mucho en la dama de Akashi, pero su vida estaba tan constreñida ya que no sería fácil visitarla. Ella parecía haber concluido que el vínculo entre ambos nada significaba. ¿Pero con qué razón? Su ligera negativa a vivir en el pabellón del oeste de la mansión y a ser tratada como una mujer corriente le parecía que lindaba con la arrogancia. Sin embargo, le daba lástima, y aprovechó toda oportunidad que hubiera para asistir a los servicios en su nueva capilla de Saga. Ôi parecía más y más triste, conforme lo conoció mejor, el tipo de lugar en que moraban debía tener un efecto patético incluso para un visitante ocasional. Las visitas de Genji provocaban sentimientos encontrados: el lazo entre los dos era poderoso aún, obviamente, pero

había generado desdicha. Ella quizás habría estado mejor sin tal. Son estos los tristes pensamientos que se resisten a todo consuelo.

Las flamas de las antorchas de los pescadores con cormoranes, en medio de las oscuras arboledas, semejaban luciérnagas en un arroyo del huerto.

—Para alguien no habituado a vivir cerca del agua —dijo Genji—, pienso que debe ser maravillosamente extraño y diferente.

El fulgor de las antorchas oscila,
con el sombrío bajel pescador,
sobre las olas aquellas
que hasta Ôi
me persiguieran.[460]

—El fuego de las antorchas y mis pensamientos son ahora como entonces fueran.

Y él respondió:

Sólo quien ignora
el agua honda,
fluctuar aún puede
y danzar
sobre las olas.

»¿Quién, pregunto, ha hecho infeliz a quién?[461] —volviendo su gentil queja contra ella.

Era un tiempo de relativo ocio cuando Genji podía volcar sus pensamientos hacia sus devociones. Como sus visitas se hacían prolongadas, la dama de Akashi (así dicen) se sintió algo más feliz con su hado.

---

460. Retruécano: la palabra *ukifune* («oscilante bajel») alude a la melancólica circunstancia de la dama de Akashi y se vincula al calificativo *sombrío,* ligado al tenue fulgor de las antorchas.

461. Alusión poética a una *tanka* no precisamente identificada, proveniente del *Kokin Rokujô,* Vol. 3: *Juzgo de muy doloroso el amorío fugaz. Bien me avisó quien dijera que efímero y pesaroso es este mundo.*

CAPÍTULO XX

朝顏

Asagao

Faz matinal

La princesa Asagao, suma sacerdotisa de Kamo, dimitió el cargo a la muerte de su padre. Nunca llano a olvidar damas que le hubieran interesado, Genji con frecuencia había enviado a inquirir por su salud. Las respuestas que le diera siempre fueron muy adustas y formales. Determinada estaba ella a no ser más objeto de murmuraciones. Ciertamente él no se sentía feliz.

Él[462] llegó a saber que, durante la novena luna, ella había retornado a Momozono, el palacio de su padre. La Quinta Princesa,[463] hermana menor del viejo emperador y tía tanto de Asagao como de Genji, residía también en Momozono. Genji rindió visita, para presentar excusas a la Quinta Princesa. El finado emperador había tenido mucho cariño a su hermana y su sobrina, y Genji podía decir que él había heredado una responsabilidad. Ellas ocupaban las alas oeste y este del palacio, que ya mostraba signos de incuria y abandono, ofreciendo una mustia apariencia.

La Quinta Princesa lo recibió. Parecía envejecida y tosía incesantemente. La princesa Omiya, madre de la fallecida Aoi, esposa de Genji, era su hermana mayor, pero ambas eran muy diferentes. La princesa Omiya había conservado su buen ver hasta el final. De ronca voz, y una personalidad bastante tosca, la Quinta Princesa de algún modo nunca había estado en una situación favorable.

---

462. Desde el noveno mes de los 32 años de Genji hasta un nevoso día invernal.
463. Tía tanto de Asagao como de Genji —primos hermanos entre sí—. El padre de Asagao fue hermano del padre de Genji (el finado emperador).

—El mundo se ha tornado un lugar tan triste desde que tu padre muriera. A cada paso me sentía desamparada. Y a medida que llegaba a la vejez, poco a poco, pasaba los días entre lágrimas. Y ahora, también me ha dejado el príncipe Shikibu. Pensaba que nadie en el mundo se habría de acordar de mí, y aquí estás tú. Tu amable presencia ha hecho muchísimo para ahuyentar tanta congoja.

Sí, ella había envejecido. Él le dirigió la palabra muy prudentemente.

—Todo pareció cambiar al morir mi padre. Luego hubo años en los que, siendo inocente y sin razón alguna, me vi languidecer en una apartada comarca. Luego, cuando mi buen hermano halló adecuado llamarme de regreso y fui honrado con un cargo oficial una vez más, hallé que tenía muy poco tiempo para mí mismo, y temo haberos desatendido inexcusablemente. Con cuánta frecuencia pensé en visitaros y conversar con vos acerca de los tiempos de antaño.

—Como dices, éste ha sido un mundo muy incierto y perturbado. A dondequiera que miro veo algo más que me estremece. Y he pasado por todo ello como que yo no formara parte del mismo. A nadie debería pedírsele que viviera por tanto tiempo; mas ahora que te veo de regreso donde debías estar, recuerdo cuánto detesté la idea de que yo muriese mientras permanecieras aún lejos —su voz vacilaba y se cascaba—. Sólo basta ver qué caballero garrido has llegado a ser. Eras tan airoso de pequeño que se tornaba difícil creer que fueses destinado realmente a este mundo, y cada vez desde entonces he vuelto a tener la misma cavilación, que quizás estabas reservado para un lugar superior. Dicen que Su Majestad se parece a ti, mas no lo creo. No puede haber dos hombres igual de apuestos.

Él sonrió y pensó cuán difícil era verse colmado de alabanzas sentándose frente a frente.

—Vos me alabáis demasiado. Me descuidé de mí mismo, luego mi vida estuvo llena de penas cuando estuve lejos de la capital y me temo que no he logrado quitarme la apariencia campesina. En cuanto a Su Majestad, no ha habido nadie, pasado ni presente, que rivalice con él en donaire. Tenéis toda la razón cuando decís que no puede haber dos hombres igual de apuestos.

—Pienso que puedo esperar vivir algún tiempo más si fuera honrada de tiempo en tiempo con una visita como ésta. Es como si años y pesares me dejasen —hubo una pausa de lloros—. Estuve, lo admito, celosa de la princesa Omiya, por haber

conseguido entablar tan íntima relación contigo. Hubo evidencia de que el príncipe Shikibu sintió envidia también.

La charla había tomado un vuelco sugestivo.

—Un vínculo con la casa del príncipe Shikibu —espetó él— habría sido un honor y un placer. Mas temo que no fui hecho para sentirme exactamente deseado. En aquel entonces nadie quiso intimar conmigo —hablaba en tono reproche y sentenciosamente.

Sus ojos habían estado errando en dirección a la otra ala de la mansión. El marchito huerto tenía una muy peculiar belleza unicolor. Él estaba agitado. Esta quieta reclusión, ¿cómo habría afectado a Asagao? «Pienso que debo ir a dar un vistazo a la otra ala, aprovechando la ocasión. Ella podría juzgar de rudeza que no lo hiciera».

Pasó por una galería. Entre las sombras que se agolpaban pudo aún distinguir sombríos cortinajes de luto más allá de las persianas orladas de gris oscuro. Un maravillosamente delicado incienso flotando vino hasta él.

Fue invitado a pasar al aposento sur, pues no se le habría de dejar en el corredor. La dama Senji, azafata de Asagao, llegó como mediadora.

—Así que aún me tratáis como que fuera un muchacho obstinado, aun cuando nuestra relación no sea cosa de ayer. Tanto tiempo me he rendido ante vos, que he venido con esperanzas, y había imaginado el privilegio de los aposentos interiores —dijo así, con tono insatisfecho.

«Siento como que me despertase de un prolongado sueño», escribió la princesa de regreso, «y debo pedir tiempo para ponderar la paciencia de la que vos habláis».

Sí, pensó Genji, el mundo era un incierto, ilusorio lugar.

En verdad aguarda uno
por largas y tristes lunas
con la esperanza
de que la deidad
sus bendiciones le otorguen.[464]

---

464. El dios de Kamo.

—Y ¿qué divino mandato os proponéis invocar esta vez? He cavilado y sentido grandemente, y me reconfortaría mucho compartir con vos al menos una pequeña porción de aquéllas.

La princesa advirtió un frío propósito en la vieja intención e impetuosidad. Él había madurado. Su porte era más sosegado, como que su ternura fuese mucha más. No obstante, parecía demasiado joven todavía como para el alto cargo que ostentaba.

Me habrán de decir
los dioses, acaso,
si los votos quebranté
al haber sostenido
breve plática con vos.

—¡Qué lástima! Habría pensado que ellos estaban dispuestos a permitir que gentiles vientos de Shinado pusiesen lejos todo aquello.[465]

En verdad, nadie más había tan donairoso como él. Pero, ella mantenía una tenaz gravedad, negándose a divertirse cuando su dama de honor sugirió que el dios de Kamo probablemente a ella no la tomaría más en serio que como tomara a Narihira.[466] Semejaba que los años la habían tornado menos dada a acoger galanterías. Sus doncellas se afligieron mucho con su retraída actitud.

—No refrené mi lengua —suspiró él profundamente y se levantó para marcharse—. Cuando uno envejece, es cierto, la ocasión se presenta en que se pierde el prestigio por completo. Os pido que solamente veáis ahora con humor a un viejo así de lánguido, por culpa vuestra... Pues maltrato he recibido.[467]

Los elogios de las doncellas fueron atronadores (siempre lo habían sido) cuando él partió. Era un momento en que los cielos habrían insuflado punzantes pensamientos

---

465. *Shinado* alude al dios del viento, Shinatobe.

466. En los *Ise Monogatari*, episodio 65: *Por un límite al amor oraba yo en Mitarashi. Al parecer, las deidades declinaron escuchar mis rogativas.*

467. «Saliendo estoy por la puerta de vuestra casa ahora. ¡Salid y ved al intimado hombre que os ha amado!» Párrafo del *Cuento de Sumiyoshi.*

en cualquier caso, y una hoja caediza podía hacer rememorar cosas de tiempos idos. Las mujeres intercambiaron recuerdos de sus gentilezas en asuntos tristes y gozosos.

Él permaneció despierto con su desencanto. Hizo que temprano levantaran las persianas y permaneció de pie contemplando la niebla matutina. Aún vistosa, entre las marchitas flores, había una campanilla que conservaba todavía uno o dos tristes capullos, mordidos por la escarcha. Cortó uno y se lo envió a Asagao.[468]

«Dado que recibiera una impasible acogida, dejé el lugar con aire incómodo. Y dudo que hayáis avistado mi figura de espaldas... ¿Seguís guardándome rencor?»

No olvido que viera
una faz matinal.
¿El paso de los años,
no habrá gastado
su vigor de floración?

»Continúo, a pesar de todo, esperando que tengáis compasión de mí por los tristes pensamientos de tantos, tantísimos años.

Era un tipo de carta comedida que sería grosero desdeñar, comentó ella a sus doncellas, que presurosas le acercaron un frotatintas.

Ha terminado el otoño,
en la maraña del seto
quedó perdida
de niebla cubierta
campanilla, faz matutina... yo.

»Leer vuestra muy justa comparación, me hace brotar las lágrimas.

No podría haberse tildado de muy cautivante o animosa respuesta, pero él no fue capaz de desecharla. Quizá la elegante escritura o el papel, de suave tono verde-gris, fue lo que lo retuvo.

A veces, en correspondencias como ésta, la incorrección se encubre con el rango o el carácter. Hay fallas que no se advierten al momento de escribir, mas luego, al intentar

---

468. *Asagao*, literalmente significa «faz matinal», en japonés actual se da este nombre a la campanilla. El título del capítulo deriva de la *tanka* que sigue.

referirlas, uno se percata de ellas. Pudiera ser que registrara aquello con borrones y no con el esmero debido.

Juzgó no oportuno trazar un mensaje que pareciera tan juvenil, y se mostró renuente a responder. Mas, evocando todas las previas lunas y años en los que ella se mantuviera displicente, se acicateó su atracción por ella, y rebrotó en él un bisoño ardor. Escribió así una muy sensata carta, e hizo llamar al recadero de ella al ala este, adonde no pudieran ser observados.

Las servidoras de ella, de un negligente talante, se dejaban dirigir por galanes de inferior rango, y sus bulliciosas alabanzas, que le pareciesen efecto de un vedado desliz, la habían prevenido de Genji. Ella misma había sido siempre muy estricta, y ahora pensaba que ambos eran ya muy viejos y demasiado notorios como para cometer un desatino. La correspondencia más rutinaria y común alusiva a flores y hierbas de la estación probablemente habría de levantar críticas.

Los años no la habían cambiado. Su carácter era antojadizo e insólito comparado al de otras damas.

Corrió el rumor de que él, a pesar de todo, la había visto furtivamente. Se decía que le enviaba muy afectuosas misivas. La Quinta Princesa, entre otras personas, quedó complacida. Ambos parecían hacer una buena pareja. El runrún llegó a oídos de Murasaki, quien inicialmente se dijo que él ni siquiera soñaría con conservar un secreto así para con ella. Luego, observándolo más cercanamente, no pudo desechar las evidencias de agitación que en él viera. Así, él reaccionaba seriamente cuando refería algo que anteriormente había mencionado en broma. Ella, como Asagao, eran ambas nietas de emperadores, mas de algún modo la otra dama lucía una figura realzada. Si los propósitos de Genji se demostrasen serios, Murasaki se habría de hallar en una posición verdaderamente desdichada. Quizá, demasiado confiada en que carecía de rivales, ella había presumido en exceso del afecto que él le guardaba. No parecía probable que él la alejara, al menos en el futuro inmediato, mas era bastante posible que ambos hubiesen vivido ya mucho tiempo juntos, y tomase su amor por descontado. Aunque en asuntos sin importancia ella podía reprenderlo del modo más halagüeño, ella no mostraba atisbos de que se hallaba de veras consternada. Él pasaba muchas de

sus horas en estos días contemplando el huerto. Y varias de las noches, él permanecía en la corte y a su retorno se ocupaba en lo que llamaba correspondencia oficial, por lo que ella pudo concluir que los rumores eran veraces. ¿Por qué él no manifestaba nada? Parecía un extraño.

Aquel año no hubo festividades.[469] Disgustado y nervioso, una noche, nuevamente, él salió hacia el palacio Momozono. Se había tomado el día entero para acicalarse, escogiendo gratamente suaves ropajes y cerciorándose de que todos estuviesen bien perfumados. La mujer del tipo más débil habría tenido incluso muchas menos defensas contra sus encantos que de lo corriente.

Después de todo, él pensó menester decírselo a Murasaki.

—La Quinta Princesa no se halla bien, y debo corroborar cómo se encuentra.

Él aguardo una respuesta, mas ella en aquel momento se ocupaba de la pequeñita. Su perfil le reveló que las cosas no andaban del todo bien.

—Parecéis muy hosca en estos días. No me imagino el porqué. No he deseado que se me tome por descontado, como un ropaje común y usado, y por ello he permanecido fuera más de lo acostumbrado. ¿Qué recelo guardáis esta vez?[470]

—Sí, es cierto. Una no goza si es tenida por prescindible —se volvió y acostó.

Él no quería dejarla, pero había avisado su visita a la Quinta Princesa, y verdaderamente debía encaminarse ya.

Así que esto era el matrimonio, caviló Murasaki. Había sido demasiado confiada.

El atuendo de duelo, de color gris oscuro, tiene su propia belleza, y el de él era particularmente hermoso a la luz que la nieve reflejaba. Ella no podía soportar la idea de que él pudiera un día dejarla definitivamente.

Él llevó consigo sólo unos pocos muy cercanos servidores.

—He llegado a una edad —expresó, muy dignamente—, en que no quiero ir mucho a ningún sitio salvo al palacio. Pero, actualmente pasan un muy triste momento en el

469. Pues la corte se hallaba de duelo por el fallecimiento de la dama del Fujitsubo.

470. Retruécano: *naru* se refiere a «acostumbrar» y la condición del vestuario «que ha perdido su almidonado rigor» alude al usual ropaje de los buceadores de Suma, corriente y gastado, de tanto soasar la sal marina, lo que hacía que ella se sintiera indiferente y fría. Semejantes versos aparecen en la *tanka* amorosa del *Shinkokinwakashû,* N° 3, obra de la princesa de Kishi.

Momozono. Tienen al príncipe Shikibu para que se ocupe de ellas, pero ahora parece natural, y muy doloroso también, que se vuelvan hacia mí.

Las mujeres de Murasaki no estaban convencidas.

—Sigue siendo su mayor defecto el que su atención fluctúe. Sólo esperemos que ninguna desdicha venga con ello —murmuraron.

En el Momozono, el tráfago parecía centrarse en el portal norte. Habría sido indigno para Genji unirse a la muchedumbre, así que envío a uno de sus hombres a través del gran portal del oeste. La Quinta Princesa, que no lo aguardaba tan tarde en una noche nevosa, dio prestas órdenes de que abrieran el portal. Un portero de fría apariencia se apresuró en hacerlo. Mas, tuvo dificultades y no había quien lo ayudara.

—Todo está corroído —musitó; y Genji se sintió bastante apenado por él.

Y han pasado tres años, entre el ayer y el hoy. El mundo era inestable, tornadizo además, y sin embargo el albergue temporal que ofrecía no era fácil de abandonar. Aún las hierbas y flores de las pasajeras estaciones continuaban remolcándolo.

Y ¿cuándo el ajenjo
invadió esta puerta?
¿Este seto, ahora
de nieve cubierto
a la ruina va?

Finalmente fue abierta la puerta y él pudo ingresar a la mansión.

La Quinta Princesa comenzó la charla, como siempre, acerca del tiempo ido. Ella habló sin cesar ni ilación, y Genji estaba ya amodorrado. También ella empezó a bostezar.

—Me adormezco en las veladas desde las primeras horas de la noche. Me temo que no soy más la conversadora que fuera.

Los sonidos que luego empezaron a emerger de ella podrían haber sido ronquidos, pero distintos de los que él hubiera antes escuchado.

Complacido con su liberación, él se dispuso a salir. Pero otra mujer había tomado la conducción, con toses de anciana.

—Me he aventurado a esperar que vos os acordarais de mí, pero veo que no me contáis más entre los vivientes. Vuestro finado padre solía llamarme abuelita y se reía mucho conmigo.

Ella se identificó y él rememoró. Era la vieja Naishi. Él había oído que se había hecho monja y que ella y la vieja princesa mantuvieron religiosa compañía, pero le asombró saber que aún estaba con vida.

—Semeja haber pasado mucho tiempo desde el fallecimiento de mi padre. Incluso pensar en aquellos días, de algún modo me entristece. ¡Qué placer me da oír vuestra voz! ¡Debéis ser bondadosa conmigo, como lo seríais con un huérfano errante![471]

Él nuevamente había tomado asiento, ella había concitado su atención, pues la hacía retornar a aquellos lejanos años, despertando nuevamente su vieja coquetería. Se tornaba evidente, dada la imperfecta articulación, que sus juguetonas palabras provenían de una vieja boca desdentada.

—Incluso mientras hablo —ella acotó, ya resultaba demasiado.

Él se sentía divertido pero a la vez entristecido ante la sugerencia de que la ancianidad la hubiera sorprendido repentina e imperceptiblemente.

De las damas que habían pugnado por el afecto del viejo emperador, cuando Naishi estaba en flor, algunas habían muerto ya largo tiempo antes, y sin duda otras habían pasado días de congoja al final de largas vidas. ¡Qué breve existencia vivió la dama del Fujitsubo! Un mundo que ya se había mostrado asaz incierto hacía ahora ostentación de su cruel fluctuación. Aquí, serenamente dedicada a sus devociones, estaba una mujer que había parecido lista para la muerte incluso entonces y que nunca tuvo mucho que la enalteciera.

Complacida de haber tenido algún efecto sobre él, ella pasó a otros pícaros intentos:

---

471. Alusión a la *tanka* atribuida al príncipe Shôtoku, N° 1350 del *Shûishû*: *Llorad por el huérfano errante, que desfallece y muere, entre los campos en terrazas del Monte de Kataoka.*

No olvido aquel lazo,
a pesar de los años cumplidos,
pues era la palabra
con que me llamabais:
la madre de vuestra madre.

Fue un tanto inmoderado.

Suponed que aguardemos
que otro mundo refiera
ejemplos de un hijo
que a un padre
deja en el olvido.

»Sí, ciertamente parece un duradero lazo. Debemos sostener un diálogo al respecto en algún momento —y él partió.

Unas pocas persianas seguían aún abiertas a lo largo del ala oeste, como que la princesa no quisiera que él se sintiese completamente indeseable. La luna había salido y esplendía sobre la nieve tornando la noche en una repentinamente hermosa. Tales encuentros como aquél, del que acababa de emerger, eran tenidos por el mundo como torpes ejemplos de una u otra especie.

Su actitud era muy sobria y correcta esta noche.

—Si pudiera oír una sola palabra directamente de vos que expresase vuestro disgusto conmigo, entonces me resignaría a lo que debe ser.

Mas, ella se hallaba poco dispuesta a concederle aun esto. La indiscreción juvenil es perdonable, y ella había percibido que su finado padre no tuvo mal visto; pero ella lo había rechazado, y eso fue todo. A la edad de ambos era casi indecoroso. La expectativa de la sola palabra que él solicitara la dejaba en una extrema dificultad. Él pensaba de ella que era en verdad una dama fría, insensible, y ella por su parte intentaba mantener distancias bruscamente. Le daba respuesta a través de una intermediaria, lo que le causó una sensación irritante. Era tarde y el viento soplaba alto y frío.


祐清法眼筆



Ilustración del capítulo XX «Asagao», en el *Genjimonogatariemaki*, por Kanou Yusei (colección del archivo Kuyou, 早稲田大学 Waseda Daigaku).

Aunque sintiendo mucha lástima por sí mismo, él se las apañó con cierta elegancia, al enjugar una lágrima.

Largos años de frialdad
y no escarmiento,
mas ahora adiciono
aún más pesadumbre
a aquel desapego
y un nuevo dolor.

Añadió: «Es mía la culpa por mi propio egoísmo».

Al escucharlo, una vez más las doncellas comentaron en voz alta al acordar que no se le trababa bien.

Ella remitió una respuesta:

Cambiar no podría
aun si lo quisiera
en tan tardía fecha.
Sé que otras lo hacen
mas yo no.

»Como es costumbre, las cosas dejo exactamente.

Él no quiso salir en estampida como un mozalbete enfadado.

—Esto quedar debe en secreto, ¡decididamente! —dijo él durante una musitada consulta con la mujer que trajera los mensajes—. No querría sentar un burlesco ejemplo. Ciertamente no sois vos sino vuestra ama; podéis pensar que soy en demasía descarado si encarezco al río Isara por modelo.[472]

Sus doncellas acordaron que él no la había constreñido.

—¡Un caballero tan gallardo! ¿Por qué ella era tan testaruda? Él parece incapaz de la mínima rudeza o temeridad.

---

472. La palabra semejante *isaya* significa algo así como «no tengo idea alguna». Normalmente usada luego de una relación intima, Genji pensó que era en demasía insolente. En la *tanka* Nº 1108 del *Kokinshû*, el río Isaya en Omi es ofrecido como respuesta apropiada para quien inquiere por algún arcano. *Isara* fue quizás una errónea transcripción.

Ella bien sabía cuán admirable e interesante hombre era, mas quería que ninguna acotación suya se sumara a las loas que ella oía en su torno. Él estaba convencido de que ella también se había rendido, pues era tan desfachatadamente garboso. No, una aparente calidez y amigabilidad no sería de provecho a sus propósitos. Dirigiéndose a él, siempre a través de una intermediaria, ella se expresó escrupulosamente y a bien cuidados intervalos, justo antes de lo que él pudiera tomar como el silencio final. Ella deseaba sumergirse en sus devociones y enmendar por sus años alejados de la Buena Ley, mas no anhelaba una desastrosa ruptura definitiva. Sólo serviría para acrecentar habladurías. Desconfiando incluso de sus propias servidoras, ella se apartó gradualmente dirigiéndose a orar. El príncipe Shikibu había tenido numerosa prole, pero su madre sólo a ella. Ella no era muy cercana a sus medios hermanos y hermanas. El palacio Momozono se hallaba desarreglado y su comitiva era pequeña. Ahora llegaba este fino caballero con su apasionado impulso, al cual todo el que estaba a la vista parecía unirse.

No es imaginable que Genji hubiera perdido su corazón por la princesa. Más bien era su frialdad la que espoleaba su temperamento. Él no quería darse por vencido. Había sido considerablemente cuidadoso con su comportamiento en esos días, lo que no daba pie a crítica alguna. Bien sabía cómo cierta alegre gente juzgaría este predicamento y él no era más el Genji de las indiscreciones juveniles. Él, en tan avanzado instante, no iba a admitir un nuevo escándalo en su vida. Empero los pretendientes rechazados se ven bastante ridículos.

Sus noches lejos de la Nijô se hicieron más frecuentes.

—Me pregunto si, incluso en son de chanza...[473] —se dijo Murasaki; las lágrimas brotaron, a pesar de que tratase de contenerlas.

—No os veis bien —él comentó, acariciándole el cabello—. ¿Cuál podrá ser la razón? —él la contempló afectuosamente, y ambos parecieron tan perfecta pareja que una habría querido pintarlos—. El emperador ha estado muy desalentado desde el fallecimiento de su madre, lo que me entristece sobremanera. Ahora que el canciller también ha partido, no hay otro salvo yo que pueda realmente tomar decisiones. Me

473. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû*, N° 1025, citada anteriormente en el capítulo XIII, *Akashi.*

he hallado tremendamente ocupado. Vos no estáis habituada a tenerme lejos por tanto tiempo, y es muy natural que os sintáis desdichada; pero no tenéis nada de que recelar. No sois más una niña, y esta negativa a comprender la circunstancia resulta curiosa —él arregló el cabello del rostro de ella, empapado en lágrimas; ella miró a otro lado—. ¿Quién fue responsable de vuestra educación, pues os rehusáis a crecer?

Era un mundo incierto y voluble, y él se afligía porque algo pudiese sobrevenir entre ambos.

—Me pregunto si acaso habréis malentendido las notitas que yo enviara a la suma sacerdotisa de Kamo. Si así fuese, estarías muy lejos de la verdad. Lo veréis vos misma uno de estos días. Ella siempre ha sido una persona fría. He intentado intimidarla con lo que podría ser juzgado como mensajillos amorosos. La vida es tan opaca para ella, como parece, y a veces se ha animado a responder. ¿Por qué habría de venir a vos con las respuestas cuando ellas significan tan poco para mí? Os debo aseverar una vez más que vos no tenéis nada de qué preocuparos —él paso el día entero en los aposentos de ella.

Cayó una formidable nevada. Por la tarde hubo otra nevisca. El contraste entre la nieve sobre los bambúes y sobre los pinos era hermoso. La gallardía de Genji semejaba esplender con mayor brillo a la luz del atardecer.

—La gente suele dar mucha importancia tanto a las flores de primavera como al follaje otoñal, pero para mí una noche como ésta, con la luna clara refulgiendo sobre la nieve, es lo mejor, y no hay traza de color en ello. No puedo describir el efecto que sobre mí tiene, de algún modo insólito y ajeno a esta tierra. No logro comprender a quienes hayan siniestra una noche invernal —él hizo que levantasen las celosías.

La luna pintó los más hondos recodos del huerto de un blanco luminoso. Los lechos de flores, baldíos; el arroyo parecía exhalar un ahogado grito, y la laguna, congelada e inexplicablemente temible. A este parco espacio envió él a las doncellas menores, indicándoles que hicieran muñecos de nieve. Sus vestidos eran vistosos y sus cabellos relucían al claro de luna. Las más pequeñitas, bastante desorientadas en el juego y de lo más destempladas, dejaban caer sus abanicos, descubriendo sus rostros. Fue de lo más encantador. Casi sobrepujando a sus propias fuerzas, varias hallaron que habían

logrado amasar una bola de nieve que no podían desplazar. Algunas de sus compañeras las hostigaron desde la galería del este.

—Recuerdo un invierno, cuando ellas hicieron un montículo de nieve para vuestra tía, la finada emperatriz. No hubo nada particularmente notable en ello, pero ella poseía tal modo de hacer de lo mínimo algo considerable. Todo me recuerda a ella. Yo era mantenido a distancia, ciertamente, y no tuve la buena fortuna de observarla de cerca, mas, durante sus años en la corte ella fue tan buena que me otorgó su confianza. Por mi parte, yo iba a visitarla en busca de consejo. Siempre fue muy sosegada y retraída, pero yo retornaba con la sensación de que había tenido razón en consultar con ella. Pienso que jamás regresé sin algún pequeño presente que semejaba muy precioso. Dudo que hayamos de ver a nadie como ella nuevamente. Fue una dama gentil e incluso algo tímida, mas a la vez poseía un admirable modo de vislumbra el meollo de las cosas. Por cierto, vos usáis los mismos colores,[474] sin embargo, a veces encuentro que debo imputaros una cierta obstinación.

»La sacerdotisa de Kamo es otro cantar. Con tiempo en nuestras manos y ningún objetivo serio en mente, hemos intercambiado mensajes. Debería deciros que es ella la que me somete a prueba en estos días.

—No obstante, la más refinada y consumada dama de todas, cavilo al respecto, es la dama Oborozukiyo. Ella parecía encarnar la cautela misma, empero, tan raros hechos le ocurrieron.

—Si nombráis damas interesantes y hermosas, ella debe hallarse entre tales. Es una verdadera lástima que sucediera incidente así. Una juventud díscola no es cosa fácil de retener en la propia conciencia, y la mía fue más enfática que la de la mayoría —pensar en Oborozukiyo le provocó un suspiro—. Luego está la dama, alejada en las colinas, de la cual tenéis tan baja opinión. Ella es mucho más sensible y consumada que lo que podría esperarse de su rango. Ella requiere un trato bastante especial, de modo que he elegido pasar por alto mi tendencia a no percatarme, como ella sí lo hace, de su lugar en el mundo. Nunca he tomado a mi cargo una dama que no tuviese algo que la recomendara. Empero, las destacadas de veras son, en efecto, raras. La dama del pabellón del este aquí,

474. *Murasaki* y *fuji*, los dos términos significan tonalidades de púrpura.

es un ejemplo de completa devoción e integridad. Decidí tenerla a mi cargo tan pronto percibí sus excelentes cualidades, y no he hallado absolutamente nada en su conducta que yo pudiera llamar exagerado o exigente. Nos hemos aficionado mucho uno a otro, y será para ambos, opino, muy triste el pensar en apartarnos.

Y así pasaron la noche.

La luna se había tornado más fulgurosa aún, y el entorno extremadamente silente.

Callada el agua
entre gélidas rocas.
Clara la luna
desplazándose en el
cielo oriental.[475]

Inclinándose hacia delante para contemplar el huerto, ella se veía incomparablemente adorable. Su cabellera y perfil evocaban la imagen de la dama del Fujitsubo, y su amor era una vez más total e indiviso.

Se oyó entonces el llamado de un ave acuática.

Noche de nieve
que sin rumbo va
cual remembranzas,
rota por otra
nota de tristeza.

Él yacía, pensando aún en la dama del Fujitsubo. Tuvo un fugaz sueño con ella, en el que pareció enojada.

—Dijisteis que guardaríais nuestro secreto, y ha sido revelado. Incapaz soy de afrontar el mundo por el dolor y la vergüenza.

Él estuvo a punto de responder, como defendiéndose de un repentino y fiero ataque.

—¿Qué ocurre?

---

475. La luna vacilante figura a Genji, el agua inmóvil, a la propia Murasaki.

Era la voz de Murasaki. La ansiedad de él por la finada dama era indescriptible. Su corazón palpitaba velozmente, y a pesar suyo, sollozaba. Murasaki lo contempló, con ojos temerosos. Ella yacía muy quieta.

Noche invernal,
de un turbado sueño
azorado desperté.
¡Qué fugaz y breve
aquel sueño fue!

Temprano levantado, más abatido que si no hubiera dormido en absoluto, él ordenó servicios religiosos, sin explicar razones. Sin lugar a dudas, ella lo culpaba por sus padecimientos. Ella había buscado intensamente hacer penitencia por sus faltas, mas quizá la más grave de todas había permanecido con ella. La idea de que había leyes al respecto lo llenaron de una aflicción insoportable. Él ansió, de algún modo, poder visitarla allí por donde vagaba sola, extraña, y tomar para sí las faltas de ella. Él temía que si extremaba aquello de los servicios, despertaría sospechas. Receloso de que la sospecha de la verdad, incluso ahora, habría de perturbar al emperador, se puso a invocar el Sagrado Nombre.

Si sólo ambos pudieran compartir el mismo loto en el otro mundo.

Temo, en mi anhelar,
ir en busca de ella
y no hallar su sombra
en la ribera
del río de la muerte.

Estas eran las cavilaciones, se dice, que lo atormentaban.

CAPÍTULO XXI

乙女

Otome

La doncella

Llegó el nuevo año, y el término del duelo por la dama del Fujitsubo.[476] Cambiaron luctuosos ropajes por refulgentes, del tiempo normal. Era como que los cielos suaves y gratos de la cuarta luna y la festividad de Kamo hubiesen aportado por doquier renovación. Para Asagao, empero, la vida era opaca y triste. El viento susurrando entre los ramos de *katsura* la hacía cavilar en la festividad y también rememorar innúmeros recuerdos a sus jóvenes doncellas.

En el día de la expiación de Kamo, llegó un mensaje de Genji. Sobre papel color lavanda, plegado con formal precisión y adherido a un ramo de glicina.

—Bien puedo imaginar las dolientes evocaciones que habréis de experimentar en este día…

Jamás pensé que al retornar,
las olas del río de Kawase
se habrían de llevar,
en el día de muda,
el lánguido ropaje color glicina.[477]

Era tiempo de remembranza, y ella envió una respuesta:

---

476. Desde la cuarta luna de los 33 años de Genji hasta la décima de sus 35.
477. El río de Kawase o de Tadasu, en donde la sacerdotisa de Kamo solía hacer la ablución shintoísta antes de celebrar una festividad. La frase «lánguido ropaje» apunta a vestido de luto, color glicina, y sugiere una figura lívida. El vocablo *fuji* («glicina») se vincula a *fuchi* («abismo»).

Cuán presto
es el cambio,
ayer, abismo del llanto,
hoy, vado: las aguas
de la purificación.

»Todo semeja fugaz y sin sustancia.

Aunque breve y no aventurado, Genji no podía cejar en su intento. Sus obsequios, despachados a la damisela de honor de la princesa, casi desbordaban el ala del palacio Momozono donde moraba. Ella detestaba la idea de que pareciese querer tratarla como otra de sus tantas damas. Si hubiera podido detectar algo que juzgase inapropiado, los habría retornado todos; pero había recibido otros presentes de él, en adecuadas ocasiones, y la carta que él le enviara fue de lo más sosegada y cumplida. No lograba idear qué responder.

Él mantenía su rasgo distintivo de escribir a la Quinta Princesa en tales ocasiones.

—Pareciera que fue ayer cuando era un muchachito, y he aquí que es tan galante y pulido. Es el hombre más garrido que jamás viera y de tan noble corazón también, mucho más afable que ningún otro joven caballero que conozca —las mozas del entorno estaban de lo más contentas.

Asagao era siempre objeto de una anticuada percepción cuando veía a su tía.

—Tales notas adorables que el ministro Genji siempre escribe. No, por gracia, ahora, sea lo que fuere lo que dijeres, no podrás pretender que él viene sólo a cortejarte. Recuerdo cuán decepcionado estuvo tu padre cuando Genji casó con aquella otra dama y no tuvimos el placer de darle la bienvenida aquí. Todo fue culpa tuya, tu padre lo repetía. Tus modos, nada razonables, nos quitaron la oportunidad. Cuando su primera esposa estaba aún con vida, no fui capaz de apoyar los anhelos de mi hermano porque, después de todo, aquélla también era sobrina mía. Pues bien, ella lo tuvo, mas ha finado ya.[478] ¿Qué razón posible podría haber para no hacer lo que tu padre deseaba que hicieras? Helo aquí, cortejándote nuevamente, como si nada hubiese pasado. Opino que es tu destino que te cases con él.

478. Habían transcurrido diez años desde el fallecimiento de la dama Aoi.

—Parecí obstinada mientras mi padre vivía. ¿Qué parecería ahora si de improviso accediera a tus deseos?

La cuestión era obviamente una que mucho la afligía, y la anciana señora no insistió más.

La pobre Asagao vivía en zozobra constante, pues no sólo su tía, sino todo el mundo en el palacio Momozono parecía favorecer al pretendiente. Genji, empero, habiendo transparentado la sinceridad de su afecto, semejaba preparado a esperar un movimiento conciliatorio de parte de ella. No quería exigir una confrontación.

Aunque habría sido más conveniente que se celebrase la ceremonia de iniciación de Yûgiri en la Nijô, la abuela del muchacho, la princesa Omiya, naturalmente quería verlos allí. Se decidió que tendría lugar en la Sanjô. Sus tíos maternos, Tô no Chûjô y los otros, estaban ahora muy bien ubicados y gozaban de la confianza del emperador. Se disputaban entre sí por ser útiles a Genji y su hijo. En verdad, la corte toda, incluso aquellos a quienes el hecho no les incumbía, habían convertido la ceremonia en su quehacer mayor.

Cada cual esperaba que Yûgiri fuese promovido al Cuarto Rango. Genji sopesaba la posibilidad y decidió que una tan rápida promoción, cuando todos sabían que podría ser tan presta como se quisiese, tenía un dejo vulgar. Yûgiri se veía tan esquivo, en su indumentaria verde-azul, que la princesa Omiya se enojó por eso y mucho apenó a Yûgiri. Exigió explicaciones a Genji.

—No tenemos por qué forzarlo a mantenerse en compañía de adultos. Tengo ciertas ideas al respecto. Opino que debería acudir a la academia de nobles, y así podremos considerar los próximos años como un respiro, una vacación de todas estas promociones. Cuando él fuere lo suficientemente mayor como para rendir un efectivo servicio en la corte, se asentará entonces. Por mi parte, crecí en la corte, siempre al lado de mi padre. No sabía cómo era el ancho mundo de fuera y aprendí casi nada acerca de los clásicos. Mi padre era mi maestro, pero hubo algo inadecuado con mi educación. Lo que aprendiera de los clásicos y la música y demás no tuvo un amplio sustento.

»No oímos en nuestro mundo de hijos cómo superar a padres inadecuados y a lo largo de generaciones la perspectiva es la de un triste declive. He tomado una decisión. Un mozo de buena familia marcha a la cabeza en rango y oficio, y se deleita con

los honores que ellos brindan. Y por ello suele preguntarse ¿para qué molestarme en aprender algo? Y así se divierte, posee música y otros placeres a su disposición, y rango y estado parecen venirle de propio acuerdo. Los subordinados de este mundo lo elogian frente a él, pero se ríen a sus espaldas. Esto está bien mientras dura; se creerá que es el gran caballero. Mas, los cambios ocurren, y las fuerzas se desplazan. Aquellos que pueden ayudarse lo hacen, y el que no sabe cómo, atrás queda. Sus asuntos caen en desarreglo, declinan y luego nada le resulta.

»No, lo seguro es dotarlo de un buen, sólido fundamento en el saber. Sólo cuando se tiene un sustento de ciencia china y alma de Yamato[479] puede lograrse el respeto del mundo. Puede que se sienta insatisfecho por un tiempo, pero si le proporcionamos la educación apropiada para un ministro de estado, entonces no tendré que preocuparme por lo que le ocurrirá cuando yo hubiere partido. Quizás él no sea capaz de desplegar sus alas por un tiempo, mas dudo que, dada la casa de donde proviene, la gente haya de menospreciarlo como a un andrajoso funcionario.

La princesa suspiró.

—Sí, supongo que estáis en lo correcto. No habría podido cavilar tan raudamente ni tan lejos. Mis hijos comentan que sois demasiado estricto con él, y él, de veras, se veía tan solitario cuando todos los primos a los que miraba por encima del hombro han pasado del azul a colores más brillantes. Sólo me quedaba sentir pena por él.

Genji sonrió.

—Se queja presumiendo ser maduro. Mas todavía es pueril para su edad —Genji caviló con cariño que era muy novato aún, y dijo—: Mas él superará todo óbice, cuando se le ponga algo de saber en la sesera. Y reducirá su lamento.

Las ceremonias de iniciación en la vida académica tuvieron lugar en el pabellón oriental de la Nijô, cuya ala este fue ornada para la ocasión. Los cortesanos se congregaron para ver cómo transcurría una formalidad así. Hasta los preceptores de la Academia de Nobles lucían igualmente asombrados mostrando titubeo.

—Lo habéis de tratar exactamente como lo ordenan las reglas —indicó Genji—. No hagáis excepción alguna.

479. Primigenia aparición del término *Yamatodamashii*, y única en toda la novela.

La asamblea académica era muy extraña: de facciones solemnes, sus miembros mal trajeados, con indumentaria prestada, se comportaban «admirablemente» con semblantes y verbo adecuados, de cortés guisa; mas, sin traslucir vergüenza, se apiñaban en busca de un lugar. Todo era una primicia nunca experimentada. Algunos de los cortesanos más jóvenes reían. Temeroso de que así fuera el caso, Genji había insistido en que mantuviesen llenas las copas de los preceptores de edad y mesura. No obstante, Tô no Chûjô y el príncipe Minbu[480] sostuvieron sus vasos medrosamente, pues fueron regañados por los caballeros letrados.

—De lo más impropios estos vacía-libaciones. ¿Se proponen acaso conducir los asuntos de la Corte Imperial sin el consejo de los sabios? De veras eso nos hace reír.

Se oyeron rachas de carcajadas.

—¡Silencio, por gracia! Se exige silencio. Tal desliz es inaudito. Debemos pediros que os retiréis.

Cada cual pensó que los preceptores eran bastante raros y peculiares. Para los cortesanos que habían asistido a la Academia de Nobles, el caso era de lo más placentero. Y admiraron la previsión de Genji que había decidido dar a su hijo una formación académica. Los preceptores ponían, con mano dura, coto a todo jolgorio y señalaban desfavorablemente cualquier desviación del estricto decoro. Sin embargo, conforme la noche se alargaba, las lámparas revelaron algo un tanto diferente, bufonesco, quizás hosco, caras poco agraciadas bajo austeras máscaras preceptoriles. Una muy extraña asamblea académica, de veras.

—Me temo, señores míos, que sea yo el bobo al que deberíais reprender —dijo Genji al retirarse detrás de un biombo.

Sabedor de que no había habido suficientes asientos para todos los letrados, ordenó que se dispusiera un banquete especial en el pabellón de pesca.

Invitó a los preceptores y a varios cortesanos de inclinación literaria a quedarse un rato más y componer poemas en chino. A los letrados se les asignó estrofas de cuatro versos, y a los aficionados, entre ellos Genji, se les permitió arreglárselas con dos. Los preceptores fijaron los títulos. Alboreaba ya cuando la lectura empezó,

480. La autora no vuelve a mencionar a este fugaz personaje.

con Sachûben[481] por lector. Éste era un hombre de imponente proceder y buen ver, y su voz mientras leía alcanzó casi una pasmosa pompa. Grandes cosas habrían de esperarse de él, todos lo decían. Los poemas, atractivos todos, apuntaron a numerosos, añejos precedentes para así celebrar tan loable certamen: que un mozo nacido en la opulencia y la gloria eligiese hacer del resplandor de una luciérnaga un compañero, y del reflejo de la nieve, un amigo.[482] Se habría deseado poderlos enviar a la corte Tang, para deleite del país a través del mar. Fue la hablilla de toda la corte.

El poema de Genji fue hermoso, en particular. Su afecto paterno afloraba en él, e hizo brotar lágrimas a la concurrencia. Mas, no sería correcto para una mujer hablar en detalle de certámenes de letrados, y por ello no diré más.

Llegó luego el inicio formal de los estudios. Genji asignó aposentos en el pabellón oriental, donde los tutores letrados se pusieron a disposición de Yûgiri. Sumergido en sus estudios, él rara vez acudía a visitar a su abuela. Había estado con ella desde la infancia, y Genji temía que continuase mimándolo. Aposentos silenciosos, a la mano, parecían lo más apropiado. Se le permitió que visitara la Sanjô unas tres veces al mes.

Acallado con rancios libros, él rumió que su padre era muy severo. Sus amigos, no sometidos a tan duras pruebas, ascendían alegremente de rango en rango. Empero, él era un mocito serio, no dado a frivolidades, y pronto resolvió que haría una rauda labor con los clásicos, y así consumaría su carrera. En pocas lunas había concluido *La Gran Historia.* Genji encabezó simulacros de exámenes con el habitual público asistente, Tô no Chûjô, Sadaiben, Shikibu no Tayû,[483] Sachûben y el resto. El tutor principal del muchacho fue también invitado. Se pidió a Yûgiri que leyera pasajes de *La Gran Historia* sobre los cuales era probable que lo interrogasen. Lo hizo sin titubear, refiriendo todas las varias teorías sobre su significado, sin dejar ninguna vaga cuestión sin respuesta. Todos estuvieron tan eufóricos que incluso se notaron lágrimas de complacencia. Había sido una actuación sobresaliente, aunque no del todo inesperada. Cómo hubiera querido, musitó Tô no Chûjô, que el anciano canciller pudiera haber estado presente.

481. A éste vuelve aludirlo sólo una vez más.
482. Se cuenta de dos empobrecidos letrados, Sonkô (孫康) y Shain (車胤), del período de la dinastía Qin, que estudiaban a la luz de una luciérnaga y del reflejo de la nieve.
483. De estos dos, sólo Sadaiben había sido mencionado una previa vez.

Genji no logró completamente esconder su orgullo.

—Hay algo triste que he testimoniado más de una vez: un padre se vuelve más chocho conforme su hijo se torna más sabio. Eso es lo que me ocurre, y es el modo del mundo... es claro, aunque no soy tan viejo —su complacencia y jactancia fueron una rica recompensa para el tutor.

El semblante del caballero que recibiera las copitas de sake de Tô no Chûjô, y era su servidor, se veía desgarbado. Era un tipo raro, cuyos logros académicos no habían sido debidamente aplicados hasta entonces, pues nadie había querido ser su mecenas ni bienhechor y la vida no había sido buena con él. Mas, merced al muy especial trato que Genji le concediera, tantas abrumadoras atenciones le hicieron sentir como que la vida hubiese comenzado de nuevo, y que no había duda de que un futuro ilimitado se abría ante sus ojos.

El día del examen, las puertas de la Academia de Nobles estuvieron atascadas de finos carruajes. Era natural que nadie, ni siquiera aquellos que no formaban parte del proceso, quisiera dejar de asistir. El joven candidato mismo, muy cuidadosamente ataviado y rodeado de solícitos servidores, mostraba una imagen tan gallarda que la gente empezó a preguntarse qué podía hacer él en un lugar así. Fue lógico que él sintiera como muy áspero el que debiese ocupar el último asiento en la fila donde ubicaran también a aquellos raros colegiales. Nuevamente, severas amonestaciones exigiendo un porte apropiado a la concurrencia emergieron de parte de los preceptores, y lo que fuera una molestia sirvió, pues la lectura se produjo sin un solo tropiezo hasta el final.

Fue un día que hizo pensar en que la Academia se hallaba en su cenit.

La gente de arriba y de abajo ahora competía por seguir la vía del conocimiento, y el nivel de la competencia oficial se elevó. Yûgiri pasó todos sus otros exámenes, la prueba literaria y el resto, sin falta alguna. Él, bastante inmerso en sus estudios, espoleaba a sus tutores hacia nuevos retos. Genji ordenó reuniones de composición en la Nijô, con cierta regularidad, para gran satisfacción de letrados y poetas. Fue un día en que las habilidades de todos fueron reconocidas.

Llegó el momento de que el soberano escogiera una emperatriz. Genji acució el hecho ante Akikonomu, recordando a todos los deseos que expresara la finada dama

del Fujitsubo para con su hijo. Habría de ser otra emperatriz de Genji,[484] y no había oposición a ello. Mas, la hija de Tô no Chûjô había sido la primera de las damas del emperador en llegar a la corte. El resultado de la disputa seguía en duda.

El padre de Murasaki, el príncipe Hyôbu, era para entonces un hombre importante tanto como el príncipe Shikibu, tío materno del emperador, que había deseado por largo tiempo enviar una de sus hijas a la corte y hasta el momento lo había logrado, y así dos de las principales contendoras eran nietas de miembros del linaje imperial. Si la escogencia fuese entre ellas, decía la gente, entonces ciertamente el emperador se habría de sentir más cómodo con la sobrina de su madre. Podría hacerse la idea de que ella era una sustituta de su ausente madre. Mas, al final, la candidatura de Akikonomu en la cámara del Umetsubo prevaleció. Hubo muchos comentarios acerca del contraste entre su fortuna y la de su finada madre.

Hubo promociones en la corte. Genji a canciller y Tô no Chûjô a Ministro del Centro. Genji dejó la conducción cotidiana del gobierno a su amigo, un hombre de lo más honesto y sencillo, que también lucía un lado brillante en su naturaleza. Era muy inteligente y había estudiado diligentemente. Aunque no pudo mantenerse firme en una contienda de adivinanzas poéticas con Genji, era un bien dotado administrador. Tenía más de media tanda de hijos en varias damas, todos ellos madurando o crecidos ya y haciéndose de nombradía por sí mismos. Fue un muy buen día para su casa. Sólo había tenido una hija, Kumoinokari, además de la dama que había ingresado a la corte. No podría haberse dicho, dado que su madre provenía del linaje imperial, que ésta era inferior a la otra, pero la madre desde entonces se había casado con el Señor Inspector y tenía ya una propia familia, numerosa. No deseando que su hija permaneciera con un padrastro, Tô no Chûjô la llevó a la Sanjô y la dejó allí bajo la custodia de la princesa Omiya. Aunque él prestaba mucha mayor atención a la otra hija, Kumoinokari era una mocita amable y bonita. Ella y Yûgiri crecieron como hermana y hermano en los aposentos de la princesa Omiya. Tô no Chûjô los separó cuando alcanzaron la

484. Referencia a que Genji tenía la posición de un vasallo, y que no se aceptaba que una consorte de la misma cepa fuese emperatriz seguidamente.

edad de diez años o algo así. Sabía que ambos se tenían cariño, pero la niña estaba ya muy crecida como para tener compañeros de juegos. Yûgiri, en su mente de chicuelo, seguía pensando en ella, y cuidaba de hacérselo notar cuando las flores y hierbas de las variables estaciones le presentaban la ocasión, o cuando él se tropezaba con algo adecuado como para la casa de muñecas de ella. Ella no se mostraba en absoluto tímida en su presencia. Eran tan jóvenes, decían sus nodrizas, y habían vivido juntos tanto tiempo. ¿Por qué el ministro debía separarlos así? Sin embargo, se le debía conceder que era atinado, pues a pesar de las apariencias, ambos no eran ya más unos niños.

En todo caso, la separación los abrumó. Su correspondencia, pueril pero prometedora, caía siempre en inoportunas manos, pues ambos no eran aún duchos en el arte. Mas si algunas de las servidoras de ella conocían lo que ocurría, ¿cómo habían de referirlo? Parecía que ellas fingían no saber nada.

La ronda de banquetes congratulatorios había concluido. En la quietud que siguiera, Tô no Chûjô fue de visita donde su madre. Era una noche de desapacible aguacero, en que el viento enviaba susurrantes rachas por entre los juncos. Él convocó a Kumoinokari a una lección de *koto*. La princesa Omiya, una refinada tañedora, era maestra de la joven.

—Una dama quizá no se vea extremadamente seductora cuando tañe el laúd, pero los sonidos son tan gratos. En estos días no se escucha ya un buen laúd. Veamos ahora —y él mencionó a un príncipe y a un común que eran duchos en el laúd—. He oído de labios del canciller que la dama que guarda fuera, en la campiña, tiene buena mano al tañer, pues proviene de un linaje de músicos, pero la familia no es lo que antaño fuera, y ella ha permanecido apartada por muy largo tiempo. Resulta sorprendente que pueda ser tan versada. Él tiene ciertamente gran consideración por ella, juzgando por el modo en que siempre la menciona. La música no es como las demás cosas. Requiere compañía y conciertos y una familiaridad con todos los estilos. Uno no escucha hablar a menudo de un músico autodidacta —y entregó un laúd a su madre.

—Y ahora hasta me ha causado mucho trabajo colocar el traste —empero, ella tomó el instrumento y tañó de veras admirablemente—. La dama que mencionasteis parecería poseer mucho más que la distinguiese, además de su buen sino. Ella le dio la hija que él siempre había deseado. Él estuvo temeroso de que la niña se viera

perjudicada por la rústica condición de la madre, me dicen, y por ello la entregó a una dama de asaz inaccesible posición. He oído que es toda una pequeña joya —comentó, poniendo a un lado el instrumento.

—Sí, ciertamente, tenéis razón. Fue mucho más que un golpe de suerte lo que la puso de buen natural. Pero a veces, las cosas no parecen enteramente justas. No puedo pensar, en ningún respecto, que la niña que yo enviara a la corte fuese inferior a sus rivales, y la he provisto de todas las destrezas para que pueda mantenerse por sí misma. Y de repente aparece alguien de un inesperado rincón y la sobrepasa. Espero que nada de este tipo suceda con esta otra. El Príncipe Heredero pronto alcanzará la mayoría de edad, y tengo planes, mas, nuevamente, columbro una inesperada lid —él suspiró—. Una vez que la hija de esta tan afortunada dama de Akashi arribe a la corte, parece lo más probable, habrá de conseguir lo que deseare, más incluso que la emperatriz.

La vieja dama estaba enojada con Genji por lo que había acontecido.

—Vuestro padre estaba tan embebido en su plan de enviar a su niñita a la corte que pensó como extremadamente improbable que una emperatriz pudiese surgir de cualquier otro linaje salvo del nuestro. Es una injusticia que no habría sido consentida si él viviese aún.

Tô no Chûjô fijó la mirada en Kumoinokari, que de veras era una linda criatura, de belleza aún infantil. Mientras ella se inclinaba sobre su *koto*, el cabello sobre su frente y la densa mata que fluía sobre sus hombros le resultaban tan atractivos. Ella se volvió tímidamente lejos de su mirada, mas de perfil se veía igualmente encantadora. Mientras pulsaba las cuerdas con la mano izquierda, daba la impresión de ser una muñeca, delicadamente al uso de antaño. La vieja dama pensó que era perfectamente hermosa. La princesa tañó una simple melodía, afinando suavemente el *koto* y luego lo apartó de sí.

Tô no Chûjô sacó un *koto* japonés, lo afinó en un tono menor,[485] y así puso un viejo instrumento en uso flamante. Fue sumamente grata en verdad, la vista del gran caballero, en casa, haciendo música. Todo el frontal follaje del jardín cayó al arrullo de la música y las viejas servidoras se agolparon y escucharon atentamente detrás de los biombos.

---

485. Llamado *ritsu*, que emitía un sonido brillante y muy actual.

—Las hojas aguardan que la brisa las esparza —cantó él—. Es una brisa airosa.[486] Mi *koto* no posee, seguro estoy, el efecto de aquel *koto* chinesco, mas es una noche extrañamente hermosa. ¿Nos permitís otra pieza?

La niña tocó «Vientos otoñales»[487] con su padre, cantando con fina voz los versos. La anciana dama los contemplaba con afecto, observando a cada cual, una y otra vez.

Yûgiri llegó en ese momento, como para añadir al gozo.

—¡Qué grato! —dijo Tô no Chûjô, conduciéndolo hasta un lugar contiguo a la mampara de la damisela—. No se os ve mucho en estos días, como nos gustaría. Estáis tan ahondado en vuestros estudios. Vuestro padre bien sabe, al igual que yo, que demasiado aprendizaje no es siempre cosa buena, pero supongo que él tiene sus razones. Aún así, me parece una pena que debáis guardar solitario confinamiento. Deberíais permitiros distracciones de tiempo en tiempo. La música es también una sabia enseñanza, lo sabéis —y ofreció a Yûgiri una flauta.

Hubo una calidad brillante, juvenil en el tañido del joven. Tô no Chûjô puso su *koto* a un lado y quedamente marcó el compás con su abanico.

—Mis mangas se mancharon del *hagi*...[488] —musitó.

—Vuestro padre sí que ama la música. Ha dejado los asuntos oficiales. La vida cuanto más es ya un asunto desabrido, gustaría proseguir mi vida haciendo algo que satisficiera mi corazón.

Bebiendo licor se hizo noche oscura. Se encendieron lámparas y se trajo la cena.

Él envió a Kumoinokari de regreso a sus aposentos. A Yûgiri ni siquiera se le permitió oírla tocar el *koto*. Ningún bien podría venir de tan severas medidas, susurraron las viejas.

Pretendiendo que se marchaba, Tô no Chûjô se fue a visitar a una dama a la cual hacía la corte. Cuando, algo más tarde, él hizo su furtiva salida, oyó murmullos. Se detuvo a escuchar. Él mismo era materia del cuchicheo.

---

486. Alude a un poema chino de Lu Chi, «El osado», en el que el son del laúd produce efecto sobre el follaje.

487. Pieza de origen chino, niponizada, llamada Shûfûraku, luego en el siglo VIII.

488. Alusión a la *saibara* «Ropaje otoñal» (*Koromogae*): *A ropaje otoñal mudé, muchachos / Erraba por prados y florestas / sólo en la ingrata pensaba / y mis mangas se mancharon del* hagi *con que rozara.*

—Él piensa que es tan listo, pero es exactamente como cualquier otro padre. Desdicha vendrá de todo esto, tenlo por seguro. Los antiguos no sabían lo que decían cuando aseveraban que un padre sabe lo mejor.[489]

Ellas murmuraban furtivamente.

—Ahora bien, esto es de lo más sorprendente. Lo suponía ya. No era que no se hubiese enterado de que algo había entre ellos, pero escasa precaución tenía al respecto en razón de su edad pueril. ¡Qué enfadoso este mundo es!

Él se deslizó fuera del lugar, sin dar señas de haber oído ni barruntado.

Las mujeres se asustaron por los gritos de los heraldos.

—¿Justo de salida? ¿Dónde puede haber estado oculto? Un tanto viejo para tales cosas, pensaría yo.

Las chismosas quedaron bastante azoradas.

—Se percibía aquel grato perfume —dijo una de ellas—, pero pensamos que podría ser el joven caballero. ¡Qué atroz! ¿No supondrás que nos haya escuchado? Nos fastidia tratar con él pues tiene mal genio —se miraban una a otra.

Tô no Chûjô ponderaba el dilema mientras cabalgaba de regreso a casa. Un matrimonio entre primos no era del todo inaceptable, pero la gente lo tildaría a lo sumo de nada interesante. No había sido halagüeño que su otra hija fuera incondicionalmente derrotada por la favorita de Genji, y él se había convencido de que esta otra sería una vencedora. Aunque él y Genji eran y habían sido por largo tiempo buenos amigos, los ecos de su vieja rivalidad persistían. Pasó insomne la noche. Como habían dicho las criadas, su madre sin duda sabía lo que ocurría, mas ellos eran sus nietos tan queridos. Pues seguramente había dejado la relación como estaba. Él se había enterado de lo suficiente como para montar en cólera. Él tenía una llana hombría y la ira no le era fácil de controlar.

Dos días después visitó a su madre. Encantada de verlo con más frecuencia, ella había ordenado que le aderezasen su peinado de monja y eligió su indumentaria con sumo esmero. Él era un hombre tan majestuoso que la hacía sentir un poco inquieta, aun siendo su propio hijo, y por ello sólo le permitía que la viera con la mampara de por medio.

489. La afirmación aparece en el *Shih Chi* (*Shi ji*) el más distinguido trabajo histórico chino, escrito por Sima Qian en el siglo I a.C., y se repite en el *Nihongi*.

Él estaba muy fuera de sí.

—Sé lo que vuestras criadas murmuran y no me siento del todo cómodo visitándoos. ¡No soy hombre de muy gran entendimiento!, lo sé, pero había pensado que siempre estaríamos cercanos y que constantemente velaría por vuestra salud y bienestar —él enjugó una lágrima—, ahora se torna indispensable para mí hablaros acerca de un asunto que me ofusca. Aunque preferiría guardármelo para mí mismo.

La princesa Omiya lo miró con extrañeza. Su tez, espolvoreada, cambió de color.

—¿Qué cosa puede ser? ¿Qué puedo haber hecho en mi avanzada edad para causar vuestra ira?

Él se sintió menos airado, sin embargo continuó de igual guisa.

—La he desatendido penosamente desde que era una niña pequeña. Pensé que podía dejar todo ello a vuestro cargo. He estado contrariado por la nada enteramente feliz situación de la muchacha en el palacio y me he preocupado haciendo todo lo que puedo por ella, confiado en que podía dejar a la otra totalmente en manos vuestras. Y ahora, algo muy sorprendente y lamentable ha venido a mi conocimiento. Puede que él sea un mozo talentoso y erudito que sabe mucho más de historia que cualquier otro en la corte, pero incluso entre las clases más bajas se piensa que es absurdo y corriente casarse entre primos. No le hará más bien a él ni a ella. Él haría mejor en encontrarse una novia rica y elegante algo más lejos. Seguro estoy de que Genji no estará más complacido que yo. En cualquier caso, os estaría agradecido si me hubierais mantenido informado. Por gracia, tratad un tanto más de evitar que seamos el hazmerreír de todos. Debo recalcar mi estupefacción de que hayáis sido tan imprudente permitiéndoles continua compañía.

Todo esto era una novedad para la princesa Omiya.

—Tenéis razón en ofuscaros. Yo no había barruntado nada, y estoy segura de tener derecho de sentirme más abrumada que vos. Mas, no opino que debierais acusarme de colusión. He tenido mucho cariño por los chicos desde que vos los dejarais conmigo, y me he esforzado mucho por daros a conocer aquello de lo que aún vos no veíais, sólo para que estuvieseis al tanto. Son tan jóvenes y, os lo aseguro, no he estado tan ciega por el afecto como para desear que se echaran en brazos una del otro. Pero, sea lo que fuese,

¿quién puede haberos contado tan terribles cosas? No hallo en absoluto admirable que recojáis comunes chismes y hagáis de ellos una enorme cuestión. Nada verdaderamente serio ha acontecido, segura estoy de ello, y vos hacéis daño al buen nombre de la niña.

—No es exactamente una nadería. Todas vuestras mujeres se ríen de nosotros, y no lo hallo placentero —y se retiró.

Las mejor informadas entre las mujeres se sintieron muy apenadas por la joven pareja. Las murmuradoras, ciertamente, mostraron remordimiento y se lamentaron por haber comadreado.

Tô no Chûjô fue en busca de su hija, a la que halló jugando con sus muñecas, y luciendo tan bonita que sintió un dolor en el pecho por el desasosiego.

—Sí, no me ha sido evidente que ella es aún muy joven e ingenua, pero intento convertirla en emperatriz en el futuro, lo que me hace sentir que soy mucho más superficial que el resto.

Él acusó a las criadas, pero éstas no supieron qué contestar. Se defendieron, de un modo un tanto dudoso.

—En los viejos cuentos incluso la hija del emperador comete a veces un error. Parece que siempre hay una dama de compañía que sabe todos los secretos y encuentra modos para reunir a las parejas jóvenes. Nuestro caso es muy diverso. Nuestra dama de compañía ha estado con los dos jóvenes mañana y noche, durante todos estos años y sería impropio de nosotras entrometernos e intentar separarlos más severamente de lo que era pertinente, de modo que no nos preocupamos. Hace unos dos años, la dama de compañía parece haber cambiado de actitud manteniéndolos aparte. Hay jóvenes caballeros que sacan provecho del hecho de que la gente piensa que aún son pequeños y que cometen algunos actos malévolos, disolutos. Pero no es el caso del joven amo. No ha habido la mínima sugerencia de algo impropio en su conducta. Lo que vos afirmáis es una absoluta sorpresa para nosotras.

—Bien, lo hecho, hecho está. Guardad silencio sobre esto. Lo importante ahora es impedir que la hablilla se extienda. Cosas así no son nunca posibles de mantener en reserva, supongo, pero vosotras debéis pretender que es cosa sin importancia y que los chismes no tienen viso alguno de verdad. Me llevaré a la joven conmigo a casa. Con mi

madre es con quien estoy enfadado. No imagino que ninguna de vosotras quería que las cosas se tornaran en lo que se han vuelto.

Fue triste para la mocita, pensaron las mujeres, aunque para ellas su palabra fue halagüeña y sugestiva.

—Oh, sí, señor, estad seguro de que podéis confiar que mantendremos el caso en reserva. ¿Qué ocurriría si el Señor Inspector llegara a oírlo? El joven amo es un muchacho muy correcto, pero, después de todo, no es como si él fuera un príncipe.

La mocita parecía todavía muy joven, verdaderamente. No obstante las muchas severas exhortaciones que él hiciera, no era probable que ella entendiese su real sentido. El problema era protegerla. Él discutió el asunto con sus propias servidoras, y su ofuscación continuó siendo con su madre.

La princesa Omiya tenía igual cariño por sus dos nietos pero, parecía probable que el muchacho fuera su favorito. Ella había pensado que eran encantadoras las atenciones que él brindaba a su prima, y de esto Tô no Chûjô comentaba como que fuese un crimen y un escándalo.

—Él no entendía nada, nada en absoluto. Le había prestado muy escasa atención a la niña y sólo fue después de que yo misma hiciera tanto por ella, que él empezó a imaginar grandes cosas como convertirla en consorte del Príncipe Heredero. Si sus planes fracasaban y la muchacha, después de tanto, se casase con un común, ¿dónde habría de encontrar uno mejor? ¿Dónde, en verdad, en toda la corte, habría un mozo igual en inteligencia y apostura? No, el caso era al revés de lo que su buen hijo había conjeturado: el muchacho era aquel, si escogía, que habría de casarse con alguna del linaje imperial.

Su herido afecto la impelía ahora a compensar la cólera de su hijo en buena medida. Sin duda, él se habría enfurecido aún más si hubiera sabido lo que ella en sus adentros urdía.

Ayuno de toda esta agitación, Yûgiri llegó de visita. Escogió el anochecer para hacerla. Había habido tanta gente a la caída de la tarde que fue incapaz de intercambiar palabra alguna con Kumoinokari, por lo que sus ansias eran más acentuadas.

Su abuela, que usualmente sólo sonreía al recibirlo, se mostró adusta aquella noche.

—Me han puesto en un difícil predicamento pues vuestro tío está disgustado con vos —ella acotó, luego de solemnes observaciones preliminares—. Habéis causado

turbación porque al parecer guardáis ambiciones que no es grato oír que se comenten. Habría preferido no tratar la cuestión abiertamente, pero resulta conveniente preguntar si tenéis algo que os pese en la conciencia.

Él se ruborizó y entendió al instante a qué se refería.

—¿Qué podría ser, me pregunto? He permanecido enclaustrado con mis libros y no he visto a nadie. No puedo imaginar nada que pudiera haberlo perturbado así.

Era incapaz de mirarla de frente. Ella juzgó su confusión triste y a la vez seductora.

—Bien, pero, por gracia, ¡sed cuidadoso! —y pasó a tratar otros asuntos.

Él se percató de que sería arduo incluso intercambiar notas con su prima. Y se sintió afligido. Trajeron la cena, mas él no tuvo apetito. No obstante incapaz de conciliar el sueño, se tendió en el aposento de su abuela. Cuando todo estuvo en perfecta quietud, intentó correr la puerta del aposento de la muchacha. Sin cerrojo las más de las noches, estaba firmemente cerrada en ésta. Nadie parecía seguir en pie. Se inclinó sobre la puerta, sintiéndose abandonado. Ella se hallaba también despierta, al parecer. El viento susurraba tristemente entre los bambúes y de lejos se oía el llamado de un ganso silvestre.

—El silvestre ganso entre las nubes, ¿tan triste como yo?[490] —la voz de ella, suave e infantil, hablaba de su joven anhelo.

—Abrid, por gracia, ¿está Kojijû allí? —Kojijû era la hija de su nodriza.

Ella había ocultado el rostro bajo un cobertor, abochornada de haber sido oída. Sabía ahora del amor; no era más una cándida niña. Con las doncellas yaciendo en su torno temió hacer el mínimo movimiento.

El llamado nocturno
a sus compañeros,
entre las nubes,
con el viento viene
sobre los juncales.

»Y se adentra hasta los propios huesos.

---

490. De estos versos, citados ya previamente, se desconoce su origen. *Kumoinokari* significa «el silvestre ganso entre las nubes». El nombre de la joven proviene de esta alusión.

Suspirando él se retiró y se tendió luego, de nuevo suspirando, cabe el lecho de su abuela. Trató de no moverse para evitar despertarla.

No dispuesto a conversar, muy temprano, a la mañana siguiente se volvió a su propia alcoba. Escribió una carta a la muchacha, pero no logró hallar a Kojijû para que la entregase, y ciertamente le fue imposible visitar a la mocita en su propia cámara.

La muchacha quedó sólo confusa por tanto alboroto, sin cavilar siquiera en su futuro, y menos en la gente. Al observarla se mantenía bella y donosa. Aunque oyera sin quererlo los comentarios de sus servidoras acerca de los dos, no pensó que él fuese malicioso, ni buscó quitarlo de su mente; sin embargo, con tales mujeres tan inclinadas a exagerarlo todo, ella no pudo escribirle. Un muchacho algo mayor habría encontrado vías, pero él era incluso algo menor que ella, y solamente mucho se lamentaba.

No ocurrieron más visitas del ministro, que siguió aún muy pesaroso con su madre. Nada reveló a su esposa mostrando sólo hallarse contrariado. Luciendo vagamente enojado le habló de su otra hija.

—Estoy muy entristecido por ella, de veras. Debe sentirse incierta y muy apartada de todo, ante tantos preparativos para proclamar a la nueva emperatriz consorte. Pienso que he de pedir traerla a casa por un tiempo. Ella sigue constantemente con el emperador, no obstante lo acontecido, y algunas de sus doncellas me han confiado que es terrible la tensión que padecen todas —y, muy abruptamente, ella fue llevada de vuelta a casa.

El emperador se mostró desganado de permitirlo, pero Tô no Chûjô insistió sin tregua.

—Temo que os fastidiaréis —le dijo a ella—. Suponed que pedimos a vuestra hermana que venga a brindaros compañía. Sé que vuestra abuela la cuida con mucho esmero, pero está aquel muchacho, que crece demasiado velozmente para su propio bien. Ambos viven una peligrosa edad —y, con la misma brusquedad ordenó que se trajera a Kumoinokari.

La princesa Omiya naturalmente quedó desconcertada.

—No sabía qué hacer conmigo misma cuando mi sola hija Aoi, vuestra hermana, falleció, y no pude sentirme más dichosa cuando me permitisteis criar a la niña, pensé

que siempre habría de tenerla conmigo, un consuelo en mis años de declive. No os pensé capaz de tamaña crueldad.

Él respondió con extrema cortesía.

—Solo os confié con franqueza ciertos asuntos que me inquietaban grandemente. ¿Cómo puedo poner distancia entre vos y yo? La otra muchacha, comprensiblemente, está tan perturbada por lo que sucede que se sintió mal en la corte y volvió a casa a pasar unos pocos días. Y ahora que está allí me temo que no halle nada que la mantenga contentamente ocupada. Por ello pensé que ambas podrían complementarse entretenidas con diversas cosas, música y demás. Me encargaré de ella por el momento. Indudablemente, no deseo minimizar vuestros servicios al haberla criado y cuidado todos estos años, convirtiéndola en la fina dama que hoy ella es.

Viendo que su decisión estaba tomada, y que nada más había por hacer para que la revocara, ella sintió descontento y lástima.

—¡El corazón del hombre puede ser muy cruel! Aunque fuera enfadoso que los jóvenes me ocultasen algo, resulta comprensible por su mente pueril. Mas en vuestro caso, siendo hombre razonable, ¡que me guardéis rencor y decidáis llevárosla a vuestra casa...! Aquél tampoco será un lugar más seguro que éste —ella derramó lágrimas de dolor y decepción.

Yûgiri, justamente, escogió este infortunado momento para una visita. Él visitaba con frecuencia a su abuela en estos días, esperando cambiar unas pocas palabras con Kumoinokari. Pero, al ver el carruaje de Tô no Chûjô se deslizó culpablemente fuera de la vista, hasta su propia alcoba.

Tô no Chûjô tenía varios de sus hijos consigo: el Teniente de la Izquierda, el Consejero Menor, el Alférez de la Guardia, el Chambelán y el Gran Mayordomo, pero a ninguno de ellos se permitía el acceso a los aposentos femeninos. Los hijos del finado canciller en otras damas, tales como el capitán de la guardia de las puertas y el consejero medio supernumerario, continuaban siendo escrupulosos conforme al especial trato conferido por el difunto emperador, y los varios nietos eran también frecuentes visitantes. Mas, ninguno rivalizaba con Yûgiri en garbo. Para ella, él era el nieto preferido sobre todos los demás. Luego de que él le fuera apartado, cuidaba

solamente a Kumoinokari, apreciada como la nieta más próxima, a la que había de guardar a su lado siempre. Empero, hoy la despojaban también de Kumoinokari. La soledad se tornaría insoportable.

—Debo acudir al palacio —indicó Tô no Chûjô—. Vendré por ella al atardecer.

Empezaba a especular en su interior que debía actuar con prudencia y, efectivamente, dejar que ambas consiguieran casarse. Mas, seguía enfadado. Cuando el muchacho hubiese avanzado en rango y presentase una figura más imponente, podría verse si aún restaba cariño entre los dos. Entonces, si él escogiese otorgar su permiso, él podría disponer una boda apropiada. Aun si entonces lo otorgase, era adecuado respetar las formas pues habían vivido en alas separadas de la misma casa. Por mucha atención que se prestara, si juntos siguieran morando bajo el mismo techo, podría ocurrir el deshonor que temía pasara por sus insensatas mentes, no obstante que la princesa Omiya les prohibiese seguir su pueril devaneo. Luego, con el pretexto de que ella brindase compañía a la princesa del Kokiden, con la más esmerada atención, y para que no se reencontrasen furtivamente, llevó a Kumoinokari a su residencia.

Omiya envió una nota a su nieta: «Vuestro padre puede estar enojado conmigo, pero habréis de comprender mis sentimientos. Dejadme veros una vez más.»

Hermosamente ataviada, llegó ella a los aposentos de su abuela. Tenía catorce años, aún mozuela, pero dotada ya de una calma de las más placentera, así como de madurez.

—Habéis sido como un precioso juguete durante tantas mañanas y noches. Escasamente permitía que os apartaseis de mi vista. Ahora he de estar muy soledosa sin vos —lloraba—. Ya mi vida está por acabarse. Tal vez no podré veros crecida con mis propios ojos, lo que me hace sentir lástima por la duración de mi vida. Sin embargo, al pensar en el lugar a donde iréis y que os alejan de mí, ahora... para mí sólo hay suma aflicción —y siguió llorando.

Dado que la muchacha sabía lo que había causado al acongojar a todos enamorándose temerariamente de aquel joven, era incapaz de mirar de frente a su abuela.

Saishô, la nodriza del muchacho, ingresó al aposento.

—Había contado con vos como con nuestro joven amo. Siento tanto, de veras, que nos dejéis. Cualquiera fuere lo que vuestro apreciado padre dispusiere para casaros con alguien más, no permitáis que os lo imponga.

Todavía más abochornada, Kumoinokari miraba sólo al suelo.

—No debemos hablar de tan arduas cuestiones, harto incierta es la vida y depende de un individuo la de nosotras todas —dijo Omiya.

—No es esa la cuestión, señora mía —replicó indignada Saishô—. Su Señoría menosprecia al joven amo porque no se ha hecho hombre aún. Pues bien, dejadlo que inquiera sobre si en él hay algo que sea inferior a otros —dijo desatando su ira.

Yûgiri observaba todo desde un rincón. Usualmente habría estado temeroso de ser reprendido, mas esta vez el pesar había superado a su discreción. Sus ojos se humedecieron.

Todo era demasiado pesaroso, pensó Saishô. Con la connivencia de la princesa Omiya, sacó provecho de la confusión nocturna para disponer una última cita.

Ambos, llorosos, se sentaron en silencio, repentinamente cohibidos entre sí.

—Guardo rencor al ministro. Y dudo que fuese mejor renunciar a vos, acaso no logre soportar el estar alejados. ¿Por qué no me permitisteis que os viera cuando os era posible?

Dado que su modo de decir fue como un niño, la princesa se sintió dolida y dijo:

—Debéis sentir lo mismo, ¿...quizás?

—¿Pensaréis en mí?

Ella asintió escasamente con la cabeza, con todo candor.

Encendieron las lámparas. Un vocerío mayor, en la distancia, proclamaba que el ministro se aproximaba de regreso de la corte. Las criadas se abalanzaron de un lado a otro, presurosas a recibirlo. Las mocitas dieron gritos pregonando la llegada del ministro, mientras la princesa sólo trepidaba.

Si aquéllos querían ser tan bulliciosos, pensó el muchacho, que lo hagan; él tuvo firme el corazón y no permitió que ella se retirara a su alcoba.

Su nodriza lo halló en tal desafiante actitud. ¡Atroz! Y la princesa Omiya, sin duda, estaba al tanto de ello.

—No es dable, amita mía —expresó con firmeza—. Vuestro padre se enfurecerá, vuestro joven galán puede que tenga excelentes cualidades. No las conozco. Pero sí sé que vos estáis destinada para alguien mejor que un paje doncel vestido de esmeralda.

¡Un paje doncel de azul! La ira expulsó prestamente el pesar.

—¿Escuchasteis eso?

Estas mangas carmesí
de sangre tintas están.
¿Cómo osa ella afirmar
que son de un bajo
tono esmeralda?

Fue de lo más incivil.

Tinta mi vida en dolores
de los más variados tonos.
¿Decidme, por gracia, aquel
de la parte que
ambos compartimos?

Terminado apenas había sus versos, cuando su padre ingresó para llevársela.

Yûgiri se sentía iracundo y muy desdichado. Se dirigió a su propia alcoba y se tendió. Tres carruajes se alejaron presurosos; en la distancia, el vocerío algo más comedido que antes. Le fue imposible conciliar el sueño, pero cuando su abuela envió por él, se fingió dormido ya y no se movió un ápice.

Fue una noche lacrimosa. Temprano por la mañana, mientras el suelo seguía aún blanco de escarcha, él regresó de prisa a la Nijô. No quería que nadie viese sus ojos inyectados, estaba seguro de que su abuela mandaría de nuevo a preguntar por él. Mas, deseaba estar solo. Durante el camino a casa su cavilar fue acerca de las tribulaciones que él mismo se acarreara. No era aún pleno día. El cielo seguía encapotado.

Es un mundo torvo,
de escarcha y de hielo,
y ahora las lágrimas
vienen y oscurecen
los ya negros cielos.

Genji, este año, debía proveer de una danzarina para los bailes del Go-sechi.[491] Era una tarea de no muy gran volumen, pero conforme se acercaba el día, sus servidoras se atareaban cosiendo las vestiduras para las niñitas-flores y semejantes. Las mujeres en el pabellón del este preparaban la indumentaria para la presentación en la corte. Los preparativos generales quedaron a cargo de la casa principal, y la emperatriz tuvo la amabilidad de velar por las necesidades de su séquito. Tan lujosos eran los aprestos, en verdad, que parecía que Genji deseaba que la festividad que organizaba no tuviese precedente alguno. Los padrinos de las danzarinas, entre ellos un hermano de Tô no Chûjô, el Señor Inspector, y en un nivel algo menos elevado, Yoshikiyo, ahora gobernador de Omi y Moderador de la Izquierda, estaban tan en pugna uno con otro que sus empeños eran la hablilla de toda la corte. El emperador se había dignado ordenar que, este año, las danzarinas fuesen tomadas al servicio de la corte. Como su danzarina, Genji había elegido a una de las hijas de Koremitsu, de la que se decía estaba entre las más hermosas y talentosas de toda la capital. Koremitsu, ahora gobernador de Setsu y también del barrio oeste de la ciudad, estaba algo consternado por la propuesta, mas la gente acentuaba que el Señor Inspector ofrecía una hija en una concubina de poca importancia, así que no era cuestión de mostrarse reticente. Deseoso, en cualquier caso, de enviar a la muchacha a la corte, concluyó que bien podría hacer su iniciación con las danzas del Go-sechi. Ella practicaba diligentemente en casa, sus acompañantes fueron escogidas con gran esmero, y en el día señalado él escoltó a su hija hasta la Nijô.

El cortejo provino de las varias asistentes de la mansión de Genji, estar entre las escogidas era juzgado un enorme honor. Genji ordenó un ensayo final para la presentación ante el emperador, en la corte, y afirmó que él no podía calificarlas unas contra otras, pues todas eran agraciadas y debidamente engalanadas. Mas, riendo, comentó:

—Quisiera enviar una danzarina más de mi parte —su natural gentileza y comedimiento habían cumplido parte en la selección.

Yûgiri casi había perdido el apetito. Yacía en su alcoba descuidando los clásicos. Deseoso de un cambio de aires, se deslizó fuera del aposento y deambuló calladamente

491. Para la festividad de la cosecha, en la undécima luna.

por toda la mansión. Estaba bien ataviado y lucía muy apuesto para su edad, con gran calma y mesura. Se dirigió al ala de la casa propia de Murasaki, mas no se le permitió que se acercara a sus celosías. Rememorando su propia conducta en el pasado, Genji había tomado precauciones. Yûgiri vivía en el pabellón del este y no disfrutaba de cercanía con las mujeres de Murasaki; pero hoy, él sacó provecho del entusiasmo general para escabullirse en dicha sección de la morada, donde permaneció observando detrás de algún biombo.

La danzarina del Go-sechi fue conducida desde su carruaje a un vallado compuesto por biombos próximos a la galería. Yûgiri, detrás de uno de los biombos, la contempló. Aparentemente fatigada, ella estaba sentada inclinada sobre un reposabrazos. Era casi de la misma estatura que Kumoinokari, o quizás un tanto más alta. Tal vez un poco más bonita. No lo podía aseverar, pues la iluminación era escasa, pero le recordaba tanto a su amada que, aunque habría sido una exageración decir que le había transferido sus afectos en el acto, él se halló fuertemente fascinado por ella. Hizo ruido con su manga para atraerla. Ella se desconcertó, tanto por ello como por el poema que siguiera:

La dama que sirve
en el cielo a Toyooka,
de olvidar no ha
que alguien aquí
en ella piensa.[492]

»Por largo rato con la cuerda sagrada contemplo a través de la sacra valla Mizugaki.

Fue demasiado de golpe. Era una placentera voz juvenil, mas ella no podía identificarla. Se atemorizó. Justo en dicho instante llegaron sus servidoras para retocarle el rostro, y ella, se retiró con pesar.

Avergonzado de su indumentaria esmeralda y sintiéndose por lo demás fuera de lugar, él se había mantenido lejos de la corte.[493] Para las festividades, empero, las reglas

---

492. La deidad de Toyooka ha sido identificada con Amaterasu, la diosa del resplandor solar, aunque no de modo definitivo.
493. El color de la indumentaria esmeralda significaba el Sexto Rango en el corte.

que asignaban colores a los rangos palaciegos habían sido levantadas. Él se veía mayor para su edad y se desplazó airosamente por el palacio. El emperador, a la cabeza, y otros muchos, de modo excepcional lo apreciaron.

Las danzarinas de Go-sechi estaban en sus mejores galas para la presentación formal, pero cada cual decía que la danzarina de Genji y la del Señor Inspector eran las más atractivas y mejor ataviadas. Era difícil escoger entre las dos, aunque quizás una cierta dignidad daba el beneplácito a la hija de Koremitsu. Ella estaba tan galanamente ataviada que no se adivinaba que fuese hija de un noble. Por tal motivo la colmaban de alabanzas. Siendo las danzarinas aquel año muchachas maduras, se aseguraba de que aquella festividad fuera mucho más suntuosa.

Genji recordó a una danzarina del Go-sechi por la que antaño se sintiera atraído.[494] Y luego de la danza le envió una nota. El lector quizás adivinará el contenido, que incluía este poema:

¿Los años por la moza aquella
también quizá pasaron?
Vuestro amigo de antaño
que celestiales mangas agitadas
contemplara, mucho mayor semeja.[495]

Fue un pensamiento al pasar, rememorando los años transcurridos. Él no podía guardarlos en su mente ya, mas a ella el poema evocó los sentimientos que otrora hacia él guardara. Aún pareciéndole risible, y de poca importancia, ésta fue su respuesta:

---

494. Véase los capítulos XI y XII.

495. Las mangas «celestiales» aluden al disfraz de la danzarina como habitante del cielo. Hay juego de palabras: *furu* se vincula tanto a «agitar» como a «antaño».

Guirnaldas de Hikage en mi pelo.
Cual tibio sol que derrite la escarcha.
A vos me sometía,
hundida en vuestras mangas…
Pareciera que sólo ayer fuera.

El papel azul era del mismo tono que el atuendo de las danzarinas, y el manuscrito, sutilmente sombreado en mixtos estilos cursivos, para ocultar la identidad de la autora, despertó la curiosidad de él.

La contemplación de la hija de Koremitsu había arrebatado a Yûgiri. Él deambulaba con ciertas ideas en mente, pero no se le permitió acercarse. El joven, que sabía de bochornos, sólo se sintió muy menguado por tal situación. El rostro de ella, de veras hermoso, se grabó muy fuerte y pensó que hacerla suya sería un consuelo por la pérdida de Kumoinokari.

Se había dicho ya que las danzarinas habían de permanecer al servicio de la corte. No obstante, hoy regresaron todas a sus familias. Al término del festival, siguió intensa la porfía. La hija de Yoshikiyo, el gobernador de Ômi, partió hacia Karasaki para su purificación. La de Koremitsu a Naniwa. El inspector había dispuesto ya que sus hijas retornaran a la corte. La gente criticaba al hermano de Tô no Chûjô por haber ofrecido una hija no calificada para la ocasión, pues se había reprochado sus modales, sin embargo, ella fue recibida para el servicio de la corte, con las otras.

Habiendo una vacante en el personal de la emperatriz, Koremitsu pidió a Genji si acaso su hija pudiera ser favorecida con una designación para el puesto. Genji respondió que vería qué podía hacerse al respecto. Ésta fue una desalentadora noticia para Yûgiri. Si no hubiera sido tan joven ni de rango tan bajo, habría dirigido una petición para tenerla a su cargo. No podía aún darlo a conocer a todo el mundo, mas teniendo que olvidar a Kumoinokari, esto fue un nuevo dolor añadido al preexistente.

La mocita tenía un hermano menor, aprendiz de paje en la corte. Yûgiri había hecho uso ocasional de sus servicios.

Un día Yûgiri se dirigió a aquél de un modo mucho más amigable que lo acostumbrado.

—Y, ¿cuándo podría esperar ver a vuestra hermana en la corte?

—A fines de año, me han dicho.

—Me pareció muy atractiva. Os envidio, sois capaz de verla cuando queráis. ¿Podríais ponderar que os pidiera que me permitieseis verla en algún momento?

—Me temo que sería muy delicado. Soy su hermano e incluso a mí me mantienen a distancia. Temo que habría de ser algo, en verdad, muy dificultoso.

—Al menos, dadle esta nota.

El mocito pensó que tal cosa le incomodaba enormemente porque su padre le había advertido severamente de no tomar parte en maniobras de esa especie, pero sintió compasión por la insistencia de Yûgiri, y decidió llevar la nota a su hermana.

La danzarina del Go-sechi, quizás algo precoz, cambió su emoción tras la nota, que le llegara en un delicado papel azul, plegado con gusto, junto con papeles de varios colores. El manuscrito, aunque bisoño, mostraba una gran promesa.

De luz solar toda bañada,
hasta el adorno de Hikage.
Seguro os enterasteis
que mi corazón dejase
en las ondeantes mangas celestiales.

Koremitsu ingresó justo cuando ellas lo admiraban.

—¿Qué es esto? ¿De quién viene? —ellas se sonrojaron. No habían tenido tiempo para esconderlo—. Sabéis muy bien que no permito este tipo de cosas.

Él impidió el escape del paje.

—El hijo del canciller me pidió que lo entregara —el semblante de Koremitsu cambió completamente y puso cara risueña.

—Pues bien. ¡Qué precioso corazón en divertida jugada! Aun de la misma edad, no inspiráis confianza ni servís para nada comparado con Yûgiri —Koremitsu habló muy bien de aquél y salió para enseñarle la nota a su mujer—. Si él está aún interesado, cuando sea algo mayor, ella estará mejor en sus manos que en la corte. Bien conozco

a Su Señoría. Una vez que una mujer ha despertado su atención, nunca la olvida. Esto podría ser una señal confiable. Mirad el caso del padre de Akashi.

Pero, poco podían pensar al respecto en esos días, excepto Koremitsu que hiciera todo lo posible en los preparativos para enviar a la mocita a la corte.

Yûgiri, lleno de cavilaciones sobre la mejor ubicada damita a la cual no podía escribir, sólo acrecentaba sus ansias a medida que pasaba el tiempo. ¿La habría de volver a ver alguna vez? Ya no le complacía ir de visita a casa de su abuela por sentirse incómodo e infeliz.

Recordaba el aposento que fuera suyo por tanto tiempo, la alcoba donde jugaran alegremente juntos. El sólo pensar en la casa de la Sanjô lo torturaba mucho más que antes. Y por ello prefería permanecer en la mansión de la Nijô.

Genji pidió a la dama de los azahares que se ocupase del muchacho.

—Su abuela no tiene ya muchos años por delante. Desde niño, los dos os habéis familiarizado y, finada su madre, querría pediros que, por gracia, lo tomaseis a cargo.

Dado que ella era persona muy obediente a Genji, gentilmente y con dedicación plena, tomó a su cargo a Yûgiri.

Él tuvo a veces la oportunidad de observarla brevemente. No era en absoluto una beldad, y sin embargo su padre le había sido fiel. ¿Era acaso un absurdo que se tomara a pecho la hermosura de una moza? Debía quizá buscar alguien de una naturaleza igualmente dócil y que ambos estuvieran enamorados. Empero, no una que fuera claramente repulsiva. Aunque Genji había mantenido para sí a la dama de los azahares por tantos años, parecía muy consciente de sus defectos. Cuando la visitaba, cuidaba siempre de verla a la distancia, como bajo las coberturas de un botón de amarilis; pasando por alto sus defectos, salvaba las apariencias con las atenciones que le brindaba. Yûgiri comprendió, pues era de mente elevada, que superaba en destreza a los adultos hasta que sintieran vergüenza. Su abuela era aún muy hermosa, no obstante haberse convertido en monja. Rodeado desde la infancia de mujeres agraciadas, naturalmente notó los defectos de esta dama, no bien favorecida desde un comienzo, ya lejos de su iniciación, un tanto marchita, y escasa de cabellos.

El término del año se acercaba. Omiya se ocupaba de sus atuendos para el Año Nuevo, con exclusión de todo lo demás. Eran espléndidos y numerosos, pero a él sólo congoja añadieron.

—No veo motivo para embrollarse tanto. Ni siquiera estoy seguro de que asistiré a la corte.

—¿De qué habláis? Os comportáis como un viejo derrotado.

—Quizá no sea viejo —musitó para sí, enjugando una lágrima—, pero, ciertamente, abatido estoy.

Su abuela mostró un rostro desolado. Muy bien sabía lo que lo afligía.

—Se dice que un hombre, a pesar del rango bajo, sin valía, debe mantener en alto su orgullo. Debéis salir del húmedo hoyo. ¡No os hundáis en vuestras cavilaciones! ¡No digáis cosas siniestras ni de mal agüero!

—No os inquietéis. Al parecer, han seguido burlándose de mí, mas sé que será por no largo tiempo. En tanto, no gozo asistiendo a la corte. Si el abuelo aún viviese, no se reirían de mí. El padre es el padre, lo sé, y también sé que debería ir a él con mis problemas. Pero, él es tan tieso y remoto y no pasa con frecuencia por el pabellón del este. La dama aquélla es buena conmigo, pero desearía a veces tener a mi propia madre.

Él intentaba ocultar sus lágrimas, y ella, ahora, sollozaba abiertamente.

—Es triste para cualquiera, no importa quién, perder a la madre como vos, pero la gente suele crecer, adoptar su propio destino, y estos aguijones y escozores desaparecen. No debéis tomarlos tan seriamente. Concuerdo que habría sido grato que vuestro abuelo hubiese vivido un tanto más. Vuestro padre debería actuar tanto como aquél, a favor vuestro, mas de algún modo él siempre deja algo que desear. La gente juzga que vuestro tío, el ministro, es una bella persona, pero me convenzo de que él es cada vez menos aquel muchacho que yo solía conocer. Cuando os veo tan desdichado, y todo vuestro futuro por delante, me pregunto si acaso he vivido ya demasiado. Os dejáis abatir por fruslerías, lo sé, pero me causáis preocupación. ¡Qué rencor guardo a este mundo! —dijo mientras derramaba lágrimas.

No siendo requerida su presencia en la corte, Genji pasó un placentero Año Nuevo en casa. Siguiendo el precedente del canciller Yoshifusa,[496] pasó revista a los caballos blancos en su propia mansión en la Nijô, donde las observancias fueron no

496. Fujiwara no Yoshifusa, personaje histórico que viviera entre los años 804 y 872.

menos solemnes que en la corte. Algunos de los detalles incluso superaron lo que las precedentes exigieran.

A fines de la segunda luna el emperador rindió visita al palacio Suzaku, residencia del emperador retirado. No era aún el tiempo de la plena floración de los cerezos, el mes tercero correspondía al aniversario del deceso de la dama del Fujitsubo. El color de los pimpollos primeros era muy hermoso, mientras todos hacían los preparativos y se aderezaban con gran esmero. La corte, incluso los príncipes del linaje, vestía de uniforme, verde sobre blanco, forrado de rojo. El emperador lucía de rojo, como también Genji, presente ante la convocatoria imperial. La gente parecía comportarse con mayor decoro que en las demás ocasiones. Los dos, el soberano y el canciller, semejaban tan radiantemente parecidos que podrían haber sido confundidos entre sí. El retirado monarca del Suzaku, tanto en su atención como su apariencia, con la edad, había adquirido una suave y gentil gracia.

Si bien no se invitó letrados, diez o más eruditos de la Academia se hallaban presentes, jóvenes que se hacían ya notorios como poetas. El emperador asignó temas, tomados del balotario oficial. Fue un pseudoexamen para beneficio del hijo del canciller, sospechó la gente. Hurgando nerviosamente, los eruditos fueron ordenados deliberar acerca de los temas señalados. A bordo de un bote separado, en la laguna, al enfrentar los problemas, la mente de cada uno pareció quedar perpleja. Los músicos fueron conducidos en botes al centro del estanque, justo cuando el sol se ocultaba. Una repentina ráfaga desde las colinas avivó atrayentemente el afinar de instrumentos. Yûgiri guardaba rencor al mundo pensando que no necesariamente había de seguir en progresión el camino del estudio con tanto sufrimiento. Bien pudiera deleitarse en cantar y hacer chanza.

«Gorjeo primaveral» trajo remembranzas de un festival vernal de muchos años atrás.[497]

—Me pregunto si alguna vez habremos de ver cosa semejante —adujo el emperador del Suzaku. Y junto con Genji, recordaron, uno tras otro.

497. Véase el capítulo VIII, *Hana no En.*

Al término de la danza Genji ofreció una copa al emperador del Suzaku, acompañada de estos versos:

El gorjeo primaveral de hogaño
como aquel de antaño;
mas, a la sombra de
los pimpollos,
cuán cambiados nosotros.[498]

El emperador del Suzaku replicó:

Allí donde separados
de las brumas
de la corte,
los ruiseñores
gorjean:
la primavera ha llegado.

El príncipe Hotaru escanció al tope la copa del emperador, y ofreció este poema:

El tono de la flauta
de «Gorjeo primaveral»
es el que fuera,
un cambio no distingo
en el cantar del ruiseñor.

Fue muy atinado y propio de él sugerir que no había declive alguno perceptible. Con imponente dignidad, el emperador respondió:

498. El significado del cambio de los renuevos de cerezo fue que, anteriormente, dichos árboles se ubicaban en el ala meridional, pero para entonces ellos se encontraban en el palacio de Sentô, lugar de residencia del emperador retirado.

El ruiseñor se lamenta,
volando de rama en rama,
por el tono de las flores
más pálido hoy
que otrora.[499]

Más poemas no tengo registrados, pues, siendo una ocasión formal, ¿los jarros, acaso, no hicieron rondas completas? O ¿es que el escriba desoyó algunos de ellos?

Siendo el concierto flotante a tal distancia, el emperador no pudo escucharlo bien. Se hizo traer instrumentos ante la imperial presencia: un laúd para el príncipe Hotaru; un *koto* del país para Tô no Chûjô; para el emperador retirado un *koto* chino *sô* de trece cuerdas; y para Genji, como siempre, un *koto* chino *kin* de siete cuerdas. Todos debían tañer para él, indicó el soberano. Como eran acabados músicos, se superaron a sí mismos, y el concierto resultó inmejorable. Numerosos cortesanos se mostraron dichosos al cantar las letras de «Cuán grandioso el día»,[500] «La moza de la flor del cerezo» y otras. Una brumosa luna se asomó; se encendieron antorchas en la isla, y así, la festividad llegó a su fin.

Aunque era ya muy avanzada la noche, el emperador juzgó que sería grosero ignorar a la dama del Kokiden, madre del emperador Suzaku. La visitó en el Kaeden,[501] al emprender la marcha de regreso al palacio. Genji estaba con él. Tornada una anciana dama, ella se sintió muy complacida. Genji pensó en la dama del Fujitsubo. Lamentó que de todas las damas de su padre, ésta fuese la que más viviera.

—Vieja estoy ya y olvidadiza —exclamó la dama del Kokiden, entre sollozos—, mas, vuestra amable visita me aporta recuerdos del tiempo del difunto emperador.

499. El poema de Genji añora al soberano anterior y lamenta el paso del tiempo. El siguiente poema de Suzaku, el emperador retirado, manifiesta el lamento tras su abdicación. El tercer poema, del príncipe Hotaru aprecia al emperador actual Reizei. Y, el último poema, de Reizei, muestra su propia dedicatoria al poema celebrado por Hotaru. Estos versos de simbólica implicancia. Sitúan al soberano de entonces en el tiempo de la prosperidad de Genji, dentro del transcurso del fulgurante «relato» de su existencia.

500. Una *saibara* que acentuaba la alegría de la ocasión en tal compañía.

501. Dicha residencia recibía también los nombres de Kôyôden o Hakuryôden.

—Habiendo perdido a aquellos de quienes dependía, mucho ha sollozado hasta no saber del cambio de las estaciones —acotó el emperador.

—Escasamente he podido notar la llegada de la primavera, mas esta breve visita me retorna la serenidad. Os he de visitar nuevamente, de tiempo en tiempo, si así os place.

Genji también expresó que él volvería a visitarla. La dama del Kokiden se sintió desconcertada por la grandiosa procesión, al iniciar el cortejo una algo presurosa partida. ¿Qué tipo de recuerdos tendría Genji de ella? Había sido su destino gobernar, y el de ella no haber podido variar nada. Ella se arrepentía de lo que le hiciera en el pasado. De otro lado, su hermana menor, Oborozukiyo, con poco más que ocupase su mente, halló que rememorar el pasado profunda emoción le daba. Al parecer, ella intercambiaba secretamente notas con Genji, a veces a través de cierta persona. La dama del Kokiden siempre hallaba faltas en la administración de sus estipendios y suplementos, y renegaba por el infortunio de haber vivido tanto para llegar a un inferior sitial. Con mal humor mucho se quejaba. A medida que avanzaba en edad, la envidia y la malevolencia en ella se incrementaban, por lo que ni su hijo podía soportar su compañía.

La graduación de Yûgiri fue elogiada como obra maestra, recibiendo por ello el pertinente estado de letrado. Sólo los más adelantados y promisorios educandos fueron permitidos presentarse a exámenes, y sólo tres de ellos aprobaron. En los nombramientos de otoño, él fue promovido al Quinto Rango y designado chambelán. Kumoinokari no dejó nunca de estar en sus cavilaciones, pero él no deseaba tomar la medida extrema de encontrarse con ella forzosamente bajo el ojo vigilante de su padre. Solamente le enviaba notas mediante recadero. Ambos parecían desdichados.

Genji había ponderado que quizás él necesitaba un más amplio espacio para la apacible vida que ahora era suya. Deseaba tener en su torno a todos y cada uno, incluso a aquellas personas que aún moraban en la campiña. Había adquirido cuatro solares boscosos en la Rokujô, Kyôgoku, cerca de los linderos orientales de la urbe, incluyendo en ellos las tierras de la dama de la Rokujô legadas a la emperatriz del Umetsubo, nombrada después Akikonomu.

El príncipe Shikibu, antes Hyôbu, padre de Murasaki, cumpliría cincuenta al año siguiente. Ella andaba muy atareada con los preparativos de la celebración. Genji pensó

que no podía ya desentenderse de ello y ordenó que su nueva morada en la Rokujô fuese terminada a tiempo para los festejos.[502]

Junto con el Año Nuevo, estas providencias ocupaban aún la mayor parte del tiempo de Murasaki. Genji dirigía afanosamente la selección de las danzarinas y los músicos para el banquete, tras los servicios religiosos, mientras Murasaki se concentraba en estos últimos, las ornamentaciones para las escrituras e imágenes, los atuendos, las ofrendas y demás.

Más en armonía que nunca, la dama de los azahares y Murasaki mantenían una correspondencia elegante y vivaz.

El príncipe Shikibu llegó a conocer de los preparativos, sobre los que todo el mundo hablaba. Aunque Genji, por lo general, era considerado un hombre amable y juicioso, su bondad no había hasta ahora alcanzado al príncipe. En verdad, Genji parecía haber inventado ocasiones para humillar al príncipe y a su familia. Frialdad había seguido a displicencia hasta que el príncipe concluyera que Genji guardaba enconos singularmente duraderos. Mas, era bueno, igualmente, que Murasaki fuese su favorita. No mucho de la gloria del entorno había tocado al príncipe, pero aún así, ella era su hija. Y ahora todo esto, de lo que el mundo conversaba. Era un inesperado honor en sus años de declive.

Su esposa no era fácil de complacer. De veras, estaba mucho más a disgusto que nunca, pues su propia hija había marchado a la corte. Genji no había hecho por ella nada, por lo que ella se henchía de furor desde el fondo de su corazón.

La nueva mansión de la Rokujô quedó terminada en la octava luna y la gente empezó la mudanza. El segmento suroeste, incluyendo las tierras de su madre, le fue asignado a Akikonomu como morada fuera del palacio. El segmento noreste fue concedido a la dama de los azahares, que había ocupado el pabellón del este en la mansión de la Nijô, y el segmento del noroeste fue otorgado a la dama de Akashi. Los deseos de las propias damas fueron consultados para el diseño de los nuevos jardines, un muy deleitoso emplazamiento de lagunas y montículos.

Las colinillas eran más altas en el segmento sureste, donde plantaron en profusión árboles y variadas matas de floración primaveral. El estanque fue trazado muy

502. Genji había mantenido distancia con el príncipe Shikibu por la frialdad que le mostrase mientras él sufriera destierro amargo en Suma. Sin embargo, cambió su parecer al llegar esta ocasión.

ingeniosamente. Entre los plantíos de las partes delanteras del jardín se incluyeron pinos de cinco agujas, arces, ciruelos de flores rojas, cerezos, glicinas, *yamabuki,*[503] y azaleas de las peñas. No sólo plantaron las que prosperaban en primavera sino, con naturalidad, también toques otoñales se distribuyeron entre los arbustos.

En el huerto de Akikonomu, los plantíos, en las colinas del previo jardín de otrora, fueron escogidos por sus copiosos colores otoñales. Clara agua primaveral rumoreaba desde la distancia, cayendo sobre peñas ubicadas para acentuar el sonido. Ya que entonces era otoño, el jardín lucía un silvestre raudal de flores y follaje de la estación, como para avergonzar a las colinas de Ôi.

En el segmento noreste había un fresco manantial natural a la sombra de los árboles amantes del sol estival. En las partes frontales del huerto, el viento, por entre sotos de bambúes chinos, aseguraba fresco en el verano, y los árboles eran tupidos y misteriosos como en arboledas de montaña. Había un seto de *unohana*[504] bordeando naranjos que rememoraban a la dama los días idos. También silvestres claveles, escaramujos, rosas y *kutani,*[505] pero asimismo unas plantas más de flores primaverales y otoñales. Otra parte del terreno estaba cercada para los ejercicios ecuestres.[506] A partir de la quinta luna sería su mejor temporada, con los lirios orlando la laguna. En el lado extremo se hallaban las caballerizas, donde se preservaba a los más finos corceles.

Y, finalmente, en el segmento noroeste, tapiado de muros con tejados, allende simulados montículos, había hileras de almacenes, guarecidos por pinos que habrían de verse hermosos con las nevadas. El seto de crisantemos florecería en las escarchadas mañanas de comienzos del invierno, cuando también una arboleda de varios tipos de encinas desplegaría sus mejores matices. Y entre los densos sotos, unos árboles montañeses difíciles de identificar.

La mudanza concluyó hacia el tiempo del equinoccio de otoño. El plan había sido que todos se trasladaran conjuntamente en el día del equinoccio, mas Akikonomu aborrecía

---

503. Arbusto de la familia rosácea, de floración amarilla, de nombre científico *Kerria japonica.*

504. *Deutzia crenata*, mata silvestre de flores blancas.

505. Término arcaico que aparentemente alude a la peonía (*Rosa sinensis*).

506. Lugar para los ejercicios ecuestres de mayo, tales como el tiro de flechas galopando el corcel y las carreras de caballos.

tal masivo movimiento y eligió hacerlo unos días más tarde. La dama de los azahares, dócil e insegura como siempre, se mudó la misma tarde en que lo hiciera Murasaki.

El huerto primaveral de Murasaki estaba ya fuera de estación pero su hermosura perduraba. Hubo quince carruajes femeniles en su cortejo. Los servidores, a la cabeza, eran del Cuarto Rango, Quinto e inferior mayoritariamente. Escogidos de confianza los del Sexto Rango, todos ellos hombres que por largo tiempo habían servido a Genji y a su casa. Eran en modesto número porque Genji no deseaba ser censurado de extravagancia u ostentación, y los procedimientos fueron por demás austeros. A las dos damas se brindó virtualmente el mismo tratamiento, con Yûgiri ocupado de los requerimientos de la dama de los azahares. Todos consideraron esto de lo más apropiado.

Los aposentos femeninos fueron asignados con gran escrúpulo, hasta en el mínimo detalle. ¡Cuán grato era todo!, comentaron las mujeres, y a sus propias alcobas las hallaron las más deleitosas de todas.

Akikonomu se mudó a su morada cinco o seis días después. Aunque había estipulado que la ornamentación fuese simple, su aposentos eran en efecto espléndidos. Ciertamente, ella había sido singularizada por sus notable personalidad, mas siendo sosegada y naturalmente retraída, era muy respetada por toda la corte.

Había elaborados muros y galerías con numerosos corredores, en distintas direcciones, y esto en cada uno de los varios segmentos, de modo que las damas pudiesen vivir afablemente entre sí.

La novena luna llegó y el jardín de Akikonomu resplandecía con los matices otoñales. Una tarde, cuando un aura gentil soplaba, ella dispuso hojas y flores sobre la tapa de una caja ornamental y las envió a Murasaki. Su recadera era una muchacha bastante alta vestida de una chaqueta de tono púrpura intenso, una túnica lila forrada de azul y una fina capa azafrán. Ella efectuó el estudiado recorrido a lo largo de los pasajes y galerías y sobre los puentes vinculantes, con la dignidad correspondiente a su condición. Y la emperatriz no quiso cambiar aquella tan hermosa mensajera, pues era costumbre en los lugares nobles que la doncella de la emperatriz fuese desde el porte a la presencia, distinguida por encima de las demás.

Éste fue el poema de Akikonomu, presentado con el obsequio:

Quedamente, vuestro huerto
la primavera aguarda,
al soplo del viento.
Ved el follaje bello
del otoño de mi huerto.

Fue muy cortés el trato que a la mensajera dieran las doncellas de Murasaki. Ella, de retorno, envió un arreglo de musgo sobre la misma caja, con una rama de pino de cinco agujas, sobre piedrecillas, sugiriendo un acantilado. Un poema estaba atado a la rama de pino:

Vuestras hojas sin encanto
el viento esparce ligero.
El pino en el peñasco
por siempre verde está
cual la primavera.

Uno debía mirar cuidadosamente para notar que el pino del arreglo era una sagaz confección. Akikonomu quedó muy impresionada por la ingeniosa respuesta, que tan prestamente le llegara. Sus doncellas sólo la alabaron.

—Pienso que inútilmente agria fuisteis —comentó Genji a Murasaki—. Deberíais aguardar hasta que vuestros árboles vernales florecieran. ¿Qué pensará la diosa de Tatsuta cuando os oiga menospreciar los mejores matices del otoño? Responded desde el vigor, con la fuerza de vuestros capullos primaverales que os respaldan —él se veía admirablemente joven y garboso.

Hubo muchos otros intercambios semejantes, entre estas tan elegantes moradas.

La dama de Ôi, o dama de Akashi, juzgó que debía esperar hasta que las grandes damas se hubiesen mudado, y entonces hacer su propio silencioso traslado. Lo efectuó en la décima luna. Con la mira en el futuro de su hija, Genji tuvo el mayor cuidado para que en su séquito, su crianza, o en la asignación de sus aposentos, nada sugiriese inferioridad.

CAPÍTULO XXII

玉鬘

Tamakazura

La diadema

Los años habían pasado,[507] mas Genji no olvidaba el rocío sobre las campanillas, la bella faz nocturna que tan brevemente contemplara. No obstante que llegase a conocer varias otras damas, de diversos caracteres, él sólo se lamentaba más vivamente porque la dama Yûgao no viviera ya.

Ukon, la servidora de aquélla, no era de un distinguido linaje, no obstante Genji le tenía afecto, y la consideraba un viviente recuerdo de su difunta ama. Para entonces ella era una de las camareras más antiguas de su casa. Había transferido a todo el personal al ala de Murasaki en la mansión de la Nijô, cuando él partiera a Suma, y allí había permanecido. Murasaki la apreciaba por su naturaleza callada, buena disposición y diligencia. Ukon sólo cavilaba con aflicción que si su propia ama viviese gozaría ahora, al menos, del mismo honroso trato que se otorgaba a la dama de Akashi. Genji era hombre generoso y no abandonaba a las mujeres a las que se sintiera incluso ligeramente atraído; y la dama de la faz nocturna, si bien no de las de veras importantes, ciertamente se habría encontrado en la compañía de las recientemente mudadas a la Rokujô; por lo que ella se afligía interminablemente.

Ukon no había dejado saber el paradero de la niñita aquella, hija de su ama, que fuera entregada a la nodriza en la parte occidental de la urbe. Genji, le había indicado que guardase el asunto para sí misma y que nada se obtendría dejando conocer su parte en la historia luego del irrecuperable tiempo transcurrido. Ella no había

507. Al término de los 34 años de Genji, muchas remembranzas.

intentado siquiera ubicar a la nodriza. El marido de ésta fue designado gobernador delegado en el Dazai, Kyûshû, y la familia debió partir con él a su nuevo puesto. La niña tenía cuatro años entonces. La familia había rogado tener alguna información acerca de la madre de la niña. Día y noche, siempre sollozando habían intentado saber dónde posiblemente hallarla. La nodriza, finalmente decidió quedarse con la niña para rememorar a la madre. Mas, triste era pensar llevarla a un largo y riguroso viaje hasta un apartado rincón del país. Discutieron si se habría de buscar al padre, Tô no Chûjô, y referirle de su existencia y paradero. Y, como no se diera una ocasión oportuna, se reunieron en consejo de familia: sería arduo decírselo, dado que él no conocía lo ocurrido con la madre, la vida sería dura para la niña, si era presentada tan tempranamente a un padre que era un completo extraño; y si él llegaba a saber que ella era su hija, era improbable que le permitiera partir. Ella era una hermosa criatura, que ya mostraba señas de distinción, y en verdad apenaba que zarpase en una mísera barca.

—¿Vamos donde mi madre? —preguntaba de tiempo en tiempo.

La nodriza y sus hijas lloraban lágrimas de nostalgia y pesar. Pero debían sobreponerse. Las lágrimas no eran de buen augurio para una travesía.

El paisaje durante el trayecto despertó remembranzas.

—Ella era tan joven y tan amiga de la naturaleza, cómo le habría gustado todo esto si hubiera podido viajar con nosotras. Pero, ciertamente, si ella viviese, aún estaríamos todas en la urbe.

Sentían envidia de las olas, que retornaban al lugar de donde partieran.[508]

—Triste, tristemente hemos navegado esta distancia —se oyeron las broncas voces de los marineros.

Las hijas de la nodriza se miraron y lloraron.

508. Retoma el verso de una *tanka* de los *Ise Monogatari,* citada ya en el capítulo XII, *Suma.*

A quién se dirigirán
los pensamientos
de estos marineros,
que afligidos cantan
lejos de Oshima.[509]

Aquí en el mar,
no sabemos
dónde ni cómo
ir en busca
de la finada ama.

—No había imaginado abandonarla por estos yermos.[510]

«No olvidáramos» era el estribillo cuando la nave pasó el cabo Kane;[511] y cuando pusieron pie en tierra, las lágrimas brotaron nuevamente, a borbotones, al tornarse conscientes de cuán remoto era el lugar de arribo.

Ellas contemplaban en la niña a su ama. A veces, raramente, una de ellas soñaba con la madre muerta, la cual tenía consigo otra niña, que podría haber sido la melliza, y luego la soñadora caía enferma. Tenían que concluir que el ama no vivía más.

Pasaron los años, y el término de servicios del gobernador delegado del Dazai concluyó. Él pensó en retornar a la urbe, pero dudaba, pues no era hombre de grandes influencias, incluso lejos en tan remota comarca. Seguía dubitativo cuando, repentinamente, cayó enfermo. Con las ansias de la muerte, contempló a la niña, crecida ya, de diez años, y tan hermosa que sólo temió por ella.

—¡Qué tiempos difíciles habréis de enfrentar si os dejo! He cavilado, sería vergonzoso que crecierais en un sitio tan apartado de todo, y he querido que retornéis a la ciudad tan pronto como me fuere posible. He deseado presentaros a la gente pertinente y dejaros en

509. Lugar de la comarca de Chikuzen, donde el gobernador delegado del Dazai tenía su asiento.
510. Verso de una *tanka* de Sugawara no Michizane, desterrado en Kyûshû, citado en el capítulo XII, *Suma.*
511. Situado en Chikuzen. La barca navegaba entre Oshima y dicho cabo para ingresar a la bahía de Hakata.

el destino que fuere el vuestro, para ello he realizado preparativos. La capital es un amplio lugar y estaréis segura allí. Mas ahora al parecer, he de terminar mis días aquí.

Él tenía tres hijos.

—Debéis darle prioridad y sacarla de aquí de regreso a la urbe. No os preocupéis de mi funeral.

Nadie fuera de su familia inmediata conocía quién era la niña. Él había dejado saber que ella era una nieta, que por ciertos motivos había quedado sin dote ni nadie que la criara. Él había hecho todo lo que le fue posible, y ahora, de repente, se moría. Había muchos en la comarca que no mantenían buenas relaciones con el gobernador delegado, y la vida estaba repleta de peligros. La niña era incluso más bella que su madre, quizá por la sangre de su padre que también fluía por sus venas. Fina y grácil, era callada, y de serena disposición. Se tenía que buscar muy lejos para hallar otra igual.

Los mozos galantes de la comarca habían oído de ella y los mensajes llegaban en profusión. Mas sólo provocaban escalofríos y un irritante silencio.

—No la llamaríais exactamente repulsiva por su faz —decía la nodriza a la gente—, pero ella tiene un muy infortunado defecto que la hace impropia para el matrimonio. Se habrá de tornar en monja y permanecerá conmigo en tanto que yo viva.

—¡Qué caso penoso! —todos comentaban, en callado tono, como si fuese algo oscuro y ominoso—. ¿Habéis oído? La nieta del gobernador delegado es un engendro.

Sus hijos estaban determinados a llevar a la niña de regreso a su padre. Él se había mostrado tan cariñoso con ella cuando era pequeñita. Era muy improbable que él ahora la negase. Ellos rogaban a todas las deidades nativas y foráneas.

Mas, ocurrió que ellos y sus hermanas se habían ligado por matrimonio a familias de la comarca, y el regreso a la ciudad, anteriormente anhelado con devoción, se perdía en la distancia. La vida se hacía difícil para la niña al llegar a comprender algo más exactamente su circunstancia. Hacía sus retiros tres veces al año. Habiendo alcanzado los veinte, lucía una perfección que era un desperdicio en tan áspera comarca.

La familia vivía entonces en la provincia de Hizen. La nobleza lugareña continuaba oyendo rumores y quería hacerle la corte. La nodriza sólo ansiaba que todos se fueran del entorno.

Había un funcionario del Quinto Rango que perteneciera al personal del gobernador delegado, como *Taifunogen*, y que era miembro de una extendido clan, desperdigado por toda la provincia de Higo. Él se mostraba como una eminencia local, un guerrero de considerable poder e influencia. Aunque de naturaleza indómita, poseía un gusto por las finuras, y entre sus aficiones se hallaba la de coleccionar damas elegantes.

Oyó hablar de la muchacha.

—No me importa si es un engendro del peor tipo. Sólo cerraré mis ojos —su requiebro era en serio, y también un tanto amenazante.

—Es enteramente imposible —fue la respuesta de la nodriza—. Decidle que ella habrá de hacerse monja.

El hombre enfurecido llegó hasta Hizen y convocó a los hijos de la nodriza para deliberar. Si hacían lo que él quería, se convertirían en sus aliados. Él podría hacer mucho por ellos. Los dos hijos jóvenes estaban inclinados a acceder.

—Es verdad que no queremos que ella se enlace por debajo de su rango. Pero, él será un fuerte aliado, mas si lo convertimos en nuestro enemigo, tendremos que empacar y partir de aquí. Sí, ella es muy bien nacida. No lo negamos, pero, ¿de qué le sirve si el padre no la reconoce y nadie siquiera sabe que existe? Ella es afortunada, él la desea. Probablemente ella está aquí porque se suponía que debía casarse con alguien como él. No vale la pena ocultarla. Él es un hombre determinado y cruel, y él hará cualquier cosa si llegase a enfurecerse.

Pero el hermano mayor, que era gobernador alterno de Bungo, discordó.

—Está fuera de toda discusión. ¿Habéis olvidado las instrucciones de nuestro padre? Debo llevarla de regreso a la capital.

Las hijas se turbaron y entre sollozos pensaban en la madre de la niña, que se apartara de la casa, y cuyo rastro se perdiera. En compensación, ellas cavilaban, habrían de criarla como una excelente dama, que mereciera llegar a ser una noble señora. Por tal razón, sería lastimoso admitir la inaceptable proposición de un rústico como el hombre de Higo.

Confiado en su nombradía y posición, e inconsciente de este desacuerdo, el hombre diluviaba cartas, todas ellas en buen papel de la China, ricamente coloreado

y densamente perfumado. Escribía con no despreciable mano, pero su noción del cortejar era muy provinciana. Habiendo trabado alianza con el segundo hijo, llegó de visita. Tenía cerca de treinta años, alto, de contextura fornida, no desagradable de ver. Quizás era sólo en la imaginación que estos vigorosos modos suyos fuesen un tanto intimidatorios. Centelleaba de buena salud, tenía una profunda voz, rasposa y un fuerte acento regional que hacía de su habla casi tan ajena como un ininteligible idioma.

Los amantes, se oye decir, son apodados «zalameros nocturnos»,[512] mas en un crepúsculo primaveral, el atardecer fue inimaginable: él se presentó cual víctima de las urgencias que el poeta experimenta más intensamente las noches de otoño.[513]

No queriéndolo ofender, la «abuela» salió a recibirlo.

—El finado gobernador delegado fue un gran hombre y comprendía las cosas. Quise ser su amigo y lamento que haya fallecido. Ahora deseo corregir aquello. Me revestí de coraje y he venido a ver a la damita. Ella es demasiado buena para mí, pero todo está bien. Me preocuparé de ella, seré su sirviente. He oído que Vuestra Gracia no desea que yo la posea. ¿Quizá sea debido a mis otras mujeres? No os inquietéis. Ella no será una de esas. Será la reina —fue un aserto muy desconcertante.

—Os lo agradezco. Me complazco de oír de vuestro interés. Mas ella ha sido muy infortunada. Para gran dolor nuestro, debemos mantenerla fuera de la vista, y no hallamos que sea posible que se alíe en matrimonio. Es algo muy triste.

—Pero, por gracia, no me afecta si es ciega o si es renga. Lo juro por todas las deidades.

Él pidió que se señalase un día en que pudiera venir por ella. La nodriza le manifestó el argumento, oído a menudo en la región, que el término de la estación era mal tiempo para un enlace.

Él pareció pensar que un poema de despedida era lo indicado. Caviló por largo tiempo.

---

512. Normalmente habría correspondido tildarlo de «zalamero nocturno», pero el hombre de Higo la visitó a la hora del ocaso.

513. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû,* N° 546: *Noche no hay que esté libre de anhelos / pero, en otoño, incluso, me semeja inexplicable.* La autora modificó el sentido original de la palabra *ayasi*, «inexplicable», que tenía el poema de *Kokinshû,* dándole el sentido de «inimaginable» o «extraordinario».

Ante el Dios Espejo de Matsura
me encomiendo,
si llegara a romperlo
que hiciere
lo que quiera de mí.

»Bastante bueno —él sonrió.

Poesía, quizá, no era aquello en lo que tuviera más experiencia.

La nodriza estaba para entonces demasiado nerviosa como para responder, y sus hijas manifestaron que se hallaban en una condición peor. El tiempo corría. Finalmente, ella envió de regreso los primeros versos que le vinieran a la mente.

A nosotras quedará
a la deidad Espejo reprochar
si nuestras añejas preces,
sin respuesta
restaran.

La voz de la anciana trepidaba.

—¿Qué es eso? ¿Cómo es eso?

Él parecía a punto de atacarlas frontalmente. La nodriza palideció.

No obstante su agitación, una de las hijas logró emitir una animosa risa.

—Nuestra sobrina no es normal. Eso, estoy segura, es lo que ha querido decir, y todas nos sentiríamos muy infelices si ella obtuviera desdicha en la cuestión de vuestra muy gentil propuesta. Nuestra pobre madre es muy anciana, y siempre repite infortunios relativos a sus deidades.

—Ya veo —él asintió—. Un muy buen poema. Podéis mirarnos por sobre el hombro, como rústicos que somos, pero ¿qué de grande hay en la gente de la urbe? Cualquiera puede improvisar un poema. No penséis que no puedo hacer también otro.

Él pareció listo a dar una demostración, pero la inspiración se rehusó visitarlo. Y partió.

Con su segundo hijo pasado al bando enemigo, la vieja mujer estaba aterrorizada y mucho lo deploraba. Ella urgió a su hijo mayor que pasara a la acción.

—Mas, ¿qué puedo hacer? No hay nadie a quien pueda acudir en pos de ayuda. No tengo de mi parte a mis pocos hermanos, ellos se han puesto en mi contra, y si intentara algo osado, sólo empeoraría las cosas.

Pero él acordó que a la muchacha le convenía más morir que casarse con un hombre así. Se llenó de coraje y dispuso la travesía en barco. Sus hermanas dejaron a sus maridos.[514] El que de niño fuera llamado Ateki, era ahora llamado Hyôbu. Ella se deslizó furtivamente por la noche, y abordó la nave junto con la damita.

El hombre aquel había retornado a casa, a Higo, para volver en el día fijado, hacia el vigésimo de la cuarta luna. La mayor de las hijas de la nodriza tenía una propia familia numerosa y se vio impedida de aunarse a ellas. Los adioses fueron plañideros, pues parecía improbable que volviesen a reunirse nunca más. Ellas no tenían un gran apego a Hizen, en donde por tanto tiempo vivieran, pero el grupo que partía contempló con desconsuelo el santuario de Matsura. Lo dejaban a cargo de seres queridos.

Apartada playa de Ukishima,
sombríos nos quedamos,
avante navegamos,
¿nuestra próxima morada
dó será?

La vasta mar surcamos
no sabiendo dónde ir,
sin rumbo,
fluctuando,
dejados al viento.

514. Aunque en realidad, Murasaki refiere luego que sólo Hyôbu retornó a la capital.

La niña, sentada, lloraba ante el cuadro de triste incertidumbre que el poema sugería.

Si la noticia de su partida llegaba al hombre de Higo, con toda certeza habría de zarpar en pos de ella. Ellas se habían procurado una barca veloz, y los vientos bien servían, aunque su celeridad era casi aterradora. Pasaron la Bahía del Eco, en Harima.[515]

—Mirad atrás, el batelito aquel viene casi volando hacia nosotros. ¿Quizás un pirata? —alguien comentó.

El hermano pensó que prefería al más cruel de los piratas que al hombre de Higo. Mas, evidentemente, la nave no podía permanecer inmóvil.

Las voces de la Bahía del Eco
insondables no son,
cotejadas con el retumbo
que dentro de mí
escucho.

Entonces les refirieron que la boca del río Yodo estaba ya justo al frente. Era como que hubiesen retornado del país de los muertos.

«Pasando Karadomari remamos, y pasamos Kawajiri».[516] Era un tosco cantar, mas penetró en su corazón. El vicegobernador canturreaba con particular sentimiento el pasaje sobre los amados seres, mujeres y niños, que atrás quedaran. Empero, había sido un paso, el dejar atras a todos. ¿Ahora, qué desastres podrían alcanzarlos? Él había llevado consigo a todo aquel de la comarca que considerara aliado. ¿Qué tipo de venganza tomaría el hombre de Higo? Había sido implacable todos estos años. En la calma que siguiera a la crisis, él empezó a pensar una vez más en sus propios asuntos, y todo empezó a parecerle atropellado e inopinado. Se inundó de deleznables lágrimas. «Hemos dejado a nuestras mujeres e hijos en ajena tierra»,[517] suavemente entonó.

---

515. En la antología *Tadamishû,* de Mibuno no Tadami, se lee: «Una mujer que ofreciera a los hombres folgar, inquirió: "¿Es cierto lo que dicen, que la Bahía del Harima es la del Eco?"» Se sabía que el golfo de Nada era uno de los sitios peligrosos para la navegación.

516. Probablemente otra tonada marinera. Ambos sitios mencionados están en la comarca de Harima.

517. De las Obras Compiladas de Po Chü-i, Vol. III: «El canto del prisionero».

Su hermana Hyôbu lo oyó. Ahora ella temía por haberse comportado tan extrañamente, volviéndose contra su marido de tantos años y zarpando presta en medio de la noche. ¿Qué estaría pensando?

No tenían casa ni amigos en la ciudad. Por causa de la niña, ellos habían dejado atrás una comarca que al paso de los años se había convertido en un hogar poniéndose a merced del viento y de las olas. Ellos no podían pensar en lo que habrían de hacer luego, ni tenían ninguna clara noción de lo que habría que hacer por la niña. Mas, carecía de sentido dudar. Se apresuraron en llegar a la capital.

El vicegobernador de Bungo buscó a un viejo conocido que vivía aún en la Kujô. Con certeza se hallaba dentro de los linderos de la urbe, pero no era un lugar en que vivieran caballeros; un sitio sombrío, más bien para comerciantes y buhoneros. El otoño llegó, entre cavilaciones sobre lo que fuera y lo que sería. El vicegobernador estaba como ave marina lanzada a tierra. No tenía ocupación en un extraño mundo nuevo y era incapaz de retornar al viejo. Todo el grupo sufría ahora remordimientos. Los unos partieron para asumir posiciones que buscaran a través de diversos conocidos, los otros, para retornar a Kyûshû.

La anciana nodriza sollozaba ante esta incompetencia para hallar un nuevo asidero.

Su hijo, el vicegobernador de Bungo, hacía lo que podía para confortarla.

—No estoy inquieto, en absoluto. Me había preparado para arriesgarlo todo por nuestra damita y, ¿qué importa que no me vaya tan bien por el momento? ¿Qué consuelo habría sido la riqueza y la seguridad si ello hubiera significado casarla con aquel hombre? Nuestras plegarias hallarán respuesta y ella será nuevamente ubicada en su sitial correcto, algún día, estad segura de ello. Hachiman, en este instante, justo por allá. Nuestra damita oró a Hachiman en Matsura y Hakozaki, justo en la misma ruta. Ahora que estáis a salvo, de regreso, mi señora, debéis ir a agradecérselo —y envió a la jovencita al santuario de Hachiman, en Iwashimizu.

Él se había enterado de que un eminente clérigo, de los cinco bonzos, designados *Goshi*, al que su padre conociera, se hallaba entre los monjes budistas en servicio en aquel santuario, por lo que decidió guiar a la mocita.

—Y entonces —dijo el vicegobernador de Bungo—, aquí está Hatsuse. Es conocido, incluso en la China, como el templo japonés, de todos los otros templos, donde se consigue que las peticiones se cumplan. No puedo evitar hacer algo por una pobre damita para que viva por muchos años, aun en esta comarca tan alejada de Kyûshû.

Y así él la guió hasta Hatsuse. El peregrinaje fue a pie. Aunque no habituada a caminatas, la mocita hizo lo que se le pidiera. ¿De qué tipo de crímenes sería culpable, se preguntaba, para tener que estar sujeta a semejantes pruebas? Ella rogó a los poderes de lo alto que se apiadaran de ella y la llevasen al mundo que fuere donde su madre pudiera hallarse. Y, si su madre aún vivía, por gracia, sólo pedía verla por una sola vez. La muchacha no podía recordar a su madre. Pensó cuán feliz sería si tuviera al menos a su madre. Volvía a pasar por aquel tormento, con gran agonía nuevamente. El problema, empero, era uno mucho más inmediato. Tarde, la mañana del cuarto día, a duras penas con vida, arribaron a Tsubaichi, justo bajo Hatsuse.

Aunque habían marchado muy lentamente, la mocita sufría tal dolor de pies cuando llegaron a Tsubaichi, que ellos temieron que no pudiera caminar. Conducida por el ex vicegobernador, la comitiva incluía dos arqueros, tres o cuatro criados y pajes, tres mujeres, cubiertas y una sirvienta para llevar el porta-retrete, y un par de viejas auxiliares de cocina. Se desplegó toda clase de esfuerzos para no despertar la atención. Llegó la oscuridad, mientras se hallaban ajustando su ofrenda de velas y similares.

El monje a cargo de la portería se mostró muy poco comedido, rezongando por los arreglos que hicieran sin consultarle.

—¿Quiénes son estas gentes? Tenemos previstos otros visitantes. Necias mujeres, nuevamente lo han estropeado todo.

Una segunda comitiva llegó justo en dicho instante, también a pie, incluía a dos mujeres, que parecían ser de alta clase, y numerosos servidores, hombres y mujeres. Cuatro o cinco de los hombres cabalgaban. Aunque obviamente se evitaba la ostentación, los corceles estaban bellamente enjaezados. El monje andaba de un lado a otro y se rascaba la cabeza y en general se hacía abominable. Lo compadecieron al verle perder la paciencia, pero se sintieron avergonzados y molestos por tener que alterar el previsto hospedaje. Mas, los ubicaron en el aposento; y al grupo restante lo situaron

en un rincón del mismo, mientras la dama se ocultaba en la parte trasera al dividirse el cuarto con un cortinaje.

Aunque respetable, la segunda comitiva no era del más elevado rango. Ambos séquitos eran comedidos y corteses, y prestando minuciosa atención entre sí, al bajar el tono de sus voces.

En efecto, la peregrina principal en el séquito segundo era aquella Ukon que no había dejado de llorar por la dama Yûgao. Durante todas las incertidumbres de su vida, había guardado la usanza de peregrinar hasta Hatsuse. Estaba habituada a viajar, pero la caminata era siempre fatigosa. Se hallaba reposando cuando el gobernador alterno de Bungo se aproximó al cortinaje, evidentemente con alimentos para su señora.

—Entregadle esto, por gracia. Ciertamente, sé que ella no está acostumbrada a tan burdo servicio sin bandeja.

Obviamente una dama de más alto rango que las otras, caviló Ukon, acercándose para atisbar sobre una abertura en el cortinaje. Ella había visto a aquel hombre antes, estaba segura, pero no podía atinar dónde. Alguien a quien había conocido de joven, y mucho menos grueso y bronceado, y mejor ataviado. ¿Quién podría ser?

—Sanjô, nuestra ama os requiere.

Ella conocía a la mujer que salió ante la llamada: una doncella menor de la dama Yûgao, que viera en los días del ocultamiento. Era como un sueño. Ukon ansió ver a la señora a quien aquellos servían, pero permaneció fuera de la vista. Luego, Ukon pensó que sí, también conocía al asistente. Sí, indudablemente, aquél a quien llamaban Hyôtôda. Quizá la niña estuviese con ellos. Incapaz de mantenerse sentada y quieta, se arrimó nuevamente al cortinaje y llamó a Sanjô, que se hallaba justo detrás. Sanjô no fue fácil de apartar de su merienda. Era quizás arbitrariedad de Ukon pensar que no era impertinente.

Al rato Sanjô se presentó.

—No puedo ser yo a quien vos requerís. Soy una pobre mujer que ha vivido alejada, en Tsukushi,[518] estos últimos veintitantos años, y dudo que hubiera aquí alguien que me conociese. Debe ser un error.

518. Antiguo nombre de Kyûshû, en particular el norte de aquella isla austral del archipiélago nipón.

Ella vestía una indumentaria un tanto rústica, de seda amasada para suavizarla, y una chaqueta delgada, y había subido de peso considerablemente.

—Miradme —le dijo Ukon, detestando pensar cuánto ella misma habría cambiado—. ¿No me reconocéis?

Sanjô palmoteó:

—¡Sois vos! ¡Sois vos! ¿De dónde venís? ¿Está vuestra señora con vosotros? —y empezó a gimotear con espasmos.

Ukon también estalló en llanto. Había conocido a esta mujer de niña. ¡Tantos años y meses habían transcurrido!

—¿Y está la nodriza de mi señora con vosotros? ¿Qué fue de la niñita? ¿Y de Ateki? —por su parte, nada dijo acerca de la dama Yûgao.

—Están aquí. La niñita de otrora es una fina dama ya, debo ir a decírselo a la nodriza —y ella se retiró a la parte trasera del aposento.

—Es como un sueño —exclamó la nodriza—. ¿Ukon, dices? Tenemos todo el derecho de estar furiosos con Ukon —se levantó y dirigió hacia el cortinaje.

Al comienzo estuvo demasiado conmovida como para hablar.

—¿Y qué fue de mi señora? —finalmente preguntó—. He orado e implorado por tantos años para que me llevaran al lugar en que ella estuviera. Quería ir donde ella, aun si fuese sólo en sueños. Y entonces tuve que padecer en un tan apartado sitio que ni siquiera los vientos portaban una palabra de ella. Lamento haber vivido demasiado. Pero pensar en la niñita me ha tenido atada al mundo y me hizo difícil irme al siguiente. Y, como veis, he sobrevivido hasta aquí.

Ukon casi deseó regresar a los días en que no se le había permitido comentar.

—Es en vano hablar de nuestra ama. Ella falleció mucho tiempo atrás.

Ya había oscurecido bastante. Listos para el ascenso hasta el templo del monte, los hombres las animaban a partir. Los adioses fueron confusos. Ukon sugirió que fueran juntas, pero una repentina amistad parecería extraña. No había sido factible introducir al ex vicegobernador en sus confidencias. Quedamente, ambos cortejos emprendieron la marcha. Ukon vio delante de ella una hermosa y muy velada figura. El cabello, bajo lo que semejaba un ceñidor de media estación, era tan abundoso que parecía fuera de lugar.

Una corriente de ternura y lástima sacudió a Ukon.

Habituada a caminar, fue la primera en llegar al templo. El cortejo de la nodriza, adulando y ayudando a la niña, arribó luego, a tiempo para los servicios vespertinos. El templo bullía de peregrinos. Se había acondicionado un sitio para Ukon, casi bajo la mano diestra de la estatua del Buda. Quizá porque el guía no era conocido en Hatsuse, al grupo de Tsukushi se le asignó un sitio en el oeste, detrás del Buda y algo apartado. Ukon mandó que fueran por ellas. No debían ser timoratas, les expresó. Dejando a sus servidores y comunicando al ex vicegobernador lo ocurrido, ellas aceptaron la invitación.

—No soy yo persona que importe —expresó Ukon—, pero trabajo en la mansión del canciller Genji. Incluso cuando vengo con escasa comitiva, como veis, estoy cierta de que nada me sucederá. Una no puede nunca estar segura de qué tipo de gente rústica estará, y detestaría que algo ingrato pudiera ocurrirle a la señora nuestra.

Habría querido proseguir, pero el ruido era abrumador. Retornó a sus plegarias. Aquello por lo que mucho había orado le había sido concedido. Había percibido que Genji seguía cavilando acerca de la niña, y sus ruegos ahora eran para que, conocido su paradero, él hiciera que la felicidad de ella fuese asunto propio.

Entre los peregrinos, de todas partes del país, se hallaba la esposa del gobernador de la comarca.

Sanjô estaba ofuscada y envidiosa. Ella llevó las manos a su frente.

—Oh, Señor de la Inmensa Piedad —exclamó—, no tengo otra petición que ésta, que si mi señora no puede ser la esposa del vicegobernador general hagáis que se case con el más grande personaje de esta comarca. Mi nombre es Sanjô. Si encontraseis un lugar decente para nosotras, entonces volveré a rendiros las gracias. Os lo prometo.

Ukon detestó que Sanjô hubiese dicho tal barbaridad y le espetó:

—Tienes mucho que aprender. Mas debes saber, y debías saberlo ya anteriormente, que Su Señoría Tô no Chûjô estaba destinado para grandes cosas. Él es un gran ministro ahora y dispone de todo a discreción. Nuestra ama proviene de la más elevada familia, y aquí pides que sea casada con un gobernador.

—Oh, mutis. Esperad vos y vuestros ministros y señorías.[519] Deberíais ver a la dama de la casa del vicegobernador general cuando va al templo de Kiyomizu. ¡Bah!, ni el propio emperador podría montar un mejor espectáculo. Así que guardad silencio, por gracia —y prosiguió su perorata, con las manos puestas siempre sobre su frente.

El grupo de Tsukushi había planeado permanecer tres días. Ukon no había considerado estar tanto tiempo, mas ésta parecía ser la ocasión para un largo diálogo con la joven dama. Ella informó a uno de los altos sacerdotes de su repentino deseo de hacer un retiro. Él le recordó que requeriría de candiles votivos y peticiones caligrafiadas y todo lo demás. Ella le expuso sus razones.

—Yo he venido como habitualmente para implorar por la dama Rurigimi, o sea Tamakazura.[520] Rogad por ella, si queréis. Pero acabo de ser informada de su paradero, y deseo efectuar una acción de gracias.

—Excelente. Nuestras plegarias de tantos años han sido escuchadas.

Los servicios continuaron a lo largo de la noche, de veras muy estridentes.

Por la mañana, todos acudieron a la celda de la eminente conocida de Ukon. Intentaron que la conversación fluyera muy sueltamente. La joven dama era muy hermosa, y algo tímida en su sencilla indumentaria de viaje.

—He sido privilegiada al conocer damas tan elevadas que sólo muy poca gente ha contemplado. En el corriente curso de los acontecimientos ellas habrían permanecido fuera de mi vista. Había pensado, por largo tiempo, que la dama Murasaki, esposa del canciller, no podría posiblemente tener rival alguna. Pero he aquí que alguien ha llegado que casi podría competir con ella. No tenía por qué haber asombrado a nadie, por cierto. La hija del canciller madura hasta que se convierta en una muy bella dama, en verdad. Él ha hecho todo por ella. Mas, mirad qué tenemos aquí, tan serena y sosegada. Ella es en todo aspecto igualmente bella.

---

519. Aunque Ukon indica el cargo actual de Tô no Chûjô, para Sanjô, que permaneciera en el campo por muchos años, le era difícil comprender al instante el significado de la dignidad de «ministro».
520. Ukon en realidad llama a la joven «dama Ruri», un apelativo infantil, aparentemente no usado en ningún otro momento de la obra, por lo que es mejor mencionarla con el nombre más comúnmente conocido.

—El canciller las ha visto todas, desde el tiempo del reinado de su finado padre, todas las consortes y otras damas del linaje. Una vez oí decir a la dama Murasaki que la palabra «hermosa» debía haber sido inventada para la difunta emperatriz del Fujitsubo y para su propia hija la joven dama de Akashi. Nunca vi a la finada emperatriz de modo que no puedo afirmarlo, y la otra es aún una niña, y sólo es posible imaginar cuán hermosa será algún día. Mas, la propia dama Murasaki en verdad no tiene rival aún hoy. Estoy segura de que él no quería hablar ante su consorte de la propia hermosura de ella. Con toda certidumbre, él está consciente de ello. Una vez le oí decir —desde luego, bromeaba— que ella debería saber bien su lugar junto a un hombre tan garboso como él. ¡Deberíais verlos juntos! El mirarlos hace que uno piense que se le han añadido hados a su vida. Pero sólo percataos de lo que aquí tenemos, solamente mirad a esta dama. Ella podría sostener su propia belleza sin aprietos. No vais por ahí en busca de un halo sobre incluso la más cautivante beldad. Mas si queréis la mejor cosa…

Ella sonrió a Tamakazura, y la vieja nodriza sonrió en respuesta.

—Bastaba un tiempo más, y ella casi se habría echado a perder en Tsukushi. No podía soportar la idea, y por ello dejé todos los trastos y aun mis hijos en que podía confiar, y me dirigí cuan presto pude a la ciudad. Podría haber sido también la capital de un país extranjero. Sinceramente, llevadla hacia algo mejor, por gracia, tan pronto como podáis. Estáis en una de las grandes mansiones y conocéis a todo el mundo. Pensad, os lo ruego, en algún modo de comunicárselo a su padre. Haced que la cuente entre sus hijos.

La mocita pareció avergonzada.

—No soy quien se cuente entre los grandes personajes, pero Su Señoría ha encontrado apropiado convocarme de tiempo en tiempo a su presencia, y una vez en que me pregunté qué sería de la niña, él mismo reveló que intentaba buscarla pero acotó que si el caso fuere, yo debía informarle si escuchase algo.

—Sí, ciertamente, él es un muy fino caballero. Pero ya tiene todas esas otras afables damas. Me sentiría más aliviada, pienso, si vos fueseis a informar a su padre.

Ukon contó acerca de su ama la dama Yûgao.

—Su Señoría lo tomó muy a pecho. Dijo que quería tener a la niña en lugar de aquélla. Añadió luego que continuaba afirmando que él había tenido tan pocos hijos propios, que aún podría decir a la gente que había hallado una hija perdida. Yo era joven e inexperta e insegura de mí misma, que tuve miedo de buscarla. Reconocí el nombre de vuestro buen esposo cuando vino a despedirse de Su Señoría. Pensé que habríais dejado a la niña en la casa donde os viera la última vez. Suponed si ella hubiese pasado el resto de su vida en Tsukushi, el solo pensarlo me hace estremecer.

Ambas contemplaron ladera abajo las riadas de peregrinos. El río frente a ellas era el Hatsuse.

Si no hubiera venido
al lugar de los dos cedros,
¿cómo os habría hallado
aquí, cabe el viejo río?,

dijo Ukon—. Me siento tan feliz.

Tamakazura respondió:

Sé muy poco
acerca del viejo río,
pero sí del fluir
de lágrimas de alegría
llevadas por la riada.

En verdad lloraba, y muy hermosamente.

Asombrosamente, de veras, una joya nada mellada por la ruda vida provinciana. La vieja nodriza había obrado maravillas y Ukon estaba hondamente agradecida. La madre de la niña había sido tan taciturna, completamente gentil y sumisa. La niña, en cambio, parecía orgullosa y reservada en comparación; y había algo más, algo calladamente misterioso en ella, que sugería mucha hondura. Tsukushi debía ser un notable lugar, sin embargo, mirad a estos otros, muy rústicos en verdad.

Al atardecer todos ascendieron al aula mayor, y el día siguiente fue calmo, de plegarias y ritos.

Era frío el viento otoñal que soplaba, ascendiendo desde el valle, mas no dejaron que ello las turbase. Tenían otras cuitas. Para la gente de Tsukushi, repentinamente, la desesperanza había dado paso a la conversación sobre Tô no Chûjô escuchando de la carrera que habían recorrido, por propio esfuerzo, aún los menos plausibles de sus vástagos habidos en diferentes damas; parecía dable que un rayo de sol alcanzase incluso el follaje más recóndito. Temerosas de que una vez más pudieran perderse mutuamente el rastro, Ukon y la nodriza intercambiaron detalles de sus paraderos, antes de abandonar el templo. La familia de Ukon vivía no muy lejos de la mansión de la Rokujô, hecho que brindaba una confortante sensación de cercanía y accesibilidad.

Cuando le tocó seguidamente hallarse de servicio en la Rokujô, Ukon buscó la ocasión de relatar a Genji lo acontecido. Mientras su carruaje era halado a través del portal, ella tuvo la repentina percepción de la vastedad, todos los grandes carruajes que iban y venían la hicieron maravillarse de que ella se hallase también prestando asistencia en el pabellón admirable. No surgió la circunstancia aquella noche. Ella se retiró a su lecho inquieta con su incertidumbre. Al día siguiente, él la convocó por su nombre. Era un gran honor, entre tal número de mujeres, viejas e importantes, así como jóvenes y oscuras, cuando recién la noche previa había retornado de su vacación.

—Y, ¿por qué os quedasteis por tanto tiempo? Mas, habéis cambiado. ¿La rectitud extrema se ha mutado en una más flexible cualidad, podríamos decir? Ciertamente, algo interesante ha sucedido.

—Estuve fuera cerca de una semana, sólo perdiendo mi tiempo. Empero, sí que me topé con alguien bastante sugestiva allá en los montes.

—¿Sí? ¿Quién era aquella persona?

Ella prefirió que Murasaki oyese igualmente, para que luego no se le imputase impertinente sigilo.

Otras mujeres asomaron por allí. Se encendieron las lámparas, y Genji y Murasaki se mostraron de veras gustosos, dispuestos a pasar una tranquila velada. Murasaki contaba ahora veintisiete o veintiocho años, y estaba en su mejor momento. Parecía a Ukon que incluso en el breve tiempo que pasara fuera, su ama había mejorado aún

más. Y Tamakazura era casi tan bella, y quizá fue la imaginación de Ukon, había sólo una pequeña diferencia observable entre la más y la menos afortunada.

Convocaron a Ukon para que diera masaje a las piernas de Genji.

—Las jóvenes detestan hacerlo —rió él—. Nosotros los añejos nos llevamos mejor.

—De veras, señor, ¿quién podría detestar hacer algo para vos? —dijo una de las más jóvenes—. Vos contáis las peores chanzas.

—Incluso nosotros los viejos debemos ser cuidadosos. Hay muchos celos fuera. Estamos en riesgo —él podía tornarse muy entretenido.

Habiéndose librado de los más onerosos cargos del gobierno, él era capaz ahora de divertirse con las servidoras. Incluso una mujer como Ukon, entrada en años, no era ignorada.

—Ahora bien, ¿quién era aquella sugestiva persona allá en los montes? ¿Algún bien dotado eremita con el que habéis llegado a un entendimiento?

—Por gracia, mi señor, alguien podría escucharos. He encontrado a una dama que no carece de vínculos con la dama Yûgao.

—¿Es cierto? Ello me conmueve. ¿Dónde ha vivido ella? —inquirió Genji.

A Ukon le fue difícil revelar la exacta realidad. Y dijo:

—Ha vivido en un remoto pueblo entre montañas. La acompañaban unas de las antiguas doncellas. Les pregunté sobre aquellos años. Sentí un enorme dolor en el pecho al escucharlas.

Entonces Genji, no intentando disimular los detalles, indicó:

—Recordáis, por gracia, que tenemos una audiencia desinformada.

—No debéis inquietaros —expresó Murasaki, cubriéndose los oídos con sus mangas—. Vuestra audiencia está demasiado adormecida como para preocuparse en lo más mínimo.

—¿Es tan bonita como su madre?

—No habría pensado que ella lo pudiera ser, pero ha crecido para convertirse en una muy hermosa joven dama, en verdad.

—¡Cuán fascinante! ¿La compararíais con nuestra dama, aquí?

—¡Oh, Señor, a duras penas!

—Mas parecéis lo suficientemente gozosa por haber dado con ella. ¿Se asemeja acaso a mí? Si así fuere, entonces simulad confiármelo también.

Él hablaba ya como que él fuese el padre.

Luego de conocida la existencia de la dama Tamakazura, él animó a Ukon personalmente:

—Debéis traérmela aquí. He pensado en ella con tanta frecuencia. Me siento complacido con estas noticias y lamento que la hayamos perdido por tanto tiempo. Ella no debe ser mantenida lejos de aquí por más tiempo. ¿Por qué deberíamos contárselo a su padre? Su casa está repleta de hijos. Me temo que la pobrecilla allí se sentiría abrumada. Y yo, personalmente, tengo tan poca descendencia, podríamos decir que me he reencontrado con una hija en el lugar más inesperado. Ella será nuestro tesoro. Tendremos a todos los jóvenes galantes ansiosos de conocerla.

—Dejo todo a vuestro juicio, señor. Si su padre lo llegase a saber por otra persona, entonces, seréis vos el que se lo dirá. Segura estoy de que cualquier pequeño gesto en memoria de la dama que perdimos aligerará lo oneroso de su carga de pecados.

—¿La carga es mía, sugerís? Me tenéis por un malvado ¿verdad? —él sonrió, pero se hallaba al borde de las lágrimas—. He pensado tan a menudo cuán triste y breve fue aquel lance. Tengo todas las damas que vos aquí veis, y dudo haber sentido jamás hacia ninguna de ellas tan intenso afecto. La mayoría de ellas ha vivido el tiempo suficiente como para percatarse de que, después de todo, yo soy de los constantes, y ella se desvaneció tan prestamente, que sólo me quedó recordarla merced a vos. No la he olvidado. Sería como que todas mis plegarias hubiesen sido respondidas si vos trajerais aquí a la niña.

Su carta fue más recatada. Al final decía: «En cuanto a mis razones para escribiros,

Quizá no lo sepáis,
mas saber lo querréis,
hasta dónde conduce
el linaje de juncos
en Mishimae.[521]

521. Vecina a la actual Ôsaka. La palabra *mikuri* sugiere continuidad y linaje, asociándose a cañas y juncos a la vera del agua.

Ukon la entregó y dio cuenta de su conversación. Ella llevó todo tipo de indumentaria, para la propia dama y para las otras. Genji había confiado a Murasaki toda la historia y luego revisado sus almacenes en busca de lo mejor de todo, vestiduras muy diversas de las que se usaran en Tsukushi.

Tamakazura sugirió que el deleite sería mucho mayor si hubiese llegado algún recado de su padre. No vio razón alguna para irse a vivir con un extraño.

Ukon se propuso hacerla pensar de otro modo.

—Vuestro padre ciertamente que oirá de vos cuando deis comienzo a un tipo de vida decente. El lazo entre padres e hijos no se rompe con facilidad. Nadie soy, y os encontré merced a mis plegarias. No puede haber ninguna otra explicación. Cosas así ocurren si vivimos lo suficiente. Debéis mandarle una respuesta.

La moza era tímida, era seguro que una respuesta suya parecería irremediablemente rústica. Ella eligió un papel chino ricamente perfumado y en él escribió solamente esto, con delicado trazo:

De linajes y cañas habláis
y, ¿con qué linaje
menguada caña
raíces habrá echado
en este triste mundo?

El trazo era inmaduro, mas mostraba ya crianza y carácter. Genji se sintió más confiado. La cuestión era dónde ubicarla. No había espacio ya en las varias alas de la sección sureste, asignada a Murasaki. Era la parte más impresionante de la mansión. Todos sus aposentos se hallaban ocupados y era tan frecuentada que la presencia de alguien más sería ciertamente notada. La sección suroeste, de Akikonomu, era apacible y, en muchos sentidos, adecuada, pero Genji no habría deseado que Tamakazura fuese tomada por una de las doncellas de la emperatriz. Si bien algo sombría y remota, había el ala oeste de la sección noreste, ahora usada como biblioteca. Genji ordenó el traslado de libros y documentos. A la dama de los azahares se le había asignado ya la sección noreste, sin embargo, ella era persona gentil, amable, que buena compañía sería para la nueva dama.

Él había referido a Murasaki toda la vieja historia. Ella lo reprendió por haber guardado por tanto tiempo secreto así.

—Por gracia, amada mía, ¿por qué habría de ofreceros todo puerilmente? Me habría mostrado reticente de contárosla incluso si se hubiese tratado de alguien que conocierais. Os la confío ahora porque significáis tanto para mí —él se mostraba de un memorioso talante—. He visto y oído de tantos casos en los que no he estado personalmente involucrado. He oído y visto cuán fuertes pueden ser los sentimientos femeninos en los asuntos más insignificantes, y no he querido tal cosa en mi propia vida. Pero los deseos de uno no son siempre consultados en cuestiones así. He tenido un sinnúmero de aventuras que podrían llamarse ilícitas, pero dudo que ninguna de ellas haya repercutido en mí de tan grata manera. Considero que si aún viviera yo haría actualmente tanto por ella como por la dama de la sección noroeste. Nadie en este mundo es exactamente igual a cualquiera otro. Puede que ella no fuese la persona más brillante y consumada, pero tenía un propio modo de ser, y era hermosa, además.

—En verdad, dudo mucho que ella pudiese ser rival de la dama de la sección noroeste —evidentemente, aún afloraba resentimiento en esto.

Mas, allí estaba la pequeña niña de Akashi, escuchando la conversación con encantadora despreocupación. Murasaki pensó que ella podría constatar en qué alto concepto tenía él a su madre.

Era la novena luna. El traslado de Tamakazura no fue cuestión de rutina. Era indispensable hallar doncellas de superior nivel para servirla. A través de varios despachos oficiales, un séquito de mujeres que habían derivado al sur desde la capital había sido reunido en Tsukushi, pero lo repentino de la partida tornó imposible traerlas de regreso juntamente. La ciudad era un vasto lugar. Intermediarias habrían de ser útiles en este predicamento. Silenciosamente, sin permitir que la identidad de la mocita se revelase, la gente de Tsukushi se mudó a vivir con la familia de Ukon. Finalmente, todo estuvo dispuesto. En la décima luna se mudaron todas a la Rokujô.

Genji había tomado a la dama de los azahares como confidente.

—Alguien a quien antaño fuera muy afecto afrontó un período difícil y partió a las montañas. Fui en su búsqueda, pero no hallé a su hija sino hasta que se hallase

ya bastante crecida. E incluso entonces fue mera casualidad que me enterase al respecto. No pienso que sea demasiado tarde. ¿Podría traerla aquí? Su madre no vive ya. Juzgo que sin imponéroslo demasiado brutalmente, podría pediros que hicierais por ella lo mismo que habéis hecho por Yûgiri. Ella ha crecido en el campo, y sin duda hallaréis que mucho de lo que haga no será de vuestra entera complacencia. Dadle, por gracia, el beneficio de vuestro consejo —él fue extremadamente cortés y atento en los detalles.

Ella aceptó con la mayor generosidad.

—No había soñado en cosa así. ¡Cuán gentil de vuestra parte! Habéis estado solitario con sólo la niña pequeña.

—Su madre era una joven dama, lozana, amable. Todo había discurrido tan risueñamente. Mas, vos misma sois también una muy amable dama.

—Estará muy complacida. Tengo tan poco que hacer.

Él tuvo solamente una pocas palabras para las otras mujeres.

—¿Y, qué habrá pergeñado esta vez? ¡Es todo un coleccionista de enojosos hechos!

Hubo tres carruajes dispuestos para el traslado. Ukon se las arregló para recubrir los más obvios atisbos de tosquedad. Genji envió una amplia provisión de sedas y brocados. Prestamente, aquella noche él rindió visita. Las doncellas de Tsukushi conocían de largo tiempo la fama de «Genji el esplendente», pero su brillantez parecía muy lejana. Y aquí estaba, atenuando la luz de las lámparas a través de aberturas en los cortinajes, casi de modo aterrador.

Ukon salió a recibirlo.

—Uno pasa por esta puerta —exclamó él riendo—, con el corazón palpitando ferozmente —tomó asiento en una antesala—. Un muy suave y sugestivo tipo de luz. Me han dicho que queríais ver la faz de vuestro padre. ¿No es quizás el caso? —descorrió el cortinaje.

Ella apartó la mirada, pero había visto lo suficiente como para sentirse muy gozosa.

—¿No podríamos tener algo más de luz? Ésta es de veras demasiado seductora.

Ukon aderezó otra lámpara y la colocó cerca.

—Ahora nos tornamos osados.

Sí, ella era muy hermosa, y le recordaba a su madre.

—No hubo tiempo durante todos estos años que no estuvieseis en mis pensamientos, y ahora estamos juntos, es todo como un sueño —su modo era íntimo, como que él fuera su padre—. Estoy sobrecogido y reducido al silencio —en efecto, él se hallaba profundamente conmovido, y enjugó una lágrima mientras contaba los años—. Cuán triste ha sido. Dudo que muchos padres e hijas sean apartados por tanto tiempo. Pero vamos, sois ya mayor para tal timidez, y hay tantas cosas de las que debemos hablar. No debéis tratarme como extraño.

Ella no podía mirarlo directamente. Finalmente respondió en un tono de voz apenas audible, pero que como era seguido de silencios, le recordaba mucho al de su madre.

—Yo fui como la niña sanguijuela[522] cuando me apartaron. No lo podía soportar. Pero luego no supe distinguir si ello me ocurría realmente o no.

Él sonrió. Era una respuesta de lo más admisible.

—Y ahora, ¿quién además de mí habrá de compadecerse de vos por todos estos años malgastados?

Él impartió a Ukon varias instrucciones y se retiró.

Contenta de que ella hubiera pasado la prueba tan amenamente, él fue a contárselo a Murasaki.

—La había presentido, en un elevado, abstracto modo de decir; y ahora la encuentro tan dueña de sí misma que casi resulta perturbador. Debo hacer conocer a todos que la he acogido, y veremos cómo se elevarán los pulsos cuando el príncipe Hotaru y el resto vengan a picar a través de mi cerca. Hemos vistos rostros muy compuestos y calmos en torno a nosotros y eso se debía a que no teníamos los medios para fomentar turbaciones. Ahora mejoraremos nuestro servicio y veremos quién de entre ellos será el más azorado.

—¡Qué extraño tipo de padre, que piensa primero en cómo conducirlos a la tentación!

—Si hubiese sido suficientemente diligente para estas cosas —él comentó—, habría podido ser igualmente inflexible en mi manejo de vuestros asuntos. No ponderé todas las posibilidades.

---

522. Alusión a un pasaje del *Nihongi*, ya mencionado al final del capítulo XIII, *Akashi*.

Ella se sonrojó, mostrándose tan tierna y hermosa como siempre.

Él buscó un frotatintas y anotó estos versos:

Con incesante anhelo
a la otra he buscado.
¿Qué renglones
me llevaron hasta
tan enjoyada diadema?[523]

»¡Es todo tan conmovedor! —adicionó él, como para sí.

Sí, caviló Murasaki, parecería que hubiese hallado un recuerdo de alguien muy importante para él.

Él indicó a Yûgiri que debía ser bueno con la muchacha.

—No que yo hubiera hecho mucho —le respondió Yûgiri solemnemente—, pero soy aquel a quien deberíais haber venido. Me disculpo por no haber estado presente para recibiros.

La situación era algo embarazosa para aquellos que compartían el secreto.

La casa en Tsukushi le había semejado ser lo último en lujo y elegancia, pero ahora ella podía percatarse de que había sido desalentadoramente provinciana. Acá cada pormenor era según la más reciente boga, cada miembro de la familia (ella fue recibida como que lo fuera) era de veras sumamente exigente. La doncella Sanjô ahora era capaz de poner al vicegobernador en su lugar, y en cuanto al colérico hombre de Higo, sólo pensar en él le repelía. Tamakazura y Ukon conocían cuánto debían al hijo de la nodriza, el previo vicegobernador de Bungo. Genji escogió a los asistentes de Tamakazura con el máximo cuidado, pues no deseaba lasitud en el manejo doméstico.

El hijo de la nodriza estaba entre ellos. En circunstancias ordinarias, él no habría tenido entrada a tan gran mansión, y el cambio luego de aquellos años en las provincias era casi demasiado repentino. Aquí él se encontraba entre los más distinguidos, que iban y venían, noche y día. Era un honor singular. Genji era caso atento en demasía a todos los detalles de la administración doméstica.

---

523. Tamakazura («enjoyada diadema»), de este verso proviene el título del capítulo.

Con la cercanía del Año Nuevo, él volcó su atención a la indumentaria festiva y demás accesorios, decidido a que nada sugiriese menos que la más alta jerarquía. Aunque la moza había sido una grata sorpresa hasta entonces, él dio permiso para ciertos gustos rústicos. Él personalmente revisó todos los colores y cortes sobre los que los más refinados artesanos habrían de concentrar sus habilidades.

—Vasto número de cosas —comentó a Murasaki—. Debemos cerciorarnos de que sean repartidas de modo que ninguna se sienta segregada en lo más mínimo.

Hizo que desplegaran ante sus ojos todos los productos de los oficios así como también los logros de Murasaki. ¡Tales tonos y fulgores como los que ella forjara, desplegando aún otro de sus talentos! Él compararía lo que los estofadores hicieran con este paño púrpura y aquel rojo, para distribuirlos luego entre los baúles y guardarropas, con mujeres de experiencia que lo ayudasen a tomar sus decisiones.

Murasaki también estaba con él.

—Una elección muy ardua, de veras. Siempre debéis tener en mente a la usuaria. Lo peor es cuando la indumentaria no asienta a la dama.

Genji sonrió.

—¿Así que es una cuestión de cálculo? ¿Y cuáles serían los elegidos de mi dama para sí misma?

—Vuestra dama no está segura —respondió ella, modestamente después de todo—, de que el espejo pueda darle una respuesta.

Para Murasaki él escogió una túnica lavanda, con un claro y límpido patrón de pimpollos de ciruelo rosa así como un ceñidor lavanda, a la moda. Para su pequeña hija hubo una túnica blanca forrada en rojo con un ceñidor de seda batida de fino destello. Para la dama de los azahares, una túnica azul con un patrón de conchas marinas, hermosamente tejido en colores pastel, y un ceñidor bermejo, también acolchado y de mucho brillo. Para la nueva dama, una capa de un rojo luminoso y una túnica de tono castaño, forrada de amarillo. Aunque pretendiendo no interesarse mucho, Murasaki se preguntaba qué tipo de dama casaba con esta última indumentaria. Debía parecerse a su padre, hombre de fina y notoria apostura aunque algo falto de benignas cualidades. Era claro a Genji que no obstante su compostura ella se mostraba intranquila.

—Mas, no es justo compararlas por su indumentaria —él comentó—. Hay un límite a lo que el ropaje pueda obrar, y la más simple de las damas posee algo muy suyo.

Él eligió para la princesa del azafrán una túnica blanca forrada en verde y ornada profusamente con viñetas chinas. Él no pudo evitar sonreír ante su vivacidad. Había también vestiduras para la dama de Akashi: una capa en tono blanco de la China con aves y mariposas revoloteando entre ramas de ciruelo y una túnica de un rico, luciente y profundo tono púrpura. Su soberbia elegancia inmediatamente capturó su atención, y a Murasaki le pareció algo exagerada. Para la dama del caparazón de cigarra, ahora monja, él escogió un muy digno hábito de un intenso tono azul grisáceo, así como un ceñidor amarillo y una chaqueta lavanda. Él envió mensajes a todas ellas pidiéndoles se engalanaran formalmente. Quería ver cuán bien, siguiendo el principio de Murasaki, él había logrado empatar arreos y usuaria.

Todas las damas tuvieron grandes apuros para dar sus respuestas y obsequios para los recaderos. La dama de la flor de azafrán, que fuera dejada aún en el pabellón oriental de la Nijô, pudiera haber experimentado cierta sensación de penuria, pero no era de aquellas que se ausentase de una ceremonia. Ella entregó al recadero una túnica femenina, algo descolorida en las mangas; un caparazón de cigarra vacío, por así decir. Su nota, escrita en papel oficial, fuertemente perfumado, y amarillento por el tiempo:

«Vuestros obsequios portan un inmenso dolor».

Me atavío, llorosa,
con esta túnica china,
y tras mojar sus mangas
la retorno ahora.

La letra era muy anticuada. Sonriendo, él leyó y releyó el poema. Murasaki se preguntaba qué habría cautivado su fantasía.

El recadero desapareció, temeroso de que Genji se burlase también del botín que él recibiera. Las mujeres todas murmuraban y reían. La princesa de la flor de azafrán, de talante inflexiblemente conservador, podía ser abrumadoramente amable.

—Una dama sumamente comedida y elegante —exclamó Genji—. Su conservador estilo es incapaz de deshacerse de túnicas chinas sin humedecer las mangas. Yo mismo soy alguien bastante conservador, y debo a disgusto admirar esta fidelidad tenaz. El de ella es un estilo que juzga mandatorio mencionar la augusta compañía cada vez que un miembro de la estirpe imperial se halla en la vecindad, y cuando el intercambio es de naturaleza romántica, una alusión a la veleidad debe ser tenida como segura para superar toda interrupción —él sonreía aún—. Uno lee todos los manuales y memoriza todas las crónicas, y escoge un tema de aquí y otro de allá, pues lo que quiere es originalidad. Una vez ella me mostró los manuales de su padre. No podríais imaginaros toda la médula y los males poéticos que allí hallara. En algo intimidado por tan rigurosos patrones, los devolví. Pero, éste parece ser el bastante sutil producto de tanto estudio y erudición.

Él se mostraba un tanto divertido, pensó Murasaki, que respondió de la más solemne guisa:

—Y ¿por qué los devolvisteis? Podríamos haber hecho copia de ellos y dárselos a la pequeña. Yo también tuve algunos manuales, pero me temo que fueron pasto de los gusanos. No soy tan estudiosa de la poesía, como otras lo son.

—Dudo que ellos pudieran haber contribuido a la educación de la niña. Las niñas no deberían ser demasiado intensas. Ciertamente, la ignorancia no es recomendable, pero un cierto tino en la administración de la enseñanza sí lo es.

Él no pareció dispuesto a contestar la nota de la princesa de la flor de azafrán.

—Ella habla de retornaros vuestros obsequios. Debéis permitirle que tenga algo a cambio de su poema.

Esencialmente un hombre bondadoso, Genji le dio la razón. Y se apresuró a dar una respuesta. Esto parece ser lo que él envió:

Retorno, decís.
Ah, turno es
lo que queréis decir,
vuestra túnica china,
presta para un soledoso sueño.[524]

»Lo comprendo enteramente.

524. Una creencia popular decía que una túnica vuelta del revés aportaba sueños con el amado.

CAPÍTULO XXIII

初音

Hatsune

El primer gorjeo

El día de Año Nuevo fue sin nubes.[525] Había gozo hasta en el más humilde de los setos pues la hierba empezaba a tornarse verde entre los retazos de nieve, una verdosa bruma se extendía en la arboleda y una cortina de niebla en el aire anunciaba la llegada de la primavera. Hubo gran alegría en los enjoyados recintos de la mansión de Genji en la Rokujô, donde cada pormenor de los jardines era un deleite y los aposentos de las damas, la perfección más allá de lo descriptible.

Especialmente el huerto de Murasaki, en la sección sureste, era ahora el más bello. El aroma de los capullos de ciruelo, portado por la brisa, se mezclaba con los perfumes del interior y hacía que se pensase que el paraíso había descendido a la tierra. Sin embargo, Murasaki no vivía con ostentoso aire sino armonioso y tranquilo. Ella había asignado las más bonitas de sus jóvenes doncellas al servicio de la menor hija de Genji, conservando a su servicio las mayores, cuya hermosura en efecto era de un tipo más formal, y se mostraban extremadamente modestas y refinadas. Eran muy compuestas en su indumentaria y peinado. Se hallaban reunidas en pequeños grupos, colaborando en afirmar los dientes[526] del Año Nuevo, y para ello hicieron un pedido de tortas de arroz como adorno para la celebración, y entonaron la «Sombra de las miles» de la que jocosamente se apropiaran.[527] Genji se presentó. Las sorprendió con sus lazos sin hacer, por así decirlo, y ellas prestamente los pusieron en orden.

---

525. Año Nuevo de los 36 años de Genji.

526. Yowai significa tanto «diente» como «año». Gustar de ciertos confites de Año Nuevo era llamado «afirmar los dientes».

527. Tanka de Sosei, N° 356 del Vol. 7 del *Kokinwakashû: Os auguro larga vida como una miríada, que a la del pino se enfrente, y pasaré la mía cual sombra de las miles vuestras.*

—Y, ¿todas estas gratulaciones para mí son? —él sonrió—. Pero, debéis tener pequeños, propios antojos. Decidme cuáles son, pues ahora he de congratularos —al contemplar la donosura de Genji, ellas pensaron que semejaba la encarnación del alborozo del Año Nuevo.

Chûjô, para sus adentros, se sintió privilegiada de gozar del amor de Genji y dijo:

—Hablo al pastelillo espejo diciendo «Contemplando previamente».[528] Jamás rezo por un acopio de diez siglos para mí misma sino para vuestra augusta señoría.

Toda la mañana, visitantes fluían a la entrada y la salida de la mansión de la Rokujô. Genji se atavió con gran esmero para una ronda de visitas a sus damas. El aspecto de su afeite era tan esplendoroso que nadie podría haberse cansado de mirarlo.

—Vuestras mujeres se divertían tanto que me tornaron envidioso —le dijo a Murasaki—. Ahora os mostraré el pastelillo espejo con una nota gratulatoria para vos —saludó entremezclando bromas.

El espejo de este lago,
libre ya de hielo,
una imagen ofrece
de infinita paz
e ilimitada calma.

Y, en verdad, reflejaba una imagen de mucha hermosura y felicidad.

Sobre el espejo sin nubes
de este lago
diáfana es la imagen
de una pareja longeva
por una miríada de años.

528. Los pastelillos decorativos de arroz, preparados por el Año Nuevo, son aún hoy llamados «pastelillos espejo», pues el espejo es un símbolo feliz del nuevo año. Alude a una *tanka* de Ôtomo Kuronushi, en el *Kokinshû*, N° 1086: *Contemplando previamente los Montes Espejo en Omi, diez centurias avisté de este augusto reinado.*

Todo acerca de la escena parecía poner de manifiesto un lazo que había de durar un milenio, y el día de Año Nuevo presente caía en un día de la Rata.[529]

Él se dirigió a los aposentos de su hija. Las sirvientas niñas y las jóvenes criadas se hallaban fuera, en la colina, ocupadas en recoger brotes de pino, demasiado arrebatadas por la ocasión, al parecer, como para permanecer adentro. La dama de Akashi —claro está que había enfrentado enorme aprieto— había hecho llegar golosinas de Año Nuevo en «cestos barbados»[530] y con ellas, un ruiseñor sobre una muy bien imitada rama de pino:

De la anciana la mirada
largamente descansa
sobre el brote de pino,
y escuchar aguarda
del primer ruiseñor el gorjeo.

»en una aldea en la que no trina.[531]

Sí, pensó Genji, era un solitario tiempo para ella. No debería llorarse en Año Nuevo, mas él se hallaba muy próximo a las lágrimas.

—Debéis responderle vos misma —dijo él a su hija—. No sois ciertamente del tipo que le envidie esa primera canción —él le trajo tinta y pincel.

Ella estaban tan bonita que incluso aquellos que día y noche la pasaban con ella tuvieron que sonreír. Genji se sentía culpable por los años en que mantuviera a hija y madre separadas.

Jubilosamente, ella anotó los primeros versos que le vinieran a la mente:

529. Debido a la homofonía de la sílaba inicial de *nezumi* («rata») y *ne* («raíz»), se disponían brotes de pino en el Día de la Rata, según el calendario chino, como signos de longevidad.

530. Cestos cuyos bordes de mimbre tejido habían sido dejados sin recortar.

531. El *ugüisu*, ruiseñor nipón, es asociado usualmente con el ciruelo. Al añadir un hechizo ruiseñor a una artificial rama de pino, la dama acentúa con el retruécano el término *matsu* (pino / esperar), para transmitir la añoranza de su hija.

Dejó el ruiseñor el nido
ya largos años ha,
mas olvidar no puede
las raíces de aquel
pino que aguarda.

Se dirigió él, luego, a la sección estival de la dama de los azahares. Nada había en sus huertos de verano que atrajeran la vista, nada que estuviera a punto, y no obstante todo se veía quedamente elegante. Estuvieron tan cerca como siempre, Genji y ella, a pesar del paso de los años. Era un modo de cómoda intimidad que él no habría querido cambiar. Dialogaron placenteramente, como rara vez lo hacen marido y mujer. Él descorrió ligeramente el cortinaje entre ambos. Ella no hizo esfuerzo alguno por ocultarse. Su túnica azul le sentaba pertinentemente como él había deseado que fuera. Su cabellera, en cambio, había mermado tristemente. Él habría preferido que ella fuese persuadida de a usar una peluca, pero no tan abundosa como para no llamar la atención. Él sabía que ningún otro hombre habría sido tan bueno con ella y el saberlo era uno de sus privados goces. ¡Qué de infortunios no habrían recaído sobre ella si no hubiese mostrado tal constancia! Siempre que estaba con ella, él pensaba primero en su propia debilidad, el depender de alguien, así como en las exigencias de ella. Hacían una pareja notable. Conversaron tranquilamente sobre el año acabado, y él a continuación pasó a ver a Tamakazura.

Ella no se encontraba aún como en casa, mas sus aposentos estaban dispuestos con buen gusto. Un gran séquito de doncellas y niñas sirvientas la secundaban. Aunque era indispensable hacer más con el moblaje y la ornamentación, los aposentos ya lucían un aire de limpia dignidad. Incluso más impresionante fue la elegancia de su ocupadora. Ella parecía resaltar el brillo de su atuendo amarillo, así como hasta el último rincón del aposento, desvaneciendo toda sombra. Era una escena, pensó él, que nunca podría semejar ordinaria. Quizá debido a sus vivencias, su cabello era un tanto escaso en los bordes, pero fluía suelta y maravillosamente en limpias líneas hasta sus faldas. ¿Qué le habría pasado si él no la hubiese traído aquí? (La pregunta podría sugerir que él

pensaba ya en efectuar ciertos cambios). No había ya barrera entre ellos, aunque ella estaba siempre en guardia. Era una situación extraña con cierta calidad onírica, tanto interesante como atractiva para él.

—Siento como que vos hubierais estado con nosotros por años. Todo semeja tan acogedor. No podría desear más. Espero que ahora os sintáis ya como en casa. Posiblemente, hoy quizá queráis ir hacia la parte del sureste, donde encontraréis a una joven dama durante su lección primera de *koto* por el Año Nuevo. Tomadla con ella. Allí no habrá ninguna que os hiciere sentir el mínimo temor ni que, sin corazón, dijere algo ingrato sobre vos —señaló Genji.

Y ella contestó:

—Haré exactamente como vos queráis que hiciere —en la circunstancia, la respuesta más adecuada.

Al atardecer, él se dirigió a la parte del noroeste y visitó a la dama de Akashi. Fue saludado por el perfume que venía detrás de sus persianas, una delicada mixtura que hablaba del gusto más exquisito. ¿Pero dónde estaba la dama? Él vio rollos de notas y similares dispuestos en torno al frotatintas. Tomó uno de ellos, luego otro. Un *koto* magníficamente trabajado yacía contra el elaborado fleco de un cojín de blanco brocado *tôgyû* de Loyang, y en un brasero de igualmente fina factura ella había hecho arder, galantemente, varillas del incienso llamado *jijû*, cuyo aroma se entremezclaba con el perfume de otros que ardían sobre todas las piezas del mobiliario, con el más maravilloso efecto. Pequeñas notas de práctica yacían desparramadas alrededor. La letra era de superior calidad y de lo más singular, con un ligero estilo cursivo que no consentía afectación alguna.Complacido de haberlo oído de su hija, al parecer, la dama se había entretenido tomando apuntes de antologías.

Y, había un poema de su propia creación:

¡Qué felicidad!
El ruiseñor
entre los capullos,
por el valle llama
hacia su viejo nido.

»¡Había esperado tanto! —ella había añadido, y para consolarse—: «Moro sobre una colina de ciruelos en flor».[532]

Él sonrió con una de sus más radiantes sonrisas.

Acababa de tomar el pincel cuando la dama ingresó al aposento. El lujo no la había hecho menos modesta o reservada. Pero estaba diferente. Sus oscuros cabellos relucían contra su alba veste, pero no tan gruesos con toda naturalidad. Él decidió pasar la noche con ella, aunque dolido porque en las otras partes de la mansión el Año Nuevo habría de empezar con espasmos de celos. Ella le mostraba cariño de un modo muy especial, caviló él un tanto inquieto. En la sección de Murasaki sería objeto de más severos reproches que los que él mismo se hacía.

No era aún pleno día cuando partió. Él podría, pensó la dama de Akashi, haber aguardado hasta una hora más apropiada. En la sección sureste él sintió la bienvenida un tanto disímil.

—Me adormilé, y de pronto caí profundamente dormido, como un niño pequeño, y nadie me despertó —fue gracioso que él, seductoramente, siguiera el humor de Murasaki, pero ella guardó silencio. Genji pensó que era sólo fastidio pues pretendió estar dormida hasta que el sol estuvo ya en lo alto.

Los visitantes de Año Nuevo lo mantuvieron ocupado aquel día y fueron su excusa para evitar una confrontación. Toda la corte llegó. Hubo música y fastuosos obsequios. Cada uno de los congregados estaba decidido a mostrar su más fastuosa figura, aunque en efecto (lo digo disculpándome) ninguno podría haber retado al anfitrión. En sí mismos eran luminarias bastante pujantes, pero Genji los opacaba a todos. Hasta los de más bajo rango, fuera de cuenta entre los invitados, se esmeraban al arribar a la Rokujô, y el más elevado joven parecía portar algo nuevo y especial, con el corazón lleno de esperanzas por la dama de las enredaderas. Una tranquila brisa lisonjeaba con aromas de flores, especialmente de los ciruelos que acababan de florecer ante la galería. A la caída de la tarde diversos tonos musicales resonaban variados y muy atractivos.

—¡Cuán grandiosa esta casa!

---

532. *Tanka* anónima del *Manyôshû*, Nº 1820: *Moro sobre una colina de ciruelos en flor. Una y otra vez escucho el llamado del ruiseñor.*

Las festividades llegaron a su clímax, tras lo cual concluyeron con «la *sakigusa* de tres ramas».[533] Genji personalmente colaboró con los pasajes finales. Reservada como fuera su participación, como siempre pareció marcar una gran diferencia.

En todas las otras secciones, sólo hubo ecos distantes de caballos y carruajes, como para hacer sentir a las damas que vivían en un círculo exterior del paraíso donde los lotos se abren más lentamente. El pabellón oriental en la Nijô se hallaba ciertamente mucho más remoto. La vida podía haber sido un tanto silenciosa para las damas de allí, pero se les ahorraba las más amargas pruebas de este mundo, y habría estado fuera de lugar el quejarse. Desatendidas, incuestionablemente, se hallaban; y puede que hubiesen deseado algo diferente; pero sus vidas eran serenas, cómodas y seguras. La monja podría continuar con sus plegarias; y la conocedora, con sus textos poéticos; y ninguna había de temer alguna distracción.

Cuando los días ajetreados terminaron, él llegó de visita, con parsimoniosa ceremonia, donde la princesa de la flor de azafrán, ya que después de todo era una princesa. Genji sintió mucha pena y le prestó minuciosas atenciones, guardando las apariencias en vista de su elevado rango. Su cabellera, que fuera su único atractivo de juventud, ahora caía escurridiza y blancuzca, Genji sintió dolor y no quiso mirarla de perfil directamente. El blanco atavío de diseño de sauce, que él le enviara, fue como un jarro de agua fría, tal como lo temiera. Dicho pensamiento lo invadió, por el tipo de persona que vestía el atuendo. Ella parecía como congelada, con la escarchada prenda sobre una túnica algo oscura, de un gris opaco, tan tieso que crujía secamente. Y, ¿acaso no había nada más? ¿Ninguna veste interior para mantenerla tibia? La nariz de flor de azafrán brillaba como siempre, resplandeciendo entre las más densas nieblas. Él suspiró y volvió a ordenar la mampara; ella pareció no adivinar el porqué. Él no pudo evitar sentirse conmovido con el placer que su visita causara, ante la obvia evidencia de que él aún pensaba en ella. Pobrecilla, solitaria, él debía hacer algo por ella de tiempo en tiempo. Ella también era en exceso singular, no sólo por el hecho de que infrecuentemente podía hallarse otra semejante. Su voz también parecía entumecida.

533. Versos de inicio y fin de la *saibara* «Esta casa». No se ha podido establecer la hierba mencionada.

Él se mostró preocupado.

—¿Quién está a cargo de vuestro guardarropa? Vivís una existencia bastante impasible aquí, y pensaba en la razón de ser de la indumentaria informal. La vestimenta forrada, por ejemplo, se torna muy recomendable. Os preocupáis demasiado por las apariencias.

Ella logró emitir una breve risa.

—Tengo a mi hermano que se preocupa de ello, el sacerdote del templo de Daigo, pero personalmente carezco de tiempo para coser mi vestimenta. Me congeló un tanto, pero dejo que él use mi piel de marta.

Sí, ella tenía una piel de marta. Y también un hermano, que asimismo ostentaba una nariz cual flor de azafrán. Ella era una honesta dama pero en nada práctica. Él se sentía igualmente pudoroso cuando estaba con ella, lejos de las exquisiteces y decepciones de la vida elegante.

—Pienso que hicisteis bien en darle vuestra piel de marta en sustitución de su capote de paja. Llueve mucho allá en los montes, y estoy seguro de que él necesita un abrigo contra la lluvia. ¿Pero y qué de vos? Vos requerís blancas prendas interiores, en verdad. Varias de ellas, siete capas. Soy poco sensible por naturaleza y a veces olvidadizo en estos menesteres. Además estoy muy ocupado por causa de problemas de un lado u otro, y debéis recordármelo siempre. No tenéis que aceptar mi insensatez.

Él envió al depósito de la Nijô sedas llanas y estampadas. La mansión de la Nijô no podía tildarse de arruinada, mas la atmósfera allí, donde no vivía ya Genji, era silenciosa. Aunque los arbustos y matas estaban bien cuidados, daba lástima que nadie apreciara el ciruelo rosa, que justamente florecía entonces.

A mirar me detengo,
la primaveral arboleda
de mi vieja aldea
y las insólitas flores que veo
al azafrán me recuerdan.

Monologó. Es improbable que la princesa captara todas las repercusiones.

Luego pasó a visitar a la dama del caparazón de cigarra, que vestía de monja y vivía muy modestamente; la mayor parte de sus aposentos ocupada por imágenes sagradas. Él halló la evidencia de la vida religiosa muy conmovedora. Los rollos, los ornamentos y utensilios, y hasta el menor de los sagrados recipientes mantenían, todos, encanto y elegancia, revelando verdadero buen gusto. Ella era una dama refinada y cultivada. Solamente sus mangas mostraban modestia pero señorío, a través del ingenioso arreglo de cortinajes grises tras los cuales se ocultaba.

—Quizá debería haber permanecido —dijo él casi entre lágrimas—, al ver Matsu ga Urashima en lontananza.[534] Las cosas nunca fueron simples entre nosotros, y desearía que pudiéramos continuarlas como hasta ahora.

Ella también pareció intensamente melancólica.

—No puede haber sido lazo débil alguno el que me hiciera depositar mi confianza en vos. Es doloroso siempre ofrecer oraciones al Buda como recompensa de las repetidas culpas que cometierais. ¿Me comprendéis?

—No obstante, quizá veáis ahora que ningún hombre podría haber sido tan honesto como con vos lo he sido.

Ella no podía mirarlo. Él, obviamente, apuntaba a la lamentable conducta del alnado de ella.[535]

—Mi penitencia es mostrarme ante vos tal como soy y en hacer que así me veáis hasta el fin.

Ella parecía mucho más tranquila y serena; el haberse hecho monja hacía que él sintiera más fuertemente que debía mantenerla consigo. Pero, no era el momento de decirlo. La conversación podría ser sobre el presente o el pasado, pero estrictamente sobre generalidades. ¡Qué bien, pensó él, contemplando hacia los aposentos de la princesa de la flor de azafrán, estar con alguien con quien se pueda dialogar de todo!

Él preveía las necesidades de otras de este mismo modo realista. Y las visitó a todas.

---

534. Reiterada alusión a la *tanka* N° 1094 del *Gosenshû,* ya citada en el capítulo X, *Sakaki.*
535. Mencionado al final del capítulo XVI, *Sekiya.*

—Puede que parezca negligente a veces, pero no he olvidado. Ni habré de olvidar, aunque la vida es incierta, y el adiós final indefectiblemente llegará.

Se dirigió a cada una de ellas del modo más gentil y cortés, y de veras mostró a todas afecto, luego de sus varias visitas. Ellas no podrían haberse quejado, cualquiera hubiese sido el destino que él les hubiera dado, mas él era la moderación encarnada, no permitiendo insinuación alguna de arrogancia o arbitrariedad. Las atenciones que él les brindaba eran para ellas el máximo placer en la vida.

Este año los cantores del primer mes del año habían comenzado su masculina ronda.[536] Pasaron del palacio principal al palacio de Suzaku, el emperador retirado, y de allí a la Rokujô. Siendo la ruta larga, era ya la alborada cuando llegaron. La luna colgaba de un cielo sin nubes, y una nieve ligera daba al huerto un delicado y peregrino aspecto. Cada cual quería lucir sus mejores galas cuando él volviera a la Rokujô. Era un tiempo pródigo en buenos músicos, y el sonido de la flauta se cernía alto sobre el solar. Genji había invitado a todas las damas a contemplar el espectáculo, y allí se hallaban todas a lo largo de las galerías de las alas este y oeste. Tamakazura había sido invitada al frontis sur del aula mayor, donde fue presentada a la hija de Genji. Murasaki contemplaba detrás de un cortinaje.

El alba se extendía ya cuando los cantores hicieron honores a la dama del Kokiden, madre del emperador Suzaku. Sólo debía ofrecerse refrescos ligeros en la Rokujô, pero Genji en realidad había dispuesto un suntuoso banquete. La luna esplendía luminosa en el cielo de la aurora, mientras la nieve caía intermitente y el viento soplaba entre los altos pinos. Los suaves matices amarillo-verdosos y blancos de los cantores de nada servían para quebrar la fría, blanca calma de sus gorras ornadas de ramilletes de tela, y lejos de irrumpir con color en demasía, se movieron por la escena con tan sutil gracia que los espectadores sintieron que se añadían años a sus vidas. Yûgiri y los hijos de Tô no Chûjô eran los más garridos y altivos de los cantores.

---

536. Las rondas de cantores de Año Nuevo fueron introducidas por el emperador Tenmu, a mediados del siglo VII, asimilando esta usanza originada en la corte Tang. Al principio, bailaban cantando en ronda mixta. Pero en la época Heian se alteró la tradición, dividiéndola en dos: ronda de cantores varones, que se presentaban cada 14 de enero y, ronda de cantoras, que lo hacían cada 16 de enero. Sin embargo, en tiempos del regente Fujiwara no Michinaga, hacia 983, los cantores varones desaparecieron. La autora ignora el hecho real de aquel entonces y refiere el hábito anterior, sin mencionar dentro del *Relato de Genji* a las rondas de cantoras, que seguían en boga entonces.

Rompió el día entre nuevas ráfagas de nieve, «Río de bambúes»[537] se oyó en el aire glacial, y la danza y el canto... Yo habría querido pintar la escena, aunque por cierto mis esfuerzos pálidos serían comparados con la realidad.

Las mangas que asomaban por entre los biombos, pues cada una de las damas buscaba superar a las otras, hacían pensar en un tapiz extendido como un soplo de primavera. Era casi mágico, pero de un modo ligeramente turbador, los altos gorros tan distintos de los ordinarios, y las bulliciosas congratulaciones y todas las facciones y accesorios. Los cantores partieron ya en pleno día, llevando consigo testimonios de la munificencia de Genji. Las damas se dispersaron. Genji se retiró a descansar, y sólo se levantó cuando el sol estaba ya en el cenit.

—Yûgiri ha cantado casi tan bien como Kôbai,[538] —comentó a Murasaki—, el nuestro es un buen tiempo para la música. Los antiguos pueden haber sido mejores en erudición y enseñanzas, pero pienso que no podrían rivalizar con los jóvenes de hoy en afectividad. Yo quería hacer de él un sobrio funcionario de la corte y mantenerlo apartado de pérdidas de tiempo en frivolidades que se asemejaran a las mías. Pero la mera apariencia de sobriedad, que frenase su curiosidad, sería enfadosa.

Obviamente complacido con la participación de su hijo, él se interrumpió para canturrear «El deleite de diez mil primaveras».[539]

—Debemos organizar un día de música para nosotros. Nuestra propia festividad privada.[540]

Él, cuidadosamente, desenfundó los instrumentos de sus finas cubiertas con que se los almacenaba, los desempolvó y afinó; al parecer, las damas con mucho esmero aguardaban, el corazón lleno de esperanzas, tan cabales ejercicios.

---

537. Una *saibara*: *Dejadme ir entre las flores, entre las flores / Cabe el puente, cabe el puente / Cabe el río de bambúes / que con mi doncella pueda estar.*

538. Segundo hijo de Tô no Chûjô, famoso por su voz. Había sido mencionado ya en el capítulo X, *Sakaki*.

539. Estribillo de un canto, en chino, que era parte del cancionero de la *Otokotôka*.

540. *Goen,* banquete cortesano algunas semanas después de los cantos de Año Nuevo.

CAPÍTULO XXIV

胡蝶

Kochô

Las mariposas

Era a fines de la tercera luna.[541] El huerto primaveral de Murasaki tornaba a la vida más y más con los renuevos floridos y las avecillas canoras. En otras partes, la primavera había partido, comentaban las demás damas, ¿por qué aquí permanecía? Genji cavilaba que daba lástima que las jóvenes doncellas sólo tuvieran atisbos distantes del musgo sobre la islilla, día a día de más intenso verdor. Ordenó a los carpinteros fabricar barquillas chinas de paseo y el día en que fueron lanzadas convocó a músicos palaciegos para que ejecutasen un concierto acuático. Príncipes y muchos altos nobles de la corte llegaron a escucharlo.

Por aquellos días Akikonomu residía en la Rokujô. Ahora es tiempo, pensó Murasaki, de dar respuesta apropiada al poema acerca del jardín que «aguarda la primavera».[542] Genji concordó. Habría convenido mostrar estos brotes primaverales a la propia emperatriz, pero visitas informales estarían fuera de lugar para alguien de su elevada condición. Numerosas jóvenes doncellas habrían de gozar del paseo, remando navegarían por la laguna del sur, extendida desde la parte suroeste del sector de Murasaki hacia el sureste, con un pequeño promontorio que la dividía en dos. Las barquillas zarparon desde dicha colina. Las doncellas de Murasaki se ubicaron en el pabellón de pesca, sobre el lindero entre las dos porciones.

Las barquillas del dragón y del fénix estaban espléndidamente ornadas, al modo chino. Los pajecillos y remeros, todos con el cabello atado en moño bajo las orejas, a

---

541. Lunas tercera y cuarta de los 36 años de Genji.
542. Citado al término del capítulo XXI, *Otome*.

la manera china, vestían coloridas prendas de aquel país, y todo lo dispuesto resultaba deleitosamente exótico, añadiendo curiosidad, expresamente para las doncellas de la emperatriz en el sector sureste. Las barquillas se detuvieron bajo una peña, ante la ensenada de la islilla, donde las más pequeñas de las rocas salientes eran como pormenor de una pintura. Las ramas de los árboles, por ambos lados entre brumas, parecían ser parte de un tapiz, y a lo lejos, en el sector de Murasaki, un sauce arrastraba sus ramas sobre un intenso verde, mientras las flores de los cerezos se mostraban abundantes y seductoras. En otros sitios ellas se habían desperdigado ya, pero aquí permanecían y exponían sus sonrientes galas. A lo largo de las galerías, las glicinas comenzaban a desplegar sus garbos color lila. El amarillo *yamabuki* se reflejaba en el agua como a punto de rozar su propia imagen. Aves acuáticas nadaban en amistosos pares, y volaban por encima y fuera de la laguna con ramitas en sus picos, y una sentía el deseo de pintar a los ánades mientras se deslizaban por la superficie del agua formando diseños en redondel. Si hubiera estado presente el leñador chino del cuento, estático habría contemplado todo hasta que su hacha se hubiese podrido.[543] De pronto atardeció.

Las brisas soplan,
oleadas de brotes
florecen lucientes.
¿Acaso es éste de Yamabuki
el conocido cabo?[544]

543. La leyenda china de Ran-ka: Había antaño un leñador que un día halló a dos inmortales entregados al juego de *go* en la cueva de una montaña. Quedó tan cautivado contemplando la fascinante partida que, transcurrido un tiempo, uno de ellos se dirigió él sugiriéndole que regresase a casa. El leñador siguió el consejo. Mas al emprender la marcha se percató de que habían transcurrido docenas de años, pues el mango de su hacha (*ka*), que había sujetado en su mano, se había podrido (*ran*) y él había envejecido.

544. Supuestamente un lugar de la provincia de Omi.

¿Del lago del palacio de primavera
fluye tal vez el río de Ide?[545]
Los yamabuki *de la orilla*
en plena floración
hasta lo hondo llegan.

No es menester visitar
el Monte de la Tortuga.[546]
Mi nombre «Sin edad» se hará
mientras juntos rememos
en nuestra barquilla.

Bogan nuestras barquillas,
rumbo al fulgurante
sol de primavera,
de los remos gotas de agua
se esparcen como flores.

Poema siguió a poema, incesantemente. Las jóvenes mujeres parecían olvidar que moría el día y que a casa debían retornar.

En medio del crepúsculo, a las sonoras notas de «El Ciervo Real»,[547] las barquillas bogaron de retorno hasta el pabellón de pesca, y con desgano las doncellas desembarcaron. La edificación era sencilla pero de notable elegancia. El extremo hasta el que llegaran en su acicalamiento e indumentaria las jóvenes mujeres, en constante lid, hacía imaginarse un tapiz sobre el cual hubiera caído una muchedumbre de capullos. La muy novedosa música, prosiguió sin cesar, pues Genji había escogido con esmero a los bailarines que mostraron su secreto repertorio, contentando a los invitados.

---

545. Sitio famoso por sus abundantes *yamabuki* (rosas amarillas) en Yamashiro.
546. Referencia mítica: el Monte de la Tortuga, *Hôrai-san*, simbolizaba la «juventud eterna».
547. *Ojô*, música y danza chinas.

Era ya de noche, y parecían incansables. Colocadas las antorchas en el huerto, fueron invitados a la alfombra de musgo bajo las galerías, y los príncipes y altos nobles de la corte se ubicaron por encima, con los *koto* de los que se sentían tan ufanos, y las flautas. Los más consumados entre los flautistas de carrera tañeron una melodía en modo *sôjô*,[548] a la que se aunaron los cortesanos lucidamente con sus *koto,* y prosiguieron con «Cuán grande el día»,[549] a la que incluso los más ignorantes de los lacayos, lejos entre los caballos y carruajes, parecieron reaccionar con fruición. El cielo y la música, los modos y ecos primaverales, todo semejaba superior aquí, ninguno dejó de constatar la diferencia. La noche entera se pasó con música. Con «Gozo de Primavera»,[550] varió el talante a un íntimo tono menor. El príncipe Hotaru dos veces cantó «Verde Sauce»[551] con muy buena voz. Genji, por momentos, se le unió.

Llegó la mañana. Tras el postizo montículo del jardín, Akikonomu, escuchando el matutino gorjeo del ruiseñor, envidió el huerto vecino.[552]

Aunque un perenne resplandor de primavera parecía estar fijo sobre esta otra sección de la Rokujô, había quienes se quejaban de una ausencia de seductoras damas en ella. Ahora, los rumores corrían sobre una nueva dama en la sección oeste, e indicaban lo bella que era, y cuán avizor parecía estar Genji al respecto. Muchos había que guardaban grandes anhelos por Tamakazura. El previsto fluir de cartas había comenzado. Varios de aquellos cuya condición en la vida los hacía confiar que su candidatura fuese aceptable tenían ya activos a sus intermediarios. Otros daban la impresión de guardarse sus ardores más para sí mismos. El hijo de Tô no Chûjô, por ejemplo, se sentía hechizado por su belleza sin saber quién era ella realmente.[553]

El príncipe Hotaru, hermano de Genji, había perdido a su esposa hacía algunos años, y los últimos tres vivía la existencia de un célibe solitario. Ahora dejaba escapar

548. Afinada en Sol mayor.
549. *Saibara* llamada «Anatôto», mencionada ya en el capítulo XXI, en alabanza a la prosperidad de la Rokujô-in.
550. Alusión a una melodía china, ya perdida.
551. *Saibara* que reza: *Verde sauce, sauce verde, el ruiseñor un bonete hace de ramillas, de flores de ciruelo hace un bonete.*
552. El «gorjeo del ruiseñor» aludía a la presencia de Genji en el otro jardín.
553. En aquel momento, Kashiwagi, hijo mayor de Tô no Chûjô, no sabía que Tamakazura era su media hermana.

su verdadera intención sin reservas. Fingiendo hallarse totalmente ebrio, pregonaba a los cuatro vientos la brillante hermosura de Tamakazura, colocando glicinas en las gorras de los otros.[554] Valió la pena verlo. Genji se satisfizo en su corazón, sin embargo, procuró no dar signo alguno de haberse percatado de ello.

La garrafa de licor pasó de mano en mano otra vez y el príncipe mostró hallarse muy incómodo.

—Si no hubiese algo bastante particular como para mantenerme aquí, pienso que me dispondría a escapar. Es ya demasiado, oh, de veras, demasiado —se negó a beber nada más.

El color lila me retiene
y pone en mi mente cosas,
si un rumor lo dice,
no lamentaré correr
al abismo por la glicina.

Generosamente partió su glicina y puso una ramita en la gorra de Genji. Éste le sonrió ampliamente.

No sé si podréis lanzaros
al abismo por la glicina.
Mas, contemplad bien
los capullos florecidos,
sin marcharos.

El príncipe aceptó la sugerencia, al parecer, y allí se quedó. El concierto matutino no fue sino más vivaz que lo que fuera el nocturno.

Hoy había de efectuarse la lectura del *Prajñapâramitâ Sutra* a pedido de la emperatriz Akikonomu. A muchos de los invitados se les ofreció aposentos donde cambiarse

554. El color lavanda o lila significaba afinidad, así como el de la glicina, sugiriendo su interés por Tamakazura. Su actitud juguetona disimula su cortedad.

a indumentaria formal. Aunque otros, comprometidos con antelación, se excusaron y retiraron. Al mediodía, se congregaron todos. Con Genji a la cabeza, los altos cortesanos, sin excepción, tomaron asiento. Según la nombradía de Genji, el rito budista fue de lo más grande y solemne. Al mediodía, él condujo a los circunstantes hasta la presencia de Akikonomu.

Murasaki había preparado las ofrendas florales. Escogió ocho de sus más bellas servidoras niñas para que las presentaran, vestidas cuatro como avecillas y cuatro como mariposas. Las avecillas portaban capullos de cerezo en jarrones de plata; las mariposas, *yamabuki* en jarrones de oro. En maravillosa y vistosa floración, ellas compusieron un perfecto cuadro. Mientras la comitiva remaba desde el montículo del jardín suroeste hacia donde Akikonomu, en el extremo de la laguna, una brisa sopló desparramando unos pocos pétalos de flores de cerezo. Los cielos diáfanos y gozosos los llenaron de emoción, las niñas pequeñas fascinaban en sus delicados velos de primavera. Akikonomu había declinado el ofrecimiento de Murasaki de unos toldos, y en su lugar había colocado asientos para los músicos en una de las galerías próximas al aula mayor. Las niñas pequeñas llegaron a las gradas con sus flores. Los portadores de incienso las recibieron y las colocaron delante de las imágenes sagradas.

Encargó a Yûgiri que recitara este poema de Murasaki:

Abajo, entre vuestra grama
la cigarra el otoño aguarda
y con desdén mira
a estas sosas
mariposas.

Akikonomu sonrió, reconociendo la respuesta a su poema acerca del follaje otoñal.

—No, Vuestra Majestad, nada sobrepuja este huerto —dijo una de las doncellas, aún ebria de los gozos del día precedente.

La música para la danza del ave Kalavinka resonaba al canto de los ruiseñores, a los que las aves acuáticas de la laguna añadían sus graznidos y chillidos, y fue con pena

general que la audiencia vio que la danza llegaba a su final. Las mariposas parecían volar más alto que las aves conforme desaparecían tras una baja valla sobre la que descendía una cascada de *yamabuki*. El chambelán asistente de Akikonomu pidió a los cortesanos del rango apropiado que distribuyeran los obsequios; a las aves, túnicas blancas forradas en rojo; y a las mariposas, túnicas de un pálido tono avellana, forradas en amarillo. Luego los obsequios para los músicos, blancas camisolas y cortes de tela.

Yûgiri recibió un conjunto para dama, de lo más conspicuo: una túnica lila forrada en azul.

Esta fue la respuesta de Akikonomu a la dama Murasaki:

Habría acudido persuadida
por vuestras mariposas
que decían que allí fuera
más setos de yamabuki
pusisteis entre ambas.

¿Acaso los grandes del imperio son consistentemente buenos en poesía? A veces una se ve defraudada.

Lo había olvidado: Murasaki ofreció también copiosos presentes a sus invitados. Mas temo que los detalles serían fatigosos. En cualquier caso, hubo refinadas amenidades, por la mañana y la noche, como para mantener contenta hasta la menos significativa de las mujeres de servicio, y también hubo intercambios poéticos.

Murasaki y Tamakazura a veces se escribían, desde que fueran presentadas. Era demasiado pronto quizá como para saber si Tamakazura era una compañera hacia la cual volverse en caso de apuro, pero ella parecía de un buen natural, callado, y no del tipo que causase problemas. La gente, en general, se sentía favorablemente dispuesta hacia ella. Para entonces tenía ya muchos pretendientes, pero no semejaba que Genji estuviera listo para tomar una decisión. Quizá no suficientemente seguro, en verdad quería ser consistente en el papel de buen padre, él ponderaba contarle todo al progenitor.

Yûgiri recibió permiso de aproximarse a los cortinajes de ella y ella lo favoreció con respuestas directas. Ella se sentía incómoda por la necesidad de hacerlo, mas

sus doncellas casi dieron su aquiescencia. Él era siempre muy solemne y apropiado. Por los aposentos de la mansión, se vio a los hijos de Tô no Chûjô, sus constantes compañeros, suspirando y loando, y ocasionalmente dejaron entrever su interés. Ella se sentía de lo más turbada, no porque le disgustasen, sino porque eran víctimas de falsas apariencias. Empero, no era un asunto que pudiese discutir abiertamente con Genji. Él se sintió encantado con las evidencias, tímidas e infantiles, de que ella lo consideraba su guardián. Él no podría haber dicho que ella se parecía mucho a su madre, pero había una semejanza indefinible en el tono y los modos. Ella, claramente, era la más inteligente de las dos.

Llegó la cuarta luna, y el cambio hacia la indumentaria estival. Incluso los cielos se mostraban favorables a la ocasión. Genji pasaba su tiempo libre, del que tenía en cantidad, musicando y en distracciones afines. Fue como él lo esperara. El torrente de cartas iba en aumento. Al verlas, mientras visitaba sus aposentos, la animó a que contestara a los más probables. Tal estímulo tuvo el efecto de ponerla en guardia.

El príncipe Hotaru, describía ya los tormentos del amor no correspondido.

Genji sonrió.

—Cuando jóvenes, él fue mi hermano favorito. Nada escondido quedó entre nos. O mejor puesto, él se guardó una sola cosa, su vida romántica. Era muy sigiloso al respecto. Es interesante, y a la vez algo triste, que él aún arda con tan juvenil flama. Debéis contestarle. Cuando una dama de veras le importa, no hay nadie que pueda ser como él, a menudo pienso, hacérselo saber. Y él es una compañía de lo más entretenida.

Él hizo que su hermano se viera muy atractivo, pero ella apartó la mirada por la embarazosa situación.

El general Higekuro[555] era en suma un hombre muy grave y circunspecto, pero parecía inclinado a ilustrar la verdad, que incluso el más elevado de los hombres, incluso el propio Confucio, podría dar de «traspiés de *Kuji*»[556] mientras que él se abre camino por entre la maraña del amor. No obstante, sus cartas eran interesantes.

555. Tío del Príncipe Heredero, probablemente el hombre de estado más importante en el país, después de Genji y Tô no Chûjô.

556. *Kuji* es la versión nipona de *Kǒngzǐ* (Confucio). Un antiguo dicho rezaba: «No hay caballo por bueno que sea que no tropiece».

La atención de Genji se vio atraída por un trozo de papel chino azul, suave pero ricamente perfumado, y plegado en un diminuto nudo.

—¿Por qué atado así tan apretado? —dijo mientras desataba el nudo, él mismo.

La letra era admirable. Este era el poema:

Saber no podéis
cuán hondo es mi sentir,
sus colores ocultos,
cual las aguas
entre los peñascos.

El estilo de escribir era moderno y la cursiva, refinada.

—¿Y de quién serán sentires tales? —él preguntó.

Ella fue evasiva en su respuesta.

Él hizo llamar a Ukon.

—Debéis evaluar estas cartas cuidadosamente, y hacer que ella responda aquellas que lo merezcan. Los galanes disolutos de nuestro tiempo son capaces de cualquier cosa, pero a veces no son ellos los únicos culpables. Mi propia experiencia ha sido que una dama, al principio, puede parecer fría e insensible e ignorante de los asuntos amorosos, y si es alguien sin importancia, la puedo tildar de impertinente y olvidarla por completo. Sin embargo, en ociosos intercambios en torno a pájaros y flores, la dama que fustiga con el silencio puede resultar muy interesante. Si el hombre la olvida, ciertamente, parte de la responsabilidad es de ella; pero una dama está mal aconsejada si responde con el recadero una nota que no significase gran cosa para el hombre que la envió; y, respuestas profusas saturadas de sensiblería resultan exasperantes. Mas, el príncipe Hotaru como el general Higekuro son hombres maduros que bien saben lo que hacen. Vuestra dama no debería arriesgar el darles la impresión de que ella es insensible y destemplada. Cuando se trata de gente inferior, debéis juzgar a cada cual según sus propios méritos. Algunos pueden ser serios, otros no. El auténtico debería ser reconocible.

Tamakazura estaba muy hermosa mientras escuchaba con la mirada desviada este largo discurso. Su indumentaria, muy digna y moderna, una túnica rosa forrada en

azul y una camisola con los tonos de la estación.[557] Ella había tenido un cierto aire de pueblerina torpeza, pero, aunque meros trazos restaban, raudamente daban paso a una más sutil, más delicada especie de serenidad. Nadie podría haber hallado falta alguna en su vestimenta, y su belleza parecía esplender cada vez más luminosa. Genji empezaba a pensar que ella era demasiado buena como para dejarla ir.

Ukon contemplaba sonriente a uno y otro. Él era demasiado juvenil para el papel de padre. Si fuesen marido y mujer sería excelente.

—No he entregado cartas de nadie más —indicó Ukon—. Sí, acepté las pocas que habéis visto. Pareció totalmente rudo en demasía devolverlas. Mi señora ha respondido solamente aquellas que vos específicamente señalasteis que contestara, y lo hizo muy a disgusto.

—Y, ¿de quién es aquella con un infantil nudito? —él sonreía—. La letra es muy buena por fuera.

—Él fue de veras muy insistente. Se trata del capitán Kashiwagi, hijo del ministro. Él conocía a nuestra doncella Miruko desde hace tiempo, y ahora hace uso de sus servicios. Deduzco que no tiene nadie más a quien pedírselos.

—¡Cuán seductor! Puede que él no sea muy importante aún, mas no es alguien que pueda ser descartado. En ciertos aspectos, él es ampliamente considerado como el mejor de ellos, y es mucho más fiable que sus hermanos. Llegará a saber la verdad, finalmente, pero por el momento lo mejor es mantenerlo en la ignorancia. Sí, él escribe con excelente grafía. —Y apenas lo soltó, dijo—: Mas, juzgo que habríais de tener un tiempo difícil si fuerais a parar en aquella enorme familia de vuestro padre, todos son poco menos que extraños. Llegará el día en que habréis encontrado un lugar para vos misma. El príncipe Hotaru está soltero actualmente, empero, él es, lo temo, del tipo promiscuo, y los rumores lo ligan a innumerables mujeres, algunas de ellas azafatas y otras de menos dignas ocupaciones. Una dama tolerante y muy habilidosa bien podría posiblemente manejarlo, pero la primera señal de celos sería fatal. Es, al fin y al cabo, una circunstancia que exige tino y cautela.

---

557. La blanca *unohana* (*Deutzia crenata*) que florece en la cuarta luna.

—Está también el general Higekuro. Ha estado casado por algunos años, pero parece que no es del todo feliz con su mujer, y por ello se ha interesado por vos. Hay personas que no piensan favorablemente de este empeño. Puedo ver con claridad los motivos, y temo opinar al respecto. Vos quizás hallaríais nada fácil referir a vuestro padre cómo os sentís, mas no sois ya una niña y no veo razón alguna por la que no podáis llegar a vuestras propias conclusiones. Quizá podáis pensar en mí como una suerte de sustituto de vuestra madre y no podemos decir que hemos regresado a los viejos días. La última cosa que querría sería haceros desdichada —él la miró solemnemente.

Ella se sentía extremadamente incómoda y hubiera preferido no responder; pero, como él anotara, ella no era ya una niña.

—He sido huérfana desde que tengo memoria —comentó ella quedamente—, y me inquieta no tener idea alguna sobre el caso.

Él podía comprender su actitud.

—Bien, como dicen, un padre adoptivo a veces resulta mejor que uno natural. Me hallaréis un padre adoptivo extrañamente afectuoso —él prefirió no decir lo que realmente pensaba.

Aunque había deslizado uno o dos barruntos, ella había simulado no percibirlos. Él suspiró y se retiró. Mas, se detuvo para admirar un frondoso nuevo brote del bambú chino meciéndose en la brisa.

El bambú arraigado
firmemente en nuestro seto,
¿echará acaso
distante retoño,
por el destino causado?

»Al pensarlo me invade el rencor —él levantó la celosía; ella se escurrió alejándose, pero no antes de darle una respuesta:

¿Por qué el tierno bambú,
en tardía fecha,
ha de ir en busca
de raigones
que atrás dejó?

»¿Creándose más bien problemas a sí mismo?

Él tenía que sentir pena por ella.

Ella no se hallaba aún como en casa, sus versos lo sugerían. Ansiaba anunciarse a su padre. Empero, sabía, por lo que leyera y viera, y que constataba ya, que el padre del que fuera separada desde la tierna infancia posiblemente no fuese tan juicioso como Genji lo era. Contuvo la lengua, al hacerse incesantemente consciente de cuán difícil sería actuar de otra manera.

Genji la compadecía más y más.

—Hay algo singularmente sugestivo en ella —comentó a Murasaki—. Su madre fue quizá demasiado solemne y falta de fantasía. En cambio, ella es presta y lúcida, y de algún modo todos quieren trabar amistad con ella. Estoy muy seguro ahora de que ella no será estorbo alguno.

Acostumbrada a su inhabilidad para guardarse impresiones, ella bien presentía lo que ocurría.

—Debe ser muy arduo para ella carecer de secreto alguno, y hallarse por completo dependiente de vos.

—¿Y por qué no habría de depender de mí?

Ella sonrió.

—¿Podéis pensar que he olvidado todos los suspiros y pesares que vuestro modo de obrar me causaran en vuestra edad bisoña?

Entonces él pensó: «¡Qué rápida es!», y dijo:

—Encontráis cosas muy raras y tontas para preocuparos. ¿Pensáis maliciosa que ella permitiría algo de esa guisa? —él cambió de tema; pero ella había repasado la escena y llegado a sus propias conclusiones, y él tuvo que admitir que había algo de aquello en su conciencia.

Pensó largo tiempo en Tamakazura. La visitaba a menudo y la servía de muchos modos. Un tranquilo atardecer, luego de que la lluvia escampara, cuando el verdor de los arces y los robles se veía fecundo y pulcro, contempló el cielo del crepúsculo, singularmente conmovedor, y entonó un verso de Po Chü-i, «¡Es grato, es fresco!»[558] En momentos así, más que cualquier otra cosa, él pensaba en el lozano fulgor de la nueva dama. Él se deslizó sigilosamente hacia los aposentos de aquella. Ante su mesa de escribir, ella hizo una amable reverencia y avergonzada se volvió en dirección opuesta, muy hermosa, de veras. Repentina, dulcemente, ella fue exactamente como su madre. Él quiso llorar.

—Debéis perdonarme, pero no puedo evitarlo. Cuando os vi por vez primera, no juzgué que os parecieseis tanto, y sin embargo ha habido veces en que podría haberos confundido con ella. Yûgiri no es en lo mínimo semejante a su bella madre y por ello he llegado a pensar que los hijos no se parecen totalmente a sus padres. Y ahora me topo con un ejemplo como éste.

Había una mandarina en el cesto de frutas frente a ella.

Fragancia de azahares
de tiempo atrás,
la manga que ella
entonces usara,
seguro es la que usáis.[559]

»Han pasado tantos años, y a través de ellos todo lo que no soy capaz de olvidar. A veces siento como que soñara, y que el sueño fuese demasiado para mí. No me expulséis por mi rudeza.

Y él la tomó de la mano.

Nada como esto le había sucedido anteriormente. Ella se sintió mortificada. Pero no debía perder la compostura.

---

558. Obras de Po Chü-i, XIX: «Al Ministro de Transportes».
559. La flor del mandarino simbolizaba el recuerdo. Alusión a la *tanka* anónima, en el *Kokinshû*, N° 139, ya citada en el capítulo XI, *Hanachiru sato*.

La manga el aroma guarda
de aquella flor antañona,
que el fruto entonces
no empalidezca
con presteza tanta.

Él halló deleitosa tan sosegada confusión. Ella estaba sentada con la mirada baja, recelosa por el susto que le diera Genji, incapaz de pensar cómo interpretar la conducta de él, y cómo obrar luego.

La mano que él sostenía era suave, su piel lisa y delicada. Él había hecho su confesión porque la belleza y el pesar de repente a sus ojos parecieron muy semejantes. Y aquel día sus emociones afloraron instintivamente. Ella, estremecida por el lamentable suceso, quedó perpleja.

—¿Soy acaso tan despreciable, entonces? He trabajado duramente para guardar nuestro secreto, comportándome de la manera más natural, por ello guardad el sigilo. Me pregunto si ha habido alguna vez algo parecido a nuestra relación de padre e hija a la que se ha adicionado el amor. No puedo imaginar que tengáis alguna razón para preferir a otros en lugar de mí, no puedo soportar la idea de entregaros a ellos y a sus frivolidades.

La noche era preciosa. La brisa hacía crujir al bambú, el viento había cesado, y la luna resplandecía. Las doncellas de servicio se habían retirado discretamente. Aunque él contemplaba gran parte de su rostro, una mejor ocasión no podría presentarse, él se despojó de su manto con experimentada destreza —era blando y no hizo ruido alguno— y se acostó al lado de ella, mas ella se mantuvo rígida. Pensaba insoportable tal conducta en consideración al sentir de los demás. Su padre quizá la trataría fríamente, pero al menos habría de protegerla de ultrajes tales.

Sí, ciertamente, ella tenía derecho a llorar.

Él intentó calmarla.

—Así que me rechazáis. Estoy hecho añicos. Las damas suelen siempre depender de hombres que no son nada para ellas, este es el modo del mundo, debí haber pensado que significaba mucho para vos, al menos en términos de lo que por vos he hecho. Esta

inamistad no es en absoluto fácil de aceptar. Mas, ¡basta! No ocurrirá más. Mi bien consistirá en guardar moderación ante tan virtuosa modestia. Desearía consuelo pues no puedo soportar tanto vano esfuerzo hecho.

Ella era tal como su madre, de modo que la semejanza resultaba apenas soportable. Él sabía que esta impetuosa conducta no era apropiada para su propia edad y eminencia. Recogiéndose, se retiró antes de que una alta hora llevase a las servidoras a erradas conclusiones.

—No será fácil olvidar que os he causado tal repulsión. Estad segura de que no lograréis hacer que otro pierda la razón tan completamente, y que mis sentimientos por vos, ilimitados e insondables, me alejarán de hacer algo inconveniente en el futuro. Una tranquila plática de los tiempos pasados es todo lo que pido. ¿Podréis persuadiros de concederme tan poco?

Aunque lo dijo delicadamente, ella fue incapaz de responder pues parecía haber perdido la noción de las cosas.

—Tal frialdad. No habría pensado que fuerais capaz de ella. Parecéis aborrecerme del modo más extravagante —él suspiró—. No debemos permitir que nadie presienta lo sucedido —y partió.

Ella no era una niña, pero entre las damas de su edad era notable por no haber tenido compañía de nadie, ni siquiera una modesta experiencia. Ella no podía imaginar una peor afrenta, o un hado más absurdo que el suyo. Sus servidoras pensaron que se hallaba enferma y no sabían qué sugerir para curarla.

—Su Señoría ha hecho tanto por nosotras —susurraba Hyôbu—. De veras más de lo que merecemos. Dudo que incluso vuestro honorable padre pudiese ser más bondadoso y considerado.

Ella sentía lástima de sí misma al comprobar que la inicial bondad había dado un vuelco inesperado.

Temprano por la mañana llegó una carta de él. Ella aún se hallaba en el lecho y dijo que no se sentía bien, pero sus doncellas, presurosas, le alcanzaron tinta y pincel, a los que con desgano contempló. Aunque parecía muy gazmoño escrito sobre papel blanco, el contenido era bastante diverso.

—Habéis cortado tan hondo que no estaré entero nunca más. Y ¿qué estarán pensando todas, me pregunto?

Aunque apenas contemplé
la tierna hierba
hoy se ve
como que hubiera
hecho nudos con ella.

»Es un tanto pueril enfadaros por semejante cosa.

Incluso con esto, de alguna manera, él logró dar impresión de expresar un tono paternal ¡Era inverosímil! Odiaba a Genji desde el fondo de su corazón. Pero las servidoras de ella juzgarían muy extraño si no diera respuesta. Finalmente, escribió ésta, y simplemente sobre un grueso papel de Michinoku.

—He tomado nota del contenido de vuestra misiva, y debo excusarme por sentirme indispuesta como para responderla pertinentemente.

Él sonrió. Ella se comportaba de apropiada guisa, como una dama. Sin embargo, lo turbaba el encono y una gran desazón.

Una vez hecha su confesión, no fue más como el «pino de Ota»[560] sino que expresó muchas cosas importunas. La colmó de cartas. Ella sintió como que la trampa se cerraba cada vez más cerca, lo que finalmente la postró en el lecho, físicamente enferma. Hubo muy pocos que llegaron a conocer la verdad, los de fuera e incluso gente de la familia pensaban que él era un modelo de padre adoptivo. ¡Cómo habrían reído todos si hubiesen sabido la verdad! Y el verdadero padre habría pensado que ella era una damisela despreciable, mucho más que el resto. Ella no tenía nadie a quien volverse, por lo que se inquietaba y preocupaba enormemente.

Hotaru y Higekuro habían oído que Genji los consideraba candidatos aceptables, y enérgicamente defendían sus causas; el capitán general Kashiwagi, como agua entre las peñas, oblicuamente impulsada, ignorante aún de la marea, sentía ingenuamente alegría, contaba apasionadamente las penas que por ella pasaba, y la rondaba.

560.De un poema desconocido; alude a mantenerse silente y pacientemente anheloso.

CAPÍTULO XXV



Hotaru

Las luciérnagas

En la eminente posición que ocupaba actualmente, Genji estaba en la capacidad de juzgarlo todo con serenidad. Aquellas damas que se habían puesto en sus manos —cada una según su rango había sido ubicada conforme a su particular conveniencia— vivían sin aprensiones, como mejor les complacía, salvo una. La dama del ala del oeste, Tamakazura, para su desdicha, continuaba viendo con gran recelo el imprudente vuelco de la relación con su protector. Ciertamente no era comparable a los asedios del hombre de Higo, que tanto la atemorizaran, mas como nadie podía imaginar que sus vínculos llegasen a ser de esta naturaleza, ella se acongojaba por el cambio acontecido, y experimentaba repulsión por su ahora extraño comportamiento. Había alcanzado ya la edad de comprender bien las cosas, y cuando cavilaba todo ello, volvía a sentir, con renovada tristeza, el pesar por haber perdido a su madre. En cuanto a Genji, el hecho de haber dejado entrever su secreto no hacía sino avivar su suplicio, pero desconfiado de las indiscreciones, no osaba ya conversarle siquiera de cuestiones insignificantes; afligido como estaba, empero, le rendía visitas frecuentes, y cuando las doncellas se alejaban un tanto de ella, él se traicionaba por la agitación que exponía; y cada vez, como ella no podía, a pesar de su angustia, repelerlo abiertamente, se contentaba ignorando sus avances.

Ella era de naturaleza jovial y afable, de tal modo que se mantenía sensible y parecía más agradable y dulce. El príncipe Hotaru, entre otros, le hacía galantemente la corte. Sus esfuerzos, empero, habían sido en vano y ya con aversión veía llegar las lluvias de la quinta luna.

«Ah, si al menos ¡me permitieseis apropincuarme un tanto! Mis penas disminuirían», le había escrito; y cuando Genji leyó esta carta comentó:

—Y bien, este caballero que os hace la corte, bien vale que lo veáis. ¡Guardaos de desanimarlo! —la aconsejó—, dadle, ocasionalmente, el honor de una respuesta.

Y le sugirió los términos, pero ella, muy turbada, se evadió pretextando una indisposición. Entre sus doncellas, no había una sola que por su cuna pudiera servir de gran apoyo, a no ser que fuese la hija de un tío materno, que había sido consejero cortesano, mujer dotada de un espíritu en absoluto mezquino, a la que Genji había recurrido desde que la muerte de su padre la dejase en una posición disminuida; la llamaban dama Saishô; como ella poseía muy buena letra y era persona reflexiva, la damita la empleaba ocasionalmente para escribir sus respuestas; él la hizo llamar y la hizo escribir a su dictado. Sin duda estaba él curioso de aquello que el otro diría para hacer la corte. En cuanto a la interesada principal, desde que se hallaba en tan engorrosa situación que la afligía, se le ocurría a veces echar una mirada a las cartas llenas de sentimiento que aquel príncipe le dirigía. No era que experimentase la mínima emoción, sino que se decía, con una pizca de malicia, que ello podría ser un medio para escapar de ciertos estorbos.

Ignorando que Genji, desengañado de sus propios anhelos, quería juzgar la buena voluntad del príncipe, éste asombrado de haber logrado una alentadora respuesta, se presentó con el máximo sigilo. Se dispuso para él un cojín cercano a la puerta de doble batiente, muy próximo al sitio de la damita, de la cual un simple cortinaje lo separaba. El meticuloso esmero con que se había amoblado los aposentos, el perfume arrobador que en el aire flotaba, todo aquello que nada paternal era, sino que aseveraba incautas atenciones de un amante, he aquí lo que le llamó la atención antes que nada. La dama Saishô, olvidando responder por su ama, se mantenía allí avergonzada.

—¡Daos prisa! —le musitó Genji pellizcándola y tirando de su manga, para su mayor confusión.

Pasada la luna nueva, al vacilante resplandor del cielo oscurecido por las nubes, los circunspectos gestos del príncipe tenían una gracia singular. Desde dentro, la brisa le traía un sutil aroma, al que se entremezclaba otro más prominente, de tal guisa que el

aire se sentía impregnado de fragancias; todo lo cual era infinitamente más placentero de lo que él previera, y lo ponía bajo un sortilegio. Él se puso a hablar, y el discurso con el que declaró la extensión de su ardor fue ponderado, sin traza de impudicia, breve y de perfecta distinción. Genji, que le prestara oídos, lo juzgó muy bien dicho. La damita se había retirado a la cámara que daba al este, y como la dama Saishô entrara deslizándose sobre las rodillas para transmitirle el mensaje, él se aproximó:

—¡Así, es tratarlo de un modo inmoderadamente informal! ¡En toda cosa es preciso saberse adaptar a las circunstancias! ¡No estáis más en la edad en que podíais permitiros estos caprichos de niña mimada! Es plenamente inconveniente mantener a distancia a alguien como el príncipe, y de platicar con él por mediación de un tercero. ¡En fin, que así sea! Mas, ¡incluso si os cuesta hablarle, al menos colocaos algo más cerca de él!

De este modo la exhortaba; ella, coercida, pues al parecer él quería valerse del pretexto para ingresar a su morada, de grado o fuerza, se deslizó hacia fuera, para tenderse detrás de una pantalla-cortinaje levantada sobre el confín del aposento principal. El príncipe prosiguió con una larga perorata acerca de esto y aquello, pero, distraída, ella no se dignaba responderle; Genji, entonces, se apropincuó y levantó uno de los volantes del cortinaje; en el mismo instante un fulgor se dispersó. ¿Se había encendido acaso una antorcha? Se preguntó a sí misma, aterrada.

Pues bien, eran luciérnagas, que él, aquella tarde, había encerrado en gran número dentro de una bolsa de tela, plegándola para así disimular su refulgencia; y que ahora, disimuladamente, acababa de liberar fingiendo arreglar el cortinaje. Confusa al verse así súbitamente expuesta a la luz, ella se había cubierto el rostro con su abanico, ofreciendo a la vista un perfil de una exquisita gracia. Aprovechando la sorpresa de esta iluminación, el príncipe también había podido lograr un atisbo. Pues bien, todas sus declaraciones, hasta aquel momento, él las había hecho indudablemente confiado en que ella era la hija de Genji; él, ciertamente, no había imaginado que ella fuese tan admirablemente bella.

Concisamente, toda esta maquinación estaba destinada a crear desconcierto en un espíritu presto a inflamarse. Mas, si ella hubiera sido realmente su propia hija, Genji, verdaderamente, no la habría expuesto a semejante turbación. ¡Extraño giro daba el

asunto! Sucedido tal, él se deslizó fuera del recinto, por el lado opuesto, sin hacer ruido, y partió de regreso a sus aposentos.

El príncipe había considerado la distancia que la separaba de él y, sabiéndola tan próxima, el corazón palpitante, miraba por el intersticio entre las bandas del ligero cortinaje; el espacio que se ofrecía a su vista, a una distancia aproximada de una vara, vagamente aclarada por el inesperado resplandor, le revelaba un placentero espectáculo. Un instante después, las doncellas se esforzaron por restablecer la oscuridad que la ocultara. El incierto centelleo, empero, pareció aportarle un brillante tema de conversación. De la esbelta forma alargada, que todavía apenas se percibía, él no dejaba de evocar la beldad; de veras, como Genji lo previese, su corazón estaba cautivado.

Extinguís en vano
el silencioso fuego.
¿Podréis acaso
extinguir el ardor
en el corazón humano?

»Espero que me entendáis.

Presteza era lo exigible al responder poema tal.

Arde la luciérnaga
y silencio guarda.
A veces el callar
habla mucho más
de un hondo pensar.

Y como tras estas escuetas palabras ella se retirara, él se abatió vivamente de la crueldad con que lo mantenía así, a distancia. Insistir habría parecido cosa de un libertino, de modo que resolvió no quedarse hasta el alba, y humedecido por la lluvia, que se escurría del tejadillo, como también por las lágrimas de su despecho, tarde en la noche, se alejó. Algún cuclillo, como debía ser, cantó sin duda, pero no me incomodé en saber todos los detalles.

—¡Qué hombre galante! ¡Cómo se parece a Genji! —comentaban sus doncellas, encantadas.

Y todas, ignorantes del secreto de su señora, se mostraban llenas de gratitud por las atenciones que Genji le brindaba, pues, «ni siquiera su madre podría haber hecho más por ella».

Indeseables atenciones, cavilaba la dama. Si hubiera sido reconocida por su padre, se habría hallado en una circunstancia normal, de parte de aquél no habría habido en manera alguna manifestación de incongruos sentimientos; todo surgía en suma del insólito carácter de sus relaciones; y ella se atormentaba día y noche con la idea de que la maledicencia terminaría por entrar en la partida. Genji, aun así, estaba resuelto a no permitir en absoluto que los rumores dieran un giro infortunado. Mas, él seguía pertinaz en sus modos. ¿Podía aseverarse acaso que no prosiguiesen sus designios sobre Akikonomu? Había algo diferente en su conducta cuando estaba con ella, algo particularmente atractivo y seductor. Pero ella se encontraba más allá del alcance de temerarios lances. Tamakazura, en cambio, era una muchacha del tipo moderno, accesible. A veces peligrosamente cercano a perder el control de sí mismo, hacía cosas que, si hubiesen sido notadas, habrían causado suspicacias. Era una ardua y compleja relación en verdad, y debía concedérsele el crédito por el hecho de que él se contenía antes de la raya final.

En el quinto día de la quinta luna, el día de los Lirios, él pasó por los aposentos de ella, en camino hacia el campo de equitación.

—¿Qué ocurrió? ¿Permaneció él hasta tarde? Debéis ser cuidadosa con él. No es fiable. No hay muchos hombres en estos días en los que una muchacha puede realmente confiar.

Él elogió a su hermano y lo culpó. Parecía tan joven y estaba muy galano mientras le decía estas frases precautorias. En cuanto a su indumentaria, las camisolas y la túnica puestas al desgaire sobre ellas relucían en tan ricos y agradables tonos que parecían desbordarse y buscar más espacio. Una se preguntaba si acaso una mano sobrenatural no habría tomado parte en el teñido. Los propios colores eran suficientemente familiares, pero los patrones tejidos sobre ellos eran como que hubiesen sido previstos

para este día de las flores.[561] La dama tenía la certeza de que habría quedado arrobada con los perfumes con que sahumaran dichas prendas, si ella no hubiese estado afligida por los recelos.

Llegó una carta del príncipe Hotaru, sobre un blanco y fino papel, con delicada y aristocrática escritura. A primera vista, el contenido parecía muy interesante, pero de algún modo se tornó corriente al repetirlo.

Incluso hoy
el lirio es preterido,
sus raíces
y mi llanto,
perdidos entre las aguas.[562]

Venía adherido a una muy larga raíz de lirio.

—Debéis enviar una respuesta —dijo Genji, disponiéndose a partir.

Las doncellas de la dama arguyeron que no había alternativa.

Cualquiera fuese lo que ella quiso sugerir con su respuesta, ésta fue simple y escrita con una tenue y delicada letra:

Habría sido mejor
que en secreto floreciera
la raíz del lirio
a la deriva,
en someras aguas.

»Exhibirse es harto imprudente.

Conocedor, el príncipe juzgó que la letra podría posiblemente ser más fascinadora.

Obsequios de hierbas medicinales en ornados paquetes[563] llegaron de este y aquel devoto. El festivo esplendor mucho hizo para que ella olvidara su previa infelicidad y

---

561. *Ayame* quiere decir tanto «lirio» como «patrón» o «diseño». El retruécano es reiterado en el siguiente pasaje, como en el poema de Hotaru, en el que *ayame* sugiere la idea de «sensatez».
562. Hay retruécano en el uso de *ne* («raíz» y «llanto» o «sollozo»).
563. Tradición en el día de los Lirios (*Ayame no Hi*).

que esperara poder salir incólume del trance, evitando herir a ninguno de los dos.

Genji visitó también a la dama de los azahares, en el ala oriental de la misma sección del noreste.

—Yûgiri ha de traer algunos amigos luego del encuentro de arquería. Imagino que será aún a la luz del día. Nunca he entendido por qué nuestros esfuerzos por sortear la atención ajena acaban siempre en fracaso. Los príncipes y el resto de ellos han oído que algo se prepara y vienen por acá a ver, de modo que tendremos un festejo más bullicioso que el que planeáramos. En todo caso, debemos estar listos.

El apeadero ecuestre estaba muy próximo a las galerías de la sección noreste, de la dama de los azahares.

¡Venid, muchachas! —dijo él—. Abrid todas las puertas y regocijaos. Echad una mirada a los garridos oficiales. Los de la Guardia de la Izquierda son particularmente apuestos, muchos de ellos superan al promedio que en la corte se ve.

Pasaron un rato deleitoso. Tamakazura se aunó a ellas. Había persianas de fresco color verde a lo largo de las galerías, y nuevos cortinajes también, los intensos tonos en las orlas en disminuidos matices, como es la moda en estos días, hasta llegar al blanco arriba. Mujeres y servidoras infantiles se apretujaban en todas las puertas. Las niñas en túnicas verdes y colas de un tinte púrpura finísimo parecían ser del ala de Tamakazura. Había cuatro de ellas, todas muy bonitas y bien educadas. Sus mujeres también en atuendos festivos, con colas matizadas lavanda en el talle, hasta el tono púrpura oscuro abajo, y chaquetas del color de los pimpollos de clavelina.

La dama de lo azahares tenía a sus doncellitas en muy solemnes atuendos, camisolas rosado oscuro y colas rojas forradas de verde. Era muy entretenido ver a todas las mujeres asumiendo nuevas poses mientras arreglaban sus atavíos dando giros. Los mozos cortesanos se percataron y empezaron a contonearse igualmente.

A eso de la ronda de la Oveja[564] Genji se dirigió hacia los apeaderos ecuestres. Todos los príncipes se hallaban allí, como él lo previera. La arquería ecuestre era aquí mucho más libre y variada que en el palacio. Los oficiales de la guardia se unieron a la partida,

---

564. *Hitsuji no toki,* entre las 3 y las 5 de la tarde.

y los demás tomaron asiento, pasándola divertidamente hasta el atardecer. Puede que las mujeres no entendieran las justas más exigentes, pero los uniformes de incluso los guardias comunes eran magníficos y la destreza ecuestre, complicada y emocionante. El campo era muy extenso, daba frente incluso a la sección sureste de Murasaki, donde grupos de mocitas contemplaban. Hubo música y danza, música de polo a la china y la danza coreana del dragón.[565] Como anochecía, resonó muy alta, estruendosamente, una música triunfal. Los guardias fueron generosamente recompensados, de acuerdo a sus diversos rangos. Era ya muy tarde cuando los reunidos se dispersaron.

Genji pasó la noche con la dama de los azahares.

—El príncipe Hotaru es hombre de cualidades —comentó él—. Quizá no sea el más gallardo del mundo, pero todo en él habla de decoro y mesura, es una excelente compañía. ¿Tuvisteis ocasión de verlo? Tiene muchas virtudes, como os dijera, pero puede que en una ponderación final hallemos que hay un tanto que le falta.

—Él es más joven que vos, pero pienso que se le ve mayor. He oído que nunca pierde la oportunidad de venir de visita. Lo vi, tiempo ha, en la corte y desde entonces no había vuelto a verlo hasta hoy. Ha mejorado de veras. El príncipe Sochi[566] es un muy fino caballero también, pero de algún modo no luce exactamente como alguien de la estirpe.

Genji sonrió. El juicio de la dama era presto y seguro. Pero él se guardó su parecer. Esta suerte de abierta evaluación de la gente próxima no era de su agrado. Él no podía entender por qué el mundo tenía tan alta opinión de Higekuro y no se habría sentido complacido recibiéndolo en la familia, pero estos razonamientos los guardó para sí.

Eran buenos amigos, él y ella, y nada más, así que fueron a lechos separados. Genji se preguntaba cuándo comenzaron a apartarse entre sí. Ella nunca dejó entrever el mínimo indicio de celos. Había sido usual, a lo largo de los años, para comentar festividades como ésta, visitarla a través de mediadoras. Los acontecimientos de la jornada parecieron portar un nuevo reconocimiento a ella y a su casa.

Ella, suavemente, dijo:

---

565. *Tagyûraku* y *Rakuson.*
566. Medio hermano de Genji y del príncipe Hotaru, personaje que no reaparece luego.

Honráis al lirio
de la orilla
del que ya
ningún potro
gusta por marchito.

Nadie habría podido tildarlo de obra maestra, pero él se emocionó.

Este potro,
como el pato en celo,
quiere compañera.
¿Ha de olvidar
al lirio de la orilla?

Ambos eran versos compuestos por quienes entre sí confiaban.

—No veo mucho de vos como bien querría, pero con vos gozo.

Un cierto sarcasmo había, aunque también afecto, en las palabras que de su lecho al de ella dirigía. Ella era una dama amable, querida. Ella le permitió usar su lecho, y extendió colchas para el suyo, tras del cortinaje. Ella, con el paso del tiempo, había llegado a aceptar tal arreglo como apropiado, y él no sugirió cambiarlo por la fuerza.

Las lluvias de comienzos del verano continuaron sin tregua, más desapacibles incluso que en los años previos. Las damas en la Rokujô se solazaban con la lectura de cuentos ilustrados. La dama de Akashi, talentosa pintora, remitió algunas pinturas a su hija.

Tamakazura era la más ansiosa de todas las lectoras. Casi se perdía entre cuentos y dibujos, y pasaba los días enteros con ellos. Varias de sus doncellas jóvenes estaban bien informadas en asuntos literarios. Ella se topó con toda clase de incidentes, curiosos y chocantes (pero no podía estar segura de si eran ciertos o no), aunque encontró algunas semejanzas con su propio infortunado destino. Allí estaba el *Cuento de Sumiyoshi*, popular en su momento, por cierto, y bastante afamado aún. Ella comparaba el hado de la heroína, por un pelo no caída en manos del contador mayor, con su propio escape del hombre de Higo.

Genji no pudo evitar notar el amasijo de pinturas y manuscritos.

—¡Qué incomodidad es todo esto —mencionó él un día—. Las mujeres parecen haber nacido para alegremente ser embaucadas. Saben perfectamente bien que en todas esas viejas consejas escasamente hay una pizca de verdad; empero, son cautivadas por ellas y convierten en pasatiempo cotidiano tal tanda de nimiedades y prosiguen emborronándolas, plenamente negligentes, en estos días de cálidas lluvias, de sus cabelleras pastosas y enredadas.

Había dicho aquello riendo; sin embargo, reanudó:

—En verdad, si no hubiera estas viejas historias, ¿cómo podríais distraeros del inevitable tedio de esta estación? Entre tales invenciones hay algunas, bien lo veo, que muestran tan fielmente los sentimientos que uno se dice que de veras aquello podría suceder, y aunque el relato se despliegue de manera verosímil, y uno se contente sabiendo que todo aquello no tiene un ápice de sentido común, uno se deja emocionar sin la mínima reflexión; y si vemos allí atormentarse a alguna atractiva damisela, ¡parte de nuestro espíritu se queda prendado de ella! Y en otro, cuya improbabilidad salta a la vista, y que no es sino una urdimbre de extravagancias, nos sorprende en un principio, pero luego nos irrita si lo volvemos a escuchar una vez más, con la cabeza fría, no obstante puede hallarse alguno otro que nos procure un evidente placer. Recientemente, me tocó oír que la joven dama se hacía leer por sus doncellas, y me he dicho que obviamente hay gente que con habilidad sabe referir las cosas, y que si se expresan bien, ha de deberse al aplomo que presta el inveterado hábito de mentir, pero sin duda alguna, ¡todavía no es todo así! —dijo él, y ella:

—En realidad, ¿no sería este caso más bien el de aquel que acostumbra engañarse a sí mismo? Por mi parte, ¡estoy convencida de su veracidad!, dijo ella apartando el frotatintas.

—¡Mis críticas, de veras, no han sido a todas luces pertinentes! Estos relatos en efecto nos transmiten el recuerdo de las cosas de este mundo, desde el tiempo de los dioses. El *Nihongi*[567] y el resto no presentan sino un fragmento de toda la verdad. Por

567. *Crónica del Japón*, colección de antiguos relatos desde el mítico origen del imperio hasta el término del reinado de Jitô (696), compilada a comienzos de la época Nara (720) y registrada en chino: es el segundo documento de raigambre histórica más antiguo del país.

el contrario, en vuestras historias ¡hallamos, así pienso, pormenores sobre sus causas profundas! —dijo riendo, y luego—: No tratan evidentemente de aventuras de algún personaje tal como acontecieran en realidad. A fuerza de observar incansablemente la manera de ser de los hombres que viven en este mundo, tanto bien como mal, a fuerza de escucharlos con pasión, se descubre cosas que se desearía transmitir a la posteridad, y es así que, no pudiendo guardarlas para sí, se llega a ponerlas por escrito. Si se quisiere presentar al personaje bajo una luz favorable, no se escogerán sino sus buenos rasgos; si se deseare complacer el gusto del lector, se acumularán los deslices más insólitos; pero, en uno como en otro caso, no habrá de ser nada que no ocurriese ya en este mundo. Hasta en el foráneo imperio, ¿acaso se procede de otro modo? Por cierto, incluso si tomáis los escritos de nuestro reino de Yamato, hallaréis diferencias entre aquéllos de antaño y los de hogaño; hay contrastes en profundidad; pero pretender destacarse tildándolos sumariamente de «invenciones» sería cometer un grave error. Hasta en la ley de la que el Buda, en su misericordia, se dignara dejarnos la enseñanza, hay lo que se llama «medios de aproximación», recursos para oblicuamente apuntar a la verdad; de allí que ciertas contradicciones puedan sembrar la duda en los espíritus no esclarecidos. Son numerosas en las escrituras del *Gran Vehículo*,[568] pero si se busca la esencia de las cosas, ésta es una idéntica verdad, que es el objetivo final; la distinción que ellas establecen entre la iluminación y la obcecación corresponde a la diferencia que existe entre los relatos buenos y malos.

»Al tomar las cosas por su lado bueno, se podrá decir que no hay nada que carezca de utilidad —dijo él, pretendiendo en suma que los relatos respondían a un objetivo preciso—. Pero de hecho, en todas estas viejas consejas, ¿podría hallarse la historia de un honesto bobo como yo? ¡Dudo que incluso entre los personajes de vuestros relatos se hallase una más altanera dama, de tanta frialdad e indiferencia como vos! Ahora bien, suponed que el nuestro es un relato sin par, ¡que habremos de legar a la posteridad! —dijo aproximándose a ella.

---

568. Daijô: el budismo mahayana, o budismo del norte (chino), caracterizado por su especulación trascendental y la sustitución de una variedad de grados de meditación, en lugar de la práctica de la ascesis como es en el budismo del sur (siamés, cingalés) del «pequeño vehículo», hinayana o *shôjô*.

Ocultando el rostro con su manga, ella replicó:

—Pienso que es muy probable que el mundo preste atención a nuestra insólita historia, incluso si no nos damos el trabajo de escribirla.

—¿Nuestra insólita historia? Sí, incomparablemente extraordinaria, lo diría —sonriendo juguetonamente se apropincuó aún más.

Aparte de mi caso,
en libros de antaño busco
y no me topo
con hija alguna
de tan poco amor filial.

»¡La ausencia de piedad filial, es también severamente reprobada en la vía de los budas! —dijo él, pero ella no dejó ver su rostro.

Acariciándole los cabellos, él le expresó su disgusto, hasta que ella acabó respondiendo:

Me ocurre también, en los de antaño
a la par he buscado,
y ninguno he hallado
tan escasamente,
como vos, paterno.

Estas palabras lo dejaron en confusión tal que él se abstuvo de insistir. Llegado a este punto, ¿qué podía reservarle el porvenir?

La dama Murasaki se había convertido en aficionada a los relatos, la excusa era que la pequeña hija de Genji insistía en que se los leyera. Advirtiendo una copia ilustrada del *Cuento de Kumano*,[569] él manifestó:

—¡Estas imágenes están muy bien dibujadas!

Murasaki, mirando hacia el lugar donde la pequeña dormía la siesta, pensaba en sí misma unos años atrás.

569. *Kumano Monogatari*, relato anterior al siglo XI del que no ha quedado copia alguna.

—¡Cuán precoces parecen haber sido incluso los niños pequeños! En cuanto a mí, podría dar ejemplo de mi paciencia, que fue insuperable.

Genji bien podría haber sido protagonista de algunas historias más excéntricas aún.

—No debéis leerle historias de amor a la niña. Dudo que pasiones clandestinas así pudieran incitarla indebidamente, pero no querríamos que ella pensara que cosas tales existen en este mundo —añadió él.

Si Tamakazura hubiera podido escuchar lo que él decía a Murasaki, tan distinto de lo que a ella expresara, ciertamente se habría ofuscado.

—La desconsiderada conducta de ciertas heroínas es lamentable, en efecto. La dama Atemiya, en el *Cuento del Árbol Hueco,*[570] es en verdad una persona sensata y segura de sí, absolutamente incapaz de dar un paso en falso, mas la manera escasamente apacible que tiene de expresarse me parece indigna de una dama, y cae en lo mismo que rechazo.

—Me imaginaría que, sin duda, también así es en la vida real. Todos somos humanos y tenemos nuestras peculiaridades. No es fácil ser comedido sin excepción. Padres correctos, bien criados, que se preocupan grandemente por la educación de una hija, se dicen que lo han logrado si resulta serena y recatada. Se estima lastimoso cuando una serie de defectos asoman, uno tras el otro, y la gente empieza a preguntarse qué habían hecho sus buenos padres. No obstante, la recompensa es grande cuando los modales de la muchacha y su conducta son justamente los apropiados para su edad y condición. Incluso entonces, la vacía alabanza displace, uno sabe cuándo la muchacha no es perfecta y la examina más críticamente que antes. No desearía que mi propia hija fuese ensalzada por gente carente de pautas.

Él estaba innegablemente ansioso porque ella absolviera bien las pruebas por venir.

Las madrastras malvadas son, desde luego, motivo común para los narradores, y él no quería que relatos tales emponzoñasen las relaciones entre Murasaki y la niña. Pasó largo rato seleccionando los cuentos que juzgó indicados, y ordenó que los copiaran e ilustraran.

---

570. Utsubo Monogatari relato de ficción del siglo X, incipiente obra de su tipo que refiere hechos de personajes de una familia noble que vivieran aventuras en un ignoto país al que llegasen como náufragos.

Mantuvo a Yûgiri lejos de Murasaki, pero lo animó a que amistase con la niña. Mientras él estuviese vivo no importaba si mucho o poco, pero si hicieran amistad ahora, entonces su afecto quizá sería mayor tras su propia muerte. Él dio permiso para que Yûgiri ingresase hasta el aposento frontero, aunque las estancias interiores le quedaron prohibidas. Teniendo tan pocos hijos, él gozaba de suficientes horas para Yûgiri, que era un mozo discreto y parecía completamente fiable. La niña aún estaba dedicada por completo a sus muñecas. Ellas hacían pensar a Yûgiri en sus propios juegos infantiles con Kumoinokari. A veces, mientras guardaba la mayor seriedad ante la presencia de una muñeca princesa, le brotaban las lágrimas. Otras, él bromeaba con las doncellas de cierto rango, pero era cuidadoso de no llevarlas muy lejos. Lo que realmente lo inquietaba y nunca dejó de tener presente era volver donde la nodriza que había menospreciado sus mangas verdes. Estaba bastante seguro de que Tô no Chûjô no otorgaría venia al matrimonio por falta de paciencia, pero a veces la vieja ira y angustia lo asaltaba de nuevo y quería algo más. Quería que Tô no Chûjô de veras lamentase lo que hiciera. Reveló este sentir solamente a Kumoinokari. Pues, ante todos los demás él era un modelo de sosegada compostura.

Sus hermanos, a veces, pensaban que él era algo presumido. Kashiwagi, el mayor, en estos días se hallaba grandemente interesado por Tamakazura. A falta de un mejor intermediario, llegó suspirando donde Yûgiri. La amistad de los de la primera generación se repetía con los de la segunda.

—No es costumbre asumir el patrocinio de la pretensión de otro —replicó Yûgiri reposadamente.

Tô no Chûjô era un hombre muy importante, y sus muchos hijos habían iniciado ya promisorias carreras, como correspondía a su elevada condición e inclinaciones. Él tenía sólo dos hijas. Una, la que entrara a la corte, había sido todo un fracaso. La perspectiva de tener a la otra en semejante predicamento ciertamente no le complacía. Él no había olvidado a la dama de las campanillas nocturnas. A menudo hablaba de ella, y no dejaba de preguntarse qué habría sido de la niña. La dama lo había apartado con su delicadeza y su aparente impotencia. Un hombre no debe permitir, en circunstancia alguna, que una mujer así se esfumase. Y si la niña reapareciera de insólita guisa y

estridentemente se anunciara como su hija; pues, bien, él la acogería si diese su nombre.

—No echéis a nadie que diga que es mi hija —advirtió a sus hijos—. En mis días de juventud hice muchas cosas que no debiera haber consumado. Hubo una dama, de no enteramente despreciable cuna, que perdió la paciencia conmigo por uno u otro hecho trivial, y así perdí a una hija, ¡y tengo tan pocas!

Había habido un tiempo en que casi olvidara por completo a aquella dama. Mas luego empezó a ver qué grandes cosas sus amigos hacían por sus hijas, y a sentirse resentido porque se le concedieran tan pocas.

Una noche tuvo un sueño. Visitó a un célebre vidente y le solicitó una interpretación.

—Pudiere ser que escuchaseis de una hija por largo tiempo perdida, y que alguien más ha acogido.

Esto fue muy desconcertante. Él no podía pensar en hija alguna a la que hubiese entregado en adopción. Empezó a despertársele curiosidad por Tamakazura.

CAPÍTULO XXVI

常夏

Tokonatsu

Claveles silvestres

Era un tórrido día. Genji se refrescaba en el pabellón de pesca a la caña del sector sureste.[571] Yûgiri y muchos de sus amigos de los rangos medios cortesanos estaban con él. Se habían comprometido a asar *ayu* que habían traído del río Katsura y *haze* de arroyos cercanos.[572] Varios de los hijos de Tô no Chûjô, sus invariables compañeros, se hallaban entre ellos.

—Venís en un muy buen momento —expresó Genji—. Me sentía aburrido y somnoliento.

Trajeron licor y agua helada así como otros refrescos, y se transformó en una animada merienda. Aunque corría una leve brisa, el aire era pesado y el sol parecía moverse más lentamente que de costumbre sobre un cielo sin nubes. El chillido de las cigarras era intenso, casi intolerable.

—No nos hace ningún bien estar sobre la superficie del agua. Seré poco comedido —y se tendió en el suelo, al tiempo en que se ponía el sol—. Ni siquiera la música ayuda con un clima como éste, y sin embargo es totalmente insoportable pasar todo un día sin hacer nada en absoluto. Vosotros mozos debéis tener que sufrirlo peor en vuestros despachos. Aquí al menos podéis aligeraros y descansar y ponerme al día con todas las entretenidas hablillas. Estoy viejo y fuera de contacto, y debo confiar en que habéis de mantenerme al tanto y apartarme los bostezos.

571. Estío de los 36 años de Genji.
572. Dos peces de agua dulce propios del archipiélago nipón.

Mas no tuvieron asuntos que Genji debiese tomar en cuenta, pues, espontáneamente, la mayoría de ellos se había replegado a las galerías, donde hacía más fresco.

Se volvió hacia Kôbai, el segundo hijo de Tô no Chûjô.

—¿Pienso que he escuchado que vuestro padre había hallado a una hija habida fuera del hogar y que todo está en fermento en torno a ella? ¿Es cierto?

—Oh, no opino que sea una noticia muy interesante, en verdad. Hubo una mujer, es cierto, que escuchó de un sueño que nuestro padre tuviera en la primavera y que hizo saber que ella tenía cierta información relevante que merecería la atención de él. Mi hermano Kashiwagi fue a verla y a preguntar qué evidencia tenía en apoyo de su aserción. Pero, temo no haberme mantenido al día en todos los pormenores, aunque parece innegable, como vos lo sugerís, señor, que se ha hecho una gran cosa de todo esto. No opino que ello aporte un gran honor a nuestro padre ni a la familia.

Así que era verdad.

—Muy ansioso él, salir en busca de la gansa perdida cuando la bandada es tan numerosa ya. La mía es tan exigua que me sentiría complacido de saber que tengo alguna integrante extraviada. Quizá mi humilde condición desanime a la gente de venir a mí con demandas semejantes. No he descubierto ninguna, en ocasión alguna. Pero, ¿no es así con vuestro padre? —sonrió—. En su tiempo él agitó las aguas intensamente, y esperable es que encuentre una luna lodosa reflejada en ellas.

Yûgiri, que había escuchado todo el relato, sonreía. Los hijos de Tô no Chûjô parecían sentirse incómodos.

—¿Y qué hay acerca de esto, mi joven señor? —preguntó Genji a Yûgiri—. Suponed que vais a recoger esta hoja caída. Sería mejor casaros con una de las hermanas o lo que os contentase, que no ser conocido como un completo fracaso —gastándole así una broma.[573]

Genji y Tô no Chûjô siempre habían mantenido la apariencia de una muy íntima amistad, pero sus desavenencias venían ya de tiempo atrás. Genji no estaba muy a gusto con la manera en que Yûgiri había sido tratado, y se habría sentido contento si

573. Con la frase «recoger una hoja caída» se refiere a vincularse a la hija bastarda, recogida; mientras hace alusión a una *tanka* compuesta por la dama Ise, registrada en el *Gosenshû,* N° 809: *Si a Yoshino fuerais, asumiéndolo como sitio de confianza, las mismas prendas de cabeza os pondríais que hoy lleváis.*

Kôbai se llevase a casa alguna información que irritase a su padre. Genji estaba seguro que Tamakazura sería recibida cortésmente y apropiadamente honrada si Tô no Chûjô llegase a conocer de su presencia. Él era un hombre fuerte, decidido, muy resuelto en sus opiniones e inclinado a ser más suficiente que la mayoría en encomiar el bien y sancionar el mal. Sería severo al juzgar a Genji, pero no le daría la espalda a la hija, que repentinamente se presentase ante él. Estaba seguro de que la trataría con la más escrupulosa ceremonia. Caviló que debía criarla sin la mínima negligencia.

Una fresca brisa le hizo saber que finalizaba el crepúsculo. Los mozos se mostraban renuentes a dejar el lugar.

—Bien, tengamos todos un buen rato. Estoy en una edad en la que temo no ser bienvenido en esta compañía —Genji se despidió en dirección al sector noreste, de Tamakazura.

Todos lo siguieron, vestidos con prendas muy similares, casi indistinguibles uno del otro a la luz del ocaso.

—Suponed que venís a la galería por un instante —les dijo, mientras ingresaba y dirigiéndose hacia ella a media voz, para no ser escuchado—. Kôbai y varios de sus hermanos han venido conmigo. Todos están deseosos de ser presentados, y nuestro sosegado y vergonzoso Yûgiri no hace nada por ellos. Incluso una joven dama nada famosa, sabéis, puede esperar pretendientes mientras se halle aún bajo el resguardo de su padre. De algún modo todo en esta casa llega a tornarse abultado y exagerado. No hemos tenido damas jóvenes que despertaran su interés, y en mi tedio pensé que pudiera ser divertido veros en contacto con ellos. No me habéis defraudado.

Él había evitado un verdor exuberante en este sector noreste, pero los más escogidos claveles silvestres lucían a la luz del anochecer, bajo las bajas y elegantes vallas chinas y japonesas. Los mozos parecían ansiosos de descender a desgajarlas (y la flor de adentro también).

—Son jóvenes letrados, bien criados, todos ellos. Por cierto, cada uno ostenta su propio modo. Es como debería ser, y no encuentro ninguno que considerase una seria excepción. Kashiwagi es quizás el más reservado de ellos. En verdad a veces me hace sentir un tanto incómodo. ¿Os ha escrito acaso? No debéis ser grosera con él.

Yûgiri sobresalía incluso en tan distinguida cofradía.

—No puedo pensar por qué disgustó a mi amigo el ministro. ¿Tiene acaso tan alto aprecio de su propio presuntuoso nombre, que mira con desdén a nosotros los vástagos de la familia imperial?

—Venid y seamos novios,[574] cada uno lo dice. O así me cuentan.

—No pido que él sea invitado al banquete, sólo que sea admitido. Un limpio e inocente añadido se ve frustrado, y ello no quiero. ¿Acaso no vale nada el muchacho? Esa es cuestión que sin duda debo yo resolver —estas cuestiones parecían complicar aún más la vida de la joven—. ¿Cuándo —se preguntaba— le será permitido encontrarse con su propio padre?

No había luna en el cielo. Trajeron lámparas al recinto. Genji dijo:

—Hace un calor sofocante. Es mejor que pongan antorchas en el huerto —y a la doncella hizo disponerlas.

Sacando a relucir un *koto* japonés y hallándolo satisfactoriamente afinado, él tañó unas pocas notas. El timbre era espléndido.

—Si me habéis desencantado plenamente, ha sido por haber mostrado tan escaso interés por la música. Éste es un instrumento de sonoro brillo y cordial al tañerlo sensatamente, dejándolo unirse al son de los grillos, en un sitio no al fondo del aposento sino al fresco del claro de luna en una noche otoñal. Por algún motivo, no resulta enteramente propio en un concierto formal, pero incluso así armoniza bien con otros instrumentos. Aunque se lo llama «*koto* japonés», sólo ved cuán perfectamente se amolda. Es para damas que no prestan excesiva atención a lo foráneo. Os lo recomiendo encarecidamente, si pensáis que quizá querríais empezar a tomar lecciones de música. Siempre debéis buscar nuevos modos para acompañarlo de otros instrumentos. Las técnicas básicas parecerían simples, y en verdad lo son; pero darles un adecuado uso es ya cosa distinta. No hay mejor mano para tañerlo, en toda la corte, que vuestro padre, el ministro. Él sólo tiene que darle el más simple tañido, y consigue con ello todos los grandes y altos tonos de los *kotos* de allende el mar.

---

574. Parte inicial, «seria», de una *saibara* que Tamakazura cita, dejando la siguiente parte, «indecente», a Genji.

Ya familiarizada en algo con el instrumento, ella se sentía ansiosa de oír más.

—¿Suponéis que podríamos tener alguna vez un concierto aquí, y pedirle que se nos aúne? Es el instrumento que tañe toda la gente del país, hasta el humilde labrador, pues había pensado que cualquiera podría tocarlo fácilmente. Mas, ¿sería excepcional la interpretación por un maestro? —ella semejaba verdaderamente ansiosa—. Tenéis razón, ciertamente. Es muy diferente en manos de alguien que sabe lo que hace.

—También se le da el nombre de *koto* oriental, como sabéis, y ello trae a la memoria la idea de los linderos bárbaros. Mas, cuando ocurre un concierto en el palacio, el *koto* japonés es siempre el primer instrumento que Su Majestad ordena le sea presentado. No sé mucho acerca de otros países, pero en el nuestro merece el nombre de abuelo de todos los instrumentos, y posiblemente no hallaréis mejor maestro que el ministro. Lo vemos aquí de tiempo en tiempo, pero la molestia está en que él es bastante escrupuloso a la hora de tañer. Los verdaderos músicos siempre lo son. Mas, tendréis la oportunidad de escucharlo uno de estos días.

Él tocó unos cuantos compases, del tono más rico y puro que nada que ella hubiese oído previamente. Ella se preguntaba cómo su padre podría posiblemente ser un músico mejor, y anhelaba más que nunca conocerlo y verlo a gusto con su *koto.*

—*Suave cual almohada de junco* —cantó él, muy quedamente—, *las olas del río Nuki*[575] —él sonrió al llegar al pasaje aquel sobre el padre poco complaciente. Hubo una pasmosa delicadeza en la nota enmudecida con la que finalizó la pieza.

—Ahora debemos escucharos. En cuestiones artísticas la modestia no es una virtud. He oído, es verdad, de damas que se guardan el «Lo echo de menos», pero en otros asuntos, la desenvoltura nunca parece descarada.

Mas, en la remota provincia, ella había recibido lecciones de una anciana que decía, aunque no diera detalles, que había nacido en la capital y que corría sangre imperial por sus venas. Tales credenciales no le inspiraron confianza, y la muchacha se negó a tocar el instrumento.

---

575. Saibara sobre dicho río, citada previamente en el capítulo VIII, *Hana no En.*

—No, dejadme oír sólo un tanto más, y quizá lograré ser lo suficientemente lista para imitaros —y así, el *koto* japonés la acercó más a él, mientras que otros recursos fallaron—. ¿Es el aire el que cuenta para lograr tan extraordinaria tonalidad?[576]

Él la juzgó tan seductora, sentada allí ladeando la cabeza, a la tenue luz de la antorcha, mientras buscaba responder a lo que preguntara.

—Me entero de que no sois sorda para el *koto* oriental. Mas vuestra frialdad me inquieta.

Él empujó el *koto* hacia ella. Ella sintió desagrado. Y, como las doncellas se sentaban cerca de ella, no pudo bromear como siempre.

—¿Y qué fue de nuestros jóvenes? No prestaron la debida atención a nuestros claveles silvestres —él quedó meditabundo—. De veras debo mostrar este huerto a mi amigo el ministro uno de estos días. La vida es imprevisible, por cierto. Mañana podemos no estar más. Y sin embargo, han transcurrido todos estos años desde que él y yo habláramos sobre vuestra madre, vos misma erais nuestro silvestre clavel; de algún modo una eternidad puede semejar nada en absoluto.

Si sus tiernos matices
inmutables, verlos pudiera,
¿acaso él no vendría
hasta el mismo seto
del clavel silvestre?

»Y ello complicaría las cosas, por ende os he resguardado en un capullo. Temo que lo hallarais confinado.

Enjugando una lágrima, ella respondió:

¿Quién vendría
en busca
del silvestre clavel,
que en tosco y rústico
seto creciera?

576. Alusión a una *tanka* de Kishi Joô o Saigû no Nyôgo, en el *Gosenshû,* N° 451: *Uno semejan el sonido del aire en la pineda y el tono del tañer vuestro. ¿En qué cuerda del* koto *se han juntado?*

Tal nota de apocamiento la hizo parecer más frágil y entrañable.

—Si él no viniere… —musitó Genji, nada seguro de cuánto más tiempo podría guardar control sobre sí mismo.

Incómodo por la frecuencia de sus visitas, él decidió ponerse a escribir cartas, que aparecieron en constante efusión. Ella nunca abandonaba la mente de él. ¿Por qué, se preguntaba, tuvo él que inmiscuirse en asuntos que no le atañían? Sabía que permitir a sus sentimientos fluir sin rienda le habría de merecer el sobrenombre de vano sin límites, y naturalmente gran daño infligiría a la muchacha. Conocía bien que aunque mucho la deseara, ella nunca sería la rival de Murasaki. ¿Qué tipo de vida tendría entonces como una de las damas menores? Él podía ser el mayor estadista del país, pero una dama menguada lo sería siempre. Más convendría a ella ser la esposa de algún consejero medio. ¿Debería entonces permitir que Hotaru o Higekuro la tuvieran? Bien podría resignarse él a tal arreglo. No estaría feliz, pero —así cavilaba a veces— podría ser la mejor solución… Y entonces, la volvía a ver, y variaba de opinión.

Aún la visitaba con frecuencia. El *koto* japonés era su excusa. Confuso primeramente al tenerla como discípula, ella empezó a sentir que él no intentaba sacar provecho de sí misma, y llegó a aceptar las visitas como propias y normales. Un tanto gazmoña y muy cuidadosa, evitaba cualquier atisbo de coquetería, pero lo contentaba más y más. Las cosas no podían quedarse como estaban.

Suponed entonces que él decidiera buscarle un pretendiente pero manteniéndola en la Rokujô, donde podría seguir viéndola, clandestinamente, por cierto. Ella nada sabía de hombres, y sus esporádicos lances la perturbaban. Él tenía que sentirse apenado por ella; pero, una vez que ella estuviese mejor informada él probaría su afán, pasando por encima de los más cabales guardianes y lograría su cometido. Estos pensamientos quizá no parecieran muy dignos. Las ansias y cavilaciones aumentaban, generando turbación. Era, en verdad, una muy difícil relación.

Tô no Chûjô había llegado a saber que su nueva hija[577] no había sido aceptada realmente como una de la familia y que la gente la tildaba de bastante peculiar. Kôbai, en el curso de una conversación, recalcó que Genji había indagado acerca de ella.

577. La rústica criatura que Kôbai había hallado mientras buscaba a Tamakatsura.

—En verdad he traído a casa a una hija a la que permití que creciera en el monte.[578] No me sorprende que Genji preguntase por ella. Él rara vez tiene apreciaciones negativas de ninguno, salvo para mí y mi familia a los que nos dedica algunos descréditos en cada ocasión. Eso mucho nos honra.

—Él tiene una nueva dama en la Rokujô, sabéis, y todo sugiere que ella es una beldad, muy próxima a la perfección. El príncipe Hotaru parece estar muy interesado en ella. Los chismes indican que tiene razón para ello.

—Oh, sí, seguro estoy de que todos se interesan por ella. Pero, eso es solamente porque es hija de Genji. O así dicen. De veras, dudo que ella sea tan especial. Si lo fuera, él la habría encontrado mucho tiempo antes. Sí, el gran Genji, no tiene una mota de polvo en su nombre y fama, demasiado bueno, todos lo dicen, para este degenerado tiempo nuestro. Resulta penoso que su favorita, una cabal joya, no tenga hijos. Él debe sentirse bastante mal servido. Al parecer tiene ambiciosos planes para la pequeña niña de Akashi, no obstante que su madre deja algo que desear. Bien, lo que ha de ser será. En cuanto a la nueva dama, alguien suspicaz y cínico podría preguntarse si en efecto es su hija. Él es un hombre distinguido, pero tiene sus pequeñas excentricidades, y todo puede ser simple pretexto y disimulo.

Me pregunto qué proyecta él para esta nueva dama, y cómo el príncipe Hotaru podría encajar allí. Ambos han sido los hermanos más cercanos, y me atrevería a pensar que se llevarían muy bien como padre e hijo, respectivamente.

Tô no Chûjô continuaba descontento con Kumoinokari. Él habría deseado hacer de ella la beldad del día, el furor de la corte como Genji lo hacía con Tamakazura. Tô no Chûjô hubiera deseado impresionar a la corte con el asunto de buscar marido para su hija, mas no lo lograba. Por ello su irritación considerable, y su acentuada idea de no permitir la unión de Yûgiri con su hija, hasta que el rango de él ascendiera para admitirlo como yerno. Quizá si Genji diera un paso, con repetidas y serias rogativas Tô no Chûjô podría graciosamente otorgar su consentimiento, cediendo finalmente ante sus insistentes propuestas. Mas la tiesura e impavidez de Yûgiri no contribuían al caso.

578. Era casi normal que la mayoría de los hermanos de padre fuesen extraños entre sí.

Sin anuncio previo, Tô no Chûjô se presentó en los aposentos de Kumoinokari. Ella se hallaba dormitando, muy pequeña y grácil, intentaba mantenerse fresca no obstante el calor. Su piel tenía un suave brillo a través de la tenue túnica. Una de sus manos aún sostenía un abanico de lo más finamente, y su cabeza descansaba sobre uno de sus brazos. El cabello que caía tras ella, en naturales mechones, no era ni largo ni demasiado denso, y sí bellamente peinado. Sus doncellas también dormían detrás de biombos y pantallas. No eran de sueño ligero. Ella lo miró inocentemente cuando él dio un golpecito a su abanico, sus ojos se abrieron redondos y aturdidos, y el rubor subió a sus mejillas para complacencia de él.

—Así que aquí estáis durmiendo; como os había dicho, no puedo acordarme cuántas veces, la constante cautela es uno de los rasgos de una dama. No hay un solo ojo avizor en esta alcoba. Todas aquí os veis verdaderamente muy dejadas. Ciertamente no querría veros enfurecidas y ofuscadas. El sigilo no es recomendable si simplemente ha de mantener a todos a raya.

—Me dicen que Genji enfrenta un tremendo embarazo con la niña que quiere enviar a la corte. Parece que está decidido a plasmar un pródigo e impulsivo programa, al ver que ella no ignora nada y que él no quiere tampoco que sea una experta. Le ha dado una muy libre educación. Aunque todos tenemos nuestras propias preferencias, sin duda las de ella emergerán conforme se haga mayor. Ansiosamente espero el día en que hará su aparición en la corte.

—Vos no me habéis hecho fáciles las cosas, querida mía, pero al menos tratad de evitar que se rían de nosotros. He prestado cuidadosa atención a los informes acerca de jóvenes caballeros. Es aún demasiado pronto para vos el aceptar los tiernos requerimientos de cualquiera de ellos. Debéis dejar aquello a mi cargo.

Durante todo el tiempo en que la aleccionaba, él cavilaba en lo hermosa que era.

Ella se sentía muy cuitada por las molestias que ocasionaba, y no habría querido por nada del mundo parecer desconsiderada. No podía mirarlo de frente. Su abuela, la princesa Ômiya, se quejaba de que su padre la brindaba escasa atención, pero eran justamente estos reproches paternos los que hacían difícil que ella pudiera visitar a la anciana dama.

Tô no Chûjô había sido muy feliz de encontrar una hija en la lejana Ômi, y no sería el mismo sensible ser si ahora ella se convirtiese en objeto de burla general, enviándola de regreso allá. Ni era placentera la alternativa de mantenerla allí queriendo que pareciera que tenía serios planes para ella. Quizá si su hija quedara en la corte le sería nocivo, y todos se reirían de ella. Ella no era imposiblemente negada como para mantenerla fuera de la vista.

—Os haré el regalo de su presencia —le dijo a su otra hija—. Si ella pareciera demasiado boba, podréis indicar a vuestras doncellas mayores que tienen a alguien a quien educar, y quizá vos logréis cuidar que las más jóvenes no se rían despiadadamente. Debo admitir que ella a veces parece un tanto antojadiza.

—Oh, por cierto, ella no es tan mala. Kashiwagi nos ha llevado a tener grandes expectativas para ella, y quizás aún no haya hecho honor a tales —ella era en cierto modo espléndida—. ¿No suponéis que la pobrecilla se sienta abrumada siendo el centro de tanta atención?

Aunque no era la beldad reinante del día, esta otra hija poseía elegancia y dignidad, y agradables y gentiles modos. Era como un botón de ciruelo abriéndose a la alborada. Su padre se deleitaba con la manera en que ella hacía parecer que mucho quedaba sin ser dicho.

—Kashiwagi es joven e ingenuo, y detuvo sus pesquisas antes de toparse con lo obvio —él no se mostraba muy bondadoso con su nueva hija.

Él pensó en rendirle una visita, dado que su alcoba no estaba muy lejos. Halló la habitación con las persianas levantadas, ella jugaba una partida de *sugoroku.*[579]

Sus manos sobre la frente en seria súplica. Ella recitaba su plegaria a una velocidad pasmosa.

—¡Dadle un número bajo! —una y otra vez—. ¡Dadle un número bajo, que sea el dos!

Esto era realmente bastante sombrío. Haciendo señas a sus lacayos para que guardaran silencio, él se deslizó detrás de una puerta que giraba con goznes, desde

579. Chaquete o Tablas Reales, juego de mesa con dos dados y fichas a trasladar a la ubicación opuesta a la inicial.

donde la vista era sin obstrucción alguna a través de las puertas corredizas y más allá.

—Desquite, desquite —gritó Go-sechi, la sagaz muchacha que era su contrincante. Go-sechi no era superable en seriedad o agudeza. Ella sacudió tenazmente el cubo de los dados y no se apresuró en arrojarlos.

Si alguna de ellas tenía algo en concreto en su mente vacía, no lo de mostraba. La hija de Ômi era menuda y atractiva, tenía una hermosa cabellera, y de manera alguna habría podido describírsela como una jocosa batahola, aunque una estrecha frente y un modo de hablar demasiado exuberante, y de veras torrencial, cancelaban sus buenos atributos. Ninguna beldad, ciertamente, y sin embargo era imposible no reconocer de inmediato de quién era hija. Hacía que Tô no Chûjô se sintiera incómodo al darse cuenta de que estaba contemplando su propia imagen en el espejo.

—¿Os sentís ya en casa? —de improviso él preguntó—. ¿Son buenos con vos? Yo estoy muy ocupado, lo temo, y no os veo tan a menudo como querría.

—Sólo el estar aquí es suficiente. No tengo quejas, ni una sola —la celeridad del habla no disminuía—. Todos estos años sólo quería ver vuestro rostro. Era todo lo que deseaba, durante tantos años. Pero aún recibo los malos tiros. No consigo veros mucho.

—En verdad me apena bastante, prefiero mantenerme apartado, aunque había deseado que pudiéramos pasar un buen tiempo juntos. Las cosas, no obstante, no han sido muy propicias. Habréis visto que las damas corrientes tienden a perderse entre la multitud, y que no importa mucho cómo se comporten. Es muy conveniente para ellas. Sin embargo, ocurre a veces que a una dama que proviene de una familia reputada, la gente constantemente la destaca, y sucede a veces que ella no honra plenamente el nombre de la familia, y…

El significado pleno de la alusión final no llegó a ser captado por la dama.

—Oh, no, oh, no. No me importa si no destaco entre la muchedumbre. Simplemente me digo que la familia causa molestias y es mejor estar fuera de la vista. Dadme la bacinica para vaciarla, y lo haré.

Una carcajada emergió de la boca del ministro.

—Oh, eso no será menester, pienso. Pero si queréis demostrar vuestro agudo sentido del deber, entonces, ved si es que podéis apañároslas para dar más espacio entre vuestras palabras. Espaciadlas un tanto más generosamente. Permitid que se ciernan un poco más y yo sentiré que los años de mi vida se alargarán con ellas —él sonrió ante su pequeña chanza.

—Siempre he tenido la lengua más veloz. Mi madre me reprendía por ello, tiempo atrás cuando era una párvula. El guardián del templo Myôhô decía que era toda culpa suya. Él estuvo allí cuando nací en la lejana Ômi, y él tenía también una lengua muy rápida, y así fue como yo la adquirí también. Veré qué puedo hacer con ello —lo dijo ella del modo más concluyente, como si estuviera preparada para sacrificar cualquier cosa por la causa del deber filial.

Él se sintió enternecido.

—Él os hizo un mal servicio, el buen guardián, al presidir vuestro nacimiento. Él suena como que fuera alguien que tiene mucho que escarmentar. El Sutra del Loto, según la escuela Nichiren, nos dice que el mutismo y la tartamudez son castigos de la blasfemia.

Él tenía cierto temor por su hija ya en la corte, y sentía recelos de permitir que ella viera a esta nueva hermana. El error había sido de Kashiwagi, al traer a casa esta extraña criatura antes que él supiera cómo era. La gente se reía, y no había nada que se pudiera hacer ya.

—Vuestra hermana es tan bella que nos hace sentir recelo. Observadla cuidadosamente, y mirad cómo se comporta. Las buenas maneras tienen una forma de propagarse desde el centro. Pensad en ello de esta guisa y ved qué os pueda ella enseñar.

—Estaré muy complacida. Mañana y noche es lo que he pedido, sólo lograr ser una de ellas y hacer que me tomen como una semejante. Mañana y noche y meses y años, es lo que había anhelado. Sólo decidle que haga que ellas me tornen una de las suyas y yo haré cualquier cosa que ella me indicare. Le llevaré el agua, la portaré sobre mi cabeza —ella había aumentado la presteza de su labia hasta casi volverse incomprensible y de algún modo atemorizante.

—Oh, no requerís portarla con entusiasta ardor, sino id donde ella, que sí, sólo os pedirá que alejéis a aquel guardián del templo Myôhô.[580]

Ella no estaba tan presta como debiera para la ironía, y no parecía consciente de a qué distinguido caballero dirigía la palabra. Ella no compartía el pasmo general ante él.

—¿Y cuándo iré a verla?

—Suponed que hallemos un día fausto. No, no requerimos tal cosa para ello. Sólo pasad por donde ella cuando sintáis deseos de hacerlo, hoy si queréis —y él partió.

Baste ver qué padre había hallado para sí. Una común vuelta alrededor de la casa, y se veía a todos los del Cuarto y el Quinto Rango que él tenía consigo.

—¡Qué maravilloso mi padre es! Y no obstante ser su propia hija menor, ¿por qué tuve que criarme en casa tan miserable y pequeña en Ômi?

—Un padre demasiado selecto, de veras —dijo Go-sechi—. ¿No pensáis que podríais haber estado mejor con un padre ordinario que os tratara con cariño esmeradamente? —su comentario parecía desmedidamente indiferente.

—Siempre vos. Todo lo ponéis del revés y lo echáis a perder. Bien, sólo recordad, estáis con quienes son mejores que vos, no os entrometáis usando un tono amigable, no lo olvidéis. Me aguardan grandes cosas en mi camino.

A pesar de su ceñudo semblante, era franca y cordial, una no podía enfurecerse con ella. Si bien parecía rebelde, ello la tornaba muy atractiva e inofensiva. El problema estaba en su modo de expresarse. Había crecido entre campesinos y era escasamente elegante. Una pulcra, precisa expresión con voz serena proporciona una cierta distinción a comentarios ordinarios. Un poema improvisado, por ejemplo, si es pronunciado musicalmente, con una cantinela al principio y al final resulta más interesante, mas cuando presumía con voz vaga, al principio, ciertamente, no era comprensible el contenido concreto, pero igualmente suscitaba el interés de la gente. En el dialecto de Ômi, el contenido semeja de mucha importancia e ingenio esmerado, mas resulta que no dice nada concreto en absoluto. Las acotaciones torrenciales tienen un efecto

580. Ômi dijo «portar agua», entonces Tô no Chûjô le contestó en el modo más sofisticado, pues aquella frase «portar con ardor» alude a un poema sobre el Buda: *Logré asumir el Sutra del Loto, merced a haber traído leña, recogido hortalizas y portado el agua para Ashien en una vida anterior* (por Gyôki en el *Shûiwakashû*).

contradictorio: lo distinguido parece chato y vulgar. En las palabras de ella, con voz nerviosa, afloraba el acento tosco, campesino. Además, ella lo había adquirido con la leche de su nodriza, tan voluble y altiva, de reprobable actitud y tan mal gusto que hacía que todo resultase menos que sensato. Sin embargo, ella poseía ciertas bondades. Sin previo aviso, podía declamar poema tras poema de aproximadamente la correcta métrica, y si los primeros versos no resultaban empatar con los últimos, no obstante combinaban bien.

—Mi padre dice que debo ir a ver a mi hermana, así que eso es justamente lo que haré. No querría decepcionarlo. Quizá vaya de inmediato. No, quizás esperaré hasta que oscurezca. Soy la pequeña engreída de mi padre, mas ¿cómo he de salir airosa en esta mansión si no me hago amiga de todas las restantes damas? —dijo así.

Tratar con ella resultaba en extremo inseguro. Ella de inmediato se puso a escribir una carta a su hermana.

«Aún aquí, cabe vuestra cerca de juncos,[581] no haber tenido la dicha de seguir los pasos de vuestra sombra podría ser porque a vuestra puerta reza "No vengáis por mi camino."[582] Puede que rudo sea mencionar Musashino cuando aún no hemos sido presentadas,[583] pero perdonadme».

Esto último fue seguido de varios puntos suspensivos y subrayados. También una nota decía «Por gracia, voltead la página», y luego, «Sí, lo olvidé. Puede que os vaya a ver esta tarde porque la inamistad acentúa mi ansiedad.[584] Estoy toda titubeante y escribiendo malamente. Quizá sea que me asemejo al Minase».[585] Y luego había un poema y una anotación final:

---

581. *Tanka* anónima, en el *Kokinshû*, N° 506: *Aquí cabe vuestra cerca de juncos me demoro, tan cerca, mas ¿por qué ocasión no hay de encontraros?*

582. *Tanka* de la dama de Kohachijô, en el *Gosenshû*, N° 683: *Aunque no tan próxima como para pisar vuestra sombra, enfrento una puerta que reza: «No vengáis por mi camino».*

583. Cita una *tanka* anónima del *Kokin Rokujô*, N° 3507: *Zoku Kokka Taikan*, ya referida en el capítulo V: *A su nombre suspiro, aunque Musashino he visto, pues ansío aquellos prados lavanda como míos.*

584. *Tanka* anónima, en el *Gosenshû*, N° 609: *La enemistad acentúa mi ansiedad. ¿Cómo habremos de poner fin a cosa así?*

585. *Tanka* de Ki no Tomonori, en el *Kokinshû*, N° 607: *Subterráneo y silencioso, el Minase, como silencioso y subterráneo mi amor fluye.*

El Cabo Cómo,
del fresco prado
ante el mar de Hitachi,
dice cómo las olas de Tago
han de llegar a vos.

»Y las olas del ancho río...[586]

Estaba escrito en una sola hoja sobre otro papel verde, en un estilo algo impaciente; esto es, de trazo cuadrado y larguirucho en la parte baja de las letras para que se vieran más elegantes. En cuanto al equilibrio vertical, las letras cerca del borde se veían oblicuas, casi derrumbadas. No obstante sonrió ante su composición, enrolló la hoja finamente, como lo hacían las muchachas, y la ajustó con un pudoroso nudito, en el que insertó un clavel silvestre. Por recadera escogió a una pequeña criada del baño, que era bonita y aplomada, aunque nueva en el servicio.

—Esto es para ella —dijo la mensajera, al ingresar en la antecocina de las damas.

—Eres una chica del ala norte.

La mujer llamada Tayûnokimi, que la tomara, la reconoció y abrió la carta. Cuando la dama puso la carta sobre el suelo sonriendo, otra mujer, llamada Chûnagon, que esperaba cerca de la dama, echó una mirada curiosa a la carta de la hija del ministro diciendo:

—Semeja una carta del tipo más moderno.

Mas, la dama dijo:

—Ignoro la letra del tipo *sô*, no parezco muy experta en el estilo cursivo de arriba hasta abajo —y entregándola—: No logro en modo alguno seguirle el hilo. Pero me habrá de mirar mal si no respondo de forma parecidamente sofisticada e ilustre. Poneos a escribir un mensaje inmediatamente.

La dama encargó a Chûnagon la respuesta. Las más jóvenes, para sus adentros, hallaron cómica la circunstancia y por fin se echaron a reír. Dado que la moza aguardaba la respuesta, Chûnagon indicó:

---

586. Alude quizás a la *tanka* anónima del *Kokinshû*, N° 699: *Fluyen las glicinas junto al Yoshino, ¿pensáis, amada, con tal largueza y anchura?*

—No ha sido fácil, he debido mantener el tono grácil y poético, con buen gusto. Pues no querríamos que se percatara de que fue escrita por otra mano —ella había hecho que pareciera que la respuesta provenía de la propia señora:

«En verdad parece cruel que no hubiera tenido ya el placer de vuestra compañía cuando tan próxima estáis.

Vosotras, olas de Suma,
de la costa de Suruga,
en Hitachi,
el pino de Hakosaki
os aguarda.[587]

—¡Oh, no! Cualquiera pensaría que yo la escribí.

Pareció que ella se inquietaba, pero Chûnagon acotó:

—Quizá la dama que la ha de ver comprenderá, mi señora.

Y de tal guisa fue puesta en un sobre y remitida.

—¡Qué bello poema! —dijo la destacada dama de Ômi—.[588] ¡Qué interesante el talante del poema! Y ella me aguarda, lo dice.

Perfumó y aromó sus atuendos con una fragancia empalagosa en demasía, no obstante que el primer incienso los tornara cargados; coloreó sus mejillas con mucho afeite de tono escarlata, hecho del carmín japonés, y furiosamente cepilló su cabellera. Mas, su arreglo completo era lozano y bastante atractivo.

Sin duda alguna había cierta osadía en su mensaje.

---

587. Dado que la dama de Ômi envió una carta en que se había combinado topónimos sin orden, Chûnagon respondió de la misma manera.

588. En este parte, por primera vez, la autora estima a la dama de Ômi como la hija de Tô no Chûjô, el ministro.

CAPÍTULO XXVII

篝火

Kagaribi

Las antorchas

Todos hablaban acerca de la nueva hija del ministro, llegada de Ômi, y la mayor parte de las alusiones no eran gratas.[589]

—Ello no me agrada —comentó Genji—. Debería haber sido mantenida fuera de la vista, y he aquí que sin razón alguna él la trae aparatosamente a su residencia y luego la lleva ante la gente, tal como es. Además, no comprendo cabalmente que consienta que un rumor sobre ella circule por toda la ciudad. Él siempre ha sido muy presto en hacer distingos. Probablemente envió por ella sin haber averiguado mucho de nada sobre su persona, y cuando vio que no era lo que él deseara, hizo lo que ha hecho groseramente. Cosas así deberían manejarse con todo sigilo.

Tamakazura podía ahora constatar que, después de todo, había sido afortunada, Tô no Chûjô era su padre, sin lugar a duda, pero si ella hubiese acudido a él como una extraña, bastante ajena a las cavilaciones y sentimientos de él, tras tantos años, podría haber sido sujeta de vergüenzas semejantes. La misma opinión compartía Ukon, y la manifestó Genji; cierto era, mostraba lamentables tendencias, pero él se mantenía controlado y parecía haberse encariñado genuinamente de Tamakazura. El temor que padeciera la había dejado ya y se acomodaba felizmente a la vida en la Rokujô.

Era otoño. El primer roce de las brisas otoñales portaba vagas emociones de soledad. Genji seguía acudiendo de visita al sector noreste, el de Tamakazura, y pasaba jornadas enteras allí, gran parte de ellas en lecciones de música.

---

589. El episodio transcurre en la séptima luna de los 36 años de Genji.

La luna nueva se ocultó con presteza. El cielo se había nublado delicadamente y el murmullo de las lespedezas expandía la tristeza. Ambos yacían uno al lado de otro, con sus cabezas reposando sobre el *koto*. Él permaneció allí hasta muy tarde, suspirando e inquiriendo si acaso en algún otro rincón del mundo habría apegos similares a éste. A desgano, temeroso de habladurías, él estaba a punto de partir. Mas, al percatarse de las lóbregas antorchas en el huerto, envió a un oficial de la guardia a moverlas y reavivarlas.

Las habían dispuesto, no muy lúcidamente, bajo un árbol frondoso[590] que airosamente se arqueaba sobre las frías aguas del arroyo, algo lejos de la casa, como para parecer de luz fría y sosegada. Al suave fulgor, la dama lucía más hermosa que nunca. El arreglo de su cabellera era discretamente elegante y una cierta timidez y freno se añadían a su encanto. Él no quería partir.

—Debéis siempre disponer de antorchas —dijo él—. Un huerto sin luces en una noche otoñal sin luna, casi puede ser aterrador.

Arden, estas antorchas
y mi corazón,
y emiten humo de amor.
El de mi corazón
rehúsa siempre disiparse.

»¿Cuánto tiempo debo esperar? No humea ya, mas cruel lo siento como fuego latente —dijo Genji.

Ella se sentía muy extraña, y cavilaba.

De vuestro corazón
y de las antorchas,
el humo es el mismo.
Si se apagaran, confiarse puede
que un sitio en el cielo hallen.

»Segura estoy de que somos objeto de los más curiosos comentarios.

---

590. *Mayumi,* especie arbórea del Japón registrada científicamente como *Euonymus sieboldianus.*

—¿Queréis que me vaya? —dijo Genji y se dispuso retirarse, cuando precisamente, en el otro sector se oyó sonar una flauta de alguien que sabía cómo tañerla, y resonó un *koto* chino.

—Yûgiri está en ello con sus inseparables compañeros —él se incorporó y escuchó por un rato.

Mandó a alguien allí para decir que la luz de las antorchas, fría y hospitalaria, lo había retenido hasta entonces. Yûgiri y dos amigos se presentaron de inmediato.

—Siento el viento otoñal en vuestra flauta, y tengo que pediros que me acompañéis.

El tañido del *koto* era suave y delicado, y la flauta de Yûgiri, en el modo *banshiki*,[591] maravillosamente resonante. Kashiwagi parecía titubear en cantar, consciente de la presencia de la dama Tamakazura.

Y mientras Genji apremiaba («No debéis mantenernos a la espera»), el hermano de Kashiwagi, llevaba el compás con su abanico. Sus tonos ricos y bajos podrían haber sido interpretados como provenientes de un grillo-campana.[592] Genji le hizo repetir el canto dos veces y convencieron luego a Kashiwagi que tocara algo al *koto*. Ciertamente su tañer no fue inferior al de su padre. Suscitó el interés de Genji, no obstante el modo algo pomposo.

—Creo que hay alguien tras la persiana que buen oído tiene para estas cosas —acotó Genji—. Debería hallarme abstemio. Los viejos tienen un modo de decir las cosas que lamentan cuando han bebido en exceso.

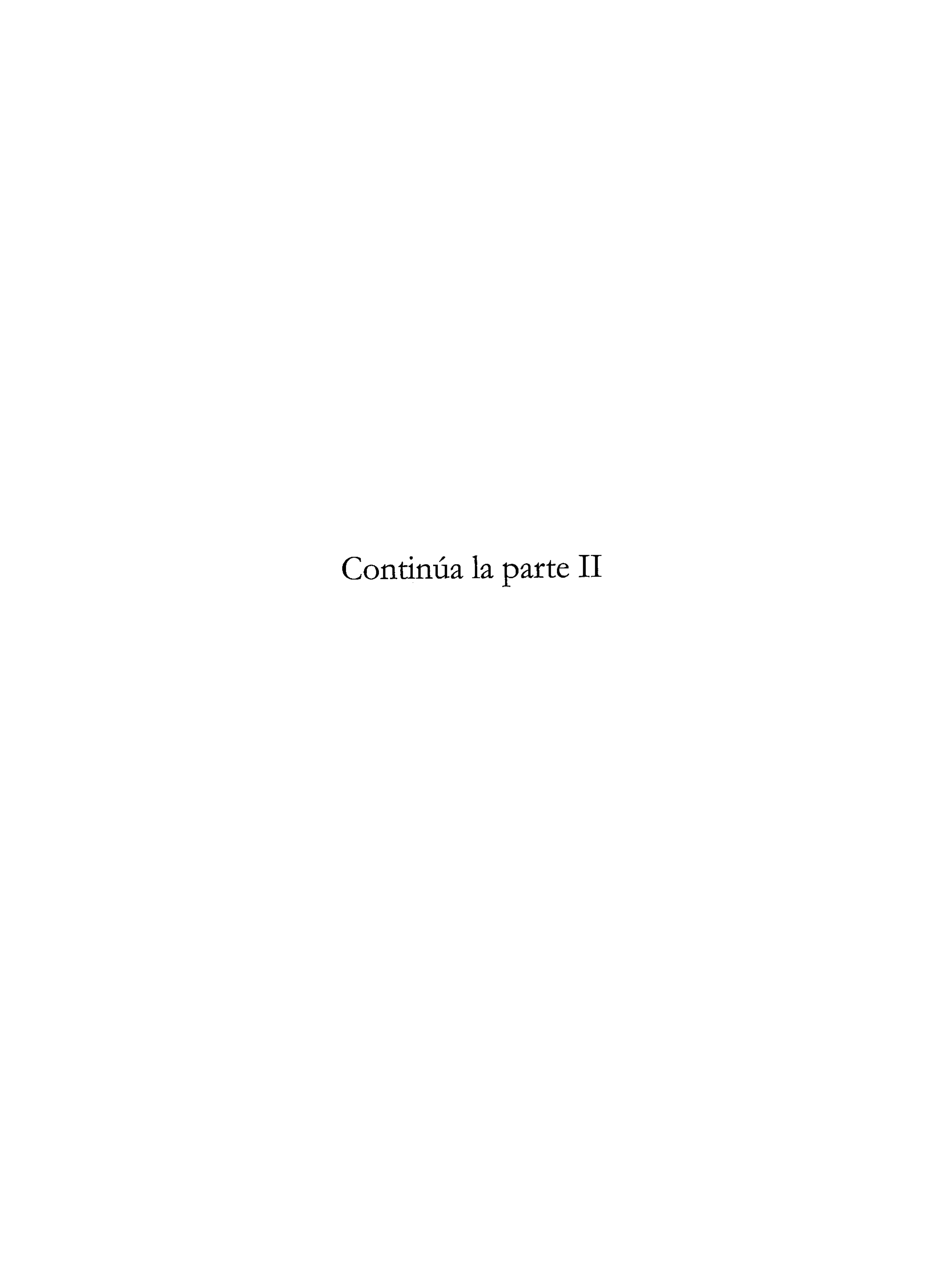
Tamakazura, en verdad, escuchaba con sentimientos encontrados que los huéspedes, sus propios hermanos, no podrían haber imaginado. Kashiwagi era, de los dos, el más fascinado. De veras, él parecía en riesgo de enamorarse. Con su tañer, quería aprovechar aquella ocasión para expresar su irresistible sentir por ella, desde el fondo de su corazón. Empero, guardaba las apariencias y jamás tañó con más cuidado, para no revelar ni un mínimo atisbo de su agitación.

---

591. Afinado en Si mayor.
592. Grillo cuyo chirrido se asemeja al de una campana, y es llamado *suzumushi* en japonés.


藤原秀信画

Representación ideal de la autora, Murasaki Shikibu, en el *Genjimonogatarigachou*, por Kanou Ujinobu & Hidenobu (colección del archivo Kuyou, 早稲田大学 Waseda Daigaku).


Continúa la parte II

EPÍLOGO

Menguada es la información cabal referente a la autora, a quien hoy conocemos sólo por el apelativo de *Murasaki Shikibu*. Se ignora su verdadero nombre, aunque los investigadores se han deleitado en especular en lo tocante al mismo. En la época clásica Heian, a la que pertenece la obra, tiempo que se extendiera de 794 a 1192, año en que el régimen aristocrático cortesano fuera reemplazado definitivamente por la primera dictadura militar hereditaria o *bakufu*, se tenía por rudeza registrar los nombres propios de las damas de alcurnia, salvo curiosamente los nombres de las consortes imperiales y de las princesas de la estirpe.

Del apodo con el cual se identifica a la autora, la segunda mitad: *Shikibu*, alude al Despacho del Ceremonial en el Daidairi, palacio imperial, donde tanto su padre, Fujiwara no Tametoki, como su hermano Nobunori, ocuparan cargos cortesanos. El primer apelativo, *Murasaki*, puede derivar del nombre de un personaje de su propia novela: la importante figura de la dama Murasaki, mayor amada del protagonista, el ficticio príncipe Genji; o también dicho mote podría emanar del hecho que *murasaki* significa color morado o violáceo y *fuji*, el primer ideograma del apellido de su familia (Fujiwara), significa glicina, enredadera de flores de color morado o lila, estéticamente muy apreciada en el Japón desde la Antigüedad.

Murasaki Shikibu habría nacido en Heiankyô (nombre original de la segunda capital imperial, hoy Kioto) un incierto año de la década de 970, como hija del mencionado Fujiwara no Tametoki, caballero miembro de una rama menor de la más prestigiosa e

influyente familia aristocrática en la corte imperial, la cepa Fujiwara. De su infancia poco sabemos, salvo lo que ella refiere en su *nikki* o diario personal, que quizá convendría tildar de «acervo de remembranzas», pues describe sucesos de la corte circunscritos al lapso entre fines de 1007 y comienzos de 1010. De niña, revela en su *nikki*, merced a las clases que su hermano menor recibía en casa y que él no aprovechaba, consiguió aprender furtivamente a leer y escribir en chino, y así solazarse con las crónicas históricas y las colecciones poéticas de la China.

Luego de ocupar varias funciones en la corte, la última en el Despacho del Ceremonial (*Shikibu*) probablemente en el año 996, el padre de la gran escritora fue designado gobernador de Echizen (hoy Fukui-ken sobre la costa del Mar del Japón, al norte de Heiankyô). Es probable que ella se trasladase allí con él, regresando a la capital poco antes de la celebración de su boda. Entre los años 998 y 999, Murasaki Shikibu estuvo casada con un pariente lejano, Fujiwara no Nobutaka, teniente de la Guardia Imperial. Es posible que su enlace tuviese lugar al comienzo de la veintena. Su única hija nació en 999, y la autora enviudó en 1001.

En el año 1009, el padre de la viuda Murasaki Shikibu fue voceado como nuevo gobernador de Echigo (hoy Niigata-ken, también sobre el Mar del Japón, más al norte aún). La viuda Murasaki Shikibu contaba acaso 36 años, había abandonado la esperanza de un respetable segundo matrimonio, y merced a su padre se encontraba ya como dama de honor en el séquito de la segunda consorte oficial del emperador Ichijô, la muy circunspecta hija de Michinaga, Fujiwara no Akiko o Shôshi, que entonces frisaba los dieciséis años. Tametoki partió a su segunda gobernación, llevándose como miembro del personal a su hijo Nobunori quien fallecería prematuramente en aquella remota comarca. El padre de Murasaki Shikibu se retiró del servicio de la administración imperial hacia 1014 y tomó los votos budistas, haciéndose bonzo para morir retirado, varios años después del fallecimiento de su célebre hija.

La escritora había ingresado a la corte, a servir a la emperatriz Fujiwara no Akiko o Shôshi, entre fines de 1005 y comienzos de 1006. El *Murasaki Shikibu Nikki,* diario de nuestra autora, concluido en 1010, registra centralmente el nacimiento de dos vástagos de la emperatriz, acontecimientos de trascendencia política, puesto que Akiko era hija

del poderoso Gran Ministro Fujiwara no Michinaga; y fue a través de sus imperiales nietos que el sagaz Michinaga obtuvo un firme asidero y pleno control sobre la casa imperial dado que ambos príncipes habrían de alcanzar tiempo después la dignidad de Tennô o emperador. En su *nikki*, Murasaki Shikibu detalla que llegó a la corte el vigésimo noveno día de un duodécimo mes, según el calendario lunar oriental, una fecha que convertida al calendario occidental equivale a los primeros días del año nuevo.

Murasaki Shikibu, en adelante, habría de pasar varios años de su observadora vida como dama de honor de la emperatriz en el Daidairi. Pero, como era usual, la emperatriz Akiko retornaba con frecuencia, por períodos de no breve duración, a la mansión de su padre, Michinaga, y hasta allí la acompañaban las meninas de su séquito.

La escritora fue miembro de una rama menor de la cepa Fujiwara que, por el vínculo matrimonial de las hijas de la casa con el soberano, dominó el país en nombre de sucesivos emperadores a través de gran parte de la época Heian. La autora y el rutilante Fujiwara no Michinaga, el más descollante de los políticos de dicha casa noble o *kuge*, que llegara a ser Gran Ministro, regente y omnímodo administrador del Japón durante las primeras décadas del siglo XI, tenían un ancestro común en la línea paterna, seis generaciones anteriores a la suya; mas la rama familiar de la escritora había descendido en tiempos de su nacimiento a un secundario nivel dentro de la aristocracia cortesana.

Mientras que Murasaki Shikibu anhelaba la distinción y libertad del séquito de la princesa Senshi, tía, a la vez madre política de la emperatriz y sacerdotisa mayor del shintoísta santuario de Kamo, durante seis sucesivos reinados, debió avenirse a la rigurosa usanza del cortejo de su muy mesurada joven ama, quien se sirvió de la dama escritora para un propósito que el mundo habría juzgado mucho más impropio que los galanteos que Akiko severamente desaprobaba. La emperatriz Akiko guardaba un secreto deseo: aprender la lengua china para así poder deleitarse con la lectura de crónicas y antologías poéticas «del otro lado del mar». El estudio del chino era considerado en aquel entonces una ocupación demasiado tenaz y exigente para una mujer. No había gramáticas ni diccionarios, y cada huidiza oración había de ser asida y domada como a un animal montaraz. La intención de Akiko hallaría en nuestra escritora la adecuada guía.

Murasaki Shikibu había logrado un dominio efectivo de la lengua continental, mas hizo todo lo que tuvo a su alcance para ocultar el secreto conocimiento alcanzado en su niñez, incluso pretendiendo (como confiesa en su diario) que no sabía leer los caracteres chinos pintados en la mampara del aposento de su ama; mas, de un modo u otro se filtró la noticia. Y en adelante debió transmitir a su señora el gratificante roce con la creación literaria china del período de la dinastía Tang (618-907) particularmente con la obra del notable lírico Po Chü-i (o Bái Jûyì, en transcripción pinyin, 772-846) conocido como Po Lo-t'ien (Bái Lètiân), pero llamado en japonés *Hakukyoi* y apodado *Hakurakuten.*

Empero, lo que a la larga provocó que la estancia en la corte de Akiko mortificara tanto a Murasaki Shikibu no fue la severidad de sus adustas mujeres integrantes como sí la destemplanza y vacuidad de los hombres que las frecuentaban. El inefable Michinaga, el padre de Akiko, tenía cuarenta años en 1006. Había ocupado el cargo de Sesshô, regente, por cerca de catorce, y conducido con ello a la familia Fujiwara a su cenit. Se hace evidente que él la asedió de modo reiterado, como se colige de lo que ella misma con finura apunta al respecto en su *nikki*.

Se ha hecho hincapié a menudo en que mientras las anécdotas que la dama Sei Shônagon, renombrada menina de Fujiwara no Sadako o Teishi, primera consorte oficial de Ichijô Tennô, registrara en su famoso *Makura no Sôshi* o *Libro de la almohada*, escasamente mencionaron la existencia de otras damas de honor; en contraste, Murasaki aludió en su diario a sus compañeras, y, al menos, detalló que a una de ellas se sentía particularmente cercana, que fuera su constante confidente y camarada de padecimientos durante las numerosas festividades cortesanas en las que el licor de arroz fluía profusamente; ocasiones de licencia general que ambas detestaban. Es en parte esta deslumbrante aunque estéril y frívola vida cortesana la que Murasaki Shikibu, impregnada de *mono no aware*, la compasión por lo perecedero, oblicuamente describiera en su gran obra de ficción el *Genji Monogatari* no con objeto de encomiar una vida semejante sino para advertir, condolida, la infortunada caducidad de su fatal hermosura.

En aquel cerrado círculo de Heiankyô la facultad humana más estimada, el rasero

por el cual eran medidos todos los integrantes de la *kuge* o aristocracia cortesana, fue esencialmente su compasiva sensibilidad por la fugaz belleza de todo lo visible. Aquel *mono no aware,* talante estético singular, encerraba toda una gama de significados atingentes a lo patético, lo conmovedor, pero a su vez, a lo sublime de la caduca existencia humana. Una inmediata simpatía hacia todo aquello destinado a sucumbir; una indescriptible y vaga aflicción que invadía a quien conscientemente contemplaba la belleza frágil de todo lo viviente, destinado a la aniquilación.

La obra mayor de Murasaki Shikibu, el *Genji Monogatari* constituye una conspicua excepción a la establecida pauta de la brevedad de las previas obras en prosa nipona. De extensión superior a todo lo precedente, se desarrolla en 54 capítulos, de los cuales en esta primera parte, se ha entregado al lector la mitad, 27. En ellos, desde los primeros párrafos se perfilan dos ideas centrales el *mono no aware* ya citado, y la predestinación o *sukuse.* Esto es, compasión y anticipación serán elementos esenciales de la trama de aventuras y desventuras del singular protagonista, Hikaru Genji o Genji *el Esplendente.*

La novela refiere amoríos en una sociedad refinada hasta el lindero de lo decadente. Mas lo que Murasaki Shikibu intenta no es narrar ni encomiar la circunstancia real que ella conociera y viviera, sino más bien evocar un mundo inexistente, surgido de su imaginación, aunque entretejido con pormenores y rasgos tomados de la circunstancia en que le tocara vivir y actuar. Esplendor y belleza marcan cada aspecto de la carrera del brillante Genji mas, bien lo recelamos, habrán de desvanecerse. La anticipada percepción de lo finito al contemplar el gracioso giro de una danzarina, o la tenue caída de capullos de un hermoso árbol en flor, se tornan presagios de la dolorosa comprobación terminal: que todo lo material ha de pasar.

En su obra pinta Murasaki Shikibu un vasto panorama de la ambivalencia del amor, destacando que en él gozo y pesar se hallan entremezclados. Esta constatable verdad torna vigente la novela a través del tiempo, convirtiendo al relato en un reflexivo escrito sobre la pasión humana. La noción de fatalidad, el *sukuse* o karma budista, aflora y acontece al protagonista inicialmente, como sujeto activo, al verse arrastrado por un irrefrenable deseo, y posteriormente —en la segunda parte lo veremos— como sujeto

pasivo, al sobrellevar la imponderable réplica a su desdichada acción juvenil, acaeciendo la expiación por aquel acto que lo aterrorizara por largos años, indefectiblemente.

Genji, con su vital experiencia de glorias e infortunios se tornará consciente de que su hado, *sukuse*, más aciago quizá que el de otros, pues de más gloria ha gozado, le manifiesta el *mono no aware*, la compasión por la transitoriedad del mundo. A lo largo de su apasionada y compasiva novela, Murasaki Shikibu supo transmitir, motivada por el *mono no aware*, tanto el denuedo inicial del protagonista como más tarde su condolencia por la efímera naturaleza del hombre. Mediante los sucesivos romances de Genji, exhibe la autora la fútil lucha del hombre contra el destino que, avanzado el relato se identifica con el concepto budista de *sukuse*, el karma, o el oneroso peso de los actos pasados que importan una relación de causalidad entre pecado y expiación, vínculo que advierte la inevitable declinación y la consecuente muerte del viviente.

Así, el *mono no aware,* presente desde el comienzo, al que adiciona el *sukuse,* a partir del punto medio y en adelante, emergen como nociones sustanciales de la novela, derivadas de dos diferentes hontanares: el primero procedente de una tradición lírica nativa; luego, el *sukuse,* surgido del budismo y por ende del pensamiento continental. Ambos, manifiestos en la mayor creación literaria del Japón reflejan la singularidad de la cultura insular, fruto de adiciones y asimilaciones, que le dieran una inconfundible propia identidad, plasmada en esta gran novela de mano de mujer.

Iván Augusto Pinto Román

El relato del Genji
se terminó de imprimir en agosto de 2013
por encargo del la Asociación Peruano Japonesa.
El tiraje fue de 1100 ejemplares.

Datos de los traductores:

Hiroko Izumi Shimono (Kanagawa, 1964). Doctora en Literatura Japonesa por la Universidad Gakushuin, Tokio. Ha llevado a cabo investigaciones sobre las artes escénicas y la literatura del Japón.

Iván A. Pinto Román (Pisco, 1950). Diplomático, abogado, estudioso de la historia cultural japonesa, docente desde 1993 en el Centro de Estudios Orientales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Colección
Literatura clásica japonesa

源氏物語

Genji Monogatari

Parte I







EL RELATO DE GENJI

源氏物語

部

i Shikibu

Parte I